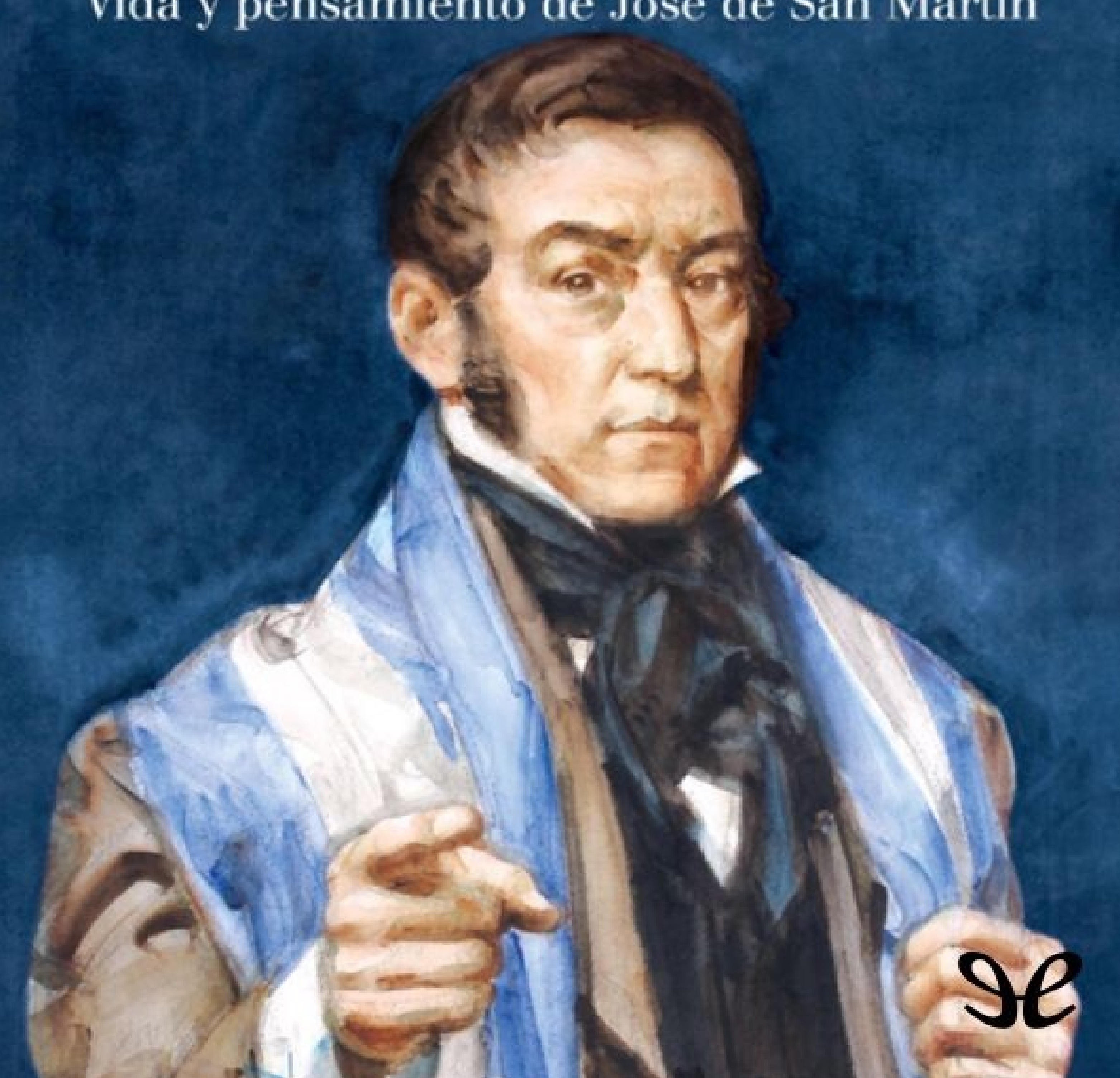
FELIPE PIGNA

LA VOZ DEL GRAN JEFE

Vida y pensamiento de José de San Martín



José de San Martín es uno de los hombres más nombrados y más homenajeados de nuestro país y a la vez, paradójicamente, uno de los menos conocidos en toda su dimensión. Las miles de calles (una por pueblo o ciudad) que llevan su nombre, las centenares de plazas, los tantos y tantos monumentos y bustos poco nos dicen de este hombre que lo dio todo por su país, que se comprometió hasta sus últimos momentos con la suerte de sus habitantes. Extraordinario estratega militar, que se inició en la carrera de las armas a los once años y a los quince ya era un oficial con mando de tropa; enorme lector y fundador de bibliotecas, pintor y concertista de guitarra. Calumniado hasta el extremo, perseguido, ninguneado y exiliado, su aguda mirada del país fue acallada, sus opiniones políticas ocultadas; su visión del ejército y el rol de las fuerzas armadas en la sociedad civil, censurada. Con la minuciosa investigación y el estilo atrapante que lo han convertido en uno de los historiadores latinoamericanos más leídos, en esta nueva obra Felipe Pigna encara la biografía del prócer máximo de la Argentina. La voz del Gran Jefe desentraña los mitos y debates que en vida y en la posterior construcción de su imagen como “Padre de la Patria” han rodeado a la figura de José de San Martín, para mostrarnos al hombre público y privado en todas sus dimensiones. Entre otros aspectos clave, pasa por una revisión crítica las versiones sobre su posible origen mestizo, su rigurosa formación intelectual y militar, sus complejas relaciones familiares, sus vinculaciones con la francmasonería y la diplomacia británica, sus adhesiones ideológicas y proyectos políticos, en su admirable trayectoria de libertador de América, los cuestionados motivos de su renuncia y su extraño ostracismo final. También incluye extensos párrafos del libelo inédito atribuido al general Carlos María de Alvear titulado Primera parte de la vida del general José de San Martín, una curiosa pieza bibliográfica que se ocultó a la lectura de los argentinos por casi doscientos años. El monumental trabajo de Felipe Pigna devela un San Martín integral, que permite comprender su extraordinaria actuación en la fundación de las naciones latinoamericanas y la grandeza que inspiró cada uno de sus pasos.



Felipe Pigna

La voz del Gran Jefe

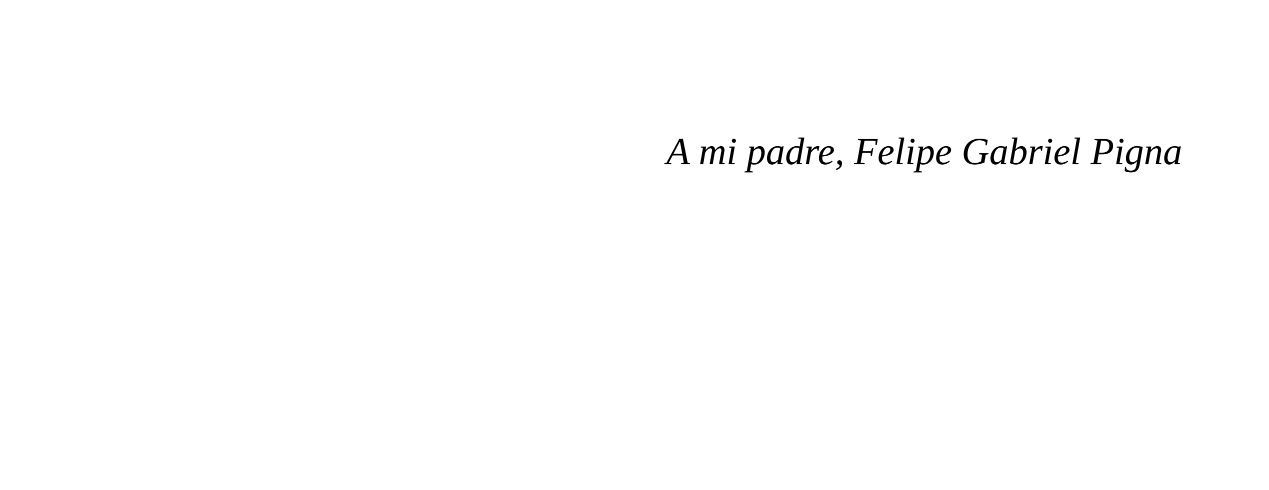
Vida y pensamiento de José de San Martín

ePub r1.0
Titivillus 28.08.15

Título original: *La voz del Gran Jefe*
Felipe Pigna, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





A mi padre, Felipe Gabriel Pigna

Introducción

José de San Martín es uno de los hombres más nombrados y más homenajeados de nuestro país y a la vez, paradójicamente, uno de los menos conocidos en toda su dimensión. Las miles de calles (una por pueblo o ciudad) que llevan su nombre, los centenares de plazas, los tantos y tantos monumentos y bustos poco nos dicen de este hombre que lo dio todo por su país, que se comprometió hasta sus últimos momentos con la suerte de sus habitantes. Extraordinario estratega militar, que se inició en la carrera de las armas a los once años y a los quince ya era un oficial con mando de tropa, pero también un hombre absolutamente comprometido con su tiempo, enorme lector y fundador de bibliotecas, pintor y concertista de guitarra, y padeciente permanente de todas las ingratitudes que se pueden sufrir. Calumniado hasta el extremo, perseguido, ninguneado y exiliado, su aguda mirada del país fue acallada, sus opiniones políticas ocultadas, su visión del ejército y el rol de las fuerzas armadas en la sociedad civil censurada.

En las escuelas de mi infancia y adolescencia, y en la de muchos de los que me están leyendo, se enseñaba, con una dosis tóxica de aburrimiento, por un lado, la llamada «historia institucional», esto es, la sucesión de gobiernos desde la Primera Junta al Directorio, lo que se definía como «obra de gobierno», obviamente despejada de todo aspecto económico y social y del más mínimo contexto mundial; y por el otro, las contemporáneas —e incomprensibles sin su entramado político— campañas de San Martín, de quien se nos quería hacer creer que era «solo» un militar profesional y, como tal, no se mezclaba en política. La historia, como se verá claramente en las páginas de este libro, desvirtúa absolutamente aquella metodología y desmiente categóricamente este concepto absurdo del San Martín apolítico.

Las diferencias antagónicas con sus grandes enemigos, Rivadavia y Alvear, no casualmente ídolos sagrados de los autodenominados «liberales» locales, en realidad conservadores autoritarios, fueron disimuladas por los gestores de la historia oficial del mismo cuño ideológico, ninguneadas hasta hacerlas desaparecer, al igual que su correspondencia con caudillos como José Artigas y Estanislao López, y la muy frecuente con Rosas.

Llama la atención el desconocimiento absoluto de la mayoría de sus biógrafos liberales del libelo calumnioso atribuido a Carlos María de Alvear, titulado *Primera parte de la vida del general San Martín*, cuyo contenido doy a conocer por primera vez en estas páginas.

La construcción de un relato histórico broncíneo lo alejó de sus compatriotas, que no podían dejar de verlo como una estatua, como alguien perfecto al que, se sabe, los mortales no podemos imitar. El inolvidable Alfredo Alcón me contaba las tremendas angustias que tuvieron que soportar con Leopoldo Torre Nilsson para filmar *El Santo de la Espada* en épocas del dictador Juan Carlos Onganía. Los censores de entonces cuestionaban las escenas en las que San Martín aparecía claramente con sus

problemas de salud habituales y prohibieron una de ellas, en la que el Libertador vomitaba sangre, un hecho lamentablemente frecuente en aquellos años de su vida. Así se fue modelando una biografía falsa, que escapaba a la ejemplaridad: ninguno de nosotros podía acercarse siquiera a tanta perfección, abnegación y corrección; así que muchos optaron por no intentarlo siquiera.

A mi generación no le fue permitido querer a San Martín, sentir por él la empatía que tanto promovía. Solo estábamos habilitados a «honrarlo» y «respetarlo», a cantar la «Marcha de San Lorenzo» sin que nos explicaran, no ya las causas geopolíticas, la estrategia del combate sino, aunque solo fuera, qué quería decir «febo». Los chicos de hoy tienen más suerte, lo pueden querer, incorporar a sus afectos. Dando una charla sobre el querido Don José en una escuela pública, en el momento del debate, un chiquito de tercer grado me dijo: «A mí me gustaría ser como San Martín, pero tengo que cruzar los Andes… es un lío». Otro le contestó con toda su mágica sabiduría infantil: «No hace falta, con que quieras al país, no robes, no mientas y te importen los demás, ya está». En su maravillosa simpleza entendió claramente el concepto de ejemplaridad. Como se ve, cualquiera de nosotros —si quiere, claro— puede tener virtudes sanmartinianas.

Por todo esto, este libro contiene tantas citas textuales del Libertador, para acercarles a todos mis queridos lectores ese valioso pensamiento. Para que conozcan *La voz del Gran Jefe*, porque ya es hora de escucharla.

Entre gurises y chavales

Velar se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte.

Del escudo heráldico de la familia San Martín

Se iba terminando la llamada Edad Moderna y se avecinaba a toda velocidad la contemporánea cuando, en 1778, campeaba en Gran Bretaña la Revolución Industrial que modificaría para siempre los modos de producción y acumulación de riquezas, dando origen a dos clases sociales: la burguesía industrial —los dueños de las nuevas fábricas con máquinas a vapor— y el proletariado, es decir, aquellos cuya única propiedad eran su fuerza de trabajo y su familia, su prole. Fue en aquel contexto que, dos años antes, Adam Smith publicaría la obra fundacional del liberalismo económico, *La riqueza de las naciones*, en la que considera que el hombre vive para producir e intercambiar, y la política no debe interferir en el curso de la vida económica. Por ello, exigió plena libertad para empresarios y comerciantes, y se opuso terminantemente al intervencionismo del Estado. Pensaba que, si a cada persona se le permitía defender su interés particular, la sociedad toda acrecentaría su riqueza y bienestar. Planteaba, entre tantas otras cuestiones, que la verdadera riqueza de una nación no estaba en las riquezas naturales, como planteaba la fisiocracia, sino en la capacidad de transformar localmente las materias primas, a través del trabajo de sus habitantes.

En aquel año de 1778 la Francia absolutista firmaba con las colonias revolucionarias de Norteamérica —que hacía dos años habían proclamado su independencia— un tratado que reconocía a la nueva nación y se comprometía a luchar contra su eterna enemiga, Gran Bretaña. Luis XVI, quien todavía portará por quince años la cabeza fresca en su lugar, disponía el envío de seis mil hombres a la zona de conflicto. La no menos absolutista España se vio arrastrada por los pactos de familia a seguir el camino de sus parientes Borbones. Los reyes a uno y otro lado de los Pirineos nunca terminarían de arrepentirse de esta decisión. A uno le costará el reino y la cabeza; a los otros, su invalorable imperio americano.

A miles de kilómetros de allí, el navegante inglés James Cooke «descubría» para el imperio las islas de Hawái, a las que les robaría hasta el nombre, bautizándolas como «Sándwich». La alegría le duraría poco. En su segundo viaje a las islas sería asesinado por los nativos.

Los milaneses estaban de fiesta con la inauguración de su colosal *Nuovo Regio Ducal Teatro alla Scala*, diseñado por el arquitecto neoclásico Giuseppe Piermarini. Se eligió para la ocasión la ópera *Europa descubierta* de Antonio Salieri, el histórico enemigo del genial Wolfgang Amadeus Mozart, quien ese año sufriría la muerte de su madre, Anna Maria Pertl. La obra lírica narra el episodio clásico del rapto de la princesa Europa de Tiro por el rey Asterio de Creta. Curiosamente, esta ópera de Salieri no volverá a representarse en el teatro milanés hasta el año 2004. En

Emerville, cerca de París, moría sin ver en triunfo sus ideas el ginebrino Jean-Jacques Rousseau, autor de *El contrato social*, uno de los pensadores más notables del siglo XVIII. También en ese año de 1778 partía François Marie Arouet, más conocido como Voltaire, otro de los grandes teóricos del pensamiento revolucionario, colaborador de la *Enciclopedia* y autor de un imprescindible *Diccionario Filosófico.*

Unos se iban y otros venían a este convulsionado mundo. Entre los recién nacidos estaban Mariano Moreno, Bernardo O'Higgins y el futuro compositor y guitarrista Fernando Sor. Mientras tanto, en un pueblito fundado por los jesuitas en 1627, a orillas del río Uruguay, bajo el nombre de Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú, nacía un 25 de febrero José Francisco de San Martín.

Como ha ocurrido con otros grandes personajes de nuestra historia, los debates sobre su persona comienzan con su nacimiento y filiación, pero las polémicas sobre la fecha exacta quedan en el terreno de las conjeturas, ya que no se cuenta con documento alguno donde conste la fe de bautismo que, en esos tiempos en que no existía el Registro Civil, era lo más aproximado a una partida de nacimiento. El pueblo de Yapeyú fue arrasado, saqueado e incendiado por las tropas portuguesas al mando del sanguinario Francisco das Chagas Santos, el 13 de febrero de 1817, al día siguiente de la más gloriosa batalla que libraría San Martín en toda su carrera militar, en las alturas de Chacabuco.

En nombre del padre

Pero si el año del nacimiento genera debate, mucha más polémica ha provocado lo que se ha llamado «el origen» de San Martín. Quienes lo conocieron y describieron su fisonomía resaltaban, junto con su estatura relativamente elevada para los españoles de la época, lo negro de su cabello y el color oscuro de sus ojos y de su piel. Definitivamente, para desgracia de los racistas, el «Padre de la Patria» era morocho. De ahí a suponer un posible «origen mestizo» había un paso en tiempos en que estaba vigente el sistema de «castas», sobre todo para quienes consideraban la «mezcla de sangres» como una mancha. Recordemos que en el régimen impuesto por España, solo los «blancos» o «españoles» —tanto europeos (peninsulares) como americanos (criollos) propietarios— podían acceder a la condición de *vecinos*, que les permitía alguna participación en los cabildos, a la educación (y con ella, a las profesiones «liberales»), al sacerdocio y a la oficialidad de las fuerzas armadas, todos los estamentos con algún poder o privilegio.

La historia oficial ha llegado a calificar la seriedad y calidad de los libros referidos a San Martín según mencionen o no la hipótesis que pone en duda la versión tradicional sobre la filiación del Libertador. Pero dicha hipótesis ya atravesó las fronteras, y académicos de la talla del profesor emérito de la Universidad de Londres,

John Lynch, [1] dan cuenta de ello; lo que no quiere decir, obviamente, avalarla, pero tampoco ignorarla o descalificarla a priori, como viene haciendo la autodenominada «historia seria» local. Le doy el espacio que merece como hipótesis no confirmada, ya que muchos de mis lectores habrán tenido noticia de ella y me parece importante aclarar de qué se trata.

Una antigua tradición oral aún persistente en la Mesopotamia lo considera hijo de una joven guaraní llamada Rosa Guarú. En otras versiones, es mencionada como su nodriza o ama de leche, pero nadie niega su probada existencia. [2] En los últimos tiempos, esa tradición se combinó con otra versión, según la cual su padre habría sido el capitán Diego de Alvear y Ponce de León, [3] quien habría encargado la crianza del niño a Rosa y al matrimonio San Martín. Don Diego era, en este caso, sin ninguna duda, padre de quien sería compañero y luego feroz enemigo de San Martín, Carlos de Alvear.

El marino español participó en la expedición de quien se convertiría en el primer virrey del Río de la Plata, Pedro de Cevallos, contra los portugueses del Brasil, en 1776-1777. Don Diego fue nombrado tiempo después para integrar la comisión que debía fijar los límites entre las posesiones de las coronas española y lusitana. La versión de que habría sido padre de José Francisco tiene por fuente la afirmación de María Joaquina de Alvear, hija de Carlos de Alvear y nieta de Diego, en un manuscrito redactado en Rosario el 22 de enero de 1877, donde deja constancia de la «Cronología de mis antepasados y que en parte ignoran mis hijos y para que sepan mis descendientes». En ella, asevera:

> Yo, Joaquina de Alvear Quintanilla y Arrotea, declaro ser nieta del Capitán de Fragata general español señor don Diego de Alvear Ponce de León. […] Soy hija segunda del general Carlos María de Alvear […]. Soy sobrina carnal de San Martín, por ser hijo natural de mi abuelo, el señor don Diego de Alvear y Ponce de León, habido en una indígena correntina […]. Queda pues establecido que en la familia, tanto por parte de los míos como de mi marido, ha habido: Generales: 1. Diego de Alvear, 2. Carlos de Alvear, 3. San Martín […]. Yo por muchos años he ignorado muchos de estos parentescos, y me he encontrado muchas veces con ellos sin saber que lo eran y aparecido ingrata o desdeñosa o ignorante de ellos; y es la razón por que escribo esta cronología, para que a la vez los míos no se encuentren en este caso.[4]

En otro fragmento del manuscrito, dado a conocer por el historiador Hugo Chumbita y Diego Herrera Vegas, Joaquina relata el encuentro con quien ella consideraba su supuesto tío, en Francia, durante los últimos años de vida del Libertador:

> Cuando en Europa, por primera y última vez vi y conocí al general San Martín, la primera impresión fue dolorosa. Era toda una fortaleza que se deshacía, eran Chacabuco y Maipú que se marchaban a mejor vida, dejando su nombre grabado en el templo de San Lorenzo, en la grande victoria alcanzada por su famoso escuadrón de granaderos a caballo […]. Y examinándolo bien encontré todo grande en él, grande su cabeza, grande su nariz, grande su figura, y todo me parecía tan grande en él, cual era grande el nombre que dejaba escrito en una página de oro de nuestra historia, y ya no vi más en él que una gloria de su patria que se desvanecía para no morir jamás. Este fue el general San Martín, natural de Corrientes, su cuna fue el pueblo de Misiones, e hijo natural también del capitán de fragata y general español Don Diego de Alvear y Ponce de León (mi abuelo). [5]

Pero el manuscrito de Joaquina es cuestionado como fuente porque su marido, Agustín Arrotea, hizo una presentación ante el Juzgado en lo Civil de Rosario, el 22 de octubre de 1877, en que declaraba: «Como es de notoriedad, hace algún tiempo que mi legítima esposa Doña Joaquina Alvear se encuentra en estado de incapacidad, enfermedad que por desgracia inhabilita para todo acto civil».[6] El motivo del escrito era obtener la tutoría de su acaudalada esposa. El juez ordenó realizar exámenes clínicos a Joaquina, en los que en primera instancia se encontró una «ligera alteración de la memoria», pero se reconocía que «recordaba no solo los hechos culminantes de su vida, sino también aquellos de poca importancia, asignándoles con seguridad la fecha en que se han producido». Se le pidió que leyera algunos de sus escritos. Eligió algunos en los que se refería al Papa, a Thiers y a otras personalidades notables de la época, y los doctores Domingo Capdevila y Luis Vila concluyeron que esos textos mostraban «una exaltación de la imaginación que llega hasta constituir un estado morboso» y que Joaquina «sufría una afición desmedida a la literatura». Finalmente, el juez Marín dictaminó el 5 de diciembre de 1877 que, de acuerdo al informe clínico, Joaquina «se encuentra en estado de demencia calificada por de erotomanía [7] habitual» y la declaraba «incapaz de administrar sus bienes y demás actos de su vida civil», nombrando tutor a su marido, Arrotea. [8]

En su apologético libro *El Santo de la Espada*, Ricardo Rojas no pone en duda la paternidad de Juan de San Martín ni la maternidad de Gregoria Matorras, pero desliza el siguiente comentario: «La madre es española, pero el niño es criollo, nacido en aquel mismo lugar de las Indias, con la tez bronceada por el sol de América, los ojos muy negros, los cabellos muy negros». [9] Y más adelante señala: «Juan Bautista Alberdi conoció a San Martín en París y entonces escribió: "Yo lo creía un indio como tantas veces me lo habían pintado". Bronceado era de tez y de ojos negros; pero indio solamente por la cuna y el destino», concluye Rojas. [10]

Pero que fuese o no hijo de Alvear no anula la posibilidad de que fuese «mestizo», aunque no hay pruebas definitivas al respecto. Hay que recordar que el «color aceitunado, oscuro, cabello negro, […] ojos grandes y negros» —como lo describió el comerciante inglés Samuel Haigh, testigo de la batalla de Maipú— [11] son rasgos nada inusuales en España. Como veremos más adelante, a San Martín se le atribuye un gran parecido físico con el mariscal Francisco Solano y Ortiz de Rozas, marqués del Socorro y Solanas, comandante de Cádiz y capitán general de Andalucía, cuyo «abolengo hispano» —pese a haber nacido en Caracas, de madre porteña rioplatense— [12] nadie cuestiona. Por cierto, esos mismos rasgos físicos y su nariz aguileña antiguamente habían dado origen a la versión de que San Martín tenía ascendencia judía, algo que Augusto Barcia Trelles desmentía —aunque no por motivos racistas—. [13] Cabe aclarar que, según su documentación personal, el generalmente aceptado como padre del Libertador, Juan de San Martín, además de ser de baja estatura tenía «pelo castaño claro y ojos garzos», es decir, azulados. [14]

Lo llamativo es, en todo caso, la reacción airada de instituciones y autores académicos ante la simple posibilidad de que el «Padre de la Patria» tuviera ancestros indígenas, [15] lo que muestra que el rancio racismo heredado del sistema colonial español no está tan difunto como le hubiese gustado al Libertador. Con o sin «sangre india», don José dio a lo largo de su vida sobradas muestras de que, al igual que otros «españoles americanos», como Manuel Belgrano, Juan José Castelli o Mariano Moreno, consideraba hermanos a «nuestros paisanos los indios».

Tiempos interesantes

Como señalaba en mi libro *1810. La otra historia de nuestra revolución fundadora,* [16] la preeminencia de lo fáctico en nuestra historia oficial es materia conocida. Todo sucede como por azar, por decisiones personales, por determinaciones de terceros. Pocas veces se les da importancia al clima ideológico, al pensamiento de la época, a las ideas disponibles a la hora de pensar aquella realidad injusta y asfixiante de la colonia. Los hechos demuestran que hombres como San Martín habían tomado nota de estas ideas y es importante que las recordemos.

La luz de la sabiduría iluminando las tinieblas de la ignorancia, combatiendo los miedos que la alimentan, la ciencia disputándole la verdad a la todopoderosa Iglesia, palmo a palmo, así fue aquella segunda mitad del siglo XVIII, que desembocaría en la Revolución Francesa. Un siglo de extraordinarios cambios en algunos países europeos, particularmente en Inglaterra y Francia.

En este proceso jugó un papel destacado la burguesía que, desde sus inicios, adaptó sus aspiraciones y puntos de vista de acuerdo a la etapa de la evolución económica en que se hallaba. Primero luchó por deshacerse de una economía medieval que trababa su crecimiento y, en su enfrentamiento con la nobleza, se apoyó en los monarcas. Pero, superadas con el tiempo las dificultades, lo que antes había apreciado como apoyo y protección, a partir del siglo XVII comenzó a percibirlo como limitación, falta de libertad y control excesivo.

El fascinante siglo XVIII, llamado «de las Luces» por la difusión que alcanzaron las ideas de la Ilustración, tuvo también sus sombras. Ante todo, porque se mantenían intactos los privilegios aristocráticos, que las monarquías absolutas europeas conservaban a fuerza de un despilfarro cada vez más insoportable para la burguesía, cuyo poder económico y conciencia de sus intereses iban en aumento, sin poder participar activamente del ejercicio del poder político. Las dos revoluciones inglesas del siglo anterior (la de 1642-1660 y la de 1688) habían terminado por imponer en Gran Bretaña un sistema parlamentario que, si bien aún era oligárquico, ya que la gran mayoría de la población quedaba excluida, significaba un cambio político sustancial: la voluntad del rey ya no era la ley fundamental. Esta quedaba ahora en

manos de un cuerpo representativo al menos de una parte de sus súbditos. En especial, el principio de que sólo el Parlamento podía establecer o modificar impuestos y contribuciones («ningún impuesto sin representación») era la contracara de lo que ocurría entonces en el resto de Europa y sus colonias.

La influencia de la revolución inglesa y de sus pensadores, como John Locke (1632-1704), [17] pronto se hizo sentir en el movimiento de ideas conocido como la Ilustración, que tuvo en Francia a sus principales exponentes. Uno de ellos, Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), tomó a la «monarquía moderada» inglesa como modelo en su influyente obra *Del espíritu de las leyes*, cuya primera edición, sin mención del autor, apareció en 1748 y rápidamente fue incluida por la Iglesia en su *Índex* de libros prohibidos. La censura, tanto eclesiástica como monárquica, también se ensañaría con las obras de otros autores ilustrados, como Voltaire, Rousseau, D'Alembert y Diderot, y con la obra más ambiciosa que encararon: la *Enciclopedia o Diccionario razonado de ciencias, artes y oficios*, cuyos 28 volúmenes, publicados entre 1751 y 1772, junto con otros 7 suplementarios que aparecieron entre 1776 y 1780, buscaban compendiar el saber humano, desde una perspectiva racional y crítica. La *Enciclopedia* cambió revolucionariamente la forma de difundir los conocimientos, al ordenar los temas alfabéticamente y no por «jerarquías», como quería el poder real absolutista asociado al eclesiástico, impulsando así el proceso de independencia del saber científico de los principios religiosos. La palabra *Dios* podía figurar en un libro mucho después del terrenal término *ábaco*.

Si bien, en general, el pensamiento ilustrado expresaba una actitud elitista y de «temor» hacia las «masas incultas», planteaba una ruptura en el campo de las ideas, al rechazar todo lo que no se basase en una explicación razonada o en una comprobación empírica. Estas obras permitieron poner en evidencia que no era «razonable», por ejemplo, que una mayoría de hambrientos sostuviese con su esfuerzo a miles de parásitos que se amparaban en el aval de la Iglesia, que disfrutaba de los mismos privilegios, y en su «dignidad» cortesana y real para ponerse por encima del resto de sus semejantes. A pesar de la censura, las obras y las nociones ilustradas lograron gran difusión, incluso entre la aristocracia y los altos funcionarios. Se dio así un fenómeno contradictorio en la mayoría de los países de Europa continental: el del «despotismo ilustrado». Con él, las monarquías absolutistas introdujeron reformas que buscaban darle una base más racional a la administración, con el fin de fortalecer y centralizar aún más el poder de las coronas, basándose en el principio «*Tout pour le peuple, rien par le peuple*»: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo».

Otro cambio clave, iniciado a mediados del siglo XVIII y en gran parte deudor de las revoluciones inglesas del siglo anterior, fue la serie de profundas transformaciones económicas, sociales y culturales de largo plazo que conocemos con el nombre de Revolución Industrial. En lo inmediato, el paso de la producción artesanal a la

industrial dio un nuevo impulso al capitalismo inglés y demandó la búsqueda de nuevos mercados para su creciente producción de manufacturas. Al tiempo que encaraba una doble política comercial —un fuerte proteccionismo interno para asegurar su desarrollo industrial y, en el plano externo, el objetivo de imponer el librecambio en el resto de mundo—, Gran Bretaña se lanzó a una tenaz competencia con sus principales rivales, Francia y España, por el control de las vías de navegación y de territorios coloniales en todo el planeta. Aunque el estallido de la mayoría de las frecuentes guerras del siglo XVIII tuvo como excusa cuestiones dinásticas o territoriales menores en Europa, su trasfondo fue esa puja «global». En especial, la Guerra de los Siete Años (1756-1763), iniciada por una disputa territorial entre Prusia y Austria, pronto se convirtió en un enfrentamiento global entre Francia y Gran Bretaña, acompañadas por sus respectivas aliadas, España y Portugal, y tuvo consecuencias de largo alcance. La victoria de Gran Bretaña, que acrecentó su papel como potencia mundial al consolidar su control sobre la India y Canadá e impulsar su poderosa flota, tuvo un muy alto costo económico, que la corona trató de descargar sobre sus colonias, mediante impuestos y tasas comerciales. Los colonos británicos de Norteamérica, apoyándose en el principio de «ningún impuesto sin representación» (ya que no elegían miembros del Parlamento), iniciaron una firme resistencia a esa política, que culminaría en 1776 con la proclamación de la independencia de los Estados Unidos y su guerra revolucionaria de siete años contra los británicos. La creación del primer Estado independiente americano influyó en el resto de las colonias. El apoyo de Francia y España a los colonos norteamericanos, para debilitar a su rival, tendría también un efecto de búmeran: el venezolano Francisco de Miranda, que participó como militar español en esta guerra, a partir de entonces comenzó a elaborar los planes emancipadores que lo convertirían en el precursor de la independencia sudamericana.

Por otra parte, las concesiones comerciales impuestas a Francia en el tratado de paz de 1763, en favor de las mercaderías de origen británico, fueron una de las muchas causas del estancamiento de la economía francesa, que la llevaría a la crisis dos décadas después, y que a su vez generaría el descontento generalizado que abrió las puertas a la Revolución Francesa de 1789.

Paralelamente, el resultado de la Guerra de los Siete Años llevó a que la corona española profundizase en América los cambios administrativos, económicos y políticos que venía implementando en el marco del despotismo ilustrado. Estas «reformas borbónicas» apuntaban a volver más eficiente la administración colonial —en especial, en el cobro de impuestos y tributos—, controlar el contrabando (cuyos principales beneficiarios eran los ingleses, que en muchos casos tenían como intermediarios a los portugueses del Brasil) y hacer frente a la expansión británica y portuguesa sobre sus territorios. Todo ello requería una mayor centralización y sometimiento a las directivas decididas en la metrópoli. Para asegurar una administración más eficiente, los extensos territorios coloniales establecidos

originalmente (los virreinatos de Nueva España y del Perú) fueron divididos, mediante la creación de nuevos virreinatos —Nueva Granada (1739) y Río de la Plata (1776)— y capitanías generales —Venezuela (1777), Guatemala (1776) y Chile (1778)—.

En 1782 se establecieron las gobernaciones-intendencias y gobiernos militares (para las zonas de frontera), como subdivisiones administrativas de los virreinatos y capitanías generales.

Al frente de las nuevas administraciones coloniales fueron puestos hombres formados en la burocracia militar-política de España y, principalmente, peninsulares. Si, casi desde el inicio mismo de la era colonial, los criollos eran motivo de desconfianza para la corona, en el siglo XVIII se reforzó su exclusión de los principales cargos políticos, para asegurar que los altos funcionarios no tuviesen «conflictos de intereses» para hacer cumplir las directivas metropolitanas. Esto fue una causa adicional de descontento para los españoles nacidos en América, en especial para las elites locales, que se sentían injustamente desplazadas. Ese afán de control también llevó a la expulsión de los jesuitas, sancionada en 1767 por el rey Carlos III. La Compañía de Jesús, extendida en casi todo el continente, con sus misiones, estancias, ingenios, fincas, colegios y universidades, aparecía como un peligroso rival para la corona, por su poder económico, social y cultural, al no estar bajo el control directo del rey y sus funcionarios.

Desde el inicio, las «reformas borbónicas» encontraron resistencia entre los americanos, quienes en alguna ocasión amenazaron con pasar por encima del régimen de castas, al unir transitoriamente a criollos, «indios», «mestizos» y «pardos» en una acción común contra las autoridades encargadas de aumentar la presión en el cobro de tributos o aplicar nuevos impuestos. En 1739, en Oruro (actual Bolivia), fue frustrada una insurrección encabezada por el «mestizo» Juan Bélez de Córdova, cuyo *Manifiesto de agravios* decía:

> Sabido es cómo el Pontífice Alejandro VI dio permiso a los Reyes de Castilla para que sembrasen la semilla del Santo Evangelio en estos reinos, convirtiendo el [ilegible] de la Santa Madre Iglesia la infidelidad. Y pasados los españoles a él, se convirtieron por su codicia a la tiranía, degollando a los reyes y naturales de ellos, usurpándoles no sólo las vidas sino todos sus haberes y tierra con cuanto estas fructifican.

Bélez de Córdova proponía la reinstauración de la monarquía incaica para restablecer los derechos que

> asisten a los criollos ilustres de estos nuevos reinos del Perú, así españoles como pobres indios y naturales, quienes siendo legítimos señores de la tierra, unos y otros, nos vemos oprimidos de la tiranía, viviendo con sobresalto y tratados poco menos que como esclavos. [18]

En 1742, Juan Santos Atahualpa, descendiente de los incas, se levantó en el Perú, con un programa similar al de Bélez de Córdova. En 1748, en Venezuela, Juan Francisco de León inició un levantamiento contra el monopolio otorgado por la

corona a la Compañía Guipuzcoana. En 1761, Jacinto Canek alzó en armas a los mayas del Yucatán. En 1780-1781, la revolución andina iniciada por Túpac Amaru II y Micaela Bastidas, y continuada por Túpac Katari y Bartolina Sisa, y en 1781, la rebelión de los comuneros de Nueva Granada, aunque ferozmente reprimidas y derrotadas, mostraron que se había iniciado la crisis del «orden» colonial español en América, que entraba en un punto de no retorno. En distinta medida, según las clases y los grupos sociales, la lucha por cambiar el injusto régimen social, económico, político y cultural se comenzaba a identificar con la necesidad de librarse de la metrópoli que lo imponía. [19]

Las derrotadas revoluciones y levantamientos de indígenas, «mestizos» y criollos, las ideas ilustradas, el ejemplo de la revolución independentista norteamericana y la influencia económica y política británica, en mayor o menor grado, fueron el marco en el que se formaron los sudamericanos de fines del siglo XVIII. Entre ellos, como no podía ser de otro modo, José de San Martín.

Una familia indiana

La vida de José de San Martín comenzó en ese mundo fascinante, cambiante y en ebullición, en lo que entonces era un punto periférico del recientemente creado Virreinato del Río de la Plata; a su vez, el último confín del imperio español en América. Yapeyú, «fruto maduro» en guaraní, fue fundada, como dije, por los jesuitas en 1627, como reducción de Nuestra Señora de los Tres Reyes Magos, en la margen occidental del río Uruguay (actualmente, en territorio de la provincia de Corrientes). Era la más grande de las estancias jesuíticas y abarcaba las dos orillas del río, ocupando terrenos que hoy pertenecerían a tres naciones, Argentina, Uruguay y Brasil. Allí fueron «reducidas» comunidades originarias guaraníes, charrúas y cáingang, que debieron enfrentar las incursiones de los verdaderamente salvajes *bandeirantes*, cazadores de esclavos para las *fazendas* de los ricos propietarios del sur del Brasil. Con los años, Yapeyú se convirtió en un importante centro ganadero. En su época de esplendor, la misión y los establecimientos que dependían de ella llegaron a tener una población de más de 8.000 personas, en tiempos en que Buenos Aires, por ejemplo, no alcanzaba los 20.000 habitantes. Contaba con talleres de fabricación de calzado, que se comerciaba en todo el Río de la Plata, Chile y Perú, y una notable escuela de música que, además, fabricaba instrumentos. La escuela era célebre en toda la región por la excelencia de sus músicos y coreutas y por la calidad de sus luthiers. Los padres jesuitas Matías Strobel y Carlos Cattáneo dejaron registradas sus impresiones sobre el tema:

> Hace pocos días hemos escuchado cantar a varias voces en Buenos Aires a los músicos traídos de la

> Reducción de Yapeyú, con tanta gracia y arte que quien no los estuviese mirando creería eran músicos de las mejores ciudades de Europa que hubiesen venido a América. [20]

Yapeyú era un estratégico puerto fluvial y poseía una fundición de cobre, hierro y acero, y un astillero.

A partir de la expulsión de los jesuitas en 1767, como sucedió con los demás establecimientos de la Compañía de Jesús, la labor misionera fue encomendada por la corona española a otra orden religiosa —en este caso, los dominicos— y la administración de las *temporalidades* o propiedades fue puesta en manos de funcionarios reales.

Los San Martín

La familia integrada por Juan de San Martín y Gómez, su esposa Gregoria Matorras del Ser [21] y sus tres primeros hijos llegó a Yapeyú en abril de 1775, en ese contexto posterior a la expulsión de los jesuitas.

Los padres del futuro Libertador eran originarios de pueblos cercanos de la provincia de Palencia, Castilla la Vieja. El lema del escudo, «Palencia, armas y ciencia», hacía referencia a la creación en 1208 de la primera universidad española por Alfonso VIII, contemporánea a las de Oxford y Bolonia, y a la histórica participación de la región en la reconquista. Don Juan había nacido en la Villa de Cervatos de la Cueza, antiguamente perteneciente al reino de León, el 3 de febrero de 1728, de padres labradores. Tras una lenta y trabajosa carrera militar iniciada como soldado de infantería a los dieciocho años, que lo había llevado a combatir en el norte de África y a integrar guarniciones de distintas regiones españolas, había llegado al Río de la Plata en 1765, con el grado de teniente y la misión de instruir al batallón de milicias porteñas. Participó en el sitio de la Colonia del Sacramento, estratégico asentamiento de los portugueses en la región, y en el combate al contrabando que se efectuaba desde allí. Gregoria Matorras había nacido en Paredes de Nava, el 12 de marzo de 1738. De allí eran oriundos el pintor Pedro Berruguete y el poeta Jorge Manrique, autor de las célebres *Coplas por la muerte de su padre* (1476). Gregoria, que había quedado huérfana de madre a los seis años, llegó a Buenos Aires en 1767, el mismo año de la expulsión de los jesuitas, acompañando a su primo Gerónimo Matorras, recientemente nombrado gobernador del Tucumán. En 1769 habría comenzado el noviazgo con Juan de San Martín, pero el casamiento, celebrado en la catedral porteña en octubre de 1770, tuvo que realizarse por poder, ya que don Juan había recibido meses antes la orden de marchar para ocupar su cargo de administrador de la Calera de las Vacas, antigua estancia jesuítica en la Banda Oriental, y sólo días después llegó a la ciudad para buscar a su esposa.

Durante cuatro años los San Martín-Matorras vivieron en Calera de las Vacas (hoy en territorio uruguayo), donde nacieron sus primeros hijos: María Elena, el 18 de agosto de 1771; Manuel Tadeo, el 28 de octubre de 1772, y Juan Fermín Rafael, el 5 de febrero de 1774. A fines de este último año, don Juan fue nombrado teniente gobernador de Yapeyú, donde el matrimonio tuvo a sus dos últimos hijos: Justo Rufino, en febrero de 1776, y a José Francisco, que —más allá de los debates que ya vimos— sería criado como el menor de la familia por su niñera de trece años, Rosa Guarú, quien le enseñó sus primeras palabras en guaraní, a distinguir el canto de los pájaros y los secretos del monte, bajo la sombra del generoso *ibapoy*. [22] Le habló de la *Yvy Mara 'ey*, aquella «Tierra sin Mal» que su pueblo venía buscando desde sus orígenes, un lugar donde no existían ni la enfermedad, ni el sufrimiento, ni la muerte. [23]

En Yapeyú

Tras la expulsión de los jesuitas, Yapeyú había perdido gran parte de su prosperidad económica y su población, pero siguió siendo una localidad estratégica en esa zona de frontera siempre amenazada por los avances portugueses. En la reorganización del territorio de las Misiones dispuesta por la corona, se convirtió en cabecera de un extenso distrito, a uno y otro lado del río Uruguay, que iba desde Santo Tomé y San Borja (la actual São Borja, en Brasil), en el norte, hasta más allá del río Mocoretá, en el sur, incluyendo tierras hoy pertenecientes a las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos y al estado brasileño de Rio Grande do Sul.

Don Juan parece haber puesto bastante empeño como teniente de gobernador. Reorganizó la milicia integrada por más de 500 guaraníes, que participó en la campaña ordenada en 1776 por el flamante virrey del Río de la Plata, Pedro de Cevallos, para enfrentar a los portugueses que habían avanzado en la zona de San Borja, y también reforzó el fuerte de Santa Tecla (en la actual ciudad brasileña de Bagé, en el límite con Uruguay). [24] Luego del Tratado de San Ildefonso, de 1777, que puso término a esa guerra, [25] Juan de San Martín se dedicó a recuperar la actividad ganadera de su jurisdicción, poblando las estancias de La Merced, San Gregorio, Concepción de Mandisoví y Jesús del Yeruá. [26] Para asegurar la salida de la producción de la zona, restableció el llamado «camino del Salto», que por tierra llegaba hasta pasar el Salto Grande del río Uruguay, donde las mercaderías eran embarcadas para seguir por vía fluvial hasta Buenos Aires y Colonia. Por sus servicios, en enero de 1779, el rey Carlos III firmó su ascenso a capitán.

Sin embargo, su administración tuvo un serio cuestionamiento. La expulsión de la Compañía de Jesús había generado conatos de resistencia entre los pobladores de las misiones, conscientes de que serían avasallados los derechos que, mal o bien, habían

conservado bajo la autoridad de los jesuitas; por ejemplo, el respeto a los «cabildos de indios», que tomaban algunas decisiones en la vida de cada pueblo. En general, los funcionarios reales a cargo de las temporalidades aplicaron «mano dura» contra los guaraníes, y Juan de San Martín no fue la excepción. A fines de 1778, considerando que el cacique y teniente de alcalde de Yapeyú, Melchor Abera, había cumplido un «mal servicio» en la recolección de ganado cimarrón para poblar estancias, lo encarceló y lo puso en el cepo. La protesta de los misioneros terminó en una causa judicial, en la cual el fiscal pidió la cesantía de San Martín, en febrero de 1779. [27] Sus haberes dejaron de llegar y la situación lo obligó a enviar a su familia a Buenos Aires, [28] mientras aguardaba en Yapeyú la decisión oficial. Esta llegó recién en febrero de 1781, con la orden de que dejara el cargo de teniente gobernador y regresara a la capital del Virreinato.

En la Buenos Aires colonial

En Buenos Aires, los San Martín-Matorras permanecieron algo más de dos años. A poco de llegar, don Juan enfermó y, sintiéndose morir, decidió redactar su testamento, el 23 de febrero de 1781. En el documento confeccionado por el escribano José García Echaburu, el padre del futuro Libertador nombraba albacea a su mujer, en primer término, y en segundo lugar, a dos queridos amigos: el cura Cipriano Santiago Villota, profesor de latín del Colegio de San Carlos, y al teniente de infantería Francisco Rodríguez. Pero la parca no vendría por él todavía.

La familia vivió en una casa de la entonces calle de San Juan o del Hospital, ubicada en lo que hoy corresponde a la vereda par de Piedras al 200. Estaba a una cuadra del convento de las clarisas y de la iglesia de San Juan Bautista, que en ese momento estaba en reconstrucción, como muchos otros templos y edificios de la ciudad, después de su tardío ingreso al «Siglo de las Luces» a partir de haberse convertido en capital virreinal. Con su nueva jerarquía institucional y la inclusión de su puerto entre los autorizados para el comercio con la metrópoli y las demás colonias, Buenos Aires crecía en población. Según el censo levantado en 1778, la ciudad contaba con 24.205 habitantes, de los cuales casi un tercio correspondía a las castas de «negros y mulatos». [29]

Pero seguía siendo una ciudad de barro, tanto por sus construcciones de ladrillos de adobe como por sus calles; recién en 1789 comenzaría el empedrado de la entonces calle del Correo o San José (la actual Florida), que por mucho tiempo sería la excepción.

La vivienda, de una planta y al menos seis ambientes, fue comprada por don Juan. Su ubicación, a solo cuatro cuadras del Cabildo, sugiere que había podido ahorrar una

suma que, aunque no significaba una gran fortuna, era apreciable. Por otra parte, en alguna medida se regularizó el cobro de sus sueldos atrasados y retomó su cargo como instructor de milicias. De todos modos, está claro que estaba bastante lejos de sus aspiraciones y, al poco tiempo, pidió regresar a España. Vendió su casa a don Manuel Moreno y Argumosa, el padre de Mariano y, finalmente, con la autorización de la corona, se embarcó con su familia y un esclavo negro llamado Antonio, en diciembre de 1783, en la fragata *Santa Balbina*, que según *El Mercurio de España* de marzo de 1784 llevaba a bordo, «de cuenta de S. M. y de particulares, 1.180.604 pesos fuertes en plata y oro acuñado, 10.292 marcos de plata labrada, 80 de oro, 523 rollos de tabaco negro del Paraguay, 30.067 cueros al pelo para particulares».

Cuando, tras ciento ocho días de navegación, el 13 de marzo de 1784 el pequeño José desembarcó en Cádiz, no podía siquiera imaginar que estaba pisando el suelo de donde saldrían, treinta años más tarde, expediciones enteras para eliminarlo.

La España de charanga y pandereta, cerrado y sacristía [30]

La familia San Martín arribaba a la ciudad más cosmopolita de una España que, en pleno despotismo ilustrado, mostraba ya las contradicciones de una metrópoli que iniciaba su ocaso como potencia. Eran los años finales del reinado de Carlos III, que tras haber sido duque de Parma y rey de Nápoles y de Sicilia, había llegado al trono hispano en 1759, con cuarenta y tres años, para emprender la etapa más significativa de las «reformas borbónicas».

Impulsadas por ministros y asesores como Campomanes, Jovellanos, José de Gálvez y los condes de Aranda y de Floridablanca, [31] sus políticas apuntaban a lo que hoy llamaríamos «modernizar» España y su vasto imperio, pero concentrando aún más el poder en manos de la corona. Junto con las reformas mencionadas que se relacionaban con América, los sucesivos gobiernos buscaron impulsar la producción peninsular, bajo la influencia de las ideas de la fisiocracia, que consideraba a la tierra como la verdadera fuente de la riqueza. El fomento de la agricultura, la construcción de caminos reales y obras de riego, los cambios en la administración para contar con una burocracia estatal más «racional», la creación de un banco para regular las finanzas, [32] entre otras medidas, apuntaban en ese sentido. Sin embargo, estos cambios no alteraban el sistema de privilegios, basados en el principio según el cual toda propiedad y actividad económica derivaba, en forma directa o indirecta, de una concesión real. Así, se concedió a compañías como la Guipuzcoana y la de Filipinas el monopolio en toda un área o en rubros significativos (el comercio del cacao o la trata de esclavos, por ejemplo) y, en esencia, se mantuvo el régimen de propiedad de la tierra, a pesar de algunas medidas para limitar los mayorazgos. [33] Algo similar

ocurría en el terreno de la cultura y las ideas. Por ejemplo, hombres como Gálvez, Floridablanca y Aranda promovieron la creación de las «sociedades de amigos del país», conocidas en América como «sociedades patrióticas», entidades cuya finalidad era difundir los adelantos científicos, técnicos y económicos de la era de la Ilustración en cada región del imperio. Pero, al mismo tiempo, la férrea censura limitaba esa difusión, para impedir las «novedades» que pusiesen en cuestión los principios del poder absoluto del rey, la prédica de la Iglesia o los privilegios de la «parte principal» de la sociedad.

Cádiz era un muestrario de esas contradicciones. Desde 1680, la bahía gaditana había comenzado a reemplazar a Sevilla como principal emporio portuario de la península, lo que se completó a partir de 1717, cuando la corona decidió trasladar a Cádiz la sede de la Casa de Contratación, que regulaba el tráfico de mercaderías y de personas hacia y desde sus colonias. La apertura de otros «puertos autorizados», a partir de 1777, si bien le quitó el monopolio legal no alteró la preponderancia que había adquirido. En Cádiz tenían su sede las principales casas mercantiles beneficiarias del monopolio, tanto españolas como las extranjeras autorizadas, y sus agentes comerciales, cambiarios y financieros, lo que la convertía en la ciudad más cosmopolita de España. Era también un importante punto de arribo, distribución y reembarque hacia América de todo tipo de publicaciones, autorizadas o clandestinas, que según los casos llegaban de manera legal o de contrabando. En los cafés, tertulias y salones gaditanos no solo circulaban las ideas ilustradas, sino que a partir de finales del siglo XVIII en ellos se fueron gestando logias y sociedades secretas, que en mayor o menor medida cuestionaban el despotismo, la censura, los privilegios y, en el caso de las formadas principalmente por criollos —pero, en más de un caso, también con participación de peninsulares—, la expoliación de las colonias. Hacía décadas que funcionaba en la ciudad la *Asamblea Amistosa Literaria*, fundada por Jorge Juan, un reconocido marino y matemático.

Vivir en Madrid

Los San Martín, a poco de llegar a Cádiz, emprendieron el viaje rumbo a Madrid. La capital del imperio español vivía entonces un proceso de renovación, iniciado veinte años antes, cuando Carlos III decidió establecer su residencia en el Palacio de Oriente. El empedrado de las calles céntricas, el primer alumbrado público y un sistema de recolección de basura buscaban hacer más habitable la sede de la corte, a lo que se sumaba el embellecimiento urbano. En 1778 se había inaugurado la Puerta de Alcalá y, en 1782, la Fuente de la Cibeles, frente a la cual se inició la construcción de otra, la de Neptuno. En 1785 comenzaron las obras para dotar a la ciudad de lo que debía ser un Museo de Historia Natural, y que finalmente se convertiría en una de las

principales colecciones artísticas de Europa: el Museo del Prado, finalmente inaugurado en 1819.

Pero esa capital en vías de modernización mantenía los rasgos característicos de una sociedad basada en el privilegio y la idea de que todo era una «merced real». Don Juan había viajado a Madrid porque aspiraba a que, en reconocimiento a sus servicios a la corona, lo ascendiesen a teniente coronel y le diesen un cargo acorde con ese grado. Como todo en esa España absolutista, su pedido debía ser resuelto en la corte.

Para un hombre «del común», que había iniciado su carrera militar como soldado y ascendido lentamente como cabo y sargento, convertirse en oficial había sido difícil, y superar el grado de capitán era muy improbable. Pero incluso para alguien con mayor posición social ese pedido requería una tramitación que —además de la consabida prueba de «pureza de linaje»— demandaba una serie de contactos, que de «influyente» en «influyente» escalasen la pirámide cortesana hasta llegar a la firma del ministro correspondiente y, por su intermedio, a la del monarca. Claro está que en un régimen en el que muchos cargos y puestos se obtenían por subasta pública, no solo se trataba de tener los contactos sino de «aceitarlos», lo que podía costar una fortuna. [34]

Don Juan hizo una primera presentación el 20 de mayo de 1784, en la que pedía, junto con el ascenso, el «gobierno de algún castillo» en Andalucía, o bien la jefatura de alguna plaza militar o de milicias.

La leyenda del Seminario de Nobles de Madrid

Al cabo de once meses sin respuesta, en otro oficio del 20 de abril de 1785, don Juan pidió su retiro, con el grado de teniente coronel, y que se lo destinase a la ciudad andaluza de Málaga. Esta presentación es interesante porque se vincula con otra de las versiones tejidas en torno a la vida de su hijo José, la cual afirma que habría cursado estudios en el Seminario de Nobles de Madrid. [35] En esta segunda nota, don Juan se quejaba de que sus hijos estaban «sin educación ni carrera» y no podía «darles la instrucción debida» por la demora en definir su situación y cobrar los sueldos atrasados. [36]

Esa mención sugiere que el pequeño José, al igual que sus hermanos mayores, no cursó estudios durante su estadía en Madrid. Ya en la década de 1930, ante la consulta de un investigador, el director del Archivo Histórico Nacional de España confirmó que, entre los años 1770 y 1790, no había registro de que San Martín hubiese cursado en el Seminario de Nobles, a pesar de lo cual la versión siguió y, peor aún, sigue repitiéndose. [37] Quizá la idea de los biógrafos clásicos como Mitre era dejar en claro el origen «noble» de San Martín, olvidando la bella frase de

Cervantes: «La sangre se hereda y la virtud se adquiere, pero la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale».

Lo cierto es que, tras más de un año de espera, la solicitud de ascenso de don Juan fue denegada. Se lo destinó, sí, a la guarnición de Málaga, como ayudante supernumerario (es decir, fuera de la plana habitual de la unidad), pero con el grado de capitán retirado, lo que significaba que ya no podría aspirar a un ascenso. [38]

Un chaval andaluz

En diciembre de 1785, los San Martín se establecieron en Málaga. Don Juan le alquiló al coronel retirado don Isidoro Ibáñez, a razón de dos reales diarios, una casa en la calle de Pozos Dulces, una hermosa callecita de viviendas blanqueadas de hasta dos pisos, adornadas con grandes macetones con flores, cerca de la vieja muralla de la Puerta de Antequera, que a lo largo del siglo XVIII había dejado de marcar los límites de la ciudad. Desde la pérdida de Gibraltar, ocupado por los ingleses en 1704, Málaga, la «Perla del Mediterráneo», tuvo un importante crecimiento de población, al tiempo que se convertía en una plaza clave para la defensa de las costas andaluzas y del ingreso al mar. Sus guarniciones militares y navales, como el espléndido castillo de Gibralfaro, habían sido reforzadas, y si bien no podía rivalizar con el de Cádiz, su puerto tenía una importante actividad, vinculada sobre todo al comercio con Italia, lo que dio lugar a que se asentase en la ciudad una importante colectividad genovesa.

Fue en esta ciudad del Mediterráneo andaluz donde el pequeño José cursó sus estudios primarios, posiblemente en la escuela de las temporalidades, que reemplazaba al antiguo colegio de los jesuitas, ubicada a un par de cuadras de la casa familiar, frente a la actual Plaza de Constitución. [39] En todo caso, su infancia malagueña marcaría algunos rasgos duraderos: hasta la edad madura, su acento y los modismos de su manera de hablar serían andaluces, al igual que su afición por la guitarra y las coplas. En cambio, «los latines» enseñados en la escuela no parecen haber sido su fuerte, y él mismo se tomaba el pelo al respecto en una carta enviada a su amigo Tomás Guido en 1830. [40] Por entonces, los estudios comprendían, junto con el aprendizaje de la lectura y la escritura (incluidas ortografía y gramática), las operaciones aritméticas elementales, el catecismo, nociones de dibujo y un poco de historia y geografía. No está claro cuándo ni dónde aprendió francés pero, como veremos más adelante, la biblioteca que formó en su juventud y traería en su regreso a América incluía una importante proporción de obras en ese idioma.

Una familia de armas llevar

Lo que sí está claro es que la formación familiar y la sociedad de la época apuntaban en un único sentido para los hijos varones de Juan de San Martín: la carrera militar.

En 1788, Manuel Tadeo y Juan Fermín Rafael ingresaron como cadetes en el Regimiento de Infantería de Soria, *El Sangriento*, a los dieciséis y catorce años, respectivamente. Los cadetes pasaban por un período de formación, en la «escuela» de su unidad, en el que se los preparaba como aspirantes a oficiales y durante el cual debían costearse los gastos, ya que no recibían sueldo. Para Juan de San Martín debió significar un gran esfuerzo, aunque era, al mismo tiempo, el modo de asegurarles a sus hijos un ascenso social, dado que podrían aspirar a una graduación mayor que la que él había alcanzado.

Y así sucedió. Manuel Tadeo, tras participar en la campaña del Rosellón de 1793 y sufrir una condena en 1801, fue reintegrado al ejército en 1806. Combatió en la guerra contra la ocupación napoleónica de España, pasó tres años preso de los franceses y, con la restauración de Fernando VII, ascendió a teniente coronel en 1815 y a coronel en 1817.

Las relaciones entre José Francisco y Manuel Tadeo no serían muy buenas tras la decisión del primero de regresar a su patria para luchar por la independencia. Cuenta el coronel Manuel Olazábal en sus memorias que, a poco de llegar de Chile y Perú, San Martín recibió por un chasque un paquete con correspondencia que le mandaba su amigo O'Higgins. Leyó algunas cartas con atención y después, «viendo la letra y el sello de una, sin abrirla y manifestando desagrado agregó: esta es de mi hermano Manuel «Matucho» (así llamaba él a los españoles), que creyéndome aún dictador en el Perú, me escribe por primera vez desde que nos separamos en 1812, no habiéndome contestado a tantas que le he escrito llamándolo a mi lado». Después la rompió sin leerla y la tiró. [41]

Los últimos destinos de Manuel fueron como comandante del Regimiento de León y, luego, como jefe de la principal fortaleza de San Sebastián, antes de retirarse en 1828. Había servido al ejército español durante 41 años, 3 meses y 8 días. Murió en Valencia, en 1851.

Juan Fermín Rafael, que participó junto con su hermano mayor en la campaña del Rosellón, pasó un tiempo embarcado y le tocó participar en la derrota de la escuadra española, a manos de los ingleses, en la batalla del cabo San Vicente (1797). Pasó después a la caballería, y en 1802 lo destinaron a las Filipinas, al Escuadrón de Húsares de Luzón, donde alcanzó el grado de mayor. Se casó en Manila, donde murió en 1822.

Como veremos, José fue el que ingresó más joven al ejército, también como cadete en un regimiento de infantería. En cambio, Justo Rufino se puede considerar un caso especial: en 1793 pidió su incorporación pero a una unidad muy particular, los Guardias de Corps, la custodia personal del monarca y la familia real. Era un cuerpo de elite y la mayoría de sus integrantes —y todos sus jefes— pertenecía a la nobleza. [42] Su ingreso se hizo efectivo en 1795.

Integrando las Guardias de Corps, Justo participó en el motín de Aranjuez, que en 1808 forzó la abdicación de Carlos IV, y fue parte de la escolta que acompañó a Fernando VII hasta la frontera francesa, en los hechos que llevaron a la «farsa de Bayona» y la coronación de José Bonaparte como rey de España. Luchó en los dos sitios de Zaragoza, cayó prisionero de los franceses, pero logró fugarse y, a las órdenes del general británico Charles Doyle, siguió combatiendo en Cataluña, Valencia y Andalucía. En estas campañas obtuvo el grado de teniente coronel, que luego Fernando VII no le reconoció, con la excusa de que lo había hecho bajo bandera extranjera. La verdadera razón era que, al igual que muchos oficiales de esa «guerra de la independencia» española, Justo de San Martín era liberal, y por lo tanto, más que sospechoso a los ojos de la restauración absolutista. Así, pidió el retiro, con el grado de capitán. Pero la revolución liberal española de 1820 lo reincorporó, como teniente coronel. En 1822 pidió nuevamente el retiro, y fue el único que volvería a reunirse con su hermano José, en Bruselas y en París. Justo moriría en Madrid en 1832.

Por su parte, María Elena se casó en 1802 con un militar, Rafael González y Álvarez de Menchaca, con quien tuvo una hija, Petronila. Después de acompañar a su marido a distintos destinos en la península, tras enviudar se estableció en Madrid, donde moriría en 1852. Aunque no volvió a encontrarse con su hermano José después de 1811, mantuvieron una buena relación por correspondencia. [43]

El cadete San Martín

En una fecha significativa, el 15 de julio de 1789, al día siguiente de que en París la toma de la Bastilla marcara el inicio de la Revolución Francesa, José Francisco de San Martín fue aceptado como cadete en el Regimiento de Infantería de Murcia, apodado *El Leal*, con cuartel en Málaga, que disponía de dos batallones compuestos por nueve compañías, una de granaderos y ocho de fusileros. El primer batallón tenía la misión de proteger la zona de Gibraltar contra los ingleses. [44] Hoy, sin duda, que un chico de once o doce años ingrese en una fuerza armada nos parece una atrocidad, una violación a la Convención sobre los Derechos del Niño de las Naciones Unidas, pero en esa época era un hecho «normal». Soldados de catorce años eran frecuentes y las ordenanzas militares españolas autorizaban a que a los doce un muchacho se incorporase como cadete. [45]

El pequeño José ingresó en la escuela de su regimiento como integrante del segundo batallón, [46] en la ciudad donde vivía con su familia. Pero al año siguiente las interminables guerras coloniales que España libraba en el norte de África lo llevaron a sus primeras acciones militares. [47]

Desde los remotos tiempos de los llamados «Reyes Católicos», España había instalado una serie de fuertes en la zona norte de África para evitar nuevas incursiones de los moros. Una de las conquistas más importantes había sido la de Orán (en el actual territorio argelino) y su fortaleza de Mezalquivir en 1509. Era un enclave estratégico sobre el Mediterráneo, codiciado por los piratas sarracenos y berberiscos, que España había logrado defender aceptablemente.

El 8 de octubre de 1790 se produjo un fuerte terremoto en Orán. Entre los más de dos mil muertos estaba el gobernador español, coronel Basilio Gascón. La devastación era total y fue aprovechada por el bey de Máscara, Mohamed-Ben-Osmán, para establecer un sitio sobre el lugar. El conde de Cumbre Hermosa, que ejercía de hecho la gobernación provisoria, pidió refuerzos a España. Así es como llegó al lugar el joven San Martín, con poco más de doce años, el 26 de octubre de 1790.

En marzo del año siguiente se embarcó junto con sus compañeros en el navío *San Francisco de Padua* hacia Orán, donde el 28 de julio de 1791 nuestro muchachito de las Misiones, de trece años, tuvo su bautismo de fuego, cuando voluntariamente se ofreció para participar en un violento combate nocturno, en el que tuvo la misión de desactivar, bajo permanente fuego del enemigo, una mina colocada contra los muros del fuerte de San Felipe. Los moros habrían galerías subterráneas en las que colocaban explosivos para hacer volar por los aires los cimientos, así como en las paredes de la fortificación para debilitar su estructura y hacer huecos por los que penetrar al edificio. El muchachito y sus compañeros, cargados de pesadas granadas que debían usar en su defensa, tuvieron que andar con sigilo entre los pozos provocados por las explosiones y los montículos que denunciaban la presencia de explosivos que aún no habían estallado. Finalmente, en plena madrugada, esquivando balas logró su objetivo y la mina principal quedó desactivada. Ahora debía iniciar el camino de retorno hacia su posición, a la que al cabo de algunas horas llegó sano y salvo.

La valentía temeraria del joven San Martín quedó definitivamente demostrada en la resistencia al asedio al fuerte de Rosalcázar por parte de tropas moras. Nuestro Josecito dormía en el almacén de pólvora con el fusil siempre a mano. El ataque fue constante por 33 días, durante los cuales José hizo el servicio en la Compañía de Granaderos, una especie de grupo de elite compuesto por voluntarios que se ofrecían para encarar las misiones más riesgosas, enfrentando cara a cara a uno de los enemigos más temibles para los europeos. Grande fue la decepción del pequeño combatiente y sus compañeros cuando se enteraron de que, por la Convención de Argel de septiembre de 1791, la plaza de Orán, que habían defendido con sus vidas soportando el hambre y enterrando a decenas de valientes, era entregada por el ministro español Floridablanca a las órdenes de Carlos IV, por entender que ya no era de utilidad por el peligro que representaban los terremotos. A pesar de la entrega, el segundo batallón del Regimiento de Murcia permaneció otros siete meses en la zona,

hasta que fue evacuado el 27 de febrero de 1792.

Con él regresó a la península el cadete San Martín, que, apenas entrado en la adolescencia, ya había tenido su bautismo de fuego en tierras donde, treinta años antes, había combatido su padre.

De ahí en más, las guerras desatadas a partir de la Revolución Francesa serían el escenario de su carrera militar en Europa.

En la patria del padre

Mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles

José de San Martín

El inicio de la carrera militar de los hermanos San Martín coincidió con un cambio de época. En 1788 Immanuel Kant publicaba su *Crítica de la razón práctica* y Mozart componía su última sinfonía —la número 41 en Do mayor, K 551, *Júpiter*, según los críticos una de las más notables de la historia de la música—. También en ese año moría el «déspota ilustrado» Carlos III tras su largo reinado de más de veintinueve años. Lo sucedió su hijo, Carlos IV, de cuarenta años, que llegaba al trono con una fama de buen administrador, que rápidamente se encargaría de desmentir. Le tocó reinar en el inicio de un proceso histórico que ni él ni el régimen absolutista que encarnaba soñaban ni en sus peores pesadillas enfrentar. En América del Norte entraba en vigor la Constitución de los Estados Unidos redactada en 1787, que establecía la forma republicana de gobierno y la división de poderes, y gracias a esta, dos años después, George Washington se convertía en el primer presidente de esa naciente y desafiante república.

La Revolución Francesa marcaría el comienzo de una nueva era que pronto hizo sentir sus efectos en Europa y en América. Entre junio y agosto de 1789, la rebelión del tercer estado —integrado por quienes no tenían privilegios y en el que predominaba la voz cantante de la burguesía en ascenso— marcó el comienzo del fin para el Antiguo Régimen. En esos meses, los «hombres del común» impusieron una Asamblea Nacional como poder legislativo y la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. La razón comenzaba a obtener sus primeros triunfos frente a la tradición, la herencia y el poder omnipotente avalado supuestamente por Dios y sus representantes en la Tierra. Con ello, al tiempo que limitaban los poderes del monarca, iniciaban la demolición de los privilegios de los «aristócratas» —como les gustaba llamarse a los miembros de la nobleza parasitaria—, [48] para afianzar una sociedad burguesa, en la que, al menos en teoría, los habitantes dejaban de ser súbditos para convertirse en ciudadanos iguales ante la ley. No fue y no podía ser, un cambio pacífico. El asalto a la prisión parisina de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, tuvo mucho más que un valor simbólico: fue el comienzo de la movilización revolucionaria de los *sans-culottes*, las masas urbanas, los descamisados, a la que pronto se sumó la rebelión de los campesinos, que al apoderarse de las tierras que trabajaban sembraron el pánico entre la nobleza rural. En los años siguientes, la Revolución se fue radicalizando a medida que la corona y la nobleza intentaban orquestar una contrarrevolución con el apoyo de las monarquías absolutistas europeas, aterrorizadas por el «contagio» de la «peste revolucionaria» en sus propios países. En abril de 1792, Austria, Prusia y varios pequeños Estados alemanes lanzaron sus ejércitos, en los que militaban entusiastas «aristócratas» franceses

fugitivos, contra la Francia revolucionaria. [49]

Al mismo tiempo, para muchos europeos y americanos que adherían al naciente liberalismo político, la Revolución Francesa aparecía como la puesta en práctica de las ideas de la Ilustración y ganaba el apoyo de hombres como el británico Thomas Paine [50] y los estadounidenses Benjamin Franklin y Thomas Jefferson. [51]

Paine hablaba con una valiente «insolencia» sobre las monarquías y su supuesto origen «divino»:

> No debía ser difícil en la temprana y solitaria edad del mundo, cuando la principal ocupación de los hombres era la de guardar rebaños, que una banda de rufianes dominase un país, sometiéndolo a tributo. Establecido así su poder, el jefe de la banda se las ingeniaba para cambiar su nombre de ladrón por el de monarca: he aquí el origen de la monarquía y los reyes.
>
> Después de repartirse el mundo, dividiéndolo en feudos, esas bandas de ladrones comenzaron, como es natural, a pelear unas contra otras. Unos consideraban justo arrebatar lo que otros habían obtenido por la violencia, y un nuevo pillaje sucedía al primero. Alternativamente invadían los dominios que cada uno se había asignado para sí, y la brutalidad con que se trataban unos a otros explica el carácter original de la monarquía. Eran rufianes torturando a rufianes. El conquistador consideraba al conquistado, no como su prisionero, sino como su propiedad. Lo llevaba en triunfo entre rechinar de cadenas y lo condenaba, según le pareciera, a la esclavitud o la muerte. Cuando el tiempo borró la historia de este comienzo, sus sucesores tomaron nuevo aspecto para hacerse olvidar su ignominia, pero sus principios y objetivos seguían siendo los mismos. Lo que primero era rapiña, tomó luego el nombre de ingresos estatales, y fingieron heredar el poder originalmente usurpado.
>
> De tal comienzo y de tales gobiernos, ¿qué podía esperarse, sino un sistema continuo de guerra y extorsión? [52]

Las logias masónicas y sociedades secretas liberales españolas, que a partir de 1790 comenzaron a multiplicarse en Cádiz, Madrid y otros grandes centros urbanos de la península, seguían con gran expectativa los acontecimientos de Francia. Incluso en la corte, figuras como Jovellanos y Campomanes fueron sospechadas de simpatizar con los revolucionarios. Pero la mayor influencia ideológica de la Revolución se haría notar entre los latinoamericanos que comenzaban a idear nuestra independencia. La *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* tuvo una primera consecuencia inesperada para los propios franceses: en 1791 los esclavos de su colonia de Haití decidieron tomarla al pie de la letra y se levantaron para obtener su libertad, iniciando una lucha revolucionaria que en 1804 crearía la primera nación independiente latinoamericana. [53] En las colonias españolas, esa *Declaración* se convirtió en el nuevo credo de quienes comenzaban a llamarse patriotas, adoptando el término usado por los revolucionarios estadounidenses de 1776 y los franceses de 1789. Su texto circulaba clandestinamente por las principales ciudades latinoamericanas, gracias a la traducción y edición realizada en 1793 por el patriota neogranadino Antonio Nariño.

José de San Martín pasó de la adolescencia a la madurez en esos años tan interesantes, tomando parte y formándose como militar y como político en los conflictos desencadenados a partir de la Revolución Francesa.

El cruce de los Pirineos

El 20 de septiembre de 1792, los revolucionarios franceses pudieron contener en Valmy, a unos 200 kilómetros de París, a las fuerzas reaccionarias invasoras austríacas y prusianas. Francisco de Miranda, que había buscado el apoyo del gobierno británico para su plan de independencia continental, en 1792 llegaba a París casi al mismo tiempo en que lo hacían los voluntarios de Marsella, que entonaban una canción destinada a convertirse en himno de la Revolución, *La Marsellesa*. [54] Allí Miranda revistó como general de una de las fuerzas que repelieron la agresión de las monarquías absolutistas. [55]

Comparada con otras batallas de esa época, la de Valmy no fue un combate intenso, pero dio un vuelco a la situación política: los ejércitos de los reyes absolutistas tuvieron que abandonar el suelo francés, y la Convención —que había reemplazado a la Asamblea Nacional—, al saber la noticia del triunfo, proclamó la República el día 22, que quedaría como la fecha de inicio del nuevo calendario revolucionario. [56]

Estos hechos repercutieron en toda Europa. El gobierno español, que hasta entonces había mantenido una actitud expectante, desde el otoño europeo de 1792 estableció una especie de «cordón sanitario» contra la expansión de la Revolución, reforzando sus tropas a lo largo de los Pirineos, reorganizándolas en tres ejércitos: el de Navarra y Guipúzcoa, el de Aragón y el de Cataluña, respectivamente al mando de los capitanes generales Ventura Caro (marqués de la Romana), Pablo de Sangro y Morode (príncipe de Castelfranco) y Antonio Ricardós, quien a pesar de ser de abolengo —o quizá por eso mismo— no ostentaba título. [57] A esos ejércitos se destinaron unidades de guarnición en el resto de la península, incluidas aquellas donde revistaban los hermanos San Martín.

Señala el colega español Eduardo Fuentes y Gómez Salazar:

> La mayoría de los historiadores coinciden en afirmar que en estos momentos tanto el armamento como la organización de los ejércitos reales españoles eran muy deficientes a causa de la mala política. Su moral se resquebrajaba reflejándose en un alto índice de arrestos disciplinarios en la oficialidad y de deserciones en la tropa. En paralelo con esta decadencia militar, se percibía un fuerte grado de belicosidad ciudadana, animado por la religión y el patriotismo. Los curas predicaban contra el ateísmo francés y reavivaban los viejos pleitos con el país vecino. [58]

José, como integrante del segundo batallón del Regimiento de Murcia, emprendió en septiembre de 1792 el largo camino desde Málaga hasta Zaragoza. Debía recorrer a caballo casi 840 kilómetros, con el frío del otoño, para incorporarse al Ejército de Aragón, donde prestaría servicios por los siguientes ocho meses. Fue entonces cuando tuvo su primera experiencia con la geografía y el clima de montaña, que nunca olvidaría y le sería muy útil en su más célebre hazaña. Su unidad estuvo

acantonada en la frontera de los Altos Pirineos —con una treintena de picos que superan los 3.000 metros sobre el nivel del mar—, en los bellísimos valles de Arán y de Tena, en la provincia aragonesa de Huesca. [59] Allí vio cómo los hombres y las bestias podían morir congelados, y aprendió a sentir un frío que su cuerpo correntino nunca había experimentado. Supo de golpe que no hay abrigo que alcance y que los temores a congelarse y a las balas del enemigo van parejos. Vio con sus catorce años por estrenar cómo las situaciones extremas, más que cambiar, desenmascaraban a la gente, y cada uno era lo que era. Su lado militar estaba atento a todo, a lo que había que hacer y a lo que no se podía hacer, porque de ese error no se volvía. A portar su muy pesado e impreciso fusil, que se volvía inútil en condiciones climáticas desfavorables, cuando la pólvora se humedecía y las chispas no encendían. Entonces no quedaba otra que confiar en las granadas, en los cañones y encarar el combate cuerpo a cuerpo, a bayonetazos, cuchilladas y sablazos.

Mucho más calentita y confortable estaba la corte de Madrid, que entraba en su segunda crisis en un año, [60] y, como suele ocurrir en estos casos, el rey Carlos IV decidió cambiar su gabinete de ministros. Llegó así al poder la ambiciosa figura que conduciría la desastrosa política española en los años siguientes, Manuel Godoy, favorito del monarca y, sobre todo, de su esposa, la reina María Luisa de Parma. [61]

El depuesto Luis XVI fue acusado de alta traición por haber complotado con los enemigos de la patria y finalmente enviado a la guillotina el 21 de enero de 1793. Su ejecución conmovió a Europa. Mientras los reyes absolutistas temblaban ante la posibilidad de que el ejemplo cundiera, el gobierno británico vio llegada una gran oportunidad: el regicidio le permitía aunar a gran parte del continente en contra de su histórica rival, Francia. En ese contexto, en febrero de 1793 se concertó la llamada Coalición, la primera de las siete que se sucederían hasta 1815. En esta alianza político-militar se combinaron el Reino Unido, Austria, Prusia, varios principados alemanes, España, Nápoles, los Países Bajos, Portugal, el Papado, una serie de pequeños Estados italianos y el Imperio Otomano. La respuesta de la recién nacida República fue otorgar plenos poderes a un *Comité de Salvación Pública*, [62] que movilizó para la defensa del país todos sus recursos humanos y materiales. Su política generó resistencias dentro de Francia, donde se produjeron levantamientos contra la República; [63] entre otros, el de grupos realistas que se apoderaron de Tolón, la principal base naval francesa del Mediterráneo. Fuerzas británicas, españolas, napolitanas y piamontesas acudirían en su ayuda, ante el sitio impuesto por las tropas revolucionarias. En ese célebre sitio de Tolón, que culminó en diciembre de 1793 con la entrada a sangre y fuego de las tropas republicanas, se destacó un joven artillero que, por sus servicios, fue ascendido de capitán a brigadier general, en un salto de cuatro grados de un golpe: Napoleón Bonaparte.

Ascendido en los Pirineos

En marzo de 1793, España declaró formalmente la guerra a la Francia revolucionaria. El segundo batallón del Regimiento de Murcia fue incorporado al Ejército de Cataluña, comandado por el general Ricardós, cuyas órdenes eran invadir el Rosellón, [64] como punto inicial de una ofensiva desde el sur. Al principio, la unidad de José de San Martín fue destinada a la retaguardia, para defender de posibles incursiones francesas la zona de Seo de Urgel (*La Seu d'Urgell* en catalán), a 200 kilómetros de Barcelona, cerca de la frontera de Andorra.

Allí, el 9 de julio de 1793, se enteró José que lo habían ascendido a segundo subteniente de la cuarta compañía de fusileros de su batallón. Lo habitual era que el paso de cadete a oficial demorase cinco años; pero su demostrada disciplina, su foja intachable y su coraje aceleraron su ascenso, el primero de su carrera. [65]

La campaña del Rosellón

En octubre de 1793, aquel prometedor oficial de apenas quince años volvió a cruzar los Pirineos con sus hombres, muchos de los cuales lo doblaban en edad, para participar en la campaña del Rosellón. En ella combatirían también sus hermanos Manuel y Juan Fermín, ya que el Regimiento de Soria fue destinado a ese frente.

La campaña empezó bien para los españoles. El Ejército de Cataluña, reforzado con unidades al mando de los condes de Osuna y de la Unión y un contingente portugués, más el apoyo de una escuadra de buques ingleses y españoles que operaba en el Mediterráneo, cruzó los Pirineos y avanzó hasta Truillás. Allí, el 22 de septiembre de 1793, el general Ricardós tuvo una importante victoria y decidió atrincherarse en Boulou, en espera de refuerzos para continuar la ofensiva.

El segundo batallón del Regimiento de Murcia fue enviado a Prats de Molló, donde se sumó a una agrupación comandada por el conde de Molina con la misión de envolver por la retaguardia al enemigo. [66] Con el desgaste físico que le había dejado el duro cruce de los Pirineos, la compañía del subteniente José de San Martín participó en los ataques a Tour de la Battère, Croix de Fer y Mont Boulou. Eran sus primeros combates como oficial. [67]

Ricardós necesitaba garantizar el control del terreno y decidió reorganizar sus fuerzas lanzando una ambiciosa ofensiva con el objetivo de apoderarse de una serie de fuertes y posiciones francesas que habían quedado a la retaguardia de su avance.

José tuvo participación en los ataques a Saint-Marsall, a las baterías de Villalonga y a Banyuls-sur-Mer («Bañuls»). A partir del 12 de diciembre de 1793, él y sus soldados tuvieron que someterse a otra durísima prueba. A la toma de Villalonga, que implicó un temerario avance de cuatro columnas de fusileros contra las baterías de nada menos que treinta y cuatro cañones franceses, sobrevino el ataque a Banyuls. Este requirió un movimiento en el que 6.000 hombres, entre los que se encontraban los tres subtenientes San Martín, debieron atravesar un sector geográficamente muy complejo de los Pirineos, por senderos de montaña, en una marcha de veinte horas con una temperatura promedio de diez grados bajo cero, para caer el día 14 sobre la posición enemiga.

No había tregua ni descanso para el oficial adolescente y su tropa, que participó de inmediato en el cruento asalto, pleno de combates cuerpo a cuerpo, a los fuertes de Port-Vendres, Collioure y Saint-Elme. [68] El triunfo permitió a los españoles llegar a fin de ese año con una posición que parecía consolidada; pero la tranquilidad les duraría muy poco.

Francia contraataca

A pesar de las resistencias internas, el reclutamiento masivo impuesto por el Comité de Salvación Pública había dado sus frutos. Los ejércitos de la República Francesa reunieron 750.000 hombres que, en todos los frentes, comenzaron a contener y a repeler a las potencias de la Coalición. En octubre de 1793, la victoria sobre los austríacos en Wattignies, en el norte de Francia, junto con el triunfo en la localidad belga de Fleurus, el 26 de junio de 1794, llevó a la ocupación de los Países Bajos. Era el inicio de la «exportación de la Revolución» al resto de Europa. [69] El 19 de diciembre de 1793, los republicanos recuperaron Tolón, y las expectativas anglo-españolas de consolidar sus posiciones en el sur de Francia empezaron a evaporarse. El general Ricardós viajó a Madrid para reclamar refuerzos, pero lo que no pudieron las balas lo pudo una pulmonía, que se lo llevó en marzo de 1794, a los sesenta y siete años.

Su antiguo lugarteniente y ahora reemplazante, Luis de Carvajal, conde de la Unión, tuvo que iniciar la retirada ante la avance arrollador de las fuerzas francesas.

Lecciones de una campaña

Pero para el joven José de San Martín no había paz. Participó en un ataque imposible

a la ermita de Saint-Luc, el punto más fortificado del ala derecha del enemigo. También puso el cuerpo y el coraje en las defensas de Port-Vendres, Saint-Elme y Collioure. En esta última localidad, las fuerzas españolas quedaron encerradas y, tras días de resistencia, debieron rendirse el 26 de mayo de 1794. Un dato que hoy llama la atención, pero que —como veremos— era práctica habitual en las guerras hasta comienzos del siglo XIX, fue que la capitulación estableció que los 7.000 soldados españoles regresarían a su país, bajo el juramento de no seguir combatiendo en esa guerra. [70]

Otro dato interesante es que, a pesar de la rendición, el 28 de julio de 1794, en el palacio de San Ildefonso, el rey Carlos IV firmó el ascenso de José de San Martín, a sus dieciséis años, a primer subteniente de la cuarta compañía del primer batallón del Murcia, dándole preferencia sobre tres segundos subtenientes más antiguos, [71] lo que habla a las claras de las calidades militares del «oficialito» adolescente.

Terminaba así la intensa campaña del Rosellón, que dejará importantes lecciones al joven oficial que había combatido durante un año y medio en todos los terrenos, con todos climas. Elogiado por sus superiores por su coraje, su excelente nivel como tirador y organizador, había sido elegido invariablemente para las misiones más riesgosas.

Como señala el historiador español Gregorio Marañón:

> La primera campaña del Rosellón, conducida por Ricardós, en la cual intervino San Martín, resultó una ejemplar demostración militar coronada por dos grandes victorias. Cuando el ejército de Carlos IV debió replegarse sobre Port-Vendres y Collioure y aceptar finalmente una paz de compromiso que se asemejaba a una capitulación, la hueste atacante estaba ya inficionada por el mito revolucionario y destemplado, por tanto, su nervio combativo. El mismo San Martín recibió este contagio heroico; ya no olvidaría más, aparte de su maestro Ricardós, el soplo de los vientos heridos por la Marsellesa que había atravesado su sable. Después de sus campañas de América, la nostalgia lírica lo condujo a querer residir, sin duda, en el seno del pueblo contra el cual se había batido en sus primeros años. […] A Ricardós debe por su parte el vencedor de los Andes el conocimiento de los secretos de la estrategia y la táctica militares. La campaña del Rosellón, en las estribaciones pirenaicas de Oriente, anticipa en parte los prolegómenos de la victoria de Chacabuco. [72]

Efectivamente, en aquella campaña, además de obtener experiencia de combate y nuevos galones, San Martín tomó contacto directo con las ideas de la Revolución, cuyos principales propagandistas eran los oficiales franceses. A partir de ahí, San Martín adquiriría libros clave que daban fundamento a las ideas y hechos que estaban cambiando al mundo; entre otros, los tomos de la *Enciclopedia* y obras de Rousseau, Voltaire y Montesquieu —todos ellos, prohibidos por la censura española—, además de textos sobre táctica, estrategia e historia militar.

Cambios en París

Mientras San Martín aguardaba el canje de prisioneros que hiciera efectiva la capitulación de Collioure, la ofensiva francesa se generalizaba en ambos extremos de los Pirineos. En agosto de 1794, sus fuerzas invadieron Guipúzcoa y capturaron la capital de esa provincia vasca, San Sebastián. Luego entrarían también en Cataluña y Navarra.

Para entonces, se produjo un importante cambio político en Francia. Paradójicamente, las victorias militares significaron el fin para los jacobinos, cuya durísima política —que pasaría a la historia como «el Terror»— en buena medida había permitido esos triunfos. La victoria de Fleurus había alejado el peligro de una invasión general por las fuerzas de la Coalición. Al conocerse la noticia en París, creció la oposición interna al régimen encabezado por Maximilien Robespierre, y el 27 de julio de 1794 (9 de termidor del año II del calendario republicano) la Convención ordenó su arresto y el de los principales dirigentes jacobinos. Al día siguiente, fueron guillotinados. Comenzaba una nueva etapa de la Revolución, conocida como la «reacción termidoriana», que aplicó su propio «terror blanco» contra los opositores. El curso reaccionario y su consecuente concentración del poder se acentuarían de ahí en más, con la creación del Directorio (1795) y, finalmente, con el golpe de Estado del 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), que llevaría al poder al general Napoleón Bonaparte.

La caída de los jacobinos y las victorias francesas hicieron que varios Estados, que se sentían aliviados, decidiesen salir de la Coalición y pactar con Francia. Las negociaciones, llevadas a cabo en Basilea (Suiza), derivaron en la firma de sendos tratados con Prusia en abril de 1795 y con Hesse-Kassel [73] el 28 de agosto, y el que resultaba más llamativo, con España. El gobierno encabezado por Manuel Godoy, que había llegado al poder para enfrentar a los franceses, ante los desastres militares dio un giro de 180 grados y firmó el Tratado de Basilea el 22 de julio de 1795. El acuerdo establecía la paz con Francia y la devolución de los territorios ocupados en el curso de la guerra. [74] Como premio a este cambio de política, Carlos IV otorgó a Godoy el título honorario de «Príncipe de la Paz».

Para los franceses, las consecuencias más importantes de esos tratados eran que fracturaban a la Coalición y significaban el reconocimiento oficial de la República; y en el caso del firmado con la España borbónica, nada menos que la aceptación del nuevo Estado francés por una de las monarquías que —al menos en teoría— debía tener mayor interés en darles un «castigo ejemplar a los regicidas». Pero además, para ambos países, el Tratado de Basilea abría el camino para reconstituir la alianza iniciada a comienzos del siglo XVIII. Por encima de los «lazos de familia» entre los Borbones se reafirmaban los intereses comunes entre las clases dirigentes de los dos países. Pronto, la corona española ratificaría en toda la línea esa política: el 18 de agosto de 1796, firmó con el representante del Directorio francés el Tratado de San Ildefonso, que restableció la alianza militar defensiva y ofensiva franco-española. Estaba claro que tenían en vistas a su tradicional rival común, Gran Bretaña. El 7 de

octubre de ese mismo año, las cosas quedaron completamente claras: España le declaró la guerra al Reino Unido.

En ese contexto, el 3 de febrero de 1796, en Madrid, las autoridades desbaratarían la llamada conspiración de San Blas, que se proponía terminar con la monarquía e instalar la república. Los conspiradores fueron encarcelados en tierras americanas y sus bienes fueron confiscados. [75]

En poco tiempo, la primera Coalición se terminaría por disolver. La exitosa campaña emprendida en Italia por Napoleón a partir de 1796 llevó a que en abril de 1797 Austria firmase la paz, y que el Tratado de Campo Formio, en octubre de ese año, reconociese la hegemonía que los franceses habían conquistado en buena parte de Europa occidental. Austria cedía a Francia una de las márgenes del Rin, Bélgica y el Milanesado a cambio de Venecia.

Noticias de Miranda

Mientras tanto, el revolucionario venezolano Francisco de Miranda se reunía en París con otros patriotas, como el peruano Pablo de Olavide, el venezolano José del Pozo y Sucre y el chileno José Manuel de Salas, con quienes acordó un acta que fue el origen de la primera organización política continental: la Gran Reunión Americana, fundada por Miranda al regresar a Inglaterra en 1798. Desde su casa de Londres, en el número 27 de Grafton Street, Miranda dirigió las actividades de la Gran Reunión, que hacía circular «papeles subversivos» —como los manifiestos del propio Miranda, folletos independentistas como *Verdades eternas*, del ex jesuita Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, y la traducción de Nariño de la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*, entre otros—. La Gran Reunión, hasta 1810, fue el modelo y el punto de referencia de todas las organizaciones secretas formadas por hispanoamericanos, tanto en nuestro continente como en Europa. En distintos momentos a lo largo de esos doce años, muchas figuras destacadas de la revolución latinoamericana tuvieron contacto directo o indirecto con la logia de Miranda: los chilenos Bernardo O’Higgins y José Miguel Carrera; los quiteños Carlos de Montúfar y Larrea-Zurbano, Vicente Rocafuerte y Juan Pío de Montúfar (padre del anterior); los venezolanos Andrés Bello [76] y Simón Bolívar, los neogranadinos Antonio Nariño y Francisco Antonio Zea, los rioplatenses José de San Martín y Carlos de Alvear, entre muchos otros.

De nuevo en España

Los hombres del Regimiento de Murcia estaban de nuevo en España, cumpliendo el juramento de no empuñar las armas. En mayo de 1795, José de San Martín recibió un nuevo ascenso, a segundo teniente, [77] lo que en ese tiempo de inactividad solo puede atribuirse a su desempeño anterior, durante la campaña del Rosellón.

El Tratado de Basilea ponía fin al compromiso de no combatir, y con el de San Ildefonso se aproximaba el tiempo de nuevas acciones, ahora contra los británicos. En la península se dispuso un nuevo despliegue militar. El Regimiento de Murcia —por primera vez desde que San Martín estaba en él— fue destinado a la región que le daba su nombre, más precisamente a la guarnición de Cartagena, el principal puerto murciano. José ya había estado en esta ciudad dos veces cuando era cadete, ya que era el asiento de una de las principales bases navales españolas del Mediterráneo, de donde zarpaban y a la que arribaban las expediciones al norte de África. La renovada alianza con los franceses, si bien no había hecho desaparecer la censura, permitía que a Cartagena, como a otras ciudades comerciales españolas, llegaran con más facilidad sus periódicos y publicaciones.

Encuentros y despedidas

Por ese tiempo hubo novedades en la familia de San Martín. En enero de 1795, tras casi un año de haber presentado su solicitud, su hermano Justo logró finalmente ingresar en las Guardias de Corps. Pero la mala noticia llegó para fines de 1796: el 4 de diciembre murió su padre, don Juan, a los sesenta y ocho años, lo que en esa época se consideraba una «vida longeva».

Poco después y brevemente, José y su hermano Juan Fermín se encontraron en Cartagena. En el marco de la guerra contra Gran Bretaña, el gobierno español tomó medidas para alistar y poner en acción a su marina. Uno de los principales problemas era contar con suficientes hombres de combate en sus buques, por lo que se recurrió a oficiales, suboficiales y tropa del ejército. Para hacer atractivo el pase, se pagaba una compensación adicional a los embarcados. En enero de 1797, Juan Fermín se incorporó en Cartagena a la flota de veinticuatro navíos de línea y una docena de buques menores, puesta al mando del teniente general de marina José de Córdova y Ramos. [78] Su primera acción fue muy desafortunada: en la mañana del 14 de febrero de 1797, fueron sorprendidos por una escuadra inglesa, de unos quince buques de línea y otros siete menores, comandada por el almirante John Jervis, en aguas del Atlántico a la altura del cabo San Vicente, en el extremo sur de Portugal. El combate, en el que se destacó el entonces comodoro Horatio Nelson, [79] duró más de cinco horas. Pese a su superioridad numérica, la escuadra española sufrió la captura de cuatro naves y la inutilización de su capitana, junto con un millar de bajas entre

muertos y heridos graves y nada menos que 3.000 prisioneros. Aunque en sí misma la batalla no fue decisiva, claramente fue una grave derrota para España y una muestra de la superioridad naval británica, sobre todo en cuanto a las tácticas de sus jefes. [80]

Como resultado inmediato del combate, la flota inglesa comenzó a operar en torno al puerto de Cádiz —que fue bombardeado en junio de 1797— y volvió a ingresar a un Mediterráneo que había abandonado tras la toma de Tolón por los revolucionarios franceses. El gobierno español decidió entonces armar una escuadrilla de fragatas para defender sus costas. José de San Martín se ofreció como voluntario para sumarse a los fusileros embarcados y, por un año y veintitrés días, prestaría servicio en la marina.

San Martín de los mares

San Martín fue destinado a la *Santa Dorotea*, un buque de 161 metros de eslora, 614 toneladas y 42 cañones. Estaba comandada por el capitán de fragata Manuel Guerrero, un viejo lobo de mar que había caído preso de los franceses y fue trasladado a París, donde se salvó milagrosamente de ser guillotinado. La *Santa Dorotea*, junto con las fragatas *Pomona* —buque insignia de la formación—, *Proserpina* y *Santa Casilda*, [81] integró una escuadrilla que operó en el Mediterráneo, bajo las órdenes del capitán de navío de origen irlandés Félix O'Neylle. [82] Según el cómputo de sus servicios, el segundo teniente del Regimiento de Murcia se habría sumado a la *Santa Dorotea* el 22 de junio de 1797. Una semana después, zarpó de Cartagena en el primero de los seis viajes que realizó para escoltar mercantes, llevar pertrechos y perseguir corsarios y naves enemigas. A los diecinueve años, José tenía a su cargo los 98 infantes del total de unos 300 hombres que integraban la dotación del buque. En esa primera salida, que duró poco más de un mes, la *Santa Dorotea* apresó sobre la costa de África un jabeque [83] de doce cañones, en lo que para San Martín fue su primera experiencia de combate en el mar. [84]

José se entusiasmó con su nuevo destino marinero y aprovechó los largos días de navegación, que lo llevaban por los bellos puertos del Mediterráneo como Alicante, Mallorca, Mahón, Málaga, Almería, Argel y Barcelona, para leer tratados navales como *Máquinas y maniobras*, de Francisco Ciscar; *El examen marítimo*, de Jorge Juan, y la *Ordenanza Real sobre las presas de mar*. [85] No podía imaginar que todas esas lecturas y aquel curso acelerado de tácticas y estrategias navales le serían tan útiles para atacar el corazón americano del imperio que ahora defendía.

Para muestra basta un botón

Entre sus siguientes misiones, las fragatas de la escuadrilla de O'Neylle llegaron en mayo de 1798 al puerto de Tolón, con la misión de comprar pólvora. [86] En ese momento se aprontaba para zarpar la escuadra francesa que iba a transportar al general Bonaparte y su ejército rumbo a su campaña en Egipto, de la que traería algunos obeliscos, muchas de las reliquias que hoy pueblan el Museo del Louvre y el objeto que cambió el estudio de la historia de Egipto, la piedra de Roseta que puede verse en el Museo Británico. Como una de las tantas anécdotas incomprobables que luego se escribieron sobre el Libertador, cuenta la leyenda que los oficiales españoles fueron recibidos por Napoleón, quien los invitó a sumarse a la expedición al país de los faraones. Dicen, sin pruebas, casi todos los biógrafos del Libertador que a Napoleón le llamó la atención lo impecable del uniforme del joven José y que, tomándole un botón, habría leído el nombre de su unidad en voz alta, «Murcia». [87]

Haya visto o no al futuro emperador, lo cierto es que San Martín estuvo un mes en la interesante ciudad de Tolón, situada entre Marsella y Saint Tropez, mientras se completaba la compra y carga de la pólvora en los buques. Para José, aquella estadía fue su gran puerta de entrada a la cultura francesa y las ideas revolucionarias. Podía aprovechar aquellos días de verano para recorrer las librerías y comprar las novedades totalmente prohibidas en España, recorrer galerías de arte y practicar su todavía rudimentario francés en los bares donde se hablaba de la visita de Bonaparte y de los vaivenes de la revolución. Varios autores señalan que allí tomó por primera vez contacto con la masonería. [88] A comienzos de julio, las fragatas españolas estaban de regreso en Cartagena, de donde poco después partieron a lo que resultó la última misión de la *Santa Dorotea*.

Combate en alta mar

Luego de llevar un cargamento a Argel, cuando emprendía el regreso a España, una tormenta dañó seriamente el mástil de proa de la fragata, y en esas condiciones, el 15 de julio de 1798, debió enfrentar al buque inglés *Lion*, [89] destinado a operar contra los barcos que navegaban desde o hacia Cartagena. Pese a enfrentar a cuatro naves españolas, el poder de fuego del navío británico era muy superior y lo concentró sobre la *Santa Dorotea*, que por su avería quedó rezagada y recibió grandes daños. Tras horas de combate, y con numerosas bajas, el capitán Guerrero tuvo que rendirse.

[90]

Su colega del *Lion*, Manley Dixon, elogió en su parte el coraje temerario de los tripulantes de la *Santa Dorotea*:

> Cerrando esta carta me hallo obligado a hacer a V. S. que don Manuel Guerrero, de un bien conocido y distinguido carácter naval, se batió con su buque con la gallardía más perseverante. Me es imposible expresar con palabras el espíritu temerario y habilidad con que se manejó durante la acción, que fue muy cerrada y este valiente oficial, que ha recibido varias heridas leves y de las cuales creo con razón se salvará (Dios mediante), me ha aclarado después que solamente es deudor a las alabanzas que le he hecho a la presencia de ánimo de sus oficiales y gente de mar. [91]

Tras la derrota, la *Santa Dorotea* —con su nombre adaptado al inglés, como *Saint Dorothea*— pasó a integrar la marina británica, hasta su desguace en 1814. Sus hombres fueron trasbordados a un barco de la República de Ragusa, [92] que los llevó hasta Mahón, en la isla de Menorca, que estaba en poder de los ingleses desde 1715. Allí debieron prestar el juramento de no volver a empuñar las armas hasta que se concretase un canje de prisioneros, una práctica usual, como ya vimos. Los vencedores distribuyeron entre los prisioneros abundante literatura considerada claramente subversiva por las autoridades españolas, obras sobre política y economía y trabajos históricos sobre el genocidio perpetrado por los españoles en América. Desde Mahón, San Martín y sus hombres regresaron a Cartagena, a comienzos de agosto de 1798. Gran parte del equipaje de José eran publicaciones y libros franceses e ingleses.

Durante aquel período de inactividad militar, que va de 1798 a 1801, San Martín se dedicó al estudio apasionado de la matemática y la pintura, dibujando marinas al óleo, afición que mantendría hasta su vejez, cuando la ceguera lo privó de ese placer. Era una especie de consuelo para un jovencito que ya había palpado la impericia diplomática de los Borbones, su explícita corrupción y sus variopintas alianzas que lo habían llevado a arriesgar su vida en combates contra moros, ingleses y franceses en defensa de una monarquía impresentable.

La guerra y la paz

San Martín y sus compañeros de la *Santa Dorotea* debieron esperar hasta 1801 para que el canje de prisioneros con los ingleses los liberase de su juramento de no combatir. En Cartagena tenía bastante tiempo libre para dedicarse a leer y formarse intelectualmente. Como veremos más adelante, su biblioteca —o «librería», como se decía entonces para referirse a la de un particular— muestra intereses diversos. A los libros de temas militares o vinculados con ellos (como la historia, la geografía o la ingeniería militar) y los políticos, se sumaban obras clásicas (Cicerón, Tasso, Quevedo, Calderón de la Barca), sobre agricultura, mineralogía, matemática,

química, física, derecho, comercio… Y, como prueba de su vocación autodidacta, en algún momento compró un libro característico de las obras de divulgación de entonces, cuyo título completo era *Arte de escribir por reglas y con muestras según la doctrina de los mejores autores antiguos y modernos, extranjeros y nacionales; acompañado de unos principios de Aritmética, Gramática y Ortografía Castellana, Urbanidad y varios sistemas para la formación y enseñanza de los principales caracteres que se usan en Europa, compuesto por D. Torquato Torío de la Riva y Herrero*. Se trata, ante todo, de un manual de caligrafía y todo lo relacionado con la escritura a pluma, aunque acompañado de otras consideraciones pedagógicas. [93]

Mientras el clérigo anglicano Tomás Malthus publicaba su célebre *Ensayo sobre el principio de población* y el marqués Gabriel Avilés asumía como virrey del Río de la Plata, Europa seguía agitada por la guerra y los cambios en la política. Los ingleses lograban armar una Segunda Coalición —con Rusia, Austria, Portugal, los Estados Papales y el Imperio Otomano—, Napoleón consideraba completada su campaña en Egipto y se hacía del poder en Francia, iniciando el camino hacia el imperio. A comienzos de 1801, y pese a los esfuerzos británicos, Francia salía una vez más triunfadora en el continente, luego de vencer a sus enemigos e imponer su control sobre Italia y los Países Bajos.

En ese marco, el 27 de febrero de 1801, a exigencia de los franceses, España le declaró la guerra a Portugal, [94] aunque recién en mayo, bajo el mando personal del «Príncipe de la Paz», sus tropas avanzaron sobre su vecino y ocuparon una serie de poblaciones fronterizas.

San Martín, de nuevo en servicio activo, participó con su batallón en la toma de Olivenza (que ya se había rendido al llegar él) y de Campo Mayor, en la región del alto Alentejo. Fue un enfrentamiento breve que pasó a la historia con el nombre de «Guerra de las naranjas», debido al episodio que relata Godoy:

> Las tropas que atacaron al momento de oír mi voz, luego que llegué a la vanguardia, me han regalado de los jardines de Gelves dos ramos de naranjas, que yo presento a la reina. [95]

Nos podemos imaginar la cara, ya de por sí bastante desagradable, de la reina al recibir semejante presente.

El 6 de junio, en Badajoz, se firmó la paz. Los españoles se conformaron con la posesión de Olivenza y la promesa de Portugal de cerrar sus puertos a los barcos ingleses, lo que no dejó muy contento a Napoleón. Y si bien a esta guerra no se la habían tomado muy en serio en España, hay que recordar que en el Río de la Plata fue la excusa para que los portugueses ocuparan los pueblos de las Misiones orientales.

Concluida la campaña sobre la frontera portuguesa, San Martín fue destinado a reclutar soldados para el Regimiento de Murcia.

La inseguridad al Cubo

Un día de diciembre de 1801, por una negligencia del encargado de ensillar las cabalgaduras, el oficial San Martín quedó rezagado del resto de sus compañeros y subordinados, con los que debía marchar desde Valladolid a Salamanca en búsqueda de nuevos reclutas. El trayecto era largo y había que hacerlo en varias jornadas. Sólo hasta Zamora la distancia es de 95 kilómetros y de allí otros 62 hasta la ciudad que, gracias a su célebre universidad y según el viejo dicho, daba lo que la naturaleza negaba. [96] Apuraba el paso para alcanzar a la tropa pero no dejaba de apreciar la belleza de aquel camino construido por los romanos que costeaba el río Duero, rodeado de viejas encinas, jaras y retamas y algunos viñedos y olivares. Pero en el primer tramo de lo que prometía ser una larga travesía, fue sorprendido por cuatro bandoleros que lo apuntaron con sus armas reclamándole su equipaje. San Martín se resistió furiosamente porque llevaba 3.350 reales de vellón, [97] pertenecientes al regimiento. La pelea desigual fue dura. El correntino alcanzó a herir a uno de los atacantes, pero los otros se abalanzaron sobre él, hiriéndolo gravemente en el pecho y en una mano, para luego escapar con el botín. [98] Malherido, quedó tendido en el piso en medio de un charco de sangre, soportando una temperatura que en esa época del año y por esa zona llega a los doce grados bajo cero. Unos campesinos que pasaban por el lugar se apiadaron de él y lo trasladaron hacia su casa en el pueblito de *El Cubo de Tierra del Vino,* a 29 kilómetros de Zamora. Allí lo vendaron y hospedaron. Sus dolores eran parejos a la culpa que sentía por el dinero perdido, y a la seguridad de las sanciones que le aplicarían, manchando una foja de servicios intachable.

Pero gracias a la intervención del coronel de su regimiento, don Toribio Méndez, quien lo consideraba «acreedor a que V. M. se digne indultarlo del pago por ser un oficial de acreditado valor y conducta», logró que el rey le perdonara la restitución del dinero. Ya recuperado y aliviado, San Martín estuvo en el sitio terrestre a Gibraltar, entonces como ahora en poder de los ingleses.

La Paz de Amiens

Estando en el sitio de Gibraltar le llegó la noticia de un nuevo tratado de paz, firmado en la ciudad francesa de Amiens, el 25 de marzo de 1802. Por él, los franceses aceptaban sacar sus tropas de Nápoles y los Estados Papales y devolver Egipto al

Imperio Otomano. Por su parte, los ingleses restituían a la República Bátava (Holanda) la Colonia del Cabo, que habían ocupado en Sudáfrica, y la isla de Menorca a España (pero se quedaban con Trinidad, Gibraltar y otros territorios no incluidos en el acuerdo). En líneas generales, los dos principales contendientes buscaban ganar tiempo, y esta celebrada Paz de Amiens resultó apenas una tregua de un par de años en las guerras del período.

Poco después, nuestro segundo teniente de veinticuatro años partirá hacia Ceuta, en el norte de África, integrando la guarnición de la prisión-fortaleza por una breve temporada. Algunas versiones indican que fue allí donde conoció al entonces teniente del Regimiento de Infantería de Línea de Jaén, Alejandro María Aguado. Más adelante volveremos sobre el tema. [99]

Como consecuencia de la firma del tratado, el gobierno español reorganizó sus fuerzas terrestres, con la creación de unidades de infantería ligera, de mayor movilidad y formadas por buenos tiradores, al modo de los *chasseurs* (cazadores) del ejército francés y los *fusiliers* (fusileros) del inglés. San Martín, a su regreso de Ceuta, fue nombrado segundo ayudante de una de esas nuevas unidades, el *Batallón de Infantería Ligera de Voluntarios de Campo Mayor*. Su nombramiento fue firmado por el rey el 26 de diciembre de 1802. Junto con el cambio de unidad y de uniforme (azul con divisa roja y vivos blancos), se trataba de una nueva responsabilidad. Como segundo ayudante pasaba a revistar en la plana mayor del batallón, a las órdenes directas del teniente coronel Cayetano Iriarte y del sargento mayor Rafael Menacho, [100] y con funciones en la organización e instrucción de los soldados que se incorporaban a él. El batallón comenzó a formarse en Sevilla, en marzo de 1803, para pasar un tiempo en el Puerto de Santa María y a fines de ese año ser destinado, todavía con apenas 300 hombres, a Cádiz. En esta ciudad se sumaron otros 600 soldados, reclutados en Valencia y Aragón. [101]

Cádiz, 1804

A comienzos del siglo XIX, Cádiz era una ciudad de más de 70.000 habitantes, cuando Madrid tenía algo más de 180.000 y Buenos Aires, unos 30.000. Ya le había ganado la pulseada a Sevilla por su mayor accesibilidad y porque los Borbones no tenían con la antigua Hispalis los mismos compromisos políticos y comerciales que los Austria. Una muestra evidente de esta preferencia borbónica fue el traslado a Cádiz de la Casa de Contratación y el Consulado de Cargadores de Indias en 1717 y, con ello, del monopolio del comercio con América. Esto provocó el crecimiento económico y poblacional de la ciudad-puerto. [102]

Cádiz era por aquellos tiempos una ciudad fascinante, donde circulaban al mismo

ritmo las mercaderías y las ideas. Como principal puerto de vinculación con las colonias, era sede de las grandes firmas mercantiles, nudo central de las redes comerciales de América y España, y su principal nexo con otras plazas de Europa. Esto la convertía también en el punto de arribo y partida de las noticias desde y hacia América. Los numerosos periódicos aparecidos en la ciudad desde mediados del siglo anterior, muchos de ellos de corta vida por la censura o la falta de suscriptores, habían llevado al surgimiento de las primeras publicaciones cotidianas, toda una innovación entonces, como eran el *Diario Marítimo de la Vigía*, la *Gaceta de Cádiz, El Postillón* y *Hebdomadario de Cádiz*. Pero las novedades también circulaban de manera más reservada, a través de los viajeros y de las sociedades secretas. Cádiz era uno de los principales centros de actividad de la masonería francesa en España, en esos tiempos de alianza entre los dos países.

A ese clima politizado contribuía también su papel como «plaza fuerte». Además de la guarnición de tierra, era un apostadero naval clave por su ubicación, sobre el Atlántico y próxima a la entrada del Mediterráneo. En 1717 se estableció allí la Academia de Guardias Marinas, convertida en Academia de San Fernando al trasladarse a la isla de León, frente a la ciudad. Era el principal centro de formación de oficiales navales, y siguiendo el ejemplo británico de Greenwich y el clima de la Ilustración, en 1797 se instaló también allí el observatorio astronómico, dependiente de la marina. Sobre un islote al norte de la isla de León, siempre en la bahía de Cádiz, estaba ubicado el arsenal de la Carraca, una de cuyas dependencias era la terrible prisión de las Cuatro Torres. Por sus mazmorras pasaron muchos presos políticos, peninsulares y americanos, y allí moriría en 1816 el precursor de nuestra independencia, Francisco de Miranda.

Combatiendo contra la fiebre amarilla

En 1801, mientras Beethoven componía su maravillosa sonata *Claro de luna*, Francisco de Goya pintaba su *Maja desnuda (*[103] y en Buenos Aires asumía como virrey Joaquín del Pino, una epidemia de fiebre amarilla asolaba Andalucía diezmando literalmente a su población. Solo entre los gaditanos se contabilizaron 7.387 muertos. [104] Cuatro años después, San Martín conoció los efectos de un nuevo brote de la enfermedad y participó activamente en tareas sanitarias y humanitarias ayudando, sin importarle el alto riesgo de contagio, a la devastada población, mientras 200 de sus compañeros de armas morían afectados por la peste. Tan activa fue su participación en estos auxilios que le valió su ascenso a segundo capitán de la segunda compañía del propio batallón. [105]

El comienzo de una breve amistad

Desde 1803, al frente de la capitanía general de Andalucía y del gobierno de Cádiz se encontraba un personaje ya mencionado en el capítulo anterior: Francisco Solano y Ortiz de Rozas, marqués del Socorro por derecho propio y de Solana por su casamiento con Francisca de Matalinares y Barrenechea. El militar, nacido en Caracas, se había destacado en la campaña del Rosellón de 1793-1794, en la que había sido herido durante la defensa final de Collioure, el mismo combate en el que San Martín quedó entre los prisioneros. Con el cambio de bando de España en 1796, Solano se ofreció como voluntario para integrar el ejército del Rin que comandaba el general Jean Victor Moreau, uno de los varios jefes militares franceses que por entonces usaban las batallas ganadas en las campañas contra la Primera Coalición para cimentar su prestigio y sus aspiraciones de poder. De él, Solano aprendió las tácticas militares francesas, que buscó introducir en España a su regreso. Trajo algo más de esa experiencia: los contactos con las ideas de cambio y con la masonería. Solano, al tiempo que era la máxima autoridad de la corona en la región, se convirtió en maestro venerable de la Logia Integración de Cádiz, la número 7 del Gran Oriente Regional de Sevilla, que correspondía a Andalucía.

En mayo de 1804, Napoleón se proclamaba emperador, provocando la ira, entre otros tantos antiguos admiradores, de Ludwig van Beethoven, quien, apasionado por la Revolución Francesa, le había dedicado a Bonaparte su Tercera Sinfonía en Mi bemol mayor, Opus 55, *Heroica*. Según su amigo y alumno, el compositor Ferdinand Ries, indignado, decidió borrar furiosamente la dedicatoria. En aquel año 1804 llegó a Cádiz el general Moreau, que marchaba al exilio en Estados Unidos, tras haber caído en desgracia con su antiguo camarada de armas y ahora emperador. El marqués del Socorro le ofreció a Moreau un buen recibimiento, que incluyó una revista de las tropas del Batallón de Campo Mayor, [106] al que evidentemente consideraba un ejemplo de organización «a la francesa». No hay prueba de que ya en ese momento le llamara la atención un oficial que se le parecía mucho físicamente; pero lo cierto es que en unos años más San Martín se convertiría en un hombre de confianza de Solano.

Además de vérselas con la fiebre amarilla y rendir honores a Moreau, el Batallón de Campo Mayor debió encargarse de tareas policiales, persiguiendo a los contrabandistas y bandoleros que abundaban en torno a Cádiz. Pero pronto tendría un destino más propio de una unidad militar, al reiniciarse la guerra con los ingleses.

Piratas de su graciosa majestad al acecho

El 5 de octubre de 1804, cerca del cabo Santa María, al sur de Portugal, el capitán inglés Graham Moore, al frente de una escuadrilla que operaba en el Atlántico, atacó a cuatro naves españolas que estaban a pocos días de arribar a Cádiz. El convoy había salido del Río de la Plata, llevando un rico cargamento que incluía remesas de las cajas reales de Manila y Lima en plata y oro. Hasta entonces, Gran Bretaña y España estaban en paz, por lo que la decisión de Moore era un acto de piratería.

La acción del cabo Santa María tuvo un desenlace particularmente trágico para Diego de Alvear. El marino viajaba con su familia en el convoy español, dispuesto a retirarse y establecerse en la península. A poco de iniciado el combate, una de las naves, la *Mercedes*, fue alcanzada por un cañonazo inglés en su santabárbara, que estalló y llevó al hundimiento inmediato, sin sobrevivientes. Entre los muertos estaban María Josefa Balbastro, esposa de Alvear, y siete de sus hijos. Solo por una circunstancia fortuita, don Diego y su hijo restante, Carlos, iban a bordo de la fragata *Medea*, que resultó apresada, junto con las *Clara* y *Fama*. [107] Los tres buques y su valiosa carga fueron llevados a Gran Bretaña. Diego de Alvear protestó por el acto de piratería, y su queja al Almirantazgo británico terminó recalando en las más altas esferas del servicio exterior. Muy al estilo inglés, el entonces joven secretario del Foreign Office, George Canning, en cierto modo le dio la razón: «por las particulares circunstancias» del apresamiento, aceptó indemnizarlo y, en mayo de 1805, los Alvear fueron llevados a Galicia, en un canje de prisioneros. Tras un breve paso por Madrid, Diego de Alvear se estableció en la andaluza Montilla, famosa por sus vinos. Su hijo Carlos iría a Cádiz, donde en 1807 se incorporaría como alférez en una unidad de elite, el Real Cuerpo de Carabineros. [108] Por su parte, don Diego, se casó con la inglesa Luisa Ward, con la que tendría siete hijos.

Trafalgar

En sus reclamos al gobierno británico, don Diego de Alvear tuvo más suerte que don Carlos IV. Las protestas del monarca español por la agresión no tuvieron el mismo eco, y el 12 de diciembre de 1804 tuvo que formalizar la declaración de guerra a Gran Bretaña, que esta daba ya por descontada. Más allá de que Moore hubiese actuado por su cuenta en el cabo Santa María, la realidad era que en 1803 los ingleses habían organizado la Tercera Coalición, reuniendo a Austria, Rusia, Nápoles y Suecia contra Francia. La decisión de Bonaparte de proclamarse emperador de los franceses ponía nuevamente a toda Europa en pie de guerra. Y, como aliada de Francia, España no era la excepción.

Tras su coronación, Napoleón emprendió un nuevo plan, concentrando miles de hombres en el norte de Francia. Su finalidad era cumplir el sueño de muchos de los jefes militares franceses que lo habían precedido: invadir Inglaterra. Para ocultar ese

propósito, ordenó una maniobra de distracción: una inmensa flota franco-española, a las órdenes del almirante francés Pierre Villeneuve, fue enviada en dirección al Caribe. La esperanza del emperador francés era que el grueso de la marina inglesa, entonces al mando del almirante Nelson, se lanzase en su persecución y dejase desguarnecidas las costas británicas. Villeneuve debía regresar rápidamente, para embarcar a la fuerza expedicionaria. Pero Napoleón no contaba con la astucia de Nelson, que no cayó en la trampa y mantuvo una escuadra, al mando del almirante Robert Calder, para operar sobre las costas francesas y del norte de España. Así, Calder logró descubrir la maniobra y el 22 de julio de 1805 sorprendió a Villeneuve en el cabo Finisterre, forzándolo a ir hacia el sur.

A pesar de todo, el porfiado Napoleón quiso seguir adelante con su plan. Pero Villeneuve refugió su flota en la bahía de Cádiz y cuando finalmente se decidió a salir ya era tarde: la escuadra al mando de Nelson le cerró el paso y, a la altura del cabo Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, obtuvo una de las mayores victorias de la marina británica de toda su historia. La flota franco-española perdió veintidós de sus treinta y tres navíos, más de 3.200 muertos y 7.000 prisioneros; un desastre total. La baja más sensible para los británicos fue la del almirante Horatio Nelson. Mientras comandaba la nave insignia, el *Victory*, fue alcanzado por un tiro mortal hecho por un soldado francés desde el *Redoutable*. Inglaterra le dedicó el monumento central de *Trafalgar Square* de Londres y la *Enciclopedia Británica* dice que su triunfo póstumo en Trafalgar «aseguró la supremacía naval británica durante más de 100 años».

Entre los sobrevivientes españoles estaba quien sería el último virrey del Río de la Plata, Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien perdió en la batalla gran parte de su capacidad auditiva al estallarle muy cerca un disparo de cañón. Su actuación le valió el reconocimiento de los propios ingleses y el ascenso a teniente general de la Real Armada española.

Austerlitz

Napoleón debió abandonar su proyecto de invasión a Inglaterra y concentró sus esfuerzos en la guerra terrestre. El 2 de diciembre de 1805, como festejo del primer aniversario de su coronación, obtuvo una victoria decisiva en la batalla de Austerlitz,[109] sobre los ejércitos ruso y austríaco. A partir de entonces, mientras Francia controlaba gran parte del continente europeo, los ingleses se adueñaban de los mares. Para consolidar su ventaja, Gran Bretaña envió una expedición a Sudáfrica, que tomó la colonia del cabo de Buena Esperanza, posición clave para controlar el paso entre los océanos Atlántico e Índico. Allí, un ambicioso oficial, el capitán de navío Home Riggs Popham, que había estado en contacto con Francisco de Miranda, planeó e impulsó la conquista británica del Río de la Plata. Las invasiones inglesas de 1806-

1807 mostraron que el «orden» colonial estaba fisurado y comenzaban los tiempos de la revolución. [110]

El bloqueo continental

Con la reanudación de las hostilidades entre España y Gran Bretaña, el Batallón de Campo Mayor había sido destinado al cerco terrestre a Gibraltar a comienzos de 1805, y con él fue el recientemente ascendido capitán San Martín, nuevamente con tropa a su mando directo. Una breve anotación de su jefe, el teniente coronel Iriarte, escrita al dorso de su foja de servicios de 1806, sintetiza en cuatro palabras la carrera militar de San Martín hasta entonces: «Este oficial sirve bien». [111]

En noviembre de ese año, al no contar con el dominio marítimo, Napoleón resolvió aplicar el llamado bloqueo continental. La medida cerraba a los barcos y productos británicos los puertos bajo el control del emperador. También ordenó incautar los buques de cualquier bandera que hubiesen tocado puertos enemigos. De esta forma, buscaba vencer a los ingleses en su economía, interrumpiendo la circulación de sus productos y atacando a sus clientes. Recordemos que, en plena Revolución Industrial, Gran Bretaña necesitaba ampliar a toda costa sus mercados externos.

A regañadientes, la mayoría de los países europeos parecieron avenirse a la imposición napoleónica. La primera clara excepción fue Portugal, que tenía muy firmes lazos comerciales con su aliada tradicional, Gran Bretaña. El príncipe regente portugués, Juan de Braganza, [112] se negó a sumarse al bloqueo continental. Napoleón respondió con un ultimátum: «Si Portugal no hace lo que deseo, la casa de Braganza no reinará más en Europa dentro de dos meses». [113]

El gobierno portugués rechazó el ultimátum y Francia firmó con España el tratado de Fontainebleau, el 27 de octubre de 1807. En virtud de este acuerdo, Carlos IV autorizaba el paso de los ejércitos franceses por su territorio y se comprometía a aportar tropas propias para invadir Portugal. A cambio, obtenía la división de su vecino en tres partes: el norte quedaría como un reino a cargo de su sobrino nieto, Carlos Luis de Borbón; el sur, convertido en principado de Algarves o Algarbe, quedaría en manos de su favorito, Manuel Godoy; Lisboa y el centro del país, bajo el control francés, serían una pieza de negociación con Gran Bretaña, con vistas a obtener la devolución de Gibraltar y la isla de Trinidad.

Napoleón, dispuesto a cumplir su amenaza al regente portugués, no había esperado la firma del tratado para hacer cumplir sus cláusulas: el 18 de octubre, nueve días antes, unos 40.000 franceses, al mando del general Jean-Andoche Junot, cruzaron la frontera franco-española en Guipúzcoa y empezaron a atravesar España a

toda velocidad, en dirección a Portugal. En el norte, tropas españolas fueron a ocupar Oporto, mientras que al general Solano se le encargaban las operaciones desde el sur, al frente de 6.000 españoles.

Una corte andariega

Para entonces, las tropas de Junot se habían hecho cargo de la situación. Entraron en Lisboa el 30 de noviembre de 1807. Poco antes, la familia real portuguesa, que incluía a la esposa del rey Juan VI, la princesa Carlota Joaquina Teresa Cayetana de Borbón y Borbón y Parma, hija de Carlos IV de España, se había fugado hacia Río de Janeiro, siguiendo el consejo y al amparo de la marina inglesa. El príncipe regente decidió «convertir en moneda parte de su vajilla de plata, pero con el exclusivo objeto de allegar tesoros y transportarlos al Brasil, y con el mismo motivo quedaron en suspenso toda clase de pagos de rentas, pensiones y similares obligaciones del Estado». [114]

Mientras las tropas de John Whitelocke eran derrotadas en Buenos Aires, ciudad que batía el récord mundial de rechazar dos invasiones inglesas consecutivas, Hegel publicaba su *Fenomenología del Espíritu* y Beethoven daba a conocer su *Misa en Do*, se fugaban de Portugal unas 15.000 personas. Este numeroso contingente, que a falta de cruceros de placer viajaba amontonado en los no tan confortables buques de Su Graciosa Majestad Británica, estaba compuesto por la familia real de los Braganza en pleno, sus ministros, obispos y sacerdotes, funcionarios, asesores e intrigantes, más una interminable lista de parásitos cortesanos y una nutrida servidumbre. [115]

En la capital del Brasil, convertida de ahí en más en sede de la corona y del imperio portugués, los británicos establecerían un emporio comercial que les permitiría tomar revancha de las sucesivas derrotas sufridas en el Río de la Plata y controlar de cerca la economía y la política de la estratégica región.

Napoleón, que no había esperado la firma del Tratado de Fontainebleau para iniciar sus operaciones, tampoco mostró la menor intención de aplicar sus cláusulas una vez que Lisboa estuvo en sus manos. Más de 60.000 hombres de su ejército estaban en suelo español, y extender su dominio a toda la península parecía una tarea sencilla.

En pocos meses más comenzaría una nueva etapa en la historia de España y en la vida de José de San Martín.

La resistencia española y la revolución americana

> *Nada importa más que aprovechar el angustiado tiempo que nos resta. Él huye con la velocidad del rayo, y un terrible remordimiento nos devoraría si le dejáramos escapar infructuosamente por nuestra indisculpable omisión.*
>
> José de San Martín

A Napoleón, que había tomado Lisboa en diciembre de 1807, le vino cierta angurria y teniendo en cuenta que tenía desplegados sus ejércitos en buena parte del territorio español, se propuso apoderarse de toda la península. Los informes de su embajador en Madrid, François de Beauharnais, [116] lo alentaban en ese sentido, al comunicarle:

> En España el pueblo llano tiene un gusto pésimo y se distrae sobre todo con procesiones, corridas de toros y el amor, en su acepción más brutal. La burguesía está descontenta y sufre las consecuencias de la pobreza general. El clero es ignorante, y el noble se muere de hambre en una tierra que solo se cultiva a medias. El rey es un imbécil, la reina una cualquiera, el heredero es un cobarde y el favorito un hombre odiado por todo el mundo. Resumiendo, es un país arruinado. Resulta tan fácil como necesario establecer un nuevo orden. [117]

Más allá del oligárquico desprecio del marqués de Beauharnais hacia lo que él llamaba «el pueblo llano», la crisis política española ya era notoria. La «trinidad pagana en la tierra», como gustaba definir la reina María Luisa —definida por Napoleón como «una momia escotada»— al grotesco trío que formaba con su marido Carlos IV y su amante Manuel Godoy, empezaba a ser cuestionada. Les pasaban facturas por graves episodios, como el desastre de Trafalgar o las invasiones inglesas al Río de la Plata, que habían mostrado a la vez el coraje a toda prueba de los criollos y la ineficiencia y cobardía de las autoridades coloniales. A esto se sumaba una muy inquietante novedad para los hombres de la corte: la «insolente» destitución de un virrey por decisión de la población de una ciudad colonial. [118] Ante la crisis, las actitudes de las clases dirigentes españolas eran, por lo menos, confusas. Los sectores liberales aspiraban a introducir reformas que pusiesen límites al absolutismo y el sistema corrupto de los favoritos, y modernizasen el país. Algunos de ellos, que serían llamados «afrancesados», terminarían apoyando los planes napoleónicos; pero una parte considerable de los liberales españoles se opondrían a la ocupación francesa.

Señalaba al respecto Pierre Vilar:

> Una crisis de circunstancias puede hacer fracasar todo el esfuerzo de un siglo. En espera de Napoleón, la mediocridad de Carlos IV va a prepararla. Hacia 1790, España vacila entre la renovación y la recaída. Momento emocionante que, una vez más, es plasmado por un gran genio. El aragonés Goya, en sus tapices, sus *Juegos* y *Fiestas* muestra la vitalidad, la alegría de su siglo, el sabor popular de las majas y manolas, de las tonadillas de Ramón de la Cruz y de la tauromaquia, considerada por primera vez como un arte. Goya sabe ser el pintor de las sátiras contra la Inquisición, el retratista de los afrancesados, de Moratín, de los embajadores revolucionarios; el hombre, en suma, de las audacias espirituales. Pero (reminiscencia mística), también pinta *Comunión de San José de Calasanz*, y (reminiscencia medieval) el burbujeo diabólico de los *Caprichos negros*. Goya, como Velázquez, es testigo de la miseria de los de abajo, el pintor de los mendigos

y de los tugurios; y de la miseria de los de arriba; en los rostros de *La familia de Carlos IV* está inscrita la decrepitud de otra dinastía. Los malos consejeros de Napoleón le hablaron solamente de esa decrepitud. Este no medirá ni la vieja fuerza instintiva del pueblo español, ni la reciente reconstitución de valores económicos e intelectuales. Pero de estos elementos —instintivamente de resistencia y voluntad de renovación—, que se conjugarán contra él, ¿quién vencerá a quién en el destino de la Nación? Este es el drama de la guerra de la Independencia. [119]

Astillas de un mismo palo

En aquella contradictoria España también actuaba el llamado «partido fernandino», integrado por los seguidores del príncipe Fernando, que centraba sus ataques en el favorito Godoy con la intención de desplazarlo del poder con el apoyo de los franceses.

Los llamados fernandinos planteaban que su líder era la única figura con poder que podría deponer al todopoderoso ministro, por eso comenzaron a llamar a Fernando «el Deseado». La lucha entre el príncipe y el favorito de su padre y amante de su madre llegó a un punto determinante cuando en 1806 murió María Antonia de Nápoles, la esposa de Fernando, y demasiado rápidamente comenzaron a buscarle una nueva consorte, sin descartar a una muchacha ligada a la familia de Napoleón. La finada María Antonia había dejado un registro de su primer encuentro con Fernando:

> Bajo del coche y veo al príncipe; creí desmayarme; en el retrato parecía más bien feo que guapo; pues bien, comparado con el original es un Adonis, y tan encogido. Os acordáis que Santo Teodoro escribía que era un buen mozo, muy despierto y amable. Cuando está una preparada encuentra el mal menor; pero yo, que creí esto, quedé espantada al ver que era todo lo contrario […]. El príncipe es bueno, pero no tiene instrucción, ni talento natural, ni tampoco viveza; es mi antípoda, y yo, para mayor desgracia, no lo quiero nada. [120]

Y la madre de la desdichada princesa le escribía al embajador de Nápoles en Madrid:

> Mi hija es completamente desgraciada. Un marido tonto, ocioso, mentiroso, envilecido y ni siquiera hombre físicamente y es fuerte cosa que a los dieciocho años no se sienta nada y que a fuerza de orden y persuasión se hayan hecho inútiles pruebas sin consecuencia: ni placer ni resultado. [121]

Ese era el príncipe heredero de un rey cuya principal actividad era la caza y que resumía así su día de trabajo:

> Todos los días, independientemente del tiempo, después del desayuno y después de haber oído misa me iba a cazar, e inmediatamente después de comer volvía otra vez, hasta el atardecer. Por la noche Manuel [Godoy] me contaba si los asuntos iban bien o mal, luego me iba a dormir. [122]

Un testigo de la época llamaba la atención sobre el particular sentido del humor

de una majestad que se creía más graciosa que la británica: «En las recepciones oficiales le encanta golpear a la gente a la espalda con fuerza y se ríe de esta broma hasta llorar». [123]

Su padre, Carlos III, le había advertido sobre las infidelidades de su mujer, por todos conocidas. El heredero respondió que no había posibilidades de que eso pasara porque su mujer no iba a admitir tener relaciones con alguien de posición inferior a la de un príncipe o un rey. Carlos se limitó a mirarlo incrédulo de lo que estaba oyendo y solo le dijo: «¡Qué estúpido eres!». [124]

Dispuesto a pescar en ese río revuelto y con la excusa de asegurar la situación en Portugal, Napoleón ordenó a sus generales que fueran ocupando el territorio español. Sucesivamente, entre enero y febrero de 1808, Pamplona, San Sebastián, Barcelona, Burgos y Salamanca quedaron en manos de sus ejércitos.

El ejemplo portugués

La primera reacción de la corte de Carlos IV fue seguir el ejemplo de sus pares lusitanos, que habían escapado hacia Río de Janeiro, y pensaron negociar en secreto con los franceses su huida con todos sus sirvientes y sus petates hacia la Nueva España (México). Así, la reina María Luisa le pedía por escrito al general Joachim Murat, cuñado de Napoleón, jefe de sus fuerzas en la península y gobernador de Madrid, «que obtenga del Emperador que se le dé al rey, mi esposo, a mí misma y al príncipe de la paz [Godoy], lo necesario para vivir los tres juntos, en un lugar conveniente para nuestra salud, sin autoridad y sin intrigas». Por su parte, el monarca español le comunicaba a sus súbditos sin ponerse ni un poquito colorado: «Reposad tranquilos: sabed que el ejército de mi caro amigo, el emperador de los franceses, atraviesa mi reino con ideas de paz y amistad». [125]

Motín en Aranjuez

Pocos españoles creían en esa vocación de Bonaparte por la «paz y amistad», empezando por el trío gobernante. En marzo de 1808, los «tres juntos» decidieron salir de Madrid y esperar las noticias en el palacio de Aranjuez, la residencia de verano de la familia real, situada a 42 kilómetros de Madrid, el lugar donde Francisco de Goya realizó los bocetos para su célebre cuadro *La familia de Carlos IV*. Pronto corrió el rumor de que la intención no era disfrutar de las delicias del lugar que muchos años más tarde hará célebre Joaquín Rodrigo con su célebre concierto, sino

seguir camino, rumbo a Sevilla y de ahí, a Cádiz, con vistas a embarcarse rumbo a América, dejando que su pueblo se las arreglara como pudiera. En medio de la inquietud, el «partido fernandino» consideró que había llegado su momento y amotinó al Cuerpo de Guardias de Corps, custodia de la familia real, al que pertenecía Justo Rufino de San Martín, testigo privilegiado de los hechos que se iban a desencadenar. Este motín de Aranjuez comenzó con el arresto de Manuel Godoy. Mientras en Madrid la gente saqueaba la casa del ministro «renunciado», el aterrado Carlos IV abdicó al trono, el 19 de marzo, y se puso bajo la protección de Murat. Así, el príncipe heredero se encontró con la corona que anhelaba, proclamándose por su cuenta y riesgo como Fernando VII, [126] rey de España e Indias.

Una familia muy normal

Amparado por Murat y sus tropas, o sea por el invasor de su país, el ex monarca Carlos interrumpió sus cacerías —que iban naturalmente unidas a su afición por los cuernos— y se desdijo. Ahora no quería abdicar y le escribió a su «caro amigo», el emperador:

> He sido forzado a abdicar, pero, plenamente confiado, hoy en día, en la magnanimidad y el genio del gran hombre que siempre se ha mostrado mi amigo, he tomado la resolución de conformarme en todo a lo que ese gran hombre decida en cuanto concierne a mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la paz. Dirijo a Vuestra Majestad mi protestación contra los eventos de Aranjuez y contra mi abdicación. Me remito y me confío por completo al corazón y la amistad de Vuestra Majestad. [127]

También Fernando, que viajó a Madrid dispuesto a coronarse, buscó el respaldo de Napoleón para asegurarse el trono. Llegó a enviarle trofeos históricos, como la espada del rey francés Francisco I, tomada por Carlos V en la batalla de Pavía en febrero de 1525. El emperador aceptó los regalos, pero instruyó a Murat para que no reconociese a ninguno de los dos reyes. Dispuesto a entrar en España, Napoleón viajó a la localidad fronteriza de Bayona, ubicada a 665 kilómetros al sur de París.

Murat cumplió la orden, pero entró en Madrid el 23 de marzo de 1808 sin la autorización del emperador, lo que motivó esta carta en la que queda en claro la visión política de Napoleón:

> Me temo que os equivoquéis acerca de la situación de España y que os engañéis a vos mismo. El asunto del 23 de marzo ha complicado singularmente los eventos. No creáis que atacáis una nación desarmada y que no tengáis más que mostrar tropas para someter a España. […] Hay energía en los españoles. Tenéis que vérosla con un pueblo nuevo. Tiene todo el coraje y tendrá todo el entusiasmo que se encuentra en los hombres que las pasiones políticas no han desgastado. La aristocracia y el clero son los amos de España. Si temen por sus privilegios y por su existencia, harán contra nosotros levas en masa que podrán eternizar la guerra. Tengo partisanos: si yo me presento como conquistador, no los tendré más. […] No es nunca útil hacerse odioso e inflamar los odios. España tiene más de cien mil hombres bajo las armas, es más de lo que hace falta para sostener con ventaja una guerra interior.

Para colmo, esa resistencia española no estaría aislada:

> Inglaterra no dejará escapar esta ocasión de multiplicar nuestros apuros. Expide diariamente avisos a las fuerzas que tiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo. Hace enrolamientos de sicilianos y de portugueses […].

Sobre esa base, que muestra una clara visión de conjunto de la situación, Napoleón desaprobaba lo hecho por Murat:

> No apruebo el partido que tomó Vuestra Alteza imperial de apoderarse tan precipitadamente de Madrid. Había que mantener al ejército a diez leguas de la capital […]. Vuestra entrada a Madrid, inquietando a los españoles, ha servido poderosamente a Fernando. He ordenado a Savary[128] ir donde el nuevo rey para ver lo que pasa […]. No me comprometeréis a una entrevista en España con Fernando más que si juzgáis la situación de las cosas tal que deba reconocerle como rey de España. […] Os las arreglaréis para que los españoles no puedan sospechar el partido que he de tomar. Esto no os será difícil: yo mismo no tengo idea. Haréis entender a la nobleza y al clero que si Francia debe intervenir en los asuntos de España, sus privilegios y sus inmunidades serán respetados. […] Les demostraréis las ventajas que pueden sacar de una regeneración política […].

Y sabiendo que cualquier desmán de sus tropas haría estallar el polvorín, Napoleón concluía:

> Ordeno que la disciplina sea mantenida de la manera más severa: nada de gracia por las pequeñas faltas. Se tendrá para con el habitante los más grandes miramientos. Se respetarán principalmente las iglesias y los conventos. El ejército evitará cualquier encuentro con los cuerpos del ejército español […]. De ningún lado debe quemarse un cartucho […]. Si la guerra se prendiese, todo estaría perdido. Es a la política y a las negociaciones a las que compete decidir el destino de España. [129]

Dios los cría, Napoleón los junta

Mientras el genial Johann Wolfgang von Goethe publicaba la primera parte del *Fausto*, Beethoven estrenaba dos sinfonías —la Quinta en Do menor, opus 67, y la Sexta en Fa mayor, opus 68, *Pastoral*— y Luigi Cherubini su célebre *Misa en Fa*, el general Savary, enviado por Napoleón, cumplía con su tarea. En los primeros días de abril de 1808, ambos Borbones, padre e hijo, tomaron el camino hacia el norte de España, para ir a encontrarse con Napoleón. El 10, Fernando partió de Madrid, no sin antes dejar constituida una fantasmagórica Junta Suprema de Gobierno, presidida por su tío, Antonio Pascual de Borbón, a la que Murat no prestó ninguna atención. La comitiva —en la que viajaba, como dijimos, Justo Rufino de San Martín— llegó a Burgos, donde pensaba encontrar al emperador. De allí siguieron viaje hacia Vitoria, donde tampoco estaba; pero para aliviar un poco la sensación de que les estaba tomando el pelo o la peluca, tuvo la delicadeza de dejarles una notita, un «billete» como se decía entonces, donde les anunciaba que los esperaba en Bayona. Napoleón

había escrito simultáneamente otro billete a su colaborador Bressiers, en el que le decía que, si Fernando retrocedía o no acudía a la cita, lo debía detener sin más trámites y llevarlo por la fuerza ante su presencia. Todo esto fue demasiado para la dignidad de Justo Rufino de San Martín, que decidió abandonar a Fernando y marchar por su cuenta a Zaragoza y presentarse ante el general Palafox. [130]

El heroico 2 de mayo de 1808

Murat no tomó en cuenta las instrucciones y advertencias de su cuñado y emperador, y el 27 de abril requirió que los dos hijos de Carlos IV, que todavía permanecían en Madrid, los infantes María Luisa y Francisco de Paula, también emprendiesen el viaje a Bayona. Se decía que el infante Francisco lloraba porque no quería abandonar su patria. Aunque la Junta terminó cediendo al reclamo, al enterarse de la noticia el pueblo de Madrid se levantó en armas el 2 de mayo de 1808. Entre la multitud enardecida que intentó una heroica resistencia, se destacaron los capitanes Luis Daoiz y Pedro Valerde, y mujeres como la jovencita de quince años Manuela Malasaña y Clara de Rey. Los madrileños le hicieron frente al ejército imperial con lo que tenían a mano y protagonizaron una jornada que sorprendió a los invasores. La brutal represión ordenada por Murat se ensañó con las mujeres y los niños, símbolo de aquel pueblo que mostró su dignidad frente a la vergonzosa indignidad de sus fugitivos reyes, príncipes y cortesanos. Aquel drama quedó registrado para siempre en dos célebres obras de Goya: *La carga de los mamelucos contra el pueblo* y *Los fusilamientos de la montaña Príncipe Pío*.

Entretanto, los Borbones habían llegado al castillo de Marracq en Bayona, donde se produjo una histórica zarzuela, regada por la sangre del «pueblo llano» español: el 6 de mayo, sabiendo ya las noticias de lo ocurrido en Madrid, Fernando le devolvió la corona a Carlos, quien a su vez abdicó en favor de Napoleón, «cediendo a mi aliado y caro amigo el emperador de los franceses todos mis derechos sobre España e Indias».

El delicioso «cautiverio» de la familia real española

En retribución, Bonaparte les asignó a Carlos IV, María Luisa y Godoy la residencia en un castillo en Compiègne. Fernando y su hermano, Carlos María Isidro, fueron alojados en el lujoso palacio de Valençay, en el valle del Loire. Todos vivieron rodeados de sirvientes y con todas las comodidades, gozando de abultadas rentas, otorgadas por Napoleón, lo que desmentía su condición de «prisioneros». El

emperador encargaría a madame Talleyrand, esposa de su ministro de Relaciones Exteriores, la organización de divertimentos para los «prisioneros».

Napoleón tendrá, además, la delicadeza de invitarlos a su boda con la archiduquesa María Luisa de Habsburgo en 1810. [131] Cuentan algunos testigos que don Fernando se quedó ronco gritando «¡Viva el emperador!», al tiempo que lo felicitaba por los triunfos que sus tropas lograban en España, o sea, por las masacres perpetradas contra su propio pueblo.

Los partidarios de Fernando, que ingenuamente lo creían una especie de patriota, prepararon planes para lograr la evasión del rey «cautivo» y su regreso a Madrid, pero el propio Fernando los denunció ante Napoleón y no pocos terminaron frente a pelotones de fusilamiento.

Contra el decadente imperio encarnado en gente de esta calaña se sublevarán las colonias americanas, hastiadas de trescientos años de injusticias.

El levantamiento español

Napoleón decidió poner en el trono de España a su hermano José, hasta entonces al frente del reino de Nápoles. Una parte de la elite ilustrada española, que pasaría a la historia como los ya mencionados afrancesados, prestó su apoyo al cambio dinástico, que para ellos prometía instaurar una serie de reformas. El Estatuto de Bayona, primera carta constitucional de tipo liberal en España, [132] establecía un parlamento (las Cortes), reconocía libertades individuales (entre ellas, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de los detenidos), además de suprimir la Inquisición y la aplicación de tormentos. También reconocía derechos a los habitantes de las colonias españolas, al admitir que tuvieran representantes en las Cortes. Más aún, establecía que

> los reinos y provincias españolas de América y Asia gozarán de los mismos derechos que la Metrópoli […]. Será libre en dichos reinos y provincias toda especie de cultivo y de industria […], los americanos participarán activamente en el gobierno metropolitano y sus intereses serán atendidos por organismos especiales. [133]

Pero si una parte de los dirigentes peninsulares —incluidos, en un comienzo, los integrantes del Consejo de Castilla— estuvo dispuesta a jurar fidelidad a José I, la mayoría del pueblo español se alzó contra los franceses. A partir de mayo de 1808, a medida que iban llegando las noticias de la represión en Madrid y de las abdicaciones de Bayona, se produjo una serie de levantamientos en toda la península. En nombre del «cautivo Fernando VII», se formaron Juntas, organismos que asumieron el poder político y militar local y provincial e iniciaron la resistencia, tan temida por Napoleón.

Para intentar entender cómo Fernando VII podía ser considerado «el Deseado», es muy interesante lo que plantea Pierre Vilar:

> El movimiento no es solamente antiextranjero, sino que prolonga el motín de Aranjuez, expresando un descontento interior, y la esperanza en el desterrado Fernando, príncipe de leyenda. Solo que todos los españoles no insertan estos rencores y esperanzas en la misma imagen. Para unos hay que reanudar la obra del siglo XVIII, e imitar a Francia, a la vez que se le resiste. Para otros, es el absolutismo patriarcal de Fernando la garantía de la tradición; los fueros, el antiindividualismo económico medieval, la íntima unión de lo religioso y lo político, lo que hay que defender. En una palabra, España liberal-España carlista, España roja-España negra existen ya conjugadas contra el enemigo y, sin embargo, en profunda contradicción. [134]

En su lucha contra los franceses, el pueblo español recurrió tanto a tácticas guerrilleras como a una guerra abierta, profesional, con el decisivo apoyo inglés. Al respecto, el famoso novelista Benito Pérez Galdós, en su serie *Episodios nacionales*, retrató así ese período de la historia española:

> Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma; son el espíritu, el genio, la Historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad inclinada al pillaje. [135]

La resistencia contra los franceses se extendió y, en septiembre de 1808, se estableció una Junta Central Gubernativa para coordinar las acciones de los gobiernos locales surgidos en los meses previos. Inicialmente, la Junta Central se reunió en Aranjuez, pero ante el avance de las tropas francesas, dirigidas personalmente por Napoleón, debió trasladarse a Sevilla, en diciembre de 1808.

Cara a cara con la muerte

Mientras su hermano Justo Rufino se sumaba a las fuerzas del general José de Palafox que defendían la ciudad de Zaragoza, capital de Aragón, sitiada por los franceses, José de San Martín vivió los acontecimientos de mayo de 1808 en Cádiz. Para entonces, el capitán del Batallón de Campo Mayor era hombre de confianza del general Solano, capitán general de Andalucía. De esas jornadas, el futuro Libertador tendría un recuerdo trágico.

Al llegar las noticias de los acontecimientos de Madrid y de Bayona, Andalucía, así como las demás regiones de España, se alzaron contra los invasores. El 24 de mayo, el pueblo y parte de la elite local se rebelaron en Sevilla, donde al cabo de tres días de insurrección se formó una junta que, si bien era solo local, se proclamó «Suprema de España e Indias». [136]

La junta sevillana envió de inmediato una delegación a Cádiz para exigir que el general Solano se sumase al levantamiento y atacase a los buques franceses que, desde la derrota de Trafalgar, se encontraban en los puertos de la bahía gaditana.

Si bien Solano, el 5 de mayo, había firmado un llamado a preservar los derechos de Fernando VII, ante la exigencia de los revolucionarios sevillanos decidió mantenerse a la expectativa. La interpretación más generalizada entre los historiadores es que se trató de una actitud de prudencia, considerando que no estaba en condiciones de atacar a la escuadra francesa ni para defender la ciudad de un bombardeo de esos buques. Reunió a los principales jefes militares de Cádiz en una «junta de guerra», que redactó un bando en el que se hacía un planteo, por lo menos, ambiguo:

> Unos enemigos [los ingleses] ansiosos de lucro amenazan nuestras costas y no dejarían de aprovecharse de nuestra ausencia para apoderarse de la escuadra y del arsenal y hacer de esta ciudad un nuevo Gibraltar. Nuestros soberanos, que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos frente a nuestros enemigos, lejos de hacerlo han declarado, Padre e Hijo, repetidas veces que los que se toman por tales [los franceses] son sus amigos íntimos, y en consonancia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos. ¿Quién reclama pues nuestros sacrificios? [137]

Sin embargo, los jefes militares gaditanos completaban ese bando diciendo que, «ante el clamor general, el fervor y el entusiasmo con que todos claman y se ofrecen a derramar su sangre a favor de nuestros soberanos», accedían a llamar al alistamiento general, pero que para eso había que «regimentarse y disciplinarse», por lo que instaban a la población a no salir de sus casas. Parecían querer ganar tiempo, ya sea para preparar efectivamente la defensa de la ciudad, organizando milicias, o bien en espera de que el panorama político de España se definiese mejor, y decidir el bando en que actuarían. La alusión a que los Borbones habían «ido espontáneamente y sin violencia» a entregarse a Napoleón no era, en todo caso, una buena señal.

Lo cierto es que el 29 de mayo de 1808 el pueblo gaditano se alzó contra sus autoridades. La multitud rodeó la sede del gobierno, conocida como la Casa de las Cuatro Torres, reclamando que se atacase a los franceses.

Entre la gente circulaba un panfleto que incitaba a la guerra total contra las tropas de Napoleón:

> Con esta guerra, terrible, pero saludable, instrumento para nuestra eterna prosperidad, no nos inocularán más el impío filosofismo y la corrupción de costumbres de sus venenosos libros que tanto daño han hecho en la juventud, transformando a hombres y mujeres en arrendajos de su lenguaje, ideas y fingida moralidad teatral; porque entre los franceses todo es farsa, empezando por la virtud. La gente que llamamos culta y literata, todos eran hijos de España, pero gran parte tenían su corazón en Francia, es decir que, enamorados de sus libros, estaban casados con los autores. Y de este casamiento, ¿cómo podrán salir ciudadanos defensores de la patria que nunca amaron? Trataremos amigablemente con los moros, que no nos desprecian ni aborrecen y nos guardan la fe que no conoce el infame gobierno francés.
>
> Nos darán trigo, gallinas y ganados, si lo necesitamos, y caballos para la guerra. No nos vendrán a quitar el pan y la carne, que a ellos les sobra, ni el vino que no beben, y nos enviarán dátiles, miel y cera en lugar de balas, acíbar y llamas de pólvora que nos han regalado los cristianísimos franceses.
>
> Con esta guerra vendrán los frutos y caudales de América, detenidos cuatro años hace. Surcaremos el océano otra vez, abriendo las comunicaciones entre ambas Indias, y renacerá la contratación marítima de que nos tenía privados el bárbaro Napoleón desde que nos ató al carro de su estéril y funesta gloria. [138]

La multitud invadió la sede de la Capitanía en busca de Solano. San Martín estaba

a cargo de la guardia del palacio y respetó la estricta orden de Solano de no disparar sobre la multitud. Optó por cerrar los enormes pórticos de madera y hierro. Se hizo un silencio esperanzador que fue interrumpido por el estrépito de un cañonazo que derribó las puertas y habilitó el paso de los exaltados, que se dirigieron directamente a la residencia de Solano. El general escapó por la terraza hacia una casa vecina, la del banquero irlandés Stranye. Cuando la muchedumbre lo descubrió y empezó a atacar la casa, Solano decidió salir y entregarse para no poner en riesgo la vida de los habitantes de la residencia. Fue atacado a golpes, maniatado y conducido hacia la plaza de San Juan de Dios, donde se realizaban las ejecuciones en la horca. En el camino fue permanentemente ultrajado y uno de los atacantes, el marinero Florentino Ibarra, le aplicó una puñalada. Un cercano amigo de Solano, Carlos Pignatelli, logró infiltrarse en la multitud y, aparentando ser un sublevado, en un desesperado gesto atravesó a Solano con su espada para poner fin a sus sufrimientos. El cadáver fue horrendamente mutilado. San Martín fue atacado por otro grupo de exaltados que, desconociendo el asesinato de Solano, lo confundieron con el general y se abalanzaron sobre él. Nuevamente sacó a relucir todo su coraje ahuyentando a varios e hiriendo a algunos, hasta que pudo refugiarse en la casa del coronel del Regimiento de Murcia, Juan Cruz Mourgeón. Tuvo que esperar varios días para poder escapar hacia Sevilla, y reincorporarse al Batallón de Voluntarios de Campo Mayor.

El dramático episodio quedó hondamente marcado en la retina y en la memoria del Libertador, que llevó en su cartera una medalla con la efigie del general Solano hasta el fin de sus días. [139]

Córdoba saqueada

Con las revoluciones de Sevilla y Cádiz, Andalucía se convirtió en un bastión clave de la resistencia española. Napoleón eligió entonces a uno de sus mejores generales y hombres de confianza, Pierre-Antoine Dupont,[140] para someter el sur de península. Al frente de 25.000 hombres (un cuarto de las fuerzas francesas en España), Dupont inició una rápida ofensiva. El 7 de junio de 1808 tomó la ciudad andaluza de Córdoba, que fue horriblemente saqueada, como recuerda Benito Pérez Galdós en sus *Episodios nacionales*:

> Era Córdoba, la ciudad de Abdurrahmán, la Meca de Occidente, la que fue maestra del género humano, la vieja andaluza, que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, a pesar de los siglos que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin academias, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética, y no menos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores

donde guarda innumerables maravillas y siempre asustada al paso del transeúnte; protectora de los enamorados para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta a la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios.

Tal era la ciudad que había estado entregada por tres días a la brutal y salvaje codicia de los soldados de Dupont. Este desgraciado general, que desde entonces comenzó a sentir aquel aturdimiento e indecisión que lo acompañaron hasta capitular, temeroso de ser sorprendido allí por tropas de Castaños, se retiró el 16 de junio, dirigiéndose a Andújar, desde donde pidió refuerzos a Madrid.

El 18 entramos nosotros en la ciudad saqueada, aún llena de mortal espanto. Todavía no había sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabían exactamente los cordobeses a ciencia cierta el dinero y cantidad de alhajas que les había robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si antes habían ido a la lucha además de los regimientos provinciales y las milicias urbanas, los paisanos del campo, después del saqueo de todas las clases de la sociedad, se apercibieron para lo que más que guerra era un ciego plan de exterminio, pues no se decía vamos a la guerra, sino vamos a matar franceses. [141]

El mismo día que Dupont tomaba Córdoba, la Junta sevillana, convertida en la organizadora de la resistencia, firmó el nombramiento de José de San Martín como mayor y jefe de Estado Mayor en Jaén. Sin embargo, no llegó a ocupar ese cargo. Su batallón, en esos días, fue destinado al ejército que se estaba organizando bajo las órdenes del general Francisco Javier Castaños, en la segunda división que comandaba Antonio Malet, marqués de Coupigny. [142] Esta división de vanguardia, en la primera línea de fuego, tenía una tarea complicada: distraer a las fuerzas de Dupont, con marchas y contramarchas, destruir sus líneas de comunicación y atacar constantemente su retaguardia. Todo ello para demorar y, en lo posible, contener el avance francés sobre Sevilla.

San Martín, con una sección del Regimiento de Caballería de Borbón, otra sección de los Húsares de Olivenza e infantes de su compañía del Batallón de Campo Mayor, estaba a cargo de la avanzada de esa división volante, con la misión de operar como guerrilla sobre las líneas del río Guadalquivir, en territorio donde ya actuaban las fuerzas enemigas. [143] Con sus 21 jinetes y 41 infantes, el 23 de junio de 1808 tuvo un primer encuentro con los franceses, en Arjonilla, 20 kilómetros al sudoeste de Andújar, ocupada por las tropas de Dupont.

La primera mención en la prensa

El 23 de junio, cuando San Martín marchaba al frente de la vanguardia de sus tropas, pudo ver una partida de franceses que trataban de emprender la retirada. Pese a estar en una clara inferioridad de condiciones, el joven oficial al mando de un pelotón de 21 hombres decidió perseguirlos hasta la posta de Santa Cecilia, donde pudo atacarlos. Los napoleónicos los esperaron con la confianza de saber que eran el doble y estaban mejor armados. De pronto San Martín se lanza al ataque. Al frente de sus hombres, como enardecido ataca sin parar y esquiva todos los sablazos y los pone en

retirada. En el piso quedan diecisiete muertos y cuatro heridos. En el fragor del combate, la vida de San Martín, que luchaba a brazo partido, estuvo en serio peligro y fue salvada por el arrojo del cazador de Húsares de Olivenza, Juan de Dios. [144] La valentía demostrada en el combate le valió a San Martín un escudo de honor y el ascenso a capitán del Regimiento de Borbón. Los elogios a su coraje no se limitaron al ámbito castrense. El nombre del joven nacido en las Misiones aparecía por primera vez en un medio de prensa, la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, que señalaba:

> Los enemigos estaban formados en batalla, creyendo que San Martín con tan corto número no se atrevería a atacarlos; pero este valeroso oficial únicamente atento a la orden de su jefe puso su tropa en batalla y atacó con tanta intrepidez que logró desbaratarlos completamente, dejando en el campo diecisiete dragones muertos y cuatro prisioneros, que aunque heridos los hizo conducir sobre sus mismos caballos, habiendo emprendido la fuga el oficial y los restantes soldados con tanto espanto que hasta los mismos morriones arrojaban de temor, lográndose coger quince caballos en buen estado y los restantes quedaron muertos. Mucho sintió San Martín y su valerosa tropa se les escapase el oficial y demás soldados enemigos; pero oyendo tocar la retirada, hubo de reprimir su ambición de gloria. [145]

Hoy puede llamar la atención que la acción de Arjonilla, una escaramuza en el contexto de la guerra, mereciese una reseña épica en el órgano oficial de la Junta sevillana, y que San Martín y sus hombres recibiesen tales elogios. Pero conviene recordar que, como ocurriría años después en el combate de San Lorenzo —con ese curioso paralelismo, por otra parte, de que un soldado le salvara la vida—, la repercusión política sobrepasaba lo estrictamente militar. En el caso de Arjonilla se trataba de una de las primeras victorias —modesta, pero victoria al fin— de los españoles sobre las tropas de Napoleón, hasta entonces consideradas poco menos que invencibles.

Junto con el cambio de arma, de la infantería a la caballería, la acción de Arjonilla trajo para San Martín una promoción importante: Coupigny lo convocó para que actuara como su primer ayudante de campo.

Bailén

El general Castaños confiaba en acciones como la de Arjonilla para ganar tiempo mientras reunía las fuerzas necesarias para un enfrentamiento de mayor magnitud con los franceses. El 11 de julio de 1808 recibió el refuerzo del ejército organizado por la Junta de Granada, al mando del general Teodoro Reding, [146] y decidió atacar cuanto antes. Para ello trazó un plan, ejecutado entre el 13 y el 18 de julio, organizado en tres líneas de avance, para engañar a Dupont y obligarlo a dividir sus tropas, que por entonces habían sido reforzadas por una división del general Dominique Vedel.

San Martín, como ayudante de Coupigny, cuya división ocupaba el centro del avance español, participó en el combate de Villanueva de la Reina y en la batalla

decisiva, en Bailén, el 19 de julio de 1808. [147]

El plan de Castaños había resultado eficaz y, tras casi nueve horas de combate, Dupont debió parlamentar su rendición, finalmente firmada el 22. Napoleón había perdido más de 20.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Además de aprobar los ascensos, el 11 de agosto, la Junta sevillana ordenó condecorar a todos los que integraron el ejército vencedor con una medalla de oro y esmalte. San Martín conservó la suya por el resto de su vida, y hoy puede verse en el Museo Histórico Nacional, en la ciudad de Buenos Aires. Su diseño, en forma de óvalo, es claro: de dos sables cruzados, coronados por laureles, cuelga vencida un águila, símbolo del imperio napoleónico, con un simple texto alrededor, con la grafía usada entonces: «Baylén. 19 de julio de 1808».

La noticia de la victoria conmovió a Napoleón, que impulsivamente decidió fusilar a todos sus generales que habían capitulado en Bailén. Al rato se calmó y trocó la condena a muerte por un juicio ante un tribunal de disciplina que de antemano tenía dictada la degradación de todos los acusados. La buena nueva del triunfo recorrió España y reanimó la resistencia. José Bonaparte, llegado a Madrid el 20 de julio, apenas pudo proclamarse rey (el 25 de julio) e inmediatamente tuvo que dejar la ciudad (el 29), para replegarse hacia el norte. Al mes siguiente, el ejército de Castaños entró en la capital, en medio del júbilo de los españoles. La *Gaceta de Madrid*, del 26 de agosto de 1808, describía así el recibimiento al vencedor:

> De repente se pobló el aire del estruendo y ruido del cañón, del penetrante sonido de las campanas, de la majestuosa armonía de la música militar y de los confusos ecos de las voces y griterío del pueblo que, como iban pasando el general, los comandantes, los jefes y soldados, repetía sin interrupción vivas y aclamaciones. Unos decían «viva Castaños», otros «viva el vencedor del orgulloso Dupont», y todos «vivan los valientes soldados del ejército de Andalucía». [148]

Aunque algunos autores aseguran que San Martín participó de esos festejos, [149] es muy probable que no haya llegado a Madrid. Después de Bailén, sufrió una enfermedad respiratoria, de la que buscó recuperarse en Sevilla. Coupigny le envió en esos días una carta, usando un tono de confianza poco usual dada la diferencia jerárquica:

> Mi estimado amigo: Tengo la satisfacción de felicitarle a V. por el grado de Teniente Coronel [con] que la Junta de Sevilla se ha servido distinguirlo. Incluyo a V. la certificación que me pide: [150] y es regular que se sepa en esa y usen los que estuvieron en Bailén la medalla que se nos ha concedido. Siento mucho sus males, y tendré particular gusto en su restablecimiento, como en que mande a su afectísimo amigo. [151]

La Junta Central

La victoria española en Bailén y la retirada de los franceses de Madrid tuvieron consecuencias políticas muy importantes. Ante todo, la resistencia española finalmente logró unificarse. El 25 de septiembre de 1808, en la capilla del Palacio de Aranjuez, los representantes de las Juntas regionales y provinciales se reunieron para crear la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, que ejercería la soberanía, en España y sus colonias, en nombre del «cautivo» Fernando VII. Al tiempo que coordinó y organizó la lucha contra los franceses, la Junta Central institucionalizaba lo que hasta ese momento había sido fruto de la necesidad y la movilización popular: la asunción del poder por un organismo que, en principio, debía su existencia a la representación de los pueblos (en el sentido de los *vecinos* de las ciudades) y no a la decisión de la corona, que en la práctica había dejado de existir. Esta «retroversión de la soberanía», del monarca al pueblo, sería el argumento utilizado por los revolucionarios americanos dos años más tarde.

Otro cambio importante fue que la Junta Central formalizó lo que era una situación de hecho: Gran Bretaña, de enemiga, se había convertido en aliada. Ya las Juntas locales de Asturias, Galicia y Sevilla habían formulado pedidos de ayuda a los ingleses, que habían enviado algunos oficiales como «observadores» a Asturias. Paralelamente, una fuerza expedicionaria al mando del teniente general Arthur Wellesley, [152] organizada para emprender una tercera expedición al Río de la Plata, cambió de destino: fue enviada a Portugal, donde desembarcó en agosto de 1808 para iniciar lo que los ingleses llamaron «Guerra Peninsular».

La Junta Central inició negociaciones diplomáticas que llevaron, finalmente, al tratado de alianza firmado en enero de 1809.

En América se tuvieron noticias de la crisis española con varios meses de demora, al ritmo de los barcos. En agosto y septiembre de 1808 se habían constituido Juntas, a imitación de las españolas, en México y Montevideo. Esta última, encabezada por el gobernador militar de la Banda Oriental, Francisco Javier de Elío, cuestionaba al virrey provisorio Santiago de Liniers, «héroe de la Reconquista» de la primera invasión inglesa, por su origen francés. La Junta Central resolvió, a su modo, la disputa en el Virreinato del Río de la Plata y nombró a un nuevo virrey, el marino Baltasar Hidalgo de Cisneros, [153] cuya autoridad, a regañadientes, fue reconocida por los «díscolos» rioplatenses.

Por la manchega llanura

Entretanto, a San Martín le costaba reponerse de sus ataques de asma. [154] Se lo asignó entonces a la Junta Militar de Inspección de la Reserva del Ejército, que dependía de la Junta Central, donde permaneció «agregado», aunque sin cumplir

funciones. Un informe oficial, fechado en Sevilla el 31 de mayo de 1809, es claro sobre su situación a lo largo de ocho o nueve meses:

> La falta de salud del suplicante que por sus circunstancias es un oficial benemérito, y digno de toda consideración, movió al general en jefe del Ejército del Centro don Francisco Javier Castaños, a destinarlo agregado a la Junta Militar de Inspección […] con solo el objeto de que percibiera sus pagas y atendiese a su dilatada curación; es notorio que no está totalmente restablecido, pero ha manifestado que ya la respiración le permite poder viajar, y que desea con ansias volver a concurrir a la defensa de la actual causa. [155]

Ese período entre septiembre de 1808 y mayo de 1809 fue particularmente intenso para la guerra en la península. Al conocer la retirada de su hermano hasta el País Vasco, Napoleón decidió dirigir personalmente la conquista. Puso en marcha a su *Grande Armée*, con un cuarto de millón de hombres, y bajo su mando directo comenzó a operar en suelo español en noviembre. En menos de un mes, estaba a las puertas de Madrid, que finalmente ocupó a comienzos de diciembre, para reponer a José en el trono.

Alarmada por la seguidilla de derrotas, la Junta Central emprendió sucesivas retiradas, de Aranjuez a Talavera de la Reina, de allí a Toledo, a Trujillo y, finalmente, a Sevilla, donde quedó instalada el 18 de diciembre de 1808. Allí permanecería hasta comienzos de 1810, mientras las fuerzas napoleónicas buscaban asegurar su control sobre el resto del territorio español, y mientras las partidas de guerrilleros y los nuevamente dispersos ejércitos regulares oponían resistencia.

La situación había cambiado una vez más. En tanto que su hermano Justo Rufino se convertía en prisionero de los franceses, al rendirse la sitiada Zaragoza, el 21 de febrero de 1809, José de San Martín empezaba a sentirse impaciente por su inactividad. En marzo, cuando todavía no estaba repuesto, recibió una carta de Coupigny, destinado al Ejército de Cataluña, que le proponía sumarse a su fuerza. El marqués estaba muy interesado en contar con su antiguo ayudante, como queda claro en ese texto:

> Mi estimado amigo: he sabido con placer el restablecimiento de Vm. [vuestra merced]; y como aprecio el mérito y los buenos oficiales, quisiera marchase Vm. al Ejército de Cataluña, para donde salgo mañana, empleado por la Junta Central; y estando a mis órdenes e inmediación podría adelantarle a Vm. en su carrera. Creo que si Vm. hace esta solicitud, contando con mi consentimiento, a la Junta Central, no pondrá la menor repugnancia; pero si la hubiese escríbame Vm. que yo veré de allanarla. Páselo Vm. bien, y mande a su afecto amigo. [156]

En la misma carta hay una nota del propio San Martín que dice: «Contesté el 15 de marzo al Sr. Coupigny que luego que me acabase de restablecer, solicitaría de la Suprema Junta la orden para marchar a sus órdenes». [157]

Poco después, San Martín presentó la solicitud, que con el informe ya citado del 31 de mayo de 1809 llevó a que el 1º de junio la Junta librase un oficio autorizando el pase. Poco antes, el 22 de mayo, la Junta Central había tomado una decisión más significativa, al firmar un decreto por el que se convocaba a las Cortes o

representación del reino, con la clara intención de aprobar una constitución. La convocatoria incluía, aunque en forma limitada, a los virreinatos y capitanías generales de América y las Filipinas. [158]

Todavía no repuesto de sus afecciones, José tuvo que emprender un largo viaje. Eran más de 1.200 kilómetros los que debía atravesar, unos cuarenta días a caballo, para llegar desde Sevilla a su destino, el cuartel general del Ejército de Cataluña, en San Hilario, [159] cerca de la ciudad de Gerona (Girona en catalán), sitiada por tercera vez por el ejército francés.

La situación de Gerona era desesperada. Al hambre provocada por el asedio francés se sumó un brote de peste, que diezmó a los defensores. Los esfuerzos del Ejército de Cataluña se volcaron a organizar convoyes que, rompiendo en distintos puntos el cerco, abasteciesen de víveres y pertrechos a los sitiados. Lo consiguieron en dos ocasiones durante septiembre de 1809, lanzando ataques para distraer fuerzas y producir esas brechas. Pero no fue suficiente.

El 10 de diciembre, tras siete meses de heroica resistencia, en los que murieron más de 10.000 personas, Gerona se rendía. Cuando la ciudad cayó en manos francesas, Coupigny ya no estaba en Cataluña. En octubre de 1809 había sido convocado a Sevilla, para integrar la Junta de Generales creada por el gobierno español en un intento de coordinar su estrategia militar. En pocos meses más, San Martín volvería a reunirse con Coupigny, pero en un contexto todavía más complicado.

Entre una España que muere y otra España que bosteza

La caída de Gerona iniciaba el momento más dramático para la resistencia española. El 19 de noviembre de 1809, el mariscal francés Nicolás Soult había derrotado al principal ejército español en Ocaña, cerca de Toledo. Mientras Soult, que disponía de cuatro cuerpos de ejército, planificaba la conquista de Andalucía, Napoleón encargó al mariscal André Massena [160] emprender una nueva campaña sobre Portugal. Allí, las tropas lusitanas y británicas al mando de Wellesley habían retomado Lisboa y una pequeña franja de territorio, desde donde se proponían iniciar una contraofensiva.

Ante estas noticias, la Junta Central Suprema y Gubernativa huyó de Sevilla el 13 de enero de 1810, hasta encontrar refugio en la isla de León, frente a Cádiz. Allí, bajo el «asesoramiento» de los británicos, el 29 de ese mismo mes la Junta decidió disolverse y designar en su reemplazo un fantasmagórico Consejo de Regencia, integrado por el obispo de Orense, Pedro de Quevedo; el consejero de Estado, Francisco de Saavedra; el general Francisco Javier Castaños; el jefe de la marina, Antonio Escaño, y el representante del Virreinato de Nueva España (México), Miguel

de Lardizábal y Uribe. [161]

Aunque se proclamaron como la suprema autoridad de España e Indias, a medida que la noticia llegó a América, en muchas ciudades no fue reconocida y estallaron revoluciones que crearon sus propias juntas autónomas: abril en Caracas, mayo en Cartagena de Indias y Buenos Aires, julio en Cali y Bogotá, septiembre en Santiago de Chile y Quito. En México, donde los peninsulares y criollos sí reconocieron al Consejo, en septiembre de 1810 el cura Miguel Hidalgo lanzó el llamado «Grito de Dolores», que levantó a indios y mestizos contra las autoridades coloniales. Era el comienzo de la lucha independentista continental.

Esto pensaba el comerciante catalán e integrante de la Primera Junta de gobierno de Buenos Aires, Domingo Matheu, sobre el Consejo de Regencia, según consta en sus memorias:

> Como vimos que en España todo eran intrigas en los hombres que debían salvar la patria, empezamos a desconfiar de todos: y más cuando los que componían la Junta Central fueron echados la mayor parte por picardías e intrigas, y que los pocos que se pudieron unir nombraron un Consejo de Regencia, sin intervención de las demás provincias, y empezaron a dar empleos a troche y moche por las Américas, no los quisimos reconocer. Puesto que declaradas las Américas parte integral de la Monarquía, ¿qué derecho tenían tres hombres, desconocidos de la gran parte libre, para gobernarla desde un peñasco?

También en España la huida y disolución de la Junta Central produjo alboroto. En la misma Sevilla, en un levantamiento popular, que acusaba a sus integrantes de cobardes, corruptos y traidores, se estuvo a punto de linchar a varios miembros de la Junta mientras se iban de la ciudad. También en Cádiz se produjo un alzamiento contra el Consejo de Regencia y el gobernador local, Francisco Venegas, ofreció al pueblo su renuncia. No se la aceptaron, pero a condición de que se creara una Junta de Defensa, que al tiempo que negociaba el reconocimiento local para el Consejo dispuso perseguir a los integrantes de la disuelta Junta Central. [162]

Entretanto, la Junta provincial sevillana de nuevo se proclamó «Suprema» y tomó medidas que correspondían a un gobierno nacional. Entre ellas, ordenó al llamado Ejército de la Izquierda (el de Extremadura), bajo las órdenes del general Pedro Caro, marqués de la Romana, que colaborase con las fuerzas de Wellesley para frenar al mariscal Massena. Como cuartel maestre (jefe de Estado Mayor) de ese ejército fue nombrado Coupigny, que una vez más mandó llamar a San Martín para que fuese su ayudante de campo. Así se lo comunicaba en un despacho firmado en Sevilla el 25 de enero de 1810:

> El Excmo. Sr. Marqués de la Romana, Gral. en Jefe del Ejército de la Izquierda, me dice con fecha de ayer entre otras cosas, que la Junta Suprema de Sevilla, en quien ha recaído la autoridad soberana por ausencia de la central, ha nombrado a Vm. por mi Ayudante en el empleo de Quartel Maestre general de dicho Ejército que me ha conferido la misma. Dios guarde a Vm. [163]

San Martín atravesó una vez más España. En medio de la debacle general, comenzó a transitar los caminos de la península para recorrer los 970 kilómetros que

separan a Gerona de Extremadura. Ya el 20 de enero de 1810 los cuatro cuerpos de ejército de Soult habían avanzado sobre Andalucía, dispersando la débil resistencia que encontraron en Navas de Tolosa, Muradal y Despeñaperros. El día 23, tomaron Jaén y Córdoba; el 28, Granada; el 1º de febrero, Sevilla, y el 5, Málaga. En apenas quince días de campaña, los franceses habían ocupado casi toda la región: solo quedaba el reducto de Cádiz, que el 6 de febrero comenzaron a sitiar por tierra. En el resto de España, fuerzas guerrilleras y cuerpos de ejército dispersos mantuvieron la resistencia.

Así estaba la situación cuando San Martín se incorporó al Ejército de la Izquierda, posiblemente en abril de 1810, [164] cuando los franceses comenzaban el sitio de Ciudad Rodrigo, que terminaría rindiéndose el 9 de julio. Coupigny y San Martín se encontraron en las llamadas «Líneas de Torres Vedras», una serie de fortificaciones que Wellesley había comenzado a construir a partir de noviembre de 1809, al norte de Lisboa, para defender a la capital portuguesa. Eran tres líneas de defensa: la más externa pasaba por la ciudad de Torres Vedras, a unos 66 kilómetros de Lisboa; la siguiente, por Mafra, unos 30 kilómetros más al sur, y la tercera rodeaba la capital. El plan de Wellesley dio resultado: los ataques de Massena no lograron sobrepasar la primera valla defensiva, y en mayo de 1811 los franceses tendrían que retirarse, tras ser derrotados en la batalla de Fuentes de Oñoro.

Para entonces, tanto Coupigny como San Martín habían dejado Portugal. Tras la muerte del marqués de la Romana, ocurrida en enero de 1811, se embarcaron en Lisboa con destino a Cádiz, adonde llegaron en febrero. Una solicitud elevada por San Martín, el 28 de febrero, da cuenta de que hacía meses que no recibía su sueldo. En esa misma nota, señalaba que como ayudante de campo del marqués de Coupigny debía reunirse con su jefe, destinado a Valencia; pero en definitiva los dos se quedaron en Cádiz, en el llamado 4º Ejército, que defendía la ciudad. [165] En mayo de 1811, San Martín participó en el combate de La Albuera, cerca de Badajoz, tomada por los franceses. Allí, el mariscal Soult fue derrotado por las fuerzas combinadas españolas, portuguesas e inglesas que dirigía William Carr Beresford, el mismo que cinco años antes había comandado la primera invasión inglesa al Río de la Plata. [166] Fue una sangrienta batalla en la que los aliados perdieron la cuarta parte de sus hombres y, en definitiva, no lograron sus objetivos de sitiar Badajoz ni de debilitar el poderío francés.

Caballeros, racionales y, ante todo, americanos

Para entonces, la vida en Cádiz se había vuelto todavía más agitada que lo habitual. Las Cortes, ratificadas por el Consejo de Regencia, habían comenzado a sesionar el

24 de septiembre de 1810. Proclamaron a Fernando VII rey de España y se declararon depositarias de la soberanía nacional, lo que levantó las enérgicas críticas del obispo Quevedo, integrante del Consejo de Regencia, ante lo cual las Cortes ordenaron su inmediata detención. El monseñor debió permanecer en prisión unos cuatro meses. Las Cortes también habilitaron la libertad de prensa, con una explícita excepción de los temas vinculados al dogma católico. [167]

A los muchos españoles que buscaban refugio en el principal bastión de la resistencia a los ejércitos de Napoleón se sumaban los diputados de distintas provincias peninsulares y de varias colonias americanas. Los debates habían llevado a un punto culminante la tradicional politización de la ciudad andaluza. A las noticias que venían de los distintos frentes de batalla se agregaron por entonces las que, principalmente a través de las gacetas y periódicos ingleses, traídos por los barcos británicos, arribaban del otro lado del océano, dando cuenta de las revoluciones americanas. Era un contexto favorable para las logias masónicas y las sociedades secretas.

A una de esas logias pertenecía San Martín. Contaba Emilio Corbière, en su excelente libro sobre la masonería:

> San Martín fue iniciado masón en la «Logia Integridad» de Cádiz, afiliándose a la «Logia Caballeros Racionales» nº 3 de dicha ciudad. Allí recibió el tercer grado de la masonería simbólica, o sea el de Maestro Masón, el 6 de mayo de 1808. Participó después, junto con Alvear, de la fundación de la «Logia Caballeros Racionales» nº 7 de Londres. Tanto la de Cádiz como la de Londres, y a pesar de estar ésta en la capital británica, tuvieron la decisiva influencia española liberal y francesa iluminista. Cuando el Libertador fue designado general en jefe del Ejército de los Andes por decreto del 1º de agosto de 1816, casi simultáneamente fundaba la «Logia Ejército de los Andes», asumía el cargo de Venerable Maestro. [168]

Corbière también señala que la Logia de Cádiz estuvo presidida por el salteño José de Moldes, hasta fines de 1808, y Carlos de Alvear, hasta septiembre de 1811, cuando partió para Londres. Fue la Logia de Cádiz la que les ordenó a Alvear, San Martín y otros hermanos fundar en la casa de Francisco de Miranda en Londres, la Logia «Caballeros Racionales nº 7».

La supuesta polémica —que nunca tuvo tal carácter— sobre la pertenencia o no de San Martín a la masonería se debe a lo intolerable que les resultaba y les resulta a los nacionalistas católicos la militancia masónica del Libertador. Como veremos más adelante, San Martín mantuvo de por vida la reserva al respecto, pero en términos que no dejan duda de que ello obedecía al voto de secreto formulado al iniciarse y al integrar —y en al menos dos casos, fundar— logias.

La sociedad o logia de «Caballeros Racionales» a la que adhirió en Cádiz estaba formada por criollos de casi toda América y, como veremos, tenía contactos con hombres vinculados a la Gran Reunión Americana de Miranda y con los agentes de esta en, por lo menos, Caracas y Filadelfia, ciudad donde no solo se había declarado en 1776 la independencia de Estados Unidos, sino que era el centro principal de la masonería norteamericana.

Entre los primeros integrantes de la Logia nº 3 se encontraba el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, [169] lo que no debe sorprender, ya que si bien desde 1738 había disposiciones de la Iglesia contra la masonería, recién a partir de los papados de Pío IX (1846-1878) y, sobre todo, de León XIII (1878-1903) se decretará su incompatibilidad absoluta con el catolicismo. También el sacerdote Ramón Anchoris, [170] nacido en Buenos Aires y que había sido secretario del obispado de Lima, era un «caballero racional».

Otro fundador de esta sociedad secreta gaditana era Carlos de Alvear, que la presidió pese a ser uno de sus miembros más jóvenes —legalmente, menor de edad a sus veintiún años—, [171] aunque como alférez de los Carabineros Reales ya se había destacado en acciones contra los invasores franceses. De ser ciertas las afirmaciones del propio Alvear, [172] él financiaba las actividades de la logia, que se reunía en su casa en el barrio de San Carlos, junto a las murallas de Cádiz, donde su padre, don Diego, era uno de los jefes de la defensa.

Entre otros integrantes, a la sociedad se sumó un oficial naval que traía noticias frescas de la revolución americana: José Matías Zapiola. A sus treinta y un años, Zapiola tenía una larga trayectoria: nacido en Buenos Aires en 1780 en una familia rica, [173] se había graduado de guardiamarina en El Ferrol (Galicia) y escoltado convoyes de caudales entre México y España, enfrentando a corsarios ingleses. Luchó contra las invasiones inglesas al Río de la Plata y fue uno de los pocos marinos del apostadero de Montevideo que en 1810 mostró adhesión a los revolucionarios porteños, por lo que su jefe, el capitán Jacinto de Romarate, lo envió detenido a Cádiz, adonde arribó en 1811. El Consejo de Regencia, que no estaba para desperdiciar a ningún oficial, en lugar de enviarlo a prisión, le dio un destino administrativo en tierra. Pronto Zapiola entró en contacto con Alvear y se convirtió en secretario de la Logia nº 3.

Otro «caballero racional» rioplatense era Juan Zufriategui, nacido en Montevideo en 1786. Como San Martín y Alvear, se había formado como militar en España, donde había alcanzado el grado capitán de caballería, sirviendo a las órdenes del general británico Samuel Wittingham (otro oficial que había participado en la invasión inglesa de 1807) en la defensa de Cádiz.

La mayoría de estos hombres había dado sobradas muestras de lealtad a la corona española, combatiendo a los ingleses hasta 1808 y a los franceses a partir de entonces. Más de uno de ellos, como Servando Teresa de Mier, incluso había tenido la expectativa de que las Cortes reunidas en Cádiz, convocadas con promesas de igualdad entre todos los «españoles» (peninsulares y americanos), permitiesen debatir la relación entre la metrópoli y las «Indias». Pero el «democrático» Consejo de Regencia había dispuesto que, mientras en las provincias peninsulares se eligiera popularmente un diputado por cada 50.000 habitantes —lo que sumado a los representantes por cada junta provincial llevaba, al menos en teoría, a más de 200 esas diputaciones—, a toda América, muchísimo más poblada, se le otorgaba un total

de apenas 28 representantes, nombrados por los cabildos en un complicado sistema de designación indirecta en tres instancias. [174] En definitiva, la mayoría de esos «diputados de Indias» terminaron siendo «suplentes» nombrados entre los americanos residentes en Cádiz. [175]

Aunque la guerra con los franceses todavía era desfavorable en la península, el Consejo de Regencia, con el aval de las Cortes, no dudó en enviar ya en 1811 barcos y tropas a México, Venezuela y el Río de la Plata, para combatir a las juntas creadas en América. Como diría el propio padre Mier:

> Ahora pues, ¿qué es lo que deben hacer los americanos en este caso? Este es el caso y la cuestión principal. Yo he dicho, que pues nada se nos quiere acordar para salir de la opresión, y España, que tanto ha gritado y grita contra la suya, nos trata de rebeldes, contra quienes ha empuñado las armas, debemos correr a ellas, declararnos independientes de los tiranos, y repeler la fuerza con la fuerza […]. [176]

En igual sentido se expresaba, en febrero de 1811, el *Semanario Patriótico*, publicado en Cádiz, que significativamente justificaba la rebelión de los americanos en lo que entonces era lo que quedaba de la metrópoli:

> ¿Qué hay que extrañar en los movimientos de los americanos? Al cabo de trescientos años de un régimen de hierro, razón es que se acuerden de que son hombres, y que aspiren a elevarse al grado de felicidad que la naturaleza les señala. Los campos feracísimos que los rodean están sin cultivo, las ciudades sin industria y sin talleres, los puertos sin comercio y sin navíos. La Madre Patria, que con mano igual debía dispensar sus dones, abre todos los tesoros de la prosperidad al europeo, y los cierra duramente al americano. Para aquel son las luces, la civilización, los honores, los empleos; para este el abandono, la ignorancia, la degradación y el olvido… ¿Cuáles son las demostraciones de atención que da la metrópoli a aquellos pueblos? Enviar virreyes que los insultan con su fasto y soberbia; magistrados que los tiranizan con su dureza y sus injusticias; empleados de todas clases, que sin ningún pudor los devoran. Contemplad, añaden, esa raza de hombres infelices a cuyos abuelos arrancasteis el dominio del país; y a quienes en cambio con las leyes más benéficas habéis querido favorecer y acariciar en vuestros códigos inútiles. ¿Qué han ganado en ello? Lo mismo que nosotros. Examinad su población desde los tiempos de la conquista hasta los tiempos presentes y hallaréis una disminución espantosa. Los pocos que restan, envueltos en la ignorancia más crasa, degradados con un tributo servil y personal, sumergidos en la miseria más deplorable, apenas se diferencian en inteligencia y facultades morales de los brutos que sirven a vuestro recreo. ¿No es tiempo ya, europeos, que luzcan mejores días a estos climas desventurados?
>
> Al oír estas últimas quejas, parece que levantándose del polvo que los cubre, y mostrando su frente ensangrentada el fiero Moctezuma y su faz lívida el inocente Atahualpa, vienen a quejarse a la tierra de la fiereza inhumana de sus terribles vencedores. Mas no son ellos, no son sus descendientes, no son tampoco sus pueblos los que así hablan. Son, ¿quién lo creyera?, los nietos de los fundadores del dominio español en aquellos parajes, los de sus primeros pobladores, y los de los emigrados españoles que bajo la protección, las leyes y el gobierno de la metrópoli, en diferentes tiempos se han trasladado a ellos. ¿Por qué especie de prodigio político o moral la causa de estos disidentes está tan de antiguo identificada con la del indigente americano? ¿Cuáles son las quejas que los criollos en calidad de tales tienen que alegar contra Pizarro, Dávila y Cortés? [177]

Esas ideas eran compartidas por los «caballeros racionales».

¿Por qué decidió volver a su patria?

Se ha hablado mucho de los verdaderos motivos que llevaron a San Martín a tomar la determinación de abandonar España y ofrecer sus servicios militares a la revolución naciente en su país. Se lo ha acusado de agente inglés, español o francés, de actuar por conveniencia al ver agotadas sus posibilidades de ascenso en el ejército español, de ser un mercenario. Todas estas imputaciones son, como veremos más adelante, falsas y maliciosas. La realidad la revelará con toda claridad el propio San Martín, cuando se disponía a organizar la expedición libertadora del Perú:

> Hallábame al servicio de la España el año 1811, con el empleo de comandante del escuadrón del regimiento de caballería de Borbón, cuando tuve las primeras noticias del movimiento general de ambas Américas y que su objeto primitivo era su emancipación del gobierno tiránico de la península. Desde este momento me decidí a emplear mis cortos servicios en cualquiera de los puntos que se hallaban insurreccionados; preferí venirme a mi país nativo, en el que me he empleado en cuanto ha estado a mis alcances: mi Patria ha recompensado mis cortos servicios colmándome de honores que no merezco. [178]

Tiempo después agregará la otra razón determinante que lo trajo a estas tierras, la decisión tomada en el marco de la Logia de Cádiz por varios latinoamericanos, de continuar la lucha contra el despotismo en sus países de origen:

> Una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos que se había de empeñar. [179])

Si es correcta la fecha que el padre Mier indica para la creación de la Logia nº 3 (febrero de 1811), parece claro que sus miembros ya venían meditando al respecto o, en todo caso, rápidamente se convencieron de la necesidad de regresar a América, ya que para mediados de 1811 estaba en marcha la ejecución de ese plan. Alvear y Zapiola habían pedido la baja poco antes.

Nunca terminaron de arrepentirse

El 26 de julio San Martín solicitó su retiro y el permiso para trasladarse a Lima (el principal bastión realista en América del Sur), aduciendo la necesidad de «atender a sus intereses y cuidar de la subsistencia de dos hermanos que deja en los ejércitos en la península», según el escrito que se cursó y fue aprobado por la Regencia del reino, lo que se comunicó al virrey del Perú el 6 de septiembre de 1811.

Afortunadamente, nadie sospechó de sus verdaderas intenciones y su solicitud fue aprobada por el Consejo de Regencia. Seguramente, los firmantes del documento nunca terminaron de arrepentirse de su decisión:

> Paso a manos de V. E. como mi informe, la adjunta instancia del teniente coronel don José de San Martín, capitán agregado al regimiento de caballería de Borbón, en solicitud de su retiro con solo el uso de

uniforme de retirado y fuero militar, con destino a la ciudad de Lima con objeto de arreglar sus intereses, abandonados por las causas que expresa.

Este oficial ha servido bien los veintidós años que dice y tiene méritos particulares de guerra, principalmente los de la actual le dan crédito y la mejor opinión. Por mi parte hallo fundado el motivo que expone para pedir su retiro y traslación a América. [180]

En otro documento, un funcionario resaltaba que el retiro de este oficial «proporcionará al Erario el ahorro de un sueldo de agregado que disfruta este capitán en la Caballería sobrecarga y sobrante de oficiales de todas clases».[181]

Se estaban ahorrando un sueldo pero en pocos años gastarían millones en armar ejércitos y expediciones para intentar vanamente terminar con la vida de aquel brillante oficial que les haría perder una importante porción de su mal habido imperio americano.

Último barco a Londres

El 14 de septiembre de 1811, San Martín se embarcó rumbo a Lisboa, primera escala en su viaje a Inglaterra. Días después, también salían de Cádiz, con destino a Falmouth, puerto del sur de Inglaterra, Carlos de Alvear, Servando Teresa de Mier y un hombre ligado a Francisco de Miranda, Wenceslao Villaurrutia.[182] Ya en suelo inglés, se les unieron San Martín, Zapiola y Francisco Fagoaga, primo de Villaurrutia y también vinculado a la Gran Reunión Americana,[183] y siguieron viaje hasta Londres.

Entretanto, Anchoris se quedó por un tiempo en Cádiz, a cargo de la Logia nº 3, mientras que a Zufriategui le encargaron una tarea muy delicada: convertirse en espía. Así, Zufriategui fue enviado a Montevideo por el Consejo de Regencia, como capitán de caballería, y comenzó a pasar información a los patriotas que sitiaban el bastión realista rioplatense. Este papel de «agente encubierto» lo cumpliría de maravillas: para octubre de 1812, Zufriategui se había convertido en ayudante del mariscal Gaspar de Vigodet, gobernador realista de Montevideo, por lo que los datos que hacía llegar eran de gran valor.

Alvear dirá años más tarde que él había costeado de su bolsillo el viaje de varios «hermanos» a Londres. No parece haber sido el caso de San Martín, quien en 1827, al responder a las consultas del general Guillermo Miller, [184] declaraba:

El general San Martín no tuvo otro objeto en su ida a América que el de ofrecer sus servicios al gobierno de Buenos Aires: un alto personaje inglés residente en aquella época en Cádiz y amigo del general, a quien confió su resolución de pasar a América, le proporcionó por su recomendación pasaje en un bergantín de guerra inglés hasta Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios que aunque no fueron aceptados, no dejarán siempre de ser reconocidos. [185]

El «alto personaje inglés», según nota de Villegas a la transcripción de esa carta a Miller, era «Lord Fife», por entonces solo llamado James Duff y que en realidad era escocés. Había llegado a la península alistándose como voluntario en las fuerzas expedicionarias británicas y se había destacado en la batalla de Talavera y en la defensa de Cádiz, donde había sido herido en combate. A mediados de 1811, Duff se disponía a regresar a Inglaterra para heredar de su padre, fallecido en abril, el título de conde de Fife y lord Lieutenant (representante real) en el condado de Banffshire, en su Escocia natal. Además de ser uno de los mejores amigos del general Wittingham, a cuyas órdenes había servido Zufriategui, lord Fife llegaría a ser par del reino y gran maestre de la Logia de Escocia.

La Logia en Londres

Los «caballeros racionales» llegaron a Londres el 7 de octubre. Tres semanas después, Alvear le informaba a su hombre en Caracas, Rafael Mérida,[186] en una carta que no deja dudas sobre el carácter de la Logia y de sus contactos, a uno y otro lado del Atlántico:

> Mi estimadísimo hermano, al fin he salido del poder de los tiranos y me hallo aquí, acompañado de los Hermanos, que como en el oficio indico, me ha sido muy sensible no tener noticias de usted y de sus progresos. Pienso salir el mes que entra con los Hermanos arriba expresados para Buenos Aires, y desde allí comunicarle a usted lo que ocurra: esperando haga usted lo mismo con lo que haya ocurrido después de la separación. España está dando ya las últimas boqueadas, todo sigue en el mismo desorden en que usted lo dejó.
>
> Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz, Filadelfia y ésa [Caracas], para que encuentren abrigo los Hermanos que escapen de Cádiz. Nuestro Román de la Luz [187] ha salido del Castillo [la prisión de Cádiz] y tiene la ciudad por cárcel y lo estoy esperando de un momento a otro. […] Si usted no puede comunicarme desde ésa lo que ocurra directamente a Buenos Aires, puede hacerlo por la vía de Londres, remitiéndoselo al Hermano López Méndez, [188] diputado de esa capital quien creo probablemente quedaría de parte de esta sociedad […].
>
> Habiendo llegado a esta ciudad con los Hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villaurrutia y Chilavert, [189] hemos fundado por orden de la Logia n. 3, una con el n. 7 y hemos recibido a los Hermanos que acompaño en la lista que va con el n. 4; queda de presidente de la n. 3 el Hermano Ramón Conrado [sic, por Eduardo] Anchoris […] todo lo cual os lo comunico a fin que lo tengáis presente; encargándonos usted de todo lo que haya ocurrido en Filadelfia y en esa capital. [190]

Las reuniones se hacían en la casa de Francisco de Miranda, que ya no estaba en Londres, en el 28 de Grafton Street. Allí, San Martín fue ascendido al quinto grado de la Logia, como recordaba Zapiola ante las preguntas de Mitre:

> En Londres asistí a la Sociedad establecida en la casa de los Diputados de Venezuela [Grafton Street]. Allí fui ascendido al 5º [grado] como lo fue el General San Martín. Ésta estaba relacionada con la de Cádiz y otras. Yo he creído que el General Bolívar ha sido el fundador de la Sociedad, o ha tenido una parte en su fundación.
>
> En Londres conocí al Diputado de Caracas [López] Méndez y al Secretario Bello, a […] Manuel

> Moreno y otros más.[191]

Como señala el historiador mexicano Christopher Domínguez Michael, esta carta no llegó a destino: fue interceptada por los realistas, que así quedaron al tanto de los pasos de los «caballeros racionales» en Londres y en Cádiz. Anchoris logró salir antes de que la indiscreción de Alvear le costara caro, y arribaría a Buenos Aires en 1813.

Aunque la expectativa de Alvear era viajar de inmediato a América, la estadía en esa Inglaterra de la Revolución Industrial, la diplomacia a más de una punta y las sociedades conspirativas se prolongaría unos cuatro meses. En ese tiempo, los hermanos logistas tomaron contacto con la Gran Reunión Americana, en especial con Andrés Bello. [192] San Martín también pudo entrevistarse con el ahora sí conde de Fife, James Duff, y con funcionarios del gobierno británico. Muy probablemente hayan sido ellos quienes le hicieron conocer el plan Maitland. El proyecto estaba expuesto en un curioso manuscrito de 47 páginas, descubierto en Escocia por Rodolfo Terragno en 1980, [193] y había sido elaborado en 1800 por el general escocés Thomas Maitland, [194] con el título «Plan para capturar Buenos Aires y Chile y luego emancipar Perú». Fue presentado oportunamente por el mayor general Maitland a Henry Dundas, secretario de Guerra en el gobierno de William Pitt «el Joven». También allí San Martín y sus «hermanos» tomaron contacto con el grupo parlamentario cuyo líder era sir James Mackintosh, destacado masón partidario de la independencia americana, amigo a su vez de Thomas Alexander Cochrane. [195]

Esos contactos darían luego origen a la leyenda de que San Martín y sus hermanos de logia eran agentes ingleses. Curiosamente, en esos días agitados de fines de 1811 y comienzos de 1812, los «informantes» del Foreign Office daban una versión bastante distinta. Uno de ellos era Mariano Castilla, nacido en Buenos Aires y establecido en Londres, cuya misión al servicio secreto de Su Majestad Británica era, como señalaba el historiador Enrique de Gandía, «averiguar las intenciones y actividades de los españoles e hispanoamericanos que en Inglaterra podían tener ideas favorables a Napoleón». El Foreign Office se encargó de copiar y enviar al embajador español, Fernán Núñez, los informes de Mariano Castilla, según los cuales San Martín y sus compañeros

> fueron enviados y proveídos de dinero por el Gobierno francés; la negociación fue iniciada por el edecán del mariscal Víctor, [196] durante un tiempo prisionero en Cádiz, el cual fue liberado y enviado a Francia por secreta instigación de los antes mencionados caballeros. [197]

En otro de esos informes, el agente porteño al servicio de los ingleses especificaba sobre San Martín:

> fue ayudante y principal partidario del difunto marqués de Solano, gobernador de Cádiz, y quien (por su anterior conducta) no tengo la menor duda es pagado por la Francia y enemigo de los intereses británicos. [198]

Como se ve, no solo en España reinaba la confusión a la hora de desentrañar las intenciones y los vínculos de los grupos conspirativos americanos. Si bien, como ya se dijo, las vinculaciones masónicas de Solano y de San Martín tenían su origen en las logias francesas, suponer a este un «agente pago» de Napoleón suena, o bien a un exceso de fantasía del «informante», o bien a uno de los tantos casos de venta de «pescado podrido», tan típicos del espionaje a la hora de embarrar un poco más la cancha. Lo que en todo caso tenían en claro los miembros de la Logia hacia fines de 1811 era su intención de regresar a su «patria de nacimiento» para convertirla en una patria, sin adjetivos.

Con todas sus esperanzas, toda la ansiedad y la historia por delante, en enero de 1812 San Martín, ya maduro a sus treinta y tres años, emprendió el regreso a su país natal a bordo de la fragata inglesa *George Canning*, en compañía de Alvear, Zapiola, Chilavert y otros oficiales que venían a ofrecer sus servicios a la revolución americana. Había militado más de veintidós años en el ejército español, participado de 31 acciones de guerra —29 terrestres y dos navales— y decenas de escaramuzas, sin recibir heridas. Aquellas primeras cicatrices que lo acompañarían toda su vida provenían de un asalto de bandoleros al que se resistió valientemente. Había hecho campañas en el llano, en el desierto, en la montaña y en el mar, había colaborado en la creación y formación de unidades de infantería y caballería, participado en el entrenamiento de guerrillas e integrado compañías volantes de vanguardia, había volado fortalezas y desactivado todo tipo de explosivos. Había soportado sitios de meses, enfrentado pestes y hambrunas y sus propias enfermedades, el reuma y el asma. Todo aquello, que era demasiado, iba a parecer poco frente a la nueva etapa de su vida que estaba por empezar.

Los intereses de la patria

No siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener los gobiernos y autorizar la tiranía

Manifiesto firmado por los jefes militares, entre ellos San Martín, el 8 de octubre de 1812

Soplaba un cruel viento frío aquella mañana de invierno inglés del domingo 18 de enero de 1812, cuando zarpó de Londres la fragata *George Canning*. Era una nave mercante de tres palos, comandada por Sebastian Julloch, que traía manufacturas inglesas para llevarse cueros y otras materias primas, cuestiones de la división internacional del trabajo. Venían a bordo unos veinte pasajeros; entre ellos nos interesan particularmente José de San Martín, Carlos de Alvear, Matías Zapiola, Francisco Chilavert, el capitán de infantería Francisco Vera [199] y un oficial, nacido en el Imperio Austríaco, pero al servicio de la corona española, Eduardo Kaunitz, que se haría más conocido por su título de barón de Holmberg, cuya vida ya comenzaba a tornarse novelesca. [200] Alvear generaba cierta envidia en el pasaje masculino porque hacía la travesía acompañado por su bella esposa, María del Carmen Sáenz de Quintanilla, una joven andaluza de dieciocho años nacida en Jerez de la Frontera, con quien se había casado en Cádiz el 26 de julio de 1809, en plena guerra contra los franceses.

También venían en la nave dos jóvenes inglesas, Frances, de veintitrés años, y Mathilda, de veinte, hermanas de Peter Kendall, un comerciante establecido en el Río de la Plata que regresaba a Buenos Aires en ese viaje. Pero el pasajero mejor atendido del pasaje fue sin dudas Thomas Eastman, [201] nada menos que el dueño de la *George Canning*. Los hermanos John y William Parish Robertson, que conocieron a Eastman en el Río de la Plata, lo llamaban «nuestro amigo Mr. E» y brindaban esta descripción:

> Mr. E. era entonces, y lo ha seguido siendo durante su ininterrumpida residencia de treinta años en Buenos Aires, el predilecto de sus compatriotas en aquella ciudad. Al tiempo de que hablo se trataba de un caballero de apariencia fornida, estatura mediana, ágil, y que frisaba los cuarenta años. Ya entonces, quizá por la seriedad de sus maneras y su paternal interés para con sus amigos jóvenes, se le conocía familiarmente por El viejo E. […] Mr. E. vino a Buenos Aires en 1811, a bordo de un hermoso barco, el *George Canning*, trayendo como compañeros de viaje al general San Martín, al señor Kendall y a las bellas hermanas de este último, las señoritas Kendall. Antes de llegar a Buenos Aires, ya Mr. E. se hallaba encariñado con San Martín, con Mr. Kendall y en especial con las señoritas Kendall como si todos hubieran sido sus propios hijos. Este amigo, antes de venir a Buenos Aires, era conocido y respetado en Londres como miembro del Lloyd’s. [202]

Según los Robertson, Eastman tenía una memoria prodigiosa, conocía el historial de casi todos los buques mercantes y era el más serio de los fletadores de embarcaciones, al que recurrían de preferencia los comerciantes radicados en Buenos Aires. Desde 1810, la presencia de mercaderes británicos iba en aumento, favorecidos

por la libertad de comercio que los sucesivos gobiernos de las Provincias Unidas mantenían como principio, acorde con los intereses de las elites porteñas que representaban. Eastman se estableció en Buenos Aires, desde donde sus negocios se expandirían al Litoral, la Banda Oriental, Brasil, Chile y finalmente el Perú.

Desde la derrota de las armadas francesa y española en Trafalgar en 1805, el dominio británico de los mares era notorio y, en la medida en que ya no era necesario destinar a la Royal Navy todos los recursos navales disponibles (especialmente tripulaciones, pero también buques), las actividades navieras comerciales inglesas florecieron, dando salida a la producción manufacturera que venía multiplicando la Revolución Industrial. Toda Sudamérica representaba un mercado en rápida expansión en esos años: tanto las colonias como Brasil y Perú, que aún permanecían en la órbita de sus aliadas Portugal y España, como las que se habían rebelado contra su metrópoli, como Venezuela, el Río de la Plata y Chile. Los ingleses no tuvieron prurito en llevar adelante una inescrupulosa política económica a varias puntas, probablemente inspirados en el famoso lema «negocios son negocios». Eso sí, para sostenerla presionaban sobre los gobiernos surgidos a partir de la Revolución para impedir que declararan la independencia, por lo menos mientras España siguiese siendo un aliado necesario en el frente europeo contra Napoleón. En este sentido, el plan de los «hermanos» que la Logia nº 7 enviaba a bordo de la *George Canning* no coincidía precisamente con los intereses del Foreign Office.

En los cincuenta días que duró el viaje, San Martín estableció una buena y duradera relación con el joven José Vicente Chilavert [203] y, según una tradición familiar, tuvo largas conversaciones con Peter Kendall.[204] Es muy probable que también terminase de acordar con Alvear y Zapiola los pasos inmediatos: fundar la Logia de Buenos Aires y asegurar que sus planes se llevasen a cabo. A pocas millas de distancia del puerto de Buenos Aires, la *George Canning* se topó con parte de la escuadra española sitiadora, lo que puso en serio riesgo a la nave y sus ocupantes. Fue entonces cuando el alférez Zapiola, que había salido de España hacia Londres con un pasaporte falso a nombre de Antonio Prieto, asumió el comando de la nave y consiguió filtrarse en las balizas interiores y trasponer las líneas enemigas.

1812

Mientras tanto, el mundo se estremecía con la invasión de Napoleón a Rusia, iniciando la campaña que sería el comienzo del fin de su imperio. Inglaterra atacaba a los Estados Unidos, llegando a ocupar Washington y provocando la fuga de la capital del presidente James Madison. En Cádiz se promulgaba la liberal Constitución española. Llamada popularmente «la Pepa» por haber sido aprobada en el día de San José, establecía la división de poderes y la monarquía parlamentaria.

El Parlamento inglés aprobaba la pena de muerte para los «ludistas», un movimiento que propiciaba la destrucción de las máquinas impuestas por la Revolución Industrial, como una desesperada forma de paliar la desocupación que provocaba el reemplazo de la mano de obra manual por la mecánica. Uno de los tantos himnos ludistas decía:

El culpable puede temer, pero la venganza no va
Contra la vida del hombre honrado ni del Estado.
Va contra el telar ancho y contra
los que envilecen los precios antiguos.
Esas máquinas de maldad fueron
sentenciadas a muerte
Por el voto unánime del oficio.
Y Ludd puede desafiar toda oposición
Fue nombrado el gran ejecutor.
Algunos pueden censurar
La falta de respeto del gran Ludd por las leyes.
Serán aquellos que no han pensado
Que fue aquella otra demencial
Imposición la única causa
Que ha producido tan desgraciados efectos.
Los opulentos ya no oprimirán más al humilde
Cuando Ludd afile su espada conquistadora. [205]

En el Alto Perú, la actual Bolivia, el bárbaro general español José Manuel de Goyeneche masacraba a 30 mujeres que se habían atrincherado en la colina de San Sebastián, en Cochabamba, en defensa de sus hijos y sus casas. Pasarán a la historia como las «heroínas de la Coronilla» y la fecha de la masacre pasó a ser, en la actual Bolivia, el Día de la Madre.

Robert Owen, calificado posteriormente como pionero del socialismo utópico, publicaba *Ensayos sobre el carácter humano.* El pintor inglés Joseph Mallord William Turner exponía en Londres su colosal obra *Paso de Aníbal por los Alpes.* Una publicación europea de la época daba cuenta de la siguiente anécdota de Beethoven, que acababa de componer su Octava Sinfonía en Fa mayor, opus 93: un señor pasó a visitarlo y, al no encontrarlo, le dejó una tarjeta con su nombre y dirección y debajo subrayó: terrateniente. A los pocos días, Ludwig le contestó con una tarjeta similar que decía simplemente: Beethoven, cerebroteniente.

El sable corvo

San Martín había embarcado con lo más voluminoso y necesario de su equipaje, los varios cajones que contenían su nutrida biblioteca. También, entre sus pocas pertenencias, traía una adquisición reciente: un sable mameluco, de hoja curvada. Derivado de la *shamshir* o cimitarra persa, este sable liviano, muy efectivo en una carga al galope, era el habitual de los jinetes mamelucos [206] que Napoleón había tenido que enfrentar durante su campaña en Egipto. A partir de entonces se convirtió en el arma preferida de los oficiales de caballería en Europa, tanto napoleónicos como de sus adversarios de las sucesivas coaliciones. Todo sugiere que San Martín compró su célebre sable corvo, que lo acompañaría de ahí en más, en una armería de Londres. [207]

Un gobierno centralista y antipopular

En su edición del viernes 13 de marzo de 1812, la *Gaceta de Buenos Aires*, que tenía como uno de sus principales redactores a Bernardo de Monteagudo, informaba:

> El 9 del corriente ha llegado a este puerto la fragata inglesa *George Canning* procedente de Londres en 50 días de navegación: comunica la disolución del ejército de Galicia, y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situación política. La última prueba de su triste estado son las emigraciones frecuentes a Inglaterra, y aún más a la América Septentrional. A este puerto han llegado entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería D. José San-Martín, primer ayudante de campo del general en jefe del ejército de la Isla [de León] marqués de Compigny [sic, por Coupigny]; el capitán de infantería D. Francisco Vera; el alférez de navío D. José Zapiola; el capitán de milicias D. Francisco Chilaver [sic, por Chilavert]; el alférez de carabineros reales D. Carlos Alvear y Balbastro; el subteniente de infantería D. Antonio Arellano y el primer teniente de guardias valonas Barón de Olembert [sic, por Holmberg]. Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protesta en obsequio de los intereses de la patria. [208]

La exageración con que la *Gaceta* pintaba el panorama en España, [209] más allá de los problemas de comunicación con Europa, mostraba la necesidad de noticias alentadoras que tenía el gobierno de las Provincias Unidas, en ese momento ejercido por el Triunvirato.

Adictos al sistema de la Independencia

Por su parte, las autoridades españolas de Montevideo alertaban a sus superiores del Consejo de Regencia de la grave noticia del arribo de los revolucionarios:

> No puedo menos que manifestar —decía el capitán general de las Provincias del Río de la Plata— al

Consejo de Regencia por el conducto de V. E. la grande sorpresa y sentimiento que me ha causado, como a todos los buenos españoles, este inesperado acontecimiento y representarle el gravísimo perjuicio que resulta al estado de la concesión de semejantes permisos a unos individuos como estos reputados por infidentes, y adictos al sistema de la independencia. Con estos sucesos logra sin duda el Tirano de la Europa aumentar sus triunfos, pues ellos menguan el concepto de nuestro gobierno a proporción que crece el número de rebeldes que toman particular empeño e interés en persuadir a todos que la España agoniza sin esperanza que reviva jamás. [210]

El comienzo de una larga enemistad

Años después, San Martín recordará así la recepción que le prodigaron las autoridades de Buenos Aires:

> Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812 y fui recibido por el triunvirato, por uno de los vocales con favor y por los otros con una desconfianza muy marcada. Con muy pocas relaciones de familia en mi propio país y sin otros apoyos que mis deseos de serle útil, sufrí este contraste con constancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención, y poder seguir sin trabas las vicisitudes de la guerra por la independencia. [211]

Aunque San Martín no lo aclaraba, los hechos posteriores sugieren que el integrante del Primer Triunvirato que lo recibió «con favor» era Juan Martín de Pueyrredón, [212] mientras que los otros dos eran Feliciano Chiclana [213] y Bernardino Rivadavia, [214] la verdadera voz cantante de ese terceto.

Juan Bautista Alberdi señala al respecto:

> En 1812 en una reunión de patriotas en que San Martín, recién llegado al país, expresó sus ideas a favor de la monarquía, como la forma conveniente al nuevo gobierno, Rivadavia hubo de arrojarle una botella a la cara, por el sacrilegio. «¿Con qué objeto viene usted, entonces, a la república?», le preguntó a San Martín. «Con el de trabajar por la independencia de mi país natal», le contestó, que en cuanto a la forma de su gobierno, él se dará la que quiera en uso de esa misma independencia. [215]

Era el comienzo de una larga enemistad.

La política de Rivadavia tenía dos aspectos estrechamente vinculados. Por un lado, una actitud centralista en el manejo de la política económica que fomentaba el libre comercio y el manejo exclusivo del puerto y de la aduana en beneficio de Buenos Aires, desoyendo todos los reclamos de las economías regionales, dañadas por la guerra contra los realistas y la pérdida de sus mercados en el Alto Perú, y cada vez más perjudicadas por el seguimiento de esta política. Incluso una medida de autonomía relativa, como había sido la creación de juntas provinciales dispuesta por la Junta Grande a comienzos de 1811, fue dejada sin efecto por el Triunvirato, que volvió al criterio de tiempos coloniales, con el nombramiento de los funcionarios desde la capital. Por otro lado, ante los enemigos realistas el Triunvirato se inclinó

por el repliegue, medida que, al igual que la política económica adoptada, solo tenía en cuenta los intereses de los sectores económicos prevalecientes en Buenos Aires, poniendo seriamente en peligro la Revolución. En octubre de 1811, aterrado ante la entrada de tropas portuguesas en la Banda Oriental, el Triunvirato firmó un armisticio con los realistas de Montevideo. El acuerdo, que levantaba el sitio que llevaban adelante los patriotas dirigidos por José Gervasio Artigas y José Rondeau, significaba dejar librados a su suerte a los orientales.

El heroico éxodo artiguista

En desacuerdo con el armisticio, Artigas ordenó entonces el éxodo de la población oriental, hasta cruzar el río Uruguay y establecerse en Ayuí, cerca de la actual Concordia (Entre Ríos), desde donde se proyectaría como jefe del federalismo opuesto al centralismo porteño. De todos lados llegaban familias huyendo de la persecución española a colocarse bajo su protección y a ofrecerse para luchar contra los españoles y los portugueses, que habían comenzado a penetrar desde el norte de la Banda Oriental por pedido de Elío. Mil carretas y unas 16.000 personas, hombres, mujeres y niños, con sus pocos ganados y pertenencias, lo acompañaron, preparados para continuar la lucha. El propio Artigas escribía:

> Yo no seré capaz de dar a V. S. una idea del cuadro que presenta al mundo la Banda Oriental desde ese momento: la sangre que cubría las armas de sus bravos hijos, recordó las grandes proezas que, continuadas por muy poco más, habrían puesto fin a sus trabajos y sellando el principio de la felicidad más pura: llenos todos de esta memoria, oyen solo la voz de su libertad, y unidos en masa marchan cargados de sus tiernas familias a esperar mejor proporción para volver a sus antiguas operaciones; yo no he perdonado medio alguno de contener el digno transporte de un entusiasmo tal, pero la inmediación de las tropas portuguesas diseminadas por toda la campaña, que lejos de retirarse con arreglo al tratado, se acercan y fortifican más y más; y la poca seguridad que fían sobre la palabra del señor Elío a este respecto, les anime de nuevo, y determinados a no permitir jamás que su suelo sea entregado impunemente a un extranjero, destinan todos los instantes a retirar la protesta de no dejar las armas de la mano hasta que él no haya evacuado el país y puedan ellos gozar de una libertad por la que vieron derramar la sangre de sus hijos recibiendo con valor su postrer aliento. Ellos lo han resuelto, y ya veo que van a verificarlo: cada día miro con admiración sus rasgos singulares de heroicidad y constancia: unos quemando sus casas y los muebles que no podían conducir, otros caminando leguas a pie por falta de auxilios, o por haber consumido sus cabalgaduras en el servicio: mujeres ancianas, viejos decrépitos, párvulos inocentes acompañan esta marcha, manifestando todos la mayor energía y resignación en medio de todas las privaciones. Yo llegaré muy en breve a mi destino con este pueblo de héroes y al frente de seis mil de ellos que obrando como soldados de la patria sabrán conservar sus glorias en cualquiera parte, dando continuos triunfos a su libertad: allí esperaré nuevas órdenes y auxilios de vestuarios y dineros y trabajaré gustoso en propender a la realización de sus grandes votos. [216]

Lejos de las presuntas expectativas de los hombres del Triunvirato, el armisticio no sirvió para contener a los realistas: el nuevo gobernador de Montevideo, Vigodet, rompió el acuerdo en enero de 1812 y los buques realistas comenzaron a incursionar

por los ríos Paraná y Uruguay, atacando y saqueando a las poblaciones del Litoral. El Triunvirato debió nuevamente enviar tropas para sitiar Montevideo, al tiempo que le ordenaba a Belgrano levantar dos baterías en las barrancas sobre el Paraná a la altura de Rosario. Pero estas medidas defensivas, tomadas a regañadientes, no cambiaban el curso claudicante de los triunviros.

No hagas bandera

Cuando Belgrano, en febrero de 1812, izó la bandera celeste y blanca en esas baterías, rápidamente Rivadavia le ordenó que la escondiera o destruyera y volviese a enarbolar la española, ya que un acto que apuntara a la proclamación de la independencia iba en contra de «las principales máximas políticas que hemos adoptado» en «nuestras relaciones exteriores», es decir, mantener las buenas relaciones con los ingleses y conservar las declaraciones de lealtad a Fernando VII.[217] Peor aún, al enviar a Belgrano a hacerse cargo de lo que quedaba del Ejército del Norte en Jujuy, le dio órdenes de continuar la retirada hacia el sur, ante el ya iniciado avance del ejército realista desde el Alto Perú. Si era necesario, debía retroceder hasta Córdoba. Era evidente que Rivadavia estaba dispuesto a entregar al enemigo la mayor parte de las Provincias Unidas, con el único fin de preservar a Buenos Aires.

En esa situación del Río de la Plata en marzo de 1812, estaba claro que la desconfianza hacia San Martín de hombres como Rivadavia y Chiclana, más que a los rumores de que los «caballeros racionales» eran agentes franceses o ingleses, obedecía a que el plan independentista que traían era totalmente opuesto a la política del Triunvirato.

La Logia de Buenos Aires

La primera logia masónica de Buenos Aires fue fundada a fines del siglo XVIII. Fue denominada *Independencia* y obtuvo su carta constitutiva de la *Grande Loge Générale Ecossaise de France*, que al ser absorbida el 8 de enero de 1805 por el *Gran Oriente de Francia*, dejó en libertad de acción a la Independencia de Buenos Aires. Casi paralelamente, el portugués Juan de Silva Cordero fundó la logia *San Juan de Jerusalem de la felicidad de esta parte de América*, que a diferencia de la anterior tenía carta constitutiva de la Gran Logia de Maryland. La coincidencia entre ambas sociedades radicaba en los objetivos comunes: «la independencia y felicidad» de estas regiones.

Los invasores ingleses de Buenos Aires fundarían *Los hijos de Hiram* y *La Estrella del Sur*. Estas dos logias, con cartas constitutivas de Irlanda, lograron la adhesión de algunos criollos notables que tendrían una actuación destacada en los sucesos de mayo de 1810. Por aquellos días la logia más influyente fue la *Independencia*, presidida por entonces por Julián Álvarez, quien será el encargado de recibir a los «hermanos» recién llegados en la *George Canning*. [218]

Julián Álvarez era un joven abogado doctorado en Chuquisaca en 1808, a quien la Revolución de Mayo lo decidió a dedicarse de lleno a la política, en lugar de ordenarse sacerdote, como tenía pensado. Álvarez puso en contacto a San Martín con otros tres hombres que tendrían una larga vinculación al futuro Libertador: Manuel Guillermo Pinto, Gregorio «Goyo» Gómez Orcajo y Bernardo de Monteagudo.

Hombre activo e inquieto, Pinto había luchado contra las invasiones inglesas y en la primera expedición al Alto Perú, de donde acababa de regresar para hacerse cargo de la artillería porteña. «Goyo» Gómez estaba vinculado a la masonería al menos desde 1805, fue uno de los «chisperos» de la «Legión Infernal» dirigida por Castelli, French y Beruti en 1810, y la Primera Junta lo envió a Chile para llevar la noticia de la Revolución de Mayo. Desde entonces mantuvo el contacto con los patriotas chilenos. Más tarde viajaría a Estados Unidos para conseguir buques para la expedición libertadora al Perú, sería uno de quienes financiaron la expedición de los Treinta y Tres Orientales en 1825 y en 1829 llegaría a ser nada menos que el apoderado del Libertador. Era uno de los pocos hombres, fuera de sus parientes cercanos, con quien San Martín se tuteaba. [219]

Por su parte, en 1812 Monteagudo era la figura de mayor notoriedad entre los primeros integrantes de la Logia. Nacido en Tucumán en 1789, había estudiado en la Universidad de Chuquisaca. Fue uno de los impulsores de la revolución del 25 de mayo de 1809 en esa ciudad, redactó su proclama y fue uno de los encargados de extenderla a La Paz. Con la derrota a sangre y fuego de ese primer intento revolucionario rioplatense, estuvo preso hasta que lo liberó la expedición al Alto Perú comandada por Castelli, que lo nombró su secretario. Después de la derrota de Huaqui, por orden de la Junta Grande, los dos fueron llevados detenidos a Buenos Aires, hasta que el Primer Triunvirato lo puso en libertad. Aunque el gobierno le encargó una de las dos ediciones semanales de la *Gaceta* —la de los viernes—, sus discrepancias con Rivadavia le costaron el puesto. Fundó con Julián Álvarez, Francisco José Planes y antiguos partidarios de Moreno, la Sociedad Patriótica, una asociación que, aunque inicialmente contó con el aval del gobierno, pronto expresó públicamente la oposición. Monteagudo editó los nueve números del periódico *Mártir o Libre*, que salieron entre el 29 de marzo y el 25 de mayo de 1812, y después participó en el semanario de la Sociedad Patriótica, *El Grito del Sud*, que empezó a aparecer en julio de 1812.

San Martín, Alvear y Zapiola comprendieron enseguida que, de los sectores políticos en pugna, tenían mayor afinidad con los miembros de la Sociedad Patriótica,

para entonces claramente enfrentada a Rivadavia. Con la anuencia de Álvarez, en mayo de 1812 fundaron en Buenos Aires la Logia que, años después, recibiría el nombre de Lautaro.

El líder mapuche, inspirador del nombre de la Logia que impulsaría la independencia de esta parte de América, había nacido en 1534. Cuando el conquistador Pedro de Valdivia invadió Chile, lo capturó junto con su familia, lo tomó como «mozo de caballería» y lo bautizó con el nombre de Alonso. Después de tres años de padecimientos y humillaciones, Lautaro logró huir, consiguió que se lo reconociera como *toki*, [220] y organizó militarmente a sus paisanos en un ejército rebelde de más de 8.000 hombres.

En diciembre de 1553, él y sus guerreros atacaron y destruyeron el fuerte de Tucapel. En diciembre de 1555, atacaron Concepción, donde quedaron solo 38 españoles con vida. Lograron capturar a Valdivia y lo ajusticiaron dándole de comer polvo de aquel oro que tanto le gustaba. Lautaro murió en combate y, siguiendo la costumbre de los «civilizadores», su cabeza fue expuesta en una picota en la Plaza de Armas de Santiago.

La Logia era una organización secreta político-militar, cuyo lema era «Trabajar con sistema y plan en la independencia de América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia». Funcionó clandestinamente en domicilios privados, que variaban por razones de seguridad. Como toda organización secreta, tenía reglas muy severas. Algunas de ellas se ocupaban específicamente de ordenar a todos los «hermanos» que ejercieran funciones militares, administrativas o de gobierno que consultaran al Consejo Supremo antes de tomar resoluciones de gravedad y que se abstuvieran de designar jefes militares, gobernadores de provincia, diplomáticos, jueces, obispos, o firmar ascensos en el ejército y la marina, sin la aprobación de los «venerables» del último grado.

«Los hermanos» no se andaban con vueltas y la revelación de los secretos estaba protegida por castigos que llegaban a «la pena de muerte por cualquier medio que se pudiera disponer». No se podía contrariar a la Logia, porque «la persecución y el desprecio de los hermanos lo seguirían en los menores actos de su vida». Si alguien quería apartarse de la organización debía «dormirse», quedando desligado del voto de obediencia pero no de los de silencio y fraternidad. La Logia establecía además que «no podía ser admitido más eclesiástico que uno solo, aquel que se considere el de más importancia por su influjo y relaciones». [221]

El carácter secreto y la desconfianza hacia los eclesiásticos tenían motivos de sobra, si se tiene en cuenta que hasta en un momento de predominio liberal, como fue el de la reunión de las Cortes de Cádiz, el gobierno español establecía durísimas penas contra los masones. Así, en enero de 1812, el Consejo de Regencia emitió una real cédula que decía:

> Siendo uno de los más graves males que afligen a la Iglesia y a los Estados la propagación de la secta Francmasónica, tan repetidas veces proscrita por Sumos Pontífices y por los Soberanos Católicos en toda la

> Europa […], y habiéndose ya descubierto en esos mis dominios de Indias alguno de esos perversos conventículos, para impedir su propagación, […] he resuelto […] ordenar y mandar que todos los Jueces que ejercen en esos dominios la Jurisdicción Real Ordinaria, y con derogación de todo fuero privilegiado, con inclusión del militar, procedan contra los Francmasones, arrestando sus personas, y aprehendiéndoles los papeles que se les encontraren, luego que de las diligencias, que deberán practicar con la actividad y celo que demanda la gravedad de la materia, resulte el suficiente mérito para ello; […] que si el procesado fuese natural de esos o estos dominios, a más de la privación del empleo, título, hábito y cualquiera otra distinción que goce, se le remita a España bajo partida de registro; y si fuere extranjero, aun cuando tenga carta de naturaleza, y haya residido muchos años en América con una conducta que en lo exterior haya parecido arreglada, se le destierre de esos dominios, y no teniendo hijos se le confisquen todos sus bienes […]. [222]

Mejor no hablar de ciertas cosas

En su correspondencia con el general Miller queda claro que San Martín conservó la lealtad al juramento de mantener el secreto, así como los vínculos como para estar informado sobre las logias americanas. Ante la inquietud que plantea Miller en esta carta:

> Yo no sé si convendría exponer los males que causó la logia establecida en Buenos Aires, y como por ella quedó usted casi con las manos atadas, cuando era necesario obrar con actividad y hacer un ejemplo con algunos jefes cuyas intrigas y escandalosa conducta fueron apoyadas por dicha Logia. Si usted quiere que se trate sobre esto, es necesario proveerme con la materia, porque yo ignoro la naturaleza de aquella sociedad. [223]

San Martín respondió:

> No creo conveniente [que] hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires: estos son asuntos enteramente privados, y que aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acaecimientos de la Revolución de aquella parte de América, no podrían manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos. A propósito de Logias sé, a no dudar, que estas sociedades se han multiplicado en el Perú de un modo extraordinario. Ésta es una guerra de zapa, que difícilmente se podrá contener, y que harán cambiar los planes más bien combinados. [224]

Más aún: dejó instrucciones claras de mantener esa reserva después de muerto. En 1860, su yerno y albacea, Mariano Balcarce, le contestaba a Bartolomé Mitre, que le había pedido documentación sobre la Logia:

> Siguiendo fielmente las ideas de mi venerado señor padre político, que no quiso en vida que se hablase de sus vinculaciones con la masonería y demás sociedades secretas, considero debo abstenerme de hacer uso de documentos que poseo al respecto. [225]

Pero con su amigo Guido se sentía en condiciones de confesarse:

> Yo estoy seguro de que los hombres me harán la justicia a que me creo merecedor. Pues bien: serán Dios, los hombres honrados y la historia quienes juzguen la inconducta de los hombres de la logia de

Buenos Aires. [226]

Llama la atención, por lo premonitorio, el nombre que tomó San Martín, que había sido ascendido al 5º grado en Londres, al ingresar a la Logia: «Arístides», como el general griego que se autoexcluyó del mando del ejército para que Milcíades pudiera ganar la batalla de Maratón el 12 de septiembre del 490 a. C. [227] Años más tarde, el Arístides criollo haría lo propio en Guayaquil, dejándole la gloria del triunfo final a Simón Bolívar.

Ratificando su poder e influencia en la sociedad porteña y por sus antecedentes como conductor de las de Cádiz y Londres, la presidencia de la Logia Lautaro era ejercida por Alvear y a ella adhirieron, entre otros destacados políticos, Julián Álvarez, Monteagudo, Pinto, Francisco Planes, «Goyo» Gómez y los más notorios antiguos partidarios de Moreno y Castelli: Hipólito Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña y Agustín Donado, en su mayoría, miembros de la Sociedad Patriótica.

El reconocido masón, general Enrique Martínez, dice en sus memorias que en 1812 «llegaron de Europa S.A.Z.C. (San Martín, Alvear, Zapiola y Chilavert), que traían encargo de establecer la Sociedad de Caballeros Racionales cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá». Martínez recuerda que «a esta Sociedad se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo de ella». San Martín fue en Mendoza «el venerable», es decir, el jefe. La masonería «hizo que se reuniese el Congreso de Tucumán y declarase la Independencia y nombró Director a Pueyrredón». [228]

También se sumó alguien que tendría una larga vinculación con San Martín: Tomás Guido. Nacido en 1788, Guido había combatido a los ingleses como voluntario del cuerpo de Miñones. En mayo de 1810, Mariano Moreno le dio empleo en la Secretaría de Gobierno y, cuando renunció a la Junta, decidió llevarlo —además de a su hermano, Manuel Moreno y Matías Irigoyen— en su viaje a Londres. Guido lo vio morir en sus brazos a bordo de la fragata mercante *Fame*, en marzo de 1811, y brevemente actuó como secretario de Manuel, que debió hacerse cargo de la función de su hermano en Inglaterra. Guido regresó a Buenos Aires poco antes del viaje de los «caballeros racionales» y, como veremos, a partir de 1814 se convertiría en uno de los hombres de más estrecha confianza del Libertador.

Los Granaderos a Caballo

Más allá de la desconfianza manifestada en las primeras entrevistas, el Triunvirato no estaba en situación de desaprovechar a oficiales formados en las guerras europeas. Desde 1810, uno de los problemas que se habían hecho notar era la falta de

preparación de los ejércitos patriotas, creados sobre la base de los cuerpos de milicias y los reclutamientos forzados, a cuyo frente —salvo contadas excepciones— se encontraban jefes y oficiales improvisados.

A San Martín se le reconoció el grado de teniente coronel y se le aceptó la propuesta de formar un escuadrón de granaderos a caballo, al que también fueron destinados Alvear y Zapiola.

Está claro que los buenos contactos familiares de Alvear en Buenos Aires tenían peso: llegado como alférez, el decreto del Triunvirato lo ascendía a sargento mayor (saltando de un plumazo cinco grados en el escalafón militar) y lo ponía, a sus veintidós años, como segundo al mando de la nueva unidad. Zapiola, en cambio, quedó como capitán, al frente de la primera compañía del escuadrón. Por su parte, Holmberg fue enviado a ayudar a Belgrano a poner algo de disciplina en lo que quedaba del Ejército del Norte; Vera fue destinado a las fuerzas que habían retomado el sitio de Montevideo, bajo las órdenes militares de José Rondeau y las directivas políticas del triunviro «comisionado», Manuel de Sarratea. [229]

La base de ese primer escuadrón fue una docena de hombres de los Dragones de la Patria, nombre que la Revolución había dado a la antigua milicia de Blandengues, formada en tiempos coloniales para defender la «frontera con el indio» y actuar de policía rural. Según le informaba el jefe del Estado Mayor, Francisco Javier de Viana, a Rivadavia, San Martín debía organizar la unidad «bajo los principios y maniobras de la nueva táctica francesa de caballería».[230]

La *Gaceta Ministerial* del 3 de abril de 1812 nos cuenta que a San Martín se le asignó «un sueldo mensual de ciento cincuenta pesos, de los cuales el regimiento de Granaderos cedió una tercera parte para la ayuda de los gastos públicos. El sargento mayor don Carlos de Alvear hizo renuncia de la totalidad de sus sueldos». [231]

Inicialmente se les dio como cuartel lo que había quedado de la Ranchería (sobre la vereda impar de la actual calle Perú al 200), [232] pero a pedido de San Martín se los trasladó al Retiro (sobre la actual Plaza San Martín porteña), al edificio que había ocupado la plaza de toros de Buenos Aires.

Allí tenía espacio suficiente como para alojar y entrenar a sus hombres en las tácticas de combate.

El propio San Martín se encargó de diseñar el uniforme, pero lo que era mucho más importante, de seleccionar a los oficiales y cadetes. Entre los primeros oficiales, además de Alvear y Zapiola, se contaban Francisco de Luzuriaga, Manuel Hidalgo, Justo Germán Bermúdez, Juan O'Brien y Mariano Necochea. [233] También Hipólito Bouchard integró por un tiempo la oficialidad.[234] Muchos jóvenes de las familias acomodadas porteñas buscaban ingresar a los Granaderos, que desde su misma creación se presentaba como un «cuerpo de elite». Así se sumaron como cadetes, entre otros, Juan Lavalle, José de Olavarría, Manuel de Olazábal, Ángel Pacheco y los hermanos Manuel y Mariano de Escalada (futuros cuñados de San Martín). Todos ellos tendrían larga participación en las guerras de la independencia y las luchas

civiles de ahí en más.

Enrique Mario Mayochi [235] define así a un granadero:

> San Martín bien lo sabía desde que, como cadete, se incorporó a la compañía granadera del Regimiento de Infantería de Murcia: un soldado llamado a desempeñar arriesgadas misiones, consistiendo una de ellas en preceder a las columnas de asalto en los sitios. Debía sobresalir por su talla elevada, robustez, agilidad y valentía, así como agregar a su armamento un saco —la granadera— que contenía hasta doce granadas, o proyectiles de hierro fundido, huecos, esféricos y con un orificio para introducir la carga. De los granaderos infantes derivaron con el tiempo los de caballería, destinados a combatir tanto a pie como montados. [236]

Para la formación de sus hombres, San Martín redactó dos textos: lo que puede considerarse el primer manual de instrucción militar escrito en el Río de la Plata, [237] adaptando lo aprendido en Europa, y el Reglamento, o «código de honor», que establecía los «delitos por los que deben ser arrojados [expulsados del regimiento] los oficiales». Esos delitos eran:

1. Por cobardía en acción de guerra, en la que aun agachar la cabeza será reputado por tal.
2. Por no admitir [238] un desafío, sea justo o injusto.
3. Por no exigir satisfacción cuando se halle insultado.
4. Por no defender a todo trance el honor del cuerpo cuando lo ultrajen a su presencia, o sepa ha sido ultrajado en otra parte.
5. Por trampas infames, como de artesanos. [239]
6. Por falta de integridad en el manejo de los intereses, como no pagar a la tropa el dinero que se le haya suministrado para ella.
7. Por hablar mal de otro compañero con personas u oficiales de otros cuerpos.
8. Por publicar las disposiciones interiores de la oficialidad en sus juntas secretas.
9. Por familiarizarse en grado vergonzoso con los sargentos, cabos y soldados.
10. Por poner la mano a cualquier mujer aunque haya sido insultado por ella.
11. Por no socorrer en acción de guerra a un compañero suyo que se halle en peligro, pudiendo verificarlo.
12. Por presentarse en público con mujeres conocidamente prostituidas.
13. Por concurrir a casa de juego que no sea perteneciente a la clase de oficiales, es decir, a jugar con personas bajas e indecentes.
14. Por hacer un uso inmoderado de la bebida en términos de hacerse notable, con perjuicio del honor de cuerpo. [240]

Para velar por el cumplimiento de este código, el Reglamento establecía un curioso mecanismo disciplinario: una reunión mensual reservada de oficiales y cadetes, donde cualquiera podía hacer una denuncia anónima (escrita en una esquela), que era sometida a una comisión investigadora de tres oficiales, quienes tras averiguar debían citar a «junta extraordinaria» de la oficialidad, exponer el caso y, luego de debatirlo, la cuestión se sometía al voto secreto de todos, resolviéndose «a pluralidad de votos» (mayoría simple) «la suerte del oficial». En caso de empate, valía doble el voto del comandante del Regimiento. [241]

Ya entonces San Martín daba muestras de ser inflexible con sus oficiales. En octubre de 1812, obligó a pedir el retiro al capitán de la segunda compañía del primer escuadrón, Pedro Zoilo de Vergara, porque se quedaba atrás en los ejercicios de

ataque a la carga. Este veterano oficial de caballería no era un cobarde, sino que a sus cuarenta y cuatro años no podía cumplir la exigencia física que se le reclamaba. [242]

Los resultados sin duda superaron las expectativas depositadas en San Martín. Al poco tiempo se decidió convertir a la unidad en regimiento, con la creación de otros tres escuadrones. El primero de estos ya estaba formado para septiembre de 1812; el segundo, a mediados de diciembre de ese año; el tercero recién se completaría a fines de 1813. Cada escuadrón estaba formado por tres compañías, de unos 90 hombres cada una. Para completar sus filas, San Martín pidió al gobierno que se le enviaran hombres de todas las provincias, que fuesen «de buena talla» y «de a caballo». A partir de agosto de 1812 empezaron a incorporarse jinetes de los campos bonaerenses, santafesinos y correntinos, de La Rioja, Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan y Catamarca.

Los Granaderos guaraníes

En mayo de 1813, se sumarían al Regimiento de Granaderos, por un especial pedido de San Martín, sus coterráneos de las Misiones, en su mayoría guaraníes. [243] El Triunvirato emitió un despacho en el que señalaba que la medida se implementaría «defiriendo al deseo que ha manifestado el benemérito comandante del nuevo cuerpo de Granaderos a Caballo, don José de San Martín, hijo del pueblo de Yapeyú, de reunir una fuerza militar de su mando a un número proporcionado de sus connaturales, por la confianza que de ellos tiene, a efectos de proporcionarles la gloria y que igualmente como todos los demás americanos contribuyan con las armas al logro de la libertad de la patria». [244] La intención original era reclutar unos 300 guaraníes, para integrar un escuadrón exclusivamente de «naturales»; pero en definitiva, Rivadavia, tan solícito y eficiente para otras cosas mucho menos nobles, dejó sin efecto esa comisión, encomendada al comandante Francisco Doblas, a comienzos de septiembre de 1812. La misión fue retomada por Celedonio del Castillo y el capitán Antonio Morales, conocedores de la lengua guaraní, quienes lograron reclutar a 283 naturales de entre veinticinco y treinta y cinco años, que se incorporaron al Regimiento.

Entre otros, se registran los nombres de Santiago Guaichá, Lorenzo Ñapurey, Valerio Tacuará, Siyá, Pindo, Yaparaba, Pachoa, Mboatí Privera, Feliciano Silvas, Matías Abucú (quien alcanzaría el grado de capitán) y Miguel Chepoyá. Este último, nacido en Santa María la Mayor, cacicazgo de Marayuguá, participó de toda la campaña sanmartiniana, combatió en Ayacucho y regresó con los sobrevivientes de aquellas gloriosas epopeyas a Buenos Aires en 1826, al frente de los cuales estaba el sargento mayor de granaderos Félix Bogado, nacido en Paraguay y descendiente de

guaraníes. También integraban el grupo, entre otros tantos, Santiago Guaichá y Lorenzo Purey, nacidos en Apóstoles, Misiones; Miguel Abiyú, Andrés Guayaré, Juan de Dios Abayá, Serapio Taperovy y los mestizos Juan Bautista Cabral y Federico Ortiz.

El 6 de marzo de 1813, los oficiales de origen guaraní, Matías Abuín, Miguel Aybí, Andrés Guayaré y Juan de Dios Abaya, le entregaron a San Martín la siguiente carta redactada a su pedido por el capitán Morales, donde le reiteraban su total disposición a la lucha y le informaban sobre el mal gobierno que se ejercía sobre sus tierras, en las que había caído en el olvido aquel revolucionario *Reglamento para los pueblos de las Misiones* establecido por el general Belgrano en diciembre de 1810:

> La felicidad que por todos los caminos gloriosamente reina en esta Capital y sus Provincias Unidas, nos ha proporcionado la suerte de haber venido a ella con los reclutas de nuestro país, que ha conducido el capitán don Antonio Morales; ella, pues, nos ha dado el gusto de tener el honor de conocer a Vuestra Señoría y de saber que es nuestro paisano, suerte a la verdad que nos proporciona la futura felicidad por la larga distancia en que se halla, pues aunque nuestro Supremo Gobierno le ha dispensado su protección, nada se ha adelantado, siendo la causa que los gobernantes que aún existen en aquel destino mantienen las miras del gobierno antiguo, ocultando e interpretando las nuevas regalías que se nos conceden a medida de su deseo y queriendo aún estemos en el abatimiento en que hemos vivido, procurando labrar ellos únicamente su suerte y ocultando el deseo que tenemos de ser útiles a la madre patria. En esta virtud y mediante este hallazgo dichoso que hemos tenido en la persona de Vuestra Señoría, le rogamos sea nuestro apoyo para que prosperemos y disfrutemos de las delicias de nuestra libertad, elevando a nuestro Superior Gobierno nuestras súplicas, con los conocimientos que le damos a Vuestra Señoría de aquel infeliz estado; y que desaparezcan aquellos restos de nuestra opresión y conozca nuestro benigno gobierno que no somos del carácter que nos supone y sí, el de verdaderos americanos, con solo la diferencia de ser de otro idioma. Así pues, señor, reiteramos los infrascritos oficiales nuestra súplica esperando tener el feliz resultado de ser admitidos en su bondad. [245]

Mientras aprendían el español, San Martín designó al sargento Pedro Antonio Areguatí como intérprete del contingente de guaraníes.

De las miradas de las mujeres

Por esos mismos días en que organizaba el Regimiento de Granaderos a Caballo y actuaba en la Logia, San Martín se daba tiempo para la vida social y para enamorarse. Desde su arribo de Europa, fue incluido entre los invitados a las tertulias de la elite porteña. Para muchos dueños de casa resultaba un personaje interesante.

Resulta muy ilustrativo el relato de los hermanos Robertson sobre las tertulias de Buenos Aires y, en particular, la de los Escalada:

> Era costumbre entre las familias distinguidas abrir sus puertas por la noche diariamente para esas agradables reuniones conocidas por todos con el nombre tertulias. Equivalían a lo que en Francia llaman *soirée* y en Italia, *conversazione*. Aunque en las tertulias toda persona respetable era bien recibida y para ello bastaba una ligera presentación, siempre quedaban reducidas a un círculo limitado y de ahí que cada familia de figuración tuviera sus tertulianos regulares con excepción de algunos visitantes ocasionales. […]

> La tertulia de don Antonio Escalada era la más agradable y por ello la más concurrida. Se componía de una mezcla feliz de elementos nativos y extranjeros: no mediaban en ella ceremonias ni preparativos; en una palabra, eran reuniones familiares; su encanto residía en la sociedad misma y no hubieran sido mejores porque se agregaran —según la moda— refrigerios o cenas. La conversación, la música, el baile, la espiritualidad y el buen humor sazonaban siempre la velada. En la misma casa había media docena de parejas [246] para la contradanza y el minué como no se encontraban otras en Buenos Aires. Doña Remedios y su hermana Nieves; doña Encarnación, doña Trinidad y doña Mercedes de María, para no decir nada de la madre de estas últimas; y de doña Tomasa, la dueña de casa y esposa de don Antonio. Luego las encantadoras Oromí, con *multis aliis*, hacían una tertulia de las más escogidas. El dueño de casa, acompañado unas veces por su hijo el gallardo coronel Escalada y otras por el hijo menor, Mariano, o en ausencia de ellos por el joven Oromí, presidía la reunión y daba gusto, en verdad, ver al sexagenario lleno de ánimo y bríos, sacar a dos o tres de las niñas más bonitas de la sala, una tras otra, y con mucha gracia bailar con ellas el minué. [247]

Un personaje como San Martín se destacaría inmediatamente en una tertulia en la que, además de transmitir las noticias más recientes sobre la guerra en la península, podía narrar hechos de su larga vida militar, con su manera de hablar propia de un caballero andaluz. Más de una chica casadera lo consideraría atractivo. Las descripciones de sus contemporáneos lo pintan como de buen porte, erguido, y destacan sobre todo la vivacidad de sus ojos oscuros. [248] Pero para los padres de estas es muy probable que no fuese un «buen partido». A más de uno, su tez, ojos y cabello oscuros harían ver en él a un «mestizo», si no un «indio»; pero aun para los menos prejuiciosos en esa sociedad donde seguía y seguiría rigiendo el colonial «sistema de castas», San Martín no dejaba de ser un «advenedizo», sin fortuna propia ni relaciones familiares o comerciales en esa pequeña aldea que era Buenos Aires. Su grado de teniente coronel tampoco aseguraba, de por sí, un buen pasar ni mucho menos un futuro: los acaudalados «vecinos» porteños conocían de sobra los retrasos en el pago de los sueldos oficiales.

Sin embargo, en casa de una de las familias más adineradas de Buenos Aires se produjo el «flechazo», al conocer a Remedios de Escalada. [249] Nadie mejor que el propio San Martín para describirlo: «No acierto, amigo, a encontrar palabras para expresar los encantos de esa niña Remedios, cuya existencia encuentro semejante a la de nuestra naciente patria que para subsistir necesita de todos nuestros desvelos, cariños y más que todo protección», le confesaría a su amigo Mariano Necochea en una carta. [250] También dirá, «esa mujer me ha mirado para toda la vida».

La muchacha, al igual que su madre, doña Tomasa de la Quintana Aoíz, [251] hermana de Hilarión de la Quintana y Aoíz, brigadier general, teniente de gobernador de Tucumán, gobernador interino de Salta, y su pequeña hermana María Nieves, aparecen junto con otras mujeres vinculadas a la Sociedad Patriótica —entre ellas, Carmen Quintanilla de Alvear, Ángela Castelli de Igarzábal y María Sánchez de Thompson— en la lista de suscriptoras a una donación al gobierno para comprar fusiles para las fuerzas patriotas, hecha en mayo de 1812. [252]

La familia opuso cierta resistencia, en especial la madre de Remedios, [253] pero tras un noviazgo desusadamente breve para la época, el teniente coronel, que

entonces declaró tener treinta y cuatro años, se casó con la niña de quince, el 12 de septiembre de 1812. Sus padrinos fueron Carlos de Alvear y su esposa, Carmen Quintanilla.

No resultaría una relación sencilla, como veremos. En los casi once años de matrimonio, hasta la muerte de Remedios, solo vivirían juntos unos 46 meses, y no de corrido. Incluso, más que «juntos», habría que decir «cerca» porque, de esos meses, hubo doce que San Martín pasó prácticamente sin ver a Remedios, viviendo en el campamento de El Plumerillo o solo en su chacra de Barriales, en Mendoza. [254]

¿Cómo era San Martín? Datos para un identikit

A algunos nos ha quedado grabada la imagen del San Martín de la película *El Santo de la Espada* protagonizada por Alfredo Alcón; a otros, la de Rodrigo de la Serna en *Revolución*, como a otras generaciones les pasó con Sarmiento y el notable actor Enrique Muiño en *Su mejor alumno*. ¿Pero cómo era físicamente nuestro Libertador? Para averiguarlo podemos recurrir a las coincidencias en las descripciones de contemporáneos que lo conocieron bien, como por ejemplo el oficial del Ejército de los Andes José Espejo, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Félix Frías:

- Estatura: Más que regular (1,80)
- Color de piel: Moreno, morocho, oscuro.
- Nariz: Aguileña y curva
- Ojos: Negros y grandes con pestañas largas, muy vivaces y expresivos.
- Cuerpo: Proporcional a su estatura, erguido, más bien delgado.
- Orejas: Medianas, redondas y asentadas a la cabeza.
- Cejas: Arqueadas, bien pobladas y pronunciadas.
- Pelo: Negro y lacio.
- Boca: Pequeña, labios rojos.
- Dentadura: Sana, blanca y pareja.
- Voz: Entonada, con timbre claro y varonil.
- Vestimenta: Elegante y sencilla.
- Tonada: En los primeros tiempos de estancia en nuestro país conservaba cierta tonada andaluza. Alberdi, que lo conoció ya anciano en París, dice: «no obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos».
- Pasatiempos: Resolver problemas matemáticos. Jugar al ajedrez. Realizar trabajos de carpintería, ebanistería y jardinería. Pintar cuadros, particularmente marinas. Decía, sin jactancia, que de no haber seguido la carrera de las armas se podría haber dedicado a la pintura.
- Aficiones: La lectura en español, francés e inglés.
- Habilidades: Muy buen bailarín de salón, excelente intérprete de guitarra. Eximio jinete y brillante tirador. Preparaba su propia medicación homeopática.
- Religión: Católico no fanático, devoto de la Virgen de las Mercedes.
- Enfermedades: Asma, síntomas reumáticos u osteoarticulares, gota, úlcera estomacal.

Un triste trío

Conviene recordar que al tiempo que formaba familia y organizaba a sus granaderos, San Martín participaba decididamente en la acción de la Logia, cada vez más preocupada por la marcha que Rivadavia y los suyos imponían al gobierno de Buenos Aires. La imagen «de bronce» que se ha pretendido construir del Libertador suele obviar esa activa participación política, seguramente para dar cabida en el «procerato» a otras figuras, más afines a los gustos de las elites que, tradicionalmente, escribieron nuestra historia. Así, se insiste más en los aspectos militares de su carrera que en las acciones políticas vinculadas a esos mismos temas castrenses. Si el bautismo de fuego de los Granaderos fue, como todos sabemos, el combate de San Lorenzo, se suele hablar menos de la primera acción (que no llegó a los tiros por poco) de esa misma unidad militar: el derrocamiento del primer Triunvirato.

El invierno porteño de 1812 fue particularmente agitado. Mientras la Logia iba incorporando miembros y discutía cómo actuar, el Triunvirato parecía dispuesto a gobernar despóticamente en función de los intereses predominantes en la capital. La denuncia de que un grupo de españoles estaba conspirando contra el gobierno llevó a que a comienzos de julio Rivadavia y Chiclana dispusiesen una serie de ejecuciones sumarias, sin respeto al derecho de defensa en juicio que el propio Triunvirato había consagrado en el «Decreto de seguridad individual», sancionado en noviembre de 1811. Martín de Álzaga, a quien se le atribuyó ser el cabecilla de esa conspiración, fue fusilado el 6 de julio de 1812, a las pocas horas de ser apresado. Su cuerpo y el de otros supuestos implicados fueron exhibidos, colgados, por tres días en la Plaza, a manera de escarmiento.

Pero lo que más preocupaba a los miembros de la Logia era la renuencia del Triunvirato a dar un nuevo impulso a la lucha emancipadora. La «estrategia» oficial (si es que puede llamarse así) consistía en ceder terreno ante el embate de las fuerzas realistas. Las noticias del éxodo que, por instrucciones del gobierno, había ordenado Belgrano, llevándose la población de Jujuy rumbo a Córdoba, dejando todo el norte en manos enemigas, eran ya el colmo de lo que podían tolerar.

La Logia decidió participar en las elecciones que debían definir un reemplazante definitivo del triunviro Sarratea, convocadas para el 6 de octubre de 1812. El candidato de los «hermanos» no podía ser más irritativo para el gobierno: Monteagudo, que para colmo llevaba las de ganar y por entonces escribía:

> Mi objeto actual es desenvolver los anteriores principios, y demostrar que nada ha perjudicado más los progresos de nuestro sistema, como la indulgencia y lenidad con los enemigos de él. Incapaces ciertamente de seguir otro impulso que el del temor del castigo, y acostumbrados a juzgar de la energía y dignidad de los gobernantes por el número de las víctimas que inmolaban antes al despotismo han creído que sus mismos

> crímenes eran el antemural que los defendía del rigor de las leyes, y que para estar seguros era preciso ser delincuentes. [255]

El Triunvirato, en un anticipo escandaloso de los tiempos fraudulentos, anuló la elección y pretendió poner «a dedo» a su propio candidato, Pedro Medrano, un hombre cercano a Rivadavia.

La genial desobediencia de Belgrano

Un hecho político-militar terminará de decidir el destino del Triunvirato. Manuel Belgrano, al mando del Ejército del Norte, acababa de concretar el épico éxodo jujeño y se encontraba en Tucumán. Esperaba órdenes superiores, que tardaban demasiado en llegar teniendo en cuenta que un numeroso y poderoso ejército realista le venía pisando los talones y estaba a muy pocas leguas de la capital norteña. Mientras el pueblo que lo había seguido como a Moisés desde el extremo norte y el hospitalario y combativo Tucumán le pedían que se quedara allí, que se armarían todos los brazos para frenar al enemigo, Rivadavia le ordenaba seguir bajando por lo menos hasta Córdoba, abandonando todo al saqueo de los españoles. Un tanto cansado de los «hombres de escritorio», como él los llamaba, escribió este oficio dirigido al Triunvirato rivadaviano:

> En estas circunstancias, en que ya he reflexionado demasiado, en que he discutido con los oficiales de mayor crédito y conocimientos, no he hallado más que situarme en este punto, y tratar de hacer una defensa honrosa, de la que acaso podamos lograr un resultado feliz, y si no es así, al menos nos habremos perdido en regla, y no por el desastre oscuro de la retirada. [256]

Pero Rivadavia se quedó con la segunda opción, «el desastre oscuro de la retirada», y le ordenó emprenderla de inmediato a través de este enérgico oficio, en el que lo amenazaba diciendo:

> Así lo ordena y manda este Gobierno por última vez: y bajo del supuesto que esta medida ha sido trayendo a la vista el orden de sus planes y combinaciones hacia la defensa general, la falta de cumplimiento de ella le deberá producir a V. S. los más graves cargos de responsabilidad. [257]

Lo que produjo a Belgrano la nota fue una profunda indignación, que lo llevó a desobedecerla y a concretar con sus valientes y el aliento popular la impresionante victoria de Tucumán el 24 de septiembre de 1812, la más importante obtenida por las armas patriotas hasta ese momento.

La noticia del triunfo llegó en las primeras horas del 5 de octubre. Fue tan buena para la mayoría de la población, que espontáneamente salió a festejar, como mala para Rivadavia y sus socios del Triunvirato, que habían quedado demasiado en

evidencia en su notable desinterés por la defensa de la integridad territorial de la patria, en su egoísmo porteñista y en su indisimulable impericia militar y política.

La primera acción de los Granaderos

Así las cosas, el 8 de octubre, San Martín llevó a sus granaderos hasta la Plaza de la Victoria (la parte de la actual Plaza de Mayo frente a la Casa Rosada), actuando de manera coordinada con otras unidades militares sumadas al movimiento: la artillería, conducida por el coronel Pinto, y la infantería, llevada por el coronel Ortiz de Ocampo. Los acompañaba una multitud, dirigida por Monteagudo y la Sociedad Patriótica.

Monteagudo fue el redactor de una «representación» popular, petitorio presentado al Cabildo, en el que no se andaba con vueltas a la hora de acusar a Rivadavia y sus muchachos:

> Agobiado al fin el sufrimiento público por los excesos del gobierno y viendo el sagrado seno de la patria expuesto a recibir un golpe mortal en los momentos más críticos y difíciles de su existencia, sería un crimen esperar las consecuencias del peligro y no derribar de un solo golpe a esos dos monstruos políticos que han nacido entre nosotros y cuyo veneno se ha derramado en el corazón del pueblo, poniendo sobre los bordes del sepulcro nuestra naciente libertad. El gobierno, en fuerza del artículo 9º del mismo Estatuto, es reo de lesa patria por haber atentado contra la libertad civil, por aspirar directamente a la tiranía, por fomentar y renovar sin pudor la más vil y criminal facción, por usurpar escandalosamente el derecho de los pueblos confederados y por haber quebrantado todas aquellas reglas que se impuso con juramento y sancionó la voluntad de las demás provincias libres […]. Es público y notorio el modo ilegal y escandaloso con que se ha procedido a la elección de los dos vocales don Pedro Medrano y don Manuel Obligado, excluyendo a los representantes de Salta y Jujuy, frustrando el sufragio del suplente del Tucumán, dando por impedido sin causa al de Mendoza, usando los gobernantes de seducción e intriga para ganar los votos en la asamblea a favor de su facción, contra el artículo 3 del Reglamento del 19 de febrero […]. La seguridad individual, garantida de un modo público y solemne, no ha sido más que una bella fantasía formada para lisonjear las almas libres. La convocatoria de la Asamblea que acaba de instalarse no ha servido sino para cubrir crímenes del gobierno o para sancionarlos. La confianza que el hombre ha mostrado en sus mandatarios no ha sido sino un estímulo para que estos desplieguen sus pasiones, opriman y abrumen a los ciudadanos, toleren y exalten a los enemigos de la paz. En esta virtud pide a Vuestra Excelencia bajo la protección de las legiones armadas la parte más sana del pueblo, que en el acto se suspenda la asamblea, y cese el gobierno en sus funciones, reasumiendo Vuestra Señoría, la autoridad, que le delegó el pueblo congregado el 22 de mayo de 1810: y creándose, desde luego, un poder ejecutivo compuesto de las personas más dignas del sufragio público, se proceda ulteriormente y sin demora, a la convocación de una asamblea general extraordinaria que decida de un modo digno los grandes negocios de la comunidad […] en inteligencia que estamos resueltos invariablemente a ofrecer el último sacrificio a la libertad de la patria antes que se entronice la tiranía. El pueblo espera la contestación de V. E. en el perentorio término de 20 minutos. Protesta por último obrar con dignidad, pero también jura delante del Eterno, no abandonar el lugar que ocupa hasta ver cumplidos sus votos. [258]

El Cabildo, sin saber qué hacer, consultó a los jefes militares que estaban en la Plaza: Ortiz de Ocampo, San Martín, Pinto, Román Fernández y Alvear. Su respuesta fue significativa. Según el acta del Cabildo, declararon que

sin embargo de tener por ciertos los datos de la representación [presentada por Monteagudo], y por justas las quejas del Pueblo, ellos y las tropas de su mando no habían intervenido en su formación, y que el haberse reunido en la Plaza no era con otro objeto que proteger la libertad del Pueblo, para que pudiese explicar libremente sus votos y sus sentimientos, dándole a conocer de este modo que no siempre están las Tropas, como regularmente se piensa, para sostener los gobiernos y autorizar la tiranía; que saben respetar los derechos sagrados de los Pueblos, y proteger la justicia de estos. [259]

Aunque los jefes militares se abstuvieron de proponer los nombres para integrar un nuevo gobierno, sonaban muy fuerte tres hombres afines a la Logia: Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte.

Quiera el pueblo votar

En aquellas circunstancias se produjo uno de los primeros ensayos electorales de nuestra historia patria, cuando los cabildantes, de acuerdo con los jefes militares sublevados, decidieron colocar en la puerta del Cabildo una mesa con un papel en el que figuraban los nombres de las personas que más sonaban como posibles triunviros, para que la gente colocara al lado de sus nombres una raya como signo de aprobación y un círculo como expresión de rechazo. Las 200 personas que acompañaban las demandas de San Martín y los suyos «votaron» apoyando mayoritariamente a Rodríguez Peña y Álvarez, pero marcando 87 círculos desaprobatorios sobre el nombre de Paso.[260] Curiosamente, quien llevó la peor parte de los ex triunviros fue Pueyrredón, quien permanecería confinado en San Luis hasta 1816. Chiclana quedaría «rehabilitado» al poco tiempo, [261] mientras que Rivadavia solo tuvo que esperar hasta 1814 para que, con un nuevo auge reaccionario, el gobierno recurriese a sus oficios, nada menos que en una misión diplomática en Europa.

En una carta a Tomás Godoy Cruz, años después, San Martín recordaría así la caída del Primer Triunvirato:

Rivadavia hizo indispensable esta revolución por ser enemigo irreconciliable de la logia Lautaro; pues no la comprendió en su triple función de asesorar al gobierno compartiendo su responsabilidad de vigilar a los díscolos e indisciplinados y de hacerse eco de las opiniones populares para transmitírselas oportunamente. [262]

También hacía una reflexión tan cierta como inquietante:

Hasta ahora las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera ni principios que expliquen el origen y tendencia de la Revolución. [263]

De San Lorenzo al Plan Continental

¿La patria no está en peligro inminente de sucumbir? Vamos, pues, soldados a salvarla.

José de San Martín, arenga a las tropas del Ejército del Norte

El Segundo Triunvirato se hacía cargo de las Provincias Unidas en medio de la euforia ante la noticia del triunfo de Belgrano en Tucumán. La acción de la Logia parecía restablecer el curso de la Revolución. Las primeras medidas del nuevo gobierno apuntaban en ese sentido. Al jurar, los triunviros no hicieron ninguna referencia a que lo hacían «en nombre de Fernando VII», y el 24 de octubre firmaron la convocatoria al siempre postergado «Congreso de los pueblos», que con el nombre de Asamblea General Constituyente comenzaría a sesionar en Buenos Aires el 31 de enero de 1813. Esa convocatoria fijaba con claridad los objetivos independentistas y de organización nacional:

> Después de sostener por el espacio de tres años una lucha de ferocidad y de barbarie peninsular de una parte, y de virtud y constancia americana de otra, […] la España no puede justificar su conducta en constituirse ante el tribunal de las naciones imparciales, sin confesar a pesar suyo la justicia y santidad de nuestra causa, cuando el eterno cautiverio del Sr. D. Fernando VII ha hecho desaparecer los últimos derechos con los postreros deberes y esperanzas las más ingenuas. […] Los individuos del gobierno, fuertes con la justicia y sinceridad de sus intenciones, no corresponderían a la alta confianza con que se les ha honrado, si no caminasen firmemente a tan elevado y justificado fin: llamados al ejercicio del poder, no por ambición ni por intriga, sino por el sufragio de los hombres libres, cuando se haya establecido la base y forma de gobierno que se crea más a propósito al bien y utilidad de todos, resignarán el mando, inmediatamente en las manos que una legítima elección señale, enteramente contentos con la gloria y el honor de haber conducido a los pueblos del Río de la Plata a la dignidad de una nación legítimamente constituida. [264]

1813

En 1813 se creó la provincia de Cuyo, separándola de la Intendencia de Córdoba. La nueva provincia, que quedó inicialmente al mando de Juan Florencio Terrada y luego de Marcos González Balcarce, abarcaba a las actuales Mendoza, San Juan y San Luis. Por entonces, en Buenos Aires el doctor Cosme Argerich convertía la Escuela de Medicina en Facultad de Medicina y Cirugía, mientras que las Cortes de Cádiz suprimían el nefasto Tribunal de la Inquisición.

Prusia y la Rusia que acababa de derrotar a Napoleón, se alían para combatirlo, mientras continúa la declinación del gran corso tras serios reveses militares en España. El presidente Madison asumía su segundo mandato en Washington. Simón Bolívar obtenía resonantes triunfos y recuperaba Caracas para la causa americana.

Lord Byron, recién llegado de su épico viaje a Grecia, publicaba *El Infiel*. Gioachino Rossini, según los críticos, muy influido por Mozart, estrenaba en Bolonia su ópera *Tancredo.* Fue un gran año para la historia de la música: nacían Wilhelm Richard Wagner y Giuseppe Verdi.

Sordos ruidos

Al tiempo que convocaba a la Asamblea General Constituyente, el Segundo Triunvirato, en acuerdo con la Logia y con Tomás Guido como secretario de Guerra provisorio, tomó inicialmente una serie de medidas que revertían la actitud de «repliegue» militar de su antecesor. Belgrano comenzó a recibir armamento, municiones y el refuerzo del Regimiento nº 1 de Infantería, con instrucciones de recuperar Salta, todavía en manos realistas. En esos días, la fábrica de armamentos de Buenos Aires, cuyo director era Domingo Matheu, el ex vocal de la Primera Junta, y que contaba con hombres como el teniente coronel Ángel Monasterio y el capitán Esteban de Luca, trabajaba de lleno para cumplir las exigencias del gobierno. [265] Por su parte, San Martín fue ascendido a coronel, al tiempo que se constituía el tercer escuadrón de los Granaderos a Caballo.

Pero los realistas seguían controlando Montevideo y los ataques de la escuadra española sobre Buenos Aires y las poblaciones litoraleñas proseguían. Desde fines de 1812 se temía incluso una expedición de las tropas de Vigodet contra Santa Fe o la Bajada del Paraná (la actual capital entrerriana) y otros puntos, sobre el Paraná y el Uruguay, para cortar las comunicaciones entre las dos bandas del Río de la Plata.

En una carta dirigida por el triunviro Juan José Pasó al jefe de las fuerzas sitiadoras en Montevideo, Manuel de Sarratea, fechada el 25 de diciembre de 1812, le informaba de un plan del enemigo que se pondría en ejecución de un momento a otro y que consistiría en

> un desembarco en esta [Buenos Aires] o en alguno de los puntos inmediatos por una combinación de los españoles europeos: una salida general contra el ejército sitiador: una expedición sobre baterías de Punta Gorda, Santa Fe o Bajada: otra igual sobre el Uruguay y contra el cuartel general en otro punto que nos corte el pasaje libre de nuestras correspondencias y pertrechos. [266]

Febo asoma: mitos y verdades sobre el combate de San Lorenzo

Qué distintas hubieran sido nuestras infancias y nuestros entusiasmos patrióticos si antes de enseñarnos de memoria la bella «Marcha de San Lorenzo» [267] si nos hubieran explicado por qué se libró aquel combate, qué intereses estaban en juego o, aunque sea, qué quería decir «Febo». Nos tendrían que haber dicho que las fuerzas españolas de Montevideo se autoproclamaban como las continuadoras del Virreinato del Río de la Plata y llevaban adelante una férrea resistencia contra el gobierno de Buenos Aires, al que obviamente se negaban a reconocer, y constituían un verdadero peligro para la continuidad de la Revolución. Así describía la *Gaceta* uno de estos mortíferos ataques del enemigo:

> A eso de las nueve de la noche la flotilla, estacionada en la rada interior, comenzó, sin previo aviso, el bombardeo de Buenos Aires. Las granadas, describiendo hermosos arcos, caían sobre la ciudad alumbrada ya por los faroles nocturnos. Las familias se encontraban casi todas en sus tertulias y aunque las granadas hacían explosión en uno y otro sitio, no por eso las señoras dejaban de subir a las azoteas para presenciar el espectáculo. Después de arrojar unas cincuenta granadas sobre la ciudad y manteniendo un vivo fuego sobre la playa, felizmente ineficaz, el español Michelena intimó la rendición de las autoridades. [268]

Nos podrían haber enseñado que aquel corajudo regimiento compuesto por gauchos, indios y mulatos estaba dispuesto a todo y tenían plena conciencia, gracias a las arengas de su jefe, de lo que estaba en juego en sus acciones contra los saqueadores, ladrones de gallinas y asesinos que nos atacaban. Que San Martín arengaba vehementemente a sus hombres, recordándoles por qué luchaban y qué pensaba el enemigo de nosotros los americanos. Podía haber recurrido a las palabras lanzadas por el virrey de Abascal: «Los americanos han nacido para ser esclavos destinados por la naturaleza para vegetar en la oscuridad y el abatimiento», [269] y a la vibrante respuesta de Mariano Moreno:

> Sin que sea vanagloria podemos asegurar que de hombres a hombres les llevamos mucha ventaja. Podemos afirmar que el gobierno antiguo nos había condenado a vegetar en la oscuridad y abatimiento pero como la naturaleza nos había hecho para grandes cosas, hemos empezado a obrarlas limpiando el terreno de la broza de tanto mandón inerte e ignorante, que no brillaban sino por sus galones, con que el ángel tutelar había cubierto sus vicios y miserias. [270]

Los hombres que combatirían finalmente en San Lorenzo eran unos 150 granaderos de elite que el propio San Martín había seleccionado por sus condiciones de combate, gente de temer para el enemigo, los que marchaban hacia las costas de nuestro majestuoso Paraná para hacer frente a esa amenaza, en el ardiente verano de 1813. San Martín, que esperaba ansioso la oportunidad de entrar en combate, destinó vigías que, desde tierra, siguiesen los movimientos de los buques españoles y, gracias a ese trabajo de inteligencia, decidió esperar el desembarco cerca de la posta de San Lorenzo, estableciendo su cuartel en el convento de San Carlos.

Sus espías trabajaban intensamente y gracias a ellos pudo saber con precisión que el jefe español Zabala venía navegando por las aguas del Guazú desde el día 17 de enero, con una escuadrilla que era superior a toda la flota que pudiera reunir la

naciente patria: once barcos muy bien artillados, con unos 300 hombres entre las tropas de desembarco y la marinería. El viento norte soplaba a favor de los justos y venía complicando la navegación a vela de la flota invasora. Para el día 28 la flota realista ya andaba por San Nicolás, llegando al Rosario el 30. Allí los vio desembarcar el paisano Celedonio Escalada, quien le avisaba al jefe que estaba dispuesto a resistir con sus 22 hombres de a pie y 30 de a caballo y un cañoncito. Pero la avanzada siguió hacia el Norte, a unos 27 kilómetros de Rosario, donde el río se ensancha a la altura de la Posta de San Lorenzo, un pueblito de unos 20 ranchos, pero con el importante convento de San Carlos Borromeo, fundado por los franciscanos provenientes de la estancia del Carcarañá en 1790.

La marcha de San Martín fue tan sigilosa que hasta un avezado observador como William Parish Robertson —en ese momento, en viaje desde Buenos Aires hacia Asunción del Paraguay— no pudo percatarse de la presencia de los soldados hasta que en la posta de San Lorenzo se topó con dos hombres de guardia y pensó que serían infantes realistas desembarcados:

> Vi confusamente en las tinieblas de la noche los tostados semblantes de dos arrogantes soldados en cada ventanilla del coche.
>
> No dudé que estaba en manos de los marinos [realistas]. «¿Quién está ahí?», dijo autoritariamente uno de ellos. «Un viajero», contesté, no queriendo señalarme inmediatamente como víctima por confesar que era inglés. «Apúrese», dijo la misma voz, «y salga». En ese momento se acercó a la ventanilla una persona cuyas facciones no podía distinguir en lo oscuro, pero cuya voz estaba seguro de conocer, cuando dijo a los hombres: «No sean groseros; no es enemigo, sino, según el maestro de posta me informa, un caballero inglés en viaje al Paraguay».
>
> Los hombres se retiraron y el oficial se aproximó más a la ventanilla […] combinando sus rasgos con el metal de voz, dije: «Seguramente usted es el coronel San Martín y, si es así, aquí está su amigo míster Robertson». […]
>
> El coronel entonces me informó […] que había venido (andando principalmente de noche para no ser observado) en tres noches desde Buenos Aires. [271] Dijo estar seguro de que los marinos no conocían su proximidad y que dentro de pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos. «Son doble en número» [los realistas], añadió el valiente coronel, pero por eso no creo que tengan «la mejor parte del día». [272]

Como nos hicieron cantar de chicos, cuando Febo asomó el 3 de febrero de 1813, unos 250 realistas, apoyados por 11 naves con su respectiva artillería, desembarcaron para dedicarse prolijamente a saquear lo que estuviese a su paso. Pero esta vez la población no estaba indefensa, y el ataque envolvente ordenado por San Martín los obligó a reembarcarse. El escueto parte del coronel al Triunvirato es claro:

> Exmo. Señor: Tengo el honor de decir a V. E., que el día 3 de febrero los granaderos de mi mando en su primer ensayo han agregado un nuevo triunfo a las armas de la patria. Los enemigos en número de 250 hombres desembarcaron a las 5 y media de la mañana en el puerto de San Lorenzo y se dirigieron, sin oposición, al colegio de San Carlos, conforme al plan que tenían madurado. En dos divisiones de a 60 hombres cada una, los ataqué por derecha e izquierda; [273] hicieron no obstante una esforzada resistencia, sostenida por los fuegos de los buques, pero no capaz de contener el intrépido arrojo con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano; al punto se replegaron en fuga a la bajada, dejando en el campo de batalla 40 muertos, 14 prisioneros, de ellos 12 heridos, sin incluir los que se desplomaron y llevaron consigo, que por los regueros de sangre que se ven en las barrancas considero mayor número. Dos cañones, cuarenta fusiles, cuatro bayonetas y una bandera que pongo en manos de V. E., y la arrancó, con la vida, al

abanderado el valiente oficial don Hipólito Bouchard. De nuestra parte se han perdido 26 hombres, 6 muertos y los demás heridos. De este número son el capitán don Justo Bermúdez, y el teniente don Manuel Díaz Vélez que, avanzándose con energía hasta el borde de la barranca, cayó este recomendable oficial en manos del enemigo.

El valor e intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando los hace acreedores a los respetos de la patria y atenciones de V. E.; cuento, entre estos, al esforzado y benemérito párroco, doctor Julián Navarro, que se presentó con valor animando con su voz y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla. Igualmente [lo] han contraído los oficiales voluntarios don Vicente Mármol y don Julián Corbera, que, a la par de los míos, permanecieron con denuedo en todos los peligros.

Seguramente el valor y la intrepidez de los granaderos hubiera terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná si la proximidad de las bajadas, que ellos no desampararon, no hubiera protegido su fuga; pero me arrojo a pronosticar sin temor, que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan a inquietar [a] estos pacíficos moradores.

Dios guarde a V. E. muchos años. San Lorenzo, febrero 3 de 1813.

José de San Martín

Nota. El buque comandante de la escuadra enemiga me ha remitido un oficial parlamentario, solicitando vendiese alguna carne fresca para sustentar a sus heridos y en consecuencia he dispuesto que se le facilite media res exigiéndole antes su palabra de honor de que no será empleada sino con este objeto.

Otra. Siguen trayendo más muertos del campo y de las barrancas, como igualmente fusiles.

Otra. He propuesto al oficial parlamentario si el comandante de la escuadra quiere canjear al único prisionero don Manuel Díaz Vélez. [274]

Los invasores españoles no salían de su asombro y todavía atragantados por la derrota publicaban este parte en la *Gaceta* de Montevideo:

Por derecha e izquierda del monasterio dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope y sable en mano cargaban despreciando los fuegos de dos cañoncitos, que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando a nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar a formar el cuadro. Ordenó Zabala a su gente ganar la barranca, posición mucho más ventajosa si el enemigo trataba de atacarla de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vio al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó aunque imperfectamente un cuadro por no haber dado lugar a hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo. [275]

El violento combate de apenas quince minutos de duración dejó, entre los patriotas, 16 muertos y 27 heridos. Entre las bajas fatales, se encontraban Juan Bautista Cabral, muerto en el combate, y Justo Germán Bermúdez, muerto por hemorragia al día siguiente. Ellos, junto al bravo puntano sobreviviente, Juan Bautista Baigorria, pudieron salvar la vida de su jefe, cuando en medio del combate su caballo bayo [276] (no blanco, por cierto) cayó herido y le aprisionó la pierna.

Aquí hay dos cosas interesantes para señalar: por un lado, el invento del caballo blanco y, por otro —como veremos a continuación—, ratificar la acción y las palabras del soldado mulato o zambo Juan Bautista Cabral, ya que es el mismo San Martín, absoluto enemigo de las exageraciones y las mentiras, quien se preocupa de que recordemos el episodio, al protagonista y sus últimas palabras.

El humanismo de San Martín

En una nota del 27 de febrero, San Martín le pidió al Triunvirato que atendiera especialmente la situación de las viudas y las familias de los caídos, un deber que entonces, como ocurriría también después, los funcionarios públicos no respetaban puntualmente.

El lenguaje y el contenido del pedido de San Martín, en el que vuelve a recordar a los héroes de la jornada, no son los habituales y hablan de su profundo humanismo:

> Como sé la satisfacción que tendrá V. E. en recompensar a las familias de los individuos del regimiento, muertos en la acción de San Lorenzo, o de sus reclutas, tengo el honor de incluir a V. E. la adjunta relación de su número, país de nacimiento, y estado. No puedo prescindir de recomendar particularmente a V. E., a la viuda del capitán Justo Bermúdez, que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también a la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes que, atravesado con dos heridas, no se le oyeron otros ayes que los de «Viva la patria, ¡muero contento por haber batido a los enemigos!»; y efectivamente a las pocas horas falleció, repitiendo las mismas palabras. [277]

Como se ve, el jefe vencedor no les dejaba muchas alternativas a las autoridades porteñas y su pedido tuvo una respuesta favorable por parte del Triunvirato, como puede leerse en el siguiente decreto firmado el 6 de marzo:

> Considérense a las viudas de los valientes soldados que han rendido su vida en defensa de la patria y escarmiento de piratas agresores, con las pensiones asignadas según sus clases, y muy particularmente a la viuda del capitán Bermúdez; fíjese en el cuartel de granaderos un monumento que perpetúe recomendablemente la existencia del bravo granadero Juan Bautista Cabral en la memoria de sus camaradas, y publíquese el presente oficio con este decreto, y la adjunta nota en la gaceta ministerial para noticia y satisfacción de las interesadas, tomándose razón en el Tribunal de Cuentas. [278]

De la euforia a la reacción

El combate de San Lorenzo, como había ocurrido con la acción de Arjonilla en España, tuvo una importancia más política que militar, al mostrar la decisión de hacer frente a las incursiones realistas y levantar el ánimo patriota. La noticia de la gran victoria, obtenida por Belgrano en Salta (el 20 de febrero de 1813, y conocida en Buenos Aires el 3 de marzo) y el reinicio de las operaciones en el Alto Perú completaron ese clima, de verdadera euforia, que marcó los primeros meses de la Asamblea General Constituyente.

Entre febrero y agosto de 1813, una sucesión de decretos de la Asamblea establecieron la «libertad de vientres» (declarando libres a los hijos de esclavas nacidos a partir del 31 de enero), abolieron las formas de servidumbre que pesaban sobre los «indios» (tributo, mita, yanaconazgo), extinguieron los títulos de nobleza, mayorazgos y otros resabios del feudalismo hispano, suprimieron la Inquisición y los métodos de tortura para obtener la confesión de los acusados de delitos, [279] y

establecieron las bases de una ciudadanía rioplatense, tanto en lo legal (como eran las medidas que limitaban el ejercicio de cargos públicos —incluidos los eclesiásticos— por parte de los peninsulares y creaban una «carta de naturalización» para los nacidos fuera del territorio americano) como en lo simbólico, con la creación del Escudo, la adopción de la Escarapela y la Marcha Patriótica (luego, Himno Nacional Argentino), el uso de la Bandera creada por Belgrano y el establecimiento de las Fiestas Mayas para conmemorar la Revolución. La decisión de quitar de los edificios públicos el escudo real y los retratos del rey y toda mención a la monarquía española en los papeles sellados para trámites públicos, la oficialización del nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata y la orden de acuñar moneda propia, sin la efigie ni mención alguna de Fernando VII, eran todas medidas que apuntaban claramente a concretar la soberanía que había proclamado para sí la Asamblea. Paralelamente, la Asamblea aprobó reglamentos provisorios, mientras se redactaban proyectos de constitución para organizar al naciente Estado. [280]

Sin embargo, ni la independencia ni la Constitución serían sancionadas por la Asamblea, cuyas sesiones se volvieron esporádicas a partir de septiembre de 1813. Ya desde un comienzo, los intereses de las clases dirigentes porteñas se habían hecho notar en ella y en la Logia, representados principalmente por Carlos de Alvear. Con el apoyo de la mayor parte de los miembros de la Logia, vinculados a los ricos comerciantes de Buenos Aires, el hasta entonces amigo de San Martín se olvidó del máximo juramento de luchar por la independencia y hacer respetar la voluntad de los pueblos. Las primeras víctimas fueron quienes, como los partidarios de Artigas, se oponían al centralismo porteño. Los diputados de la Banda Oriental traían instrucciones muy precisas, que constituían una síntesis del programa nacional, popular y federalista que deseaba para estas tierras el caudillo oriental. Vale la pena leerlas:

- Inmediata declaración de independencia.
- Constitución republicana.
- Cada provincia deberá dictar su propia constitución.
- Libertad civil y religiosa «en toda su extensión imaginable».
- Fomento y libertad de comercio entre las provincias.
- Igualdad de todos los ciudadanos.
- Gobierno central con respeto a las autonomías provinciales.
- Establecimiento de la capital fuera de Buenos Aires.
- El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional, ni las legislaturas provinciales, facultades extraordinarias, ni la suma del poder público.

En el documento escribía Artigas: «El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren la soberanía de los pueblos».

Como podrá sospechar el lector, estos diputados fueron rechazados argumentando «defectos en su elección», lo que no deja de resultar curioso, ya que fueron los únicos designados por comicios realmente limpios y populares. En cambio, fueron admitidos de buen grado los diputados de Tucumán, quienes entre sus instrucciones, traían la

siguiente:

> Habiendo este pueblo llegado a presentir que se trata en la Capital de inclinar a la Asamblea a la declaración de la independencia, se mandará a los diputados que de ninguna manera consientan en la determinación de la independencia, que a más de ser prematura nos traerá un torrente de males y contradicciones que no es llegado el tiempo hasta no vernos libres de enemigos exteriores, y con un ingente erario para los inmensos gastos que ocasiona un pie de ejército respetable, capaz de hacer frente a cualquier potencia que tome por pretexto la independencia para declararnos la guerra, principalmente Portugal, y tal vez Inglaterra, que ven de cerca agotarse por momentos nuestros recursos. [281]

Pronto, el gobierno dominado por la fracción alvearista inició una cruenta y larga guerra civil contra los federales artiguistas, a los que consideraba enemigos más serios de enfrentar que a los mismos realistas.

Vuelve Fernando: ¡Vivan las cadenas!

En julio de 1812, el general británico Wellesley había obtenido una victoria fundamental en Arapiles (cerca de la ciudad de Salamanca), a partir de la cual inició una ofensiva que en los meses siguientes llevó a las fuerzas anglo-luso-españolas a recuperar buena parte de la península. [282]

Los triunfos de Vitoria (21 de junio de 1813) y San Marcial (31 de agosto de 1813) completaron la derrota francesa. En diciembre de ese año, en Valençay, Napoleón firmó un nuevo tratado por el que Fernando VII era restaurado en el trono español. [283]

Fernando VII la estaba pasando muy bien en Francia, en el castillo al que lo había «confinado» su amigo Napoleón, así que se tomó su tiempo y recién en marzo de 1814 regresó a su país para asumir en mayo y restablecer el absolutismo en medio del, por lo menos curioso, grito de «¡Viva el rey absolutamente absoluto! ¡Vivan las cadenas!». Llegaron con el habitual retraso a Buenos Aires las noticias de las derrotas de Vilcapugio (1º de octubre de 1813) y de Ayohuma (14 de noviembre de 1813), sufridas en el Alto Perú por la expedición de Belgrano; la respuesta de Alvear y sus partidarios fue, ante todo, concentrar el poder en un ejecutivo unipersonal, el Directorio.

Para lograr sus planes, en diciembre de 1813 el joven nuevo «hombre fuerte» de la política porteña envió a la figura ascendente en el panorama político-militar de Buenos Aires, José de San Martín, a reemplazar a Belgrano en el Ejército del Norte.

Así lo recordaría sin medias tintas el propio Alvear:

> Yo sentí al instante este gran defecto y siendo miembro de la Constituyente, traté de sondear los ánimos con el objeto de concentrar el poder en una sola persona. […] No había pues tiempo que perder y era preciso empezar por hacer en el gobierno una gran variación que pedían imperiosamente las circunstancias. El coronel San Martín había sido enviado a relevar al general Belgrano y la salida de este jefe de la capital,

> que habíase manifestado opuesto a la concentración del poder, me dejaba más expedito para intentar esta grande obra. [284]

Ya con San Martín rumbo al Norte, en enero de 1814 Alvear hizo aprobar por la Asamblea la creación del Directorio y el nombramiento como primer director supremo de su tío Gervasio Antonio Posadas, acompañado de un Consejo de Estado y secretarios que le respondían fielmente, entre ellos varios hombres ligados al Primer Triunvirato (como Manuel José García, Nicolás Herrera y Francisco Javier de Viana). A partir de entonces, los esfuerzos del gobierno y de la Logia se concentraron en tomar Montevideo y combatir al federalismo artiguista.

El director supremo Posadas, en una de sus primeras resoluciones, declaró a Artigas «traidor a la patria». El Protector de los Pueblos Libres le contestó:

> Yo tengo en mi poder el papel en que V. E. ha tenido la barbaridad de publicar declarándome traidor. Los orientales han entrado por principios en la revolución grande, y por eso es aun cuando V. E. no quisiera que fueran libres, ellos lo serán. Decláreme V. E. traidor cien veces: yo no variaré. Adopte planes descabellados; nada habrá capaz de arredrarnos y en medio de todos los contrastes de la fortuna, de peligros, de riesgos y complicaciones de objetos, todos seremos igualmente libres, decididos y enérgicos.

El jefe de la escuadra británica en el Plata evaluaba de la siguiente manera al todopoderoso Alvear:

> El verdadero director de esta máquina política es, ya en este momento, don Carlos de Alvear, oficial recientemente nombrado general en jefe de las fuerzas de esta ciudad y sus alrededores, y en quien se concentra la mayor influencia militar y civil del momento.[…] Vino imbuido de ideas de libertad e independencia, pero la experiencia de dos años lo han convencido de que este país no posee los medios ni la habilidad que necesitaría para gobernarse a sí mismo y que la interferencia de un protector fuerte es absolutamente necesaria para preservarlo de las miserias de la guerra civil […]. Así después de haber sido por algún tiempo ferviente luchador por la independencia, ha modificado sus ideas originales, y según mi parecer se ha aplicado con gran habilidad y sinceridad a suavizar el camino para un acercamiento con la Madre Patria. [285]

Reunión cumbre: Belgrano y San Martín

Fue así que San Martín partió rumbo al norte, con los dos primeros escuadrones de Granaderos —el tercero y el cuarto serían destinados a la Banda Oriental— y el Batallón de Infantería nº 7, comandado por Toribio Luzuriaga e integrado por libertos. Según surge de la correspondencia de Belgrano, las primeras informaciones que recibió del gobierno le indicaban que San Martín iba para auxiliarlo. Mostrando la hilacha, hasta último momento los partidarios de Alvear le ocultaron al creador de la bandera que San Martín debía relevarlo del mando. [286] Más aún, el jefe de Granaderos llevaba órdenes reservadas del gobierno de detener y enviar a Belgrano a

la capital, para juzgarlo por la derrota en el Alto Perú, las que simplemente se negó a cumplir. Años más tarde, cuando una vez más quedase vacante el cargo de jefe del Ejército del Norte, el Libertador escribiría:

> Yo me decido por Belgrano, este es el más metódico de los [militares] que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural; no tendrá los conocimientos de un Moreau [287] o un Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur. [288]

San Martín habría leído con satisfacción aquella memorable carta de Belgrano dirigida a Feliciano Chiclana en la que le decía:

> Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heridos; también son estos los más a propósito para criticar las determinaciones de los jefes; por fortuna, dan conmigo que me río de todo, y que hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia y no busco glorias, sino la unión de los americanos y la prosperidad de la patria. [289]

La relación entre Belgrano y San Martín fue cordial y de admiración, ya antes de que se conocieran personalmente. Al recibir la primera noticia de que San Martín iba en camino al Norte, Belgrano le escribía:

> Paisano y amigo:
>
> No siempre puede uno lo que quiere, ni con las mejores medidas se alcanza lo que se desea: he sido completamente batido en las Pampas de Ayohuma cuando más creía conseguir la victoria; pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes y nada me arredrará para servir, aunque sea en la clase de soldado, por la libertad e independencia de la Patria. […] Somos todos militares nuevos, con los resabios de la fatuidad española y todo se encuentra, menos la aplicación y contracción para saberse desempeñar; puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos, y viendo los peligros más de cerca, tratemos de otros esfuerzos que son dados a los hombres que pueden y deben llamarse tales. [290]

Sacar a nuestros paisanos de la esclavitud en que viven

Belgrano no tenía prurito en mostrarle sus debilidades. En la Navidad de 1813 le escribía a San Martín:

> Soy solo, esto es hablar con claridad y confianza; no tengo, ni he tenido quien me ayude y he andado los países en que he hecho la guerra, como un descubridor, pero no acompañado de hombres que tengan iguales sentimientos a los míos, de sacrificarse antes que sucumbir a la tiranía; se agrega a esto la falta de conocimientos y pericia militar, como V. lo verá, y una soberbia consiguiente a su ignorancia, con la que todavía nos han causado mayores males que con la misma cobardía; entré a esta empresa con los ojos cerrados y pereceré en ella antes que volver la espalda, sin embargo de que hay que huir a los [extraños] y a los propios, porque la América, aún no estaba en disposición de recibir dos grandes bienes, la libertad e independencia; en fin, mi amigo, espero en V. un compañero que me ilustre, que me ayude y quien conozca en mí la sencillez de mi trato y la pureza de mis intenciones, que Dios sabe no se dirigen ni se han dirigido más que el bien general de la Patria y sacar a nuestros paisanos de la esclavitud en que vivían. […] En fin, mi amigo, hablaría más con V. si el tiempo me lo permitiera; empéñese V. en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir a ser no solo amigo, sino maestro mío, mi compañero, y mi jefe si quiere: persuádase V.

> que le hablo con mi corazón, como lo comprobará con la experiencia constante que haga de la voluntad con que se dice suyo. [291]

El 11 de enero llegó San Martín a Tucumán y partió hacia Salta a pedido de Belgrano. El camino le resultaba absolutamente novedoso, solo en algunos tramos se parecía a ciertas zonas que tan bien conocía de Andalucía. La sola compañía de los espinillos y la tierra arenosa puede que le recordaran levemente a Marruecos y Argelia. Pasó por La Ramada, Chilca, Laguna de Robles, Ojo de Agua, Cañas Mojarras y llegó el 19 a la confluencia de los ríos Yatasto y Metán, en Parada de las Juntas. Es probable que la reunión con Belgrano se haya producido en aquella propiedad de José Vicente de Toledo y Pimentel, conocida como la Estancia de Yatasto, aunque hay autores que cuestionan esta locación. [292]

Dejando de lado la cuestión del sitio exacto, la ansiada reunión se llevó a cabo. En algún punto de Salta se encontraron a fines de enero de 1814, los que según encuestas recientes son considerados los hombres más queridos, admirados y respetados por los argentinos. Allí pudieron, de una vez por todas, estrecharse en un abrazo y conversar largamente sobre el destino de la patria. San Martín escuchó con particular atención el relato de Belgrano sobre las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, que se hubiesen podido evitar si las autoridades de Buenos Aires hubieran escuchado las advertencias de Manuel. Belgrano había sugerido consolidar la defensa de nuestra frontera norte y dejaba en claro que no estaba en condiciones de lanzar una ofensiva sobre las muy superiores fuerzas realistas del Alto Perú. Cada uno había escuchado hablar mucho del otro. Sin conocerse, sentían recíprocamente una profunda admiración que se fue convirtiendo en entrañable amistad.

Después de aquella larga conversación que se prolongó hasta la cena y horas de la madrugada, San Martín partió al alba hacia Tucumán y Belgrano lo hizo al día siguiente. Poco después, el 29 de enero de 1814, Belgrano daba su última orden: «Se reconocerá, como general en jefe del Ejército del Norte, al coronel de Granaderos a Caballo, don José de San Martín».

Belgrano, que pasó a revistar como Jefe del Regimiento nº 1, tomó nota de la orden de su relevo y comunicó al gobierno:

> Exmo. Señor:
>
> Al instante que tuve la satisfacción de leer el oficio de V. E., fecha 18 del corriente, por el que se ha dignado avisarme haber conferido el mando de general en jefe al coronel de Granaderos a Caballo don José de San Martín, permaneciendo yo a sus órdenes a la cabeza del Regimiento nº 1, le di a reconocer en la orden del día y en consecuencia a rendirle los respetos debidos a su carácter. [293]

Belgrano compartía las penurias de sus soldados. En forma reiterada reclamó al gobierno para que solucionara las demoras en los pagos y que le enviara vestuarios y equipamiento indispensable: «La desnudez no tiene límites: hay hombres que llevan sus fornituras sobre sus carnes, y para gloria de la Nación hemos visto desnudarse de un triste poncho a algunos que los cubría para resguardar sus armas del agua y

sufrirla con el mayor gusto». Cansado de no recibir contestación de quienes en Buenos Aires se enriquecían con el comercio con los ingleses y destinaban los recursos del Estado a combatir a los federales del Litoral, un día les escribió:

> Digan lo que quieran los hombres sentados en sofás, o sillas muy bonitas que disfrutan de comodidades, mientras los pobres diablos andamos en trabajos: a merced de los humos de la mesa cortan, tasan, destruyen a los enemigos con la misma facilidad con que empinan una copa […]. Si no se puede socorrer al Ejército, si no se puede pagar lo que este consume, mejor es despedirlo. [294]

San Martín en Tucumán

Ya instalados los dos patriotas en Tucumán, el 29 de enero de 1814, Belgrano presentó a las tropas a su nuevo jefe, quien habló en estos términos a aquellos desmoralizados hombres:

> Hijos valientes de la patria, el Supremo Gobierno acaba de confiarme el mando en jefe del ejército: él se digna imponer sobre mis hombros el peso augusto pero delicado de su defensa. Soldados: confianza, subordinación y valor. Yo al admirar vuestros esfuerzos, quiero acompañaros en los trabajos para tener parte en las glorias. Yo voy a hacer cuanto esté a mis alcances para que os sean menos sensibles los males.
>
> Vencedores de Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta, renovemos tan dulces, tan heroicos días. ¿La patria no está en peligro inminente de sucumbir? Vamos, pues, soldados a salvarla. [295]

La primera comunicación escrita que se conoce de San Martín en la nueva jefatura está fechada el 31 de enero y dirigida al coronel Dorrego, que se encontraba operando en Salta:

> Habiendo meditado la importancia de organizar el Ejército y ponerlo en estado posible de perfección, he creído conveniente reconcentrar todas las fuerzas en este cuartel general para que adquiera la disciplina y subordinación necesaria, pero deseoso al mismo tiempo de tener un conocimiento que haga mi determinación acertada, he resuelto que V. S. me informe sin pérdida de momento acerca de los puntos siguientes: ¿Será útil que permanezca la fuerza que está a las órdenes de V. S. resguardando la jurisdicción de Salta y hostilizando por cuantos modos pueda el enemigo? ¿No podría ejecutarse esto mismo por menor fuerza, como la de cien hombres, y la reunión de las milicias? ¿Acaso no podría dejarse al cargo solo de estos, el evitar que saquee el enemigo ganados y cabalgaduras, y que estuviesen de observación para saber y darse cuenta de sus movimientos? [296]

Dorrego le contesta desde Guachipas el 2 de febrero y le ratifica que es inútil que permanezca la división y considera que con 50 hombres de tropa y el paisanaje a las órdenes del coronel Pedro José Saravia bastará para la defensa de Salta. [297]

Ante la insistencia de desplazar y detener a Belgrano, San Martín le escribe a Posadas:

> De ninguna manera es conveniente la separación de dicho brigadier [Belgrano] de este ejército, en primer lugar porque no encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que le subrogue

> accidentalmente en el mando de su regimiento, que debe organizarse bajo un pie respetable y la celeridad posible antes que adelante los movimientos el enemigo que se halla ya reforzado en Salta; ni quien me ayude a desempeñar las diferentes atenciones que me rodean con el orden que deseo, e instruir a la oficialidad, que además de ser ignorante y presuntuosa, se niega a todo lo que es aprender, y es necesario estar constantemente sobre ella para que se instruya al menos de alguno que es indispensable que sepan […]. Yo me hallo en unos países cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya situación topográfica ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, solo este individuo puede suplir la falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco. [298]

Por un breve tiempo, el jefe relevado se mantuvo bajo el mando de su sucesor, hasta que fue convocado a Buenos Aires, donde fue absuelto de los cargos por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Poco después partiría en una misión diplomática a Europa, junto con el «rehabilitado» Rivadavia: debían negociar a todo trance con las cortes europeas, incluso ante la española.

San Martín estableció su cuartel general en Tucumán, donde se dedicó a reorganizar al derrotado Ejército del Norte. Ordenó la construcción de una unidad militar, la Ciudadela, entonces en las afueras de la ciudad de San Miguel. [299] Le encomendó los planos al ingeniero militar Enrique Paillardelle, [300] y estaba pensada como una fortificación al estilo español: un recinto amurallado, en forma de pentágono, con bastiones artillados en los vértices, dentro del cual habría, además de una plaza de armas, edificios para la comandancia, dormitorios y comedor de tropa, caballerizas y un arsenal. Sin embargo, nunca sería completada, aunque continuaría sirviendo como cuartel.

El 25 de febrero, día de su cumpleaños número treinta y seis, fundó una Academia de Matemáticas y otra de Aritmética y Geometría, destinada a la oficialidad y a la tropa porque, según le escribía a las autoridades nacionales:

> No puede existir un Ejército sin que lo acompañe un número de oficiales de conocimientos matemáticos para poder ser empleados en las infinitas atenciones que son necesarias, los que bajo la dirección del teniente coronel Paillardelle hacen ya sentir sus buenos efectos como se deja de ver en los trabajos de fortificaciones y sin más gastos para el Estado que 6 pesos de gratificaciones a cada uno de los oficiales, y 12 pesos al director para la precisa mantención de caballos. Igualmente he mandado al citado Paillardelle abra una Academia de Aritmética y Geometría para instrucciones de los oficiales del Ejército que voluntariamente quieran estudiar. [301]

Se reservó para sí la «cátedra» de táctica e historia militar, que dictaba personalmente a sus privilegiados alumnos.

Otras de las tareas a las que se dedicó apasionadamente fue la creación de un servicio de espionaje y contraespionaje, para el que escogió con mucho detalle y cuidado a sus integrantes. La primera tarea era llenar al cercano enemigo de noticias falsas, distorsionar la real dimensión del Ejército que estaba a su mando, convenciendo a los realistas de que sumaba el triple de efectivos de los que realmente tenía.

Según recordaría en sus memorias José María Paz, entonces joven oficial del

Ejército del Norte, San Martín intentó formar a las tropas

> en los rudimentos de la táctica moderna, que hasta entonces desconocíamos […]. La caballería, principalmente, recibió mejoras notables, pues […] estábamos en el mayor atraso y la más crasa ignorancia. El general [302] estableció una academia de jefes que se reunían las más de las noches en su casa, y estos presidían a su vez las de los oficiales de los regimientos, de modo que los nuevos conocimientos se transmitían desde la cabeza hasta las últimas clases. […] A más de los escuadrones del Regimiento de Granaderos a caballo, había venido a engrosar el ejército un hermoso batallón de 700 plazas (el número 7) al mando del teniente coronel don Toribio Luzuriaga. Venían instruidos en la táctica moderna, de modo que eran los cuerpos que servían de modelo en las dos armas. [303]

Locuras de Dorrego

Cuenta el general La Madrid en sus memorias la siguiente anécdota que involucra a Manuel Dorrego, uno de los mejores oficiales que tenía el Ejército del Norte, de actuación decisiva en la batalla de Tucumán:

> Llegó el Sr. general Belgrano y los restos de los cuerpos que habían quedado a retaguardia, fue nombrado mayor general del ejército el coronel mayor D. Francisco Fernández de la Cruz, que se hallaba de gobernador en Tucumán, y se dio la orden para que asistieran todos los jefes de los cuerpos a casa del Sr. general en jefe, a la oración, todos los días, para uniformar las voces de mando. El general Belgrano había quedado a la cabecera del 1º, como jefe de él, sin embargo de ser un brigadier general, y era también uno de los que concurrían.
>
> Colocados todos los jefes por antigüedad, daba el Sr. San Martín la voz de mando y la repetían en el mismo todos los demás; no recuerdo si en la segunda reunión, al repetir el general Belgrano, que era el 1º, la voz que había dado el Sr. San Martín, largó la risa el coronel Dorrego. El general San Martín, que lo advirtió, le dijo con fuerza y sequedad: «¡Sr. coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando!». Dio nuevamente la voz, y riéndose nuevamente Dorrego al repetirla el general Belgrano, el Sr. San Martín, empuñando un candelabro de sobre la mesa y dando con él un fuerte golpe sobre ella, echó un voto, dirigiendo una mirada furiosa a Dorrego y le dijo, pero sin soltar el candelabro de la mano: «¡He dicho, Sr. coronel, que hemos venido a uniformar las voces de mando!». Quedó tan cortado Dorrego que no volvió más a reír y al día siguiente lo mandó San Martín desterrado a Santiago del Estero. [304]

Martín Miguel de Güemes y la guerra gaucha

El 1º de abril de 1814, San Martín le comunicaba al director supremo Posadas su decisión de dejar en manos de Martín Miguel de Güemes y sus gauchos la defensa de la frontera norte:

> El plausible resultado del ataque a la brusca que emprendió el valeroso teniente coronel don Martín Güemes el 29 del próximo pasado, a distancia de una legua de la ciudad de Salta, con los paisanos y un poco de gente de armas de la avanzada a su cargo, contra una gruesa partida enemiga de ochenta hombres al

mando del perjuro coronel Juan Saturnino Castro, me obliga a despachar por alcance a las superiores manos de V. E. la copia del parte que acabo de recibir. Es imponderable la intrepidez y entusiasmo con que se arroja el paisanaje contra las partidas enemigas, sin temor al fuego de la fusilería que ellas hacen. Tengo de este repetidos testimonios y lo comunico a V. E. para su satisfacción. [305]

La respuesta fue inmediata y el 9 de mayo Güemes fue nombrado teniente coronel del Ejército del Norte, con el cargo de comandante general de fronteras.

San Martín recorrió la zona de combate a comienzos de aquel año y pudo comprobar las atrocidades cometidas por los españoles contra nuestra gente. Los «civilizadores» no respetaban mujeres, niños ni ancianos. Veían en los pueblos por los que pasaban el semillero de los rebeldes, desconfiaban de todos y no se equivocaban, todos eran sus enemigos. La estrategia española era el saqueo, el robo, el asesinato en masa. Indignado por lo que vio y orgulloso de la acción de los hombres de Güemes, el Gran Jefe aprobó lo actuado y le ratificó los beneficios de su táctica guerrillera. Decía San Martín: «Los gauchos de Salta solos están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprenderse de una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado». [306]

Güemes escribió a las autoridades nacionales, anticipándose a la desidia y el desagrado que provocaba en ellas su bendición por parte de San Martín:

Obligado a continuar la defensa sostenida por tantos años por estos valerosos provincianos y encargado por el Exmo. Señor Capitán General Don José de San Martín de que yo coopere por esta parte a su grande expedición, es de mi propio deber, después de aceptar el cargo de general en jefe del Nuevo Ejército de Observación con que el general [San Martín] me ha distinguido, tocar todos los resortes que están a mi alcance para el desempeño de tan honroso cargo.

El 21 de julio de 1814, el comandante en jefe de las fuerzas realistas, general Joaquín de la Pezuela, envía una nota al virrey del Perú, señalándole la difícil situación en que se encontraba su ejército ante la acción de las partidas gauchas de Güemes.

El enemigo, aunque reforzado desde Buenos Aires y pueblo de Tucumán e inmediatos hasta un número muy subido, no tiene una fuerza suficiente en razón de su calidad para emprender un formal ataque, a causa de que entran en ella de tres a cuatro mil gauchos, o gente de campaña, armados de arma blanca. Descubro que su plan, consiguiente a las órdenes del gobierno, es de no dar ni recibir batalla decisiva en parte alguna, y sí de hostilizarnos en nuestras posiciones y movimientos. Observo que, en su conformidad, son inundados estos interminables bosques con partidas de gauchos apoyadas todas ellas con trescientos fusileros […] que al abrigo de la continuada e impenetrable espesura, y a beneficio de ser muy prácticos y de estar bien montados, se atreven con frecuencia a llegar hasta los arrabales de Salta y a tirotear nuestros cuerpos por respetables que sean, a arrebatar de improviso cualquier individuo que tiene la imprudencia de alejarse una cuadra de la plaza o del campamento, y burlan, ocultos en la mañana, las salidas nuestras […] ponen en peligro mi comunicación con Salta a pesar de dos partidas que tengo apostadas en el intermedio; en una palabra, experimento que nos hacen casi con impunidad una guerra lenta pero fatigosa y perjudicial. El arbitrio para reprimir y castigar estos insultos sería de poner gauchos contra gauchos, con refuerzo de buena tropa de fusil; pero no hay medios para esto, porque aun cuando se consiguiera la gente precisa, se tropieza con el escollo de no haber en qué montarla […]. A todas estas ventajas que nos hacen los enemigos, se agrega otra no menos perjudicial, y es la de ser ellos avisados por hora de nuestros movimientos y proyectos por medios de los habitantes de estas estancias, y principalmente por las mujeres relacionadas con los vecinos de aquí y de Salta […] siendo cada una de estas una espía vigilante y puntual para transmitir las

ocurrencias más diminutas de éste Ejército. [307]

El hombre que durante años sería la pesadilla de los ejércitos españoles con sus tácticas guerrilleras nació en Salta el 8 de febrero de 1785. A los catorce años ingresó en la carrera militar incorporándose al «Fijo de Infantería» que estaba acantonado en Salta. Participó en la Defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas y al producirse la Revolución de Mayo se incorporó al ejército patriota destinado al Alto Perú y formó parte de las tropas victoriosas en Suipacha. Desde 1814, Güemes se había puesto al frente de una partida cada vez más nutrida de gauchos guerrilleros, que les hacía literalmente la vida imposible a los invasores.

El 3 de agosto de 1814, las tropas al mando de Güemes obligaron al realista Pezuela a evacuar Salta y ponerse en retirada hacia el Alto Perú. En su desesperación, los invasores fueron abandonando su parque, que fue capturado por los gauchos conocidos como «los infernales», y no solo por el color rojo de sus ponchos.

Al año siguiente lograron madrugar al ejército enemigo y derrotarlo en el Puesto del Marqués, el 14 de abril de 1815. El saldo fue un tanto desparejo: los invasores sufrieron 120 muertos y 122 prisioneros; los nuestros, dos heridos. El triunfo de Puesto del Marqués aumentó el prestigio de Güemes en Salta. El 6 de mayo de aquel año 15, el Cabildo local lo designó gobernador de la provincia. Gracias a su experiencia militar, se puso al frente de la resistencia a los realistas, organizando al pueblo salteño y militarizando la provincia para frenar a los ejércitos del rey.

Pronto comprendió que tendría que arreglárselas solo para cumplirle al único jefe que reconocía: don José de San Martín, quien tendrá permanentes expresiones de elogio y gratitud para con Güemes y sus gauchos. Su vital tarea de contención y distracción de las tropas españolas resultó imprescindible para encarar el cruce de los Andes y desarrollar con éxito la campaña libertadora.

El ejército infernal se ponía en marcha. No había leva forzosa, todos eran voluntarios. Desde los «changuitos» que apenas podían montar hasta los viejos baquianos, desde las mujeres que formaban una eficiente red de espionaje, hasta los curas gauchos que usaban los campanarios como torretas de vigías y sus campanas como alarma ante la presencia del enemigo. Todo un pueblo en armas. Machetes, lanzas, azadas, boleadoras y unos pocos fusiles y carabinas eran las armas de aquel pueblo que aprendía junto a su jefe que estaban solos para enfrentar al ejército que acababa de vencer a Napoleón.

Las tácticas guerrilleras de Güemes cobraron fama mundial y han sido objeto de estudio en academias militares tan lejanas como la de Yugoslavia. La Biblioteca del Oficial del Círculo Militar argentino publicó un curioso libro titulado *La guerrilla en la guerra*, cuyo autor es el mayor Borivoje S. Radulovic, del ejército yugoslavo. En uno de sus párrafos dice Radulovic: «Las montoneras de Güemes hicieron una guerra sin cuartel que ha pasado a la historia como Guerra Gaucha. Cada uno de los miembros serviría de modelo para fundir en bronce la estatua del soldado irregular,

del guerrillero».

El capitán español Pedro Antonio Olañeta fue comisionado por el virrey del Perú para sobornar a Güemes, quien lo paró en seco:

> Yo no tengo más que gauchos honrados y valientes. No son asesinos sino de los tiranos que quieren esclavizarlos. Con estos únicamente espero a Ud., a su ejército y a cuantos mande de España. Convénzanse Uds. que jamás lograrán seducir no a oficiales, sino ni al más infeliz gaucho. En el magnánimo corazón de estos hombres no tiene acogida el interés, ni otro premio que su libertad; […] el pueblo que quiere ser libre, no hay poder humano que lo sujete. [308]

Los pedidos de ayuda de Güemes eran permanentes. No se resignaba a aceptar que a Buenos Aires no le importara perder las provincias del Norte. Pero los auxilios no llegaron nunca. La situación se volvía insostenible: las clases altas salteñas le retaceaban su apoyo por el temor de aumentar el poder de Güemes y por la desconfianza que les despertaban las partidas de gauchos armados, a los que solo toleraban ver en su rol de peones de sus haciendas. El gobernador Güemes tomó la decisión de aplicarles empréstitos forzosos sobre sus fortunas y haciendas.

La salud de los enfermos

San Martín había hecho un esfuerzo sobrehumano para dejar lo más reorganizado y en pie al Ejército del Norte. Ahora su cuerpo le pasaba factura. Desde fines de abril sufría serios episodios de vómitos de sangre y fuertes dolores en el pecho. El diagnóstico preciso de los médicos es que a la hematemesis se sumaba un reumatismo crónico, dispepsia y disnea. Entonces decidió descansar unos días en La Ramada, la hacienda de la familia Cossio ubicada en el camino de carretas entre Tucumán y Salta, para mitigar al menos sus múltiples dolencias.

El 27 de abril San Martín, con sus fuerzas físicas al límite, delega el mando en el coronel Francisco Fernández de la Cruz y solicita al Directorio en estos términos licencia por razones de salud:

> Todos los facultativos del ejército se han reunido ayer para tratar el estado de mi salud, y todos unánimemente han sido de parecer de mi pronta salida para la sierra de Córdoba, por lo que ruego a V. E. se digne concederme licencia para recuperar mi atrasada salud. [309]

De la Cruz le confiesa al director Posadas que tuvo que demorar la difusión de la noticia del alejamiento de San Martín del mando y de Tucumán por «el relevante concepto que tenía en el ejército, en todos los pueblos y aun entre los enemigos, infundido hasta en las últimas clases; y la consternación y desconsuelo general que produciría la noticia de su separación, le impulsaban a reservarla, sin hacer innovación para sostener la esperanza que todos tenían de su reanudación del

mando». [310]

Enterado Belgrano del agravamiento de la salud de su amigo, le escribe desde Santiago del Estero:

> Mi amado amigo, he sabido con el mayor sentimiento la enfermedad de usted. Dios quiera que no haya seguido adelante y que esta le halle en entera salud. Hago memoria que usted me dijo que pasaba los 36 años y esto me consuela, porque he oído a médicos, de mucha fama, que a esa edad, ya no es temible echar sangre por la boca, a menos que no provenga de algún golpe. Sea lo que fuere, quisiera dar a usted todo alivio, pues mi gratitud es y será siempre invariable. [311]

¿Cuándo surgió el plan libertador?

La estadía de San Martín en La Ramada daría también lugar a otro de los tantos mitos y debates que rodean su figura, en este caso, en torno a su plan libertador. Desde allí, supuestamente, le habría escrito a Nicolás Rodríguez Peña la siguiente carta:

> No se felicite, mi querido amigo, con anticipación de lo que yo pueda hacer en esta; no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país, y todo está tan anarquizado que yo sé mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer. Ríase Ud. de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del Norte, que no sea guerra permanente defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Ayrón [312] hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan: aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar a Lima; es ese el camino y no este, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos en Lima la guerra no acabará. Deseo mucho que nombren ustedes alguno más apto que yo para este puesto: empéñese usted para que venga pronto ese reemplazante y asegúreles que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquiera otra parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad, si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando este cuerpo. [313]

Este texto fue presentado por primera vez a la consideración pública en 1881 por Vicente Fidel López, en el primer tomo de su trabajo *La revolución argentina, sus orígenes y sus guerras y su desarrollo político hasta 1830*. El primero en poner en duda su autenticidad fue su eterno contrincante histórico, Bartolomé Mitre, quien le insistió para que presentara el original. López le contestó que no lo tenía ni lo había visto y que se trataba de «un trasunto» que había hecho «de memoria». También puso en duda la autenticidad del documento Juan Cánter, en la *Historia de la Nación Argentina*, publicada por la Academia Nacional de la Historia. Como veremos más adelante, uno de los probables motivos de este «trasunto de la memoria» de Vicente Fidel López fue quitarle el mérito histórico a Tomás Guido de haber colaborado con San Martín en la elaboración del plan continental y de ser su redactor, anteponiendo

esta carta a la presentación oficial del plan. López, furioso antirrosista, escribía en 1881 y todavía no se olvidaba del protagónico paso de Guido por la cancillería del gobierno del Restaurador. [314]

No está muerto quien pelea

San Martín permaneció en La Ramada hasta el 19 de mayo cuando, con la debida licencia, marchó hacia Córdoba. Su primer destino fue la hacienda de La Calera, propiedad del doctor José Norberto Allende. Allí permaneció tres días hasta que se instaló en la estancia de Saldán, a 18 kilómetros de la ciudad de Córdoba, en el camino hacia Cosquín. El dueño de casa era Eduardo Pérez Bulnes. [315]

Mientras tanto, algunos apurados como el director supremo Posadas ya lo daban por muerto:

> Empezamos a hacer reflexiones cuando llegó otro pliego de posta en posta ganando instantes, en que se me hacía la triste pintura de la salud de dicho General que no daba esperanzas de alivio por lo frecuente y copioso del vómito de sangre que le atacaba, de modo que en el momento en que leíamos esta nota, lo hacíamos en la eternidad.[316]

La versión de la muerte de San Martín corría insistentemente en Buenos Aires y sirvió para hacer un enroque que favorecía las aspiraciones militares y por lo tanto políticas de Alvear, según puede verse en esta carta de un vecino de Buenos Aires a un amigo cordobés, fechada el 10 de mayo de 1814:

> Se habla con variedad del general San Martín; unos dicen que está muy malo; otros que ha muerto ya, y que se oculta por no apesadumbrar a su esposa; y muchos, que le han dado veneno; lo cierto no sabemos, pero sí que se le pone sustituto, para lo que parece está nombrado el caballero Rondeau; a este le ha ido a mudar el señor Alvear, llevándose todas las tropas que había en la corte, de modo que el suceso de San Martín ha trastornado mucho esto, aunque siempre estrechando a Montevideo. [317]

O sea, la fracción alvearista agitaba el fantasma de la muerte de San Martín para dar el golpe maestro: Alvear reemplazaría a Rondeau, alzándose con la gloria de la liberación de Montevideo y este último reemplazaría a San Martín en el Ejército del Norte. La movida tenía como objetivo final prepararle el camino a Alvear para asumir con todos los laureles el Directorio.

Contaría Rondeau en sus memorias:

> En mi primera entrevista con el Director Supremo del Estado Don Gervasio de Posadas, tío del general Alvear, que tuvo lugar en el momento de haber pisado el muelle de Buenos Aires, después de los cumplimientos de estilo, me dijo este magistrado que mi relevo del ejercito sitiador [de Montevideo] lo había ocasionado el general San Martín que mandaba el auxiliar del Perú, manifestando no poder continuar a la cabeza de él, porque se hallaba gravemente enfermo; pero esto mismo presenta algunas observaciones que no justifican las medidas del gobierno; y si no dígase por qué el general Alvear que estaba en Buenos

Aires, no fue a relevar a San Martín, para no demorar con perjuicio del servicio este acto, y si el general Rondeau con mucho retardo como era preciso, porque este último se hallaba en la Banda Oriental del Río de la Plata, mandando el ejército que sitiaba la plaza de Montevideo, y que estaba para concluir gloriosamente su campaña con la rendición de ella. [318]

El coronel y la fiebre

En Saldán, al pie de las Sierras Chicas, [319] San Martín recibió a muchos visitantes. Uno de ellos, José María Paz, relataría:

> Cuando llegué a Córdoba, estaba el general San Martín en una estanzuela, a cuatro leguas de la ciudad. Estuve a visitarlo con otras personas; nos recibió muy bien y conversó largamente sobre nuestra revolución. Entre otras cosas dijo: «Esta revolución no parece de hombres sino de carneros». Para probarlo refirió que ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda a quejársele de que el mayordomo, que era un español, le había dado unos golpes por faltas que había cometido en su servicio. Con este motivo exclamó: «¡Qué les parece a ustedes; después de tres años de revolución, un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano!». «¡Esta es, repitió, revolución de carneros!». La contestación que había dado el peón era en el mismo sentido, de modo que los demás se previnieron para cuando aconteciese un caso semejante. Efectivamente, no pasaron muchos días que el mayordomo quiso hacer lo mismo con otro peón; este le dio una buena cuchillada, de la que tuvo que curarse mucho tiempo. [320]

San Martín y el opio de los pueblos

En Saldán, San Martín no solo repuso su salud y «soliviantó» a la peonada contra el mayordomo «godo», sino que también comenzó a desarrollar el plan continental de liberación en compañía de su amigo Tomás Guido, quien nos dejó un fiel testimonio de los problemas de salud de don José:

> A más de la dolencia casi crónica que diariamente lo mortificaba, sufría de vez en cuando de agudísimos ataques de gota. Su médico lo cuidaba con esmero, induciéndole, por desgracia, a un uso desmedido del opio, a punto que convirtiéndose esta droga, a juicio del paciente, en una condición de su existencia, cerraba el oído a las instancias de sus amigos para que abandonase el narcótico —muchas veces le sustraje los pomitos que lo contenían— y se desentendía del nocivo efecto con que lenta, pero continuamente, minaba su físico. [321]

Al respecto, nos dice el querido amigo y compañero en el ciclo televisivo «Historia clínica», el doctor Daniel López Rosseti:

> Sabemos al menos dos cosas con certeza. La primera de ellas es que el paciente presentaba dolores reumáticos frecuentes y en varias oportunidades «ataques» o «crisis» de dolor bien documentadas. Asimismo, dolores gastrointestinales intensos y crisis asmáticas. En segundo término citemos que el general

> Mitre comentó que San Martín «abusaba del opio», lo mismo que afirmaba el general Guido y el biógrafo chileno Vicuña Mackenna, quienes dejaron constancia que el Dr. Juan Isidro Zapata sobremedicaba a San Martín con opio. También el Dr. Guillermo Colsberry, médico americano, indicó a San Martín opio para aliviar sus dolores. En base a lo antedicho vamos a hablar del opio y sus efectos como droga. Si bien es cierto que el paciente recibió opio en la forma farmacéutica de láudano de Sydenham[322] por indicación médica, también podemos asumir como posible que en oportunidades se automedicó. Así debió haber sido, los dolores seguramente lo obligaron. Sin embargo, a poco que repasemos los síntomas mentales de una adicción notaremos que los mismos son incompatibles con los antecedentes ocupacionales y laborales del paciente. Militar en actividad organizó el Ejército de los Andes y artífice de la independencia de Argentina, Chile y Perú. La capacidad de trabajo, la disciplina, la convicción, la capacidad de decisión, el sentido del deber y el liderazgo demostrado son incompatibles con la adicción a una droga. Si bien pudo por períodos extralimitarse en el uso del opio en forma de láudano de Sydenham, sostener la adicción al opio es médicamente difícil de hacer. No hay elementos clínicos como para pensar que el paciente fue adicto al opio. [323]

Por su parte, don Arturo Jauretche nos deja la siguiente reflexión sobre cierto opio de los pueblos:

> La Historia oficial es una historia cruel, particularmente con el general San Martín, que padecía de úlcera y tenía que recurrir al opio. La Historia oficial se lo ha prohibido por más que, por entonces, era el único calmante […]. Esa historia, tal como se enseñaba en mi infancia, tenía todo el opio que se niega a San Martín. [324]

Tomás Guido, el lancero amado

Tras haber actuado en el Alto Perú como secretario de Ortiz de Ocampo, gobernador de Charcas, después de la derrota de Belgrano, Guido había regresado a Buenos Aires, donde el 14 de mayo de 1814 fue nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra. En más de un sentido, era un colaborador de San Martín: no solo intentaba dar respuesta favorable a los pedidos del comandante del Ejército del Norte, sino que era su «lancero» [325] en esa Buenos Aires dominada por los partidarios de Alvear, cada vez menos dispuestos a cumplir el juramento original de la Logia.

El tiempo que había estado en Tucumán convenció a San Martín de que, para vencer a los realistas en América del Sur, era necesario acabar con su principal bastión: el Perú. Allí se habían organizado una y otra vez los ejércitos que habían hecho fracasar las dos expediciones al Norte. Si en Londres había tomado conocimiento del plan Maitland —como es posible—, en Tucumán sin duda supo de un proyecto mucho más cercano y redactado por alguien que conocía el terreno personalmente. En efecto, Enrique Paillardelle, su subordinado y asesor para la construcción de la Ciudadela, el 29 de noviembre de 1813 había firmado un plan para «llevar la guerra al Bajo Perú con la cooperación de Chile». En síntesis, su idea era embarcar en Valparaíso un millar de hombres, para dirigirse a los llamados «puertos intermedios» peruanos (es decir, los ubicados al sur de Lima), para iniciar desde allí

un levantamiento patriota. [326] En esos días de calma cordobesa, con Guido a su lado, San Martín diseñó los grandes trazos de su plan continental de liberación, que como veremos será formulado en la «Memoria» que Guido presentará al Directorio en 1816. Se trataba de organizar un ejército en Cuyo, cruzar la cordillera y, desde Chile, lanzar la expedición que terminase con el cuartel general de los opresores de América.

Señalaba el hijo del general Guido, Carlos Guido y Spano, en 1882:

> Juan María Gutiérrez, Domínguez, López, Mitre, todos miembros apasionados de un partido político al que el general Guido fue adverso, o han desconocido sus servicios, o los han indignamente rebajado al nivel de sus antipatías y de sus inveteradas previsiones. El general Guido no ha existido para esos caballeros sino como entidad subalterna. El señor Mitre, al trazar con admirable amplitud el cuadro de nuestra dramática historia en que pasan y repasan los grandes y los pequeños, reconociéndose a cada cual en la peculiaridad de su carácter y valer, sin jamás confundirse; al trazar, digo, aquel cuadro que perpetuará su memoria en la literatura y en la estimación de su país, no encuentra por ninguna parte a Guido, que todos amaron, que todos necesitaron, y si alguna vez pasa a su lado no le conoce ni el nombre, llamándole José Tomás (cuando tan escrupuloso se muestra en este punto, que disputa largamente con López sobre una letra del apellido del general inglés Achmuty), le mira de soslayo, sin ni siquiera hacer la venia, al militar de la joven República, a ese viejo soldado de la independencia de América.
>
> La *Memoria* [de Guido] ha sido para el señor Mitre letra muerta. El señor Mitre nada ha visto. Con ser tan investigador, tan minucioso, tan instruido, ha pasado por alto aquel antecedente imprescindible para explicar la causa del repentino abandono de la campaña resuelta para vengar los desastres de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe Sipe, prefiriéndole ir a buscar a Chile al enemigo común, batirlo allí reconquistando el reino y emprender luego el arrojar al mar vetusto y blasonado armazón de los dominantes de Lima. ¿Cómo excusar aquella prescindencia calculada a dejar en la sombra servicios eminentes? ¿No está acaso patente la tácita confabulación inspirada por el espíritu tenaz de bandería aún no extinguido, contra los más honrosos títulos de uno de los próceres de América? [327]

La ínsula cuyana

Consciente de que un plan tan ambicioso requería, además de poder militar, poder político, San Martín pidió su relevo del Ejército del Norte y su envío a Mendoza como gobernador de Cuyo. Los gobernantes de Buenos Aires se deben haber alegrado al conocer este pedido de abandonar lo que, a pesar de los pesares, seguía siendo la fuerza militar más importante bajo las órdenes del Directorio.

En Mendoza no había en armas más que unos 400 hombres de las milicias, mal equipados y poco organizados, y otros 500 distribuidos en el resto del territorio cuyano. El director Posadas firmó de buena gana el decreto que parecía dejar al costado de la historia al futuro Libertador, el 10 de agosto de 1814. Alvear, que el 24 de junio había ingresado triunfalmente en Montevideo, que acababa de capitular, se consideraba en la cima del poder.

San Martín gobernador de Cuyo

Conozca el mundo que el genio americano abjura con horror los crueles hábitos de sus antiguos opresores y que el nuevo aire de libertad que empieza a respirarse extiende su benigno influjo a todas las clases del Estado.

Oficio de San Martín al Cabildo de Mendoza, 25 de marzo de 1816

A los amantes de la historia basada exclusivamente en «fechas y batallas», aquella que nos arruinaba la mente en el secundario, a los que siguen queriendo ver un San Martín exclusivamente militar, hay que recomendarles que analicen al San Martín político, a aquel que durante poco más de dos años gobernó con gran eficiencia, equidad y honestidad las provincias cuyanas.

Cuando llegó a Mendoza, en los primeros días de septiembre de 1814, hacía menos de un año que la región había obtenido, tras largos pedidos, la condición de gobernación intendencia. Desde los inicios de la invasión española y hasta 1776, Cuyo había estado bajo la jurisdicción de Chile, con el que seguía manteniendo estrechos vínculos económicos, sociales y culturales, para luego ser incorporada al Virreinato del Río de la Plata, pero integrando la intendencia de Córdoba. Recién el Segundo Triunvirato, a fines de noviembre de 1813, creó la gobernación de Cuyo y nombró al frente al coronel Juan Florencio Terrada, [328] quien sería enviado a la Banda Oriental pocos días antes del nombramiento de San Martín. Interinamente, asumió el cargo Marcos Balcarce. [329] La capital de la nueva jurisdicción era la ciudad de Mendoza, mientras que en San Juan y San Luis ocupaban el cargo de teniente de gobernador, respectivamente, Manuel Corvalán [330] (reemplazado en abril de 1815 por José Ignacio de la Roza) [331] y Vicente Dupuy. [332] Todos ellos pronto se convirtieron en firmes colaboradores de San Martín, tanto en la administración de la región como en el esfuerzo que requirió crear, organizar y abastecer al ejército libertador.

Atento ante los enemigos de adentro y de afuera

Aunque Posadas, en el oficio que le notificaba su nombramiento, le deseaba que lograse «la reparación de su quebrantada salud» en el «delicioso temperamento» (o sea el clima) mendocino, lo cierto es que San Martín venía con proyectos bastante más complejos y audaces que curarse. Su plan original, coincidente en gran medida con el de Paillardelle, era formar una fuerza relativamente pequeña, que con ayuda de Chile, todavía en manos patriotas, emprendiese la expedición al Perú.

En un oficio reservado al Cabildo señalaba:

> No solo debemos en estas circunstancias evadirnos de los enemigos de ultramar, es preciso también se cuenten en este número los americanos que, olvidando la obligación de defender a su Patria, se han hecho con su conducta dignos del mayor odio. Vuestra Soberanía, que debe tener un conocimiento prolijo de los que existan en esta Capital, se ha de servir remitirme una nota de ellos con expresión de los cuarteles que habiten. [333]

Lamentablemente, a poco de hacerse cargo de la gobernación de Cuyo, la situación chilena cambió violentamente. Chile venía sufriendo el ataque de los realistas desde fines de febrero de 1813, cuando una expedición enviada desde el Perú y comandada por Antonio Pareja desembarcó en el sur del país. El Segundo Triunvirato había enviado una división auxiliar de casi 300 hombres, comandada por Marcos Balcarce y luego por Juan Gregorio de Las Heras. [334] Las divisiones políticas entre los patriotas chilenos y una serie de derrotas ante los invasores fueron enturbiando el panorama, cuando en enero y agosto de 1814, nuevos desembarcos enemigos iniciaron la reconquista realista de Chile. A comienzos de octubre de ese año, la derrota definitoria de Rancagua obligó a los patriotas a buscar refugio del otro lado de la cordillera.

El desastre de Rancagua confirmaba la apreciación estratégica de San Martín: mientras los realistas pudiesen contar con los recursos del Perú para organizar ejércitos y expediciones, los patriotas americanos estarían siempre ante el peligro cierto de una reconquista. Pero, al mismo tiempo, lo obligaba a un drástico cambio en los planes: para emprender la expedición al Perú, previamente había que liberar una vez más a Chile. En lo inmediato, había que salvar a la mayor cantidad posible de patriotas chilenos, asegurando su cruce de la cordillera, y al mismo tiempo, poner en pie de guerra a toda la gobernación ante lo que en ese momento era una amenaza inminente: que tras dominar Chile los realistas decidiesen invadir Cuyo.

La hospitalidad de los cuyanos

El general recordaba años más tarde:

> En 1814 me hallaba de gobernador de Mendoza; la pérdida de Chile dejaba en peligro la provincia de mi mando; yo la puse en estado de defensa hasta que llegase la ocasión de tomar la ofensiva. Mis recursos eran escasos, y apenas tenía un embrión de ejército; pero conocí la buena voluntad de los cuyanos, y emprendí a formarlo bajo un plan que hiciera ver hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas. [335]

Ante las primeras noticias de lo ocurrido, San Martín envió un oficio al Cabildo de Mendoza en el que lo decía con todas las letras:

> Es indispensable proteger por todos [los] medios a nuestros hermanos desgraciados que han abandonado sus hogares con los últimos sucesos de Chile. La pronta fuga no puede haberles dado lugar a extraer todo lo

> necesario para su comodidad, y de consiguiente debe tomar este Gobierno las medidas conducentes a proporcionárselo. [336]

Para ello, le ordenaba al Cabildo organizar el alojamiento de los refugiados y que velase por el cumplimiento de esa orden. Al mismo tiempo, envió a Uspallata, por donde comenzaban a llegar los primeros exiliados chilenos, un millar de mulas cargadas con víveres para atender sus necesidades, y dio órdenes a la división de Auxiliares Argentinos, comandada por Las Heras, para que cubriese su retaguardia de la persecución realista. Cerca de 2.000 chilenos, de los cuales solo 700 eran soldados, cruzaron la cordillera en esos días huyendo de la brutal represión desatada por el jefe español Mariano Osorio, en la que proliferaban los saqueos, los incendios y fusilamientos de poblaciones enteras, sin importar la edad ni el sexo de las víctimas.

San Martín reiteró su clamoroso llamamiento diciendo:

> Chile ha caído —generosos hijos de Cuyo—, sus habitantes, sus familias enteras, con ancianos, mujeres y niños, vienen por las ásperas cordilleras buscando en vuestros brazos cómo salvarse de la saña y la barbarie de los enemigos de la independencia argentina: venid conmigo y corramos a darles el auxilio de la hospitalidad, mientras nos armamos y les llevamos el de nuestros soldados, para reponerlos en la posesión del suelo de que los extranjeros pretenden despojarlos. Sea esa la gloria de Cuyo. [337]

La interna del exilio chileno

Un problema serio que planteaba la derrota eran las divisiones entre los patriotas chilenos, que habían surgido casi desde los comienzos del movimiento revolucionario, y que para entonces se manifestaban entre los partidarios de José Miguel Carrera y los de Bernardo O'Higgins.

Los dos eran hombres vinculados a los planes de emancipación continental. O'Higgins había conocido a Francisco de Miranda en Londres, en 1798, y desde entonces se había plegado a la causa independentista. Enviado por la Gran Reunión Americana, desde 1802 estaba de regreso en Chile, donde con otros jóvenes organizó una red clandestina para difundir las ideas de Miranda, que contribuyó a la revolución iniciada en septiembre de 1810. Por su parte, Carrera había luchado en España contra la invasión napoleónica entre 1808 y 1811, y al igual que San Martín y Alvear, a quienes había conocido en Cádiz, pidió la baja y, en Londres, se sumó a la Logia de Caballeros Racionales. En abril de 1811 se embarcó de regreso a Chile, adonde llegó en julio de ese año y, para diciembre, se había convertido en el «hombre fuerte» de la Patria Vieja. [338] Aunque los patriotas se unieron ante la invasión realista, las disensiones no desaparecieron y se agravaron con Rancagua. Así, divididos y responsabilizándose recíprocamente por la derrota, comenzaron a llegar los refugiados chilenos a Mendoza.

San Martín decidió ir personalmente a su encuentro, al pie de la cordillera. Al principio, como hermano de Logia de Carrera, pero muy afín con los puntos de vista de O'Higgins, [339] intentó conciliar posiciones. Pero se topó con una actitud que, en la práctica, significaba desconocer su autoridad como gobernante de Cuyo. Así se lo informaba al director Posadas:

> Por el adjunto oficio que en copia nº 1 tengo el honor de acompañar a V. E., verá V. E. que el Brigadier Don José Miguel Carrera, a su arribo a esta capital de mi mando, quiso se le declarase el mando absoluto en las tropas emigradas después de suponer una porción de hechos falsos que se ven desvanecidos con mi contestación que en el nº 2 igualmente acompaño. Ya he dicho a V. E. el odio general que por su mala comportación se ha arrastrado, y la determinación que la misma seguridad de él y tranquilidad del pueblo me ha hecho tomar, intimándole salga hasta la de San Luis a esperar órdenes de V. E. Espero que sea de la aprobación de V. E. esta medida, emanada solo de mi buen deseo. [340]

El primer oficio cuya copia acompañaba esa nota era uno enviado por Carrera a San Martín, en el que responsabilizaba de la derrota de Rancagua a «oficiales ignorantes, facciosos e ingratos a su país» y se quejaba de que, al llegar a Mendoza, «conocí que mi autoridad y mi empleo eran atropellados; se daban órdenes a mis subalternos, y se hacía a mi vista y sin mi anuencia cuanto me era privativo». La copia «nº 2» era la respuesta de San Martín a Carrera:

> Nadie daba órdenes más que el Gobernador Intendente de esta provincia; a mí llegada a Uspallata las repartí porque estaba en mi jurisdicción: una caterva de soldados dispersos cometía los mayores excesos, se saqueaban los víveres, y se tomaban con un desorden escandaloso los recursos que remitía este Gobierno para nuestros hermanos los emigrados. Los robos eran multiplicados, y en este estado mandé reunir a los soldados dispersos, bajo las órdenes del General de Chile Don B. O'Higgins, y otros oficiales del mismo Estado. Vuestra Señoría no se hallaba presente, y aun en este caso estaba en mí deber contener a una muchedumbre que se hallaba en la comprensión de mi mando. […] Vuestra Señoría y demás individuos han sido recibidos como hermanos desgraciados, para los que han empleado todos los medios posibles a fin de hacerles más llevadera su situación. […] Nadie ataca el honor de Vuestra Señoría y yo me guardaré bien de separarme de las leyes que deben regirme, porque soy responsable de mis operaciones a un Gobierno justo y equitativo, así como no permitiré que nadie se atreva a recomendarme mis deberes. [341]

Se había desatado un conflicto de imprevisibles consecuencias que solo beneficiaría a los enemigos de la patria.

En esos días, partidarios de los Carrera hicieron correr entre los peones chilenos de las haciendas mendocinas el rumor de que el Directorio pensaba reclutarlos en masa y enviarlos a Buenos Aires. También le llegó la información a San Martín de que habían enviado dos mensajeros a Chile, lo que le hizo temer que estuvieran negociando en secreto con los realistas. [342] Así las cosas, San Martín decidió cortar por lo sano y enviar a los Carrera a Buenos Aires, para que el gobierno de las Provincias Unidas resolviese la cuestión, al tiempo que ordenaba:

> Todos los emigrados quedan bajo la protección del gobierno de las Provincias Unidas, como debían haber estado desde que pisaron su territorio, quedando libres de toda obligación respecto de una autoridad extraña que ha caducado. Ya no tiene V. S., ni los vocales que componían aquel gobierno, más representación que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad que la de cualquier emigrado, por cuya razón y no debiendo existir ningún mando sino el del Supremo Director o el que emane de él, le

> prevengo que en perentorio término de diez minutos entregue V. S. al ayudante que conduce este, la orden para que las tropas que se hallan en el Cuartel de Caridad, se pongan a las inmediatas del Comandante General de Armas, D. Marcos Balcarce. La menor contravención, protesta o demora a esta providencia, me lo hará reputar a V. S. no como a un enemigo, sino como a un infractor de las sagradas leyes de este país. Dios guarde a V. S. muchos años. Mendoza, 30 de octubre de 1814 - José de San Martín. [343]

Para hacer cumplir esa orden, San Martín debió recurrir a la fuerza: hizo rodear el campamento de Carrera, intimándolo a acatarlo incondicionalmente.

Ya en Buenos Aires, uno de los hermanos Carrera, Luis Florencio, tuvo una violenta discusión política con su compatriota de origen irlandés, el brigadier Mackenna, que le costó la vida a este último en un duelo que se llevó a cabo en la quinta de Horne. El cuerpo de Mackenna apareció cerca del Riachuelo. Luis Florencio fue encarcelado pero al poco tiempo salió en libertad por pedido de Carlos María de Alvear, hombre fuerte de Buenos Aires, sobrino del director Posadas, enemigo de San Martín y desde ahora, socio y amigo de Carrera. [344]

La heroica resistencia

En ese complicado clima político, el principal peligro era que los realistas emprendieran el cruce de la cordillera para invadir las Provincias Unidas. Toda la temporada en que los pasos estaban abiertos, en los meses de la primavera y el verano de 1814 y 1815, ese temor estuvo latente y las fuerzas con que se los podía enfrentar eran escasas y apenas si contaban con armamento. Lo que en definitiva se convertiría en la base del Ejército de los Andes, comenzó a formarse ya en los últimos meses de 1814, con las medidas para movilizar al pueblo cuyano en defensa de su propio suelo.

Para hacerlo, no contaban más que con sus propios recursos, que eran muy limitados. A fines de 1814, las milicias cuyanas, unos 900 hombres en las tres provincias, apenas si estaban equipadas y entrenadas. El principal cuerpo armado, los 200 miembros de la división auxiliar que había vuelto a las órdenes de Las Heras, más otros tantos expatriados chilenos que se pusieron a las órdenes de O'Higgins, debían ser reforzados con nuevos reclutas, a los que había que equipar. San Martín, desde fines de 1814, pidió refuerzos, incluidos por lo menos 150 granaderos. [345] Pero las prioridades del gobierno en Buenos Aires eran otras: principalmente, la guerra civil que venía librando en el Litoral contra el federalismo artiguista, que cuestionaba radicalmente la base ideológica y material del poder porteño y, en menor medida, en el Ejército del Norte.

El Estado como agente de la economía

Tampoco las cuentas eran favorables. Desde 1810, el «librecambio» impuesto por los intereses porteños había perjudicado la actividad vitivinícola cuyana al abrir a la competencia extranjera el principal mercado de los vinos mendocinos y los aguardientes sanjuaninos. Para compensar esa pérdida, el tradicional mercado chileno, abierto al ingreso de ganado en pie, harinas y frutas secas, entre otros productos, había cobrado nuevo impulso. Buena parte de los recursos fiscales de Cuyo provenían ahora del comercio trasandino. Pero con la caída de Chile en manos del enemigo, también esa fuente de ingresos se cerró, y San Martín se vio obligado a adoptar una «economía de guerra», para obtener recursos de donde pudiera y reducir los gastos al mínimo indispensable.

Para llevarla adelante y no morir en el intento, emprendió una política que significaba movilizar y unir a la población, combinando la defensa de los intereses locales ante el gobierno central con la necesidad de hacer frente al peligro realista y distribuir de la manera más pareja posible el esfuerzo. En 1814, ante la falta de fondos para cubrir los gastos, tomó decisiones que dejaron en claro a los cuyanos cuáles eran las prioridades de su nuevo gobernador. Debía remitir a Buenos Aires lo recaudado por un «derecho extraordinario de guerra», establecido por el gobierno central, que gravaba los productos cuyanos con el supuesto fin, según se establecía en los papeles, de comprar mulas para el Ejército del Norte. También tenía que mandar a Córdoba, sede del obispado del que seguía dependiendo Cuyo, el diezmo eclesiástico. San Martín decidió hacerse de esos fondos para aplicarlos a los gastos cuyanos. Estas medidas de emergencia, que aliviaban solo temporariamente la situación, le permitieron pagar las cuentas pendientes y cerrar ese difícil año sin imponer más sacrificios a la población.

Un gobierno ejemplar

Al año siguiente, cuando tuvo que establecer una «contribución extraordinaria de guerra», la fijó como un impuesto a la riqueza, a razón de medio peso por cada mil de bienes declarados. Así, la contribución recaía más sobre los más ricos, lo que era toda una novedad en el sistema impositivo vigente desde la colonia, cuyos principales rubros eran los que gravaban las operaciones comerciales y se trasladaban a los precios, perjudicando particularmente a los pobres.

Entre la extraordinaria y extensa obra de gobierno de San Martín en Cuyo cabe destacar los siguientes puntos, algunos de los cuales ampliaré más adelante:

- Expropió las propiedades de los españoles prófugos y declaró de patrimonio público los bienes de los españoles muertos sin testar.
- Gravó con un peso cada barril de vino y con dos, los de aguardiente que se vendieran fuera del territorio.

- Estableció un laboratorio de salitre y una fábrica de pólvora y un taller de confección de paños para vestir a sus soldados.
- Creó canales, desagües, caminos y postas y mejoró los ya existentes.
- Construyó el bello paseo de la Alameda y embelleció la ciudad de Mendoza.
- Impulsó planes de fomento agrícola, que incluyeron la venta de tierras públicas que hasta entonces no eran cultivadas, en la zona de Barriales (actual General San Martín), en la provincia de Mendoza, y en Pocito, provincia de San Juan.
- En Barriales, además de propiciar la colonización de un pueblo, se construyó un canal de riego siguiendo la notable tradición de los habitantes originarios de la región, los huarpes. El propio San Martín, en octubre de 1816, adquirió 50 cuadras en esa zona, donde estableció una chacra. [346]
- En Pocito, la medida fue tomada por el teniente de gobernador sanjuanino, José Ignacio de la Roza, quien hizo dividir parcelas de quintas y chacras, que también se completarían con las obras del primer canal matriz de riego, que permitiría incorporar a la producción tierras en lo que entonces era el departamento de Angaco (actuales Albardón, Angaco y San Martín). [347]
- Las tierras incorporadas a la producción se destinaron principalmente a cultivos de alfalfa (vinculados a la actividad ganadera) y de trigo. En los años siguientes, los intentos por introducir el cultivo del tabaco en San Juan y la plantación de moreras en Mendoza, con vistas a iniciar la cría de gusanos de seda, fueron parte de una búsqueda de alternativas a las dificultades que afectaban la producción vitivinícola.
- Fundó, de la mano de fray Luis Beltrán (como veremos en el capítulo siguiente), la metalurgia a nivel nacional, indispensable para fabricar las armas del ejército. La fragua y los talleres montados en Mendoza fueron, en su tiempo, el mayor establecimiento industrial con que contó el actual territorio argentino: unos 700 operarios trabajaban en ellos.
- Organizó y reglamentó el servicio de correos y de policía; empleó a los desocupados en el blanqueo de las casas y en el cuidado de la ciudad.
- Dictó la primera ley protectora a nivel nacional de los derechos del peón rural, obligando a los patrones a certificar por escrito el pago en tiempo y forma de su salario.
- Fomentó la salud y la educación para todos.
- Reglamentó el sistema carcelario.
- Prohibió los castigos corporales que se aplicaban a los niños en las escuelas.
- Promovió la primera ley de protección a un producto nacional, el vino cuyano.

Su acción no tenía límite ni se frenaba ante ningún poder terrenal o eclesiástico. Tenía un afinado servicio de inteligencia que lo mantenía al tanto de todo lo que pasaba en su jurisdicción. Así pudo enterarse de que el padre Manuel Benavídez estaba extorsionando al vecino Francisco Javier Guiñazú, amenazándolo con denunciarlo como colaborador de los españoles. San Martín sabía que Guiñazú era un patriota y dictó el siguiente decreto ejemplificador:

> Resultando los antecedentes de un falso calumniante, ordeno que el padre fray Manuel Benavídez salga inmediatamente de esta ciudad para San Juan a disposición del prelado del convento de su orden, a quien se oficiará que vele sobre su conducta con apercibimiento que en el menor desliz en lo sucesivo se le aplicarán las penas de la ley, considerándosele el hombre más prostituido en su corazón indigno de cargar el hábito que profana. [348]

La política de San Martín le ganó el afecto de los auténticos patriotas de todas las clases y la resistencia de no pocos poderosos criollos y españoles, a los que no les gustaba para nada este «excesivo» intervencionismo estatal. A estos, San Martín les recordaba:

> Cuando América por un rasgo de virtud sublime quebrantó las cadenas de la opresión peninsular, juró a la patria sacrificarlo todo por arribar al triunfo de aquel glorioso empeño. Así es que desde entonces debió desaparecer entre nosotros el ocio, la indiferencia, la molicie y todo cuanto podía enervar la fuerza de aquella valiente resolución. Consecuente a esto, la actividad, la dureza de la vida armada, es el verdadero carácter que debe distinguirnos. No es suficiente el sacrificio de nuestra fortuna. Es preciso dar el sosiego, nuestra existencia misma. [349]

San Martín y el vino cuyano

San Martín tenía la suficiente claridad política, no muy frecuente en esos tiempos de guerra, para comprender que sin el fortalecimiento de la economía cuyana eran escasas las posibilidades de contar en poco tiempo con recursos suficientes para defender a la gobernación de un ataque realista y pasar a la ofensiva con su proyecto libertador. Y al igual que su querido amigo y compañero Manuel Belgrano, era un defensor de nuestra producción nacional.

San Martín, recordaba Manuel Pueyrredón, era

> gran conocedor de vinos y se complacía en hacer comparaciones entre los diferentes vinos de Europa, pero particularmente de los de España, que nombraba uno por uno describiendo sus diferencias, los lugares en que se producían y la calidad de terrenos en que se cultivaban las viñas. Estas conversaciones, promovía especialmente cuando había algún vecino de Mendoza o San Juan, y sospecho que lo hacía como por una lección a la industria vinariega a que por lo general se dedican en esos pueblos. [350]

Una anécdota ocurrida años después, [351] narrada por el cercano colaborador de San Martín, Manuel de Olazábal, [352] pinta de cuerpo entero la actitud con que San Martín defendía los productos locales frente a la competencia extranjera:

> En el momento en que entré, me preguntó: «¿A que no adivina usted lo que estoy haciendo? Hoy tendré a la mesa a Mosquera, Arcos y a usted, [353] y a los postres pediré estas botellas y usted verá lo que somos los americanos, que en todo damos preferencia al extranjero. A estas botellas de vino de Málaga, les he puesto "de Mendoza", y a las de aquí, "de Málaga"». Efectivamente, después de la comida, San Martín pidió los vinos diciendo: «Vamos a ver si están ustedes conformes conmigo sobre la supremacía de mi Mendocino». Se sirvió primero el de Málaga con el rótulo «Mendoza». Los convidados dijeron, a lo más, que era un rico vino pero que le faltaba fragancia. Enseguida, se llenaron nuevas copas con el del letrero «Málaga», pero que era de Mendoza. Al momento prorrumpieron los dos diciendo: «¡Oh!, hay una inmensa diferencia, esto es exquisito, no hay punto de comparación…». El general soltó la risa y les lanzó: «Caballeros, ustedes de vinos no entienden un diablo, y se dejan alucinar por rótulos extranjeros». Y enseguida les contó la trampa que había hecho. [354]

Pero la cuestión no quedó en el terreno anecdótico. Como gobernador, San Martín apoyó los reclamos de los cabildos cuyanos, luego defendidos por el diputado mendocino ante el Congreso de Tucumán y operador político de San Martín, Tomás Godoy Cruz, para que el Directorio bajase los muy altos impuestos y derechos de tránsito que gravaban la producción local de vinos, aguardientes y frutas secas. [355]

Señala Maurín Navarro:

Los vinos y aguardientes de Cuyo, decía Godoy Cruz, a pesar de los aumentos de los derechos a los extranjeros, eran perjudicados por la concurrencia de estos últimos, agregando el diputado por Mendoza que la medida solicitada era universalmente adoptada por las distintas naciones para fomentar la industria nacional y que, a favor de la protección, llegarían a superar la calidad y desalojar los vinos del exterior. Al referirse a los derechos de exportación que percibía la Aduana de Buenos Aires expresaba que una parte de los vinos de Cuyo se exportaban a Montevideo y Brasil, en cuyo casos los derechos de exportación recaían sobre los productos nacionales, cosa reprobada en los buenos principios de economía. [356]

Como signo de los intereses que predominaban en el Directorio, el proyecto fue rechazado por el Congreso, ya establecido en Buenos Aires. El diputado José Malabia, [357] al fundamentar ese rechazo, sostuvo dos argumentos: que las cargas internas y los derechos de exportación eran necesarios para el tesoro nacional, «destinado a emplearse en utilidad y beneficio de todas las provincias», y que la manera más eficaz para mejorar la calidad de los productos nacionales era la competencia con los importados. [358]

En igual sentido se manifestaron los comerciantes del Consulado y una «comisión de árbitros» consultados en 1817 por el director Pueyrredón, en estos liberales términos que les sonarán familiares a los lectores:

Que si bien los cuyanos han sufrido quebrantos como consecuencia de los donativos y anticipaciones que hicieron generosamente al glorioso Ejército de los Andes, no debe concederse la prohibición de introducir caldos extranjeros por las siguientes razones:

1º los derechos que pagan los caldos extranjeros son excesivamente altos;

2º el sistema liberal se opone a prescribir artículos de comercio;

3º los caldos nacionales son de inferior calidad y no pueden reemplazar a los importados;

4º los caldos cuyanos no conseguirán la exclusividad del mercado, aunque se prohibiesen los extranjeros, porque el contrabando de estos artículos no tendría límites;

5º si se prohibiese la importación, dejaría el Estado de percibir las ingentes sumas que le producen en la actualidad. [359]

Como bien señalaba Godoy Cruz, esas actitudes no hacían más que avivar las rivalidades internas, lo que en pocos años se hizo más evidente con la disolución de las autoridades nacionales y el largo período de guerras civiles, que se prolongó durante buena parte del siglo XIX.

La educación como un derecho humano

San Martín fundó escuelas y bibliotecas, porque la educación popular era una prioridad para cambiar las cosas en serio. Así lo expresaba en esta notable circular dirigida a los preceptores de las escuelas públicas cuyanas, firmada el 17 de octubre de 1815:

La educación forma el espíritu de hombres. La naturaleza misma, el genio, la índole, ceden a la acción

fuerte de este admirable resorte de la sociedad. A ella han debido siempre las naciones las varias alternativas de su política. La libertad, ídolo de los pueblos libres, es aún despreciada de los siervos porque no la conocen. Nosotros palpamos con dolor esta verdad. La independencia americana habría sido obra de momentos, si la infame educación española no hubiera enervado en la mayor parte nuestro genio. Pero aún hay tiempo. Los pobladores del nuevo mundo son susceptibles de las mejores luces. El destino de preceptor de primeras letras que Ud. ocupa le obliga íntimamente a ministrar estas ideas a sus alumnos. Recuerde Ud. que esos tiernos renuevos dirigidos por mano maestra formarán algún día una nación culta, libre y gloriosa. El gobierno le impone el mayor esmero y vigilancia en inspirarles al patriotismo, y virtudes cívicas, haciéndoles entender en lo posible que ya no pertenecen al suelo de una colonia miserable, sino a un pueblo liberal y virtuoso. [360]

Fundó, con la colaboración de Godoy Cruz, el primer colegio secundario de Mendoza, el de la Santísima Trinidad, que fue inaugurado el 17 de noviembre de 1817 bajo la dirección del padre José Lorenzo Güiraldes. Su plan de estudios estaba basado en el del Instituto Nacional de Francia, y en una primera etapa incluía materias como filosofía, física, matemática, historia, geografía, dibujo, nociones de derecho. Tiempo después se incorporaron las matemáticas superiores, la arquitectura civil, militar e hidráulica. A pesar de su nombre, el colegio no incluía en su programa la teología como materia especial. [361]

San Martín le escribía en este sentido al comandante José Godoy:

Un establecimiento tan útil a que las luces del siglo impelen a todo pueblo culto no podía confiarse a otras manos [que] a las de estos verdaderos amantes del bien público. Yo espero que terminadas las inevitables alteraciones de la guerra adquirirá la obra todo su cumplimiento. Pero ínterin llega ese tiempo de serenidad provengo a ustedes que después de reintegrados de los sesenta y seis pesos, resto de la cantidad que han suplido a los fondos, tengan la bondad de erogar las entradas sucesivas (sin prejuicio de los capitales) a favor de la manutención del Ejército. Promoviendo al mismo tiempo el dejar la casa (no obstante que sirve de cuartel) con la teja que aún existe. Ustedes conocen demasiado el espíritu que mueve al gobierno para esta providencia. Primero es ser que obrar. Las armas nos dan por ahora la existencia. Asegurada esta por los esfuerzos militares, podremos entonces dedicarnos al interesante cultivo de las letras, que ahora la guerra y escasez suma de recursos paralizan desgraciadamente. [362]

El Cabildo mendocino al anunciar la noticia, declaraba que «si el guerrero ha sido el instrumento necesario para salvar la nación en las crisis peligrosas, el sabio debe serlo para constituirla estable y brillante en las delicias de la tranquilidad». E instaba: «Demos a la Patria hombres útiles en todos los ramos y su prosperidad será indudable y permanente […]. Padres de familia: la educación es el mejor patrimonio que en herencia podéis dejar a vuestros hijos». [363]

En agosto de 1817, San Martín decidió ceder una parte de la renta de la finca que le había donado el Cabildo mendocino para aumentar la calidad educativa del Colegio:

Convengo en que la asignación del tercio de los productos de la finca que se me ha donado se aplique al Colegio; pero con calidad que sea para la dotación de una cátedra de matemáticas y geografía. V. S. sabe que estas dos facultades son la llave de la verdadera ilustración; porque sin ellas la historia y la crítica serán un adorno puramente superficial; y el teólogo, el jurista y el filósofo nada valen si carecen del conocimiento y cronología de los sucesos con el grande arte de compararlos y darles aquella colocación precisa, profunda y discreta que solo pueden inspirar las matemáticas. [364]

Nada de castigos corporales

San Martín prohibió aplicar castigos corporales a los alumnos de las escuelas y debatió con el Cabildo de Mendoza, que insistía a pedido de algunos «maestros» en su aplicación, a pesar de que la Asamblea del año XIII los había prohibido. Los cabildantes le enviaron a San Martín un oficio en el que le decían que los alumnos «se hallan en el caso de absoluta incorrección y desenfreno, por lo que parece al Cabildo muy conveniente que V. S. permita la pena de azotes». [365]

El gobernador San Martín no se anduvo con vueltas y les contestó con toda su ironía y genialidad a los cultores de «la letra con sangre entra»: «Siendo el trasero una parte corporal y a los ojos modestos muy mal quista, donde se pretende castigar, cuando no puede ser oída, ni puede ser vista, declaro no ha lugar. Solo se concede al suplicante dar doce azotes a lo sumo en la palma de la mano con el guante». [366] Los maestros que violasen esta norma recibirían durísimos castigos; eso sí, no se aclaraba dónde.

Pionero de la salud pública

San Martín tenía muy claro que el Estado debía atender a la salud de la población. El 17 de diciembre de 1814, cuando el peligro de un ataque realista desde Chile era inminente, se tomó el tiempo para firmar un bando que establecía la vacunación obligatoria contra la viruela, con estos fundamentos:

> Uno de los primeros cuidados del gobierno debe ser el aumento de la población y conservación de los habitantes del Hemisferio Americano para que haya brazos suficientes al cultivo de la agricultura y ejercicio de las artes y comercio, al mismo tiempo que no falten quienes presenten sus pechos al tirano que intenta oprimir los sagrados derechos de nuestra civil libertad que con gloria sostenemos. [367]

Por el mismo bando se creaba una junta sanitaria compuesta por facultativos y se les ordenaba a los sacerdotes actuar como enfermeros.

Al año siguiente, creó juntas para inspeccionar los hospitales cuyanos, que además de las condiciones de atención debían fiscalizar el uso de los fondos.

La reforma del régimen carcelario

Ese ideario también alcanzaba al sistema carcelario. Dictó un reglamento sobre orden, higiene y visitas, y dispuso la construcción de un nuevo establecimiento. San Martín, que como todos los jefes militares de entonces no dudaba en aplicar duros castigos a desertores y enemigos de la revolución, lejos estaba de compartir los criterios de los partidarios de la «mano dura». En los considerandos del reglamento, del 23 de marzo de 1816, decía:

> Me ha conmovido la noticia que acabo de oír de que a los infelices encarcelados no se les suministra sino una comida cada veinticuatro horas. La transmito a Vuestra Soberanía sin embargo del feriado, para que penetrado de iguales sentimientos propios de su conmiseración, se sirva disponer se les proporcione cena a horas que no altere el régimen de la cárcel.
>
> Aquel escaso alimento no puede conservar a unos hombres, que no dejan de serlo por considerarles delincuentes. Muchos de ellos sufren un arresto precautorio solo en clase de reos presuntos. Las cárceles no son un castigo, sino el depósito que asegura al que deba recibirlo. Y ya que las nuestras, por la estúpida educación española, están muy lejos de equipararse a la policía admirable que brilla en las de los países cultos, hagamos lo posible por llegar a imitarlas. Conozca el mundo que el genio americano abjura con horror las crueles actitudes de sus antiguos opresores y que el nuevo aire de libertad que empieza a respirarse extiende un benigno influjo a todas las clases del Estado. [368]

Una Alianza non sancta

La amenaza de reconquista era una realidad cercana por la presencia realista en Chile, y se agudizaba por las noticias llegadas del otro lado del Atlántico. Para entonces, Europa vivía una oleada reaccionaria, a caballo de las derrotas de los ejércitos napoleónicos. Asociados mucho más por los intereses materiales que los unían que por comunidad espiritual, los autodenominados «nobles» y el poder eclesiástico se disponían a recuperar los privilegios perdidos a partir de la Revolución Francesa y a reimplantar el absolutismo que tantas satisfacciones terrenales les había dado. Poco antes de la derrota final de Napoleón, en septiembre de 1814, los representantes de Austria, Rusia, Prusia e Inglaterra se reunieron en el Congreso de Viena para debatir el modo de «restaurar» el viejo «orden», es decir, el sistema social y político anterior a 1789, y atemorizar a los revolucionarios de todas las latitudes. En aquel célebre congreso, pudo oírse la voz de uno de sus principales animadores, el ultraconservador Metternich, proclamando:

> Ningún gobierno puede atribuirse el derecho a intervenir en los asuntos de otro Estado independiente. El derecho de intervención bien entendido se extiende únicamente a los casos extremos en los cuales, a causa de revoluciones violentas, el orden público se halla tan quebrantado en un Estado que el gobierno pierde la fuerza […]. En este estado de cosas, el derecho de intervención corresponde de forma tan clara e indudable a todo gobierno expuesto a los peligros de ser arrastrado por el torrente revolucionario como a un particular le corresponde el derecho de extinguir el fuego de una casa próxima para impedir que alcance a la suya. [369]

Esa restauración, que ya había comenzado con la instalación del indeseable Fernando VII en el trono español, incluía un punto de «honor» para los contrarrevolucionarios reunidos en Viena: poner fin a las revoluciones americanas, que eran parte cada vez más notoria del descalabro de ese viejo «orden» a escala mundial. En septiembre de 1815, luego de la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo, los monarcas de Austria, Prusia y Rusia firmaron un pacto non sancto, conocido como la «Santa Alianza», cuyo punto central era asegurar la vuelta del absolutismo y combatir todo intento revolucionario que cuestionara el poder de los reyes.

Fernando, definido como «el más despreciable de los hombres» por el escritor español Benito Pérez Galdós, había pasado muy cómodamente su «prisión» mientras su pueblo se desangraba en la guerra contra los franceses. Apenas reinstalado en su trono, no tuvo ningún problema de conciencia al aplastar tan pronto como pudo a quienes habían luchado por su regreso. Derogó la Constitución liberal que las Cortes habían aprobado en 1812 y se dispuso a recuperar, a sangre y fuego, «sus» territorios americanos, sobre todo después de leer un informe de las Cortes, según el cual la metrópoli recaudaba al año: en México, 2,5 millones de pesos; en Nueva Granada, 4 millones; en Venezuela, 1 millón; en el Perú, 15 millones y en Buenos Aires, el foco rebelde invicto y perdurable, 12,5 millones de pesos.

Para ello pidió el apoyo de la non sancta Alianza absolutista, aunque sus gestiones para obtener tropas de otras potencias europeas para su «cruzada» fracasaron, ante la oposición del gobierno británico, que, *business are business*, según vimos en el capítulo anterior, prefería seguir su juego diplomático a varias puntas, que le venía redituando excelentes negocios a los capitales de su país.

Los efectos de la ola reaccionaria pronto se hicieron sentir en América. En una carta a San Martín del 18 de julio de 1814, un aterrorizado Posadas se lamentaba amargamente:

> El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo: expiró su imperio […] y nos ha dejado en los cuernos del toro. Nuestra situación política ha variado mucho y por consiguiente deben también variar nuestras futuras medidas. [370]

El pánico de Posadas provenía de la noticia de que Fernando VII organizaba una expedición de 10.000 hombres destinada al Río de la Plata. Pero la toma de Montevideo, completada en junio de 1814, obligaría a un cambio de planes. Al mando del general Pablo Morillo, esa fuerza finalmente sería enviada al norte de Sudamérica para derrotar a los revolucionarios bolivarianos de las actuales Colombia, Venezuela y Ecuador. En México, el líder revolucionario de los indígenas, José María Morelos, también sería vencido y fusilado.

Ante el peligro, los hombres del Directorio no encontraron mejor salida que emprender esa «variación» de la que hablaba Posadas. Belgrano y Rivadavia fueron enviados a una misión imposible para negociar en Europa la coronación en el Río de

la Plata de un príncipe, en lo posible de la familia Borbón. Más aún, sus instrucciones, inspiradas por Alvear y Posadas, incluían pedir audiencia en la corte de Madrid, para felicitar a Fernando VII por su regreso.

La breve dictadura de Alvear

El jefe de la Logia se hizo nombrar por su tío, general en jefe del Ejército del Norte, que se preparaba para emprender una tercera campaña al Alto Perú. Se repetía, corregida y aumentada, la jugada que había sufrido Rondeau meses antes, cuando luego de más de dos años de dirigir las fuerzas sitiadoras de Montevideo, a último momento había sido reemplazado por el «preferido de la fortuna», Alvear, que se cubrió de gloria con la toma del bastión realista del Río de la Plata. Pero esta vez, el joven general de veinticinco años no pudo ir más allá de la jurisdicción de Córdoba. Al enterarse de la novedad, los oficiales del Ejército del Norte se amotinaron, rechazaron tajantemente el cambio de mando y le hicieron saber que su presencia en Tucumán no sería bienvenida. Afectado en su autoridad, Posadas presentó su renuncia, y la Asamblea tuvo la curiosa ocurrencia de designar en su reemplazo nada menos que…, sí, a Alvear, recién llegado a Buenos Aires tras el rechazo de sus camaradas de armas, en enero de 1815.

En efecto, los dirigentes porteños cerraron filas alrededor de su «hombre fuerte», Carlos de Alvear. Era un muchacho que aún no había cumplido los veintiséis años y andaba escaso de modestia, como lo ejemplifica este diálogo que mantuvo con Posadas: «Tío, soy joven, rico, bien parecido, elocuente, tengo genio y hasta he alcanzado glorias. ¿Qué me falta para lograr el éxito?». Su tío lo miró y le contestó con una sola palabra: «Juicio». [371]

Sus primeras medidas al asumir en persona el gobierno mostraban, a la vez, la necesidad de la dirigencia porteña de ganar tiempo y su intención de seguir concentrando el poder. Por un lado, la Asamblea envió una delegación a negociar el restablecimiento de buenas relaciones con Rondeau y la oficialidad amotinada. Por otro, el gobierno decidió evacuar Montevideo, dejándolo así en manos de Artigas, con quien entabló negociaciones que el jefe oriental rechazaría de plano: se le ofrecía reconocer su autoridad en la Banda Oriental, como entidad independiente de las demás Provincias Unidas.

Los autodenominados historiadores serios de nuestro país, herederos de la tradición liberal, tienen un problema con el uso de la palabra *dictadura*. Hasta no hace muchos años, no aparecía así denominada la más tremenda que sufrió la sociedad argentina entre 1976 y 1983, a la que llamaban por el nombre que le habían dado los asesinos civiles y militares que la concibieron y ejecutaron: «Proceso de Reorganización Nacional». Sin embargo, la palabra *dictadura* estaba casi

exclusivamente reservada para el gobierno de Rosas y, obviamente, ni se les ocurre utilizarla para sus queridos generales Lavalle y Alvear.

Si no es dictadura un gobierno como el de Alvear, que implantó una rígida censura a la prensa e instaló el delito de opinión, que incluía entre las penas el fusilamiento, ¿qué es?

Fue además un gobierno profundamente antipopular, que aplicó impuestos regresivos sobre los consumos básicos de la población, como la carne, el trigo y el pan y, como si todo esto fuera poco, como veremos, intentó desplazar a San Martín del gobierno de Cuyo y entregar nuestro país a la corona británica.

La provocación de Alvear

Alvear decidió impulsar una reorganización militar en tres ejércitos: Norte, Banda Oriental y Buenos Aires. Este último, bajo su mando directo, incluía las fuerzas del Litoral, Córdoba y Cuyo, lo que implicaba que San Martín pasaba a ser un subordinado militar de su declarado enemigo.

Obviamente, San Martín no podía aceptar esta decisión porque sabía que era una maniobra en su contra. Presentó un pedido de cuatro meses de licencia por razones de salud. Es posible que la noticia del nombramiento de Alvear le haya reavivado las úlceras que ya había sufrido en el Norte, pero los acontecimientos siguieron un rumbo inesperado. Alvear aceptó la solicitud de inmediato, la extendió por tiempo indeterminado y envió a uno de sus hombres, Gregorio Ignacio Perdriel, a hacerse cargo del gobierno de Cuyo.

Levantamiento popular en Cuyo

La llegada del sustituto de San Martín provocó un verdadero levantamiento popular en Mendoza. Los vecinos comenzaron a movilizarse hacia el Cabildo y a pegar carteles en las paredes con la inscripción «Queremos a San Martín» y «Fuera Perdriel». En los fogones se escuchaban tonaditas cuyanas con letras como esta:

> *Quiere el pueblo a San Martín*
> *Alvear manda a Perdriel*
> *Más si este viene a Mendoza*
> *Nos cagaremos en él.* [372]

En un Cabildo Abierto convocado de urgencia por el vecindario a instancias de Tomás Godoy Cruz y Manuel Ignacio Molina, se resolvió desconocer a Perdriel y solicitar al director Alvear

> la continuación en el mando del actual jefe, el señor coronel don José de San Martín, por la necesidad que contempla de su persona en las actuales circunstancias y porque así ha creído que convenía a la seguridad del Estado y a la tranquilidad de este país, que se halla inmediatamente amenazado por el conquistador de Chile. [373]

San Martín, que jugaba una fuerte carta política, trató de calmar los ánimos, pero la movilización popular crecía pareja a la decisión indeclinable de no aceptar su alejamiento y mucho menos la asunción de su reemplazante.

Perdriel, con el apoyo de su asesor letrado, el alvearista José María García, insistió en asumir y le exigió a San Martín que reprimiera al pueblo y lo expulsase de la plaza. El gobernador legítimo se negó rotundamente, pero se ofreció a acompañarlo en la ceremonia de asunción. Cuando llegaron al Cabildo, la multitud enfurecida le cortó el paso con vivas a San Martín e insultos y amenazas contra Perdriel y García, para quien pedían el destierro. El odio hacia este último se desató cuando se supo que era el organizador de un plan para asesinar a San Martín, quien se lo recordaría tiempo más tarde en una carta:

> Usted ha atacado mi reputación, [374] usted me ha puesto a este pueblo y a mí, en los mayores compromisos, usted me ha faltado a su palabra y bajo este sagrado fugó usted del destino en que mi excesiva condescendencia lo había puesto, para buscar modo de abatirme, y esto lo tengo probado, pidió 15 o 20 asesinos al general Alvear para quitarme la vida. [375]

Perdriel no pudo asumir y antes de que la situación llegara a mayores y para evitar que siguiera creciendo la popularidad de su enemigo, Alvear ratificó a San Martín en su cargo, no sin intentar descalificarlo:

> Soy el primero en aplaudir que el estado de su salud sea tal que lo habilite nuevamente a reasumir las fatigas del mando, que antes le fueran insoportables. [376]

Tema del traidor y del héroe

Ha llegado la hora de los verdaderos patriotas.

José de San Martín

Hacían bien los cuyanos en no confiar «la seguridad del Estado» y su tranquilidad a los hombres de Alvear, que por esos días enviaba a Río de Janeiro a Manuel José García, «alma fría para las cosas pertenecientes a la patria», según el propio Posadas, para entrevistar al embajador británico ante la corte portuguesa, lord Strangford. Llevaba el encargo de solicitar a los ingleses que pusiesen estas provincias bajo su «protección», o dicho sin remilgos, que nos colonizaran.

Adelantándose a tantos gobernantes civiles y militares, el general Alvear entendía que la prosperidad de su clase pasaba por la asociación carnal con la potencia hegemónica y le escribía a lord Strangford, [377] planteándole en estos términos la disyuntiva en que se encontraba:

> Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver a todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden, antes que se precipite en los horrores de la anarquía. Pero también ha hecho conocer al tiempo la imposibilidad de que vuelva a la antigua dominación, porque el odio a los españoles, que ha excitado el orgullo y opresión desde el tiempo de la conquista, ha subido de punto con los sucesos y desengaños de su fiereza durante la revolución. [378]

¿Qué planteaba ante esa situación el hombre que, como miembro de la Logia, había jurado luchar hasta la muerte por la independencia de su patria? Veamos:

> En estas circunstancias solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias que obedecerán a su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer: porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país, a que están dispuestos antes de volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa Nación una existencia pacífica y dichosa. Yo no dudo asegurar a V. E. bajo mi palabra de honor, que este es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de los pueblos, y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo, no es otra que la de poder concurrir con autoridad y poder a la realización de esta medida toda vez que se acepte por la Gran Bretaña. Sin entrar en los arcanos de la política del gabinete inglés, he llegado a persuadirme de que el proyecto no ofrece grandes embarazos en su ejecución. La disposición de estas provincias es la más favorable, y su opinión está apoyada en la necesidad y en la conveniencia, que son el estímulo más fuerte del corazón humano.

A todo trance, Alvear buscaba convencer al representante inglés, tocándole ese «estímulo más fuerte»:

> Por lo tocante a la Nación inglesa no crea que pueda presentarse otro inconveniente, que aquel que ofrece la delicadeza del decoro nacional por las consideraciones a la alianza y relaciones con el Rey de España. Pero yo no veo que este sentimiento de pundonor haya de preferirse al grande interés que puede prometerse la Inglaterra de la posesión exclusiva de este continente, y la gloria de evitar la destrucción de una parte considerable del nuevo mundo, especialmente si se reflexiona que la resistencia a nuestras solicitudes, tan lejos de asegurar a los españoles la reconquista de estos países, no haría más que autorizar una guerra civil interminable, que los haría inútiles para la metrópoli en perjuicio de todas las naciones

> europeas. La Inglaterra que ha protegido la libertad de los negros en la costa de África, impidiendo con la fuerza el comercio de la esclavatura a sus más íntimos aliados, no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan a sus brazos generosos. Crea V. E. que yo tendría el mayor sentimiento, si una repulsa pusiese a estos pueblos en los bordes de la desesperación, porque veo hasta qué punto llegarían sus desgracias, y la dificultad de contenerlas, cuando el desorden haya hecho ineficaz todo remedio. Pero yo estoy muy distante de imaginarlo, porque conozco que la posesión de estos países no es estorbo a la Inglaterra para expresar sus sentimientos de adhesión a España, en mejor oportunidad y cuando el estado de los negocios no presente los resultados funestos que tratan de evitarse. Yo deseo que V. E. se digne escuchar a mi enviado, acordar con él lo que V. E. juzgue conducente, y manifestarme sus sentimientos, en la inteligencia que estoy dispuesto a dar todas las pruebas de la sinceridad de esta comunicación y tomar de consuno las medidas que sean necesarias para realizar el proyecto, si en el concepto de V. E. puede encontrar una acogida feliz en el ánimo del Rey y de la Nación.

En otra carta, Alvear completaba y explicitaba aún más la entrega:

> Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy dispuesto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen. Es necesario que se aprovechen los momentos, que vengan tropas que impongan a los genios díscolos, y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V. E. me dará sus avisos con la reserva y prontitud que conviene preparar oportunamente la ejecución. Excmo. Señor: El estado de los asuntos en este país me obliga a encargar a don Manuel José García, secretario de este Gobierno, de la obligación de comunicarse verbalmente con V. E. en la esperanza de que se determine algo, que pueda ser conveniente para los intereses de la Gran Bretaña, y tan eficaz para estas provincias como las circunstancias requieren. Él lleva las instrucciones y autorizaciones necesarias. Tengo una legítima esperanza de que V. E. estará dispuesto a dar a estos países una nueva prueba de su disposición para protegerlos. [379]

Jorge III (1738-1820), rey de Gran Bretaña e Irlanda, a cuya voluntad tan tiernamente se abandonaba el general Alvear, estaba loco como una cabra, pero no tanto como para hacerse cargo de estas provincias y tener que lidiar con nuestras meridionales características. Su Graciosa Majestad había sufrido un ataque de locura a poco de iniciar su reinado. Sus trastornos mentales llegaron al punto de que en 1788 se aprobó una Ley de Regencia que quedó en suspenso hasta que, en 1811, experimentó una nueva recaída de la que ya no se recuperaría. Decía incoherencias, recorría su palacio con la mirada perdida y, para horror de la corte, solía hacer sus necesidades en cualquier rincón y se quitaba las ropas paseándose desnudo. No era justamente la mejor imagen que la civilización occidental y cristiana podía ofrecer como ejemplo de superioridad sobre los bárbaros del resto del mundo. Su hijo, que más tarde asumiría como Jorge IV, actuó como regente hasta el 29 de enero de 1820, día en que su padre murió completamente loco en el Palacio de Windsor.

Pero no se confunda lector, los «genios díscolos» de los que hablaba Alvear no eran los reyes ingleses. Eran, ante todo, los federales que seguían a Artigas y que, pese a la cruel guerra civil impuesta por el Directorio, controlaban la mayor parte del Litoral. Esa era la principal preocupación de Alvear en ese momento, por lo que no le quedó más remedio que aceptar la decisión del «Mendozazo» de febrero de 1815 que, como vimos en el capítulo anterior, le frustró los planes de deshacerse, incluso físicamente, de San Martín.

García dirá años más tarde sobre su traidora misión ante lord Strangford una frase para poner en el cuadro de honor de los traidores a la patria, en el que, aunque usted no lo crea, siempre hay lugar:

> En el país no se tenía por traición cualquier sacrificio a favor de los ingleses y aun la total sumisión, en la alternativa de pertenecer otra vez a España. Tampoco era un secreto porque lo sabían muchos. [380]

La renuncia de Alvear

En Buenos Aires, a toda marcha y mediante levas forzadas, el Director Supremo organizaba el ejército que, a fin de marzo de ese año, fue enviado a imponer la «autoridad» sobre la provincia de Santa Fe. Pero esas mismas fuerzas, al mando de Ignacio Álvarez Thomas, se sublevaron en Fontezuelas, el 3 de abril. Alvear debió renunciar y el mediador inglés nombrado por el Cabildo porteño, el comandante Percy, se ocupó de embarcarlo y llevárselo directamente a Río de Janeiro.

Álvarez Thomas emitió la siguiente proclama:

> Cuando un pueblo valiente, generoso y lleno de virtudes se ve ajado, oprimido y degradado por la pequeña fracción de hombres inmorales y corrompidos que en la actualidad componen y son los agentes del gobierno que representa el general Alvear, es un deber sagrado de sus hijos librar a sus hermanos y compatriotas de los horrores que sufren. Estas y otras razones nos han decidido, de unánime consentimiento, a negar la obediencia al actual gobierno de Buenos Aires mientras se halle regido por el general Alvear o por cualquiera de las personas que forman aquella facción aborrecida; protestando que no depondremos las armas hasta que aquel benemérito pueblo haya, por sí, elegido libremente su gobierno. [381]

Al enterarse de la renuncia de Alvear, San Martín emitió el siguiente oficio al Cabildo de Mendoza, fechado el 28 de abril de 1815:

> La destrucción del tirano Gobierno de la Capital exige demostraciones de júbilo e igualmente de agradecimiento al Ser Supremo, por habernos dispensado su protección para evadirnos del coloso que se había levantado para oprimir los sagrados derechos de los pueblos».

Un observador inglés reflexionaba:

> Cuando, orgulloso por la conquista de Montevideo y de la Banda Oriental, de edad de veinticinco años apenas […], Alvear volvió a Buenos Aires con el proyecto de ser elegido Director Supremo del Estado, su tren de vida y sus maneras acabaron por hacer perder la paciencia de sus conciudadanos. Por un amigo que ganaba, Alvear hacía probablemente diez enemigos. El punto débil de su carácter estaba en la falta de originalidad de pensamiento y de firmeza en los propósitos. Se había rodeado de *doctores* dejándose llevar por políticos astutos y casi nunca podía «coger el viento» como dicen los marineros, para luchar contra la marea de la adulación. […] A sus aduladores o quienes creía sus amigos y veía como sus soportes en el orden militar, no les negaba nada. [382]

Revelando nuestros secretos militares al enemigo

A poco de llegar a Río de Janeiro, Alvear pidió entrevistarse con don Andrés Villalba, el encargado de Negocios de España ante la corte de Portugal. Lo que ocurrió en ese encuentro dejó tan asombrado al funcionario español que creyó conveniente informarlo de inmediato a las autoridades de su país en estos términos, en un oficio fechado el 26 de junio de 1815 y que, dada su importancia, reproduzco casi íntegramente:

> Muy Señor mío y de mi mayor respeto: en mi núm. 172 di parte a V. E. de la venida a esta corte del que fue Director de Buenos Aires Dn. Carlos Alvear. Por él, adjunto importantísimo documento, que paso a manos de V. E. (y que no hubiera llegado tan fácilmente a las mías, si en vez de acoger benignamente a este sujeto, le hubiese perseguido) enterará V. E. de la mala fe con que procede con nosotros el Gabinete de los Estados Unidos de América, lo cual no debe sorprender, habiendo visto la conducta que han tenido con nuestras Américas durante su insurrección. Cuando vino dicho Alvear a entregarme este papel, de cuyo contenido ya me había hablado algo el primer día que se me presentó, procuré sondearle acerca de las intenciones de este Gabinete, [383] y me dijo que sabía de cierto que había socorrido con municiones de guerra en estos últimos tiempos a Artigas. [384]

Aquí Alvear trata de ensuciar a Artigas con la falacia de que recibía armas de los portugueses, es decir, de sus principales enemigos. Pero la cosa se va agravando: a continuación, el prófugo ex director supremo le da por escrito al enemigo un detalle minucioso de las fuerzas militares con las que contaba su país para llevar adelante la guerra de liberación contra los españoles:

Las fuerzas en Mendoza que están a las órdenes de Dn. José de Sn. Martín, son las siguientes:

Regimiento de Infantería nº 17	550
Dos compañías de Pardos del nº 8	240
Artilleros	150
Total	940
Piezas de Artillería	8

Hay además en Mendoza varios Escuadrones de Milicias. [385]

El hombre que inspiró el decreto de su tío que declaraba «infame traidor a la patria» a José Artigas, calculaba en el documento entregado al enemigo, en 6.150 el total de hombres armados, sin incluir a los gauchos de Güemes. Remarcaba que más de la mitad de las fuerzas del Plata estaban a las órdenes del caudillo oriental:

Banda Oriental y Entre Ríos, su Jefe Dn. José Artigas, Fuerza de estas Provincias:

1ª División al mando de Dn. Fernando Otorgués, compuesta del Regimiento de Dragones de la Libertad	600
2ª División al mando de Frutos Rivera	500
3ª División al mando de Balta Ojeda	500
5ª División al mando de Dn. José Artigas, Compuesta de Regimiento de Blandengues	1.000
Otra id. Al mando de Blas Basualdo	450
Total	3.050

Todas estas tropas son de Caballería, están muy mal vestidas; pero en el día bien armadas. Estas dos provincias son las más entusiastas por la guerra, y todos sus habitantes a excepción de una pequeña parte se unirían inmediatamente a las tropas de Artigas y engrosarían su número en caso de invasión. Estas tropas son valientes, y de una constancia admirable; no tienen disciplina de ninguna especie, ni conocen otra formación que la de ponerse en ala; hacen la guerra por el estilo de los cosacos; devastando todo el terreno, que deben ocupar sus enemigos, y cargándolos al descuido; pero nunca presentando batalla a no ser en el caso de contemplarse muy superiores en número. [386]

El hombre que tiene uno de los monumentos más costosos e imponentes de Buenos Aires, y al que se homenajearía dándole su nombre a una de las avenidas más elegantes de la capital, [387] detallaba la ubicación de nuestras fábricas de fusiles de Buenos Aires y Tucumán y el establecimiento destinado a la producción de pólvora de Córdoba.

Pero Carlitos de Alvear no paró ahí: el 23 de agosto de aquel año 15, presentó otro documento en el que, honrando la memoria del Protector de los Pueblos Libres, señalaba que por culpa de Artigas había fracasado su propósito de

> volver estos países a la dominación de un Soberano que solamente puede hacerlos felices. Es verdad que muchas veces ha sido preciso marchar en sentido contrario a este objeto; pero en un gobierno popular era necesario sacrificar mucho a las circunstancias del momento, si se habían de precaver alborotos: y además es preciso confesar que la poca habilidad de algunos jefes de la Nación ha contribuido, no poco, a la adopción de medidas de ataque, y defensa, que pudieron evitarse. Yo me consuelo por último, con que un conjunto de casualidades haya puesto a V. S. en disposición de interrogar personalmente a muchos individuos que habiendo tenido parte en la dirección de mis planes son actualmente víctimas del furor de la revolución insensata, que con motivo de ellos acaba de suceder en Buenos Aires. A lo menos espero que considerándome como un vasallo que sinceramente reclama la gracia de su Soberano, y está dispuesto a merecerla, se sirva recomendarme a S. M., ante quien me presentaré, luego que halle seguro transporte para mi persona, y mi familia. A V. S. pido se sirva acceder a esta solicitud, que es gracia que espero de su notoria generosidad. [388]

Una lección de hipocresía

Desde su «nueva patria», como llamaba a la corte de los Braganza que lo había refugiado, Alvear, que había intentado derrocar al gobernador legítimo de Cuyo, que acababa de revelar todos los secretos militares de su país, entre ellos el del Ejército de los Andes, tendría todavía el descaro de enviarle, el 2 de febrero de 1816, una carta a San Martín, pidiéndole que intercediera para recuperar sus bienes embargados. Vale la pena transcribirla completa para que el lector aprecie el talante del personaje «digno» de tantos homenajes en nuestro país:

> Mi estimado amigo: arrojado de mi país, como usted sabe he venido a encontrar aquí una nueva patria y un gobierno protector en la piedad y generosidad de este magnánimo príncipe, bajo cuya protección pienso pasar el resto de mis días, al abrigo de los tiros de mis enemigos.
>
> Usted me ha probado bien de cerca que conoce lo desinteresado que he sido en materia de dinero y, por consiguiente, estoy seguro no habrá dado crédito a las horrorosas imputaciones con que mis enemigos han querido atacarme sobre este asunto.
>
> Mi situación es la más deplorable del mundo en materia de intereses; los únicos bienes que me habían quedado eran los de mi herencia materna, que debían tocarme de resultas de la muerte de mi abuela; estos han sido injustamente embargados. Usted sabe lo generoso que he sido en auxiliar a mis amigos; esto me ha arruinado, habiendo sido tan desgraciado que en esta circunstancia no he encontrado uno solo que me haya pagado algo de lo mucho que me deben.
>
> Ignoro el grado de resentimiento en que usted pueda hallarse con respecto a mí, pues nuestros comunes enemigos han tratado incesantemente de afinar la discordia entre los dos, pero como por una mi conciencia nada me reprocha con respecto a usted y por otra parte el conocimiento que tengo de su honradez me mueve, paisano mío, [389] a escribirle a usted para que si tiene algún valimiento con el gobierno de Buenos Aires, se empeñe con él para que me vuelvan mis bienes embargados. De otro modo, me es imposible vivir y tendré que pasar el resto de mi vida en la más horrorosa miseria con una familia inocente que ha tenido la desgracia de pertenecer a un padre, que ha perdido todo por su fanatismo en hacer toda especie de sacrificios en obsequio de un país que le ha pagado con tanta ingratitud. La adjunta es para Zapiola. Yo ruego a usted interponga su amistad para con él para que me pague algo, pues cualquier cosa me viene muy bien en las terribles circunstancias en que me hallo, bien debe saber él que solo mi triste situación ha podido obligarme a escribir la adjunta.
>
> Usted sabe lo caro y costoso que es vivir en un país extraño con familia, y los ningunos recursos que le quedan a uno en medio de personas desconocidas, por aquí. Podrá usted formarse una idea del estado de esta familia acostumbrada en otro tiempo a vivir en la abundancia. Usted sabe que de mi padre nada tengo que esperar, y por consiguiente, el único recurso que puede salvarme de este estado ignominioso es la devolución de mis cortos bienes embargados.
>
> El Cabildo me ofreció la más solemne garantía y ha faltado a ella; no sé qué motivos pueda haber para perseguirme con tanto encarnizamiento como obligarme a perecer con mi familia en países distantes y extraños.
>
> Nunca puede ser honroso, para esas provincias, el que las naciones extranjeras vean a uno de sus generales que ha servido con el patriotismo más ardiente, reducido al punto de tener que perecer de hambre en países extraños. ¡Ah!, paisano mío, qué contraste el estado de miseria en que me hallo, con el estado en que me quieren suponer mis enemigos, como el de un ladrón público.
>
> Confieso a usted con toda ingenuidad que no presentaría a usted este cuadro lamentable, si no fuese por una esposa y tres hijos desgraciados que me rodean.
>
> Yo espero, mi amado amigo, en obsequio de estos desgraciados que usted conoce, empleará todos sus esfuerzos para conseguir lo que le pido. Han llegado aquí las noticias desgraciadas de la derrota de Rondeau; esto ha causado una alegría extraordinaria en nuestros comunes enemigos y en nosotros, una profunda tristeza; no se puede usted figurar el furor borboso [390] de los españoles, infeliz país si se viera alguna vez en semejantes garras. [391]

Quien acababa de pasarle la más valiosa información militar que jamás había recibido el enemigo español en estas tierras, le decía sin ruborizarse:

> Las intenciones de Fernando son las más terribles. Nada hay que esperar de un monarca tan cruel, y hoy no queda otro recurso que vencer o morir; el querer alucinarse de otro modo sería perecer irremisiblemente.

El que había ofrecido estas tierras a la corona británica, advertía:

> De la Inglaterra no se debe esperar ningún auxilio, esta está fuertemente ligada con España, además de estar fuertemente interesada en el sistema colonial; de los Estados Unidos y de las potencias que no tienen colonias se sacaría mucho si se mandasen a todas ellas enviados. Acuérdese usted que Caracas fue reconocida por la Rusia; esta potencia que es en el día la más fuerte de Europa tiene un vivo interés en extender sus relaciones con esta parte del mundo.

Y admite que en la lista de traiciones se olvidó de ofrecerle las Provincias Unidas al zar de Rusia:

> El otro día tuve una conversación sobre esto mismo con el ministro ruso que se halla aquí, y me dijo que habíamos hecho muy mal en no habernos dirigido a su gobierno en toda la revolución, y que estaba seguro de que sacaríamos mucho partido del Emperador Alejandro.

En un raro reconocimiento de sus debilidades, Alvear se ofrecía para negociar ante cualquier corte europea, aunque no daba garantías sobre su eficiencia:

> De Holanda y Austria también se puede conseguir mucho, yo me encargaría gustoso de cualquiera de estas comisiones que me quisieran fiar y me parece que no los desempeñaría mal si el amor propio no me ciega.

Seguidamente, reseña las ventajas de vivir en buenas relaciones con la corte de Río de Janeiro:

> Este príncipe está resuelto a quedarse aquí a echar los cimientos de un gran imperio, están llegando las tropas de Lisboa y el general Beresford se halla aquí, pero estoy seguro de que no ayudarán a los españoles en nada.
>
> Mucho he tenido que sufrir con Vigodet que se halla aquí: ha hecho las más fuertes instancias para que mi persona le fuese entregada y mandarme a España a concluir mis días en un cadalso; por fortuna este generoso príncipe no ha consentido en tal iniquidad y me ha ofrecido que nunca me entregará.
>
> Deseo a usted mil felicidades y que no olvide los encargos de esta familia que le quedará eternamente agradecida.
>
> Carmencita manda a usted mil memorias, y a Remedios, a la cual se los dará usted de mi parte, y mande en lo que guste a este su verdadero amigo. Carlos de Alvear. Si usted me contesta puede hacerlo por el conducto de Esteples.

Una lección de dignidad

Hay que decir que, a pesar de todas las ingratitudes incalificables de Alvear, San Martín cumplió con el encargo de ocuparse de su esposa, como queda certificado en una carta del mismo Alvear fechada en Montevideo:

> Carmencita me ha hecho saber además el interés con que ha tomado mis cosas; yo conozco muy bien las razones que usted da y veo la necesidad de sujetarse a su prudente consejo, hasta que circunstancias más felices pongan a usted en disposición de hacer eficaces sus deseos en obsequio mío. Tenga usted la bondad de ponerme a los pies de Remedios y de mandar en lo que guste a este su invariable y verdadero amigo. [392]

Al servicio del enemigo

Pero «el invariable y verdadero amigo» Alvear y su agente García siguieron operando contra San Martín, como puede verse en la correspondencia entre el embajador Villalba, el sanguinario gobernante español de Chile, Marcó del Pont, y el incalificable García, que reproducimos a continuación:

> Río de Janeiro, 7 de agosto de 1816
> Al Señor Don Francisco Marcó del Pont
> Reservado.
> Muy Señor mío: aunque veo la dificultad de reducir a los revolucionarios de Buenos Aires a que convencidos de su triste y desesperada situación se resuelvan, sin una fuerza que les obligue a ello, a reconocer la legítima autoridad para poner un término a los males que desde tanto tiempo afligen a las Provincias del Río de la Plata, no he dejado sin embargo de hacer por mi parte, siempre que he podido y con el decoro conveniente, cuantas diligencias son imaginables para lograr este objeto tan importante; y bien persuadido de que en las actuales circunstancias en que van a entrar libremente tropas extranjeras en las posesiones del Rey nuestro Señor, [393] sería aun más interesante que nunca el que se restableciese antes en ellas el orden, para poder evitar los males que las amenazan; he hecho nuevas diligencias para conseguirlo.
> Constándome cuáles son los sentimientos de Su Majestad respecto a estas provincias sublevadas, y sabiendo que su corazón paternal ha estado siempre y está pronto a acoger benignamente a los que reconociendo sus extravíos se sometan a la legítima autoridad, hice que se trasluciese aquí dos meses hace que Su Majestad había nuevamente encargado a esta Legación que si el gobierno de Buenos Aires, viendo su apurada situación, acudiese a ella a implorar la Real protección, manifestando deseos de reconocer la autoridad legítima, se les contestase en los términos que vuestra excelencia verá.
> Veremos qué efecto surte en los gobernantes de Buenos Aires, y si se consigue disminuir por este medio los males que afligen a estas provincias, y si se puede aun evitar la entrada de las tropas portuguesas, cuyas consecuencias podrán ser funestísimas a los intereses del Rey y de sus vastas y ricas provincias.
> Renuevo a vuestra señoría mis respetos y ruego a Dios guarde a vuestra señoría muchos años.
> Beso la mano de vuestra señoría, su más atento y seguro servidor
>
> Andrés Villalba

El connotado traidor a la patria Manuel José García, quien hasta hace pocos años tenía una calle en su honor en la Capital Federal, le escribía al embajador español Andrés Villalba en Río de Janeiro, tan solo nueve días después de la declaración de nuestra independencia en Tucumán:

Siendo ya tan públicos los deseos de Su Majestad de terminar, sin más derramamiento de sangre, las prolongadas discordias del Río de la Plata, espero no extrañe a vuestra señoría la licencia que me tomo de suplicarle quiera ilustrarme acerca del modo que juzgue será más conveniente para alcanzar tan importante objeto, en inteligencia que la contestación de vuestra señoría servirá de fundamento a las propuestas que pienso transmitir al Gobierno de Buenos Aires. Dios guarde a vuestra señoría muchos años.

Manuel José García, 18 de julio de 1816. [394]

Apenas cuatro días después, Villalba le contestaba:

Debo decirle que el mismo Augusto Señor está dispuesto a volver a admitir en el seno de la Nación Española como a sus demás vasallos a los habitantes de las Provincias del Río de la Plata, olvidando enteramente cuanto ha pasado en ellas desde el año de 1810, echando un eterno velo sobre la conducta política de todos y dejándolos, sin distinción, en el completo goce de su seguridad personal y de sus propiedades, pudiendo el que no estuviese contento bajo el gobierno benéfico de Su Majestad irse adonde mejor le parezca. Que para disfrutar este beneficio sería menester que el gobierno de Buenos Aires, en el momento que recibiese esta noticia, y tomándose solo el tiempo necesario para preparar la opinión pública, imprimiese y circulase un manifiesto en que hiciese ver la crítica situación en que se hallaban las Provincias, los grandes peligros que las amenazaban, las ningunas esperanzas que tienen de poder seguir en su sistema, la tranquilidad casi absoluta que disfrutan todas las otras Provincias de América, y que el único modo de evitar todas las desgracias a que están expuestas es volver al dominio de Su Majestad, exponiendo al mismo tiempo las ventajas que les resultarían de hacer esta sumisión con tiempo y voluntariamente, antes que se acerquen las tropas del Rey, pues de otro modo mudarían del todo las circunstancias. Entonces el dicho gobierno podría seguir mandando en clase de interino, pero a nombre de nuestro Soberano, y procurando que volviesen todas las cosas al estado que tenían en 1808, enarbolando la bandera española, haciendo que la imprenta usase siempre del lenguaje conforme a estos sentimientos, y que desapareciesen al instante la escarapela, las armas, y demás signos de revolución.

Después de dados estos pasos, podrán enviar diputados para implorar la poderosa protección de la augusta hermana de Su Majestad la Reina fidelísima, cerca del Rey nuestro Señor, y para entenderse con esta Legación, la que satisfecha de la conducta que hubiesen tenido, hará que disfruten de los expresados beneficios, y participará lo sucedido al general don Joaquín de la Pezuela, para que bajando a ocupar a Buenos Aires y todas las provincias, trate a sus habitantes del modo que el Rey quiere, en premio de su voluntaria sumisión.

Su Majestad está también dispuesto, y yo estoy autorizado para atender y recompensar dignamente a aquellas personas que hubiesen manifestado más su decisión, y hubiesen tomado más empeño en promover y establecer la sumisión voluntaria de estas provincias a su soberanía, premiando así el placer que proporcionan a su real corazón, de ahorrar la sangre de sus amados vasallos, proporcionándoles al mismo tiempo su felicidad. Dios guarde a usted muchos años.

Andrés Villaba [395]

Tiempo más tarde, el 20 de agosto de 1818, el comodoro Bowles escribía a su gobierno sobre las cosas de la revolución argentina:

También me inclino a creer que el ex director Alvear, que actualmente se encuentra residiendo con muchos de sus antiguos partidarios en Montevideo, está más o menos comprometido en las actuales intrigas, por más que no es muy probable que vuelva a tomar su antiguo poder o influencia. Ha engañado a la corte de Río de Janeiro, haciéndole creer que está dispuesto a prestar su apoyo en sus miras de engrandecimiento en este país; también sospecho que, en su interior, se inclina más hacia España, donde sus padres poseen importantes bienes, los cuales no podrá heredar si no se reconcilia con su soberano, y no es improbable que la violenta oposición hecha por el conde de Casaflores a su salida de Río de Janeiro para regresar al Plata pueda haber sido fingida para encubrir su verdadero propósito. Sus Señorías recordarán que la causa principal que se decía de su deposición en 1815 fuese un negociado con la corte de Madrid y que a Sarratea, durante su misión a Europa, se le suponía envuelto siempre en proyectos cuyo principal objeto era el establecimiento de una rama de la familia real en este país. [396]

Llegó la hora de los verdaderos patriotas

La caída de Alvear, como había ocurrido antes con la del Primer Triunvirato, parecía poner de nuevo en un curso revolucionario a las Provincias Unidas. Aunque las expectativas, en gran medida, se verían frustradas por la política centralista de sus sucesores al frente del Directorio, esta vez San Martín no cejaría en el empeño de que el plan libertador se concretase.

Mientras en Buenos Aires, siguiendo las prácticas ya demasiado habituales, el Cabildo y los «vecinos» notables nombraban por decisión propia un nuevo director supremo para todas las Provincias Unidas, los cuyanos se curaban en salud. Así, al conocer la defenestración de Alvear, un nuevo Cabildo Abierto en Mendoza ratificó la autoridad de San Martín como gobernador intendente de Cuyo. [397] En siete meses de gobierno, el futuro Libertador había logrado un importante apoyo local a su gestión, que de ahí en adelante sería fundamental para encarar la creación del Ejército de los Andes. Por un lado, porque gran parte del esfuerzo requerido en hombres, suministros y provisiones provendría del propio Cuyo; por otro lado, porque el respaldo logrado le daría la suficiente fuerza política para reclamar del gobierno central los recursos necesarios.

No resultaría sencillo. En Buenos Aires se había decidido nombrar como nuevo director supremo a José Rondeau. Desoyendo los consejos de San Martín, por esos días Rondeau iniciaba la tercera expedición al Alto Perú, que como las dos anteriores terminaría en un rotundo fracaso. Entretanto, Álvarez Thomas se hizo cargo del gobierno, como director provisorio. Pese a que había encabezado el levantamiento de Fontezuelas negándose a verter «inoficiosamente torrentes de sangre americana» en «una nueva guerra contra nuestros hermanos de la Banda Oriental», las negociaciones con los federales pronto serían dejadas de lado, para reanudar la guerra civil, a pesar de las noticias de que la expedición de reconquista organizada por Fernando VII había zarpado de España, sin que todavía se tuviese en claro hacia dónde se dirigía.

En esas circunstancias, San Martín convocó a un nuevo Cabildo Abierto en Mendoza, el 6 de junio de 1815, y dio a conocer este hermoso y vibrante bando para dejar en claro su posición:

> Es llegada la hora de los verdaderos patriotas. Se acerca al Río de la Plata una expedición de diez mil españoles. Ya no se trata de encarecer y exaltar las virtudes republicanas, ni es tiempo de exhortar a la conservación de las fortunas o de las comodidades familiares. El primer interés del día es el de la vida: éste es el único bien de los mortales. Sin ella, también perece con nosotros la patria. Basta de ser egoístas para empeñar el último esfuerzo en este momento único que para siempre fijará nuestra suerte. A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos […]. Desde hoy quedan nuestros sueldos reducidos a la mitad. El empleado que no quiera donar lo que deja de percibir recibirá un boleto para su abono en mejores circunstancias. Yo graduaré el

patriotismo de los habitantes de esta provincia por la generosidad […]. Cada uno es centinela de su vida. [398]

La Independencia pendiente

¡¿Hasta cuándo esperamos para declarar nuestra independencia?! […] Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas.

San Martín, en carta a Godoy Cruz, abril de 1816

Desde la caída del gobierno dictatorial de Alvear, a mediados de abril de 1815, hasta la autorización formal del Directorio para crear el Ejército de los Andes, el 24 de junio de 1816, transcurrió un período cargado de conflictos y contradicciones en la marcha de la Revolución rioplatense.

En esos meses se puso a prueba la capacidad de San Martín, no solo como organizador militar y estratega, sino sobre todo como político.

Junto con Alvear cayó la Asamblea sin dictar una constitución ni declarar la independencia. Comenzó, bajo la guía de hombres como Tomás Guido, la reorganización de la Logia Lautaro.

Sin embargo, aunque se emprendió una «limpieza» en los cargos públicos de los personajes más estrechamente ligados al defenestrado Alvear, los intereses predominantes en Buenos Aires seguían siendo los mismos. El centralismo, que hasta entonces habían encarnado los alvearistas —como los denominaba San Martín—, [399] aunque en crisis, no estaba dispuesto a darse por vencido.

1815

En Buenos Aires aparecen los periódicos *Los amigos de la Patria y la Juventud*, de Felipe Senillosa, y *El Independiente*, dirigido por Bernardo de Monteagudo, además del *Semanario Político y Económico*, *La Prensa Argentina* y el *Censor*. En México, los realistas recuperan el poder y lanzan una salvaje represión contra los patriotas acaudillados por Morelos, quien, como dijimos, será ejecutado. Llega a Venezuela la expedición española de reconquista encabezada por el general Morillo, que originalmente estaba dirigida al Río de la Plata. Bolívar resiste pero es derrotado y debe exiliarse en Jamaica.

Napoleón regresa a Francia en lo que se conoce como «Los 100 días». Los funcionarios y los medios de prensa que habían hecho leña del árbol caído y criticado fuertemente a Napoleón, comenzaron a cambiar de opinión a medida que se acercaba a París a recuperar el poder. Un caso emblemático fue el del periódico francés *El Monitor*, como lo muestra la secuencia de sus titulares: 9 de marzo: «El Monstruo se escapó de su destierro». 10 de marzo: «El Ogro corso ha desembarcado en cabo Juan». 11 de marzo: «El Tigre se ha mostrado en el terreno. Las tropas avanzan para detener por todos lados su progreso. Así concluirá su aventura miserable, llegando a

ser un vagabundo entre las montañas». 12 de marzo: «El Monstruo actualmente ha avanzado por Grenoble». 13 de marzo: «El Tirano está ahora en Lyon. Cunde el temor en las calles por su aparición». 18 de marzo: «El Usurpador se ha aventurado a acercarse. Está a 60 horas de marcha de la capital». 19 de marzo: «Bonaparte avanza con marcha forzada, pero es imposible que él pueda alcanzar París». 20 de marzo: «Napoleón llegará a los muros de París mañana». 21 de marzo: «El Emperador Napoleón está en Fontainebleau». 22 de marzo: «La tarde de ayer Su Majestad el Emperador hizo su entrada pública y llegó a las Tullerías. Nada puede exceder la alegría universal. ¡Viva el Imperio!». Tras el breve retorno, Napoleón será derrotado definitivamente en Waterloo y confinado en la isla de Santa Elena.

Pensando en Tucumán

El gobierno provisorio convocó a un nuevo Congreso General de las Provincias Unidas. Buscando recomponer la cada vez menor credibilidad que los gobiernos porteños tenían en el interior, se resolvió que el Congreso tuviese por sede la ciudad de San Miguel de Tucumán, lo que era, además, una muestra de cierto optimismo. Por esos días, la tercera expedición al Alto Perú, esta vez dirigida por José Rondeau, con el apoyo de los patriotas que hacía dos años mantenían la resistencia de las «republiquetas», [400] tomaba Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, forzando a la retirada de los realistas dirigidos por Joaquín de la Pezuela. Pero el envío de refuerzos por el virrey del Perú pronto haría cambiar el panorama. Una vez más, la realidad le daba la razón a San Martín, demostrando la imposibilidad de vencer en el Alto Perú mientras tuviese sus espaldas custodiadas por Lima.

En la decisión de designar a Tucumán como sede del Congreso pesaba no solo el optimismo relacionado con la marcha de la campaña en el Norte sino también la situación en Buenos Aires y el Litoral. El Cabildo porteño había cumplido un papel decisivo en la caída de Alvear y había designado una Junta de Observación de cinco miembros como órgano de control del nuevo director supremo, encargada de redactar un Estatuto Provisional. La integración de esa Junta mostraba la recomposición de los sectores políticos de Buenos Aires, un «barajar y dar de nuevo», en el que hombres como Mariano Serrano, ex diputado de la Asamblea alvearista, se daban la mano con otros como el padre Antonio Sáenz, ex miembro de la Sociedad Patriótica, que desde marzo de 1813 estaba confinado en Luján. [401] Como veremos, todos ellos se oponían a San Martín. La situación en Buenos Aires siguió agitada, con disputas entre el Cabildo, la Junta de Observación y los sucesivos directores provisorios Álvarez Thomas y Antonio González Balcarce, hasta después de la declaración de la independencia. Lo mismo ocurría en el Litoral, donde la influencia del federalismo iba en aumento.

El Congreso de los Pueblos Libres

En esos días de abril y mayo de 1815, Artigas convocó un Congreso de los Pueblos Libres. Tal era la bella y categórica denominación que tomaron las provincias federales: la Banda Oriental, Corrientes, Misiones, Entre Ríos, Santa Fe y, en ese momento, Córdoba. Sus diputados se reunieron el 29 de junio de 1815 en la ciudad entrerriana de Concepción del Uruguay, [402] y proclamaron la independencia (la primera declarada en nuestra patria) y la república.

La clase alta porteña temía que la influencia del caudillo oriental y su enorme popularidad se extendieran al resto de las provincias. Veía en la acción de Artigas un peligroso ejemplo que propugnaba un serio cambio social.

Del otro lado del Río y de la Historia, José Gervasio Artigas ponía en práctica la ley agraria más avanzada que se conozca hasta estos momentos en estos lares del Río de la Plata. Fundó una colonia agrícola que combinaba las tradiciones comunitarias de los abipones y guaycurúes del Chaco, tan artiguistas como los charrúas, quienes ya tenían destinada en propiedad la zona de Arerunguá para su subsistencia.

El reparto de tierras y ganado entre los sectores desposeídos concretado por Artigas en la Banda Oriental bien podía trasladarse a la otra margen del Plata y poner en juego la base de su poder económico.

José Artigas fue el primero en plantear claramente en el Río de la Plata las ideas del federalismo, entendiendo que el reparto equitativo de la riqueza por regiones era una condición imprescindible para su entera concreción. Así se lo contó él mismo al general Paz:

> Tomando por modelo a los Estados Unidos yo quería la autonomía de las Provincias, dándole a cada Estado un gobierno propio, su Constitución, su bandera y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto es lo que yo había pretendido para mi Provincia y para las que me habían proclamado su Protector. Hacerlo así habría sido darle a cada uno lo suyo. [403]

Artigas decidió enviar una delegación a Buenos Aires para destrabar las negociaciones de paz con el Directorio.

La primera reacción de los porteños fue ofrecerle a Artigas, con el desprendimiento que tienen los que dan lo que no es de ellos, la independencia de la Banda Oriental, a lo que el Protector se opuso terminantemente. Álvarez Thomas retuvo a los delegados federales, prácticamente detenidos en un barco, mientras terminaba de aprestar una invasión a la provincia de Santa Fe, reiniciando así la guerra civil.

No era una «repetición» de la historia vivida bajo Alvear; era solo la continuidad

de la política del centralismo porteño.

San Martín, gobernador ratificado por el pueblo

La tan «olvidadiza» historia-poder omite poner en contexto político los acontecimientos desatados a partir de la crisis del centralismo porteño de abril de 1815. Es imprescindible recordar que en ese momento San Martín se convirtió, junto con Francisco Candioti en Santa Fe, [404] en uno de los primeros gobernadores provinciales cuya autoridad surgía de una decisión local y no por orden del gobierno central. Días después, también Martín Miguel de Güemes sería elegido por el pueblo salteño. Al levantarse contra Alvear, Ignacio Álvarez Thomas había enviado, como «General en Jefe del Ejército Libertador de Buenos Aires», una circular a los pueblos del interior, solicitando su apoyo para defenestrar al director supremo. El Cabildo Abierto reunido en Mendoza, el 21 de abril de 1815, no solo ratificó el cese de Alvear, sino que manifestó la decisión de que «no se tributaría obediencia a otro gobierno que aquel que fuese elegido por los votos unánimes de los diputados legítimos de todos los pueblos que componen el Estado». Y, de paso, uno de los cabildantes, Manuel Ignacio Molina, [405] ateniéndose a la legalidad revolucionaria, sostuvo:

> que era muy del caso que el mismo pueblo que había negado la obediencia y anulado la autoridad del gobierno actual de Buenos Aires, nombrase un nuevo gobernador que lo rigiese, pues el actual, como que su nombramiento emanaba de aquel, debía considerarse desautorizado para seguir en su empleo; fue aceptada su proposición generalmente y provocado el pueblo por el Ilustre Ayuntamiento para que insinuase sus votos por la persona que juzgase más idónea para el desempeño de este encargo, aclamó al señor coronel mayor don José de San Martín, exponiendo que convenía a la salud pública que continuase de gobernador intendente […]. [406]

Si bien el acta del Cabildo de Mendoza dejaba sujeto ese nombramiento a la ratificación de los demás pueblos cuyanos y, eventualmente, a la de un gobierno central elegido por un Congreso de todas las Provincias Unidas, lo cierto es que, al igual que Candioti y Güemes, San Martín se convertía así en un gobernador federal.

Aunque adhería a las quejas contra el centralismo, San Martín se oponía a la idea de confederación que levantaban entonces Artigas y sus partidarios, ya que a su entender debilitaba la lucha contra los realistas. Así, al año siguiente le escribiría a Tomás Godoy Cruz:

> Me muero cada vez que oigo hablar de federación: ¿no sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias? ¡Pero federación! ¿Y puede verificarse? Si en un gobierno constituido, y en un país ilustrado, poblado, artista, agricultor y comerciante se ha topado en la última guerra con los ingleses [407] (hablo de los americanos del norte) con las dificultades de una federación, ¿qué será de nosotros, que carecemos de aquellas ventajas? Amigo mío, si

> con todas las provincias y sus recursos somos débiles, qué nos sucederá aislada cada una de ellas, agregue usted a esto la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y concluirá usted que todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo. [408]

A pesar de esa apreciación del futuro Libertador, lo cierto es que fueron las fuerzas federales y provinciales, como las de Artigas en el Litoral y las de Güemes en el Norte, las que en definitiva enfrentaron con distinta suerte a los enemigos portugueses, que invadieron la Banda Oriental desde el Brasil, y españoles, que reiteradamente invadieron Jujuy y Salta desde el Alto Perú. Pero la creación de una fuerza de miles de hombres y con suficientes recursos, como sería el Ejército de los Andes, requería de un gobierno central fuerte. A la larga, como veremos más adelante, el propio San Martín tendría que negarse a servir al centralismo porteño del Directorio para continuar su plan de liberación continental.

Nos caemos del mundo

La elección de diputados para el Congreso de Tucumán comenzó a realizarse mientras llovían las malas noticias. La expedición española de reconquista dirigida por Morillo avanzaba a sangre y fuego sobre Venezuela y Nueva Granada, y actuando en conjunto con el virrey del Perú, derrotaba una vez más a los patriotas del actual Ecuador. Con las manos más libres sobre su frente norte, los realistas de Lima aplastaron los primeros levantamientos del sur peruano, en Cuzco y Puno, al tiempo que sus fuerzas aseguraban la ocupación de Chile, con la persecución sistemática de todo lo que oliese a patriota.

Pezuela, el jefe realista del Alto Perú, recibió importantes refuerzos desde Perú y Chile, para iniciar su contraofensiva sobre el Ejército del Norte, comandado por Rondeau. Álvarez de Arenales, que tenía dos exitosos años de experiencia en el terreno, le recomendó evitar los combates abiertos y resistir mediante tácticas de guerrillas, en espera de los refuerzos prometidos desde Buenos Aires. Pero Rondeau y los jefes llegados con él no lo escucharon. En octubre de 1815, la vanguardia patriota fue derrotada al atacar a los realistas en Venta y Media, [409] pero el desastre llegó al mes siguiente, en Sipe Sipe, cuando se produjo el desbande casi completo del ejército de Rondeau. Una vez más, la retirada del Alto Perú, en medio de deserciones, indisciplina y el revanchismo de los realistas, llevó a que la defensa del actual Norte argentino quedase en manos de los gauchos de Güemes.

En ese contexto se completaron las elecciones de diputados, que lentamente comenzaron a llegar a San Miguel de Tucumán a partir de enero de 1816.

1816

Goethe publica el segundo tomo de *De mi vida.* Muere preso y enfermo en las mazmorras de las Cuatro Torres de La Carraca, en Cádiz, el precursor Francisco de Miranda. Rossini compone *El barbero de Sevilla*. El periódico inglés *The Morning Chronicle* anuncia el fin del mundo para el 18 de junio de 1816. El deán Funes publica uno de los primeros estudios históricos de nuestro país: *Ensayo de historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán, comprendiéndose en ella la célebre revolución de José Gabriel Túpac Amaru.*

Con la invalorable ayuda económica de la revolución haitiana, Bolívar lanza su contraofensiva en Venezuela. Se produce una fuerte crisis financiera económica en Europa. Hambre y miseria.

Los hombres de San Martín en el Congreso

En Cuyo, San Martín había logrado que se eligieran hombres de su confianza, que tendrían una destacadísima actuación en el Congreso de Tucumán: Tomás Godoy Cruz y Juan Agustín Maza, por Mendoza; Francisco Narciso de Laprida y fray Justo Santa María de Oro, por San Juan; [410] Juan Martín de Pueyrredón, por San Luis. Esta última elección podría, a primera vista, sorprender. Pero conviene recordar que, de los triunviros derrocados en octubre de 1812, Pueyrredón era el único afín a los hombres de la Logia, pese a lo cual debió cumplir dos años de confinamiento en aquella provincia, donde no le fue nada mal: compró una estancia y se afincó. Al hacerse cargo de la gobernación de Cuyo, San Martín fue a visitarlo y, terminado el confinamiento, cuando Pueyrredón visitó Mendoza, lo hizo recibir con honores de general. Como veremos, su apoyo sería fundamental para organizar el Ejército de los Andes. Por otra parte, el teniente gobernador de San Luis, Vicente Dupuy, era amigo de Pueyrredón desde sus tiempos en Buenos Aires.

San Martín mantuvo una abundante correspondencia con los diputados cuyanos electos para el Congreso de Tucumán. Su salud estaba muy deteriorada a comienzos de 1816, y para empeorar el cuadro se temía una invasión desde Chile, todo lo cual no le impedía al futuro Libertador preocuparse por lo que acontecía en el Norte. Así, el 19 de enero, le escribía a Godoy Cruz:

> Mi mejor amigo: ¡qué habrá usted dicho de mi silencio a sus repetidas y amables cartas!, pero soy tan disculpable como usted verá por mi corto relato.

> Un furioso ataque de sangre y en su consecuencia una extremada debilidad me han tenido 19 días postrado en la cama; […] las atenciones del enemigo y aprestos para recibirlos en caso de invasión me obligaron a olvidar de mis amigos. Todas estas circunstancias reclaman su indulgencia […].
>
> Diga usted al amigo Aráoz [411] que no deje de avisarme por extraordinario todas las incidencias del [Alto] Perú: igualmente queda usted encargado de esta comisión.
>
> ¿Cuándo empiezan ustedes a reunirse? por lo más sagrado les suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de ese Congreso: él solo puede cortar las desavenencias que según este correo existen en las corporaciones de Buenos Aires. [412]

San Martín seguía preocupado por las noticias del Alto Perú, y todavía no se había enterado del último revés, el desastre de Sipe Sipe. Sin saberlo, pero con claridad de estratega, coincidía con la recomendación desoída de Álvarez de Arenales. Así, le escribía a Godoy Cruz por entonces:

> Mi amigo y querido paisano: […] Si los refuerzos acordados en Buenos Aires para el Perú llegan a tiempo, la desgracia [413] puede repararse habiendo juicio. Pezuela es sumamente retobado y necesita el que Rondeau lo pulsee mucho: la guerra de zapa, es decir, la guerra de seducción, debe emplearse antes de tocar los extremos de una batalla, y en el caso forzoso de esta proporcionar el terreno en términos que nuestra caballería tenga toda la ventaja de que es susceptible. [414]

En esa misma carta, insistía:

> ¡¿Cuándo se juntan y dan principio a sus sesiones?! Yo estoy con el mayor cuidado sobre el resultado del Congreso, y con mucho más si no hay una unión íntima de opinión. Los enemigos están todos reunidos en el Aconcagua y, según noticias recibidas ayer, haciendo aprestos para pasar. Dios lo haga, pues tal vez de este modo tomaremos Chile.
>
> Dígame usted algo sobre los diputados llegados, ábrame su opinión sobre los resultados que espera de esa reunión, puesto que esto me interesa más que todo, como que está ligado al bien general. [415]

Un peligro mayor que el realista

Las preocupaciones de San Martín, que por entonces buscaba recursos y hombres para organizar el Ejército de Cuyo, se explicaban por la combinación de los factores políticos en juego en ese momento. Las disputas entre las «corporaciones de Buenos Aires», o sea el Cabildo, la Junta de Observación y el Directorio, exigían que el Congreso —dotado, al menos en principio, de mayor legitimidad como representación del conjunto de las Provincias Unidas— se reuniese y tomase decisiones urgentes. Asimismo, San Martín tenía en claro que solo podía contar con los recursos cuyanos mientras no se definiese la situación en el Alto Perú, que seguía siendo el frente principal de operaciones contra los realistas.

A todo eso se sumaba la amenaza de invasión realista, que por momentos, al menos en la correspondencia de San Martín, parecía el menor de los problemas que

debía afrontar. Lo más preocupante para él en aquella coyuntura era Chile:

> Puede demostrarse geométricamente que si Chile existe en poder de los enemigos dos años más, no solamente hace la ruina de estas provincias, sino que jamás se tomará. Por otra parte, los esfuerzos que se hagan en el Perú serán nulos, pues el enemigo será auxiliado con víveres y soldados ya formados, de los que cada invierno pueden desprenderse los de Chile de 2.550 hombres, reemplazando esta baja con exceso, y poniéndolos en estado de batirse para el verano siguiente, por la tranquilidad de que disfrutan en el invierno. Lima, con este apoyo será el azote de la libertad, y se sostendrá, o por lo menos formará de Chile la ciudadela de la tiranía, aun en el remoto caso de una revolución, y perpetuando la guerra en nuestro suelo, haciéndola cada día más desastrosa. Si la guerra continúa así dos años más, no tenemos dinero con que hacerla en orden, y faltando este, la ruina es segura. Para evitarla, pensemos no en pequeño como hasta aquí, y sí con elevación, y si así perdemos, será con gloria. [416]

Desde la primavera de 1815, cuando la inminente apertura de los pasos cordilleranos ponía a la orden del día el peligro de invasión, San Martín reiteró sus pedidos de refuerzos al gobierno central. En diciembre, incluso envió a Manuel Ignacio Molina a Buenos Aires, pero con el mismo resultado: «La fuerza que se ha puesto a su mando ha sido para estar solo a la defensiva, ínterin no lleguen los resultados del [Alto] Perú». [417]

Sin embargo, en los meses siguientes, y cuando ya se sabía del desastre de Sipe Sipe, en algunos hombres del gobierno se fraguó la idea de una expedición a Chile sin la debida organización. En enero, San Martín se preguntaba en carta a Godoy Cruz advirtiendo los peligros de tal empresa: «¿Qué emprende usted con solos 1.500 veteranos que tengo? No hay duda de que están en un pie sobresaliente, pero si aventuramos esa fuerza, ¿qué es de la provincia?». [418]

En cambio, San Martín sabía que los realistas podían cruzar la cordillera en cualquier momento, y se disponía a contenerlos como podía con las fuerzas que venía organizando en Cuyo.

Así se lo decía a su hombre de más confianza, Tomás Guido:

> Ya estará impuesto de mis planes. El enemigo no puede atacarme sino con la mitad de su fuerza, es decir, con 2.000 hombres; yo le puedo oponer 1.400 buenos, a más una milicia numerosa que aunque inútil para una batalla campal es utilísima para no emplear la fuerza veterana, imponer por la vista, perseguir, quitar caballadas y en fin para todo lo que no sea una línea formal; por otra parte, su caballería no es maniobrera, su infantería debe llegar cansada y estropeada, lo mismo que su armamento; mi artillería es muy superior tanto en instrucción como en calidad y número. Sus caballos, en 80 leguas que tienen que caminar sin comer y por fin en una travesía para llegar a esta de más de 19 leguas, me hacen esperar un buen resultado: yo estoy tomando mis medidas no solamente para un caso de victoria, sino para uno adverso. Si el primero se verifica me soplo en Chile y si el segundo, se podrá remediar con las precauciones.
>
> V. me dirá cómo teniendo el enemigo 4.000 hombres disponibles no puede atacarme más que con la mitad: la cosa es sencilla: esta fuerza está diseminada en varios puntos y en un espacio de más de 300 leguas; tienen que cuidar de sus costas y del disgusto general de Chile; en fin no pueden prescindir de acordarse de que es un país de conquista. [419]

Guido le recomendaba que pidiese apoyo al gobierno central. San Martín no pudo menos que contestarle, para no «reventar»:

> Mi Lancero amado:

Al fin V. con su carta del 1º [de febrero de 1816] me ha hecho romper el silencio perpetuo que me había propuesto guardar, pues reventaría si así continuase en mi sistema: vamos al caso. V. me dice que pida y más pida para el aumento de fuerza de esta provincia: a la verdad, mi amigo, que es una cosa bien triste verse en esta situación: el que mande él todo debe cuidar de las partes ¡pero pedir! ¿No lo he hecho aun de las cosas de primera necesidad y se me ha negado? ¿No he hecho continuas reclamaciones sobre la indefensión de esta provincia tanto el verano pasado como el anterior? ¿Por ventura el gobierno ha tenido los estados con el número de armamentos y su calidad: siendo este de tal especie que las dos terceras partes está enteramente inútil? Pero para qué voy a enumerar a V. sobre esto cuando todo debe haber pasado por sus manos: a V. le consta que lejos de auxiliarme con un solo peso me han sacado 6.000 y más en dinero que remito a esa, que las alhajas de donativos de la provincia (entre las que fueron las pocas de mi mujer) [420] me las mandaron remitir como asimismo los caldos donados [421] y que estos últimos no fueron porque ya era demasiada paciencia; que tuve que pagar cuarenta mil pesos de las 4.000 mulas remitidas al Perú, que mis entradas mensuales no eran más que de 4.000 pesos y gasto mensualmente 20.000, que he tenido que crear una maestranza, parque, armería, dos hospitales, una fábrica de pólvora (porque ni aun esta se me ha remitido sino para la sexta parte de mis atenciones); una provisión de víveres y que sé yo qué otras cosas: no incluyo 3.000 caballos recolectados y 1.300 mulas, y 1.000 recados, todo esto lo sabe el Gobierno, y también el que he tenido que arruinar las fortunas para sostener y crear tantas atenciones: no hablemos de gastos secretos porque esto es una *mare magnum*. Y a pesar de todo se me ha abandonado y comprometido del modo más inaudito.

Yo bien sabía que ínterin estuviese al frente de estas tropas no solamente no se haría expedición a Chile, sino que no sería auxiliado, así es que mis renuncias han sido repetidas no tanto por mi salud atrasada cuanto por las razones expuestas: vamos claros, mi Lancero: San Martín será siempre un hombre sospechoso en su país y por esto mi resolución está tomada: yo no espero más que se cierre la cordillera para sepultarme en un rincón en que nadie sepa de mi existencia; y solo saldré de él para ponerme al frente de una partida de gauchos si los matuchos [422] nos invaden. Dejemos esto y vamos al bien de la causa.

Creo conveniente crear otro escuadrón de granaderos: el caso es este: estos escuadrones tienen 70 plazas más de su completo: ellos se han completado de voluntarios y si se forma el otro escuadrón, me sobraría gente para él: el 2º del nº 11 lo completaré con la gente de San Juan y San Luis y de este modo el que se encargue de esto tendrá una fuerza para la primavera de 2.500 veteranos. Dígame V. sobre esto lo que le parezca. [423]

Curiosamente, el mismo gobierno que no solo le negaba apoyo, sino que le exigía privarse de recursos necesarios, el 15 de febrero de 1816 le ordenó poner en marcha «una expedición parcial a algunas provincias de Chile», con la finalidad de distraer fuerzas del enemigo, impedirle que reclutara tropas y promover la insurrección patriota. Parecía una invitación al suicidio, que San Martín respondió con un oficio al director provisorio, con su propio dictamen sobre «los movimientos sobre Chile, preparativos y conducta que habría de observarse». [424] En él, descartaba de plano la idea de la «expedición parcial», y ante sus sólidos argumentos, los estrategas de sillón de Buenos Aires tuvieron que archivar el proyecto.

Ante la imposibilidad concreta de lanzarse a la ofensiva, por entonces sus planes seguían orientados a que fuesen los realistas quienes emprendiesen el cruce de la cordillera para enfrentarlos en Cuyo. Era una jugada muy arriesgada pero, como ya le había escrito a Godoy Cruz, «tal vez de este modo tomaremos Chile». Más aún, utilizando el sistema de espionaje y contraespionaje que ya había puesto en marcha, había hecho correr la voz de que el grueso de las tropas de Cuyo marcharían rumbo al Alto Perú. Hasta que un traidor advirtió a los realistas. Como le escribía a Godoy Cruz, el 24 de febrero:

> Nada particular de Chile, excepto la variación de plan del enemigo, el que se había propuesto atacarnos persuadido de la salida de las tropas de esta para el [Alto] Perú, como se le había hecho entender por un maldito chileno [que] se me pasó al enemigo y me trastornó todo el plan. [425]

El «odio cordial» de los diputados de Buenos Aires

Por otra parte, el clima político en Buenos Aires seguía contrario a San Martín y se manifestaba claramente en los diputados enviados a Tucumán; entre ellos, tres miembros de la Junta de Observación. Así, le escribía el gobernador de Cuyo a su amigo Godoy Cruz:

> Mi amigo y paisano apreciable: las dos de usted del 29 de enero y el 11 de febrero las recibí juntas el correo pasado; en ellas me manifiesta el odio cordial con que me favorecen los diputados de Buenos Aires. La continuación hace maestros, así es que mi corazón se va encalleciendo a los tiros de la maledicencia, y para ser insensibles a ellos me he aforrado con aquella sabia máxima de Epictecto: «*Si l'on dit mal de toi et qu'il soit véritable, corrige-toi; si ce sont de mensonges, ris-en*». [426] En fin, mi amigo, nada siento los tiros disparados contra mí sino que la continuación hace aburrir a los hombres más estoicos. [427]

Como va quedando claro, el principal problema para emprender el plan libertador de Chile y del Perú no era de estrategia militar ni organizativo, ni incluso el más que arduo de reunir los recursos necesarios. Era netamente político. San Martín, que así como era liberal era un hombre «de orden», se lo planteaba en estos términos a Guido:

> Hablemos claro, mi amigo, yo creo que estamos en una verdadera anarquía o por lo menos una cosa muy parecida a esto. ¡Carajo con nuestros paisanitos! Toma liberalidad y con ella nos vamos al sepulcro. Lancero mío, en tiempos de Revolución, no hay más medio para continuarla que el que mande diga hágase, y que esto se ejecute tuerto o derecho; lo general de los hombres tienen una tendencia a cansarse de lo que han emprendido y si no hay para cada uno de ellos un cañón de a 24 que les haga seguir el camino derecho todo se pierde.
>
> Un curso [428] me da cada vez que veo estas teorías de libertad, seguridad individual, ídem de propiedad, libertad de imprenta, etc., etc. ¡Qué seguridad puede haber cuando me falta el dinero para mantener mis atenciones y hombres para hacer soldados! ¿Cree V. que las respetan? Estas bellezas solo están reservadas para los pueblos que tienen cimientos sólidos y no para los que ni aún saben leer ni escribir, ni gozan de la tranquilidad que da la observancia de las leyes: no hay que cansarnos; cuantos gobiernen serán despreciados y removidos ínterin los pueblos subsistan bajo tales bases […]. [429]

El Congreso de Tucumán

Con toda la lógica de que disponía, que era mucha, se preguntaba San Martín:

¡¿Hasta cuándo esperamos para declarar nuestra independencia?! ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último hacer la guerra al Soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo?, por otra parte los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos. Esté usted seguro [de] que nadie nos auxiliará en tal situación, y por otra parte el sistema ganaría un 50 por 100 con tal paso. Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas. Vamos claros, mi amigo, si no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo este la Soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero, es decir, a Fernandito. [430]

Finalmente, luego de tres meses de espera, el Congreso inició sus sesiones en Tucumán, el 24 de marzo de 1816.

Instrucciones para declarar la Independencia

En una memorable carta dirigida a uno de sus mejores operadores en el Congreso de Tucumán, le daba a conocer sus propuestas, como quien no quiere la cosa:

Ya sabe V. que de muy poco entiendo, pero de política menos que de nada; pero como escribo a un amigo de toda mi confianza, me aventuraré a esparcir un poco de erudición gabinetiva: cuidado, que yo no escribo más que para mi amigo.

Si yo fuese diputado, me aventuraría a hacer al Congreso las siguientes observaciones. Para el efecto haría mi introducción de este modo, propio de mis verdaderos sentimientos:

Soberano Señor: un americano republicano por principios e inclinación, pero que sacrifica estos mismos por el bien de su suelo, hace al Congreso presente:

1º Los americanos o provincias unidas no han tenido otro objeto en su revolución que la emancipación del mando de fierro español, y pertenecer a una nación.

2º ¿Podremos constituirnos república sin una oposición formal del Brasil (pues a la verdad no es muy buena vecina para un país monárquico) sin Artes, Ciencias, Agricultura, Población, y con una extensión de territorios que con más propiedad pueden llamarse desiertos?

3º ¿Si por la maldita educación recibida, no repugna a mucha parte de los patriotas un sistema de gobierno puramente popular, persuadiéndose tiene este una tendencia a destruir nuestra religión?

4º ¿Si en el fermento horrendo de pasiones existentes, choque de partidos indestructibles, y mezquinas rivalidades, no solamente provinciales, sino de pueblo a pueblo, podemos constituirnos nación?

5º ¿Si los medios violentos a que es preciso recurrir para salvarnos tendrán o no los resultados que se proponen los buenos americanos y si podrán o no realizar, contrastando el egoísmo de los pudientes?

Seis años de revolución, y los enemigos victoriosos por todas partes nos oprimen: falta de jefes militares y nuestra desunión son los causales ¡y se podrán remediar!

Puede demostrarse que no podemos hacer la guerra de orden por más tiempo que el de dos años, por falta de numerario. Y si sigue la contienda, no nos resta otro arbitrio que recurrir a la guerra de montonera, y en este caso sería hacérnosla a nosotros mismos.

Ya está decidido el problema de la Inglaterra: nada hay que esperar de ella.

Ahora bien, ¿cuál es el medio de salvarnos? Yo lo sé; pero el Congreso los aplicará como tan interesado esté en el bien de estos pueblos. Resta saber que si los tales medios no se toman en todo este año, no encuentro (según mi tosca política) remedio alguno.[431]

Finalmente, aseguraba San Martín sobre el significado que le asignaba a nuestra declaración de Independencia:

Que la voz de nuestros afanes repercuta en todo el orbe y se sepa que aspiramos a ser un pueblo libre en

> una nación soberana. Que nadie pueda llamarse a engaño y que todos los Estados del mundo sepan lo que buscamos y lo que vamos a ser. La independencia nacional es el deseo de todos. Está en la cima de la revolución que se quiere alcanzar. No nos conformamos con obtener y asegurar la libertad de las Provincias Unidas emancipadas. Vamos más lejos y esta es la primera y obligada etapa a recorrer. Perseguimos la independencia del mundo americano, para obtener un pleno buen éxito es inaplazable emprender una guerra ofensiva contra el dominio de la metrópoli.[432]

También lo preocupaba seriamente la guerra civil. Ya antes del inicio de las sesiones del Congreso le había escrito a Artigas:

> Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad. No tengo más pretensiones que la felicidad de la patria. Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como estas no sean a favor de los españoles y de su dependencia. [433]

Y reiteraba los mismos conceptos, semanas después, en una carta a Guido:

> Por la V. del 24 [de marzo] veo que lo de Santa Fe va de mal en peor, pero hasta ahora ni V. ni nadie dicen qué es lo que quieren: yo no soy de opinión de emplear la fuerza, pues cada gota de sangre americana que se vierte me llega al corazón, por lo tanto ya que han salido esas tropas sería de parecer no hiciesen la menor hostilidad hasta esperar la resolución del Congreso. [434]

En esa carta a Guido, insistía en la necesidad de organizar cuanto antes la campaña para liberar Chile:

> Por la comunicación del correo pasado veo que la expedición de Chile no se verifica o por lo menos si se hace será aventurada como todas nuestras cosas; el Gobierno es menester que se persuada de que si espera buen éxito de ella es necesario no desperdiciar un solo día de este invierno en los aprestos y preparativos porque al fin, mi amigo, no se calcula que cada comunicación de esta [Mendoza] a esa [Buenos Aires] tarda un mes su contestación y que en 6 comunicaciones no se puede poner uno de acuerdo, pero ¡para qué nos cansamos! Chile necesita esfuerzos y yo veo que las atenciones inmediatas hacen olvidar la Ciudadela de la América. Una objeción se me ocurre: ¿no le parece a V. muy admirable que desde que permanezco en esta, no se me haya pedido un solo plan de ofensa o defensa, ni que por incidencia se me haya dicho qué medios son los más conducentes al objeto que se propongan? Esto será increíble en los fastos de todo gobierno y un comprobante de nuestro estado de ignorancia.
>
> Repito a V. que la expedición a Chile es más ardua de lo que parece; solo la marcha es obra de una combinación y reflexión de gran peso; agregue V. a estos los aprestos, política que es necesario observar tanto allá como con esta furibunda gente de emigrados y resultará que la cosa es de bulto. [435]

Y cerraba pidiéndole a su «Lancero» noticias sobre el «Establecimiento de Educación», forma críptica de referirse a la Logia Lautaro:

> Dígame V. con franqueza cómo va el Establecimiento de Educación en esa, pues yo temo que si no se dirige bien, no prospere este utilísimo establecimiento.

Pueyrredón al gobierno

El fracaso del Directorio en su invasión a Santa Fe y las rencillas con el Cabildo porteño llevaron a que Álvarez Thomas presentase su renuncia a mediados de abril de 1816. Provisoriamente, Antonio González Balcarce se hizo cargo del Directorio. San Martín se alegró de la noticia, pero las disputas en la capital continuaron.

Entretanto, el Congreso, el 3 de mayo, decidió nombrar como nuevo director supremo titular a uno de los diputados cuyanos, Juan Martín de Pueyrredón, quien antes de viajar a hacerse cargo efectivo del gobierno decidió acordar con Güemes y con San Martín los planes a seguir. Sabía que en la convulsionada Buenos Aires encontraría resistencias y necesitaba contar con el respaldo, no solo del Congreso y del Ejército del Norte, sino también de los hombres que por entonces eran los custodios de las fronteras con los realistas.

La Memoria de Guido

Con el cambio de gobierno, Guido se decidió a presentarle a Balcarce una «Memoria», como oficial primero de la Secretaría de Guerra, el 10 de mayo de 1816. En ella, «el Lancero» de San Martín analizaba críticamente las campañas al Alto Perú y proponía con claridad el proyecto emancipador de Chile y Perú:

> Hemos perdido veintitrés meses sin ganar un palmo de terreno mientras los enemigos han creado nuevas fuerzas […] después de haber quedado en poder de ellos las cuatro provincias del Alto Perú […]. El Ejército de línea al mando de Pezuela en número de seis mil hombres aguerridos ocupa las cuatro provincias más ricas y pobladas de nuestro estado. Sus tropas victoriosas nos acechan por el norte. […] Por otra parte, el ejército de tres mil quinientos hombres reunido en Chile flanquea por el sur nuestras provincias con la ventaja de conservar comunicaciones directas por mar y tierra con el virrey de Lima y con las tropas del general Pezuela […].
>
> Considero impolítico y ruinoso continuar la guerra ofensiva con el ejército auxiliar del [Alto] Perú. […] La ocupación del reino de Chile es el objetivo principal que a mi juicio debe proponerse el gobierno a todo trance y a expensas de todo sacrificio. Primero, porque es el único flanco donde el enemigo se presenta más débil. Segundo, porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar las provincias del Alto Perú. Tercero, porque la restauración de la libertad en aquel país puede consolidar la emancipación de la América bajo el sistema que aconsejen ulteriores acontecimientos. [436]

El plan contenido en la «Memoria» de Guido era mantener una guerra defensiva en el Norte, proponiendo que Belgrano se hiciese cargo del Ejército Auxiliador, al tiempo que se emprendía la expedición a Chile con un ejército de unos 6.000 hombres. También sostenía que, una vez restablecida la libertad de Chile, debía realizarse una expedición al Perú, desde la costa, para promover el levantamiento en el sur (Tacna, Arequipa, Puno y Cuzco), lo que podría hacerse a partir de la victoria en Chile. También postulaba la alianza entre las Provincias Unidas y Chile, que

> regido por una constitución liberal, bajo un gobierno prudente, activo y moderado, haría desaparecer de estas regiones en el curso de pocos años el bárbaro sistema colonial, asegurando para siempre la

> independencia de la América Meridional. [437]

Como vimos en un capítulo anterior, la «Memoria» de Guido, clave para la campaña libertadora, intentó ser enterrada por muchos de los biógrafos liberales de San Martín, que no le perdonaban al mejor amigo del Libertador haber sido un destacado diplomático del gobierno de Juan Manuel de Rosas.

«Ojalá tuviésemos un Cromwell o un Robespierre»

Por esos días, sin tener aún la noticia de la presentación hecha por Guido, San Martín, que en medio de todo este berenjenal político gobernaba eficientemente y recorría personalmente los accesos y parte de los pasos cordilleranos por donde pasaría con sus «compañeros del Ejército de los Andes», le escribía a su «Lancero» el 14 de mayo de 1816:

> Somos mediados de mayo y nada se piensa, el tiempo pasa, y tal vez se pensará en expedición cuando no haya tiempo. Si esta se verifica es necesario salga el 1º de noviembre a más tardar para que todo el reino se conquiste en el verano; de no hacerse así es necesario prolongar otra campaña y entonces el éxito es dudoso: por otra parte se pierde el principal proyecto, cual es, a mediados del invierno entrante hacer marchar una expedición marítima sobre Arequipa, dirigirse al Cuzco, llevando algún armamento y hacer caer el coloso de Lima y Pezuela: en el entretanto el Ejército del Perú debe organizarse en Tucumán, único punto en mi opinión capaz de poderlo hacer un Ejército, tomando al efecto una defensiva estricta en Jujuy con 600 o 700 hombres, auxiliar la insurrección del Perú con algún armamento y en esta situación amenazante estar prontos para obrar de acuerdo con el Ejército de desembarco. [438]

Y para obtener recursos para ese plan, sugería algunas medidas «que por el pronto se me ocurren»:

> 1º Póngase un cuño: esta es obra de dos meses: aquí existen los dos mejores operarios de la Casa de la Moneda de Chile.
>
> 2º Prohíbase bajo la pena de confiscación de bienes todo uso de plata labrada y comamos con cuchara de cuerno.
>
> 3º Póngase a todo empleado público a medio sueldo; los oficiales que están en los ejércitos a dos tercios, el sargento 8 pesos, 5 el cabo, tambor y trompeta y 4 el soldado: esta operación se ha hecho en toda esta provincia y nadie ha chistado y todos (según me parece) están contentos, peor es creerse tener 2.000 pesos y no tomar mil.
>
> 4º Todo esclavo útil es soldado. Por mi cálculo deben producir las provincias los siguientes:
>
> Buenos Aires y su campaña: 5.000
>
> Provincia de Cuyo y esto lo sé muy bien porque todos son cívicos: 1.273
>
> Córdoba: 2.700
>
> Resto de provincias: 1.000
>
> Total: 9.973
>
> Estoy viendo a mi Lancero que dice ¡qué plan tan sargentón el presentado! Yo lo conozco que así es, pero peor es que nos cuelguen.
>
> ¿Y quién hace el pan en Buenos Aires? Las mujeres, como sucede en el resto de las provincias, y mejor es dejar de comer pan que el que nos cuelguen.
>
> ¿Y quién nos hará zapatos, cómodas, cuja, ropa, etc., etc.? Los mismos artesanos que tienen en la Banda

Oriental: más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, el que el honor nacional se pierda.

Hasta aquí llegó mi gran plan: ojalá tuviésemos un Cromwell [439] o un Robespierre que lo realizase y a costa de algunos menos diese la libertad y esplendor de que es tan fácil nuestro suelo.

Adiós, mi Lancero, dispense *mes rêveries*, [440] y crea le quiere mucho su Lancero

En definitiva, el duro plan de San Martín no se pondría en práctica, pero sí su versión algo más moderada, contenida en la «Memoria» de Guido. Balcarce envió el escrito a Pueyrredón, quien el 24 de junio de 1816 le envió un oficio en que le comunicaba:

Recibí la comunicación de vuestra excelencia en que me consulta si suspenderá las medidas iniciadas con el objeto de activar los aprestos terrestres y navales que sean necesarios para realizar la expedición proyectada contra Chile; y estando yo más convencido de toda la importancia que ofrece dicha expedición a la seguridad y ventajas del Estado, la he resuelto definitivamente. [441]

San Martín y Pueyrredón en Córdoba

San Martín le había pedido a su operador político en Tucumán la concreción de una reunión con el director supremo Pueyrredón. Esta se concretó el 14 de julio, cinco días después de la proclamación de la independencia, bajo la presidencia del cuyano y hombre de San Martín, Narciso Laprida. Durante dos días, San Martín y Pueyrredón discutieron y acordaron los pasos a seguir para llevar adelante el cruce de los Andes y la campaña sobre Chile.

Un San Martín mucho más entusiasta que en su correspondencia previa, le decía a Godoy Cruz:

Mi amado amigo: al fin estaba reservado a un diputado de Cuyo ser el Presidente del Congreso que declaró la independencia. Yo doy a la provincia mil parabienes de tal incidencia. […] Me he visto con el dignísimo Director que tan acertadamente han nombrado. Vuestra señoría ya sabe que no soy aventurado en mis cálculos, pero desde ahora les anuncio que la unión será inalterable, pues estoy seguro de que todo lo va a transar: en dos días con sus noches hemos transado todo: ya no nos resta más que empezar a obrar. Al efecto coma pasado mañana partimos, cada uno para su destino, con los mejores deseos de trabajar en la gran causa.[442]

Por su parte, Pueyrredón, apenas llegó a Buenos Aires, firmó el decreto que nombraba a San Martín general en jefe del Ejército de los Andes.

San Martín promueve la publicación de los **Comentarios reales de los Incas**

Don José, durante su estadía en Córdoba, reunió a lo más granado de la intelectualidad de «la Docta» para proponerles la reedición del libro *Comentarios reales de los Incas* de Garcilaso de la Vega, prohibido por la Inquisición.

José Torre Revello señalaba que el 21 de abril de 1782 se le envió al virrey del Río de la Plata, Juan José de Vértiz, una real orden reservada, en la que se le recomendaba «haga entender a la Real Audiencia de La Plata, con mucha reserva», que, siendo «muchos los abusos de que están poseídos los indios del reino del Perú y de esas provincias del Río de la Plata, que con gran frecuencia hacen protesta del parentesco con los antiguos incas y solicitan el tratamiento de nobles, […] no admitan de los indios informaciones algunas de tales entroncamientos, ni pruebas ni declaraciones de nobleza a los indios de cualquier clase que fueran». Y como quien no quiere la cosa le encargaba al virrey que, «con la misma reserva, procure recoger sagazmente la obra del Inca Garcilaso, donde han aprendido esos naturales muchos errores perjudiciales, y los otros papeles detractorios que hayan impreso, de un tiempo en que se creyeron inocentes, aunque nunca debió permitirse la profecía supuesta del prefacio de dicha historia». [443]

Según recordaba monseñor Pablo Cabrera:

> propone el mismo San Martín lo útil e importante de abrir una suscripción a efecto de reimprimirla, para que su lectura se hiciese más común y se conservase para siempre un documento, que hace tanto honor a los naturales de este país y descubre, al mismo tiempo, con una moderación digna de las circunstancias, la tiránica ambición y falso celo de sus conquistadores. Tan plausible pensamiento no bien llegó a los oídos de los circunstantes, todos, a una vez, lo aprobaron y acordaron con el mayor placer. [444]

La revisión del libro quedó a cargo del doctor José de Isaza, encargado también de preparar la lista de suscriptores, encabezada por el propio San Martín. También contribuyeron Antonio Cabrera y Eduardo Pérez Bulnes, congresales de Tucumán; Benito Lazcano, futuro obispo de Córdoba; José María Paz; el rector de la Universidad, Juan Antonio Sarachaga; Mariano Fragueiro, Diego Paroissien, Pedro Juan González y Rafael de los Reyes.

La venida de los Incas

El interés de San Martín por la obra del Inca Garcilaso no era puramente literario ni histórico, sino de la más estricta actualidad política. Por esos días le decía a su diputado en el Congreso:

> Ya digo a Laprida lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza; las ventajas son geométricas; pero por la Patria les suplico no nos metan una regencia de personas; en el momento que pase de una todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto no hay más que variar de nombre a nuestro Director y quede un Regente: es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación. [445]

El plan de coronar a un descendiente de los Incas había sido propuesto por Belgrano ante el Congreso de Tucumán, a su regreso de Europa. Allí había comprobado el clima restauracionista, en el cual la palabra *república* estaba proscripta. Al igual que otros hombres de entonces, Belgrano consideró más conveniente que el Estado que estaba por declarar su independencia se constituyese como una monarquía constitucional. Pero, a diferencia de muchos dirigentes porteños, que soñaban con tener un rey importado de Europa, esa misma experiencia diplomática le había enseñado que era el peor camino posible. De allí que, reafirmando el origen americano de la Revolución, postulase restablecer en el trono a la única «dinastía» con derechos legítimos en América del Sur: la incaica.

San Martín y Güemes apoyaron esta propuesta, que fue rechazada por el Congreso. Incluso algunos diputados, como el porteño Tomás Manuel de Anchorena, se burlaron de la idea de coronar a un príncipe «de la casta de los chocolates», en una muestra de que el racismo colonial seguía vivito y coleando pese a la declaración de la independencia. Al igual que San Martín, Belgrano recibía por entonces los ataques de la prensa porteña, como le escribía a Manuel de Ulloa, patriota altoperuano y antiguo catedrático de la Universidad de Chuquisaca, que había buscado refugio en Salta de la persecución realista y era uno de los asesores de Güemes:

> Mi muy estimado amigo: Si V. lee los papeles públicos de Buenos Aires, verá V cómo unos me atacan y otros me defienden acerca de nuestro pensamiento de monarquía constitucional e Inca; digan lo que quieran los detractores; nada y nadie será capaz de hacerme variar de opinión: creo que es nacional, es justa, y ni el cadalso, ni las llamas me arredrarían de publicarla: lo que siento es no ver la idea realizada, efecto, a mi entender, del deseo de perfecciones a que aspiran estos señores, o de un amor propio que los incita a aspirar para establecimientos que nada pueda trastornarlos, cosa imposible en el mundo […]. [446]

Es curioso observar cómo califican muchos historiadores la idea belgraniana del Inca. Casi sin excepción, se burlan de ella tildándola de exótica. No usan el mismo calificativo para los zares, el príncipe de Luca o los integrantes de la realeza europea, ellos sí exóticos, que trataron de coronar los directoriales. Resulta que el único exótico es el Inca, y a tales efectos no deja de ser interesante la definición de la palabra según el diccionario de la Real Academia Española: «Exótico: extranjero, especialmente si procede de país lejano». [447] Claro que para muchos escribas vernáculos siempre será más «exótico» un inca, un gaucho, un criollo o un «cabecita negra» que cualquier parásito de las monarquías transatlánticas.

El día de la Independencia

El martes 9 de julio de 1816 no llovía como en aquel 25 de mayo de hacía seis años. El día estaba muy soleado y a eso de las dos de la tarde los diputados del Congreso

comenzaron a sesionar. A pedido del diputado por Jujuy, Sánchez de Bustamante, se trató el «proyecto de deliberación sobre la libertad e independencia del país». Bajo la presidencia del sanjuanino Narciso Laprida, [448] el secretario, Juan José Paso, preguntó a los congresales «si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre de los reyes de España y su metrópoli». Todos los diputados aprobaron por aclamación la propuesta de Paso y en medio de los gritos de la gente que miraba desde afuera por las ventanas y de algunos colados que habían logrado entrar a la sala, fueron firmando el Acta de independencia, que declaraba:

> solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los vínculos que las ligaban a los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueran despojadas e investirse del alto carácter de nación independiente del Rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli.

El acta establecía además que: «Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama».

En la sesión del 19 de julio, uno de los diputados por Buenos Aires, Pedro Medrano, previendo la reacción furibunda de San Martín, que estaba al tanto de las gestiones secretas que involucraban a algunos congresales y al propio director supremo para entregar estas provincias, independientes de España, al dominio de Portugal o Inglaterra, señaló que antes de pasar al Ejército de los Andes el Acta de Independencia y la fórmula del juramento se agregase, después de «sus sucesores y metrópoli», «de toda dominación extranjera», «para sofocar el rumor de que existía la idea de entregar el país a los portugueses».

La declaración iba acompañada de un sugerente documento que decía «fin de la Revolución, principio del Orden», en el que los congresales dejaban en claro que les preocupaba dar una imagen de moderación frente a los poderosos de Europa, que, tras la derrota de Napoleón, no toleraban la irritante palabra «revolución».

Belgrano comentó, preocupado:

> Se han contentado con declarar la independencia, y lo principal ha quedado aun en el aire; de lo que para mi entender resulta en el desorden en que estamos. Porque un país que no tiene un gobierno, sea el que fuere, con Constitución, jamás podrá dirigirse sino por la arbitrariedad. [449]

El día del padre

En medio de esos agitados meses de 1816, la salud de San Martín comenzó a resentirse. A sus problemas respiratorios, hacía tiempo que se sumaban úlceras gástricas. Como vimos, a comienzos de ese año sus males, con vómitos de sangre, lo habían tenido en cama por casi tres semanas. Aunque menos intensos, los dolores y

ataques continuarían. Ya iniciada la campaña de Chile, incluso tendría temblor de manos, lo que llevaría a la preocupación de Belgrano, cuya salud estaba también muy deteriorada. [450]

Pero no todas eran malas noticias. En Mendoza, Remedios [451] daba a luz una bella niñita el 24 de agosto de 1816. Fue bautizada Mercedes Tomasa.

Distintas organizaciones y personalidades de Mendoza vienen bregando hace años para que en esa fecha, 24 de agosto, se festeje el día del padre en la Argentina.

La «infanta mendocina» sería la única hija del matrimonio, [452] pero hasta diciembre de 1823 estaría poco tiempo con su padre. Al mes de nacida, San Martín empezó a pasar cada vez más tiempo en el campamento recientemente instalado en El Plumerillo, dedicado casi por completo a las exigencias de preparar la expedición a Chile. Después, salvo por breves estadías en Mendoza, de paso entre Santiago y Buenos Aires, [453] San Martín no estaría con su familia. Finalmente, a fines de marzo de 1819, por disposición del Libertador, Remedios y Mercedes viajaron a Buenos Aires.

San Martín de los Andes

A pesar del horror que tengo a derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es de absoluta necesidad el hacer un castigo ejemplar de esta clase. Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar estos los derechos que ellos les tienen usurpados.

José de San Martín

Las cualidades políticas de San Martín se pueden calibrar en su organización del Ejército de los Andes, en medio de las serias dificultades que atravesaban las Provincias Unidas a poco de proclamar su Independencia.

Un primer aspecto fue la incorporación de soldados. Los efectivos con que contaba en julio de 1816, luego de dos años de gobernar Cuyo, no alcanzaban los 2.000 hombres. Para enero de 1817, al iniciar el cruce de la cordillera, el Ejército de los Andes superaba los 4.000 soldados de línea, [454] a los cuales hay que sumar otros 1.200 hombres de las milicias, auxiliares y arrieros. San Martín reconocía, admirado, que «un país de mediana población, sin erario público, sin comercio, ni grandes capitales» hubiese sido capaz de reunir esa fuerza, despojándose de todo para sostener las necesidades de las tropas y «a las de más de mil emigrados». Esta duplicación de los efectivos en apenas seis meses fue posible, sin dudas, gracias al aporte de unidades que el Directorio trasladó de otras provincias; pero requirió un reclutamiento general que afectó sobre todo a Cuyo. El Gran Jefe también organizó a los refugiados chilenos en dos cuerpos de infantería, un batallón de artillería y un destacamento de dragones. Reunidas las tropas, les leyó la siguiente proclama:

> Chile, favorecido con tesoro de la naturaleza, árbitro del Océano Pacífico por su situación, bien poblado, dotado de industrias y medios de comunicación fáciles con las provincias fronterizas, es casi el centro de la región de América. Su recuperación va a establecer las bases de nuestro ser político. Perú caerá bajo su influencia y el continente quedará unido. Lo único que debe ocupar nuestras mentes es el más amplio objetivo universal de la libertad. La formación del ejército chileno llevará adelante la tarea. [455]

San Martín también levantó una compañía de cazadores británicos, quienes eligieron como capitán a John Young y como segundo comandante en jefe, a James Lindsay.

La lámina escolar que nos perdimos

A la colección de láminas que adornaban nuestros salones de clase de la escuela primaria le faltó una que hubiese sido muy justa y hasta bella, la de centenares de esclavos negros cruzando por la blanca nieve de la cordillera. No la tuvimos por el

racismo imperante y por todo lo que implicaba que supiéramos que San Martín formó su ejército libertador con el pobrerío, con los gauchos, los indios y los esclavos. Los afroargentinos, los llamados «negros», que formaron buena parte de la infantería, en su mayoría eran esclavos libertos. Al contrario de otros hombres de su tiempo (entre ellos, hasta el mismo Belgrano), San Martín consideraba que los negros y mulatos eran los mejores soldados de infantería, [456] y a contrapelo del racismo imperante en la sociedad de «castas», en enero de 1816 propuso unificar los batallones de «blancos» y «negros», lo que fue duramente resistido y no pudo, en definitiva, llevar a la práctica.

Señalaba:

> El mejor soldado de infantería que tenemos son los negros y mulatos; los de estas provincias no son aptos sino para caballería (quiero decir los blancos), por esta razón […] no hay más arbitrio que el de echar mano de los esclavos… [457]

Ya en 1815 había decretado el «rescate obligatorio» de los esclavos de Cuyo de entre dieciséis y treinta años de edad, cuyos amos fuesen españoles, y desde su incorporación quedarían libres al cabo de un año de haber concluido la guerra. Luego extendió el reclutamiento a los dos tercios de los esclavos cuyos amos eran criollos. En todos los casos, los «dueños» recibieron una indemnización. En total, más de 1.500 hombres que cruzaron los Andes, más de un tercio de la tropa del Ejército, eran afroargentinos. De ellos, algo más de 800 provenían de batallones enviados desde Buenos Aires, y unos 700 habían sido reclutados en Cuyo.

Decía San Martín:

> Yo creo que los negros que han servido en nuestros ejércitos merecen gran elogio por su constancia y valor. Una prueba de su patriotismo es que los españoles no han podido, a pesar de sus tentativas, formar cuerpos con ellos. [458]

Y en un notable oficio dirigido al secretario de Estado en el Departamento de Guerra, fechado en Mendoza el 14 de octubre de 1816, señalaba:

> Entre los esclavos hay muchos de más que regular educación para su esfera, que saben escribir, y poseen un genio capaz de las mejores instrucciones. Abriéndose la puerta a sus ascensos, se empeñarán eficazmente a adquirirlos, cumpliendo mejor los deberes de su clase. Razones políticas, y muy fuertes, influyeron acaso para esta prohibición; pero, o no las distingo, o a lo menos ha cesado su influjo. Si he de hablar francamente, no puedo concebir que la Nación se perjudique porque la esclavatura pueda ascender más allá del destino de soldado. Creo no hay un principio para tener un resultado semejante al de la Isla de Santo Domingo. [459] Las circunstancias son varias, y por otra parte el descuido de la educación en América imposibilita hallar hombres de raza y medianía competente, que sepan leer al menos, y así es preciso sacarlos sin distinción de donde puedan proporcionarse. Yo espero que el Supremo Gobierno se digne habilitar los esclavos para la opción a los empleos, sirviéndose vuestra señoría elevar mi solicitud, la que se contrae a solo cabos y sargentos. [460]

La consulta

Entre sus inquietudes, el Libertador no dejaba de lado a los pueblos originarios de América, a quienes se refería como «nuestros paisanos los indios». Desde Chile, las autoridades españolas, que durante siglos los habían oprimido y masacrado, venían realizando tratativas con las comunidades mapuches y pehuenches, a las que les prometían el respeto de las tierras que aún no les habían arrebatado, a cambio de que apoyaran a los realistas. Conociendo esas maniobras, don José se preocupó de entablar buenas relaciones con ellos. Antes de cruzar los Andes, se reunió con caciques pehuenches, entre ellos Ñacuñan, y les pidió permiso para atravesar la cordillera, reconociéndoles que «ustedes son los verdaderos dueños de este país».

Así se lo anunciaba, antes del encuentro, a su amigo Godoy Cruz:

> Dentro de dos horas marcho al Fuerte de San Carlos, [461] con el objeto de tener un Parlamento General con los indios, en él me propongo el que me franqueen el paso por sus tierras, como el que auxilien al ejército con lo que tengan, pagándoselos a los precios que se establezcan. Veremos cómo salimos; yo creo que bien. [462]

El Libertador describía así a los pehuenches:

> Los indios pehuenches, hombres de una talla elevada, de una musculación vigorosa, y de una fisonomía viva y expresiva, ocupan un territorio al pie de la Cordillera de los Andes de 100 a 120 leguas al Sur del río Diamante, límites de la provincia de Mendoza; pasan por los más valientes de este territorio, no conocen ningún género de agricultura, y viven de frutas silvestres y de la carne de caballo: su vida es errante y mudan sus habitaciones (que se componen de tiendas de pieles) a proporción que encuentran pastos suficientes para alimentar sus crecidas caballadas. Son excelentes jinetes, y viajan con una rapidez extraordinaria, llevando cada uno diez o doce caballos por delante para mudar en proporción que se cansan, pero tan dóciles y bien enseñados, que en medio del campo los llaman por su nombre, y sin el auxilio del lazo los toman con la mano para cambiar. [463]

La reunión no escapaba a su estrategia de guerra de zapa, ya que San Martín evaluaba como muy factible que algunas facciones de las tribus que iba a entrevistar pudieran pasarle información al enemigo y se dispuso a brindarles datos falsos sobre los detalles militares del cruce.

Cuenta su amigo y compañero Manuel de Olazábal en sus memorias:

> Reunidos allí el General y los caciques formados en círculo y sentados en el suelo, el General desde su silla les dijo por intermedio del lenguaraz Guajardo: Que los había convocado para hacerles saber que los españoles iban a pasar de Chile con un ejército para matarlos a todos y robarles sus mujeres e hijos. Que en vista de esto, y siendo también él indio, iba a pasar los Andes con todo su ejército y los cañones que se veían (el ejército en este momento maniobraba en gran parada y la artillería funcionaba estrepitosamente) para acabar con los godos que les habían robado la tierra de sus padres. Pero, que para poderlo hacer por el sur como pensaba, necesitaba el permiso de ellos, que eran los dueños […]. La previsión de San Martín, de que los indios al regresar a sus toldos darían aviso inmediatamente a Marcó del objeto de la conferencia

> para recibir nuevos obsequios, se realizó completamente, pues en el acto dividió Marcó su ejército en dos campos. Pero el Cóndor, que iba a mecerse sobre los Andes, se lanzó por el camino de «los Patos», que es, quizás, el peor, y cuando supo Marcó esta brillante estrategia, ya estábamos allende los Andes, en el valle de Aconcagua. [464]

San Martín narra en su extensa respuesta a una de las preguntas del cuestionario de Miller:

> Se me había olvidado prevenir que al tiempo de comenzar el parlamento general había ofrecido de beber a los caciques y capitanes, pero todos ellos se negaron diciéndole no podían tomar ningún licor porque sus cabezas no estarían firmes para tratar los asuntos que se iban a discutir: al fin el cacique más anciano rompió el silencio y dirigiendo la palabra a los demás indios les propuso si eran o no aceptables las proposiciones que los cristianos les acababan de hacer. Esta discusión fue muy interesante: todos hablaron por su turno, pero sin interrumpirse, y sin que se manifestase en ninguno de ellos la menor impaciencia, exponiendo su opinión con una admirable concisión y tranquilidad; puestos de acuerdo sobre la contestación que debían dar se dirigió al general el cacique más anciano, y le dijo: todos los pehuenches, a excepción de tres caciques que nosotros sabremos contener, aceptamos tus propuestas; entonces cada uno de ellos en fe de su promesa abrazó al general a la excepción de los tres caciques que no habían convencido; sin pérdida se puso aviso por uno de ellos al resto de los indios comunicándoles que el parlamento había sido aceptado. [465]

Un durísimo entrenamiento

Le decía San Martín al general Miller, respondiendo a una de sus preguntas:

> Los trabajos empleados en la organización del ejército de los Andes fueron incesantes: él estuvo acampado cinco meses a una legua de Mendoza: el estado mayor se componía del general Soler, jefe; de un ayudante general y de 20 oficiales de todas armas adictos. El ejército estaba dividido en dos divisiones de infantería, dos de caballería, dos de artillería, una compañía de guías, otra de obreros y un hospital de sangre. La tropa estaba abundantemente provista de carne, legumbres verduras, y vino: el soldado percibió a más de dos reales por semana, y los oficiales la mitad de su sueldo, víveres, y otros diferentes auxilios. Todo pagado mensualmente con la mayor exactitud. El ejército gozó de una salud tan completa, que a su salida para Chile solo dejó en el hospital 56 enfermos, la mayor parte estropeados de caídas y fusiles reventados, efecto de los continuos ejercicios. La disciplina era exacta y severa, pero al mismo tiempo el soldado era cuidado y tratado con la mayor consideración. [466]

El valioso relato del testigo presencial Espejo nos permite conocer cómo era un día en el campo de entrenamiento en El Plumerillo, en el actual municipio de Las Heras: [467]

> Todos los días al despertar la aurora, se disparaba un cañonazo en la guardia de prevención de artillería, como señal para que rompiesen diana los cuerpos, pasasen la lista de regla y saliesen al ejercicio, menos los días festivos. Era bello el golpe de vista que presentaba la gran plaza al verla poblada de grupos que se movían en diversos sentidos, unos ocupados en el manejo de armas y otros, en la escuela de guerrillas, la de compañías o la de batallón, según el grado de disciplina de cada cual. [468]

Hasta las ocho continuaban las maniobras y ejercicios de combate. A las ocho,

cada soldado u oficial debía dedicarse a practicar el armado y desarme de sus fusiles. Luego volvían al ejercicio físico. Tras el almuerzo y el lavado de vajilla y ropa, venía una breve siesta. En las primeras horas de la tarde ya estaban nuevamente entrenando hasta el rezo del rosario. Recién entonces gozaban de tiempo libre hasta la cena, que culminaba con el toque del silencio, que indicaba que había que marchar a las cuadras a dormir. Era frecuente que el general San Martín recorriera los distintos grupos instruyéndolos personalmente en el manejo de las armas, tanto blancas como de fuego, y mantuviera amables conversaciones con sus compañeros, como él los llamaba.

Señala Alejandro Rabinovich en su muy recomendable trabajo sobre el soldado de nuestras guerras de independencia:

> La parte más importante de la instrucción de la infantería eran los ejercicios de fuego, puesto que los fusiles de la época eran terriblemente incómodos y difíciles de utilizar. Eran armas de chispa que pesaban más de cuatro kilos y podían medir hasta un metro y medio de largo. En general, la bala venía empaquetada junto con la pólvora en un cartucho de papel que debía introducirse por la boca del cañón con la ayuda de una baqueta. En total, el procedimiento de cargar el arma, hacer fuego y volver a la posición de guardia requería nada menos que 25 movimientos complejos por parte del soldado. Se suponía que un infante perfectamente entrenado podía realizar la serie hasta tres veces por minuto, pero en condiciones reales era más corriente que un soldado se demorase casi un minuto por disparo. Esto dejaba a la infantería vulnerable frente a un ataque repentino, por lo que era esencial aprender a coordinar los fuegos del regimiento de modo que las filas o secciones disparasen de manera alternada mientras que las otras recargaban. Los ejercicios colectivos eran así la clave del éxito táctico y por ende se les dedicaba una gran atención. [469]

Los hombres de la caballería tenían un entrenamiento más complejo, que incluía el manejo del sable, la carabina y la lanza. A esto se sumaba la imprescindible práctica de destrezas sobre el caballo, previendo las dificultades del terreno que tendrían que atravesar, ya no a caballo sino en mula. San Martín corría con la ventaja de que muchos de sus hombres eran paisanos de a caballo, expertos naturales en la cuestión, pero era fundamental transformar esa destreza en eficiencia militar. Además, no era lo mismo usar el animal para las tareas rurales y la vida cotidiana que como instrumento de guerra, para avanzar en línea compacta sin dar ninguna ventaja al enemigo. [470]

Una verdadera economía de guerra

Equipar, vestir, alimentar y proveer de todo lo necesario a los 5.200 hombres que, entre tropa de línea y auxiliares, participarían en el cruce de los Andes requería resolver problemas de todo tipo. Ya antes de que estuviese decidida la expedición libertadora, San Martín y sus colaboradores habían orientado la economía cuyana para ese fin.

Buena parte de la producción de alimentos de Mendoza y San Juan en esos meses

se orientó a abastecer las necesidades que tendría el ejército en su cruce de la cordillera. Para la alimentación cotidiana, mientras duraba la preparación y el adiestramiento, parte de los terrenos de El Plumerillo se destinaron a una chacra, trabajada por los mismos reclutas. En cuanto a la vestimenta, producida tanto en Cuyo como en Buenos Aires, Córdoba y otras provincias, reiteradamente San Martín le reclamó al gobierno su envío. Así, en octubre de 1816, le escribía a Guido:

> Por la Patria vea V. al Director a fin de que me remita los vestuarios para cazadores, granaderos y [el batallón] nº 8, que estos estén en esta a más tardar a mediados de diciembre. Sin este auxilio no se puede realizar la expedición pues es moralmente imposible pasar los Andes con hombres enteramente desnudos […]. Yo había hecho una contrata con un cordobés de 4.000 varas de bayetilla abatanada y me escribe después de haber tomado más de 1.000 pesos que los paños no pueden estar en esta hasta fines de diciembre, tiempo en que ya debo estar en marcha: la bayetilla que se había comprado en San Luis en mi viaje a Córdoba se apolilló la mayor parte y por falta de lienzos he tenido que hacer camisas de ella para el Ejército […]. Si, como es indispensable, se da la orden para la construcción de los vestuarios que necesito es preciso que en 15 días estén concluidos: que todas las mujeres cosan y todos los sastres corten […]. [471]

Otro rubro importante era el transporte. En total, incluidas las que usarían los hombres como las destinadas a todo tipo de carga (víveres, forraje, armas y pertrechos), se requirieron unas 7.000 mulas, más otras 5.000 de refresco y para reponer las que se perdieran en los desfiladeros de la alta montaña. Reunir esas cantidades fue una proeza no menor que el cruce. Fue necesario movilizar arreos de todas las provincias para lograrlo, y un mes antes de partir de Mendoza, un San Martín más impaciente que nunca le escribía a su «Lancero»:

> Si no puedo reunir las mulas que necesito me voy a pie […] solo los artículos que me faltan son los que me hacen demorar este tiempo.
>
> Es menester hacer el último esfuerzo en Chile pues si ésta la perdemos todo se lo lleva el Diablo. Yo espero que no sea así y que en el pie en que está el Ejército saldremos bien.
>
> El tiempo me falta para todo, el dinero ídem, la salud mala pero así vamos tirando la tremenda. [472]

Fray Luis Beltrán, el padre de nuestra metalurgia

El 30 de enero de 1816, a pedido del rey de España, el papa Pío VII envió a sus «venerables hermanos arzobispos, obispos y queridos hijos de América, súbditos del Rey de las Españas», una «Breve» en la que les decía:

> Entre los preceptos claros y de los más importantes de la muy santa religión que profesamos, hay uno que ordena a todas las almas a ser sumisas a las potencias colocadas sobre ellas. Estamos persuadidos de que ante los movimientos sediciosos que se producen en aquellos países, por los cuales nuestro corazón está entristecido y nuestra sabiduría reprueba, vosotros no dejasteis de dar a vuestros rebaños todas las exhortaciones. Nos somos el representante de aquel que es el Dios de la paz, nacido para rescatar al género humano de la tiranía de los demonios. Nuestra misión apostólica nos obliga a impulsaros a buscar toda clase de esfuerzos para arrancar esa muy funesta cizaña de desórdenes y sediciones que el hombre ha tenido la

> maldad de sembrar allá. Vosotros lo conseguiréis fácilmente, venerables hermanos, si cada uno de vosotros quiere exponer con celo al rebaño los perjuicios y graves defecciones y las calidades y virtudes notables y excepcionales de nuestro muy querido hijo en Jesucristo, Fernando, Rey Católico de las Españas. Recomendad la obediencia debida a nuestro Rey […] y obtendréis en el cielo la recompensa de vuestros sacrificios y de vuestras penas por Aquel que da a los pacíficos la beatitud y el título de hijo de Dios. [473]

Afortunadamente, entre el rebaño latinoamericano había hombres como Belgrano, católico practicante, y muchos curas revolucionarios que, insumisos y arriesgando su vida y hasta la recompensa del cielo, decidieron luchar por la libertad del continente. Uno de ellos, quizás uno de los más notables y menos reconocidos, fue fray Luis Beltrán.

Según la versión canónica, había nacido en Mendoza —aunque en su testamento declara ser oriundo de San Juan—, el 7 de septiembre de 1784. Su verdadero apellido era Bertrand pero fue anotado por error en el acta de bautismo como Beltrán. Ingresó en el convento de San Francisco en Mendoza, donde estudió las ciencias teóricas y ejercitó las prácticas como la física y la mecánica. Decidió seguir su vocación religiosa y fue trasladado a Santiago de Chile, donde en 1812 fue designado capellán de las tropas independentistas comandadas por Carrera. Las habilidades y el ingenio de Beltrán fueron puestos a prueba tras la derrota de Hierbas Buenas, cuando se ofreció para recomponer el parque de artillería diezmado por los españoles. Por sus eficientes servicios fue ascendido a teniente de artillería, pero la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua, el 2 de octubre de 1814, lo obligó a emprender junto a centenares de derrotados el penoso cruce de la cordillera hacia Mendoza. Llevaba consigo sus herramientas de trabajo y la convicción de seguir peleando contra los enemigos de América.

En la capital mendocina el gobernador San Martín decidió incorporar a las filas del ejército libertador a aquel hombre de quien tenía las mejores referencias y de quien Mitre contaba: «Se hizo matemático, físico y químico por intuición; artillero, pirotécnico, carpintero, arquitecto, herrero, dibujante, cordonero, bordador y médico por la observación y la práctica, siendo entendido en todas las artes manuales y lo que no sabía lo aprendía con solo aplicar a ello sus extraordinarias facultades naturales». [474] Ya a partir de marzo de 1815 estaban en funcionamiento los talleres de maestranza, armería y fabricación de pólvora, a cargo de Beltrán, Pedro Regalado de la Plaza y José Antonio Álvarez Condarco, respectivamente.

Fray Luis impuso un frenético ritmo de producción. Montó un taller en el que trabajaban por turnos unos 700 artesanos y operarios, a los que Beltrán formaba a los gritos en medio del ruido ensordecedor de los golpes del martillo sobre el hierro, hasta quedar ronco para toda la vida. Allí, donde no había nada más ni nada menos que la solidaridad y la entrega a la causa revolucionaria del pueblo cuyano, se fabricaba de todo: herraduras y frenos, riendas, cinchas, lazos y maneas, herramientas de todo tipo, vainas de bayoneta, mochilas de cuero, monturas, zapatos, granadas, vehículos de transporte y buena parte de las balas y cartuchos (casi un millón), tanto

para los cañones como para los fusiles.

Allí diseñaba las máquinas para disimular la desigualdad entre aquellos hombres y la majestuosidad de la cadena montañosa más alta del mundo después del Himalaya. Puentes colgantes, grúas, pontones para doblegar quebradas intransitables y abismos imposibles, todo se fabricaba allí día y noche bajo el impulso de fray Luis. Ya no quedaban campanas en las iglesias de la zona, ni ollas en muchas casas: todo era fundido en los talleres de aquel «Vulcano con sotana». «Si los cañones tienen que tener alas, los tendrán», decía Beltrán. San Martín quiso premiar tanto empeño y lo ascendió a teniente primero con el grado de capitán. El inspector general del Ejército, José Gazcón, se opuso a la carrera militar del fraile artillero por considerarla anticatólica, pero el jurista canónico Diego Estanislao Zavaleta dictaminó a favor de la continuidad de Beltrán a las órdenes de San Martín.

Por su parte, el artillero Pedro Regalado de la Plaza, nacido en Mendoza pero que había vivido en Buenos Aires y luchado contra los invasores ingleses y en las campañas al Alto Perú, se hizo cargo del parque y la armería. Allí se repararon y acondicionaron los fusiles recibidos de Buenos Aires, de la fábrica que en la capital dirigía Esteban de Luca. Las bayonetas y cuchillos, por su parte, provenían en su mayoría del taller montado en la vieja estancia jesuítica de Caroya, en Córdoba. Para enero de 1817 había logrado reunir 5.000 fusiles y más de un millar de sables, duplicando las armas con que contaba seis meses antes.

La pólvora de la munición para fusiles y artillería originalmente provenía de la fábrica de Córdoba, hasta que se vio afectada por un incendio en abril de 1815. Entonces, San Martín decidió instalar una en Mendoza, en una casa donada por Godoy Cruz. Puso al frente de esta tarea a Álvarez Condarco, artillero tucumano al que, como veremos, el Libertador confió importantes misiones. En 1812, Álvarez Condarco había estado en la fábrica de explosivos cordobesa, y su experiencia permitió organizar rápidamente la producción en Cuyo, aprovechando el salitre que antes se enviaba a la provincia mediterránea. El carbón, tanto para alimentar las fraguas de Beltrán como para la producción de pólvora, fue uno de los problemas acuciantes, que exigió recurrir al aporte de la población. El azufre, el tercer elemento para la fabricación de pólvora, se obtuvo de los yacimientos que se encontraban en tierras de los pehuenches: fue parte de la negociación que San Martín realizó en su «Parlamento General» con las comunidades originarias en Fuerte San Carlos.

¡Carajo!, no me pida más

El director Pueyrredón había estimado que en su totalidad la expedición libertadora a Chile tendría un costo de unos dos millones de pesos de entonces, cuando el ingreso de un jornalero rondaba los 10 pesos mensuales, que era aproximadamente también el

sueldo promedio de los soldados del Ejército de los Andes. De ese total, poco más de 900.000 pesos fueron aportados por el Directorio desde Buenos Aires; el resto provino de lo que San Martín debió recaudar en Cuyo y los aportes de otras provincias, incluidos los aportes voluntarios y las contribuciones forzosas. [475]

Pueyrredón, aunque siguió empeñado en la guerra civil contra los federales de Artigas, incluso ante la invasión portuguesa de la Banda Oriental iniciada a mediados de 1816, cumplió en todo lo que pudo con los reclamos de San Martín, tal como habían convenido en su entrevista. Para ello, en más de una ocasión, debió enfrentar los intereses dominantes en Buenos Aires, a los que en última instancia respondía. Un director supremo desbordado le escribía al futuro Libertador, en noviembre de 1816:

> A más de las 400 frazadas remitidas de Córdoba, van ahora 500 ponchos, únicos que se han podido encontrar […]. Van todos los vestuarios pedidos, y muchas más camisas. Si por casualidad faltaren de Córdoba en remitir las frazadas, tome usted el arbitrio de un donativo de frazadas, ponchos o mantas viejas a ese vecindario y el de San Juan; no hay casa que no pueda desprenderse sin perjuicio de una manta vieja: es menester pordiosear cuando no hay otro remedio.
>
> Van 400 recados.
>
> Van hoy por correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado. […]
>
> Van los 200 sables de repuesto que me pidió.
>
> Van 200 tiendas de campaña o pabellones, y no hay más.
>
> Va el mundo.
>
> Va el demonio.
>
> Va la carne.
>
> Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo; a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando. Y, ¡carajo!, no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido en un tirante de la Fortaleza. [476]

De joyas y joyitas

Al hablar de los esfuerzos que demandó reunir esos medios, suele mencionarse el aporte de las señoras de la alta sociedad mendocina. Según el general Espejo, veterano del Ejército de los Andes:

> El sexo hermoso, las matronas, si se exceptúan las obras de costura de vestuarios, y otros actos humanitarios, no habían hecho todavía algo notable por la suya. En este concepto discurrieron en secreto, circular de casa en casa, una invitación para día fijo. A la hora convenida se reunió una gran comitiva de las de más alta clase, que se dirigió al salón del Cabildo encabezada por la señora doña María de los Remedios Escalada de San Martín. Recibidas que fueron en audiencia pública, la señora que encabezaba la reunión, en pocas pero muy marcadas palabras expuso el motivo que las conducía. Dijo que no le era desconocido el riesgo que amenazaba a los seres más queridos de su corazón, ni la penuria del tesoro, ni la magnitud de los sacrificios que demandaba la conservación de la libertad. Que los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación en que se veía la provincia, y peor si por desgracia volviésemos a arrastrar las cadenas de un nuevo vasallaje, razón por la que preferían oblarlas en aras de la patria, en el deseo de contribuir al triunfo de la sagrada causa de los argentinos. Y entre los transportes de los más patéticos sentimientos se despojaron allí de sus alhajas y presentaron muchos objetos de valor, de los que se tomó razón individual

para dar cuenta a la autoridad. [477]

Pueyrredón aseguraba que San Martín le dijo en aquella reunión a su compañera:

> Remedios, sé tú quien dé el ejemplo entregando tus alhajas para los gastos de la guerra. La esposa de un general republicano no debe gastar objetos de lujo cuando la patria está en peligro. Con un simple vestido estarás más elegante y te amará mucho más tu esposo. [478]

San Martín, sin dejar de agradecer a los cabildos de San Juan y Mendoza, no quedó para nada satisfecho con la colecta y dijo a quien quisiera escucharlo que la escasez de lo reunido se debía a «la indolencia de los pudientes», que evidentemente contrastaba con la generosidad de los más pobres, que lo daban todo por la causa.

Hay afortunadamente algunos registros de aquellos donativos del pueblo de Mendoza, San Juan y San Luis. Los datos recogidos para dos meses —junio y julio de 1815— dan cuenta de 29 mujeres sanjuaninas que donaron más de 14.000 pesos entre efectivo, ropa y alhajas. Llegaron también importantes donativos desde Córdoba, donde unas sesenta mujeres organizaron una efectiva colecta.

A pesar de las fuentes, provenientes de quienes habrían sido testigos, esa mención suele llevar a varios errores. El primero es suponer que el destino de esa donación fue el Ejército de los Andes. La colecta, realizada en 1815, en realidad obedeció a un pedido del Directorio, con la finalidad de equipar los buques que, en calidad de corsarios, comenzaron a operar contra el comercio español en el Atlántico y el Pacífico; por lo tanto, las joyas fueron enviadas a Buenos Aires. [479]

Víctor Barrionuevo Imposti pone el dedo en la llaga sobre algunas joyitas que donaban esclavos, no precisamente como un acto de patriotismo. Por ejemplo señala que

> Agustina Correa lo hizo para librar a su marido (europeo) de una contribución extraordinaria; Narcisa Miranda, para eximir, en cambio, del servicio de las armas a su hijo, que era granadero del regimiento 11. Otras donaron dinero, como prueba inevitable de adhesión patriótica, para eximirse de las confiscaciones y contribuciones forzosas a que eran sometidos los desafectos a la revolución. [480]

El compromiso sin límites del pueblo cuyano

El segundo, más que error, es una injusticia, porque se oculta que el ejército pudo armarse gracias al sacrificio del pueblo cuyano, que aportó todo lo poco que tenía, desde sus sueldos hasta ropas, ollas, alimentos, armas, mulas.

San Martín se dirigía de esta manera a las mujeres de Mendoza sin distinción de clases a través del Cabildo:

> Trescientas sesenta y cuatro camisas de gasa se hallaban cortadas para el uso del Piquete nº 8; pero esta buena tropa sufre de desnudez consiguiente a su falta, por no estar aún cosidas, y es al cuerpo imposible costearlo. Lo hago presente a V. S. para que, dolido de esta necesidad y en obsequio de los defensores del Pabellón Patrio, se sirva excitar la beneficencia magnánima de las señoras para que se encarguen graciosamente de esta costura. No dudo accederán gustosas, empeñándolas al celo filantrópico de V. S. A este fin hoy se avisa al Comandante de aquel cuerpo para que los ponga a disposición de esa ilustre Municipalidad. [481]

Como acto reparador a tanto olvido y manipulación, queremos dejar concreta constancia, a través del excelente trabajo realizado por Julio Raffo de la Reta, de las características que tenía la demanda sin límite de San Martín de objetos y horas de trabajo para concretar la hazaña del cruce de los Andes, y su inmediata satisfacción por los pueblos de Mendoza, San Juan y San Luis:

- Incorporación permanente de hombres libres y esclavos proveniente de las tres provincias al Ejército de los Andes.
- Provisión de los terrenos para el campo de instrucción.
- Todos los materiales de construcción para el campo.
- Decenas de carreros se ofrecen gratuitamente para trasladar los materiales, incluso hacia y desde Buenos Aires.
- Miles de caballos y mulas.
- 500 rayos de ruedas de carretas.
- Las carnicerías de la ciudad y los suburbios llevaban diariamente todas las astas de las reses con las que se construían, entre otras cosas, los chifles, que hacían las veces de cantimploras.
- Toneladas de maíz y forraje.
- Toneladas de carbón de Jocolí y otras regiones.
- Decenas de arrieros se ofrecen gratuitamente como baquianos del Ejército.
- Centenares de mujeres cosen gratuitamente uniformes y abrigo para oficiales y soldados.
- Las niñas cosen a la par de sus madres. Los niños llevan lo que pueden en sus burritos cargueros, actúan como correos y colaboran en el acopio y la estiba de los materiales junto con los ancianos.
- Innumerables piedras pómez para bruñir las armas y filtrar el agua potable. Toneladas de cebolla y ajo para aliviar el mal de altura, también conocido como «puna» o «soroche».
- 21.750 pesos aportados en una colecta entre todos los vecinos de todas las clases sociales. [482]

San Martín no dejaba de agradecer a aquel pueblo solidario y patriótico, como lo hizo en carta a Pueyrredón: «Es imposible describir el afán de este pueblo generoso, por rendirlo todo, bienes y vida, en favor de la patria»; en carta a Guido: «Estamos en la inmortal provincia de Cuyo y todo se hace; no hay voces, no hay palabras para expresar lo que son estos habitantes»; y finalmente, en su célebre nota de despedida al pueblo cuyano antes de emprender el cruce:

> Sería insensible al atractivo eficaz de la virtud si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Mendoza no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle y sus heroicos sacrificios por la independencia y la prosperidad común de la Nación pueden numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno. A ellos y a particulares distinciones con que me han honrado protesto mi gratitud eterna. E indeleble en mi memoria sus ilustres virtudes, seré de los habitantes de esta capital en todas circunstancias y tiempos, el más fiel y verdadero amigo. [483]

Las mujeres y la bandera de los Andes

No era una Navidad cualquiera aquella de 1816 para los hombres y mujeres que estaban ultimando los detalles para el inicio de una de las más grandes hazañas que recuerda la humanidad: el cruce de los Andes. Aquella Nochebuena compartían la cena navideña San Martín, su esposa Remedios, Gregorio de Las Heras, Dolorcitas Prats de Huisi, Mariano Necochea, Merceditas Álvarez, José Melián y Margarita Corvalán, Manuel Escalada, Merceditas Zapata, Elcira Anzorena, Matías Zapiola, Carmen Zuloaga, Miguel Soler, Manuel Olazábal y su esposa, Laureana Ferrari, quien nos ha dejado un interesante testimonio. Tras el brindis con buen vino mendocino por la patria y el éxito del cruce, San Martín comentó la necesidad de tener una bandera que identificara al Ejército de los Andes. Las que recogieron el guante fueron la porteña Remedios de Escalada, la chilena Dolores Prats y las mendocinas Laureana Ferrari de Olazábal, Margarita Corvalán y Mercedes Álvarez Morón. Pero claro, la cosa no fue nada sencilla. Había que conseguir las telas con los colores apropiados y los hilos para el bordado del escudo. Las chicas se las ingeniaron para cumplir con el futuro Libertador, que quería la bandera para el Día de Reyes de 1817. Recorrieron todos los negocios de Mendoza y fueron juntando el material. El óvalo lo dibujaron siguiendo las líneas de una bandeja de plata que había en una de las casas.

Una reciente investigación del profesor mendocino Esteban Fontana, sin negar la participación de las mencionadas damas en la provisión de los materiales, señala que esta fue confeccionada por las monjas de la Buena Enseñanza, María de las Nieves Godoy, Andrea de los Dolores Espínola y María del Carmen del Niño de Dios Correas. [484]

Sorteando todas las dificultades, terminaron aquella pequeña bandera de un poco menos de un metro y medio por uno y veintidós centímetros, el 5 de enero de 1816. [485] No cuenta la crónica si la depositaron cariñosamente por la noche en las botas del querido don José, pero coincidirán conmigo en que hubiese sido un lindo regalo de Reyes.

El servicio secreto y la guerra psicológica

Tras la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua, una de las preocupaciones de San Martín había sido establecer un eficaz sistema de información sobre la marcha de los acontecimientos en Chile, combinado con su contracara: la desinformación del

enemigo sobre las propias acciones. Para ello organizó una verdadera red de espionaje y contraespionaje, en la que no faltaron las operaciones de acción psicológica, haciendo circular la mayor cantidad posible de información falsa.

Entre los agentes al otro lado de la cordillera se contaron Antonio Merino, que firmaba su correspondencia secreta como «El Americano»; Juan Pablo Ramírez, cuyo seudónimo era «Antonio Astete»; Jorge Palacios, alias «El Alfajor», y Manuel Javier Rodríguez Erdoíza, «el Alemán», que aceptó una verdadera «misión imposible». Rodríguez, que se había destacado como patriota desde el inicio de la revolución chilena en septiembre de 1810, había pasado a Mendoza con los refugiados luego de Rancagua. Para darle «cobertura» a su regreso a Chile, acordó con San Martín fraguar una arriesgada operación: el Libertador, acusándolo de conspiración, lo envió confinado a San Luis, y en el trayecto Rodríguez simuló fugarse y recruzó la cordillera. De nuevo en Chile, Manuel Rodríguez no solo organizó una red de espionaje, sino que formó guerrillas patriotas. Ante la evidencia de que seguía actuando en el bando patriota, a partir de entonces la mayor parte de la correspondencia entre San Martín y Rodríguez estuvo destinada a difundir falsa información, en cartas destinadas a ser interceptadas por los realistas, que creían contar entonces con inestimables detalles de su más mortal enemigo, San Martín.

Otro célebre agente patriota en Chile fue Diego Guzmán e Ibáñez, que actuaba con el nombre de guerra de «Víctor Gutiérrez» y pudo pacientemente elaborar y enviar al otro lado de la cordillera un completísimo listado del cuerpo de oficiales, la composición de las tropas y del armamento y secretos militares del enemigo español.

Un caso notable fue el del vecino de Mendoza Pedro Vargas, quien aceptó ser acusado de realista recalcitrante. Fue detenido y paseado engrillado por las calles de la ciudad en medio del repudio general. Su propia esposa, una notable patriota, se distanció de él. Gracias a esta cobertura obtuvo valiosísimas informaciones del bando enemigo. Cumplida su misión, fue revelada la verdad y obtuvo un público reconocimiento por parte de San Martín.

El cuartel general de los espías funcionaba en Mendoza, donde se recibía la información de las casas operativas ubicadas en localidades claves en Chile, en general, propiedades de «buenos vecinos» que tenían muy buena imagen ante las autoridades españolas.

Decía orgulloso San Martín:

> La guerra de zapa que les hago es terrible. Ya les tengo metidos en sus cuerpos ocho desertores, entre ellos dos sargentos, gente de toda mi confianza, que han ido en clase de tales. [486])

A medida que se acercaba el inicio de la campaña a Chile, la guerra de zapa fue cobrando mayor intensidad. Una de esas acciones muestra cómo entendía la inteligencia el Libertador. Ya tenía planeado que las dos columnas principales cruzaran los Andes por los pasos de Los Patos y de Uspallata, para lo cual necesitaba planos lo más detallados y actualizados posible. Con ese fin envió a Chile al mayor

Álvarez Condarco, hombre de memoria notable y que, como oficial de artillería, tenía conocimientos de ingeniería. Álvarez Condarco cruzó por el camino más largo, el de Los Patos, llevando al gobernador realista, Marcó del Pont, una copia de la Declaración de la Independencia. El jefe español lo tomó como una provocación; pero en lugar de fusilar al portador de la noticia, se limitó a ordenar la quema pública del documento y a enviar de vuelta al mensajero, por el camino más rápido, el de Uspallata. Con toda la información recogida en ese breve «tour» trasandino, Álvarez Condarco pudo proveer a San Martín de los planos necesarios.

Marcó del Pont le envió, además, con Condarco la siguiente carta, fechada en Santiago el 13 de diciembre de 1816, que vale la pena leer:

> Señor Don José de San Martín: He puesto en ejercicio toda mi urbanidad y moderación para no devolver a vuestra señoría su carta de 2 del corriente, y Acta del Congreso de Córdoba [sic] que acompaña para mi conocimiento, tanto por ser el complemento del más detestable crimen, cuanto por tenerlo anticipado en correspondencia pública del Janeiro, y no ser asunto oficial. Así estimo por frívolo y aparente este motivo para la venida de su parlamentario: esto me obliga a manifestar a vuestra señoría que cualquiera otro de igual clase no merecerá la inviolabilidad y atención con que dejo regresar al de esta misión, y que puede vuestra señoría prevenir a su Gobierno de Buenos Aires, de cuya orden me dice ha dado este paso, que la contestación de su pretendida independencia será tan decidida por las armas del Rey, y por el poder de España, como la de otros países rebeldes de América ya subyugados; sirviendo igualmente a vuestra señoría de inteligencia que no he podido dejar de condenar ese monumento de la perfidia y traición a ser quemado por mano del verdugo en la plaza pública en presencia de las valientes y fieles tropas de mi mando, que llenas de indignación y entusiasmo han jurado en el acto con repetidas aclamaciones de viva el Rey, vengar el horroroso insulto hecho a su Soberanía, a imitación de lo que han ejecutado sus hermanos de armas en otros puntos de América, según deducirá vuestra señoría de los impresos que Dios guarde a vuestra señoría muchos años. Francisco Marcó del Pont. [487]

También las mujeres fueron muy importantes en la guerra de zapa, destacándose entre ellas la agente conocida con el seudónimo de «Chingolito», que llegó a infiltrarse en la intimidad de la máxima autoridad española de Chile y convertirse en su amante. La información aportada por ella fue valiosísima y logró transmitirle al jefe español información falsa que lo llevó a tomar algunas de las decisiones militares equivocadas que necesitaban San Martín y el alto mando del Ejército de los Andes.

La eficiencia y la eficacia del servicio secreto sanmartiniano estaban enloqueciendo a Marcó del Pont, que ya no podía confiar ni en su sombra, según lo confesaba en una carta dirigida al intendente de Concepción el 4 de febrero de 1817:

> Mis planes están reducidos a continuos cambios y variaciones según ocurrencias y noticias del enemigo, cuyo jefe en Mendoza es astuto para observar mi situación, teniendo innumerables comunicaciones y espías infiltrados alrededor de mí y trata de sorprenderme. [488]

También se recuerdan los nombres de Mercedes Sánchez, Eulalia Calderón, quien pasaba datos desde las postas, y Carmen Ureta, quien, tras la victoria patriota, fue condecorada por el nuevo gobierno de Chile. Fue tan secreta la misión que le cupo a Rafaela Riesco que hasta el día de hoy solo sabemos que cobró por sus servicios la muy abultada suma de 3.000 pesos.

El riesgo para las espías era muy grande, dado el salvajismo del tristemente célebre Tribunal de Vigilancia, que estaba a cargo de un sádico personaje, el comandante del Real Regimiento de Talavera de la Reina, Vicente San Bruno. Manuel Pueyrredón cuenta en sus memorias los padecimientos de una de estas valientes mujeres, la señora Águeda de Monasterio, quien fue torturada hasta la muerte, prohibiendo a sus deudos enterrar su cadáver como escarmiento para las «insolentes» que se atrevían a desafiar la autoridad del rey.

Pero a pesar de los desvelos y las crueldades de los agentes del Tribunal de Vigilancia, como Joaquín Magallar, los mensajes llegaban escritos en tinta invisible elaborada a base de limón, que se hacía legible al calor de una vela, o en códigos numéricos. La red de espionaje se valió tanto del sistema celular como del radial. Por el primero obtenía en zonas amplias geográficamente y densamente pobladas información determinante sobre los planes y movimientos del ejército español. Se componía de pequeños grupos o células que operaban desde casas seguras y reportaban a un superior, que a su vez transmitía la información. El sistema radial se utilizaba para observar y analizar las zonas de posibles combates, como por ejemplo la cuesta de Chacabuco, que fue atentamente estudiada por el agente Juan Pablo Ramírez, quien pudo reportar a San Martín detalles valiosísimos sobre las características de la zona antes del inicio del cruce de los Andes. [489]

Tras una paciente tarea de inteligencia, San Martín pudo detectar que el jefe de los espías del jefe español de Chile en Mendoza era el sacerdote Pedro López y supo quiénes trabajaban para él. Algunos fueron detenidos y otros fueron convencidos u obligados, según los casos, a convertirse en agentes dobles que pasaban detallados informes a Marcó del Pont. Lo que este no sabía era que esos tan exhaustivos informes sobre los planes, la cantidad de tropas y armas, los pasos cordilleranos elegidos para el cruce eran absolutamente falsos y estaban redactados nada menos que por el propio San Martín.

Los aprestos políticos

En consonancia con la decisión de encarar la expedición a Chile, en septiembre de 1816 Pueyrredón publicó una proclama en la que anunciaba:

> ¡Chilenos! Vosotros, que palpasteis la necesidad de asegurarnos por tierra y mar […] veréis las huestes de la libertad sobre los Andes luego que descubran camino esos cerros de nieve. El coronel mayor San Martín, General nombrado, tiene fuerza para imponer a los tiranos. […] Las Provincias Unidas, victoriosas en toda la redondez de su territorio, y señoras de la Mar del Sud, no descubren otra atención que las desgracias de sus vecinos y de sus hermanos. [490]

Por otra parte, aunque no se dio a conocer públicamente, se acordó que, de

triunfarse sobre los realistas, como se esperaba, fuesen los propios chilenos quienes decidiesen el nombramiento de un nuevo gobierno y los pasos a seguir. San Martín, cansado de las intrigas políticas, pidió instrucciones por escrito, que en definitiva serían firmadas por Pueyrredón el 21 de diciembre de 1816. En ellas se le indicaba:

> Siendo notoria la división en que se hallaba Chile por dos partidos poderosos, antes de la entrada de las tropas del rey, […] se procurará extinguir la semilla del desorden con proclamas imparciales, sin justificar a ninguno de ambos, ni permitir se renueven las causas de aquel choque fatal. […] Entre los dos extremos, el general elegirá los medios, sin confundir absolutamente los unos y realzar los otros, dando siempre lugar al mérito y la virtud. [491]

A San Martín, si bien estaba de acuerdo con esos principios, no lo dejaban tranquilo esas disputas y buscó el modo de asegurarse el suficiente respaldo político. Para ello pidió que su «Lancero» Guido se sumase a la expedición, para actuar como su hombre de confianza, y propuso organizar anticipadamente la Logia Lautaro para actuar en Chile. Ya antes de que la campaña contase con la aprobación formal del Directorio, le escribía a Guido, con su lenguaje cifrado:

> Sería muy conveniente llevar desde esta [Mendoza] a Chile ya planteado el Establecimiento de Educación Pública bajo las bases e inmediata dependencia del de esa ciudad [Buenos Aires]; esto sería muy conveniente por cuanto el atraso de Chile es más de lo que parece: hágalo V. presente al gobierno para si es de su aprobación empezar a operar a algunos alumnos. Yo creo que aunque no sea más que por conveniencia propia no dejará Pueyrredón de favorecer el Establecimiento de Pública Educación; él conocerá que sin las luces nada haremos y solo acabaremos de arruinarnos: nuestra ignorancia nos tiene en este estado. [492]

A medida que se iban completando los preparativos, San Martín insistió de manera reiterada ante Pueyrredón para que Guido fuese destinado al Ejército de los Andes, lo que una y otra vez fue rechazado por el Director Supremo:

> Lancero muy querido:
>
> El Director me ha desahuciado terminantemente sobre su venida, pues me dice le pido un imposible en razón de que V. es el que lleva el peso de toda la Secretaría [de Guerra]. Su falta me equivale a un batallón pues no tengo en quien fiarme, especialmente para las comunicaciones secretas y otras cosas reservadas, y todo es preciso que lo haga este Hijo de Puta. En fin, a la entrada de la expedición voy a pedirlo a V. terminantemente sin perjuicio de la rotunda negativa.[493]

Ante la insistencia, una vez más se negó Pueyrredón, comunicándole:

> Yo conozco la necesidad que usted tiene de Guido; pero amigo mío, mire usted que esta Secretaría se queda sin un hombre que la dirija. Sin embargo, para el correo que viene diré a usted mi resolución en este asunto. Aquí también hay negocios reservados, y muy frecuentes, de que él solo está enterado y que él solo puede despachar. [494]

Finalmente, y tras las muchas insistencias, apenas dos semanas antes de iniciarse el cruce de la cordillera, el Director Supremo le informaba a San Martín:

> Hemos tratado de la ida de Guido, y se ha resuelto que a la primera noticia de haber usted ocupado a

Chile, saldrá de aquí. No sabe usted todo el sacrificio que hago en desprenderme de este joven, que es el que me lleva todo el Despacho de la Guerra. [495]

Y en esa misma carta, terminaba de perfilar la política que debía seguir:

> Ya caminaron las instrucciones que usted me pidió y me repite ahora. Sin embargo de lo que en ellas se previene, si usted considera conveniente poner en aquel Gobierno a O'Higgins, hágalo con entera seguridad de mi aprobación, así en esto como en todo lo que usted obrase. Tengo de usted la misma confianza que de mí propio, y sobre todo, la presencia de las circunstancias es la única guía que debe tener un general en el caso de usted. [496]

Ponte a temblar

El gobernante español de Chile, Marcó del Pont, le escribía desesperado a su compañero en esto de la usurpación, el saqueo y el asesinato en masa, el general De la Serna:

> Deseo manifestar a Vuestra Señoría que mi situación es apurada, armándose próxima una fuerte invasión al mando del gobernador de Mendoza, don José de San Martín, contra este reino, por diversos puntos atacables, en la distancia de 400 leguas limítrofe, para cuya defensa son escasas las tropas de mi mando, debiendo atender al mismo tiempo a la seguridad interior de un país subyugado solo por la fuerza, rodeado de descontentos y partidarios de los enemigos. [497]

En estado de pánico, el hombre que promovía la tortura y el fusilamiento de hombres, mujeres y niños sospechosos de ser patriotas, prohibió las reuniones públicas, las fiestas populares, el traslado de personas sin permiso y obligó a la entrega de todas las armas que estuvieran en poder de la población.

Las cenizas de los tiranos

Para que el infame gobernante trasandino siguiera temblando, San Martín le envió la declaración de guerra formal:

1. Que la guerra contra los usurpadores de Chile no es agresiva a aquel país, sino protectiva de la libertad de sus habitantes, que claman redimirse.
2. Que las armas preparadas a instancia de los chilenos se descansarán en el momento que lo prevengan ellos, libres de violencia y de toda causa de temor.
3. Que las Provincias Unidas renuncian en esta guerra toda ventaja fuera de la satisfacción de ser libres sus hermanos.
4. Que indemnizadas las Provincias de los costos de la expedición, y enteradas en los soldados que perezcan, quedan los chilenos sin ninguna responsabilidad y obligación.

5. Que las tropas de las Provincias volverán a sus cuarteles, sin tocar el territorio de Chile, siempre que lo desocupen las tropas agresoras, antes de desenvainarse la espada.
6. Que desde el primer encuentro, en que se ensangrienten las armas, las tropas de las Provincias no colgarán el sable hasta que las cenizas de los tiranos enjuguen al desgraciado Chile, humedecido con la sangre de tanta víctima inocente, y hasta vengar bien la última gota que derrame el menor soldado. [498]

Estas manifestaciones eran necesarias para dejar en claro que era una campaña libertadora, y convocar a los chilenos a sumarse a la lucha contra los realistas.

Algunos datos de la geografía

Para los que tenemos la suerte de conocer nuestras hermosas provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja, lugares desde donde partieron las seis columnas del Ejército Libertador, la hazaña cobra otra dimensión. El primer malentendido tiene que ver con que no se trata de un cordón montañoso sino de cuatro sucesivos. El primer cordón es la Precordillera, y el segundo, la cordillera del Tigre. Entonces se llega a los valles y al río Los Patos, para encarar entonces sí la cordillera de los Andes, que a su vez tiene dos cordones, el llamado El Espinacito, el más alto de todos, con montes como el Aconcagua de más de 6.900 metros. Vale la pena recordar que es tan complicado subir como bajar cada uno de estos cordones con todo el equipamiento que se llevaba. Bajando entonces de estas alturas, hay que recuperar fuerzas para emprender la subida al segundo cordón de la cordillera, en cuya altura que divide aguas está el actual límite entre la Argentina y Chile. [499]

Sobre las características de aquellos senderos es interesante leer el siguiente texto de mediados del siglo XVIII, recordando que, para 1817, a pesar de los esfuerzos de San Martín, aquellos caminos no habían mejorado demasiado:

> la senda en que apenas caben los pies de una mula, a cuyos lados se ven, de una parte, profundísimos precipicios, cuyo término es un río rapidísimo y, de la otra, peñas tajadas y empinados riscos, en donde, si tropieza la cabalgadura, cae volteando, despeñada hasta el río. En partes del sendero no se puede uno fiar de los pies de la bestia, ni aun apenas se camina seguro en los propios, por ser las laderas tan derechas y resbaladizas, que pone grima al pisar en ellas […] la inmensa altura de estos disformes montes parece competir con el cielo. Ni Pirineos, ni Alpes, ni otros de los más elevados montes que sabemos, pueden correr parejo con ellos y quedaría vanaglorioso el Olimpo tan celebrado, de merecer la admitiesen por competidor. No parece sino que unos montes han sido sobrepuestos a otros montes. Cuatro días se gastan en subir a la cumbre más alta, de lo que propiamente se llama cordillera, y se cree pasar la esfera de la media región del aire, donde el viento es ya tan sutil y delicado que con dificultad basta para la respiración, y fuera de respirar más aprisa y con mayor vehemencia, es diligencia forzosa aplicar pañizuelos a la boca, o por dar más cuerpo al aire, o para templar su frialdad demasiado, y atemperarlo de modo que no se sofoque el corazón humano. [500]

San Martín cruzó los Andes

La frase, de tan repetida, se volvió banal. Al decirla no se piensa siquiera en su significado, en cruzar una de las cordilleras más altas del mundo. Pero tampoco se piensa en el sentido que sugiere el genial Bertolt Brecht en su poema «Preguntas de un obrero que lee»:

El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César derrotó a los galos.
¿No llevaba siquiera cocinero?
Felipe de España lloró cuando su flota
Fue hundida. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años.
¿Quién venció además de él?
Cada página una victoria.
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?
Cada diez años un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?
Tantas historias.
Tantas preguntas. [501]

San Martín, hombre de una demostrada humildad, siempre usó la primera persona del plural, un claro *nosotros* para sus partes militares. No se parecía en nada a tanto autor ególatra que anda por ahí, como dice un amigo, a tanto «Yo y Platero».

Porque, claro, no cruzó los Andes por su vocación de andinista, lo hizo dirigiendo una empresa colectiva, que como vimos implicó directamente el conmovedor compromiso de tres provincias e indirectamente y en menor medida el esfuerzo del resto del país. Lo hizo con y gracias a sus compañeros del Ejército de los Andes, que lo dejaron todo, hasta la vida por el sueño de libertad, ni más ni menos.

Era tan consciente de sus limitaciones como ser humano frente a la inmensidad que lo decía claramente: «Lo que no me deja dormir no es la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes». Así lo confesaba San Martín a Guido en una carta del 14 de junio de 1816. No era para menos. Si aún hoy, con caminos trazados, es una «aventura» esa travesía, las dificultades de trasponer la cordillera por senderos peligrosos, teniendo la responsabilidad de miles de hombres mal vestidos, mal montados y mal alimentados, significaban una hazaña,

sin comillas ni metáforas. Sobre todo teniendo en cuenta que no iban de paseo sino a liberar un país para avanzar luego hacia el principal bastión del enemigo en esta parte del continente.

La logística era una preocupación más que seria, porque a la altura promedio de 3.000 metros sobre el nivel del mar no había posibilidades de sobrevivencia si no se tenía todo previsto de antemano. La sabiduría popular cuyana hizo su aporte con el «charquicán», un alimento hecho a base de carne secada al sol, tostada y molida, y condimentada con grasa y ají picante. Agregándole agua caliente y un poco de harina de maíz proveía el suficiente aporte calórico y proteico como para resistir las fatigas de las largas marchas por senderos de montaña y el frío gélido de las noches, que con sus vientos helados hacía bajar la temperatura a diez grados bajo cero, después de jornadas de más de treinta grados de calor durante el día.

El médico de la expedición fue James Paroissien, un inglés de ideas liberales radicado en Buenos Aires desde 1803, que castellanizó su nombre convirtiéndolo en un auténtico Diego argentino. Cuando estalló la revolución, ofreció sus servicios al nuevo gobierno y fue designado cirujano en el Ejército Auxiliar del Alto Perú. En 1812 se hizo ciudadano de las Provincias Unidas y el Triunvirato le encargó la jefatura de la fábrica de pólvora de Córdoba. Allí San Martín lo invitó a sumarse a sus planes y Paroissien fue el cirujano mayor del Ejército de los Andes y tendría una durísima tarea.

Señala Rabinovich:

> San Martín calculaba que el 5 o 6% de la tropa caería enferma durante el cruce de los Andes, por lo que se organizó un hospital volante con capacidad para 200 personas. Para tener una idea de los medicamentos que eran administrados, basta con recorrer la lista de productos del boticario militar. En ella se combinan productos químicos y minerales que parecen salidos de un laboratorio alquímico medieval (azufre electo, vitriolo azul, piedra infernal, mercurio dulce, tártaro hermético, sal de Epson, tierra del Japón, tintura tebaica, Espíritu de Nitro dulce, Éter vitriólico, etc.) con una infinidad de hierbas y extractos naturales dignos del mejor botiquín homeopático (azúcar de caña, sal de ajenjo, corteza de quina, polvo de canela, polvo de ruibarbo, flores de violeta, amapola y alhucema, azafrán, clavo de olor, mostaza, linaza, raíz de jengibre, miel de abejas, manteca de cacao, jarabe de horchata, etc.). Conociendo el desempeño de la medicina de la época, es probable que el botiquín natural fuese destinado a curar los efectos nocivos del botiquín químico, para que la salud del enfermo fuese luego rematada con la intervención decisiva del sangrador. [502]

El Código de Honor del Ejército de los Andes

Y una vez más, se ve aquí qué tipo de militar era San Martín. Meses antes del cruce, dio a conocer el Código de Honor del Ejército de los Andes, otro documento que vale recordar. Entre otras disposiciones, aclaraba para todos los tiempos:

> La Patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la

> bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta, cuanto es creada para conservar el orden, afianzar el poder de las leyes y dar fuerza al gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares. Las penas aquí establecidas y las que se dictasen según la ley serán aplicadas irremisiblemente: sea honrado el que no quiera sufrirlas: la Patria no es abrigadora de crímenes. [503]

También son de destacar las durísimas instrucciones reservadas impartidas por San Martín a sus comandantes.

> Los jefes perorarán con denuedo a la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de vida al que se separe de su fila, sea al avanzar, sea al retirarse.
>
> Se dirá a los soldados de un modo claro y terminante […] que si algún cuerpo se retira, es porque el general en jefe lo ha mandado así por astucia.
>
> Si algún cuerpo de infantería o caballería fuere cargado con arma blanca, no será esperado a pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro con bayoneta calada o con sable.
>
> Los heridos que no puedan andar con sus pies no serán salvados mientras dure la batalla […].
>
> Cuando se levanten, en donde se halle el general, tres banderas a un mismo tiempo […] gritarán todas las tropas: Viva la Patria, y en seguida cada cuerpo cargará el arma al enemigo que tenga al frente.
>
> Se perseguirá con calor, y luego que esté rota la línea enemiga, y al toque de llamada, todos estarán en línea. Los señores Jefes del Estado deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos.

La cosa era a todo o nada, como bien decía él, «libres o muertos, jamás esclavos».

1817

Continúa el avance de las fuerzas patriotas en Venezuela que lograron derrotar al general español Morillo en Mata Siete. El rey Luis XVIII de Francia decreta la «suspensión» del derecho de hábeas corpus. Algo parecido ocurre en Inglaterra, donde el gobierno suspende las garantías individuales a causa de las convulsiones sociales ocasionadas por la crisis económica.

James Monroe es elegido presidente de los Estados Unidos. El economista liberal David Ricardo publica su libro *Principios de economía política y tributación*, y Hegel, su célebre *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. En Buenos Aires se funda la Sociedad del Buen Gusto para promover el teatro, mientras que Esteban de Luca publicó *A la victoria de Chacabuco*.

Por la libertad de la patria

San Martín se dirigía así a los chilenos, antes de emprender el cruce de la cordillera:

El ejército de mi mando viene a libraros de los tiranos que oprimen ese precioso suelo. Yo me estremezco cuando medito las ansias recíprocas de abrazarse tantas familias privadas de la sociedad de su patria o por un destierro violento o por una emigración necesaria. La tranquila posesión de sus hogares es para mí un objeto el más interesante. Vosotros podéis acelerar ese dulce momento, preparándoos a cooperar con vuestros libertadores que recibirán con la mayor cordialidad a cuantos quisieran reunírseles para tan grande empresa. La tropa esta prevenida de una disciplina vigorosa y del respeto que debe a la religión, a las propiedades y al honor de todo ciudadano. No es de nuestro juicio entrar en el examen de las opiniones: conocemos que el temor y la seguridad arrancan muchas veces las más extraviadas contra los sentimientos del corazón. Yo os protesto por mi honor y por la independencia de nuestra cara patria que nadie será repulsado al presentarse de buena fe. El soldado se incorporará en nuestras filas con la misma distinción de las que las componen y con un premio especial el que trajere sus armas. El paisano hospitalario y auxiliar del ejército será recompensado por su mérito y tendrá la gratitud de sus hermanos. Se castigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no se cometerá alguno bajo las banderas americanas, y que se arrepentirá tarde y sin recurso el que las ofenda. Esto son los sentimientos del gobierno supremo de las Provincias Unidas en Sud-América que me manda, desprendiéndose de una parte principal de sus fuerzas para romper las cadenas ensangrentadas que os ligan al carro infame de los tiranos. Son los míos y los de mis compañeros en la campaña. Ella se emprende para salvaros. ¡Chilenos generosos! corresponded a los designios de los que arrostran la muerte por la libertad de la patria. [504]

Los números del cruce

Hombres: 5.423.

Mulas: 10.600, de ellas 510 llevaban alimentos y 113, vino y aguardiente. Solo 4.300 llegaron a Chile.

Caballos: 1.600; llegaron 511.

Bueyes: 600.

Vacas para el consumo de la tropa: 483.

Obuses: 2.

Cañones: 20.

Granadas: 600.

Carros de metrallas: 200.

Balas para metralla y cañones: 6.200.

Estopines: 31.000.

Lanzafuegos: 4.750.

Fusiles: 500.

Tercerolas: 741.

Sables: 1.129.

Zorras: 2.

Puentes: 2.

Herraduras: 14.000.

Carpas: 300.

Camisas: 5.700.

Piedras de chispa: 70.000.

Hierro: 20 quintales.
Chifles para agua, aguardiente y vino: 4.000.
Monturas: 3.700.
Explosivos: 2 quintales de azufre y 2 de salitre. [505]

A través de los Andes

Finalmente, en enero de 1817, pese a todas las dificultades, ese ejército popular, compuesto de gauchos, negros e indios, se puso en marcha, de la siguiente manera:

- Dos divisiones iniciaron el cruce por el paso de Los Patos, en el actual departamento de Calingasta, provincia de San Juan, en seis etapas. El 19 de enero, la columna del comandante José Melián; el 20, las del teniente coronel Rudecindo Alvarado; el 21, las del brigadier O'Higgins; el 22, las del brigadier mayor Miguel Estanislao Soler, con el Estado Mayor y la escolta del general en jefe; el 23, la del coronel Matías Zapiola, y el 24, la del comandante Pedro Regalado de la Plaza. El 25 partió el general en jefe, José de San Martín. Llevaban 9 piezas de artillería, un hospital de campaña, el parque y la maestranza.
- El 18 partió una tercera división, bajo las órdenes de Juan Gregorio de Las Heras, que tomó el camino del paso de Uspallata.
- Al norte y al sur de esas fuerzas principales, otras columnas tenían la misión de capturar puntos estratégicos y contribuir a ocultar el sitio por donde pasaría el grueso del ejército, obligando al enemigo a dispersar sus tropas.
- El 12 de enero, dos columnas al mando del teniente coronel Juan Manuel Cabot partieron hacia el paso de Guana, con destino a las ciudades chilenas de Copiapó y Coquimbo.
- Desde Guandacol, La Rioja, partió el día 25 otra compañía a las órdenes del coronel Francisco Zelada y el teniente coronel Nicolás Dávila, hacia el paso de Comecaballos, que alcanza en el límite internacional una altura de 4.460 metros, con la tarea de ocupar Copiapó. Estaba compuesta por 130 hombres; entre ellos, 50 de infantería y 50 milicianos de caballería enviados por Belgrano. [506]
- El coronel Ramón Freyre, por el paso del Planchón, al sur de la capital mendocina, ayudaría a las guerrillas chilenas en su avance hacia Curicó, para ocupar Talca.
- El avance cubría un frente de 800 kilómetros de sur a norte, y algunas de las columnas auxiliares tuvieron que recorrer hasta 700 kilómetros, buena parte de ellos por senderos de alta montaña.

Dificultades del cruce

El cruce se cobró muchas vidas, además de la amplitud térmica de los diez grados bajo cero a los treinta sobre cero de día, estaban los «males de altura» (fuertes dolores de cabeza, vómitos, fatiga e irritación pulmonar por la escasez de oxígeno), que afectaron a casi todos los hombres, incluido su general en jefe. En varios momentos, San Martín debió ser llevado en camilla. Como ya vimos, hacía tiempo que su salud era precaria. Lejos de quejarse, lo aprovechaba para alentar a sus hombres:

Estoy bien convencido del honor y patriotismo que adorna a todo oficial del Ejército de los Andes; y como compañero me tomo la libertad de recordarles que de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sur. A todos es conocido el estado deplorable de mi salud, pero siempre estaré dispuesto a ayudar con mis cortas luces y mi persona en cualquier situación en que me halle, a mi patria y a mis compañeros.

Así lo recordará años después:

Las dificultades que tuvieron que vencerse para el paso de la cordillera, solo pueden ser calculadas por el que las haya pasado: las principales eran la despoblación, la construcción de caminos, la falta de leña y sobre todo de pastos; el ejército arrastraba 10.600 mulas de silla y carga, 1.600 caballos y setecientas reses, y a pesar de un cuidado indecible, solo llegaron a Chile 4.300 mulas y quinientos once caballos en muy mal estado, habiendo quedado el resto muerto o inutilizado en las cordilleras; dos obuses de a seis, y diez piezas de batalla de a cuatro, que marchaban por camino de Uspallata, eran conducidas por quinientos milicianos con zorras, y mucha parte del camino a brazo con el auxilio de cabrestantes para las grandes eminencias; los víveres para veinte días, que debía durar la marcha, eran conducidos a mula, pues desde Mendoza hasta Chile, por el camino de Los Patos no se encuentra ninguna casa ni población y tiene que pasarse cinco cordilleras. La puna o soroche había atacado a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados, como igualmente por el intenso frío: en fin, todos estaban bien convencidos que los obstáculos que se habían vencido no dejaban la menor esperanza de retirada; pero, en cambio, reinaba en el ejército una gran confianza, sufrimiento heroico en los trabajos, y unión y emulación en los cuerpos. [507]

Comparando los cruces

Es muy interesante lo que señala Leopoldo Ornstein sobre las clásicas comparaciones de la hazaña del cruce de los Andes con la travesía de los Alpes por Aníbal y Napoleón.

Aníbal cruzó los Alpes por caminos que ya en esa época eran muy transitados, por ser vías obligadas de intercambio comercial. Y aunque no pueda afirmarse que su transitabilidad fuese fácil, tampoco debía ser muy dificultosa, desde que el general cartaginés pudo llevar consigo elefantes, carros de combate y sus largas columnas de convoyes.

San Martín tuvo que atravesar los Andes por empinadas y tortuosas huellas, senderos de cornisa que solo permitían el paso en fila india, imposibilitado materialmente de llevar rodados y debiendo conducir su artillería, municiones y abastecimientos a lomo de mula, aparte de tener que recurrir continuamente a rústicos cabrestantes e improvisados trineos para salvar las más abruptas pendientes con sus cañones. ¿Habría podido Aníbal franquear las cinco cordilleras de la ruta de Los Patos, escalando con elefantes y vehículos los 5.000 metros del Paso Espinacito?

Con respecto a la maniobra napoleónica, examinada en términos comparativos, podemos apreciarla fácilmente examinando los siguientes datos ilustrativos.

Mientras Napoleón llevó a su ejército por el sendero de Gran San Bernardo a 2.500 de altura con todos sus vehículos de artillería, incluidos los pesados; San Martín y sus hombres debieron transponer cinco cordilleras con una altura promedio de 5.000 metros sin poder llevar ningún rodado. La amplitud del frente de combate de Napoleón era de 100 kilómetros y con un ancho de la zona montañosa también de 100 kilómetros; San Martín y sus hombres operaron a lo largo de 800 kilómetros en una vasta zona donde la cordillera alcanza un ancho de 350 kilómetros. Napoleón contó en recorrido con varios centros poblados, mientras que San Martín atravesó la aridez de los Andes con ausencia total de población. [508]

«O la América es libre, o desciende encorvada al cadalso»

Durante el cruce se produjeron algunas escaramuzas. En Picheuta, el 24 de enero, una pequeña avanzada patriota fue atacada por un pelotón realista al mando del mayor Marqueli, quien mató a seis de los nuestros y huyó a dar aviso a sus superiores. Inmediatamente se ordenó al teniente coronel Enrique Martínez que saliera en su persecución con 83 infantes y 30 granaderos a caballo. Encontraron al enemigo en Potrerillos, entre los ríos Mendoza y de las Vacas, el 25 de enero, y tras dos horas y media de combate lograron causarle cuatro bajas y ponerlo en fuga. A su regreso dieron valiosos datos sobre las posiciones realistas. El 4 de febrero, Martínez, 150 fusileros y unos 30 granaderos enfrentaron a una columna de 100 realistas en Guardia Vieja, a orillas del río Juncal. El saldo fue de 25 enemigos muertos, se tomaron 45 prisioneros y un importante parque de artillería, que pasó a manos patriotas.

Tras dispersar a la guardia enemiga en Achupallas el mismo día 4, el Ejército de los Andes ingresó en Chile. En Las Coimas se produjo un nuevo enfrentamiento, en el que las fuerzas al mando de Necochea dejaron en el campo de batalla 19 realistas muertos y 21 heridos.

San Martín se preparaba para librar una gran batalla; necesitaba caballos y pertrechos, y se dirigió en estos términos al delegado realista de la localidad chilena de San Felipe:

> O la América es libre, a costa de sus propios esfuerzos, o desciende encorvada al cadalso que le preparan los tiranos. No hay medio. Mi ejército viene decidido a morir o a ser libre, pero los pueblos deben auxiliarme de grado o de fuerza. En su virtud, junte usted hoy mismo a todo ese vecindario e intímele que en el término de seis días deben entregar cuatrocientos caballos escogidos, y que no haciéndolo a las veinticuatro horas, pondrán en comisaría treinta mil pesos o quedan confiscados los bienes de todos los pudientes declarados tales. [509]

Chacabuco, un triunfo que sacudió al mundo

San Martín había escrito que, tras el cruce, «nuestra fuerza reunida debe cargar al grueso del enemigo hasta deshacerlo en la primera acción y tomar la capital enemiga, para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra y que unas campañas se sucedan a otras». [510]

Cumpliendo estrictamente con el plan trazado, el 8 de febrero las dos divisiones principales se reunieron ya en territorio chileno y al grito de «viva la patria» liberaron las dos primeras poblaciones trasandinas, San Antonio y Santa Rosa.

Apenas tres días después, la noche del 11 de febrero de 1817, los hombres del Ejército de los Andes trataban de recomponerse de los tremendos efectos de la hazaña que acababan de realizar al pie de esa inmensa cordillera, pero con la relativa tranquilidad de estar ya del otro lado. El lugar tenía el sonoro nombre de Cuesta de Chacabuco. A metros de allí, en su carpa de campaña, San Martín había reunido a la plana mayor de su Ejército. Allí estaban los hombres que hoy nos suenan a calles: Soler, O'Higgins, Beruti, Zapiola, Las Heras, Alvarado, Crámer, Conde, Plaza. Los acompañaba el patriota y espía chileno Juan Pablo Ramírez, que conocía a la perfección cada palmo del lugar y ya le había enviado informes el año anterior a San Martín. Los datos obtenidos por la inteligencia sanmartiniana indicaban que el general español se disponía a tomar la cima de la Cuesta de Chacabuco. Tras varias horas, se decidió la estrategia a implementar para la batalla que, como veremos, cambiaría la historia del continente americano. Se resolvió comenzar el ataque a la medianoche, a través de dos acciones envolventes: una columna, compuesta por 1.500 combatientes al mando de O'Higgins, atacaría por la llamada Cuesta Vieja, y la otra, con 2.100 hombres, al mando de Soler, por la Cuesta Nueva. O'Higgins debería esperar la llegada de la columna de Soler para emprender la acción decisiva.

El Ejército de los Andes emprendió la marcha a las dos de la mañana bajo la luz de la luna. El jefe realista, Rafael Maroto, había dispuesto a sus hombres en la Cuesta Vieja con la idea de bajar a degüello con las primeras luces del alba. La posición de la columna de Soler le permitió avanzar sigilosamente sin ser vista. En cambio, la de O'Higgins estaba más expuesta y debía entrar en acción antes de lo previsto, logrando, en un principio, desalojar a los hombres de Maroto de la cumbre del cerro. Pero en poco tiempo los españoles se recompusieron y se dispusieron a lanzar una nueva carga. La lucha se complicó y San Martín decidió lanzarse al combate seguido por su escolta, en el momento en que llegaba la columna de Soler. La pelea fue feroz. O'Higgins, imparable, quería vengar la derrota de Rancagua. Lo tuvieron que frenar para que limitase su entusiasmo, respetando el plan de batalla. Todos, desde el jefe hasta el último soldado, participaron en el combate, que terminó con la derrota absoluta del enemigo. Los muertos realistas eran 450; los nuestros, 12. Habían caído prisioneros 600 enemigos, entre ellos 30 oficiales.

San Martín había cumplido su primer objetivo acabadamente y le enviaba a su amigo Belgrano un saludo que habla a las claras del respeto y aprecio que le tenía:

> Después de una marcha de dieciocho días por la asperísima Sierra de los Andes, asomó a Chile la cabeza de mi Ejército el 4 del corriente, dispersando la guardia enemiga de Achupallas, camino de Los Patos. Descendimos al Valle de Putaendo, y una avanzada nuestra de ochenta y cinco hombres batió e hizo fugar a cerca de cuatrocientos que le acometieron. Dominamos entonces los pueblos de Aconcagua, y los Andes. El 12 tuvimos [batalla] general en las llanuras de Chacabuco: el enemigo, en número de más de dos mil, sostuvo un vivo fuego de fusil y cañón, pero él fue absolutamente derrotado. Dejó en el campo de batalla más de seiscientos muertos, quinientos y tantos prisioneros, entre ellos treinta y más oficiales, mil y más fusiles, dos piezas de artillería, cantidad inmensa de municiones. Los que murieron de los nuestros no alcanzan a cincuenta. El presidente Marcó fugó a Valparaíso a los doce de la noche de ese mismo día, [511] no encontrando buque sigue para el sur, a donde he mandado perseguirle. El resto de sus fuerzas se dispersó

completamente. Hoy ha entrado nuestro Ejército en esta Capital en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso. En ella hemos formado un gran parque, y artillería de todos calibres. En fin, la campaña ha concluido casi antes de empezar. Todo Chile se halla en nuestras manos: lo vemos, y aún no cesa la admiración. [512]

A los pocos días Belgrano le contestaba:

Los Pueblos y Ejército de mi mando, llenos de júbilo y contento, ven en Vuestra Excelencia el Libertador de Chile, y le dan las gracias por el beneficio que deben a sus nobles esfuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que a sus compañeros de armas, que han sabido seguir las huellas que Vuestra Excelencia les trazó para cubrirse de glorias las armas de la Nación, sacar de la opresión a nuestros hermanos, y afianzar para siempre la independencia de la América del Sud.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Tucumán, a 26 de febrero de 1817. [513]

Entre la guerra de la Independencia y la guerra civil

> *El general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América.*
>
> José de San Martín

Marcó, decime qué se siente

Mientras San Martín permanecía en la hacienda de Chacabuco haciendo atender por igual a los centenares de heridos de ambos bandos y preparando su ingreso a la capital chilena, el usurpador gobernador español, Francisco Casimiro Marcó del Pont, decidió reunir a sus colaboradores más cercanos y anunciarles que emprendería la huida. Al enterarse de la fuga, San Martín envió a uno de sus oficiales de confianza, el fraile y teniente José Félix Aldao, [514] a perseguirlo.

Por sus informantes, Aldao supo que el gobernador prófugo estaba ya cerca de Concepción, en espera de que un barco lo trasladara a salvo hacia Lima, y no perdió tiempo. Lo capturó y lo remitió preso al ejército libertador.

Marcó del Pont había sido uno de los responsables de la revancha realista, que se había ensañado con los chilenos después de su derrota en Rancagua. San Martín, en una carta a su amigo James Duff, conde de Fife, dejaría testimonio de los métodos genocidas empleados por los ejércitos españoles contra los americanos:

> ¡Qué sentimiento de dolor, mi querido amigo, debe despertar en vuestro pecho el destino de estas bellas regiones! Parecería que los españoles estuvieran empecinados en convertirlas en un desierto, tal es el carácter de la guerra que hacen. Ni edades ni sexos escapan al patíbulo. [515]

De manera similar, le decía al vizconde de Castlereagh, entonces jefe del Foreign Office británico:

> Es sabida la conducta que los españoles han guardado con sus colonias: sabido es igual el género de guerra que han adoptado para volverlas a subyugar. Al siglo de la ilustración, cultura y filantropía, estaba reservado el ser testigo de los horrores cometidos por los españoles en la apacible América. Horrores que la humanidad se estremece al considerarlos, y que se emplean con los americanos que tenemos el gran crimen de sostener los derechos de la voluntad general de sus habitantes: en retribución de tal conducta los hijos de este suelo han empleado los medios opuestos. [516]

Cuando José Antonio Álvarez Condarco le acercó el acta de la Independencia argentina, Marcó del Pont escribió aquella nota que reprodujimos en el capítulo anterior, aclarándole al enviado de San Martín*:* «Yo firmo con mano blanca, no como la de su general que es negra». El jefe español de Chile hacía referencia en ese racista

comentario a su origen «hidalgo» y a la supuesta condición de mestizo de San Martín, al que llamaba «el cholo de las Misiones», y había puesto despreciativamente una recompensa de ocho pesos por su cabeza.

Pero las cosas no quedarían así. El 22 de febrero San Martín recibió como prisionero a Marcó del Pont, que venía encadenado y custodiado por el bravo Aldao, tras siete días de larga marcha. El general patriota se le acercó y le dijo con la ironía y el desprecio que se había ganado el vencido: «¡Venga esa mano blanca, mi general!…».

El sangriento gobernador español fue enviado prisionero a Mendoza, luego a San Luis y finalmente a Luján, donde moriría confinado el 19 de mayo de 1819.

Entre Santiago y Buenos Aires

Tras la triunfal entrada del Ejército Libertador a Santiago, el 14 de febrero de 1817, la primera medida tomada por San Martín fue convocar a un Cabildo Abierto para el día siguiente, para que eligiese un nuevo gobierno. Aunque la asamblea reunida nombró por aclamación a San Martín, este no aceptó, se mantuvo en lo acordado en la Logia Lautaro, y Bernardo O'Higgins fue elegido director supremo de Chile.

En su proclama al asumir el cargo, O'Higgins señalaba:

> Nuestros amigos, los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado de semblante por la gran obra de un momento, en que se disputan la preferencia, el desinterés, mérito de los libertadores y la admiración del triunfo. ¿Cuál deberá ser nuestra gratitud a este sacrificio imponderable y preparado por los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. Si las circunstancias que le impedían aceptar hubieran podido conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería a jurar la libertad permanente de Chile. [517]

Mientras tanto, San Martín le escribía exultante a Guido:

> Lancero amado:
>
> Ocho días de campaña han deshecho absolutamente el poder colosal de estos hombres. Nada existe sino su memoria odiosa y su vergüenza. Coquimbo es nuestro y solo le resta 500 reclutas en Concepción, los que a esta fecha estarán dispersos. […] Después de aumentar el ejército con más de mil hombres de los prisioneros y presentados, tengo en cuarteles 1300 más y cada momento siguen presentándose. Hoy espero 400 de Valparaíso y otra infinidad de varias partes […]. Tengamos mucha prudencia y no olvidemos (por un triunfo) el porvenir y lo que somos los americanos. Su eterno Lancero. [518]

A poco de asumir, O'Higgins envió esta nota al gobierno de los Estados Unidos, al zar de Rusia y a diversas cortes europeas:

> Después de haber sido restaurado el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata, bajo las órdenes del general San Martín, y elevado como he sido por la voluntad de mi pueblo, a la Suprema Dirección del estado, es mi deber anunciar al mundo un nuevo asilo, en estos países, a la industria, a la amistad y a los ciudadanos de todas las naciones del globo. La sabiduría y recursos de la Nación Argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, da lugar a un porvenir próspero y feliz en estas regiones. [519])

Un general humilde y austero

El Cabildo de Santiago lo premió con una finca. San Martín agradeció el gesto pero pidió que le dieran otro destino:

> Agraciado por este cabildo con una finca en recompensa de mis pequeñas y debidas fatigas por la libertad de Chile, he creído que debía aliviar las de ese heroico pueblo asignando la tercera parte de sus productos para el fomento del hospital de mujeres en esa capital, dotación de un vacunador que recorriendo la provincia la liberte de los estragos de la viruela. Aun no se sabe a qué cantidad ascienden sus frutos; tendré la satisfacción de avisarle a V. E. oportunamente como ahora me lisonjeo de anticiparle los sentimientos de mi gratitud por su eficaz concurso y nobles sacrificios para la expulsión de los tiranos de la América. [520]

Poco después devolvió una vajilla de oro y el sueldo que se le había asignado, señalando:

> No estamos en tiempo de tanto lujo. El Estado se halla en necesidad y es necesario que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto doy orden para que se ponga a la disposición de V. E. dicha vajilla, como asimismo el sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que del que he tomado daré a V. E. un noticia reservada de los fines en que ha sido empleado. [521]

También rechazará 10.000 pesos que le otorgó el Cabildo santiaguino en concepto de viáticos para que pudiera trasladarse a Buenos Aires. Pidió que en su lugar se los destinara a la fundación de una biblioteca pública, argumentando que:

> La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos. Yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres. [522]

Que alguna vez se acuerde de sí mismo

A poco de llegar a Chile, San Martín comenzó a sentir los efectos del enorme esfuerzo físico que había hecho durante el cruce. Pocos días antes de iniciarlo se le

había prescripto un reposo absoluto que, como todos sabemos, no respetó. La altura y el frío eran lo peor que les podía pasar a su asma y reumatismo. En una carta a Godoy Cruz daba cuenta de sus graves problemas físicos; le hablaba de su «arruinada salud» y hacía votos por «conservar los pocos días de vida que me restan». [523]

Su médico personal, el doctor Zapata, ratificaba las intuiciones de San Martín y alertaba a Guido en estos términos:

> Preveo muy pronto el término de la vida apreciable de nuestro general si no se le distrae de las atenciones que diariamente le agitan, a lo menos por el tiempo necesario de reparar su salud atacada ya en el sistema nervioso. El cerebro, viciado con continuas imaginaciones y trabajos, comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral, de donde resulta la hematíe o sangre por la boca, que si antes fue traumática o por causa externa, hoy es por lo que he dicho […]. Empeñe V. S. toda su amistad para que este hombre, todo del público, se acuerde alguna vez de sí mismo… [524]

Un panorama complicado

Buena parte de los españoles que se escaparon de Santiago lograron reembarcarse rumbo al Perú, de donde meses después regresarían para reforzar a las tropas realistas que mantenían el control del territorio chileno al sur del río Maule. De inmediato, San Martín envió a Las Heras a emprender la campaña libertadora en el sur. Obtuvo las victorias de Curapaligüe y Gavilán, pero no pudo impedir que los españoles se fortificaran en Talcahuano, que resistió el sitio establecido por los patriotas.

Por su parte, el Directorio porteño buscaba «recuperar» los fondos destinados al Ejército de los Andes. Ya antes del cruce de la cordillera, Pueyrredón le había escrito a San Martín:

> Establezca usted una rigurosa policía y estrújeme bien a los matuchos para pagar nuestras tropas, vestirlas, remitirme los reclutas, e indemnizarlos algo de los empeños en que nos ha puesto esa expedición. [525]

La pretensión del gobierno de las Provincias Unidas era que estableciese una «contribución forzosa» de una magnitud imposible de soportar incluso si todo Chile hubiera estado liberado: un millón de pesos. Así las cosas, San Martín partió de Santiago el 11 de marzo rumbo a Buenos Aires, para plantear exactamente lo contrario: la necesidad de más apoyo rioplatense para completar la independencia chilena y preparar la expedición para libertar Perú.

¿Qué te pasa, Buenos Aires?

A pesar de su mala salud, San Martín volvió a cruzar la cordillera, ahora en sentido contrario. Se dio tiempo para detenerse en el campo de Chacabuco y depositar unas flores y unas oraciones sobre los túmulos bajo los cuales yacían sus compañeros muertos y exclamó «¡pobres negros!», recordando que la infantería llevó la peor parte en la heroica batalla. Continuó viaje con la mayor velocidad posible y el 30 de marzo ya estaba en Buenos Aires. Pudo reencontrarse con Remedios y su querida infanta mendocina, Merceditas, que había cumplido siete meses. La ciudad lo recibió con grandes festejos por la victoria de Chacabuco, con las calles adornadas con tapices, el Cabildo iluminado, fuegos artificiales en la Plaza, una banda de música y salvas de artillería. [526] El Cabildo le ofreció un suntuoso banquete, pero por debajo de los agasajos se notaba ya la resistencia de los grupos dominantes porteños a proseguir con la campaña.

Es muy ilustrativa en ese sentido la invitación oficial a los actos de homenaje al vencedor de Maipú, redactada por Tagle, como ya dijimos, declarado enemigo de San Martín, en la que se las ingenia para no hacer ninguna mención al Libertador:

> Mañana a las 10 se tributarán al Dios de los Ejércitos, acciones de gracias en la Santa Iglesia catedral, a cuya solemnidad asistirá S. E. el Supremo Director del Estado y Corporaciones. Habrá tres noches de iluminación en toda la ciudad. Buenos Aires, Abril 17 de 1818. De orden de S. E. Gregorio Tagle. [527]

San Martín fue recibido por el Congreso de las Provincias Unidas, que había dejado a principios de año San Miguel de Tucumán para instalarse en Buenos Aires. Cuando el Congreso le comunicó su ascenso a brigadier general, San Martín rechazó su promoción diciendo: «Hace tiempo di mi palabra solemne de que no aceptaría ningún grado militar ni ningún cargo político. Por esa razón espero que Su Excelencia no comprometa mi honor ante el pueblo y que no atribuya usted mi rechazo al ascenso a exceso de orgullo». [528] Al mismo tiempo, rechazó todo tipo de premio en metálico y sí aceptó una pensión anual de 600 pesos otorgada a su hija.

Al enterarse del donativo, Remedios agradeció el gesto para con su niña en una carta en la que comenzaba excusándose por no poder entregar el escrito con sus propias manos por «el grave notorio quebrante de mi salud» y dispuso que la misiva fuera entregada «por las tiernecitas de la agraciada inmediata». «Recíbalo V. E. —dice— y supla esta demostración por el defecto de la palabra de que ella carece, y de que yo no puedo usar ante V. E., y recíbalo al mismo tiempo como la más sincera expresión de mi tierna gratitud». [529] Así fue. La niñita de seis meses, en brazos de su papá, llevaba en sus manitos la carta de su madre a Pueyrredón.

La mayor parte de los veinte días que estuvo en la ciudad la pasó negociando con Pueyrredón en su quinta de San Isidro. El encuentro estuvo muy lejos de ser la amable tertulia de la que nos hablaban los viejos libros de texto que padecíamos en la secundaria. Hay que aclarar, en primer término, que la reunión no fue una mateada entre Pueyrredón bajo el ombú, sino una formal reunión de la Logia, a la que asistieron Gregorio Tagle, Miguel de Azcuénaga, Balcarce, Viamonte, Grela,

Chorroarín, Antonio Sáenz, Valentín Gómez, Gascón, Guillermo Pinto, Santiago Rivadavia, Matías Irigoyen, Pedro León Gallo y Vicente López y Planes. Abrió el fuego Pueyrredón; haciéndose eco de la opinión de gran parte de la burguesía terrateniente y comercial porteña, dijo que los esfuerzos hechos por las provincias para colaborar con Chile fueron muchos y que ahora el país trasandino tenía que hacer lo propio por el Perú. Fue muy claro el director al expresar que necesitaban los recursos para combatir a los artiguistas y estar atentos a un anunciada expedición española. Y siendo aún más explícito le preguntó concretamente a San Martín si estaba dispuesto a bajar con su ejército a Buenos Aires para defender la capital de los artiguistas y del ataque español. San Martín no se inmutó y le contestó que Buenos Aires tenía suficientes recursos para ocuparse del conflicto con los federales sin abandonar el auxilio a la expedición al Perú, y que lo de la expedición española no era más que un fantasma que agitaba la corte de Madrid.

Cuenta Ricardo Rojas en *El santo de la espada*:

> El cambio de ideas llegó a ser por momentos agitadísimo y más de una vez debieron los más tranquilos calmar a los más exaltados. El ministro Tagle asistía impasible y en silencio a la conversación, acaso porque no tenía ideas muy favorables a San Martín, a quien consideraba un hombre poco solidario con Buenos Aires. En cierto punto del debate, San Martín, molesto por la falta de apoyo que encontraba, dijo, afectando un aire ceremoniosamente oficial: «V. E. sabe, señor Director, que soy un hombre sin otra ambición que la de arrojar del suelo americano a los tiranos que lo oprimen con la bandera de los godos. Una vez que V. E. mal inspirado (añadió, mirando con enfado a Tagle), me declara que esta ya no es la causa del Ejército de los Andes, V. E. tendrá que aceptar la renuncia que haré del mando que se me había confiado». Esta amenaza produjo en todos la sensación que el hábil San Martín buscaba, pero el Director Supremo recobrando su tono familiar, le replicó: «General y amigo querido: Usted sabe cuán amargo será ese dolor para mi corazón. Mis deberes son más pesados que los de usted y como yo no sé vencer, tengo que conservar para la patria los soldados que son su única salvaguardia en las amarguras que nos esperan». La conferencia concluyó sin que se aceptase la opinión contraria a San Martín, o sea la necesidad del repaso de los Andes. Todos se retiraron afectados: San Martín por el posible fracaso de sus planes, los demás, por el anuncio de la dimisión. [530]

Finalmente, San Martín lo convenció de reducir las pretensiones del envío de fondos desde Chile, de negociar en Estados Unidos la compra de buques con vistas a la expedición al Perú, [531] además del nombramiento de Guido como «diputado» de las Provincias Unidas ante el gobierno de Chile, lo que le permitiría de ahí en adelante tenerlo a su lado.

Los Carrera

Otro punto espinoso en el que encontró el respaldo del Directorio se refería a José Miguel Carrera, definitivamente enemistado con O'Higgins. El ex gobernante chileno, a la caída de Alvear, había viajado a Estados Unidos para organizar una fuerza expedicionaria destinada a desembarcar en Coquimbo y emprender por su

cuenta la liberación de Chile.

En febrero de 1817, mientras el Ejército de los Andes estaba en pleno cruce de la cordillera, Carrera había llegado a Buenos Aires, con cuatro barcos, hombres y armamento para llevar adelante su plan. Pueyrredón intentó convencerlo para que sumara sus fuerzas a la campaña ya iniciada, pero Carrera se negó, considerando que ponerse bajo las órdenes de San Martín implicaba someter Chile a las Provincias del Río de la Plata. El gobierno porteño se negó entonces a permitir el paso de los carreristas y terminó deteniendo a su líder en el bergantín *Belén*. Con la complicidad del comandante del buque, Manuel Monteverde, Carrera logró fugarse, y buscó asilo en Montevideo, que entonces estaba en poder de los portugueses.

Desde allí, y aliado con el derrocado Alvear, complotaría contra los gobiernos de Buenos Aires, participando así en las guerras civiles rioplatenses. Su objetivo, de ahí en más, sería regresar a Chile con el apoyo de un gobierno amigo para enfrentar a O'Higgins, pero no tendría éxito. Sus hermanos Juan José y Luis fueron capturados en San Luis cuando intentaban volver a su patria.

Al recibir el expediente de los hermanos detenidos para los que el Consejo de Guerra pedía el fusilamiento, San Martín lo devolvió con la siguiente nota, que no suele citarse:

> Permítame V. E. que no les dé el debido cumplimiento. Es demasiado público el incidente y los disgustos que mediaron entre los señores Carrera y yo a su llegada a Mendoza, con motivo de la pérdida de Chile; estos disgustos crecieron especialmente con don Juan José; por otra parte, los jefes que deben juzgarlos me consta están prevenidos contra ellos, y aunque estoy muy convencido del honor que asiste a todos los jefes del Ejército Unido y la imparcialidad que guardarían en el juicio, sin embargo la sentencia que recayese no sería mirada en el público como justa, y se creería emanada de mi influencia. Yo como general en jefe debía intervenir en el Consejo para la aprobación o desaprobación. Estas razones deberían ser atendidas para eximirme, tanto a mí, como a los jefes del Ejército Unido de un compromiso que dejaría su honor descubierto. [532]

Pese a la recomendación de San Martín, el gobernador Luzuriaga hizo cumplir la sentencia dictada por Bernardo de Monteagudo, Miguel José Galigniana y Juan de la Cruz Vargas, y los Carrera serían ejecutados en Mendoza el 8 abril de 1818.

Estos fusilamientos dañarán, como preveía San Martín, muy seriamente su imagen, particularmente en Chile, y convertirán al hermano sobreviviente, José Miguel Carrera, en un enemigo de cuidado.

Dirá San Martín:

> El señor don José Miguel Carrera, me permitirá haga un paralelo entre su conducta y la mía: él perdió por su culpa el Estado de Chile, y yo por dos veces he ganado su libertad. Él solo ambiciona dominar a su país, como si fuese un vínculo de su propiedad, y yo no deseo más que verlo libre e independiente. La conducta de ese señor podía formarse en un catálogo bien extenso de sus hechos, y la mía no ha sido más que de haber merecido la aprobación de los ciudadanos de ambos Estados. [533]

La independencia chilena y la contraofensiva española

San Martín estaba de regreso en Chile a comienzos de mayo de 1817. Para entonces, O'Higgins había decidido dirigir personalmente el sitio de Talcahuano, a la que esperaba tomar por asalto. Pero los realistas habían organizado una firme defensa, gracias a los refuerzos que recibían desde el Perú y el apoyo de los buques del apostadero de El Callao, mientras que los patriotas contaban con pocos recursos. En la frecuente correspondencia de O'Higgins de esos meses, la presencia reiterada de buques realistas, los problemas políticos y el estado de salud de San Martín eran los temas recurrentes:

> Me es muy sensible la indisposición de la salud de usted: en ella estriba la de la Nación y la nuestra. Espero que con la salida al campo que me dice iba a practicar, se haya recuperado. […]
>
> Hubiera el enemigo, sin duda, logrado sublevarme las provincias a no haber puesto en ellas tenientes gobernadores activos y patriotas comprometidos. En las inmediaciones de la boca del Itata desembarcaron hasta treinta hombres de Talcahuano, con algunas armas y municiones, para engrosar los fuertes. Se diseminaron por Quirihue, Chillán y Cauquenes, haciendo asesinatos, robos, etc. [534]
>
> Está en mi poder su apreciable del 29 del pasado. Siento en el alma que su salud no ande acorde […]. [535]

El regreso de San Martín a través de la cordillera, en pleno otoño, había sido problemático y la mayor parte del invierno debió cuidarse, e incluso por varias semanas debió guardar reposo en una chacra a las afueras de Santiago. Antonio González Balcarce fue enviado a Chile para ocuparse del Estado Mayor del Ejército. Desde la capital chilena, San Martín hacía lo posible por enviarle a O'Higgins refuerzos, vestuarios, armamentos y caballos. [536] En medio de esa situación, el gobierno delegado, que reemplazaba provisoriamente a O'Higgins, convocó a un plebiscito a los ciudadanos para que votasen a favor o en contra de declarar la independencia de Chile. Entre mediados de noviembre y mediados de diciembre, el voto por la emancipación fue contundente.

Frente a la campaña difamatoria lanzada por el enemigo, San Martín emitió el siguiente bando fechado en Santiago el 30 de septiembre de 1817, dirigido a los oficiales y soldados del Ejército Real:

> Por el Capitán de Dragones Don Antonio Fuentes, prisionero de guerra el 10 del corriente sobre Talcahuano, he sabido que los individuos que componen el Ejército Real están persuadidos, o se les ha persuadido de intento, que las tropas de la patria no dan cuartel a los rendidos. Semejante imputación ultraja de un modo inicuo al Ejército Unido que mando y a mí mismo. Desmientan esta calumnia más de 2.000 prisioneros y 80 oficiales tomados en Chacabuco y dispersos por varias partes. Desmienta esto mismo el general Marcó. El derecho de gentes me autorizaba para pasarlo por las armas, después que en la gaceta de su Gobierno me ofreció no la muerte propia a un militar, sino la horca como a un asesino o salteador: con todo, él disfruta de las consideraciones debidas a un prisionero. Señores oficiales y soldados enemigos, hagan ustedes la guerra con coraje en favor de sus opiniones, pero jamás crean imposturas que degradan al

siglo ilustrado en que vivimos, y que ofenden a mi ejército con tanta injusticia. [537]

A partir del 6 de diciembre de 1817, O’Higgins intentó el asalto a Talcahuano, que a lo largo de ese mes fue rechazado por los realistas. A fin de mes, finalmente debió levantar el sitio, al confirmarse la noticia de que llegaba del Perú una expedición comandada por Mariano Osorio, el mismo general realista que había reconquistado y desangrado a Chile en 1814. La posibilidad de que el enemigo tomara Concepción y cortase en dos a los patriotas llevó a que O’Higgins y San Martín decidiesen concentrar sus fuerzas al sur de Santiago.

El 28 de diciembre, O’Higgins le comunicaba a San Martín:

> Mañana me retiro a Concepción. Me hallo absolutamente sin mulas para moverme; 300 que tengo no alcanzan ni a la mitad. Mañana mismo comienzo a mover los batallones por escalones, para que las mulas de unos sirvan a los otros. El comercio perderá mucho si no llegan a tiempo las mulas que he pedido a los partidos. El enemigo y los ladrones nos hacen una guerra de recursos que nos incomoda bastante, pero a punta de bayoneta nos hemos de franquear lo necesario. [538]

Osorio, finalmente, desembarcó a sus 3.300 hombres en Talcahuano, donde se le sumaron los casi 1.700 realistas que aún resistían allí, y con los que avanzó hacia Concepción. Comenzó entonces una contraofensiva desde el sur, que parecía repetir lo sufrido por Chile en 1814.

Acaso para marcar simbólicamente la diferencia, mientras retrocedía hacia el norte, O’Higgins hizo redactar la declaración de la independencia de Chile, de acuerdo con lo resuelto en el plebiscito. Aunque firmó el acta en Talca, a comienzos de febrero de 1818, la hizo fechar como dada en Concepción, el primer día de ese año. El texto tiene el tono de una proclama de su maestro Francisco de Miranda:

> La fuerza ha sido la razón suprema que por más de trescientos años ha mantenido al Nuevo Mundo en la necesidad de venerar como un dogma la usurpación de sus derechos y de buscar en ella misma el origen de sus más grandes deberes. Era preciso que algún día llegase el término de esta violenta sumisión; pero, entretanto, era imposible anticiparla: la resistencia del débil contra el fuerte imprime un carácter sacrílego a sus pretensiones y no hace más que desacreditar la justicia en que se fundan. Estaba reservado al siglo 19 el oír a la América reclamar sus derechos sin ser delincuente y mostrar que el período de su sufrimiento no podía durar más que el de su debilidad. [539]

Tras señalar la decisión de ser independientes que los chilenos habían demostrado desde la revolución del 18 de septiembre de 1810 y el resultado del plebiscito, proclamaba:

> Hemos tenido a bien, en ejercicio del poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos, declarar solemnemente, a nombre de ellos, en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes, forman de hecho y por derecho, un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses. Y para que esta declaración tenga toda la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera Acta de un pueblo libre, la afianzamos con el honor, la vida, las fortunas y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado; comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo y el

> decoro de las armas de la patria; y mandamos que con los libros del Gran Registro se deposite el Acta Original en el Archivo de la Municipalidad de Santiago, y se circule a todos los pueblos, ejércitos y corporaciones, para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile. [540]

Para resaltar esa decisión, la jura de la independencia chilena se realizó el 12 de febrero, conmemorando el primer aniversario de Chacabuco.

San Martín y O'Higgins tenían en claro que debían aún retroceder para buscar un punto más adecuado para enfrentar a Osorio.

De Cancha Rayada a Maipú

Osorio avanzó desde Concepción, dispuesto a repetir su triunfo de octubre de 1814. Para comienzos de marzo de 1818, se encontraba en Talca, unos 250 kilómetros al sur de Santiago. El grueso del ejército patriota, de unos 8.000 hombres, avanzó a su encuentro, hasta ubicarse cerca de la ciudad, en un paraje conocido como Cancha Rayada.

Los realistas estaban perdidos. Detrás tenían el río Maule y por delante los miles de patriotas que pondrían todo su empeño en destrozarlos para poner fin a la guerra en la zona. De acuerdo con Osorio, el general José Ordóñez tomó la temeraria resolución de atacar por sorpresa, en tres columnas, las posiciones del Ejército unido, la noche del 19 de marzo. Así, se produjo un durísimo combate que ha pasado a la historia como el «Desastre de Cancha Rayada», en el que la pericia de Las Heras pudo salvar al menos una división entera de unos 3.000 combatientes. Los patriotas perdieron 120 hombres, quedando heridos otros 300, entre ellos O'Higgins, que recibió una herida de arma blanca en un brazo, mientras que 2.000 quedaron dispersos por la zona intentando salvar sus vidas. Los realistas no se la llevaron de arriba: tuvieron 40 muertos y 110 heridos.

Tras la derrota, San Martín, tratando de frenar el desánimo que en algunos se estaba convirtiendo en pánico frente a la sola posibilidad del retorno al poder de los españoles, pronunció un vibrante discurso desde el balcón del palacio de la Casa de Gobierno:

> ¡Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Es natural que este golpe inesperado y la incertidumbre os hicieran vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos y observar que el ejército de la Patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de 4.000 hombres sin contar las milicias. La Patria existe y triunfará y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur. [541]

Basado en la división salvada por Las Heras, San Martín consiguió reorganizar un

ejército, que a todo o nada se dispuso a impedir la toma de la capital chilena por los españoles en el llano de Maipú.

La gran victoria de Maipú

San Martín había logrado en tiempo récord reorganizar su ejército, de unos 4.900 hombres, para enfrentar a los 5.300 con los que venía avanzando Osorio a toda marcha.

Aquel 5 de abril amaneció soleado, era una linda mañana de otoño en la que las tropas patriotas estaban atentas y dispuestas a entrar en combate en cualquier momento. Un vigía divisó al ejército enemigo marchando hacia Santiago y dio la voz de alerta. De inmediato San Martín ordenó los movimientos previstos para este caso, avanzando hacia el enemigo, que huyó hacia la cima de una loma en Maipú, frente a la hacienda conocida como Molino de Espejo. Las tropas patriotas se prepararon para el ataque en columnas. La de la izquierda estaba al mando del general Alvarado, la del centro era comandada por Balcarce y la de la derecha por Las Heras, mientras que la reserva quedaba en manos de Quintana.

La batalla comenzó a eso de las once de la mañana con el ataque de la artillería patriota desde la derecha, mientras que desde la izquierda se les hacía constante fuego de cañones a los realistas. Cuando una columna española al mando del infante don Carlos decidió bajar al ataque, fue recibida con todo el fuego posible de parte de la artillería al mando de Blanco Encalada, mientras el cuñado de San Martín, Manuel Escalada, se lanzaba heroicamente con sus hombres sobre un grupo de cañones españoles que estaban causando un gran daño en las filas patriotas. De esta manera logró tomar la posición y apuntar esos cañones contra los enemigos, revirtiendo por un instante la situación. Pero una arremetida española hizo estragos entre la infantería, matando a muchos afroargentinos. Entonces San Martín ordenó la carga de la reserva, que fue recibida por un fuego constante de parte de los fusileros del Regimiento de Burgos. El griterío y el humo provocaban una gran confusión entre los combatientes. Al volver la visibilidad, los patriotas pudieron advertir que la columna del Burgos estaba en gran parte destrozada y que los sobrevivientes emprendían la retirada hacia la hacienda vecina de Molino del Espejo. Se ordenó a la caballería perseguirlos sin contemplaciones. Por su parte, Las Heras había desarticulado el ala izquierda del enemigo, que huía también hacia el Molino. En pocas horas la acción se decidió en el centro del combate.

Le tocó a Las Heras comandar las tropas que se encaminaron en la búsqueda de los fugitivos. Al llegar al Molino notaron que la mayoría de los españoles se habían refugiado en un galpón. Desde una de las ventanas se agitaba una bandera blanca. Cuando los patriotas se disponían a aceptar la capitulación fueron atacados por un

cañonazo. Inmediatamente, y sin ser necesaria ninguna orden, los hombres de Las Heras se lanzaron al ataque, sable en mano, hasta que los realistas volvieron a rendirse, esta vez en serio. La victoria era total. Poco después se produciría el histórico abrazo entre San Martín y O'Higgins que selló la independencia de Chile.

Cuenta el testigo presencial Samuel Haigh sobre la bronca de los combatientes afroargentinos contra sus históricos opresores, agravada por el hecho de que la mayoría de los muertos perteneciera a su batallón:

> Los soldados estaban trayendo a los oficiales (y tropa) españoles que habían caído prisioneros; entre los primeros se hallaban los generales Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, etc. Nada podía exceder al furor salvaje de los negros del ejército patriota; habían llevado el choque de la acción contra el mejor regimiento español, y perdido la mayor parte de sus efectivos, deleitábales la idea de fusilar a los prisioneros. Vi un negro viejo, realmente llorando de rabia cuando se apercibió que los oficiales protegían de su furor a los prisioneros. […] Los servicios de mis amigos, Begg y Barnard, y los míos, fueron requeridos en esta ocasión. Nuestra misión era mantener apartados a los soldados e impedirles sacrificar a sus cautivos. Adelantaba al paso de mi caballo, y un oficial español que iba a mi lado estaba tan cansado, que apenas podía caminar y me pidió lo subiera en ancas, y ya iba a acceder cuando se opuso el coronel Paroissien, diciendo que solamente expondría la vida de los dos, pues seguramente los negros le harían fuego. [542]

San Martín, fiel a su costumbre, elogió el coraje de sus hombres no haciendo ninguna referencia a su participación en la victoria:

> No es posible dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de jefes e individuos en particular; pero sí se puede decir que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido. También puede asegurarse que jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme ni más tenaz. La constancia de nuestros soldados y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin y la posición fue tomada, regándola en sangre y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos. [543]

La bayoneta no puede frenar la libertad

El 11 de abril, pocos días después del triunfo, San Martín decide escribirle a su mayor enemigo, el virrey del Perú, Pezuela, tratando de evitar un mayor derramamiento de sangre:

> V. E. no ignora que la guerra es un azote desolador, que el punto a que ha subido en la América la lleva a su aniquilación y que la fortuna de las armas ha inclinado ya la decisión a favor de las pretensiones de la parte meridional del nuevo mundo. V. E. ha podido descubrir también en el período de siete años que las Provincias Unidas y Chile solo apetecen una constitución liberal y una libertad moderada; y que los habitantes del virreinato de Lima, cuya sangre se ha hecho derramar contra sus hermanos, tengan parte en su destino político y se eleven del abatimiento colonial a la dignidad de las dos naciones colindantes.
>
> Ninguna de estas aspiraciones está por cierto en oposición con la amistad, con la protección y con las relaciones de la metrópoli española. Ninguna de estas pretensiones es un crimen, y por el contrario, ninguna de ellas deja de ser en el presente siglo el eco uniforme de los ilustrados de la culta Europa. Querer contener con bayoneta el torrente de la opinión universal de la América, es como intentar la esclavitud de la naturaleza. Examine V. E. con imparcialidad el resultado de los esfuerzos del gobierno español en tantos

años y sin detenerse en los triunfos efímeros de libertad.

> Por muy rápidamente que se fije la consideración sobre la moral de esa capital y demás provincias sujetas aún a la jurisdicción de V. E., se divisa un campo preparado a convulsiones políticas y porción de elementos que me es más fácil mover para trastornar el orden actual de sus gobiernos, para suscitar conspiraciones simultáneas y conmoverlo todo contra los mandatarios españoles. Los ensayos repetidos desde 1809 en La Paz, Cuzco, Arequipa, costa occidental y las fermentaciones sofocadas en el corazón de ese pueblo, abonan la previsión del menos avisado, pues que la sangre derramada de los innovadores no ha hecho otra cosa que apagar momentáneamente el fuego que se ha renovado en el pecho de todo americano.
>
> Convóquese a ese ilustrado vecindario [de Lima], represéntesele de buena fe los deseos candorosos de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas; óigasele en la exposición pública de sus derechos; decida el pueblo, bajo los auspicios de V. E., la forma de gobierno que conviene a sus intereses adoptar; escúchese igualmente con verdadera libertad a las demás provincias sujetas por la fuerza, y sus deliberaciones espontáneas serán la suprema ley a que sujetaré mis operaciones ulteriores según me está prevenido por mi gobierno. Anhelo solo el bien de mis semejantes: procuro el término de la guerra, y mis solicitaciones son tan sinceras a este sagrado objeto, como firme mi resolución, si no son admitidas, de no perdonar sacrificio por la libertad, por la seguridad y por la dignidad de la patria. [544]

El virrey le contestó con toda la soberbia de que disponía:

> El papel de usted del 11 de abril último trae todo el carácter de una verdadera intimación nacida del envanecimiento con que lo acalora la victoria en el Maipú. Ningún misterio envuelve el deplorable origen de la guerra civil que aflige a la América del Sur desde 1810, o por mejor decir, desde el momento en que invadida la España por el tirano de la Europa con escándalo de todas las naciones, ha sido abandonada por la capital de Buenos Aires, cuando esperaba más el auxilio y socorro de sus hijos para defender la independencia que ya volvió a adquirir con tanta gloria. Las aspiraciones de un corto número de fascinados, colocaron las armas en manos de una muchedumbre de españoles americanos con el fin de formar en un suelo un estado diverso sobre las ruinas de la metrópoli y su mismo país. No puede caber opinión problemática sobre quienes han sido los causantes de los males terribles que ha producido la contienda entre los individuos de una propia familia, ni el éxito que favoreciese a los promotores de la insurrección en el término de la lucha. Aun cuando los eleve a la clase reconocida de nación soberana, podría jamás disculpar en aquellos la criminalidad de su primer intento, ni eximirlos de la responsabilidad ante Dios, de la sangre derramada y las fortunas destruidas para conseguirlo, al paso que las autoridades que sostiene a costa de la suya las leyes de estos reinos y la integridad del territorio, no sufrirán en sus consecuencias la horrenda agitación de tan cruel remordimiento. Engreído por una acción feliz, usted se avanza a proponer consejos que no sirven para el hombre de honor, queriendo intimidar a un soldado viejo, que despreció la muerte tantas veces, con la amenaza de conspiraciones contra su vida y la de los que gobiernan a nombre de su legítimo monarca. Excuse usted tan reprobado idioma y viva firmemente persuadido que el esclarecido vecindario de Lima y todos los habitantes de este virreinato son de opinión muy contraria a la que usted les supone. [545]

Solo quedaba el camino de las armas. Había que seguir peleando a muerte hasta liberar Chile y comenzar los preparativos para una nueva hazaña: la expedición libertadora hacia el Perú, principal bastión político, económico y militar español en Sudamérica.

Repercusiones de Maipú

El virrey de Nueva Granada, [546] al conocer la noticia de la derrota de Maipú informó: «La fatal derrota que en Maipú han sufrido las tropas del Rey pone a toda la

parte sur del continente en consternación y peligro». Los miedos del virrey se justificaban. Como decía el historiador José Luis Busaniche, la repercusión de la victoria alentó a Simón Bolívar:

> Bolívar está en un rincón del Orinoco donde la independencia es apenas una esperanza. En agosto llegan algunos diarios ingleses que anuncian la victoria de San Martín en Maipú. Y entonces concibe un proyecto semejante al del paso de los Andes por el héroe del sur: el paso de los Andes venezolanos, remontando el Orinoco, para caer sobre los españoles en Bogotá y seguir si le es posible hasta el Perú, baluarte realista de América. Bolívar escribe al coronel Justo Briceño: «Las gacetas inglesas contienen los detalles de la célebre jornada del 5 de abril en las inmediaciones de Santiago. Los españoles, invadidos poderosamente por el sur, deben necesariamente concentrarse y dejar descubiertas las entradas y avenidas del reino en todas direcciones. Estimo, pues, segura la expedición libertadora de la Nueva Granada. El día de América ha llegado». [547]

Por su parte, Belgrano desde Tucumán le expresaba a San Martín sus felicitaciones y le transmitía su enorme entusiasmo:

> La batalla de Maipú tuvo la virtud de llevar en triunfo el nombre de San Martín por toda la América y de hacer que el continente insurreccionado contra el despotismo peninsular le acordase la soberanía del estado. Nunca se manifiesta el sol con más brillantez y alegría, que después de una tempestad furiosa. El azaroso acontecimiento del 19 de marzo en los campos de Talca le dio palpablemente el último grado de importancia e inmortalidad al venturoso del 5 del corriente en los de Maipú. Al enemigo, fascinado con aquel, no se le ocurrió por lo visto que aún existía el general San Martín y que, capaz de transmitir su heroísmo al último de sus subalternos, haría prodigios aun con la espada en el cuello: él sin duda, contó con que V. E. sería el primero que arrastrase su carro triunfal, auxiliado de los jefes que lo secundaban, pero la copa de la felicidad jamás se concedió a un orgullo presuntuoso; encontró su ruina y su vergüenza donde creyó dar con su gloria y exaltación. Circunscribo los plácemes que doy a V. E. a la extensión de mi característica sinceridad, ya que no se me ofrecen expresiones que lo signifiquen del modo más adecuado, complaciéndome la inhabilidad de que la nación en masa, entrando yo en parte, elevará en el centro de su corazón el monumento de su eterna gratitud que inmortalice al héroe de los Andes. [548]

Apenas se supo la noticia de la victoria de Maipú en Londres, el embajador español en la capital inglesa le escribía a la corte:

> Tengo el sentimiento de apresurarme a dar a V. E. una de las noticias más tristes por sus consecuencias que ha habido desde que empezó la revolución de nuestras Américas, la que sorprenderá a V. E., tanto más cuanto que pocos días hace tuve la satisfacción de anunciarle una de las acciones más brillantes que habían tenido las armas de S. M. en uno de los puntos revolucionados de ella.
>
> Es bien lamentable a la verdad la suerte de todos aquellos beneméritos militares, unos muertos, otros heridos, y otros hechos prisioneros en día tan aciago; pero los resultados de tan desgraciado acontecimiento podrán ser aún más funestos a los intereses de S. M., pues jamás ha estado toda aquella América más expuesta que ahora a una absoluta emancipación. [549]

El *Journal du Commerce* de París decía: «San Martín ha cumplido su palabra y en dieciséis días ha resuelto para siempre la suerte de Buenos Aires, Chile, Perú y Quito, y ha construido las bases para la futura independencia de México».[550]

La inventiva popular valoró en toda su dimensión la victoria de Maipú y le dedicó este cielito:

De San Martín valeroso
El coraje en la pendencia
Y de nuestro Director
La conocida prudencia.
A la mierda lo tiraron
Al godo Osorio en Maipú,
Le arrancaron caracú
Y en el barro lo taparon.
¡La puta que se enojaron
Contra el godo belicoso!
¡Ah general animoso,
Mozo de vista y lijero!
Bien hayga el cortante acero
De San Martín valoroso.
Ganó San Martín un lazo
Y todo lo que miró
Al godo ya le gritó:
Atropelle, qué caraxo!
Hace fuego por abaxo
I empieza la competencia;
Amigo allí no hai clemencia,
Pelean que da temor,
Y andaba medio pintor
El coraje en la pendencia.
Los nuestros se contentaron
Y ansí que el clarín les toca
Se golpean en la boca
I ya los atropellaron;
I ya también los cagaron
Sin que allí hubiese favor.
La muerte del opresor
Ya no es cosa de memoria;
De San Martín es la gloria,
I de nuestro Director.
Osorio en la disparada
Iba diciendo: Oiga el diablo!
I parecía retablo
Con la casaca bordada.
Entonces gritó la armada:
Viva nuestra Independencia!
Viva el valor y la ciencia

Del general esforzado!
Y de nuestro Majistrado
La conocida prudencia» [551]

El general en su laberinto

La victoria de Maipú no terminó con la resistencia realista en Chile. Con los restos de su ejército, Osorio mantuvo por varios meses el control de Concepción y Talcahuano, desde donde pidió una vez más refuerzos a Lima. Pero el virrey Pezuela decidió ponerse a la defensiva, ya convencido de que el próximo paso de San Martín sería la expedición al Perú. [552] No se equivocaba, aunque para su puesta en marcha aún demoraría dos años.

Una vez más, San Martín viajó a Buenos Aires para tratar de convencer al Directorio de continuar lo que faltaba de su plan: emprender la expedición naval a Lima. Lo primero que hizo al llegar fue ir en busca de su mujer y su hija. Le pidió a Remedios que aprontara todo lo necesario para volver con él a Mendoza.

Como había ocurrido en su viaje después de Chacabuco, fue recibido con grandes honores por el Congreso, el Cabildo y el director supremo, pero la dirigencia porteña no estaba dispuesta a contribuir con los fondos necesarios para la campaña libertadora. Sus preocupaciones se centraban en proseguir la guerra civil contra los federales del Litoral. Tras más de un mes de negociaciones, finalmente Pueyrredón le prometió 500.000 pesos, que se obtendrían de un empréstito entre los comerciantes porteños.

Con esa promesa, a comienzos de julio de 1818, San Martín inició el regreso rumbo a Chile, pero por el cierre de los pasos cordilleranos debido al invierno tuvo que permanecer en Mendoza hasta octubre. Antes de partir le confirió a Remedios un poder amplio de administración de sus escasos bienes. Al mismo tiempo, declaró heredera a Merceditas, «el Chiche», como la llamaban, y como albacea a su esposa. [553] En esos meses, mientras el Estado chileno hacía un esfuerzo superior a sus posibilidades económicas comprando buques para formar una escuadra, el Libertador recibía una mala noticia tras otra. Una de ellas era que habían surgido disputas entre O'Higgins, Guido y Bernardo de Monteagudo, [554] que recién se resolvieron entre agosto y octubre. [555]

Aunque se llenen las cárceles de capitalistas

Pero lo peor llegaba desde Buenos Aires. Ya en julio, Pueyrredón le advertía a Guido sobre el ambiente porteño: «Aquí no se conoce que hay revolución ni guerra, y si no fuera por el medio millón que estoy sacando para mandar a ese país, ni los godos se acordarían de Fernando». [556] Y le confesaba: «No hay remedio, no se sacan de aquí los 500.000 pesos aunque se llenen las cárceles de capitalistas».

En efecto, el empréstito no encontraba aportantes, y San Martín, exasperado, decidió presentar su renuncia al ejército. Así se lo comunicaba a Guido:

> Mi amado amigo:
>
> Las de V. del 26 y 29 del pasado [agosto] están en mi poder. No ha sido poca mi sorpresa al ver el desenlace que ha tenido la incomodidad de O'Higgins, pero al fin yo estoy lleno de gusto por haberse transado todo amistosamente.
>
> Muy reservado
>
> Incluyo a V. copia del oficio de nuestro Pueyrredón que recibí hace tres días: juzgue V. la impresión que ha causado en mi corazón su contenido. Él, como jefe de Estado y como amigo y a presencia de sus secretarios, sancionó el auxilio de los 500 mil pesos para el ejército: en esta confianza yo marchaba a hacer el último sacrificio, volviendo a encargarme de un mando que me es odioso; pero habiendo recibido avisos de un amigo de Buenos Aires en que se me aseguraba este resultado, suspendí mi marcha a esa.
>
> Ayer he hecho al Director la renuncia del mando del ejército, del que no me volveré a encargar jamás: yo no quiero ser el juguete de nadie y sobre todo quiero cubrir mi honor. [557]

Con acento francés y algo más

Lo que no le contaba Pueyrredón, pero de todas formas llegó a oídos de San Martín, era que él, la Logia de Buenos Aires y el Congreso estaban enfrascados en una oscura negociación con la corte francesa en vista de la próxima reunión de los representantes de las testas coronadas europeas en Aquisgrán, en la que podía decidirse la suerte de la revolución americana, si finalmente las potencias europeas resolvían acompañar a Fernando VII en su plan de reconquistar sus colonias rebeldes. En ese contexto, llegó a Buenos Aires el coronel Le Moyne, un enviado oficioso del rey de Francia, que así informaría a su gobierno sobre la reunión secreta que mantuvo con Pueyrredón:

> Fue entonces que él me habló con una franqueza, a la cual estaba lejos de esperarme en razón de mis poderes, y me dijo lo siguiente: «Pues bien, señor coronel, trabajemos de acuerdo en este gran asunto; la propuesta que Ud. me hace es aquella que más nos conviene, aquella que creo puede hacer la felicidad de mi país. Soy de la patria de Enrique IV; en Francia he recibido mi educación, conozco su carácter nacional, que es el único que puede convenir a América. Os prometo, aunque no haya consultado con nadie sobre el particular, que no encontraré obstáculos, y si estos existen serán tan débiles que no nos será difícil removerlos. Os diré francamente que tanto yo como los miembros del Congreso hemos mirado hacia Francia para reclamar su apoyo, pero estábamos lejos de creer, en razón de sus vínculos con España, que ella quisiera acordárnoslo. [558]

Seguidamente, Le Moyne deja constancia de las pretensiones de Pueyrredón, que pensaba que el rey de las Pampas debía ser nada menos que el duque de Orleans, el

futuro Luis Felipe de Francia. Según el francés, Pueyrredón le dijo:

> Considero que solo Su Alteza el duque de Orleans podría convenirnos bajo todo concepto, si Francia quiere concederle su protección […]. Hoy mismo, voy a llamar a casa a aquellos miembros del Congreso de mayor influencia. Los consultaré separadamente, y me aseguraré de su opinión respecto del cambio proyectado. En cuanto a los demás, cumplirán mi voluntad; conozco su manera de pensar y estoy seguro de su consentimiento. Luego enviaré diputados por todas las Provincias Unidas, con la misión de preparar las principales autoridades a recibir ese cambio de gobierno de Chile, su sumisión no ofrecerá ninguna dificultad, el voto general está bien pronunciado en favor de una monarquía. Si Talcahuano, o sea, el puerto llamado de Concepción, no ha sacudido aún el yugo de los españoles y declarado su independencia, es por no querer pertenecer al gobierno republicano; en efecto, su odio hacia España es tan pronunciado, como en todos los demás puntos de las Provincias Unidas. Lima se halla con las mismas disposiciones y se uniría de inmediato al gobierno de Buenos Aires, si este fuera monárquico; de ello tengo la entera convicción, y de esta manera, el reino se convertiría en uno de los más poderosos del mundo. [559]

Estas pretensiones venían de lejos. Hacía dos años le había escrito a San Martín:

> «Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarnos: es decir, quiero alguno que sea más grande que don Juan (de Portugal) y lo quiero para solo nosotros. [560]

Pueyrredón se convenció a sí mismo y a la Logia de que la única solución que quedaba era coronar a un monarca francés en Buenos Aires. Así fue como el Congreso aprobó en sesión secreta el plan de enviar al sacerdote Valentín Gómez con la orden estricta de escuchar las ofertas de la corte de París y, en caso de fracasar en estas gestiones, probar suerte con otras coronas europeas, exceptuando a España. [561]

Poco después decidió blanquear el asunto con San Martín y explicarle, ahora sí, los motivos de la falta de apoyo a la expedición sobre Lima que, le informaba, debía suspenderse:

> Muy pronto sabrá Ud. el nuevo teatro que se presenta a nuestros negocios públicos. Por él deben variarse, o al menos suspenderse nuestras principales disposiciones respecto de Lima. Ud. es indispensable, de forzosa necesidad a este grande interés de nuestro país: él solo va a terminar la guerra, y asegurar nuestra independencia de toda otra nación extranjera. Por él, haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio Oriental. Por fin, son incalculables de pronto todos los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lisonjero […]. Debe Ud. quedar expedito dentro de dos, o dos y medio meses, para venir a completar los deseos de sus amigos y asegurar para siempre la independencia de las Provincias Unidas y nuestra quietud y descanso, que a la verdad, bien lo necesitamos después de tantos afanes y tantas perradas en nuestros primeros años. [562]

Esta carta se cruzó con la de San Martín en la que le informaba que había decidido renunciar. O'Higgins, al enterarse de la grave decisión, le escribió:

> Compañero y amigo amado:
>
> Semejante a un flechazo me ha sido su apreciable del 6 del presente [septiembre], que contesto. Cuando me preparaba a estrecharlo entre mis brazos, recibo la amargura de su resignación. San Martín es el héroe destinado para la salvación de la América del Sur y no puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna le señala. Sí, amigo, cualquiera que sea la causa que haya motivado la resolución de usted y esté a los alcances de su compañero y este Estado remediar, yo le aseguro su allanamiento. Me hago cargo de la falta de su salud, que me es muy sensible, pero este clima benigno puede mejorarlo y proporcionar remedio a

> toda clase de males. Ruego a usted por la patria y nuestra amistad, se venga cuanto antes y me alivie de la amargura que sufro, no pudiendo aliviarla otra cosa que la aceptación de mi súplica. [563]

San Martín no desaprobaba el proyecto monárquico, pero no le daba la misma importancia que Pueyrredón y por eso disentía con él en cuanto a que había que suspender la expedición a Lima. Se mantuvo en su postura y Pueyrredón acusó el golpe:

> ¡Ah, mi amigo!, en cuántas amarguras nos hemos visto con el maldito empréstito. Hasta aquí no se ha sacado más que 87 mil pesos de los españoles; los ingleses se han rehusado abiertamente y de 141 mil pesos que les cupieron no han entregado más que 6.700. No hay numerario en plaza, los pesos fuertes ganan hasta el 4% de premio. En suma, es imposible sacar el medio millón de numerario, aunque se llenen las cárceles y los cuarteles. Admírese usted al oír, que ayer perdía el papel del empréstito el 25% cuando no se ha sacado aún la sexta parte… El resultado de todo es que el Estado no se remedia, que el comercio nacional se arruina, que los ingleses, únicos introductores, utilizan exclusivamente toda la quiebra del papel, que no entra un peso en la Aduana […]. Estoy agotado, estoy desesperado. Ayer he dicho que se proporcionen arbitrios o que se me admita mi dimisión de este lugar de disgustos y amarguras. [564]

Gracias a su presión se lograron reunir 300.000 pesos, de los 500.000 prometidos.

Tiempo después se supo que el gabinete francés consideró excesivas las ambiciones de Pueyrredón en cuanto a coronar en el Plata a Luis Felipe de Orleans y le ofreció un candidato «*outlet*»: el Príncipe de Luca, sobrino de Fernando VII. Pero la guerra civil arruinará los sueños de los porteños monárquicos.

«Para poner término a tantas desgracias»

Finalmente, en octubre de 1818, San Martín dejó a su mujer y a su hija en Mendoza y cruzó la cordillera para iniciar los preparativos de la expedición al Perú. Remedios comenzaba a manifestar los primeros síntomas de su tuberculosis y los médicos le prohibieron viajar a Chile. Por entonces, la campaña al sur de Chile, dirigida por Balcarce, Zapiola y Freire, y en la que entre otros oficiales se destacó Manuel de Escalada, el hermano de Remedios, iba recuperando el terreno, hasta que el último reducto en manos realistas fue la isla de Chiloé.

También avanzaba la formación de la escuadra del Estado chileno, que para entonces reunía una media docena de naves, entre barcos capturados a los españoles y otros comprados en Estados Unidos y en Inglaterra, adonde había sido enviado Álvarez Condarco como agente oficial. Al frente de la incipiente armada fue puesto Thomas Cochrane, conde de Dundonald, quien había servido en la marina británica desde 1791, además de ocupar una banca en la Cámara de los Comunes del Parlamento, hasta que en 1817 fue dado de baja de manera deshonrosa, en medio de un escándalo financiero. En esas circunstancias, fue contratado por Álvarez Condarco para organizar la fuerza naval de la expedición.

En ese contexto, San Martín dio a conocer la siguiente proclama del Ejército Auxiliar del Perú:

> Cuartel general en Santiago de Chile, 30 de diciembre de 1818
>
> Soldados del Ejército de Lima:
>
> El fin de mi marcha hacia la capital del Perú es el de hacer con ella una firme reconciliación para el consuelo de todos los hombres. Nueve años de horrores han inundado de sangre y lágrimas la América. Vosotros mismos habéis sido oprimidos y fatigados de los males de una guerra emprendida no por el bien de la nación española, sino por las pasiones orgullosas de aquel Gobierno. La opinión y las armas de toda esta parte del mundo va[n] en fin a presentarse delante de Lima para poner término a tantas desgracias. Vosotros no haríais sino prolongar los sacrificios estériles, cuando ciegos a la irresistible fuerza de la voluntad común, queráis sostener un esfuerzo temerario. Cada uno de vosotros ha pertenecido a la causa de los pueblos; cada uno pertenece a la humanidad: los deberes militares no pueden alterar aquellas fuertes obligaciones de la naturaleza. Los soldados de la Patria, fieles en el camino del honor como en el del triunfo, no son terribles sino para los enemigos de la libertad. Ellos dan mucho más valor a la victoria por las injusticias que ella hace reparar, que por la gloria con que los cubre. Huid, pues de la ignominia de perecer al lado de tiranos detestables: en las filas de vuestros hermanos patriotas encontraréis el camino del honor, de la felicidad y de la paz. Os lo asegura un general que nunca ha faltado a su palabra. San Martín. [565]

A ambos lados de la cordillera

Más allá de que la proclama era parte de la «guerra de zapa» que iniciaba sobre las fuerzas realistas en el Perú, está claro que San Martín esperaba emprender la campaña en pocos meses. Pero en medio de esos aprestos, la situación rioplatense iba hacia un desenlace que dificultaría aún más las cosas.

Los portugueses avanzaban en su ocupación de la Banda Oriental, pese a la tenaz resistencia de Artigas, y el Directorio estaba cada vez más empeñado en enfrentar a sus partidarios en el Litoral. Belgrano, al frente del Ejército del Norte, fue enviado a comienzos de 1819 a operar contra Santa Fe, gobernada por Estanislao López.

En ese contexto, los prisioneros realistas confinados en San Luis se amotinaron, lo que llevó a San Martín a repasar la cordillera para asegurar la situación. Sin saber de ese viaje, Pueyrredón le ordenaba traer de regreso al Ejército de los Andes, para lanzarlo también contra el Litoral y proteger a Buenos Aires.

En Cuyo, San Martín no se resignaba a abandonar el plan libertador. Como se ve por su correspondencia de marzo y abril de 1819, su mayor duda estaba puesta en que, efectivamente, llegase la expedición de reconquista desde España. O'Higgins le escribía pidiéndole que el Ejército de los Andes no abandonara Chile porque corría serio peligro la libertad de su país, pero finalizaba su nota diciendo: «En fin, si los maturrangos vienen a Buenos Aires, cuanto Chile tenga y puedo yo contribuir a la defensa de tan digno pueblo debe contarse con toda certeza, como usted con su amigo invariable». [566]

Para reforzar la posición de O’Higgins, la Logia Lautaro de Chile tomó otras decisiones. Así se lo hacía saber O’Higgins:

> se acordó: que todo el ejército permanezca en el país con el fin de realizar la expedición de armas al Perú, fuerte de cinco mil o más hombres, a más tardar dentro de dos meses y medio, contados desde hoy.
>
> Que al efecto trabaje el Gobierno (como ya está haciéndose) en los más prontos preparativos expedicionarios, tales como realizar trescientos mil pesos en dinero y frutos, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra, acopiar víveres, etc. […]
>
> Sobre todo, se aguarda a usted lo más pronto, para que con autoridad plena se encargue de los preparativos de toda la parte militar, es decir, de la reorganización de las fuerzas y del apresto y equipo de todos los útiles de guerra […]. [567]

San Martín terminará acatando la decisión de la logia chilena, que por otra parte coincidía con su plan de concentrar todos los esfuerzos en concretar la expedición para liberar Lima, sin dejar de preocuparse por la expedición española que amenazaba Buenos Aires.

Como se ve, la situación no era nada sencilla. En definitiva, en uno de sus últimos actos de gobierno, Pueyrredón dejó sin efecto la orden de que el Ejército de los Andes regresase.

El aporte argentino a la revolución liberal española

Efectivamente, desde España llegaban noticias de que Fernando VII organizaba una nueva expedición de reconquista, esta vez sí destinada al Río de la Plata. Pero la reconquista española no se concretaría por la revolución liberal encabezada por Rafael Riego, iniciada en Andalucía el primer día de febrero de 1820.

Es muy interesante conocer al respecto que, según cuenta Pueyrredón, fue decisiva la participación argentina en el triunfo de aquella revolución:

> Instruido de las divisiones de opiniones que la conducta poco liberal del rey Fernando VII había producido entre sus vasallos, derramé proclamas en toda la península, ofreciendo protección y fraternidad a los Constitucionales: sus efectos fueron ventajosos. Hice extender considerable número de patentes de corso, ofreciendo premio por cada transporte de convoy español que fuese apresado, y les dirigí a todos los puntos de Europa y América, en que consideré que podrían tener ejemplo. Emprendí, por fin, la obra de insurreccionar al mismo ejército que debía obrar nuestra ruina. Don Ambrosio Lezica, negociante de esta ciudad, fue encargado de dirigirse a su hermano don Tomás, establecido en Cádiz, para iniciar relaciones con los jefes de aquel ejército. Sus contestaciones abrieron un campo risueño a mis esperanzas; y desde entonces se pusieron en juego los medios conducentes a este objetivo. Los señores Tomás Lezica y Andrés Argibal, naturales de Buenos Aires, fueron los agentes que llevaron a término aquella riesgosa empresa. Fueron facultados para invertir las sumas de dinero que fuesen necesarias, y autorizados para empeñar la responsabilidad del Gobierno a todo lo que obrasen conducente al intento. La eficacia y destreza con que se manejaron, apareció en el resultado. El ejército de la isla de León se insurreccionó y la terrible expedición que nos amenazaba, se convirtió en daño del mismo que la formó; y la Argentina se vio por este medio libre y triunfante de los enemigos de la libertad. [568]

Uno de los sublevados, el general Quiroga, ratifica en sus memorias los dichos de Pueyrredón: «Los hermanos de América meridional se juntaron a nosotros para la defensa de nuestra causa y recibimos de ellos poderosos auxilios». [569] Más explícito es el ultraconservador historiador Torrente, quien en su *Historia de la revolución hispano-americana* señala:

> Cuando [Pueyrredón] llega a persuadirse de la imposibilidad de resistir a las armas del rey, que amenazaban con una próxima invasión en aquel terruño, ayudó a introducir con sus intrigantes y artificiosos manejos, el fuego de la sedición entre las tropas españolas destinadas a la reconquista de este país; y a su «pestilencial influjo» se debió en parte, la rebelión denominada de la Isla de León, cuyas fatales consecuencias quisiéramos borrar de la memoria. [570]

Finalmente, otro historiador «amigo» de la causa americana, Menéndez Pelayo, señala en su célebre *Historia de los heterodoxos españoles*:

> La Logia de Cádiz, poderosamente secundada por el oro de los insurrectos americanos, relajó la disciplina en el ejército destinado a América, introduciendo una sociedad en cada regimiento; halagó todas las malas pasiones de codicia, ambición y miedo que puedan hervir en muchedumbres militares. [571]

En torno a los usos de la palabra **cornudo**

En ese contexto, por consejo médico, Remedios debió regresar a Buenos Aires con la niña. La noche anterior a la partida, San Martín organizó una cena en su casa para la plana mayor de su Ejército, en compañía de sus esposas o novias. Al día siguiente, San Martín acompañó con un escolta a su mujer y a su «Chiche» hasta el río Quinto. La despedida fue muy emotiva porque los dos sabían que tenía algo de definitiva. Remedios y Merceditas siguieron viaje con una custodia provista por el amigo Belgrano, quien designó a José María Paz para la tarea. Manuel le escribió a San Martín desde La Candelaria: «¡Buenos cuidados he tenido con la señora de usted!», y unos días después desde el Rosario: «La señora Remedios, con la preciosa y viva Merceditas, pasó de aquí felizmente, y según me dice el conductor del pliego, había seguido bien hasta Buenos Aires». [572] Poco después San Martín le comentaba en una carta a O'Higgins: «Remedios marchó para Buenos Aires, pues el temperamento [clima] de este país [Mendoza] no le probaba: aquí me tiene usted hecho un viudo». [573]

Se han llenado muchas páginas sugiriendo que la salida de Remedios de Mendoza tenía que ver con una drástica decisión de San Martín al enterarse de una supuesta infidelidad de su compañera. El rumor, que tiene su origen en uno de libelos que lanzaban los alvearistas y los carreristas desde Montevideo contra el Libertador, no se condice a las claras con la emotiva despedida de la pareja. Aquella calumnia de

Alvear y Carrera tuvo a lo largo de estos siglos renovados cultores que se reproducen, y reproducen la infamia hasta nuestros días. Los nuevos calumniadores omiten decir que la joven estaba gravemente enferma, para nada apta para las fiestas sexuales que le adjudican con «dos bellos oficiales», Murillo y Ramiro. Estos oficiales habían protagonizado en San Juan un levantamiento instigado por los carreristas contra el gobernador De la Roza y contra San Martín. Los «distraídos» acusadores usan como argumento una carta previa a la partida de la joven, en la que el Libertador se confiesa como «cornudo», pero omiten por malicia o ignorancia que en esa carta San Martín está hablando estricta y exclusivamente de política. La transcribo completa para que no quede ninguna duda:

> Señor don Tomás Guido
> Reservada para V. solo
> Mendoza y abril 24 de 1819
> Mi amigo amado:
>
> Va el adjunto con copia que acabo de recibir: el Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del Ejército: Dios se lo pague por el beneficio que me hace.
>
> Lo que tiene V. que notar es la fecha, tanto de Belgrano como de la última orden de Buenos Aires. Las comunicaciones del gobierno tan exigentes y apuradas son de fecha 15 y se refieren a las de Belgrano del 7 y 9 del mismo, siendo así que este general en las suyas de oficio y confidencial del 12, como V. ve, no me habla una sola palabra de la bajada del enemigo, pero aun siendo esto así ¿habría tiempo para que las fuerzas del Ejército de los Andes pasasen la cordillera y llegasen a Tucumán para que el nuevo jefe nombrado de encargarse de ellas pudiese contener al enemigo y organizar su ejército?: sea lo que fuere yo no haré más que obedecer, lavar mis manos y tomar mi partido, el que ya está resuelto.
>
> Dije a V. en mi anterior que mi espíritu había padecido lo que V. no puede calcular, algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas y estoy seguro dirá V. nacía para ser un verdadero cornudo, pero mi existencia misma la sacrificaría antes que echar una mancha sobre mi vida pública, que se pudiera interpretar por ambición.
>
> Adiós, mi amigo, lo es y será siempre suyo su
> San Martín
>
> Es lo más célebre la copia de los tratados celebrados sobre la expedición al Perú, sin que el general en jefe haya tenido el menor conocimiento ni V. Dios los ayude. [574]

San Martín se refiere en esta carta a que lo han «puenteado» y es en ese sentido que usa la palabra *cornudo*. Ni siquiera le habían avisado de las reuniones que culminaron con el acuerdo firmado a sus espaldas entre un histórico enemigo suyo de la Logia de Buenos Aires, el ahora ministro Gregorio Tagle, y el representante de Chile, Antonio José Irisarri. Lo acordado era nada menos que la resolución del pase de San Martín a Tucumán para reforzar las tropas al mando del general Fernández de la Cruz.

Tampoco dan a conocer los difamadores la respuesta de su entrañable amigo Guido, que entiende claramente que su compañero está hablando de política y no hace ninguna referencia a la vida privada:

> Reservado para V. solo - Santiago, Chile, mayo 1 de 1819 - Señor José de San Martín - Mi amigo querido: no sé qué contestar a la reservada del 24. Me dice V. que está resuelto el partido que ha de tomar: yo lo presiento, y no puedo persuadirme de que si da lugar a la reflexión, nos abandone entre los males que

vienen sobre el país. Hasta aquí, no es el interés personal que ha guiado los pasos de Ud., es la libertad de la Patria y el bien de nuestros hijos: esto mismo debe siempre reglar su conducta y acordarse de que no todos sus amigos le han sido infieles. [575]

La desobediencia del Libertador

Por esos días, el Congreso aprobó una Constitución centralista que terminó de colmar la paciencia del interior. Mientras en la capital de las Provincias Unidas se juraba ese «engendro» que dejaba abierta la puerta al establecimiento de una monarquía en el país, San Martín daba a conocer este extraordinario documento:

> Orden general. Mendoza, 27 de julio de 1819
>
> Compañeros del Ejército de los Andes:
>
> Ya no queda duda de que una fuerte expedición española viene a atacarnos; sin duda alguna los gallegos creen que estamos cansados de pelear, y que nuestros sables y bayonetas ya no cortan ni ensartan: vamos a desengañarlos.
>
> La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos; si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios nos vestiremos con la bayetita que nos trabajen nuestras mujeres y si no, andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres y lo demás no importa nada. Yo y vuestros oficiales daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavos de los maturrangos.
>
> Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje.
>
> José de San Martín [576]

Tras la jura de la Constitución, Pueyrredón reiteró la renuncia que venía presentando hacía varios meses, y en su reemplazo el Congreso nombró a Rondeau, quien le envió este comunicado a San Martín:

> Reservadísimo. Todos los motivos que hacían urgente su aproximación con el ejército de su mando son un átomo respecto de los que han ocurrido estos últimos días. Ellos son de un orden superior a todo lo que se pueda imaginar y nos pone en el más grande de los conflictos, no ya a la presente administración, sino directamente toda la existencia de todas las provincias. Las comunicaciones de Europa novísimamente recibidas nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española, pero no pudiendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que acelere sus marchas para imponerse y prepararnos extraordinariamente y con urgencia, para que el Estado pueda ser salvado.
>
> Es un negocio de la última importancia; es inútil decir más. [577]

Unámonos, paisano mío

No eran, en realidad, las noticias venidas de Europa, sino motivos mucho más

cercanos los que producían la alarma del Directorio: el avance de las tropas federales entrerrianas y santafesinas que, encabezadas por Francisco Ramírez y Estanislao López, pondrían fin al régimen centralista y, por mucho tiempo, a todo gobierno central. San Martín era consciente de ello y decidió desobedecer la orden de Rondeau. Ya el 12 de marzo de 1819, le había escrito a Estanislao López:

> Paisano y muy señor mío:
>
> Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos; unidos estoy seguro de que los batiremos; hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares, y concluyamos nuestra obra con honor; la sangre americana que se vierte es muy preciosa, y debía emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos; unámonos, repito, paisano mío: el verdadero patriotismo en mi opinión consiste en hacer sacrificios: hagámoslos, y la patria sin duda alguna es libre; de lo contrario seremos amarrados al carro de la esclavitud. Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas […]. [578]

Y, al día siguiente, le escribía una extensa carta a José Artigas:

> Mi más apreciado paisano y señor: Me hallaba en Chile, acabando de destruir el resto de maturrangos que quedaba […] y aprontando los artículos de guerra necesarios para atacar a Lima, cuando me hallo con noticias de haberse roto las hostilidades por las tropas de usted y de Santa Fe contra las de Buenos Aires: la interrupción de correos, igualmente que la venida del general Belgrano con su ejército de la provincia de Córdoba, me confirmaron este desgraciado suceso: el movimiento del ejército del Perú ha desbaratado todos los planes que debían ejecutarse pues como dicho ejército debía cooperar en combinación con el que yo mando, ha sido preciso suspender todo procedimiento por este desagradable incidente: calcule usted, paisano apreciable, los males que resultan tanto mayores cuanto íbamos a ver la conclusión de una guerra finalizada con honor y debido solo a los esfuerzos de los americanos, pero esto ya no tiene remedio: procuremos evitar los que pueden seguirse y libertar a la patria de los que la amenazan. Noticias contestes que he recibido de Cádiz e Inglaterra aseguran la pronta venida de una expedición de 16.000 hombres contra Buenos Aires, bien poco me importaría el que fueran 20.000 con tal que estuviésemos unidos, pero en la situación actual, ¿qué debemos prometernos? No puedo, ni debo, analizar las causas de esta guerra entre hermanos y lo más sensible es que siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, de la emancipación e independencia absoluta de la España, pero sean cuales fueren las causas, creo que debemos cortar toda indiferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles, quedándonos tiempo, para transar nuestras desavenencias como nos acomode, sin que haya un tercero en discordia […]. Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todos y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad […] aseguro a usted, con toda verdad, es y será su amigo verdadero y bueno paisano, José de San Martín. [579]

Su actitud patriótica selló la suerte del Directorio, que el 1º de febrero de 1820 fue derrotado y casi de inmediato disuelto por las montoneras litoraleñas.

Con ello, San Martín se convertía en el general en jefe del ejército de un Estado que ya no existía. Así se lo decía a Las Heras, en una carta del 26 de marzo de 1820, y planteaba el modo, claramente político, de superar esa instancia:

> El Congreso y [el] director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y por consiguiente, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América.
>
> Me atrevo a afirmar que esta se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos,

si conserva, como no lo dudo, las virtudes que hasta aquí la han distinguido. Para conseguir este feliz deberán observarse los artículos siguientes:

1. El jefe más antiguo del Ejército de los Andes reunirá al cuerpo de oficiales en un punto cómodo y el más espacioso que se encuentre, dando principio a la lectura de este manifiesto.
2. Reunidos todos, procederá a escribir su votación para general en jefe en una papeleta, verificándolo uno a uno, la que depositarán en algún cajón o saco que se llevará al efecto.
3. Finalizada esta votación, se pasará al escrutinio que deberán presenciar el jefe principal y el capitán más antiguo de cada cuerpo; dicho escrutinio se hará a presencia de todos.
4. Se prohíbe toda discusión que pueda preparar el ánimo en favor de algún individuo.
5. En el momento de concluir el escrutinio se tirará un acta que acredite el nombramiento elegido, la que firmarán todos los jefes y el oficial más antiguo por clase.
6. En el momento de verificada la elección se dará a reconocer el nuevo nombrado por un bando solemne y por un saludo de quince cañonazos.

Reunidos en Rancagua, el 2 de abril de 1820, sus oficiales firmaron una declaración en que reafirmaban la autoridad del Libertador, porque «su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable». Con ese respaldo, San Martín prosiguió con los preparativos de su expedición libertadora.

En una proclama «A los habitantes de las Provincias del Río de la Plata» dejaba en claro su posición ante los acontecimientos:

Compatriotas: se acerca el momento en que debo seguir el destino que me llama; voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú. Mas antes de mi partida, quiero deciros algunas verdades […].

Compatriotas, yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias. Vosotros me habéis recriminado aun de no haber contribuido a aumentarlas, porque este habría sido el resultado, si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas. Mi ejército era el único que conservaba su moral y me exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, y suponiendo que la de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América.

En fin, a nombre de vuestros propios intereses, os ruego que aprendáis a distinguir los que trabajan por vuestra salud de los que meditan vuestra ruina: no os expongáis a que los hombres de bien os abandonen al consejo de los ambiciosos. La firmeza de las almas virtuosas no llega hacia el extremo de sufrir que los malvados sean puestos a nivel con ellas y ¡desgraciado el pueblo donde se forma impunemente tan escandaloso paralelo!

¡Provincias del Río de la Plata! El día más célebre de nuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país. Y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que, desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado, y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos. [580]

Dos años después, San Martín volverá sobre el mismo tema, premonitoriamente:

El partido actual [unitario] no me perdonará jamás mi negativa a sacrificar la división que estaba en Mendoza a sus miras particulares, pero ni usted ni yo, mi buen amigo, no esperamos recompensas de nuestras fatigas y desvelos y sí solo enemigos. Cuándo nos harán justicia. [581]

Vengando a los Incas

> *Compatriotas, amigos descendientes de los Incas: Ya llegó para vosotros la época venturosa de recobrar los derechos que son comunes a todos los individuos de la especie humana y de salir del horrible abatimiento a que os habían condenado los opresores de nuestro suelo.*
>
> José de San Martín

A pesar de todas las dificultades, San Martín siguió adelante con los planes de la expedición libertadora del Perú, cuyos objetivos ya había dejado más que claros en la proclama que había dado a conocer en noviembre de 1818:

> Los acontecimientos que se han agolpado en el curso de nueve años os han demostrado los solemnes títulos con que ahora los Estados de Chile y de las Provincias Unidas de Sudamérica me mandan entrar en vuestro territorio para defender la causa de vuestra libertad. Ella está identificada con la suya y con la causa del género humano; y los medios que se me han confiado para salvaros son tan eficaces como conformes a objeto tan sagrado. […] Mi anuncio, pues, no es el de un conquistador que trata de sostener una nueva esclavitud. La fuerza de las cosas ha preparado este gran día de vuestra emancipación política, y yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino. […] Los tiranos habituados a desfigurar los hechos para encender la tea de la discordia no han tenido pudor de indicar que la moderación que el ejército victorioso ha observado en Chile ha sido una consecuencia de su propio interés, sea así enhorabuena: ¿no es decir que nuestro interés está de acuerdo con la libertad de los pueblos? ¿No es esto una mejor garantía y una razón más de confianza?… Sin duda, que por ella serán arrojados de Lima los tiranos, y el resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos a sus hijos eligiendo libremente su gobierno y apareciendo a la faz del globo entre el rango de las naciones. [582]

Y en esa misma proclama dejaba también aclarada su propia aspiración personal:

> Cuando se hallen restablecidos los derechos de la especie humana perdidos por tantas edades en el Perú, yo me felicitaré de poderme unir a las instituciones que los consagren, habré satisfecho el mejor voto de mi corazón, y quedará concluida la obra más bella de mi vida. [583]

En toda la acción desarrollada en el Perú, San Martín se habría de atener exactamente a esas palabras.

Éramos pocos y llegó Bouchard

Hipólito Bouchard era un gran admirador de San Martín, a cuyas órdenes había combatido en San Lorenzo. Ahora, luego de su cinematográfica campaña, en la que había dado la vuelta al mundo a bordo de *La Argentina* e instalado la bandera argentina en California, llegaba a Valparaíso para incorporarse a la flota libertadora. [584]

Bajando hacia el Perú, el corsario siguió hostigando las posiciones españolas sobre el Pacífico hasta llegar puntualmente el 9 de julio de 1819 al puerto de

Valparaíso. Esperaba una cálida recepción. Pero a cargo del puerto estaba el marino escocés Thomas Cochrane, llamado por San Martín el «lord Filibustero», quien decidió incautarse de la flota y de todos sus tesoros. Dice Mitre:

> el verdadero móvil de aquel acto fue la fama del rico cargamento y de las barras de plata que *La Argentina* traía a bordo, que fue lo primero por lo que preguntaron los oficiales que se posesionaron de la fragata. La arrogancia y el poco miramiento de la conducta del almirante Cochrane con respecto al gobierno de Chile y su hambre de oro de la que dan testimonio sus memorias, contrastan con la moderación del general San Martín […]. La antipatía con que Cochrane miraba desde entonces a San Martín, en su empeño de arrebatarle el mando de la proyectada expedición al Perú, tal vez contribuyó en parte a que Cochrane cometiese esta violencia contra un buque de la marina argentina. [585]

El armador de *La Argentina*, Vicente Anastasio Echevarría, recordaba años más tarde el robo sufrido a manos del filibustero Cochrane:

> Mi fortuna había variado notablemente despachada en corso mi fragata *La Argentina* el año 1818, después de haber insumido en ella para aprestarla la ingente suma de $ 82.000, se presentó en Valparaíso con tres valiosas presas donde fue saqueada por lord Cochrane y las presas lo mismo por los subalternos. [586]

El representante argentino ante el gobierno chileno, Tomás Guido, presentó las protestas del caso, pero nada pudo hacer. Bouchard siguió detenido en una húmeda celda de Valparaíso bajo el cargo de piratería. Guido dirigió un escrito a O’Higgins, el 31 de octubre de 1819. En ella decía que la captura de la flota con todos sus tesoros causaría «la ruina de los americanos respetables de las Provincias Unidas interesados en el armamento y corso de *La Argentina*». Y, al tiempo que reclamaba el sobreseimiento de Bouchard, señalaba:

> La verdad, sean cuales fueren los errores del comandante Bouchard en el cumplimiento de las instrucciones de su gobierno y la más o menos probabilidad de los actos que se le imputan durante su corso, vuestra excelencia conocerá que el prospecto de su causa con los desagradables incidentes que ocurrieron en el embargo de los buques, y después de manifestados por la prensa los servicios de Bouchard en su última campaña, y la buena fe con que bajo el pabellón de mi nación arribó a Valparaíso como a un país amigo y aliado, da margen a observaciones incoherentes al interés común en que creo a vuestra excelencia empeñado. [587]

Entretanto, *La Argentina* y las demás naves de la flota corsaria fueron incautadas. El coronel argentino Mariano Necochea decidió no esperar la sentencia judicial y preparó una operación comando. Al frente de treinta granaderos y de un grupo de ex tripulantes de la flota de Bouchard, se lanzó al abordaje de *La Argentina* en varios lanchones, echó a sablazos a los intrusos e izó la bandera nacional en el palo mayor.

Finalmente, el 9 de diciembre de 1819, la justicia chilena absolvió a Bouchard y le devolvió *La Argentina* y los demás barcos. Pero los tesoros capturados jamás aparecieron. Tomás Guido logró que se le restituyeran al marino el velamen y toda la artillería de la fragata. Don Hipólito seguía con la sangre en el ojo por el robo y el atropello perpetrados por el pirata escocés. Pero en la vida todo llega, solo hay que

saber esperar.

En cuanto tuvo su barco en condiciones, Bouchard retó a duelo a muerte a Cochrane. El duelo propuesto era muy original: salir mar afuera cada uno solo, sin tripulación y al mando de su nave, y terminar el pleito a cañonazos.

Pero como era de esperar, Cochrane —que conocía muy bien las aptitudes de Bouchard— prefirió desistir y dejar su honor en reparaciones por tiempo indeterminado. Pero el francés no era hombre de quedarse con las ganas y entró en el puerto de Valparaíso dispuesto a destrozar al bergantín *Galvarino*, nave insignia del lord Filibustero, que se hallaba casualmente a bordo. Tuvieron que intervenir San Martín, Guido y O'Higgins para frenar el «ímpetu» de Bouchard.

San Martín intentó convencerlo, subrayándole lo poco prudente que sería promover un conflicto interno en vísperas de la partida al Perú. Finalmente logró calmarlo y lo sumó a la expedición libertadora.

La libertad cuesta un Perú

Desde el inicio, las condiciones en que se emprendía la campaña eran muy poco favorables. Al poderío que aún conservaban los españoles en el Perú se sumaban las divisiones políticas en Chile y la virtual disolución de las Provincias Unidas, donde la caída del Directorio no había dado fin a la guerra civil.

Nadie mejor que el propio San Martín para resumir ese estado de cosas, cuando le respondía así al general Miller, recordando ese crítico año 1820:

> Parecían incalculables los obstáculos insurmontables que se presentaban para realizar la expedición al Perú. El gobierno de Chile sin numerario ni crédito. El ejército amenazado de una pronta disolución por falta de medios para mantenerlo. El gobierno de Buenos Aires, disuelto, no dejaba la menor esperanza de auxilio alguno, y la anarquía de sus provincias se había hecho sentir en el Ejército de los Andes por la sublevación y pérdida del batallón de cazadores, fuerte de 1.072 plazas, [588] como por la deserción escandalosa que experimentaban los demás cuerpos del mismo ejército, efecto de las sugestiones de los anarquistas: todo lo que hacía más difícil la situación. El partido de los Carrera activo y emprendedor ocupaba la atención del gobierno con conspiraciones repetidas, distrayéndolo del principal objeto cual era la expedición. La escuadra dividida entre los partidos de Guise [589] y Cochrane, y este último multiplicando las dificultades para que la expedición no pasase de 1.200 hombres. O'Higgins, amenazado de la facción carrerina, solo se desprendía de las peores tropas para expedicionar, quedándose con las mejores y de más confianza para la conservación del orden en Chile. El ejército patriota del Alto Perú se había disuelto y por consiguiente la mayor parte de las fuerzas que los españoles mantenían en él quedaban disponibles para engrosar las de bajo, como lo verificaron. Estas circunstancias daban motivos bien fundados a pronosticar un mal éxito en la empresa, y para que los contribuyentes se prestasen con disgusto a los sacrificios que se les exijan; en fin, el general Miller es un testigo ocular del mal estado en que salieron la escuadra y transportes, como de la calidad de las tropas; a pesar de todo, no quedaba otro recurso que cerrar los ojos al porvenir transportando la guerra al Perú, pues en Chile era moralmente imposible existir seis meses más sin disolver enteramente las tropas por falta de auxilios con qué sostenerlas. [590]

Los agentes secretos de San Martín en el Perú

Pocos días después de la entrada triunfal en Santiago, San Martín, con la excusa de negociar el canje de prisioneros, envió a Lima al mayor Domingo Torres. El agente del Libertador llevaba 6.000 pesos destinados a socorrer la situación desesperante en la que se encontraban los presos patriotas en las mazmorras de El Callao. Habían caído en las garras españolas tras los combates de Chile (Chacabuco y Cancha Rayada) y en las diferentes campañas al Alto Perú. Las instrucciones de San Martín eran muy claras:

> Procurará tomar cautelosamente razón de los diversos cuerpos de línea que guarnecen la capital. Indagará el número de buques de guerra y corsarios en servicio; las embarcaciones mercantes ancladas en el puerto del Callao, las que pueden ser armadas en corso averiguando el número de marinos disponibles, número y calidad de los oficiales de la marina real.
>
> Tomará además idea de los sujetos más distinguidos por su patriotismo. Averiguará cuál es la opinión que a ese pueblo le merecen las armas de las Provincias Unidas y a qué grado ha subido la diferencia de opiniones entre los constitucionales y siervos de Fernando.
>
> No dispensará medio de ponerse en comunicación con algunos patriotas decididos y establecerá relaciones permanentes con ellos, ya sea por Talcahuano o por otros puntos de fácil acceso. [591]

Torres recorrió la ciudad y tomó nota de todo lo que pudiese ser útil a la expedición planificada. Pudo entrevistarse con el virrey Pezuela y terminar de armar un cuadro de situación del gobierno y sus fuerzas militares. En su informe ultrasecreto, Torres detalló la cantidad de naves disponibles, ubicación y contenido de los depósitos de materiales, los recursos económicos con que contaba el virreinato, sondeó los medios intelectuales y universitarios, evaluó el apoyo de la población más pobre compuesta por mestizos e indios. [592]

Como lo había hecho antes de emprender la campaña hacia Chile, San Martín armó una eficiente estructura de espionaje en el Perú. Uno de sus agentes era el español José Bernardo Polledo, a quien el gobierno de Buenos Aires nombrará coronel de caballería. Lo acompañaban dos oficiales procedentes del ejército realista: José García, que había estado bajo las órdenes de Osorio y fue hecho prisionero en Maipú, y José Fernández Paredes, desertor del bando realista. Ambos fueron recibidos por San Martín en su cuartel general el 1º de enero de 1819. Debían tomar conocimiento detallado de los recursos pecuniarios del gobierno de Lima, el estado de la tropa, número, calidad, disciplina, el plan defensivo de Lima, vicios públicos y aficiones, conducta privada, alguna dama de preferencia del virrey, opinión del clero y las instituciones locales e intrigas internas. También debían averiguar por qué parte de la costa se esperaba un eventual desembarco ofensivo, para cuándo esperaban la llegada patriota, quiénes eran los favoritos del virrey y los oficiales y jefes con mejor reputación entre las tropas y quiénes eran los organizadores del espionaje.

Estos oficiales españoles fueron despachados desde Valparaíso para Ancón,

donde los esperaba el agente de San Martín, Domingo Silva. Paredes cumplirá acabadamente su tarea organizando reuniones con figuras clave de la sociedad y la intelectualidad limeña. En cambio, García terminará convirtiéndose en un delator, facilitando la detención de algunos patriotas. Otros notables agentes operaban bajo los nombres masónicos de Caupolicán, Piladelpho y Aristipo Emero. Este último envió un informe recibido por San Martín el 16 de marzo de 1819, en el que le decía:

> Las entradas del gobierno de Lima no alcanzan a cubrir los gastos, al punto de que el virrey ha tenido que acudir a un empréstito de un millón de pesos […]. Contribuyen: el clero, con ochenta mil pesos, el virrey personalmente, con diez mil, y con otros tantos el arzobispo […]. La ciudad está desmantelada y sin preparativo alguno para la defensa […]. Se teme un desembarco en Puertos Intermedios; y allí está Ricafort con dos mil hombres y el mariscal González con mil milicianos […]. El virrey vive con gran alarma; ha convocado a una Junta en El Callao, para tratar del acuartelamiento, y tiene en aquella plaza dos mil hombres. [593]

También le comunicaba que el virrey estaba dispuesto a resistir con las armas, pero que la mayoría de los españoles ricos estaban remitiendo sus caudales a España.

Además de los señalados, San Martín mantenía correspondencia con otros hombres que le daban distintos informes: personas «calificadas» como Francisco de Paula Otero, Joaquín Campiño, José de la Riva Agüero, José Boqui y Fernando López Aldana. Este último, que firmaba con el seudónimo de «José Pardo Prieto», informó a fines de agosto de 1820 que primaban la inquietud y el desconcierto de Pezuela, que había baja moral en las tropas y enorme disgusto con el virrey y con García Camba, reinando un espíritu tanto de deserción como de paso a las filas patriotas. A pesar de ello, decía que no había que esperar una «cooperación activa de parte de este pueblo patriota pero inerte, impotente, flojo y tímido».

Todo esto le daba a San Martín la esperanza de producir hechos significativos que siguieran vapuleando la opinión sobre el virrey. Por eso la importancia de sus informantes, a quienes pedía:

> Fomenten ustedes la opinión pública, dividan la de los enemigos con especies que paralicen sus medidas, que el pueblo los conozca en todos sus valores. Pasquines, proclamas, seducción constante, deben ser la ocupación constante de ustedes y de sus amigos; disimulo, reserva y energías sean las bases de cualquier proyecto… Hay que seducir tropas, proporcionar transportes y costear correos […]. [594]

Estos hombres, junto con muchas mujeres y niños, eran la avanzada del Ejército Libertador en el Perú. Ellos se encargaban, además, de repartir proclamas en iglesias, plazas, mercados, cafés, siguiendo las indicaciones del Gran Jefe, que les pedía que lo hicieran «de tal suerte que ni el poder del virrey ni el de la Inquisición puedan socorrerse en esta súbita inundación, y el espíritu público empiece a ilustrarse y hacerse sentir a pesar de la pesquisa». [595] También les decía: «ganarán la confianza desde los secretarios del virrey al último criado» para obtener informaciones, «para confirmar y hacer comparaciones de hechos o para manejar el ridículo en los pasquines que pudiera convenir». [596]

El virrey Pezuela también tenía sus informantes y escribía:

> Aquí he descubierto una conspiración horrorosa próxima a estallar en Lima y Callao. Sus cómplices se están juzgando; son muchos. […] Es casi infalible la pronta venida de la expedición de Chile a atacar este virreinato por mar y tierra. Tienen fuerzas navales muy superiores a las nuestras y diez mil hombres de tropa de tierra. Yo no reúno cinco mil para la defensa de esta inmensa costa, casi todos reclutas del país y sin armas para muchos de ellos […]. Mis esperanzas fincan únicamente en la llegada oportuna de dos mil hombres que debían salir en marzo de Cádiz. [597]

Una triste noticia

En medio de los preparativos de la expedición y con la demora habitual en aquellos tiempos, San Martín recibió con profunda tristeza la noticia de la muerte de uno de sus compañeros de lucha que más había aprendido a respetar y querer, Manuel Belgrano. El general había muerto en medio de la más absoluta pobreza, el 20 de junio en aquella Buenos Aires agobiada por la guerra civil, el mismo día en que la provincia llegó a tener tres gobernadores y, en definitiva, ninguno.

Solo un periódico de Buenos Aires, *El Despertador Teofilantrópico*, dirigido por el padre Castañeda, se ocupó de la muerte de Belgrano. Decía la publicación: «Es un deshonor a nuestro suelo, es una ingratitud que clama el cielo, el triste funeral, pobre y sombrío que se hizo en una iglesia junto al río, al ciudadano ilustre general Manuel Belgrano».

Ni la *Gaceta*, que era el periódico oficial, ni *El Argos*, diario que se jactaba en su subtítulo de tener cien ojos para ver la realidad, vieron ni dieron cuenta de la muerte de Manuel Belgrano. Para ellos no fue noticia.

Todos a bordo

Finalmente, el 20 de agosto de 1820, San Martín pudo cumplir su sueño libertador por el que había luchado tanto durante todos esos años: la expedición partió del puerto chileno de Valparaíso. Estaba compuesta de la siguiente manera:

El ejército argentino contaba con:

- Batallón de Artillería de los Andes, con 198 hombres;
- Batallón n° 7 de Infantería, con 237 hombres;
- Batallón n° 8, con 462 hombres;
- Batallón n° 11, con 562 hombres;
- Granaderos a Caballo, 391 hombres;
- Cazadores a Caballo, 261 hombres.

El ejército chileno contaba con:

- Batallón de Artillería, 215 hombres;
- Batallón de Infantería n° 2, con 600 hombres;
- Batallón de Infantería n° 4, con 651 hombres;
- Batallón de Infantería n° 5, con 324 hombres;
- Cuadros, 15 hombres.

El jefe de Estado Mayor era Las Heras, que mandaba a los generales Juan Antonio Álvarez de Arenales y al ex gobernador de Cuyo, Luzuriaga. Los jefes de las tropas eran los coroneles Pedro Conde, Enrique Martínez, Mariano Necochea, Rudecindo Alvarado, Mariano Larrazábal, el mayor Ramón Deheza y los tenientes coroneles chilenos José M. Borgoño y José Santiago Sánchez, y el mayor Santiago Aldunate.

Además, San Martín estaba acompañado por:

- Tomás Guido, como representante de las Provincias Unidas en Chile (coronel edecán de San Martín);
- Antonio Álvarez Jonte, auditor de guerra (estaba gravemente enfermo);
- Juan García del Río y Bernardo de Monteagudo.

Toda la expedición viajaba en la escuadra dirigida por Cochrane, formada por las siguientes naves de guerra:

- Navío *San Martín*, en él viajaba el propio San Martín;
- Fragata *O'Higgins*, en ella iba Cochrane;
- Fragata *Lautaro*;
- Fragata *Independencia*;
- Bergantín *Galvarino*;
- Bergantín *Araucano*;
- Bergantín *Pueyrredón*;
- Goleta *Moctezuma*.

Y las siguientes naves de transporte:

- *Dolores, Gaditana, Consecuencia, Emprendedora, Santa Rosa, Águila, Mackenna, Perla, Jerezana, Peruana, Golondrina, Minerva, Libertad, Argentina, Hércules y Potrillo*. [598]
- Los contratistas privados de la expedición fueron Juan José Larrea y Nicolás Rodríguez Peña (argentinos), y Federico Santiago del Solar (chileno), quienes recibieron por cada soldado 160 pesos.

La diferencia entre un conquistador y un libertador

Al arribar al Perú, la primera proclama de San Martín a sus hombres era, a la vez, una afirmación política de los fines de la expedición y una advertencia sobre la moral que

debían observar los militares patriotas:

> Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino y solo falta que el valor consume la obra de la constancia; pero acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América, y que no venís a hacer conquistas, sino a liberar a los pueblos que han gemido trescientos años bajo este bárbaro derecho. Los peruanos son nuestros hermanos y amigos; abrazadlos como a tales y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de la batalla de Chacabuco.
>
> La ferocidad y violencia son crímenes que no conocen los soldados de la libertad, y si contra todas mis esperanzas, alguno de los nuestros olvidase sus deberes, declaro desde ahora que será inexorablemente castigado conforme a los artículos siguientes:
>
> 1. Todo el que robe o tome con violencia de dos reales para arriba será pasado por las armas, previo el proceso verbal que está mandado observar en el ejército.
> 2. Todo el que derramare una gota de sangre fuera del campo de batalla será castigado con la pena de Talión.
> 3. Todo insulto contra los habitantes del país, sean europeos o americanos, será castigado hasta con pena de la vida, según la gravedad de las circunstancias.
> 4. Todo exceso que ataque la moral pública o las costumbres del país será castigado en los mismos términos que previene el artículo anterior.
>
> ¡Soldados! Acordaos que toda la América os contempla en el momento actual, y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, dondequiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio contra los opresores. El mundo envidiará vuestro destino si observáis la misma conducta que hasta aquí; pero ¡desgraciado el que quebrante sus deberes y sirva de escándalo a sus compañeros de armas! Yo lo castigaré de un modo terrible; y él desaparecerá de entre nosotros con oprobio e ignominia.
>
> Cuartel General del Ejército Libertador en Pisco, septiembre 8 de 1820. [599]

Un plan de campaña

El mismo día de la proclama, el Ejército Libertador incorporó a sus filas a los primeros voluntarios peruanos y se abasteció, preparándose para avanzar. San Martín comenzó a actuar en Pisco, en la bahía de Paracas, como el gobernante de un país liberado. Reglamentó el comercio, trasladó hacia esa localidad la Aduana que estaba en Ica, abolió el tributo de los indios; nombró ministros, tomó medidas impositivas siempre siguiendo el criterio de que pagaran más los que más tenían, y hasta hizo flamear una bandera provisoria. [600]

De inmediato, San Martín planificó una campaña que incluía el envío de una división al mando del general Juan Antonio Álvarez de Arenales hacia el interior del Perú. Su objetivo era iniciar el levantamiento de la población de las sierras andinas contra los españoles, y avanzar por los valles de los Andes centrales, para cortar las comunicaciones desde y hacia Lima. Entretanto, el grueso del ejército volvió a embarcar, el 25 de octubre, para trasladarse más cerca del principal objetivo y también aislar a la capital peruana de las fuerzas españolas del norte del Perú. En diciembre de 1820, Arenales obtendría la victoria de Pasco, que permitió asegurar

esta parte de la campaña libertadora.

Al tiempo que ordenaba a Cochrane bloquear El Callao, el grueso del ejército se trasladó por mar hasta la bahía de Ancón e instaló su cuartel general en Huaura, unos 150 kilómetros al norte de Lima.

Juan Ramírez Olmos, considerado el más capacitado de los generales realistas, le informaba sobre la crítica situación al ministro de Guerra español:

> Es indudable que el plan enemigo es combinado y general, y que no solo por las armas sino por la intriga y la seducción, que en todas partes introducen con fruto, garantizan su proyecto. Hasta ahora no es dable opinar con cabal acierto sobre el sistema principal de operaciones de San Martín; mas por los movimientos parciales que ha ejecutado, comprendo que sus miras son revolver todos los pueblos y apoderarse de sus recursos; ponerse en comunicación con Bolívar desde Guayaquil; engrosar sus fuerzas hasta el grado que necesite para dar una batalla con toda seguridad y entre tanto hostilizar la capital del Perú obligándola y privándola de toda clase de recursos; hacer correrías por todas partes y sacar el fruto del pillaje y desolación. [601]

Conversando con el enemigo

Para entonces llegaron al Perú las noticias de la revolución liberal de Riego, producida en España el 1º de enero de 1820.

Esta revolución dividió al ejército español en América, entre liberales y monárquicos absolutistas. El virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela (el mismo general que, años antes, había enfrentado a Belgrano en su campaña al Alto Perú), propuso a San Martín un armisticio, para ganar tiempo. El Libertador, en principio, aceptaba acordar un canje de prisioneros. Los términos de su carta a Pezuela son elocuentes:

> En esa [Lima] se hallan algunos confinados por la divergencia de opiniones; si V. E. tiene a bien regresen al seno de sus afligidas familias, estoy pronto a remitir a V. E. los que se hallan en Chile y las Provincias Unidas en igual caso, o a las personas que V. E. me indique. Estoy seguro de que la filantropía de V. E. suavizará en cuanto esté a sus alcances los horrores de la actual guerra; yo ofrezco a V. E. hacerlo así, y ambos tendremos el placer de hacer algún bien a nuestros semejantes. Nuestras afecciones particulares nada tienen que ver con nuestra representación pública, y ya que el destino fatal nos hace enemigos sin conocernos, lo seré solo en la batalla pero no en los sentimientos de afecto y consideración. [602]

Pero San Martín no estaba dispuesto a aceptar la restablecida Constitución española de 1812, como pretendía Pezuela, y enviar representantes a las Cortes, como «graciosamente» proponían desde la metrópoli. Aquellos tiempos ya se habían terminado para América.

Vale la pena recordar que en aquellas Cortes «liberales» de Cádiz, en ocasión de debatir si aceptaban la presencia de representantes de América, se habían escuchado voces no muy gratas para con los revolucionarios americanos y los pueblos que los seguían. El conde de Agredo dijo que los americanos: eran una raza de monos, llenos

de vicios y de ignorancia; «indignos de ser representantes ni ser representados». [603] Por su parte, el diputado Valiente sostuvo: «Yo no sé todavía a qué clase de animales pertenecen los americanos». [604]

El virrey tomó como una afrenta el rechazo del Libertador y lo acusó de no querer terminar la guerra. San Martín le respondió con su histórico «Manifiesto a los pueblos del Perú sobre el resultado de las negociaciones a que fue invitado por el virrey de Lima», firmado en Pisco con fecha 13 de octubre de 1820. Dice así:

> Cuando la guerra se emprende por ambición y se continúa por capricho, la fuerza es el único argumento para convencer a los pueblos y responder a la opinión de los hombres. Entonces es que la política toma un carácter misterioso y que por disimular la perversidad de sus combinaciones, las explican por enigmas para ejecutarlas luego con insidia. Pero cuando la necesidad pone las armas en manos de los que no desean sino el bien público, la franqueza es el gran secreto de todas sus medidas, y la fuerza solo se emplea como último recurso para obligar a los que la razón no ha podido persuadir. […] Yo esperé que el virrey de Lima simpatizase con mis sentimientos y que no malograse esa brillante oportunidad de cerrar la época de la revolución y aun de establecer la armonía entre la España y la América por medio de amigables relaciones que levantasen una eterna barrera contra la manía de dominar y la necesidad de obedecer. Protesto que jamás he dado en mi vida pública un paso más análogo a los intereses de ambos mundos, ni de más influencia sobre el presente y el futuro.
>
> Pero olvidaba que tres siglos de dominación han segado todos los caminos de unir la América a la España y que solo han dejado libre el de la dependencia, bajo las mortificaciones que sugiere algunas veces la necesidad, mientras la política prevé los medios. [605]

Luego señalaba por qué eran inadmisibles las propuestas de Pezuela:

> El juramento de la Constitución de España sería una infracción del que hemos hecho tantas veces al Eterno en presencia de la Patria: la evacuación del territorio que ocupa mi ejército y su retirada a Chile bajo la condición de indemnizarse recíprocamente los gastos causados y los perjuicios sufridos, no haría sino prolongar la ansiedad de los pueblos y añadir a la incertidumbre nuevos peligros: la tregua hasta el resultado de las negociaciones que se emprendiesen en Madrid por los comisionados de Chile, no tiene ni puede tener una perfecta garantía habiéndose rechazado la interferencia que se propuso por mis diputados. Entre un gobierno acostumbrado al dominio y un pueblo cansado de experimentar la vanidad de sus promesas, es preciso que las garantías deriven de un principio que no esté sujeto a los recelos que inspiran las infracciones repetidas.

Tras afirmar que contaba con fuerzas suficientes para «terminar con suceso la campaña», finalizaba:

> ¡Pueblo del Perú! Yo he pagado el tributo que debo como hombre público a la opinión de los demás. He hecho ver cuál es mi objeto y misión cerca de vosotros. Vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron y eliminar ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualesquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones y yo tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile, de que dependo, que sus heroicos esfuerzos han recibido al fin por recompensa el placer de dar la libertad al Perú y la seguridad a los Estados vecinos.

Por su parte, el virrey Pezuela, en un oficio del 30 de noviembre de 1820, informaba que había recibido

> copia de la real orden muy reservada de 11 de abril y manifiesto del Rey a los habitantes de ultramar, en

que se acreditan los deseos de Su Majestad de tranquilizar la América por vías pacíficas, y quiere al efecto que se entablen negociaciones con los jefes y países disidentes.

Por lo que tengo dicho a vuestra excelencia en 11 de septiembre sobre este asunto, habrá advertido que había yo recibido ya oficialmente la voluntad del Rey cuando vino la dicha comunicación de vuestra excelencia, y cabalmente sucedió en circunstancias que acababa de desembarcar en Pisco la expedición enemiga de Chile al mando de San Martín. Con tal motivo y siendo mi obligación manifestar las intenciones pacíficas del Rey antes de emprender operación alguna militar en defensa del país, traté de ponerme al instante en comunicación con este general y excitarle a una conferencia por medio de diputados, en que se ventilasen las proposiciones de ambas partes, para arribar a una transacción final o, al menos, a una suspensión de las hostilidades. No ha sido posible conseguirlo. Primero, porque no queriendo advertirse por la parte contraria otra base que la independencia política del Perú, ni mi honor ni mis facultades me autorizaban para entrar en un convenio que la supliese. [606]

Encuentro en Punchauca

Sin poder contener los conflictos, Pezuela fue reemplazado como virrey por José de la Serna, quien aceptó entrar en negociaciones con San Martín, para acordar un armisticio. El encuentro tuvo lugar a unos 25 kilómetros de Lima, en la hacienda de Punchauca, a comienzos de junio de 1821. Cuando el Libertador reiteró su exigencia del reconocimiento de la independencia peruana, el nuevo virrey también se negó a seguir las tratativas. Así recordaría Tomás Guido, presente en la entrevista, las palabras de San Martín:

Pasó ya el tiempo en que el sistema colonial pueda ser sostenido por la España. Sus ejércitos se batirán con la bravura tradicional de su brillante historia militar. Pero los bravos que vuestra excelencia manda comprenden que aunque pudiera prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres resueltos a ser independientes; y que servirán mejor a la humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras pueden ofrecerle emporios de comercio, relaciones fecundas y la concordia permanente entre hombres de la misma raza que hablan la misma lengua, y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres. [607]

San Martín llegó a ofrecerle la presidencia de un gobierno provisional si aceptaba la independencia peruana. De la Serna pidió unos días para contestar, pero en definitiva ordenó la evacuación de Lima por las tropas españolas, que a partir de entonces buscaron hacerse fuertes en el interior del Perú para contraatacar.

El Libertador dio por terminadas las negociaciones. En una proclama dirigida a las limeñas el 1º de julio de 1821, San Martín señalaba:

En vano me he esforzado en terminar por la fuerza de la razón una contienda que cuesta tan caros y tan continuos sacrificios a vuestra sensibilidad […]. ¿Cuál es la americana que no tiene que recordar injurias como madre, no deba execrar a los españoles como esposa, como hija, como hermana…? […] Limeñas […] Haceos tan célebres por vuestra cooperación a la grande obra de la libertad del Perú, como lo sois ya por vuestros encantos y por el temple delicado de vuestras almas, inflamad en el amor de la patria a todos vuestros paisanos y si todavía queda alguno que duerma con el sueño de los esclavos, invocad acerca de su libertad y este nombre que no puede oírse sin entusiasmo, lo escuchará de vuestros labios con transportes…

[608]

Señala un testigo de los hechos, el inglés Hall: [609]

> la primera noticia que supimos fue que el ejército realista pensaba evacuar la capital, retirándose al interior, donde era más seguro obtener víveres. La verdad probablemente era que los principios revolucionarios propagados por San Martín habían echado tan profundas raíces en Lima y el país circunvecino, que el virrey se sentía inseguro y estaba deseoso de intentar un método de guerra diferente, después de haber en vano intentado contener el torrente de las nuevas opiniones […]. Sabía bien que la gran habilidad de San Martín consistía en atraer a su causa todas las personas que estaban al alcance de sus intrigas, y en estimularlas para afirmar su reclamo de independencia. [610]

Y describe el caos que se vivía en la ciudad:

> multitud de fugitivos que marchaban en dirección contraria; grupos de gente de a pie, en carros, a caballo, pasaban presurosos; hombres, mujeres y niños, con caballos y mulas, y numerosos esclavos cargados con equipaje y otros valores, transitaban confundidos, y todo era gritería y confusión. En la ciudad misma la consternación era excesiva. Los hombres vacilaban en la terrible duda de lo que habría que hacer; las mujeres se veían por todas partes correr hacia los conventos; y las callejuelas estaban literalmente atestadas con carros y mulas cargadas y con jinetes. Toda la noche continuó la confusión y al venir el día el virrey salió con sus tropas, no dejando ni un solo centinela en el polvorín […]. [611]

Según comenta Hall, acompañó a un comerciante inglés por la ciudad en esos momentos posteriores a la huida del virrey y no quedaba ningún alma en la calle. Todos estaban refugiados en los hogares, haciendo de Lima una «vasta ciudad de muerte». Lo que más provocaba el terror en la población

> era la creencia, de intento propagada, y acogida con el ansia enfermiza del terror, que la población esclava de la ciudad pensaba aprovechar la ausencia de tropas para levantarse en masa y masacrar a los blancos. [612]

La Lima de aquellos días

Hall nos ha dejado una interesante descripción de la Lima con la que se encontró San Martín:

> Lima ha sido descripta como «el cielo de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de los garañones»; y así quizá sea en tiempo de paz, pero la guerra a la sazón había abolido estos distingos y todos parecían igualmente desdichados; o si había alguna diferencia, era para los asnos, que en ausencia de negocios, estaban sin tarea por primera vez en su vida. Los hombres estaban deprimidos por escasez insólita, temida pérdida de fortuna y orgullo nacional herido. Pero las damas, sin embargo, aunque fastidiadas por la misma razón, en unión con el resto del mundo, todavía mantenían la prerrogativa de hacer su voluntad, derecho que, cuando se ejercita en cooperación con el disfraz impenetrable de manto y saya, daba a sus maneras tono y calidad que pueden imaginarse, pero no describirse. […] Aun en las familias, el efecto de los tiempos era profundamente sentido, un punto de política se adoptaba por un miembro, el opuesto por otro; algunos procedían por principios, otros por intereses, otros por miedo; de esta manera, la

> sinceridad y confianza fueron desterradas en el momento preciso que la presión de la guerra era más importuna y una unión cordial era la sola salvaguardia contra la ruina y miseria de toda la casa. [613]

La independencia del Perú

Ante la retirada española, el 10 de julio de 1821 el Ejército Libertador entró en Lima. Como muestra de gratitud, el pueblo limeño le entregó a don José el estandarte del sanguinario conquistador del Perú, el secuestrador extorsivo y asesino de Atahualpa, Francisco Pizarro, símbolo de la dominación colonial de casi tres siglos.

Pero, a diferencia de lo ocurrido en Chile, el poder de los realistas en el Perú seguía firme. En el país todavía vivían más de 10.000 españoles que conservaban una enorme influencia social y económica y confiaban en que los ejércitos que se habían retirado de la capital hacia el interior volverían para tomar su revancha. San Martín, que no venía a hacer amigos entre esa gente, decretó:

> Todos los bienes de españoles residentes en Europa y los que hayan emigrado a los lugares ocupados por las armas del rey deben ser secuestrados, comprendiéndoles la misma ley a los americanos que han abandonando los intereses de su patria, hayan seguido al ejército enemigo o estén con las armas en la mano en servicio de él. [614]

El 28 de julio, el Libertador proclamó la independencia peruana. Se formó un gobierno independiente que le otorgó el título de Protector de la Libertad del Perú, con plena autoridad civil y militar. Al principio, el Libertador no estaba dispuesto a aceptar el nombramiento, pero su secretario Monteagudo y el clamor popular lo convencieron de que, ante el poder realista, que aún no había sido derrotado, era imprescindible su presencia para completar la emancipación.

Como hemos visto en las observaciones de Hall, el estado de la ciudad era lamentable. Por este motivo, San Martín adoptó una serie de medidas tendientes a paliar las penurias del pueblo peruano:

> Siéndome sumamente sensible la miseria general en que he encontrado reducido el vecindario de esta honorable capital, por falta de rentas y recursos en que se halla, por el saqueo general que hicieron los enemigos a su salida, he resuelto, no obstante la necesidad de colectar algunos fondos para subvenir a las atenciones del día, lo siguiente:
>
> 1. Que quede extinguida para siempre esa odiosa contribución extraordinaria de guerra, con que últimamente fueron gravados todos sus habitantes, desde el 1º del corriente;
> 2. Que los encargados de su colectación enteren lo que hayan recaudado en las cajas matrices del Estado, y rindan las respectivas cuentas al tribunal mayor de ellas en el preciso término de ocho días: todo lo que se ejecutará en virtud de este decreto, que se publicará por bando para que nadie alegue ignorancia, y el público tenga la satisfacción de ser redimido de esa gravosa contribución, pasándose copia de él con la orden respectiva al excelentísimo Cabildo para el debido cumplimiento de la parte que le corresponde.

En sus «Memorias sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación», Monteagudo señala que:

> los jefes del Ejército saben que cuando llegamos a Pisco, exigimos del general San Martín el sacrificio de ponerse a la cabeza de la administración si ocupábamos Lima, porque creímos que este era el medio de asegurar el éxito de las empresas militares. Él se resignó a esto con repugnancia y siempre por un tiempo limitado. Esta versión está confirmada en la carta que el Libertador dirigió a O'Higgins, el 10 de agosto de 1821, y que reproduce el historiador chileno Vicuña Mackenna: «Los Amigos[615] me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno: he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país se envolvía en la anarquía. Espero que mi permanencia no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo y retirarme a mi casa a descansar».

De la época en que San Martín desempeñó su cargo de Protector del Perú conservamos documentos muy valiosos para conocer las concepciones políticas del Gran Jefe, como el que citamos a continuación, en el que expresa sus ideas sobre la necesidad de dosificar la libertad:

> La obra difícil y que debe ser valiente, firme y con circunspección emprendida, es corregir la idea confusa que el gobierno anterior había dejado impresa en la mente de la actual generación. No ha de suponerse, sin embargo, que esta dificultad consista tanto en la falta de conocimiento de los medios adecuados con que se ha de conseguir el fin, como en la peligrosa precipitación con que los gobiernos nuevos reforman los abusos que encuentran establecidos. Empezando con la libertad, el más ardiente de nuestros deseos, que debe otorgarse con sobriedad para que los sacrificios hechos con el propósito de ganarla no resulten inútiles. Todo pueblo civilizado está en estado de ser libre; pero el grado de libertad que un país goce, debe estar en proporción exacta al grado de su civilización; si el primero excede al último, no hay poder para salvarlo de la anarquía; y si sucede lo contrario, que el grado de civilización vaya más allá del monto de libertad que el pueblo posea, se sigue la opresión. Si a toda Europa se le otorgase la libertad de Inglaterra, la mayor parte de ella presentaría un caos de completa anarquía; y si en vez de su constitución actual los ingleses hubieran de sujetarse a la Carta de Luis XVIII se considerarían esclavizados. Es razonable que los gobiernos de Sud América sean libres; pero es necesario también que lo sean en la proporción establecida; el mayor triunfo de nuestros enemigos sería vernos alejar de esta medida.
>
> En todas las ramas del bienestar público, aun en la economía doméstica, son necesarias grandes reformas. Puede decirse, en general, sin riesgo de equivocarse, aunque la expresión parezca prejuicio, que es esencial despojar a nuestras instituciones y costumbres de todo lo que sea español […]. Hacer estas reformas ex abrupto y sin discreta reflexión, sería también un error español en que las Cortes, en este momento (1821), han incurrido, por cambiar precipitadamente el estado político y religioso de la península. Por otro lado, nosotros debemos evitar el error de caer en tales equivocaciones e introducir gradualmente las mejoras que el país esté preparando para recibir y para las que el pueblo está tan bien adaptado por su docilidad y la tendencia hacia el progreso que marca su carácter social. [616]

A fines de 1821, el Libertador firmó el decreto redactado por Monteagudo que disponía la inmediata expulsión de los españoles solteros, a quienes se confiscaba la mitad de sus bienes, extendiéndose meses después a los casados. Eran unos 400, los más ricos de Lima, antiguos opresores de esclavos afroamericanos, amantes de los castigos y azotes, los beneficiarios de la opresión y el tributo indígena, los dueños de las minas que consumían miles y miles de vidas humanas, de hombres, mujeres y niños. Ahora marchaban a pie hasta El Callao, rodeados de guardias, llevándose lo puesto hacia la «madre patria».

Buenos Aires se desentiende del todo

A varios miles de kilómetros de allí el periódico porteño y rivadaviano *El Argos* advertía que para Buenos Aires se había acabado la campaña libertadora, a la que hacía tiempo que no aportaba ni hombres ni recursos, y haciéndose eco del pensamiento del futuro primer presidente alertaba sobre futuros pedidos de colaboración patriótica:

> Lima. La noticia de la ocupación de esta capital por el ejército libertador del Perú llegó a Buenos Aires el dos del corriente por un correo particular. […] Gócese Buenos Aires al ver sellados sus votos por la emancipación general; y si es permitido, gócese por el último triunfo debido en mucho a su constancia. Pero escuche un consejo que con este motivo uno de sus hijos se toma la libertad de darle. Buenos Aires ha concluido la primera parte de su obra, como oportunamente lo ha observado el ministerio en la sala de representantes; mas al emprender la otra parte a que también se le provoca, recuerde mucho los sudores que ha derramado por aquella, y las remuneraciones que por estos ha adquirido. No se quiere decir por esto que desista de continuarla si es del interés de todos: pero sí que la ande de tal modo, que al fin de la segunda no se halle en una situación tan deplorable, como se ha encontrado al fin de la primera. [617]

La postura de los unitarios de Buenos Aires quedaba explicitada; San Martín no podía recurrir a ellos para concluir la guerra de independencia.

Un gobierno reparador y progresista

Algunas de las medidas más notables del Protector de la Libertad del Perú fueron:

- Abolición de la servidumbre.
- Abolición del tributo indígena.
- Abolición de la Inquisición.
- Liberación de los hijos de esclavos nacidos desde la proclamación de la independencia.
- Fomento de la educación en todos sus niveles.
- Fomento del teatro y dignificación del oficio de actor.
- Creación de la biblioteca pública.
- Otorgamiento de la ciudadanía peruana a todo habitante de la América del sur.
- Abolición de los castigos corporales.
- Libertad de imprenta y opinión.
- Prohibición del juego por dinero.
- Retiro de los edificios y plazas públicas de todo tipo de estatua, escudo o cualquier elemento que homenajee o reivindique la conquista española, al

gobierno virreinal y a los reyes de España.

- Protección de los monumentos arqueológicos y prohibición de sacar del país reliquias de los antiguos peruanos.
- Medidas proteccionistas en beneficio de la producción local.

Cuando gobernar es educar

En el gobierno del Perú, San Martín aplicó los mismos principios que habían marcado su política en Cuyo y en Chile. Entre sus primeras medidas, decretó la libertad de los hijos de esclavos nacidos desde la proclamación de la independencia:

> Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal: los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia a la que pertenecen vendiéndose unos a otros. Las instituciones de los pueblos bárbaros han establecido el derecho de propiedad en contravención al más augusto que la naturaleza ha concedido. [618]

Pero como el lector podrá imaginarse, los amos no hacían demasiados distingos entre los nacidos a partir de una fecha y sus otros esclavos. Pensando en ellos, San Martín decretó:

> Para llenar los objetos que me propuse en la resolución de 12 de agosto anterior sobre la libertad de vientres, he acordado y decreto:
>
> 1. Será de obligación de los amos el proveer a los pequeños gastos que demande la crianza y educación de los hijos de madres esclavas en la edad de su lactancia, y posteriormente hasta la de veinte años en las mujeres, y de veinticuatro en los varones.
> 2. La humanidad prescribe y el orden social impone a los amos el deber de cuidar durante ese tiempo, no solo de la manutención de los libertos, sino también de su instrucción en los augustos principios de la religión del Estado, y en las obligaciones que tienen hacia la Patria. También deberán proporcionarles la enseñanza de algún ejercicio industrial, por medio del cual pueden después los libertos subsistir independientes, y ser útiles a la comunidad.
> 3. Se recomienda especialmente a la filantropía de los amos, hagan enseñar a los libertos a leer y escribir; y siendo este uno de los principios que más deben influir en la mejora de las costumbres públicas, quedan por este decreto encargados los cuerpos municipales del Estado de estimular el celo de los amos por todos los medios que estén en su arbitrio para el cumplimiento de aquella medida.
> 4. En cada municipalidad habrá un regidor a quien desde el año inmediato se encargue la inspección y cuidado del mejor método para la educación de los libertos, y el mismo regidor llevará en lo sucesivo una razón de los amos que cumplen con más celo y humanidad lo que aquí se previene, para que se publique por la prensa la lista de ellos cada año, la que les servirá de un especial título de recomendación, en virtud de la cual, el Gobierno les dispensará toda la preferencia de que son dignos los ciudadanos virtuosos. [619]

A pesar de las graves dificultades económicas para continuar la guerra contra los realistas, se dio tiempo para fomentar la lectura y la educación. A diferencia de los

generales genocidas de la última dictadura militar, que quemaban libros y destruían bibliotecas, San Martín no solo era un gran lector, que trasladaba su biblioteca personal, con obras en francés, latín e inglés en todas sus campañas, sino que promovía la formación en la lectura de sus soldados.

> Convencido sin duda el gobierno español de que la ignorancia es la columna más firme del despotismo, puso las más fuertes trabas a la ilustración del americano, manteniendo su pensamiento encadenado para impedir que adquiriese el conocimiento de su dignidad. Semejante sistema era muy adecuado a su política; pero los gobiernos libres, que se han erigido sobre las ruinas de la tiranía, deben adoptar otro enteramente distinto, dejando seguir a los hombres y a los pueblos su natural impulso hacia la perfectibilidad. [620]

Y en otro decreto afirma:

> En un país que, habiendo sido bajo el sistema español el centro del despotismo y de la arbitrariedad, se han escaseado por una funesta política todos los recursos de la ilustración, prohibiendo la lectura de libros selectos y el estudio de las ciencias relativas a los derechos del hombre, un gobierno independiente debe facilitar desde sus primeros pasos, la adquisición de conocimientos útiles a todas las clases del Estado. [621]

Al igual que Belgrano, se preocupaba por los contenidos de la educación y su eficiencia al servicio de los pueblos:

> Los gobiernos interesados en el progreso de las letras no deben cuidar solamente de que se multipliquen las escuelas públicas, sino de establecer en ellas el método más fácil y sencillo de enseñanza que generalizándose por su naturaleza, produzca un completo aprovechamiento y se economice el tiempo necesario para la adquisición de otros conocimientos. El hombre nacido en sociedad debe todo a su patria, los momentos necesarios para ponerse en disposición de serle útil deben aprovecharse con interés. [622])

El teatro de la humanidad

También promovió el teatro, al que no consideraba un mero pasatiempo sino una actividad cultural. Decía San Martín en un decreto referido a las artes en general y al teatro en particular:

> Un teatro fijo, como el de esta capital, declara en aquella fecha, sistemado conforme a las reglas de una sana policía y en el que las piezas se reciten y canten bajo la dirección de la autoridad pública y no excedan en los límites de la honestidad y del decoro, es un establecimiento moral y político de la mayor utilidad.

En vista de esto, San Martín declara solemnemente

> que el arte escénico no irroga infamia al que lo profesa; que los que ejerzan este arte en el Perú podrán optar a los empleos públicos y serán considerados en la sociedad según la regularidad de sus costumbres y a proporción de los talentos que posean y finalmente que los cómicos que por sus vicios degraden su profesión, serán separados de ella. [623]

Y yendo en contra de los hábitos virreinales, que a Lima le costaría reemplazar por otros más republicanos, San Martín siempre pagó su entrada, al igual que la de quienes lo acompañaban.

El 20 de octubre de 1821, la Universidad de San Marcos de Lima le concedió el primer título de «Doctor Honoris Causa» por su labor cultural.

La Biblioteca de Lima y los libros del Libertador

Parte de ese interés por la cultura y la educación se hacía tangible en la fundación de bibliotecas. En su primer testamento de 1818 decidió destinar sus libros para la biblioteca de Mendoza. Como vimos en el capítulo anterior, creó la Biblioteca de Santiago de Chile, donando para ello los 10.000 pesos que le había entregado como premio por la victoria de Chacabuco el Cabildo de Santiago. En aquella ocasión, el Libertador dijo:

> Los días de estreno de los establecimientos de ilustración son tan luctuosos para los tiranos como plausibles para los amantes de la libertad. Ellos establecen en el mundo literario las épocas de los progresos del espíritu, a los que se debe en la mayor parte la conservación de los derechos de los pueblos. La Biblioteca Nacional es una de las obras emprendidas que prometen más ventajas a la causa americana. Todo hombre que desee saber, puede instruirse gratuitamente en cuanto ramo y materia le convenga. […] La biblioteca es, destinada a la ilustración universal, más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia. Los cuerpos literarios deben fomentar aquella, concurriendo sus individuos a la lectura de los libros para estimular a lo general del pueblo a gustar las delicias del estudio. Yo espero que así sucederá y que este establecimiento, fruto de los desvelos del gobierno, será frecuentado por los amantes de las letras y de su patria. [624]

Un dato significativo es que la primera sede de la Biblioteca Nacional peruana fue el mismo edificio donde había funcionado el Tribunal de la Inquisición en Lima, como forma de homenaje a los muchos mártires de la libertad que habían padecido tortura, muerte y silenciamiento entre esos muros.

Se ha conservado la lista de libros que San Martín donó a esa biblioteca, con unas anotaciones manuscritas del Libertador, que muestran los cambios de destino de esos volúmenes. Como señalaba José Pacífico Otero:

> Cuando San Martín se trasladó de Cádiz a Buenos Aires, trajo consigo su biblioteca, o su librería, según su expresión corriente. Esta biblioteca la conservó en Buenos Aires y resolvió transportarla a Mendoza, cuando fue designado para el cargo de intendente de Cuyo. Estando allí, y una vez resuelta la campaña libertadora de Chile, encajonó estos libros y se los llevó consigo a Santiago. Antes de transportarlos, procedió al inventario de ellos, y sobre el cuaderno destinado para dicho objeto de su puño y letra, escribió: «Estos cajones de libros se hallan en Santiago en poder de don Paulino Campbell, los que en caso de mi fallecimiento se entregarán a mi esposa doña Remedios de Escalada». Resuelta a su vez la campaña libertadora del Perú, San Martín decidió no separarse de esos libros, y transportó a aquellas playas la biblioteca que tenía encajonada en Santiago.
>
> Estando en Lima, y establecido el Protectorado peruano, procedió él a la formación de una biblioteca nacional, y, con tal motivo, todos sus libros fueron donados por él a la institución. En la portada del

inventario a que nos referimos, y en la cual había escrito la leyenda precedente, volvió otra vez a escribir —modificando su primera decisión— esta otra leyenda: «Todos los libros que contiene este cuaderno fueron regalados por mí a la Biblioteca Pública de Lima». [625]

El inventario, que detallaba el contenido de once cajones, menciona 276 obras, con unos 745 volúmenes, además de 76 mapas, cartas y planos cartográficos, y más de un centenar de cuadernos en blanco. [626] Como señalaba Adolfo Espíndola, 192 obras (alrededor del 70 por ciento del total) estaban escritas en francés, 78 en castellano, tres en portugués, dos en inglés y una en latín, [627] lo que muestra con bastante claridad cuál era la formación cultural de San Martín. Solo el 20 por ciento del total se pueden considerar escritos netamente de formación militar (incluidas varias obras sobre fortificaciones), mientras que el 80 por ciento restante se refieren a historia, geografía, relatos de viajes, obras literarias y filosóficas, de agricultura, arquitectura, ingeniería y artes y oficios entre otras áreas vinculadas a la producción y del saber. Numerosos volúmenes de la famosa *Enciclopedia* de D'Alembert y Diderot, incluidos varios de planchas de grabados, hablan de su formación «ilustrada», y la variedad de temas pinta las características de un ávido lector con múltiples intereses culturales y una formación principalmente autodidacta. La muy variada biblioteca incluía obras de Homero, Salustio, Cicerón, Plutarco, Cervantes, Quevedo, Descartes, Calderón de la Barca, Beaumarchais, Rousseau, Montesquieu, Raynal, Bossuet, Fenelón y Goethe, entre otras.

Lamentablemente, parte de esos libros se perdieron por el incendio que sufrió la Biblioteca de Lima en mayo de 1943, en el que se quemaron cerca de 200.000 volúmenes.

Una justicia independiente

San Martín, que era un liberal en serio, no de los que solo piensan en la «libertad de empresa», dio inicio en el Perú a la división de poderes. Al abolir la odiosa institución colonial que se ocupaba de la «justicia» había dicho: «La Inquisición y los inquisidores ya no existen entre nosotros: en su lugar, la Alta Cámara administra Justicia respetando las leyes que emanan de la razón y de la naturaleza». En consecuencia, estableció un Reglamento de los Tribunales, que aseguraba la independencia del poder judicial. Esta norma dejaba en claro su opinión sobre el riesgo que supone la mala administración judicial y la importancia de este poder en la sociedad civil.

La imparcial administración de justicia es el cumplimiento de los principales pactos que los hombres forman al entrar en sociedad. Ella es la vida del cuerpo político, que desfallece apenas asume el síntoma de alguna pasión, y queda exánime luego que, en vez de aplicar los jueces la ley, y de hablar como sacerdotes de ella, la invocan para prostituir impunemente su carácter. El que la dicta y el que la ejecuta pueden

> ciertamente hacer grandes abusos, mas ninguno de los tres poderes que presiden la organización social es capaz de causar el número de miserias con que los encargados de la autoridad judicial afligen a los pueblos cuando frustran el objeto de su institución. [628]

También eliminaba la persecución por ideas políticas tipificando claramente el delito de sedición:

> El crimen de sedición solo consiste en reunir fuerza armada en cualquier número que sea para resistir a las órdenes del gobierno, en conmover un pueblo o parte de él con el mismo fin y en formar asociaciones secretas contra las autoridades legítimas. Nadie será juzgado como sedicioso por las opiniones que tenga en materias políticas y si no concurre alguna de las circunstancias referidas. [629]

En cuanto a la conocida distancia entre los dichos y los hechos, señalaba San Martín:

> Yo habría podido encarecer la liberalidad de mis principios en el estatuto provisorio haciendo magníficas declaraciones sobre los derechos del pueblo y aumentando la lista de los funcionarios públicos para dar un aparato de mayor popularidad a las formas actuales. Pero convencido de que la sobreabundancia de máximas laudables no es al principio el mejor medio para establecerlas, me he limitado a las ideas prácticas que pueden y deben realizarse. Mientras existan enemigos en el país y hasta que el pueblo forme las primeras nociones del gobierno por sí mismo, yo administraré el poder directivo del Estado cuyas atribuciones sin ser las mismas son análogas a las del poder legislativo y ejecutivo. Pero me abstendré de mezclarme jamás en el solemne ejercicio de las funciones judiciarias porque su independencia es la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo y nada importa que se ostenten máximas exquisitamente filantrópicas cuando el que hace la ley o el que la ejecuta es también el que la aplica. [630]

Libertad de imprenta

Hizo, además, aprobar leyes para garantizar los derechos ciudadanos, como la libertad de imprenta:

> Desde que se inventó el arte libertador de la imprenta, ha experimentado el orbe social una revolución benéfica; pues desarrollándose los talentos y saliendo el genio de la oscuridad que frecuentemente lo envolvía, no solo han acrecentado la civilización de los pueblos y reformado muchos y graves abusos, sino que han influido asombrosamente en el destino mismo de las naciones y de los gobiernos. El del Perú, que nada desea tanto como la prosperidad del país, cuya suerte le está confiada, va a sancionar la libertad de imprenta, porque reconoce el derecho que tienen todos los hombres de pensar, de hablar y de escribir, y porque está convencido de que sin ella son perdidos los más bellos talentos de la patria para la causa de la razón y de las luces. [631]

También prohibió los allanamientos sin justa causa:

> La casa de un ciudadano es sagrada, que nadie podrá allanar sin una orden expresa del gobierno dada con conocimiento de causa. Cuando falte aquella condición, la resistencia es un derecho que legitima los actos que emanen de ella. [632]

Los actos de justicia del Protector del Perú iban, al mismo tiempo, en el sentido de reivindicar los derechos y la cultura de los pueblos originarios, así como su completa igualdad:

> Después que la razón y la justicia han recobrado sus derechos en el Perú, sería un crimen consentir que los aborígenes permaneciesen sumidos en la desgracia moral a que los tenía reducidos el gobierno español y continuasen pagando la vergonzosa exacción que con el nombre de tributo fue impuesta por la tiranía como signo de señorío. En adelante no se denominarán los aborígenes indios o naturales: ellos son hijos y ciudadanos del Perú y con el nombre de peruanos deben ser conocidos. [633]

Y en otro decreto resolvía:

> Siendo un atentado contra la naturaleza y la libertad obligar a un ciudadano a consagrarse gratuitamente al servicio de otro. Por tanto declaro:
>
> 1. Queda extinguido el servicio que los peruanos, conocidos antes con el nombre de indios o naturales, hacían bajo la denominación de mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos, y toda otra clase de servidumbre personal, y nadie podrá forzarlos a que sirvan contra su voluntad;
> 2. Cualquier persona, bien sea eclesiástica o secular, que contravenga a lo dispuesto en el artículo anterior, sufrirá la pena de expatriación.

Al advertir que no se cumplía con lo decretado, insistió con el tema y dispuso duras sanciones para los amos:

> Informado el Gobierno de que son repetidos los abusos que cometen algunos amos, castigando con severidad y poniendo en prisión a los criados, que habiendo sentado plaza en tiempo hábil para obtener su libertad conforme a los bandos publicados, les defraudan el derecho que tienen adquirido, o los provocan algunas veces a la deserción con designios sin duda criminales, ordeno lo que sigue:
>
> 1. Todo amo que provocase a la deserción, ocultase en su casa, o aprehendiese a algún individuo alistado en los cuerpos del ejército, sobre el cual hubiese tenido dominio antes de su alistamiento, sufrirá la pena de confiscación de bienes por la primera vez, y la de destierro perpetuo en caso de reincidencia.
> 2. Se encarga a todo ciudadano celoso del bien público que denuncie inmediatamente al Gobierno las infracciones del artículo anterior, las que siendo probadas, tendrá el denunciante derecho a la cuarta parte de los bienes confiscados.
> 3. Todo esclavo que denuncie al amo que ocultase o prendiese a alguno que hubiese sido su criado, obtendrá su libertad luego que se justifique el hecho, estando en el caso del artículo primero.
> 4. El presidente del departamento de esta Capital queda especialmente encargado de la ejecución de este decreto.

Una medida, poco frecuente en su época, muestra el tipo de ilustración en la que se había formado San Martín: promover la preservación de los monumentos arqueológicos peruanos. La disposición apuntaba, al mismo tiempo, a una reivindicación cultural e histórica, ya que mandaba quitar de los edificios y lugares públicos las placas y monumentos que homenajeaban a los conquistadores:

> Las instituciones de los pueblos no son sino la expresión de sus ideas sobre el bien común, y los signos exteriores que se adoptan por los gobiernos son el único lenguaje propio para explicar a la multitud los principios que los animan. En la época precedente la vista del pueblo encontraba por todas partes los

> símbolos de la esclavitud y estaba ya familiarizada con ella. Pasó aquella época: todo lo que humilla debe desaparecer simultáneamente.

Tras esta introducción, el Protector decretaba:

> De todos los lugares públicos y edificios privados se quitarán no solo las armas de España sino todo jeroglífico o signo alusivo a la dependencia de América. Cualquier ciudadano está autorizado para destruirlos. [634]

En La Magdalena

La sociedad limeña, sin embargo, conservaba sus aires coloniales, con marcadas diferenciaciones sociales y el mundillo cortesano de las capitales virreinales más opulentas. Como en muchas otras ciudades coloniales, las encumbradas familias de la «gente decente» local despreciaban a los «advenedizos». Uno de los blancos de sus ataques era una joven nacida ecuatoriana, Rosa Campusano. El escritor Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, se hacía eco de ese tono reprobatorio, cruzado por la prejuiciosa moralina, al contar:

> Rosita Campusano nació en Guayaquil en 1798. Aunque hija de familia que ocupaba modesta posición, sus padres se esmeraron en educarla, y a los quince años bailaba como una almea de Oriente, cantaba como una sirena y tocaba en el clavecín y en la vihuela todas las canciones del repertorio musical a la moda. Con estos atractivos, unidos al de su personal belleza y juventud, es claro que el número de sus enamorados tenía que ser como el de las estrellas, infinito. […]
>
> En 1817 llegó a Lima la Rosita en compañía de su amante, acaudalado español que barbeaba medio siglo, y cuyo goce era rodear a su querida de todos los esplendores del lujo y satisfacer sus caprichos y fantasías.
>
> En breve los elegantes salones de la Campusano, en la calle de San Marcelo, fueron el centro de la juventud dorada. Los condes de la Vega del Ren y de San Juan de Lurigancho, el marqués de Villafuerte, el vizconde de San Donás y otros títulos partidarios de la revolución; Boqui, el caraqueño Cortínez, Sánchez Carrión, Mariátegui y muchos caracterizados conspiradores en favor de la causa de la independencia formaban la tertulia de Rosita, que con el entusiasmo febril con que las mujeres se apasionan de toda idea grandiosa, se hizo ardiente partidaria de la patria.
>
> Desde que San Martín desembarcó en Pisco, doña Rosa, que a la sazón tenía por amante oficial al general don Domingo Tristán, entabló activa correspondencia con el egregio argentino. Tristán y La Mar, que era otro de los apasionados de la gentil dama, servían aún bajo la bandera del rey, y acaso tuvieron en presencia de la joven expansiones políticas que ella explotara en provecho de la causa de sus simpatías. Decíase también que el virrey La Serna quemaba el incienso del galanteo ante la linda guayaquileña, y que no pocos secretos planes de los realistas pasaron así desde la casa de doña Rosa hasta el campamento de los patriotas en Huaura. [635]

Lo que queda en claro, más allá del desprecio de las elites por una mujer «galante», es que Rosa Campusano servía a la causa patriota, como espía y como conspiradora. También, que en 1821 conoció a San Martín y fueron amantes. La hacienda de La Magdalena, donde residía el Protector en las afueras de Lima, habría

sido el lugar de sus encuentros. Según Palma:

> San Martín, antagónico en esto a su ministro Monteagudo y al Libertador Bolívar, no dio en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vio en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína quedó bautizada con el sobrenombre de *la Protectora*.
>
> Organizada ya la Orden del Sol, San Martín, por decreto de 11 de enero de 1822, creó ciento doce *caballeresas* seglares y treinta y dos *caballeresas* monjas, escogidas entre las más notables de los trece monasterios de Lima. Entre las primeras se encontraron las condesas de San Isidro y de la Vega, y las marquesas de Torre-Tagle, Casa-Boza, Castellón y Casa Muñoz.
>
> El viajero Stevenson, que fue secretario de lord Cochrane, y que como tal participaba del encono de su jefe contra San Martín, critica en el tomo III de su curiosa y entretenida obra, impresa en Londres en 1829, *Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America*, que el Protector hubiera investido a su *favorita* la Campusano con la banda bicolor (blanco y rojo), distintivo de las *caballeresas*. Esta banda llevaba en letras de oro la inscripción siguiente: *Al patriotismo de las más sensibles*. Paréceme que en los albores de la independencia la sensiblería estuvo muy a la moda.
>
> Sin discurrir sobre la conveniencia o inconveniencia de la creación de una Orden antidemocrática, y atendiendo únicamente al hecho, encuentro injusta la crítica de Stevenson. Es seguro que a ninguna otra de las caballeresas debió la causa libertadora servicios de tanta magnitud como los prestados por doña Rosa. En la hora de la recompensa y de los honores, no era lícito agraviarla con ingrato olvido. [636]

Misión imposible

Más allá de los romances y galanteos, las preocupaciones del Protector se centraban en la complicada situación política y militar del Perú. Una fuerte oposición a la acción de su secretario y ahora principal ministro, Bernardo de Monteagudo, se combinaba con las campañas difamatorias que, conjuntamente, lanzaban los realistas desde el interior del Perú, Alvear y los antiguos carreristas desde Montevideo y Chile, y los rivadavianos desde Buenos Aires.

Lo más preocupante era que De la Serna había logrado fortalecerse en las sierras peruanas. Aunque el avance del general español José de Canterac no logró su objetivo de tomar o, al menos, cercar Lima, y los realistas que mantenían el control de El Callao debieron rendirse en septiembre de 1821, el control de los patriotas se limitaba virtualmente a la capital peruana y algunos puntos más del territorio, como Ica, en el sur.

Para completar la independencia del Perú, y con ella la de Sudamérica, San Martín debía derrotar a los ejércitos realistas que aún se mantenían fuertes en el interior del país y amenazaban con retomar el control de la situación. Para ello le hacían falta unos 1.500 hombres más, bien armados y dispuestos.

Mientras la prensa rivadaviana de Buenos Aires había celebrado el año anterior la muerte de Martín Miguel de Güemes en estos términos: «Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos. ¡Ya tenemos un cacique menos!», [637] San Martín, en cambio, lamentaba profundamente la muerte de aquel

hombre que había sido clave en la concreción de su plan continental. Aquel líder popular, llamado por su gente «el padre de los pobres», había escrito:

> Vengan enhorabuena esos imaginarios regimientos de Extremadura, Gerona, Cantabria, Húsares y Dragones y vengan también cuantos monstruos abortó la España con su Rey Fernando a la cabeza; a nada temo, porque he jurado defender la Independencia de América, y sellarla con mi sangre. Todos estamos dispuestos a morir primero, que sufrir por segunda vez una dominación odiosa, tiránica y execrable.

Sabía que era imprescindible atacar a los realistas desde el Alto Perú, aquella zona en la que habían demostrado su heroísmo los infernales de Güemes y las guerrillas de Manuel Padilla y Juana Azurduy, para terminar definitivamente con el oprobioso dominio español.

El 22 de mayo de 1822 se puso en marcha el último plan de batalla de San Martín para terminar definitivamente con todo vestigio de presencia militar del opresor y decadente imperio español. La estrategia de San Martín consistía en atacar a De la Serna, que se había hecho fuerte en Cuzco, desde Arica con tropas que debía dirigir el general Alvarado, mientras que una división al mando de Arenales debía cercarlo desde Jauja, al mismo tiempo que fuerzas provenientes del norte de la actual Argentina atacarían desde el sur.

En forma absolutamente secreta se embarcó en el puerto de El Callao el joven oficial peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente. Su primer destino fue Santiago de Chile, para luego continuar viaje hasta Buenos Aires, donde debía solicitar ayuda al gobierno porteño para terminar la guerra contra España.

Los agentes porteños rivadavianos, atentos a todos los movimientos de San Martín, reportaron a su jefe y este, a través de su periódico *El Centinela*, [638] lanzó una campaña para hacer fracasar aquel patriótico y latinoamericanista plan de batalla de San Martín.

Presten atención los lectores a lo que decía Juan Cruz Varela en la edición del 28 de julio del diario de Rivadavia, aquel «prohombre» llamado por Mitre «el más grande hombre civil de la Argentina»: [639]

> Tenemos en el territorio de las Provincias Unidas un enviado del gobierno del Perú que viene particularmente encargado de mover la organización de un ejército de mil hombres para operar por Potosí sobre los enemigos del Alto Perú. El enviado trae comisiones, según cartas particulares, para el coronel mayor Bustos, y para los tenientes coroneles Urdininea y Heredia, que deben encargarse del mando del ejército luego que Buenos Aires largue un parque y algunos dineros. Esto último tiene grandes dificultades en las circunstancias que esta provincia debe por su propia conservación emplear los fondos públicos y los instrumentos de la guerra en afirmar al menos la frontera del Sud, ya que no es posible hacerse lo mismo con la del Norte para librar totalmente la campaña de las incursiones de los bárbaros. Además, Buenos Aires tiene al frente, en Montevideo, un enemigo que es necesario empujar o cuando menos contener: y parece que haciendo lo uno o lo otro, únicamente posible en el caso de mantenerse con los restos que le ha dejado la revolución, contribuye de un modo positivo al mantenimiento de la causa pública al paso que pone a las demás provincias en la plena seguridad de poder reunir y emplear sus fuerzas contra los rezagos del ejército español en las provincias Unidas. [640]

¿A qué se debía la paranoia de los rivadavianos? Entre otras cosas, a que San

Martín tenía grandes expectativas en el Congreso Constituyente que debía reunirse en Córdoba. A su vez, no pocos congresales federales pensaban que el propio San Martín podía dirigir ese Congreso. Incluso Bustos, quien mantenía correspondencia con el Libertador, lo invocaba para promover la participación de las provincias por «las poderosas razones que nos habla el excelentísimo señor San Martín, por la más pronta instalación del Soberano Congreso». Pero Buenos Aires y sus gobernantes centralistas boicotearon el Congreso, que terminó en un fracaso. En su edición del 13 de octubre de 1821, el periódico *El Patriota* se preguntaba: «¿Es posible que los hijos de esta gran ciudad guarden un silencio tan criminal que hasta el día no se vea en nuestros papeles públicos una sola línea que indique estas verdades eternas?». [641] El representante chileno en Buenos Aires, Zañartú, le escribía a O'Higgins:

> No pueden sufrir que San Martín se cubra de tanta gloria, después que los desobedeció en no venirse a mezclarse en la montonera, como querían, acaso para fusilarlo. Por esta misma razón, en mi juicio, no quieren Congreso porque suponen nombre a San Martín director, y aunque no temen que este venga, temen que el nombramiento y la propiedad del directorio le de sobre el substituto y sobre el Estado una gran influencia. [642]

Como se ve, la Buenos Aires rivadaviana no estaba dispuesta a aumentar la gloria de San Martín, en quien veía a un peligroso y popular enemigo político. Un diplomático ecuatoriano describía así la actitud del grupo que acompañaba al superministro Bernardino:

> En todo se ve un espíritu de aislamiento, un egoísmo por decirlo así, que ha de ser muy perjudicial a los intereses del país. Parece que estos señores no ven en todo el mundo más que a Buenos Aires y quieren que nadie consagre su existencia sino al engrandecimiento del gran pueblo y nadie viva sino según la regla que les prescribe su soberana voluntad. [643]

Con ese panorama por delante, San Martín le escribe al coronel José María Pérez de Urdininea, diciéndole:

> Impuesto con individualidad por el teniente coronel D. Antonio Gutiérrez de la Fuente, sobre su comisión, y muy particularmente sobre el extraordinario empeño que usted se toma en la empresa de la próxima campaña para la destrucción de los enemigos comunes, no he podido menos que ratificar lleno de júbilo el acertado concepto que tenía ya formado de su honradez, opinión, pericia, desempeño y demás apreciables cualidades que le caracterizan. En este punto me lleno de confianza asegurándome mejores mis ideas. Yo creo firmemente que al cabo de alguna actividad para estar en movimiento con los quinientos hombres que debe tener a sus órdenes a fines de diciembre precisamente nos llenaremos de nuevas glorias, confundiremos la tiranía, haremos ver al mundo entero nuestros esfuerzos y tendremos el gusto de darnos un fuerte abrazo al fin de nuestra obra.
>
> Para este caso incluyo a usted dos poderes: uno por mí, garantizándole todas las urgencias y enseres que necesitase para formar el plan de sus operaciones y otro del plenipotenciario del Perú a nombre de aquel gobierno como se impondrá de ellos a su vista. [644]

Sospechando la negativa de las autoridades porteñas, San Martín le había ordenado a Gutiérrez de la Fuente que le ofreciera el mando de la expedición al gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos:

> Póngase Ud. a la cabeza del ejército que debe operar sobre Salta: la campaña es segura si Ud. me apoya los movimientos que 4.500 hombres van a hacer por [Puertos] Intermedios al mando de Alvarado: este lleva órdenes de ponerse a las de Ud. Yo espero un buen resultado: la Patria lo exige y el honor de nuestras provincias lo reclama. No hay que perder un momento, mi amigo: la cooperación de esa división va a decidir enteramente la suerte de la América del Sud.

Bustos dijo aceptar, pero puso como condición que Buenos Aires enviara dinero y armas y le escribió al gobernador de Santa Fe, Estanislao López:

> Ya habrá usted recibido comunicaciones del Protector del Perú y por ella sabrá el destino a que nos llama la Patria. Yo no omito sacrificio de mi parte y el de esta provincia para llevar a cabo la empresa y […] aportaré mil hombres armados […] contando con los que faciliten los pueblos de Santiago [del Estero], Tucumán, Salta y los del Perú, mas para esta empresa faltan recursos que es indispensable recabar del gobierno de Buenos Aires. [645]

También le pidió a su sobrino, el Dr. Francisco Ignacio Bustos, que acompañara al enviado de San Martín a Buenos Aires con una carta dirigida al gobernador Martín Rodríguez, donde le decía:

> Yo me hallo invitado por S. E. el Protector del Perú a ponerme al frente de una fuerza que debe operar por la espalda de los enemigos, más jamás permitirá mi deseo que se paralice una empresa porque no tenga el honor de mandarla. Y protestando todo el desprendimiento que cabe a un hombre que fija sus miras exclusivamente en el país, he asegurado al comisionado del general San Martín, y aun a la América toda, que cualquiera sea el jefe prepararé todos los auxilios que estén en mi esfera sin reservar nada a tan sagrado interés.

Gutiérrez de la Fuente cumplió en Buenos Aires con el primer encargo de su jefe: visitar a Remedios. El patriota peruano relata cómo la joven le preguntó por su marido, por su salud, y, mostrándole un retrato que tenía, le preguntó si estaba más o menos gordo que cuando lo vio por última vez. El enviado le dijo que estaba bien y que creía que en el retrato estaba más gordo y que la tenía siempre presente en sus conversaciones. A partir de ese momento, Remedios y su familia, los Escalada, serán un refugio para el joven de la misión imposible.

El 29 de julio de 1822, el enviado de San Martín fue recibido con desgano por el gobernador Martín Rodríguez, al que le entregó una carta de San Martín en la que le decía:

> Vine a buscar al enemigo en el seno de sus grandes recursos y emprendí arrojarlo de un vasto territorio, bajo la salvaguarda de la moral del país, de la firmeza de los bravos que me acompañaban y de la cooperación con que contaba en las fronteras de Jujuy para distraer la atención de los ejércitos españoles. […] Es el momento de que una división aunque no pase de los mil hombres se aproxime a Suipacha, apure el conflicto de los enemigos y siguiendo sus pasos ocupe el campo que este abandone y proteja los pueblos hasta ponerse en comunicación con las tropas patrióticas que avanzan a La Paz […]. No me atrevo a esperar que otro motivo que la falta de fondos pecuniarios pudiera frustrar la marcha de la división auxiliar.

Según las memorias de Gutiérrez de la Fuente, el gobernador no le dio ninguna importancia a la carta, se limitó a saludarlo y le pidió que hablara con Rivadavia, quien meses antes había contestado que Buenos Aires ya había dado todo lo que

podía. A don Bernardino terminó de predisponerlo el saber que su enemigo Bustos participaba del proyecto y le comunicó al enviado que derivaría el asunto a la Sala de Representantes.

La Sala hizo todo lo posible para demorar el debate. Incluso creó una comisión para estudiar el asunto, dando un lamentable ejemplo que sería imitado por parlamentos venideros para cajonear una decisión. Así reflejaba el otro periódico rivadaviano aquella sesión de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires:

> Se dio cuenta de una nota del gobierno, que acompañaba un oficio del Protector del Perú, otro del gobernador de Córdoba, que solicitaban la concurrencia de esta provincia para formar un ejército contra los restos del enemigo que ocupa las provincias del Alto Perú, y en consecuencia de esto un proyecto para que el gobierno sea autorizado para negociar con el enemigo, tratando con este objeto pacíficamente la unión de las provincias; concediéndole por ahora, para los gastos que esto ocasione, 30.000 pesos: fue pasado a una comisión especial, compuesta de los Señores Gómez, Rivadavia, Somellera, Anchorena y García. [646]

Es muy importante aclarar que, cuando el periódico señala «y en consecuencia de esto un proyecto para que el gobierno sea autorizado a negociar con el enemigo», se trata de una respuesta de los rivadavianos que de ninguna manera formaba parte del plan de San Martín, que proponía, por el contrario, seguir la guerra hasta la derrota total del imperio español en América. El rivadaviano y sacerdote Julián Segundo de Agüero se burlaba en la Legislatura del proyecto del Libertador diciendo: «Concluir la guerra a punta de espada es el dictamen del general San Martín», y terminaba su exposición diciendo, sin ponerse ni un poquito colorado, que «la España estaba resuelta al reconocimiento de la independencia de todos los Estados americanos y solo trataba de hacerlo con dignidad». Los diputados de Rivadavia mentían a sabiendas: España tardó cuarenta años más en reconocer la independencia de nuestro país. [647] Se ve que le costó encontrar algo de la dignidad que tanto preocupaba a Agüero, después de trescientos años de genocidio, robo y expoliación.

Un dato revelador que ayuda a explicar el empeño demostrado por los rivadavianos para hacer fracasar el plan de San Martín es el informe que John Murray Forbes, [648] secretario de la legación de los Estados Unidos, le enviaba al secretario de Estado de su país, John Quincy Adams, en el cual le alertaba sobre una supuesta liga que Córdoba, Santa Fe, Mendoza y San Luis habían formado para organizar un poderoso ejército y armar «una nueva confederación bajo la protección de la fuerza militar e investir a San Martín con la Suprema Directoría». Forbes se refiere a San Martín como «un león que ha estado durmiendo más de seis meses en Mendoza, bajo el pretexto de una indisposición corporal». Pero Forbes finalizaba el envío tranquilizando a su jefe con estas palabras:

> Las actuales circunstancias reclaman todo los talentos, la actividad y la firmeza del Primer Ministro [Rivadavia] para disolver, si fuera posible, la conspiración y para ofrecer una resistencia a esos esfuerzos, caso de que aquella fracase. [649]

Un tanto angustiado, el joven enviado de San Martín, futuro presidente del Perú,

pudo ver nuevamente a Rivadavia el 6 de agosto. El ministro le adelantó que la resolución de la Junta de Representantes sería desfavorable. Así ocurrió y en la sesión del 14 se preguntaron:

> ¿Ha de arrojar a esa aventura el gobierno de Buenos Aires los fondos de su provincia y los soldados de su corta guarnición en momentos en que su tierra ha sido invadida por los bárbaros? [650]

El propio Gutiérrez de la Fuente tuvo «el placer» de ver y oír a Rivadavia, en la Legislatura, según él mismo cuenta, «con la boca llena de espuma» en contra del proyecto de San Martín. Lo mismo hicieron los curas rivadavianos Julián Segundo de Agüero y José Valentín Gómez.

La única voz patriota de aliento que encontró el proyecto de San Martín en aquella hostil legislatura portuaria fue la del diputado Esteban Agustín Gascón, quien hizo un recorrido histórico que demostraba que España era la que siempre había elegido el camino de la guerra y del exterminio y no el de la negociación, como decían los muchachos bernardistas. Señaló:

> Que el problema era grande, pero de fácil solución y preferible el arbitrio del general San Martín por lo que había visto, se estaba viendo y se verá. *Si vis pacem, para bellum*. [651] Que lejos de presentar probabilidades sobre el buen éxito de las negociaciones, se veían las puertas cerradas, y las probabilidades en contra. Que ayer el general San Martín con la ventaja y la moral de los pueblos en su favor, propuso la paz a Pezuela y este no la admitió: que en el Desaguadero el representante por esta ciudad, don Juan José Castelli, el general don Antonio Balcarce la propusieron, cuando el Perú todo representaba el más lisonjero aspecto, se frustraron las negociaciones, y no encontraron más que orgullo. Que el general Belgrano hizo los mayores esfuerzos al propio fin en Ayohuma, y aun desde Tucumán y no halló sino desprecios. Que con estos antecedentes, no podía esperarse que el general La Serna, cuyo carácter era peor que el de todos los generales españoles, entrase en cesaciones de guerra. [652]

Del otro lado de la historia, uno de los operadores políticos de Rivadavia, Ignacio Núñez, le explicaba nada menos que a Mr. Woodbine Parish[653] los argumentos del gobierno porteño en contra del proyecto de San Martín y a favor de la negociación con España:

> Primero: Que la España hacía tiempo que había renunciado a la guerra con sus propias armas y recursos porque también se hallaba en la imposibilidad de proveerlos.
>
> Segundo: Que los restos de los cuerpos armados que aún se conservan en América bajo el pabellón de España eran en su principal parte compuestos por naturales, y sostenidos con los elementos del país, sin dependencia alguna de la metrópoli.
>
> Tercero: Que aun estos cuerpos no reunían un número necesario que hiciera para destruirlo la concurrencia con todos los Estados.
>
> Cuarto: Que libre Chile, e introducida la revolución en el Perú, debería esperarse que estos Estados, y principalmente el segundo, que recién entraba en la contienda, completasen la obra sostenida tan largo tiempo por solo las Provincias del Río de la Plata.
>
> Quinto: Que si era necesario un ejército, su carácter debía ser el conservador, empleándose en guardar tan solo el territorio contra las incursiones de los bárbaros fronterizos que también nos han afligido mucho. [654]

Alcanzaría con decir que España tenía todavía en el territorio americano 20.000

soldados en armas a las órdenes de oficiales con frondosos y en general siniestros antecedentes en Europa y América, para desbaratar los egoístas argumentos rivadavianos.

Como podía leerse en la nota de *El Argos*, Rivadavia tenía otro proyecto para anular el de San Martín: comprar la paz a España con veinte millones de pesos. Por ello no permitió que se entregara un centavo para financiar la etapa final de la guerra de independencia de América.

Lo más vergonzoso aún estaba por ocurrir. El gobierno porteño finalmente propuso una solución típicamente rivadaviana al pedido del Libertador: se ofreció como «mediador» entre los realistas del Perú y las fuerzas patriotas… Quedaba claro que Buenos Aires ya se consideraba un tercero en discordia en la lucha por la independencia americana.

Al enterarse de la negativa de Buenos Aires, escribió el general Bustos desde Córdoba:

> El gobierno [de Buenos Aires] se desentiende […] para negociar con el enemigo y el periodista [de *El Argos*] ensangrienta su pluma contra mi honor e indirectamente contra el general San Martín. [655]

Por su parte, Urdininea le escribía al Libertador:

> ¡Ah, mi general! Todo el mundo se ha conjurado contra la expedición y los mismos godos contra quienes se dirige no era posible trabajasen con más empeño en su destrucción y descrédito que lo que trabajaban muchos de los que se dicen patriotas, entre ellos el gobernador Bustos, debiendo ser el más empeñado. Lea, general, los periódicos de Buenos Aires a este respecto y no podrá menos que escandalizarse. Yo no sé de dónde nace esta oposición descarada al esfuerzo patriótico de la expedición contra el enemigo común. Parece que ya es un mérito el propender a la conservación de los realistas que dominan en el Perú y un demérito o ridiculez trabajar por su ruina. Si el general San Martín hubiese alguna vez abandonado los intereses de la causa común, se hubiese levantado hasta el cielo el grito de traición, perfidia, venta al enemigo. En el día, no solo se mira con la más fría indiferencia el sagrado empeño de la defensa del país, sino que se burla, se escarnece y se pone en ridículo al que conserva todavía algún resto de patriotismo para interesarse y trabajar en la destrucción del enemigo. [656]

Dos deudas diferentes

A poco de negarle todo tipo de ayuda al enviado de San Martín, el 19 de agosto de 1822, por iniciativa de Rivadavia, la Junta de Representantes de Buenos Aires facultó al gobierno de la provincia a negociar, «dentro o fuera del país», un empréstito de «tres a cuatro millones de pesos», para nada menos que: a) construir un puerto en Buenos Aires; b) fundar tres ciudades sobre la costa que sirvieran de puertos al exterior; c) levantar algunos pueblos sobre la nueva frontera de indios, y d) proveer de aguas corrientes a la capital provincial.

Otra ley, del 28 de noviembre del mismo año, disponía que el empréstito «no

podrá circular sino en los mercados extranjeros», y que sería por cinco millones de pesos (un millón de libras) y que la base mínima de su colocación sería al tipo de 70%, o sea que por cada lámina de 100 al gobierno de Buenos Aires le quedarían efectivamente 70 libras. Cuando los diputados Esteban Gascón, Juan José Paso y Alejo Castex cuestionaron el empréstito, el agente inglés y a la sazón ministro de Hacienda, Manuel J. García, les contestó que la economía de la provincia era tan brillante que los presupuestos de los próximos cinco años darían un amplio superávit de 600.000 pesos anuales. El diputado Castex hizo el comentario que hubiésemos hecho todos: con semejante superávit no entendía por qué se hacía necesario tomar deuda externa. Los interesados directos en el crédito encontraron un argumento dudoso pero que sonaba bien: convenía traer oro de Londres para darles respaldo a los billetes locales y así oxigenar la economía provincial. La ley quedó aprobada y se fijó como garantía la hipoteca sobre la tierra pública de la provincia.

Así, Rivadavia impulsaba el nacimiento de nuestra deuda externa a través de la toma de un empréstito que se contrataría finalmente en Londres. Nada de lo prometido se hizo, ni el puerto, ni los pueblos, ni la provisión de aguas corrientes, salvo endeudarnos y brindar un importantísimo capital para los especuladores nativos e ingleses residentes en Buenos Aires. La deuda contraída a instancias de Rivadavia terminaría de pagarse, multiplicada casi por diez, en 1904.

Mientras los rivadavianos negaban todo apoyo a la finalización de la guerra de Independencia y proyectaban endeudarnos e hipotecarnos con Inglaterra, nuestros patriotas encabezados por San Martín decidieron solicitar un préstamo de 50.000 pesos a dos comerciantes extranjeros, Godofredo Poygnard y Ricardo Orr, con el objeto de enviar una fuerza de 500 hombres al Alto Perú para librar la última batalla por la Independencia americana. En el contrato intervinieron también el gobernador de Córdoba, Bustos, y el ministro del Perú en Chile, José Cavero y Salazar. El general Alvarado figura como garante, junto con el propio San Martín, quien firmó el siguiente documento:

> Debiendo encaminarse a la mayor brevedad en auxilio de las fuerzas del Perú, una división compuesta al menos de 500 veteranos al mando del Sr. coronel D. José María Pérez de Urdininea, y facultado el referido Sr. para solicitar y negociar el préstamo de 50.000 pesos aplicables a las precisas impensas de la expedición; el Sr. D. Rudecindo Alvarado, general en Jefe de los Ejércitos del Perú, prestará desde luego garantía a fin de responder de la satisfacción de este crédito, a cuyo efecto se hacen con esta fecha a dicho Sr. los más serios encargos, y se le comunican las correspondientes órdenes para que la cantidad sea inviolablemente satisfecha a los plazos que se estipulen y para que se observen religiosamente los contratos que por el indicado Sr. Urdininea se formalicen. Santiago de Chile, 14 de noviembre de 1822. [657]

El periódico rivadaviano *El Centinela*, rotundo enemigo de San Martín, señalaba:

> Ninguna expresión del documento muestra que el general ha traído facultades especiales para intervenir y garantir el contrato de que se trata; pero aun teniéndolas, él las habría recibido, al menos así correspondía, no en la calidad de Protector, sino en la de un particular; y tampoco para dar órdenes, porque lo contrario sería una monstruosidad original, porque no habría con que compararla. Algo más, en el contrato se implican en los compromisos a las Provincias del Alto Perú que están ocupadas por el enemigo, pero que

> corresponden a la unión con las del Río de la Plata, a no ser que aún se insista en incorporarlas al congreso de Lima como lo proyectó y determinó el Ministerio depuesto en aquel Estado. ¿Y la facultad por parte de estas Provincias quién la ha dado a los contratantes, a los que dan la garantía, y a los que ordenan su cumplimiento? Ahorrando palabras, nosotros debemos concluir con que o hay para burlarse de los hombres y de los Pueblos, lo que no es posible tolerarse por más que se interpongan consideraciones y respetos elevados. Al menos nosotros no hemos de arrastrar un yugo tan degradante; esto es, el que se burlen de nosotros: en nuestros oídos ya no suenan las *campanillas de la tontería*. [658]

El fracaso de la misión encomendada por San Martín a Gutiérrez de la Fuente cambió el curso de la historia. La egoísta y soberbia negativa de Buenos Aires a acompañar el último plan de batalla del Libertador lo obligó a recurrir a la ayuda de Bolívar y lo llevaría finalmente a abandonar el Perú y la gloria de culminar personalmente el sueño de poner fin a trescientos años de dominación española en América.

Bouchard y Cochrane: una pelea de fondo

Como para complicar aún más la situación, lord Cochrane terminó por mostrar sus garras: incautó parte de los tesoros públicos depositados por San Martín a bordo de una goleta anclada en el puerto de Ancón. Su argumento era el retraso en los pagos de sus hombres, pero en ello también incidían las disputas políticas en Perú y en Chile, donde O'Higgins hallaba una creciente oposición, que llevaría al fin de su gobierno en enero de 1823. Ante el reclamo del Protector del Perú, Cochrane sublevó a la flota con la excusa de la falta de pago y se colocó frente a El Callao en actitud amenazante.

La situación se volvió muy complicada. San Martín decidió crear una escuadra para el Perú, separando obviamente del mando al lord escocés. Pidió el asesoramiento de Manuel Blanco Encalada, Martín Guise e Hipólito Bouchard.

Ante la amenaza patriota, Cochrane se lanzó descaradamente a la piratería en los puertos del norte del Perú, donde capturó naves españolas, y se quedó con el botín. La hostilidad de los puertos fieles a San Martín y a Bolívar y la escasa navegación española en la zona fueron arruinando el negocio del filibustero, que decidió regresar a El Callao. Grande e ingrata fue su sorpresa cuando comprobó que tres naves de la nueva flota lo estaban esperando, no precisamente para darle la bienvenida. Entre ellas estaba *La Prueba*, una fragata de tres puentes y artillada con cincuenta cañones, recientemente tomada a los españoles. A su mando estaba Hipólito Bouchard.

Cuando San Martín tuvo informaciones precisas del ingreso de Cochrane, recordó rápidamente el incidente de Valparaíso y mandó llamar a Bouchard. Le explicó la situación y no tuvo que insistir demasiado para que al francés se le hiciera agua la boca pensando que la ocasión de cobrárselas al escocés había llegado.

El lord, a bordo de la fragata *O'Higgins*, seguía amenazante en la entrada del puerto. Bouchard hizo tomar posiciones a sus hombres y *La Prueba* puso proa

apuntando al centro de la *O'Higgins*. Cuando Cochrane se enteró de quién se le venía encima, entró en pánico y ordenó enfilar a toda vela hacia alta mar. El lord Filibustero logró huir hacia Chile.

El problema de Guayaquil

Cuando San Martín desembarcó en Pisco, había estallado la revuelta patriota en Guayaquil y rápidamente una junta gubernativa había ofrecido a San Martín ponerse bajo su amparo, para lo cual el Libertador envió a los delegados Guido y Luzuriaga. Pero esa comisión, pese a las grandes demostraciones de apoyo, se retiró por los ruidos que generaban las transacciones paralelas que realizaba Bolívar para integrar Guayaquil a la Gran Colombia.

Desde antes del inicio de las expediciones hacia el norte, San Martín pensaba en comunicarse con Bolívar para congregar fuerzas en torno a la liberación del norte sudamericano. Ya en octubre de 1820 y enero de 1821 intercambiaron cartas demostrando estas intenciones. Sucre por entonces tenía la misión de ir en campaña a Quito y, tras algunas victorias como la de Yahuachi, tuvo que ponerse en contacto con San Martín, porque no le alcanzaban sus fuerzas ni las de Guayaquil para contener el avance realista hacia la ciudad ecuatoriana. La Junta guayaquileña se dirigía con desesperación a San Martín para que avanzara sobre Loja y Cuenca, y el mismo Bolívar le escribía desde Bogotá para solicitar el envío del batallón Numancia o cualquier otro con toda urgencia. Cuando nuevamente la Junta de Guayaquil reclamó la ayuda de San Martín, poniendo incluso bajo protección del Perú a la provincia bajo su mando, decía este:

> Por lo demás, si el pueblo de Guayaquil espontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito o prefiere su incorporación al Perú, o si en fin resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política que ella misma se coloque. [659]

Aquí aparece una primera y clara disidencia con Bolívar, quien le escribe a San Martín:

> Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia deba ser consultado para constituir la soberanía nacional porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales, reunidas libre y legalmente. La constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación la más perfecta y todos los pueblos de Colombia, inclusive la cuna de la libertad que es Caracas, se han creído suficientemente honradas con ejercer ampliamente el sagrado derecho de la liberación.
>
> V. E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria, no mezclándose en Guayaquil como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del Continente. La conducta del gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V. E., pero al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza con inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta que es el azote del pueblo de Guayaquil y no el órgano de su voluntad. Quizá usted V. E. no habrá tenido noticia

> bastante imparcial del estado del conflicto en que gime aquella provincia, porque una docena de ambiciosos pretende mandarla. […] Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad para incorporarse a la República; pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sabias leyes. Mas dejando aparte toda discusión política con el tono noble y generoso que corresponde al jefe de un gran pueblo, me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros Estados sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente […]. La entrevista que V. E. se ha servido ofrecerme yo la deseo con inmortal impaciencia y la espero con tanta seguridad, como ofrecida por V. E. [660]

En febrero de 1822, a pedido de Bolívar y en apoyo de Sucre, San Martín envió al actual Ecuador una división de 1.300 hombres —peruanos, chiles y argentinos, entre los que estaban Olazábal y Lavalle—, al mando del coronel Andrés de Santa Cruz. Pero las desavenencias seguían en pie. Santa Cruz le hizo saber a Arenales que las comunicaciones de Bolívar a Sucre le instruían mantener la integridad de Colombia «a toda costa».

El 25 de febrero de 1822, mientras San Martín cumplía cuarenta y cuatro años, Sucre enviaba oficios al ministro de Guerra de Perú y Bolívar intimaba a Guayaquil, llegando casi a un momento de ruptura. Pero pese a las diferencias que afloraban en las filas patriotas, la lucha contra los realistas continuaba. El 21 de abril de 1822, el ejército conjunto bolivariano y sanmartiniano, comandado por Sucre y Santa Cruz, triunfó contra las fuerzas enemigas en la villa de Río Bamba, al sur de Quito, batalla en la que Lavalle se destacó y ganó el mote de «El león de Río Bamba». Y el 24 de mayo, los patriotas completaron la victoria en la batalla de Pichincha, tras la cual Santa Cruz fue ascendido a general. El 16 de junio, Bolívar ingresó triunfalmente a una Quito liberada. Los colombianos izaron entonces su bandera en esa ciudad —que consideraban parte de la Gran Colombia— contra la expresa protesta de la municipalidad quiteña.

Bolívar escribió por entonces a San Martín:

> al llegar a esta capital, después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú y Colombia, en los campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande satisfacción dirigir a V. E. los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y el gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia y esta interesantísima capital tan digna de la protección de toda la América, porque fue una de las primeras en dar el ejemplo heroico de libertad. Pero no es nuestro tributo de gratitud un simple homenaje hecho al gobierno y ejército del Perú, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aún más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si para cuando llegue a manos de V. E. este despacho ya las armas libertadoras del Sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación. Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V. E. que la Guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas. [661]

Un mes después, el 11 de julio, Bolívar ingresaba a Guayaquil, donde no dejó de escucharse el grito de «¡Viva Guayaquil independiente!». También la bandera de Guayaquil se cambió por la de Colombia y pronto se conocía la proclama de Bolívar

asegurando que el «ejército libertador no ha dejado a su espalda un pueblo que no se halle bajo la custodia de la constitución y de las armas de la República», [662] explicando que la posición sostenida por Guayaquil hasta entonces ponía todo en situación de anarquía. Decía entonces:

> Guayaquileños: vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del nuevo mundo; mas yo quiero consultaros para que no se diga que no hay un colombiano que no ame sus sabias leyes. [663]

Pero la consulta a los guayaquileños se restringía simplemente a la formación de una representación.

Tras los triunfos de Bolívar, solo quedaban algunas zonas del Perú en manos de los españoles. Así lo advertía San Martín en carta a Bolívar:

> El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo, contra los que han sido vencidos en todo el continente. Yo acepto la oferta generosa que V. E. se sirve hacerme […]. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna: espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de este han contribuido a plantar el pabellón de la república en el sur de su vasto territorio. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Antes del 18, saldré del puerto del Callao y desembarcaré en Guayaquil, marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento: nos veremos y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos. [664]

El sabor del encuentro

Así las cosas, los pasos siguientes de San Martín en el Perú tienen mucho de trágico, pero nada de misterioso, como durante mucho tiempo se pretendió pintar los hechos que llevaron a la entrevista con Simón Bolívar en la ciudad ecuatoriana de Guayaquil. Envolver en el «misterio» lo ocurrido allí fue un objetivo trazado por la historia liberal tradicional para evadir las responsabilidades de sus compañeros de ideas como Rivadavia, que se negaron a brindar a San Martín el apoyo político y económico para terminar su empresa libertadora en el Perú.

Los realistas del Perú se estaban reorganizando e incluso en Lima la situación política era difícil, ante una campaña que, a partir de las ideas monárquicas del Protector, lo difamaba atribuyéndole ambiciones de coronarse.

En medio de esas dificultades, sin contar con ayuda del Río de la Plata ni de Chile, el único camino abierto que le quedaba a San Martín para completar la independencia peruana era unir fuerzas con el otro libertador, Simón Bolívar.

El Protector del Perú tenía expectativas de un encuentro con el Libertador de Venezuela y creador de la Gran Colombia, aunque sabía que el debate no sería sencillo.

Antes de partir para la entrevista, San Martín declaró:

> voy a encontrar en Guayaquil al libertador de Colombia; los intereses generales de ambos Estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria. El orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa. [665]

Mitre hace una curiosa «observación astronómica» al aludir al encuentro entre «los dos astros»:

> El encuentro de los grandes hombres que ejercerán influencia decisiva en los destinos humanos es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Solo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísimas veces. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. […]
>
> Todos estos rayos convergentes de la historia que se encuentran en el punto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son los que dan sus prestigios a la conferencia de San Martín y Bolívar en Guayaquil. El escenario es el arco iluminado del Ecuador del nuevo mundo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras vacías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. [666])

San Martín delegó nuevamente el mando peruano en Torre Tagle el 14 de julio y partió hacia Guayaquil, donde desembarcó a las dos de la tarde del 26 de julio de 1822. Fue recibido con los honores correspondientes a su rango político-militar. Bolívar lo esperaba en las escaleras de la casa que le habían asignado. Lo madrugó diciéndole: «Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado San Martín», contestando este: «Los míos están cumplidos al encontrar al Libertador del Norte». Ambos subieron las escaleras del brazo, en medio de aplausos y vítores de los presentes.

San Martín no pudo escapar de los homenajes que esta vez incluyeron su «coronación» con laureles y oro por parte de una bella señorita de diecisiete años, llamada Carmen Garaycoa. Después de las formalidades y de un breve descanso del Protector del Perú, los dos generales pasaron a una sala, quedaron a solas y cerraron las puertas. Comenzaba a definirse el futuro de Sudamérica.

Al día siguiente, la charla continuó desde la una de la tarde hasta las cinco. Los libertadores marcharon a sus respectivos cuartos para cambiarse para el banquete de gala que se ofrecía al visitante. A la hora de brindar, Bolívar lo hizo «Por los dos hombres más grandes de América del Sud: el general San Martín y yo». A su turno, San Martín brindó «Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las

diferentes repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia».

Al término de la cena, San Martín descansó hasta la hora del baile. A eso de la una de la mañana del 28, le comentó a Guido que estaba muy cansado y que quería emprender el regreso.

Sobre cómo fue la despedida entre los héroes hay versiones encontradas. Algunos dicen que se fue sin saludar, muy disgustado; entre ellos, Guido y Espejo, quienes coinciden en señalar que San Martín llegó a asegurar que Bolívar les había ganado de mano y que les llamó la atención sobre el poco entusiasmo en el pueblo guayaquileño por cualquier solución que no fuera su autonomía respecto de Colombia y las aclamaciones al Perú. Por su parte, San Martín cuenta en una carta a Miller, fechada en Bruselas el 19 de abril de 1827, que Bolívar lo acompañó muy amablemente hasta el muelle y le obsequió un cuadro con su imagen.

En las reuniones, además de la urgente y coyuntural cuestión territorial sobre Guayaquil, que pronto quedó superada a favor de la Gran Colombia, surgieron diferencias políticas y militares entre los dos libertadores. En más de una ocasión, San Martín había expresado su idea de que cada pueblo americano decidiera libremente su futuro, como vimos en su carta a los peruanos antes de emprender la campaña, cuando hablaba de dar una «constitución para cada una» de las nuevas naciones. Bolívar, en cambio, consideraba necesario controlar personalmente la evolución política de las nuevas repúblicas, a las que consideraba en peligro de caer en la anarquía y la desintegración. En el aspecto militar, la polémica estaba en quién tendría el mando superior en el caso de unir en un solo ejército libertador las fuerzas patriotas. San Martín se avino a resolver esta cuestión, proponiendo que fuese Bolívar el comandante en jefe; pero este respondió que nunca podría tener a un general de la calidad y la capacidad de San Martín como subordinado.

Abandonado a su suerte por las autoridades porteñas, sin poder recurrir a O'Higgins y sin los medios para encarar solo el resto de la campaña, San Martín debió ceder ante los planteos de Bolívar. Y tomó la drástica decisión de dejar todos sus cargos, recomendar a los peruanos que solicitasen la ayuda de Bolívar y se pusiesen bajo su mando, y regresar a Mendoza.

Pérez Amuchástegui realizó una muy certera síntesis de lo tratado en la célebre entrevista:

1. San Martín pidió a Bolívar apoyo militar.
2. Bolívar no remitió a San Martín los refuerzos que él esperaba.
3. San Martín se ofreció a servir a las órdenes de Bolívar, si ello era considerado conveniente para la consecución de los fines propuestos.
4. Era inconveniente desde todo punto de vista la presencia simultánea de San Martín y Bolívar en Perú.
5. Las conversaciones duraron 36 horas y en ellas se trazaron planes tendientes a asegurar la libertad y la independencia de Sudamérica.
6. El Perú debía tributar agradecimiento eterno a Bolívar por los auxilios diversos comprometidos.
7. San Martín aplaudió regocijado los proyectos formales de federación continental «bien entendida».
8. San Martín declaró a Bolívar que había decidido definitiva e irrevocablemente dimitir el mando supremo del Perú.

9. Para Bolívar, la renuncia de San Martín representaba «un sublime ejemplo de desprendimiento».
10. Se trataron problemas referidos directamente al fin de la guerra y otras circunstancias concomitantes.
11. San Martín y Bolívar convinieron en la necesidad de asegurar la independencia sudamericana respetando el voto de los pueblos, únicos poseedores de la soberanía que ellos representaban.
12. Se hizo alusión al problema de la dependencia de Guayaquil, pero toda discusión era inútil por cuanto Bolívar había ya copado la situación a favor de Colombia, valido de su astucia para captar el indudable apoyo de la masa popular que respondía a Quito. [667]

Habría que agregar un punto muy importante en el que ambos libertadores no se pusieron de acuerdo, que tiene que ver con la posibilidad planteada por San Martín de establecer el sistema monárquico parlamentario en los países liberados.

Años más tarde, San Martín le escribiría al general Miller:

> En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución —prescindiendo de los intereses generales de América— lo exigía por lo que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba con nueve mil seiscientas bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles solo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de mil setenta plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia: así es que mi resolución fue tomada en el acto, creyendo de mí deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del vicealmirante Blanco dije al Libertador que habiendo dejado convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú; añadiendo: Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de la América. Yo autorizo y ruego a usted, escriba al general Blanco a fin de rectificar este hecho. A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad. Mi estadía en Guayaquil no fue más que de cuarenta horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba.

De regreso en Lima, en una carta a O'Higgins fechada el 25 de agosto de 1822, transmitía sus próximas intenciones:

> Va a llegar la época por que tanto he suspirado. El 15 o 16 del entrante [mes de septiembre] voy a instalar el Congreso [peruano]. El siguiente día me embarcaré para gozar de la tranquilidad que tanto necesito. Es regular pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla. Si me dejan vivir en el campo con quietud, permaneceré; si no, me marcharé a la Banda Oriental. […] Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo. Créame, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria, creo que tengo derecho de disponer de mi vejez.

Un documento esencial, no muy citado, es la carta que el propio San Martín le enviara a Bolívar el 29 de agosto de 1822:

> Querido General:
>
> Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadez no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta

dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto [sobre] usted como sobre la república que preside.

No se haga V. ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses, El ejército patriótico diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de estos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debía esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento.

El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor que usted le dispense toda consideración.

Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sud-América.

He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los integrantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor. José de San Martín. [668]

Es importante, desde luego, saber qué tenía para decir Bolívar al respecto, en esta carta que le escribe a Francisco de Paula Santander, vicepresidente a cargo del poder ejecutivo de la Gran Colombia:

Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos.

El protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir a favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar de mancomún con nosotros los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro forma. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado del mando y de sufrir a su enemigo.

No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva están preparadas para el caso. Solo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones; y por su parte, no hay género de amistad ni oferta que no me haya hecho.

Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Últimamente usted conocerá su carácter por la Memoria que mando con el capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases.

Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes: primera, la libertad del sur, segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito, y las otras provincias; tercero, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, por aquella parte.

Todos quedan agradecidos porque a todos he servido, y todos nos respetan porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia. Ya no me falta más. Mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo para que nadie me lo pueda robar: quiero decir que ya no me falta más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna. El coronel Lara va mandando estos cuerpos y después seguirá el general Valdés, es cuanto en esta ocasión tengo que participar a usted y quedo siempre de usted de corazón. [669]

Un hallazgo reciente

El historiador colombiano Armando Martínez descubrió en el Archivo Nacional de Ecuador, dentro de una caja, una carta de José Gabriel Pérez, secretario de Simón Bolívar, en la que da detalles de la entrevista. El documento, que quedó oculto por casi dos siglos, decía lo siguiente:

Cuartel General en Guayaquil a 29 de julio de 1822- Año 12.

Al señor Intendente del Departamento de Quito [Antonio José de Sucre]

Señor General.

Tengo el honor de participar a V. S. que en el 26 a las 9 de la mañana entró en esta ciudad S. E. el Protector de Perú.

El Protector luego que vio a S. E. el Libertador a bordo del buque que lo conducía le manifestó del modo más cordial los sentimientos que le animaban a conocer al Libertador, abrazarle y protestarle una amistad íntima, sincera y constante. Felicitó a S. E. el Libertador por la constancia admirable en la causa que defiende en medio de las adversidades que ha experimentado y por el triunfo que ha coronado su heroica empresa, en fin el Protector manifestó a S. E. de todos modos su amistad colmándole de elogios y de exageraciones lisonjeras.

S. E. el Libertador contestó del modo urbano y noble que exigen en tales casos la justicia y la gratitud.

El Protector se abrió a las conferencias más francas que se redujeron principalmente a las siguientes:

A las circunstancias en que se ha encontrado últimamente esta Provincia en razón de las opiniones políticas que han agitado. Espontáneamente dijo el Protector a S. E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil, en lo que no tenía la menor parte, y que la culpa era de ellos, refiriéndose a los contrarios. S. E. le repuso que se habían llenado sus deseos de consultar este Pueblo; que el 28 se reunían los electores y que contaban con la voluntad del Pueblo y la pluralidad de los votos en la Asamblea. Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares y de la expedición que va a marchar.

El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirase a Mendoza; que había dejado un pliego anexo para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado y que también renunciaría a la reelección que contaba se haría en él; que luego que ganara la primera victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del

gobierno; que esto no debía ser democrático porque en el Perú no conviene, y ultimadamente dijo que debería venir de Europa un príncipe solo y aislado a mandar el Perú. S. E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa, y que por su parte S. E. se opondría a ello si pudiese, más sin oponerse a la forma de gobierno que cada uno quiera darse. S. E. repuso todo lo que él piensa sobre la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después.

Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una Monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros ninguno está más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la base esencial de nuestra existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la Federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados.

El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces y emprendedores no son muy temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por intermedios en una expedición marítima y por Lima, cubriendo la capital con su marcha de frente.

El Protector desde las primeras conversaciones dijo espontáneamente a S. E. que la materia de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría satisfactoriamente y no habría dificultad alguna; que él encargaba de promover en el Congreso, donde no le faltarían amigos, este negocio.

El Protector ha manifestado a S. E. que pida todo lo que guste al Perú, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo y que él espera otro tanto de Colombia. La oferta de sus servicios y de su amistad es ilimitada, manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras. La venida del Protector a Colombia no ha tenido un carácter oficial, es puramente una visita la que ha hecho a S. E. el Libertador, pues no ha tenido ningún objeto ni político ni militar, no habiendo hablado siquiera de los auxilios que ahora van de Colombia al Perú.

Ayer al amanecer marchó el Protector, manifestándose a los últimos momentos tan cordial, sincero y afectuoso por su Excelencia como desde el momento en que lo vio.

El Batallón Vencedor de Boyacá y el Batallón Pichincha se han embarcado ayer para seguir al Perú. Antes se había embarcado Yaguachi para el mismo destino. Estos tres cuerpos ascenderán a mil ochocientos hombres que con cerca de ochocientos que tiene la antigua Numancia, llamado hoy Voltígeros de la Guardia, formarán la División de Colombia auxiliar del Perú.

S. E. ha dispuesto que el Regimiento de Dragones del Sur, del mando del coronel Astari, venga a esta ciudad, cuya orden se la ha comunicado ya.

Dios guarde a V. S. muchos años.

José Gabriel Pérez

Adenda [670]

Al año siguiente, al enterarse de la entrada de Bolívar en Lima, le escribía San Martín:

Amigo querido: deseo concluya Ud. felizmente la campaña del Perú, y que esos pueblos conozcan el beneficio que Ud. les hace. Adiós mi amigo: que el acierto y la felicidad no se separen jamás de Ud. estos son los votos de su invariable José de San Martín. [671]

Por su parte, Bolívar dirá años más tarde en una carta a Sucre:

Hay que tener en cuenta que el genio de San Martín nos hace falta y solo ahora comprendo el porqué cedió el paso, para no entorpecer la Libertad que con tanto sacrificio había conseguido para tres pueblos en los que si bien existía el patriotismo, hombres y dinero, en cambio, no había dirección. Esta lección de táctica y de prudencia que nos ha legado este Gran General, no la deje de tomar en cuenta usted para conseguir la victoria que es lo único que deseo. [672]

Un triste alejamiento

Tal como le anunciaba a O'Higgins, no bien se reunió el Congreso peruano, San Martín renunció a su cargo de Protector y al mando del ejército, el 20 de septiembre de 1822, en estos términos:

> Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y guerra. Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más. En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones. Los hijos de estos darán el verdadero fallo. Peruanos, os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella una entera confianza, contad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar. Que el acierto presida a vuestros destinos y que estos os colmen de felicidad y paz. [673]

Tras su renuncia, viajó a Chile. Llegó a Valparaíso en una fecha que parece fatídica: el 12 de octubre. En Santiago fue muy mal recibido, excepto por su amigo O'Higgins, que lo alojó en su casa por unos días. De ahí, se dirigió a Cauquenes, en un intento por recuperar su salud, muy deteriorada.

Mr. Prevost, agente diplomático de los Estados Unidos residente en Santiago, comunicaba a Quincy Adams:

> En cuanto llegó aquí San Martín tuvo una recaída y estuvo en las puertas de la muerte. Se encuentra mejor, pero la cantidad de sangre que ha perdido ha quebrantado de tal manera su organismo que está lejos de recuperar una salud que permanece precaria. [674]

Tuvo por esos meses vómitos de sangre que hicieron pensar en que su final estaba cerca, pero hacia fines de año logró reponerse y decidió volver a Mendoza, a su chacra de Barriales. En enero de 1823 emprendió su octavo y último cruce de la cordillera, en el que debe haber sido uno de los momentos más tristes de su vida.

A los dos días de dejar Santiago, su amigo O'Higgins decidió renunciar, para evitar lo que amenazaba convertirse en una guerra civil. San Martín le escribe en estos términos:

> Compañero y amigo amado:
>
> Millones de millones de enhorabuenas por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos de usted se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de la paz y tranquilidad y sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos. Goce Usted la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria. [675]

Un patriota en el exilio

¿Creerá usted si le aseguro que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? ¿Sabe usted cuál es? El de no estar en Mendoza.

José de San Martín, carta a su amigo Tomás Guido desde el exilio en Bruselas

Al regresar a Mendoza, San Martín se instaló en su chacra de Barriales (hoy San Martín), donde pasará varios meses recibiendo malas noticias y a la espera de la evolución de los sucesos de Perú, que podían requerir un urgente regreso a Lima.

La primera noticia desagradable fue saber que su amigo O'Higgins, tras renunciar, había decidido dejar Chile, ante los constantes ataques que recibía y las pocas o nulas reacciones a su favor de una sociedad que le debía mucho. La ingratitud llegó al punto de que por un tiempo el nuevo gobierno le negara el pasaporte para embarcarse rumbo al Perú. Desde Valparaíso, su «compañero y amigo amado» le escribía a San Martín en marzo de 1823:

> Recibo los parabienes por mi separación del Gobierno como la mejor prueba de la amistad y más grande don de la Providencia. Sí, mi amigo, tantos años de lucha demandaban descanso y tiempo para atender a la propia conservación, amenazada del modo más alarmante. No puedo contar con otros fondos que Montalván y Cuiba, [676] con que la generosidad del Gobierno del Perú y de mi mejor amigo me han recompensado mis servicios; pero aun este único recurso vacila, y los arrestos y desaires que he sufrido, después de haber dejado la dirección de Chile, me prueban lo que en adelante deberé esperar de mi Patria. Bien que trece años de sacrificios y amarguras inauditas no los cambio por interés alguno, y solo quedan dedicados al honor y bien general de la América. [677]

O'Higgins recién pudo embarcarse a mediados de julio de 1823, y desde entonces viviría en el Perú. [678] San Martín podía identificarse con las desdichas de su amigo, en su caso agravadas por las malas noticias que llegaban desde Buenos Aires. Su esposa Remedios estaba ya muy enferma, y cada carta recibida le ratificaba que se acercaba el final.

Así se lo hacía saber a Nicolás Rodríguez Peña en una carta fechada en junio:

> Remedios, a la salida del correo de Buenos Aires, estaba moribunda. Esto me tiene de muy mal humor; uno puede conformarse con la pérdida de una mujer, pero no con la de una amiga. [679]

Con esas preocupaciones, le escribía al ministro de Estado del Perú, Francisco Valdivieso, pidiéndole licencia de tres años para trasladarse a Europa a perfeccionarse en los conocimientos militares:

> Estoy con el sentimiento de que mi mujer quedaba a la salida del correo en la agonía. Si ella fallece me es tanto más urgente el despacho de mi solicitud cuando pienso llevar a mi hija a que se eduque en un colegio en Inglaterra. [680]

Le pedía además que la pensión de 9.000 pesos que le había otorgado el Congreso peruano «se le satisfaga de los fondos que la República tenga en Inglaterra».

La respuesta llegó con bastante demora, el 16 de diciembre de 1823. En ella, el ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del Perú, Hipólito Unanue, le concedía licencia «por el tiempo que guste» y le informaba que los sueldos adeudados sumaban 12.319 pesos.

San Martín y Rivadavia, un cruce peligroso

En Mendoza, el Libertador esperaba ansioso cada mañana el correo con noticias del Perú, de una carta que lo convocase a terminar lo que él llamaba «la gran obra», es decir, la Independencia definitiva de América. También temía la llegada de una esquela que le anunciara la partida definitiva de su mujer. Pero el rencor de los rivadavianos, nuevamente en el poder en Buenos Aires, estaba dispuesto a ensañarse con el general que se había negado a participar en la represión interna contra los federales.

Años más tarde le confesaría a su amigo O'Higgins:

> Confinado en mi hacienda de Mendoza, y sin más relaciones que con algunos de sus vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires; ella me cercó de espías; mi correspondencia era abierta con grosería. [681]

Todavía dos años antes de su muerte, el Libertador guardaba aquellos tristes recuerdos de la persecución de que fue objeto. Así lo demuestra en su carta al presidente del Perú, general don Ramón Castilla:

> De regreso de Lima, fui a habitar una chacra que poseo a las inmediaciones de Mendoza; ni este absoluto retiro, ni el haber cortado con estudio todas mis antiguas relaciones, y sobre todo, la garantía que ofrecía mi conducta desprendida de toda facción o partido en el transcurso de mi carrera pública, no pudieron ponerme a cubierto de las desconfianzas del Gobierno que en esta época existía en Buenos Aires: sus papeles ministeriales me hicieron una guerra sostenida, exponiendo que un soldado afortunado se proponía someter la república al régimen militar y sustituir este sistema al orden legal y libre.[682]

El representante diplomático chileno en Buenos Aires, Miguel José de Zañartú, le había advertido a O'Higgins:

> Todos abominan de San Martín y no ven en él más que un enemigo de la sociedad desde que se ha resistido a tomar parte en las guerras civiles y ha impedido la marcha de sus tropas. A él atribuyen la sublevación de los pueblos y si se aumentan las desgracias del país, creo que lo quemarán en estatua. [683]

Con el argumento de que no estaban dadas las condiciones de seguridad, Rivadavia negó el permiso a San Martín para viajar a Buenos Aires.

El verdadero temor del ministro y hombre fuerte de la política porteña era que el general tomase contacto con Estanislao López, gobernador de Santa Fe, y que su

presencia diese un vuelco favorable a los federales en Buenos Aires.

En octubre de 1823 llegó desde Buenos Aires el capitán retirado Manuel Guevara trayendo una carta de López para el general. El gobernador santafesino le advertía a San Martín que el gobierno porteño pensaba someterlo a juicio por su desobediencia a la orden directorial de 1819 de abandonar la campaña libertadora y sumarse a la guerra civil, al tiempo que le ofrecía su apoyo.

> Para evitar este escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes, que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que, a su solo aviso, estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en El Desmochado, para llevarlo a triunfo hasta la Plaza de la Victoria. Si V. E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo conducir con toda seguridad por Entre Ríos hasta Montevideo. [684]

Olazábal, que presenciaba la escena, cuenta que San Martín le dijo:

> No puedo creer tal proceder en el gran pueblo de Buenos Aires. Iré pero iré solo, como he cruzado el Pacífico, y estoy entre mis mendocinos. Pero si la fatalidad así lo quiere, yo daré por respuesta, mi sable, la libertad de un mundo, el estandarte de Pizarro y las banderas que flotan en la Catedral, conquistadas con aquellas armas que no quise teñir con sangre argentina. ¡No! Buenos Aires es la cuna de la Libertad. [685]

San Martín confirmará las advertencias de López en una carta a su amigo Guido:

> ¿Ignora Ud. por ventura que en el año 23, cuando yo por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración —¡y en qué época!— en la cual ningún gobierno de la Revolución ha tenido más regularidad y fijeza? ¿Y después de estos datos, no quiere Ud. que me ponga a cubierto, no por mi vida, que la sé despreciar, pero sí de un ultraje que echaría un borrón sobre mi vida pública? Convenga Ud., amigo, que la ambición es respectiva a la condición y posición en que se encuentran los hombres, y que hay alcalde de lugar que no se cree inferior a un Jorge IV. [686]

El Libertador declinó el ofrecimiento de López para evitar «más derramamientos de sangre», y pese a la amenaza de ser apresado «como un facineroso», partió de todos modos hacia Buenos Aires, de donde le llegaban noticias de que el estado de Remedios era ya terminal.

Reencuentros, desencuentros y despedidas

Finalmente, el general partió hacia Buenos Aires en una diligencia postal, el 20 de noviembre de 1823. El monótono camino activaba sus recuerdos de los días felices de Mendoza, del entusiasmo de aquel pueblo que lo dio todo por la causa de la liberación. Las noches robadas al escaso sueño y entregadas al amor con su Remedios. El nacimiento de su querida chiquita Mercedes, el Chiche. El día de la

partida del Ejército de los Andes, aquella jornada inolvidable. La luminosidad de Valparaíso el día que se hizo al mar la flota libertadora. El blanco amarillento del paisaje polvoriento, muy poco interrumpido por algún verde cada tanto, parecía un inmenso papel en el que podría verter sus recuerdos, esas memorias que se había prometido escribir algún día.

Cuando llegó a Buenos Aires a principios de diciembre, hacía cuatro meses que aquella mujer que «lo había mirado para toda la vida» se había ido de este mundo. Había sufrido mucho física y psicológicamente. Buenos Aires era la sede principal de los enemigos internos de San Martín y ni los periódicos porteños ni la gente que frecuentaba la casa de los Escalada ahorraban palabras para aquel hombre que se había negado a defender Buenos Aires contra los «bárbaros» del Litoral y la llenaban de chismes sobre la vida de su marido en Lima y sus andanzas con Rosita Campusano. Le dolió mucho la muerte de su padre, quizás el único aliado que San Martín tenía en aquella casa, ocurrida el 16 de noviembre de 1821. Los dos años siguientes fueron de espera, de largas cartas, de dolores amargos, de pensar qué sería de su niña y de su José cuando ella ya no estuviera. Murió el 3 de agosto de 1823, en presencia de su madre y en brazos de su sobrina Trinidad De María, quien contaría que sus últimos pensamientos fueron para su amado San Martín.

Apenas llegó, José se dirigió a la casa de la familia Escalada y allí se enteró de que estaban en la quinta ubicada en las actuales calles Caseros y Monasterio, [687] donde había fallecido Remedios. No fue bien recibido, particularmente por su suegra, quien demoró el reencuentro con Merceditas algunos días. Finalmente pudo ver a su amada infanta mendocina. Hacía cuatro años que no la veía y pudo reconocer en aquella niña de ocho años los rasgos de su madre y un cariño que hablaba por sí solo de que su mujer no le había guardado rencor o por lo menos no se lo había transmitido a la pequeña que, ante la enfermedad de su madre, había sido criada por su abuela, doña Tomasa, la criada Jesusa y su tía. Al general también lo habían llenado de calumnias y chismes sobre su mujer, le pesaba su larga ausencia, el dejarla partir sola, y esa confirmación en los ojos de la niña le dolía tanto como lo reconfortaba. Unos días después marchó junto a Merceditas hacia el cementerio del Norte, hoy Recoleta, donde hizo colocar en la tumba de Remedios una lápida de mármol con la frase: «Aquí descansa Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín».

Rivadavia y San Martín, tercer round

El primer enfrentamiento entre estos dos hombres clave de nuestra historia, como vimos, se había producido a poco de llegar San Martín a la patria, cuando participó del derrocamiento del Primer Triunvirato, del que Rivadavia era secretario y hombre

fuerte. El segundo comenzó a producirse al percibir claramente San Martín que el grupo rivadaviano que había tomado el poder en Buenos Aires tras la caída del Directorio en 1820, no le perdonaba su negativa a reprimir a los federales artiguistas, que le negaría todo su apoyo para proseguir su campaña libertadora al Perú y lo dejaría absolutamente huérfano de apoyo político en sus tratativas con Bolívar en Guayaquil. A estas prevenciones se sumaban, como vimos más arriba, las acusaciones al general de querer armar una confederación de repúblicas y provincias para enfrentar a Buenos Aires. Pero la cosa no terminaba ahí. Los rivadavianos temían que, una vez en Buenos Aires, San Martín se presentase como candidato a gobernador de la provincia. Para evitar que esto ocurriera se apuraron a sancionar una ley según la cual solo podría ser electo gobernador un bonaerense nativo. Como le señalaba el deán Funes a Bolívar, esta ley tenía un único destinatario:

> Desde que empezó a bullir el asunto de elecciones se sancionó, entre otros artículos, por esta junta legislativa, que pudiese recaer el mando en ninguno que no fuese originario de esta provincia. El Sr. San Martín no lo es; y por lo mismo creen los más que una providencia tan extraña tenía por objeto su exclusión. [688]

Pero la presencia de San Martín en Buenos Aires era un acontecimiento de tal envergadura que no podía ser obviado por los rivadavianos, sobre todo después de que el Libertador cumpliera en visitar al gobernador Martín Rodríguez, a pesar de que esta visita fuera para comunicarle que el motivo de su viaje a Buenos Aires era homenajear a su mujer y reencontrarse con su hija para marchar con ella hacia Europa.

Al día siguiente de esta entrevista, Rivadavia en persona, acompañado de Tomás de Iriarte, [689] fue a buscar al recién llegado a la quinta de los Escalada, pero al no encontrarlo, le dejó un recado donde le decía que quería entrevistarse con él. La entrevista entre los dos enemigos se concretó en el despacho de Rivadavia. Sobre su contenido nos ilustra una de las personas mejor informadas de Buenos Aires, el cónsul inglés, Mr. Parish. Creemos de tal importancia este documento dirigido bajo el rótulo de «secreto y confidencial» al Foreign Office, que lo transcribimos en forma completa:

> M. Rivadavia manifestó que deseaba conversar conmigo del general San Martín, cuya llegada a Inglaterra y supuesta intención de ponerse en comunicación, si fuera posible, con el gobierno de Su Majestad, podría en estos momentos, según creía, causar ciertas dificultades. Dijo que sabía que la reputación conquistada por el general San Martín por sus esfuerzos en pro de la causa de la Independencia de la América del Sur, no solo había llegado a Inglaterra, sino que naturalmente haría que se le dispensara tanto ahí como en cualquier otra parte, una consideración tal que hacía tanto más necesario que expresara confidencialmente en qué concepto lo tenía el presente gobierno de estos estados.
>
> Nadie ha tenido más éxito en sus esfuerzos para el establecimiento de la Independencia de estos países. Tuvo el mando del ejército que mediante esfuerzos increíbles cruzó los Andes en el año 1818 [sic, por 1817] y expulsó de Chile a los realistas. Tres años después entró en el Perú y enarboló los Colores Patrios en Lima. Aunque hasta su llegada allí, el general San Martín había manifestado invariablemente el mayor desinterés personal y declarado en toda oportunidad su intención de retirarse a la vida privada cuando hubiera dado término a la gran causa que había abrazado, no obstante, cuando sus fuerzas tomaron posesión

de Lima, no vaciló en ponerse de inmediato al frente del nuevo gobierno con el título de protector del Perú. Parece existir poca duda de que el gran objeto de su ambición era mantenerse en esa situación; en esto, sin embargo, no vio realizados sus deseos, y su propia conducta arbitraria hizo que bien pronto surgiera una facción en su contra, tan fuerte y violenta, no solo entre los peruanos sino también entre sus propios oficiales, que se vio obligado a renunciar al Protectorado y abandonar apresuradamente esa parte de la América del Sur.

Desde entonces ha sufrido algunas desgracias familiares, y hace pocos meses vino a esta con la intención de llevarse a Europa a su única hija para educarla. Con este propósito ostensible partió de Buenos Aires hace dos meses a bordo de un barco francés que se dirigía al Havre. M. Rivadavia me manifestó, sin embargo, que estando persuadido por su conocimiento del carácter del general San Martín de que debe tener en vista otros fines de mucha mayor importancia al dirigirse a Europa en estos momentos, y estando con él en términos de intimidad personal, había resuelto antes de su partida de Buenos Aires provocar de su parte una explicación a propósito de su manera de pensar, la que el general San Martín, como viejo amigo, la había expuesto franca y confidencialmente.

Dijo que había notado mucho cambio en las opiniones con que había abrazado en un principio la causa de la independencia; que parecía estar disgustado y desilusionado por las dificultades que había experimentado en Chile y en el Perú, especialmente en este último país, donde había visto frustradas sus propias esperanzas, y le parecía a M. Rivadavia que abrigaba ahora la convicción de que nada, fuera de una forma monárquica de gobierno, era adecuado para estos estados, y que para su establecimiento era necesario invitar a un príncipe de sangre real, quizá de la familia española, a establecer en estos países una nueva dinastía.

M. Rivadavia me expresó que considerando las circunstancias en que había sido colocado el general San Martín, y las desilusiones personales que había sufrido, no le sorprendía del todo este cambio en sus opiniones generales; que sin embargo, se había esforzado por refutar sus argumentos y demostrarle todo lo absurdas, según su calificación, que eran sus ideas actuales, y el desatino de sostener una teoría abstracta que tenía ninguna probabilidad de ser llevada a la práctica alguna vez en los estados.

No obstante, el general San Martín abandonó el país con destino a Europa con los sentimientos expuestos, pero, agregó M. Rivadavia (y recalcó esto particularmente), bajo la solemne promesa de no dar ningún paso que pudiera en forma alguna tender a cualquier cambio en la constitución actual de estos gobiernos, en contra de la opinión o sentimiento del gobierno británico, o, más aún, sin someterle previamente para su conformidad cualquier plan que quisiera presentar.

M. Rivadavia pidió que estas explicaciones sean consideradas como de carácter absolutamente confidencial. Por este mismo paquete escribe al general Alvear, y le he asegurado que tengo el convencimiento de que si dicho oficial aún se encuentra en Inglaterra, no tendrá dificultad alguna en trasmitir dichas informaciones al gobierno de su Majestad. [690]

Por su parte, el cónsul norteamericano Forbes se encargó de recoger todos los chismes malintencionados que circulaban sobre los motivos del viaje de San Martín y los resumió en un envío al Departamento de Estado fechado el 22 de febrero, no sin aclarar que esos rumores eran altamente probables. Entre otras calumnias, Forbes daba cuenta de las siguientes: que San Martín y Rivadavia finalmente se habían reconciliado y eran frecuentes sus reuniones; que en una de ellas el ministro le había encargado una misión secreta muy especial, a cambio de 30.000 dólares, para importar un príncipe inglés con el fin de coronarlo rey del Río de la Plata; que esto en realidad era una maniobra de Rivadavia para alejar a su principal rival político, y por último que, si fracasaba en Inglaterra, debería intentarlo en Francia. [691]

San Martín sí tenía un plan político pero este estaba muy alejado de lo que propalaban sus enemigos. Su objetivo era lograr el reconocimiento de nuestra independencia por parte de Gran Bretaña para quebrar una posible acción conjunta de las potencias europeas en apoyo al plan español de reconquistar sus colonias rebeldes.

El 1º de enero había llegado del Perú el entonces coronel Juan Lavalle. Al

enterarse de la presencia en la ciudad de su ex subordinado del Ejército de los Andes, San Martín fue a visitarlo a su casa en prueba de lo que don José entendía como una vieja amistad. Parece que Lavalle no opinaba lo mismo y así lo expresó en una carta a su amigo Enrique Martínez:

> ¿Qué le diré a usted del ex Rey José? Luego que llegué me visitó vestido de negro. Cuando le pagué la visita al ex Rey José, ¿qué conversación? Habló pestes del Perú. Aquí está muy desopinado.

Tiempo después, cuando su amigo Miller le recuerda estas expresiones de Lavalle, San Martín dirá:

> El cierto personaje que ha vertido estas insinuaciones lejos de ser un caballero, solo me merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo, pudiendo asegurar a usted que si tales hubieran sido mis intenciones, no era él quien hubiera hecho cambiar mi proyecto.[692]

No había mucho más que hacer en aquella Buenos Aires ajena. Pidió el pasaporte para salir rumbo a Europa con su hija. El gobierno porteño se lo otorgó el 7 de febrero de 1824, y tres días después el Libertador se embarcó en un buque francés. Comenzaba un exilio que lo llevaría por Londres, Bruselas, París y finalmente a Boulogne-sur-Mer.

Un peligroso pasajero llamado José de San Martín

El general de todas las batallas, el Libertador de tres naciones, Protector de la Libertad del Perú, se iba de su patria, desolado. Harto de las persecuciones del gobierno de Martín Rodríguez y particularmente de su superministro Rivadavia. Los unitarios no le perdonaban su decisión de desobedecer la orden del Directorio de abandonar los preparativos de su campaña libertadora al Perú y bajar a Buenos Aires o Santa Fe a reprimir a los federales artiguistas. San Martín no era federal pero estaba bastante lejos de las ideas centralistas promovidas desde Buenos Aires y había jurado y cumplido que su sable nunca saldría de la vaina para derramar sangre de hermanos.

Era demasiado para un hombre enfermo, viudo con una pequeña hija de ocho años y una situación económica complicada, que lo había dado absolutamente todo por la felicidad de los demás y que quizás podría aplicar a sí mismo las tremendas palabras de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: «Yo quise hacer de la tierra un paraíso para todos. La hice un infierno para mí». El general, Merceditas y su fiel criado, el joven peruano Eusebio Soto, se embarcaron con destino a Europa el 10 de febrero de 1824. El largo viaje en el navío *La Bayonnais* le dio tiempo para conversar largo con su niña, convencerla de que era mejor para todos marcharse lejos, bien lejos; reprenderla por sus caprichos, que San Martín atribuía a la mala crianza de su

suegra e incluso castigarla con encierros en su camarote por sus travesuras a bordo. Hicieron una primera escala en Montevideo, de allí pasaron a Río de Janeiro para llegar finalmente, tras setenta y dos días, al puerto francés de El Havre, sobre el estuario en que el Sena desemboca en el canal de la Mancha, en la Alta Normandía, el 23 de abril de 1824.

La presencia en Francia de este general sudamericano insurgente, reputado como «subversivo» por las cancillerías de las principales potencias absolutistas europeas, no pasó desapercibida. Gobernaba el país el absolutista rey Luis XVIII, primo del Borbón y ultraabsolutista rey de España, en cuyo socorro había enviado el año anterior a la península un ejército de 100.000 hombres para restablecer el poder absoluto de Fernando VII y liquidar el trienio liberal. El rey español todavía estaba en guerra con los independentistas latinoamericanos.

La prefectura de policía de El Havre, aplicando un reciente decreto por el cual «los extranjeros provenientes de América del Sur deben ser retenidos en El Havre y sus pasaportes remitidos a Su Excelencia el Ministro del Interior», emitió un aviso dirigido al director de Policía del reino que decía:

> El señor José de San Martín, viniendo de Buenos Aires, desembarcó en este puerto el 23 de abril de este mes portador de un pasaporte, expedido por el Ministerio de Negocios Extranjeros para ir a Inglaterra. Prescribí sobre el terreno una vigilancia activa respecto de este extranjero […]. Ha sido interrogado por la Comisaría de Policía. Cuando presentó sus baúles en la aduana fueron escrupulosamente revisados y aunque según la declaración hecha no deberían contener más que efectos de la pertenencia de este extranjero se halló en uno de ellos diez y seis paquetes de hojas periódicas, extranjeras (de Buenos Aires), alguna de las cuales está prohibida su introducción. Estos paquetes han sido en el acto secuestrados por el señor Lequesme, Comisario de Policía.

El jefe policial terminaba su comunicación con la siguiente advertencia:

> Creo mi deber llamar la atención de Vuestra Excelencia sobre el viaje de este individuo que ha jugado un papel señalado en las revoluciones de América Meridional, en la cual ha sido uno de los primeros jefes y de los propagandistas más ardientes. Su misión en Londres en las circunstancias actuales se relaciona ciertamente con nuevas intrigas políticas. [693]

El gobierno de Luis XVIII le dio tanta importancia a la presencia de nuestro querido José —alojado bajo estricta vigilancia policial en una posada de la ciudad-puerto— que el propio ministro del Interior decidió escribirle urgentemente al subprefecto de Policía:

> He releído vuestra carta del 26 de este mes relativa al Sr. de San Martín, que viniendo de Buenos Aires, está retenido en El Havre. Os incluyo aquí de este extranjero que no es susceptible de mi visa y el acta de secuestro de los folletos encontrados en sus efectos. Le entregaréis el pasaporte. Levantaréis el secuestro de estos papeles pero con la obligación de reexportación. Cuidaréis además de que parta prontamente y me daréis aviso del día de su embarco, comunicándome las observaciones a que haya dado lugar su permanencia en El Havre. [694]

Cuatro días más tarde, el ministro insistía en que San Martín debía embarcarse de

inmediato para Inglaterra y ordenaba que no le fuera permitido desembarcar en ningún puerto francés. El subprefecto, ya más tranquilo, cumplió con las órdenes de su superior y le avisó que San Martín había partido para el puerto inglés de Southampton el 5 de mayo, a bordo del buque *Lady Wellington*, y le pasó un informe más completo, donde detallaba cuáles eran esos papeles subversivos. Se trataba de los periódicos porteños *El Argos, El Avisador, El Teatro de la Opinión, El Republicano* y *El Registro Oficial*, a los que calificaba de «impregnados del republicanismo más exaltado». Lo que no sabían los policías franceses era que muchos de esos periódicos, particularmente *El Argos*, habían lanzado furibundas campañas de difamación contra el ahora sospechoso portador de los mismos, acusándolo de monárquico y de querer coronarse como «el rey José». El ministro también dio aviso al embajador francés en Londres, el príncipe de Polignac, y a las autoridades españolas, principales interesadas en el asunto.

Cuenta Rodolfo Terragno en su muy recomendable libro *Diario íntimo de San Martín* que la policía del régimen dejaba mucho que desear:

> La policía del reino, dependiente del Ministerio del Interior, por un lado protege a los ciudadanos y por otro husmea su vida privada. La lucha contra el delito no la conduce la Prefectura ni es librada con gendarmes uniformados. Como en la era de Napoleón, esa tarea corresponde a Eugène François Vidocq, un presidiario que devino confidente de la policía y luego fue designado al frente de la Brigade de Sûreté. Los colaboradores de Vidocq son, al igual que él, antiguos delincuentes. El secreto y la autonomía que amparan a la Brigada permiten que ésta sirva, también, como policía política. Un régimen absolutista necesita de disfraces y artificios. [695]

San Martín en Londres

San Martín llegaba a Londres para comenzar una nueva etapa de su vida. En la Europa de aquellos años sonaba por sobre todo —y a pesar de todos— Beethoven, que acababa de estrenar en el Teatro de la corte de Viena su gloriosa *Novena sinfonía*. No hubo forma de convencer al genial maestro de que abandonara su idea de dirigir la orquesta. Amigos y no tanto le recordaban, como si hiciera falta, su sordera. Pero los músicos decidieron darle una mano prescindiendo de los gestos de Ludwig y memorizar cada uno la entrada correspondiente, lo que salvó el concierto, ya que el día del estreno Beethoven seguía dirigiendo a la orquesta a pesar de que hacía unos cuantos segundos que la obra había concluido. La soprano Carolina Unger tuvo la gentileza de acercársele, tomarlo del brazo y girarlo hacia el público para que disfrutara al menos visualmente de la ovación. También sonaba un muchachito de quince años llamado Félix Mendelsohn, que estrenaba su *Primera sinfonía* y su ópera *Los dos sobrinos*. Comenzaba a brillar un notable pianista húngaro de trece años que había sido alumno de Beethoven y se llamaba Franz Liszt. La sensación del Salón de

París era el joven Eugène Delacroix, que capitalizaba el interés europeo por la situación de Grecia y la plasmaba en su notable cuadro *La matanza de Quíos*. El interés de aquella Europa por la lucha de los independentistas griegos tenía que ver con la campaña de lord Byron, que moría en aquel año 1824 víctima de lo que hoy llamaríamos mala praxis, unas sangrías mal aplicadas tras un ataque de epilepsia. Su muerte conmovió a todo el ambiente intelectual europeo, que pronto tuvo acceso a su obra póstuma, *A mis treinta y seis años.*

No se equivocaba el ministro francés, San Martín venía a hacer política. Tenía claro que había que lograr quebrar el frente conservador europeo reunido en torno de la Santa Alianza que apoyaba a España en sus nostálgicas pretensiones imperiales sobre las ex colonias americanas. Se hacía imprescindible el reconocimiento de nuestra independencia por parte de la corte de Londres, que por su poder e influencia, se sabía, iba a arrastrar a las demás potencias europeas, dejando en soledad a España y a los Estados Pontificios, que habían condenado, a través de una breve declaración del papa Pío VII de 1816, la insurgencia latinoamericana. A pesar de que su patria estaba gobernada por sus enemigos y perseguidores, San Martín trabajó empeñosamente en conseguir el reconocimiento británico de nuestra independencia, finalmente aprobado por el Parlamento inglés el 15 de diciembre de 1824 y ratificado en Buenos Aires el 2 de febrero de 1825. En una carta a Chilavert fechada en enero de 1825, San Martín le decía:

> Ya tiene usted reconocida nuestra independencia por la Inglaterra; la obra es concluida y los americanos comenzarán ahora a disfrutar el fruto de sus trabajos y sacrificios.

Para entonces, hacía un año que San Martín estaba instalado en Europa. Allí, el Libertador se encontró con tres hombres que había enviado a Inglaterra cuando era Protector del Perú y que continuaban en Londres con la misión de obtener el reconocimiento de la independencia peruana, comprar material bélico y conseguir créditos para el naciente Estado: Juan García del Río, Diego Paroissien [696] y José Antonio Álvarez Condarco. A este último San Martín lo nombró su agente y le confió los ahorros que traía: el equivalente a dos años de su pensión como general retirado, que el gobierno del Perú le había adelantado al partir hacia Europa.

También se entrevistó con su antiguo amigo, James Duff, y con su ayuda pudo establecer contactos con el gobierno británico. Además de gestionar la compra de dos buques para la marina peruana, es posible que haya aprovechado las reuniones para insistir en el reconocimiento de la independencia de las nuevas repúblicas latinoamericanas por Gran Bretaña.

Charlie de Alvear, el Salieri de San Martín, y un documento «olvidado»

Carlos de Alvear, entonces en Londres como enviado del gobierno bonaerense para iniciar tratativas en el mismo sentido, se encargó de difundir un folleto difamatorio, que, según Tomás de Iriarte, habría sido redactado por el propio ex director supremo. El texto, titulado «Primera parte de la vida del General San Martín», afirmaba estar impreso en Chile y estaba redactado como una supuesta autobiografía del Libertador. En él se lo presentaba como un cínico despiadado y ambicioso.

Tras ser defenestrado del Directorio en 1815 y entregar a los españoles los secretos militares rioplatenses, como ya vimos, Alvear se había puesto al amparo de la corte portuguesa en el Brasil. Con la invasión lusitana a la Banda Oriental, no tuvo empacho en instalarse en la ocupada Montevideo, donde pronto se asoció con José Miguel Carrera. Con la imprenta que Carrera había traído de Estados Unidos, a la que con total descaro los dos adalides del centralismo porteño y santiaguino bautizaron «Federal», iniciaron la publicación de panfletos incendiarios contra O'Higgins, Pueyrredón y San Martín, mientras aguardaban mejores vientos para su proyecto de recuperar el poder, respectivamente, en Buenos Aires y Chile, siempre al amparo de las autoridades portuguesas. La oportunidad les llegó en 1820, con la caída del Directorio. En esos revueltos meses de la «anarquía» porteña, Alvear y Carrera se aliaron transitoriamente con Estanislao López, hasta que el gobernador santafesino comprobó que era mejor tenerlos de enemigos que de amigos. Carrera, aliado ahora del gobernador entrerriano Francisco «Pancho» Ramírez, terminaría sus días fusilado en Mendoza, por orden del gobernador Godoy Cruz, en septiembre de 1821. Pero Alvear, con su capacidad inveterada de salir a flote, no solo se benefició con la amnistía dispuesta por la «Ley de Olvido» impulsada por el gobernador bonaerense Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, sino que a fines de 1823 obtuvo de ellos su nombramiento como enviado diplomático a Inglaterra, para negociar el reconocimiento británico a la independencia de las Provincias que ya no estaban más unidas.

Alvear llegó a Londres en junio de 1824, poco después del arribo de San Martín. A tono con la campaña difamatoria de los rivadavianos, el ex director supremo se encargó de hacer circular la versión de que la presencia del Libertador en Europa se debía a un intento de establecer monarquías en las nuevas naciones latinoamericanas. Por esos días, en que Bolívar, Sucre y los últimos sanmartinianos se aprestaban a completar la independencia sudamericana, la «gran noticia» en los mentideros políticos londinenses era el regreso a México de Agustín de Iturbide, a quien se le atribuía la intención de volver a coronarse emperador. [697] El gobierno porteño y sus agentes en el exterior pretendieron vincular la figura de San Martín con esos planes.

San Martín y Alvear se cruzaron en una cena organizada para celebrar el aniversario de la independencia estadounidense, a la que fueron invitados los americanos más reconocidos que se encontraban en la capital inglesa. Aunque el encontronazo no llegó a mayores en ese momento, a partir de entonces —según su secretario, Tomás de Iriarte— Alvear dedicó buena parte de su tiempo a redactar un

panfleto en contra de San Martín, que finalmente sería publicado en 1825 y hecho circular en América y Europa.

Muchas veces mencionado, casi nunca citado textualmente, el brulote alvearista se presentaba como una supuesta «autobiografía» del Libertador. Un ejemplar, que afirma estar publicado en Chile, «en la imprenta de Valles, por Pérez», se encuentra en el Museo Mitre, de Buenos Aires, de donde extraemos las siguientes citas. Vale la pena, nunca mejor dicho, leerlo para darse una idea del rencor de los enemigos políticos de San Martín y hasta dónde eran capaces de llegar en plan de desprestigiarlo.

Los liberales argentinos, tan amantes de Rivadavia y Alvear, trataron de negar que don Carlos María fuese el autor de este texto; uno de ellos, Ernesto Quesada, llegó a atribuirlo a un amigo de Carrera llamado Benavente, pero el aludido aclaró oportunamente:

> Como escritor se me han atribuido infinidad de publicaciones en las cuales no he tomado parte alguna. En Buenos Aires, cuando tuve la imprenta con Gandarillas, escribí poco en el *Censor*; enseguida, cuando fue mía, publiqué un folleto intitulado *¿Qué dicen los chilenos?*, cuya tirada se perdió; en Montevideo ayudé al general Carrera y al general Alvear en todos sus escritos; siendo de este último la *Vida del General San Martín*, que Ortega reimprimió en Santiago y que algunos me han atribuido. [698]

Quien descubre al autor de aquel libelo supuestamente anónimo es su amigo y compañero Tomás de Iriarte, quien cuenta en sus memorias:

> Recuerdo con este motivo que al referir nuestro viaje de Liverpool a Nueva York dije que Alvear se ocupaba en escribir. Durante nuestra última mansión en Nueva York hubo de confiarme el secreto. Era la biografía del general San Martín, su tiranía y crueldades en Chile; la relación nominal de sus víctimas; su carácter detestable; sus tendencias al absolutismo; su cobardía en las funciones de guerra de Chile y Perú; sus irregularidades en Lima; su conducta en la familia en que se había enlazado en Buenos Aires, y con su esposa, doña Remedios de Escalada. En fin, no se puede dar un cuadro más negro del carácter abominable de un hombre. Los coloridos eran los más vivos e irritantes. Alvear desfogonaba el odio reconcentrado que hacía mucho tiempo abrigaba contra San Martín. Absolutizaba los hechos, los desfiguraba y fraguaba algunos con todo el calor de su exaltada imaginación. Este escrito fue impreso en Nueva York hasta el número de quinientos o mil ejemplares. Alvear corrió personalmente con todas las diligencias necesarias en la imprenta. Se suponía impreso en Chile, si mal no me acuerdo. Como es natural comprender, Alvear tenía gran interés en conservar ignorado el nombre del autor; yo le he guardado el secreto. Él no puso este libreto en circulación hasta el año veintiocho, cuando empezó a anunciarse que San Martín regresaba de Europa. Muchos se perdían en conjeturas sobre su origen, y yo he presenciado algunas disputas al respecto. No faltaron algunos que, conociendo mucho a Alvear y los medios de su predilección, sospecharon que él era el autor del folleto. Este estaba adornado con láminas groseras por su ejecución, en la que se representaba a San Martín con rostro humano ciñendo una corona, y el resto del cuerpo, de tigre, teniendo en sus garras y a los pies muchas cabezas humanas y otros objetos sangrientos. Alvear mismo se entretenía en iluminar estas láminas, a cuyo efecto compró una cajita de colores y pinceles. Era su ocupación en Nueva York durante las largas noches del invierno, y como, viviendo en el mismo alojamiento no podía ocultármelo, se vio forzado a revelarme el secreto, exigiéndome la mayor reserva. No he faltado a ella, a pesar de haber quebrado después con Alvear. Me había parecido infame violar un secreto aun de mi mismo enemigo. [699]

En otro párrafo de sus memorias, Iriarte define así al que fuera su amigo y jefe:

> Yo puedo hablar con alguna propiedad porque he estado en contacto inmediato y servido con él el

tiempo suficiente para profundizarlo, para estudiarlo bien. No es Alvear un hombre común, no es ignorante, no, no es eso lo que quiero decir, sino que hay en él mucha farsa, mucha trápala, que es muy cómico. Pero tiene travesura o imaginación; y la ventaja de que para él no hay medio reprobable, es prosélito entusiasta del sectario florentino: sabe de memoria a Maquiavelo. [700]

La aclaración de «Los editores» que introduce el texto es una muestra de la personalidad de esos enemigos y su forma de hacer política:

Sea o no obra del General San Martín este manuscrito, no es una cuestión que merezca indagarse, lo que sí interesa al lector es la veracidad de los hechos que contiene: ellos son innegables y marcados con caracteres tan exactos, con pruebas tan incontestables que solo la verdad puede producirlas. [701])

Y como supuesta muestra de esa «veracidad» recomendaba al lector una serie de «documentos» salidos de la Imprenta Federal que Carrera y Alvear habían hecho funcionar en Montevideo hasta comienzos de 1820, más otros panfletos carreristas que habían circulado en Chile y Perú, e incluso «impresos» que directamente no existían, como «Cartas originales de San Martín a su esposa doña Remedios Escalada; y algunas de esta a San Martín» o «Relación exacta de todo lo ocurrido en la entrevista que tuvo San Martín con el Libertador Bolívar en la ciudad de Guayaquil», entre otros.

Ya el inicio de la «autobiografía» da la tónica de todo el texto, en cuanto a contenido y «estilo»:

La España estaba perdida, yo me vi obligado a pasar a Cádiz: en esta ciudad me era imposible vivir tranquilo, el dedo del desprecio me señalaba desde que siendo ayudante del general Solano lo abandoné al furor de mis [702] asesinos pudiendo defenderlo, sin embargo yo tenía motivos para amarlo porque había sido mi protector, y además era hombre de bien; pero la canalla quería su cabeza y no era prudente exponerme, tal vez lo hubiera salvado. Este acto injusto en que el populacho manifestó su ingratitud tan despiadadamente, me hizo conocer que era un error sacrificarse por el bien de los pueblos, y que era preferible inmolar sus intereses en beneficio del bien privado: esta ha sido mi máxima favorita, de donde han partido mis operaciones como hombre público en América, la he seguido con constancia, y en verdad no he tenido ocasión de arrepentirme.

De ahí en adelante, todas las acciones destacadas de San Martín son descaradamente presentadas como actos de cobardía, traición, ambición de poder y de riqueza. La pluma afiebrada del redactor no se preocupa por la menor verosimilitud, y hasta le hace decir, respecto de la campaña libertadora del Perú, que «yo jamás había pensado en emprender semejante obra». La «explicación» de cómo finalmente se emprendió la expedición pinta de cuerpo entero al autor:

Mi primera intención cuando llegué a Chile fue abandonar la América, y pasar a Europa a disfrutar de mis riquezas, y a reírme de la estupidez de estos pueblos; pero no podía hacerlo sino fugándome y esto era imposible. O’Higgins y todos los comprometidos no me hubieran dejado salir de otro modo; ellos veían que a pesar de todo solo yo podía intentar el salvarlos.

Chile empezaba a conmoverse, la opinión de Carrera crecía a la par de nuestro descrédito: si este se hubiera presentado en Chile en estas circunstancias, nosotros estábamos perdidos. Nos dio tiempo y esta fue mi dicha.

En Chile corría peligro si permanecía: calculé que Carrera se presentaría más o menos pronto, y que su

presencia sería el término de mí poder, O'Higgins creyó lo mismo, ¿qué hacer en tales circunstancias? Álvarez Jonte nos sacó de apuros. La expedición a Lima, me dijo, es el último recurso que queda; además esta expedición no ofrece los peligros que se creen; dueños del mar, si hallamos grandes obstáculos nos retiraremos, si no triunfaremos, y entonces cuán grande es el campo que se nos va a presentar. Si Carrera se presenta, O'Higgins le saldrá al encuentro; si no puede resistirlo se embarcará para Lima, en donde encontrará asilo; desde allí, después de haber arrojado a los españoles, será fácil volverlo a restablecer en Chile.

Desde este momento todo se puso en actividad para emprender esta obra.

Tampoco le importa al autor demasiado la coherencia interna del relato. Así, tras afirmar que Cochrane, al llevarse los caudales públicos peruanos en la escuadra, se había quedado también con «todo el dinero que con tanto cuidado me había apropiado», le hace decir a San Martín que, después de su renuncia como Protector del Perú, «salí cargado de oro» en su regreso a Chile.

En su ataque, el panfleto no se detiene en los aspectos políticos sino que llega a lo más íntimo. Así, redactaba la pluma insidiosa de Alvear:

deseaba ir a Londres, pero temía pasar por Buenos Aires. Yo había, para adormecer al Gobierno de Buenos Aires, traicionado a algunas personas que desde esta Ciudad me provocaban a una revolución; estos documentos se los mandé yo al Gobierno porque tal manejo podía surtirme buen efecto; cuando afortunadamente recibo la noticia de la muerte de mi mujer. Este acontecimiento fue feliz porque me proporcionaba la ocasión de dar un colorido a mi viaje a Europa, pretextando el ir a llevar a mi hija, y ocultar de este modo el objeto verdadero que me movía a emprenderlo.

Con la ocasión de hablar de mi esposa, diré que cuando llegué a Buenos Aires desde Europa, creí político y conveniente a mis intereses unirme a alguna familia decente y rica, porque esto me serviría de mucho apoyo en la opinión y aumentaría mi influjo. En consecuencia de esto me determiné a escoger, y me decidí por la familia de Escalada. Remedios era joven, a la sazón estaba enamorada y ya había dado su palabra de casamiento a Dorna; mas yo no buscaba su corazón sino mi interés, y pasé por todo. La pido a su padre, este me la concede, mas encuentra resistencia en su hija; al fin esta cede a los ruegos de los padres; esta fue su desgracia; la llevo al altar y da el funesto sí que la condujo al sepulcro. Dorna, desesperado, se va al Perú, y recibe allí una muerte gloriosa en las filas de los soldados de la patria. Esta fue la primera víctima que hizo mi política en estos países. Nadie puede imaginarse los malos tratamientos y vejaciones que he hecho experimentar a esta mujer; al fin la eché de mi lado: ella me estorbaba para mis placeres: además yo ya no necesitaba del influjo de sus parientes, y también los conocía: allí al lado de su madre arrastró esta infeliz joven una existencia desgraciada: yo ni allí la dejaba descansar, sabía su enfermedad y multiplicaba mis cartas atroces para abreviar sus días: al fin perece víctima desgraciada de mis furores. En medio de mi opulencia no la asistía con nada, y sus parientes tenían que sostenerla como de limosna. Así pereció.

Llego a Buenos Aires y voy en derechura a casa de mi suegra; ella y mis cuñados estaban resentidos mas al momento olvidaron a su hija y hermana, y se unieron a mí. Esta bajeza es inconcebible, recibir bien y unirse conmigo, con el asesino de una hija, de una hermana!!! Mas la ambición y el orgullo obraron este fenómeno. A Manuel y a Mariano les hice un gran regalo: lo más célebre de todo es que de mi suegra he hablado siempre mal, y he dicho que iba a sacar a mi hija de las garras de esta… pero bien sea que ella lo ignora, o que tenga vanidad en que yo le pertenezca, lo cierto es que no se da por entendida. Dos solas personas han mostrado honor en esta ocasión en la familia, Bernabé Escalada, y Nieves, hermano y hermana de Remedios. Muerta esta le hice poner el epitafio siguiente; «Aquí yace la buena amiga, la buena esposa del general San Martín». La contrariedad de este epitafio con la conducta que he tenido con ella, es muy notable, así también ha sido el objeto de la censura pública.

Sobre el derrocamiento de Alvear y la organización del Ejército de los Andes, le hacía decir a San Martín:

En la revolución del 15 de abril me puse a favor de ella, Alvear me causaba celos, esto era traicionar la

amistad, y sacrificar a muchos de mis amigos; pero yo ganaba en ello y esto justificaba mi conducta. Para aprovecharme del desquicio mando mis poderes a Buenos Aires: hago organizar una Logia, esta prospera bajo mis auspicios, Pueyrredón es nombrado Director: este nombramiento me embarazó; pero yo había conocido que lo que Pueyrredón deseaba era mandar, y suponía que tenía una gran sed de riquezas desde que llegó a mi noticia que en el Perú tuvo la gran habilidad de convertir en plata una carga de oro; y que adoptaría cualquier sistema que los condujese a saciar sus deseos; y que con tal que lo dejase llenarse de dinero cerraría los ojos y diría amen. Volé en consecuencia a Córdoba, le hice ver que no sería recibido en Buenos Aires si no se unía conmigo: él conoció que esto era cierto, y lo inicié en la Logia: Belgrano se hallaba también en Córdoba, este hombre tenía virtudes, su cooperación nos era necesaria, él estaba resentido conmigo, tenía ambición, a todos nos acomodó unirnos; sin embargo, Pueyrredón y yo conocimos que no podíamos descubrirle todos nuestros planes, así es que él nos sirvió sin saber nuestras intenciones: él era conducido sin saberlo, y ha sido inocente a nuestros crímenes.

Entonces fue que decidimos que yo obraría sobre Chile, Belgrano sobre el Perú, y Pueyrredón en Buenos Aires a la cabeza del Gobierno; pero con la condición, a este último, que autorizaría todas nuestras disposiciones, y que obraríamos con plena independencia. El poder en realidad iba a ser depositado en Pueyrredón y en mi persona, o hablando con más propiedad yo sacaba toda la ventaja de esta unión: Pueyrredón lo conoció y en consecuencia convino en auxiliarme exclusivamente y dejar a Belgrano en el Tucumán vegetar en la inacción. Una diversión sobre el Perú en aquella época hubiera sido muy útil a la causa del país, pero esto me privaba de recursos distrayendo la atención del Estado, y por otro lado poco me importaba que en aquel tiempo gimiese el Perú bajo el yugo español.

Estaba yo organizando el Ejército en Mendoza cuando Zapiola que había entrado en una revolución que meditaban algunos jefes contra mí, los traiciona y me la delata; si por esta infidencia no la hubiera descubierto mis planes eran concluidos porque ella hubiera tenido efecto: este descubrimiento me fue de la mayor utilidad. Tomé medidas; dividí a los jefes entre sí; infundí desconfianzas entre los oficiales; obligaba a los jefes a que los castigasen con rigor para que se hiciesen odiosos y lo mismo con los soldados: yo entonces me presentaba para perdonar; organicé el espionaje en todas las clases del Ejército: y de este modo me aseguré y todo marchó según mis designios. Algunas mujeres me sirvieron muy bien en el ejercicio de este diabólico sistema; les hice el amor, las regalé, y alguna hubo que en Chile me vendió a su propio marido: este era un crimen, pero a mí me tenía, cuenta y poco me importaba, porque el tal era del Ejército de los Andes y me deshice de él. Sin malvados yo no hubiera prosperado. Toda mi política para con ellos estaba reducida a hacerlos cómplices de mis crímenes, y luego llenarlos de plata, O'Higgins, Monteagudo, Dupuy, Luzuriaga, son una buena prueba.

Yo me había formado en Mendoza una Soberanía, con el Ejército oprimía a esta ciudad y ejercía en ella toda especie de tiranía para sacarle recursos: al Ejército lo contenía por los medios que he dicho antes, y con la prospectiva de la gloria que les esperaba. De los recursos que saqué de Mendoza, y de los que me enviaron de Buenos Aires hice dos partes, una sirvió para el Ejército, y otra para mi bolsillo: era preciso hacer dinero, todo podía fallar, y entonces volvía a la nada de donde había salido; así pues desde aquel tiempo empecé a hacer fortuna que ha ido sucesivamente creciendo hasta hacerme el hombre más rico de América.

Y cerraba con estas palabras el agravio a San Martín, mostrando la intención final del panfleto, al servicio del rencor rivadaviano y alvearista:

Algunos dicen que estoy comprometido por mi despedida de Lima a no tomar parte en los negocios públicos, porque así lo ofrecí; insensatos, no saben ellos que yo me río de mis promesas; además diré que solo quiero servir en los Ejércitos y no mandar. El más negado en otros países conocería que esto es una red. Que me den las armas y yo seré todo; mas es tal la imbecilidad de los americanos que no lo conocen: día les llegará en que todos me conozcan, y que paguen bien la estúpida credulidad que le he inspirado para alucinarlos.

Voy a Europa, y abandono con la rabia en el corazón esta Ciudad de Buenos Aires que detesto, porque es el único obstáculo que encuentro a todos mis proyectos; pero no pierdo la esperanza de tomar algún día de ella una venganza ejemplar. Tiemblen entonces los autores de esa Ley que por mortificarme hicieron pasar en la Sala de Representantes, de que ninguno que no fuese nacido en la Provincia pudiese ser Gobernador: tiemblen también todos los liberales, y todos aquellos que animados de celo por su patria quieran ilustrarla para hacerla feliz.

Todavía faltaba más de un siglo para que el ministro de Propaganda del nazismo, Joseph Goebbels, pusiese en circulación su famosa frase de «Miente, miente, que algo siempre queda», pero está claro que ya había quienes la ponían en práctica, como el autor del folleto contra San Martín.

París bien vale una visa

En ese contexto, el Libertador decidió buscar otro sitio donde establecerse. Inicialmente, pensó una vez más en Francia. Por entonces había retomado contacto con su hermano Justo Rufino. Como muchos otros oficiales liberales, Justo se había tenido que exiliar tras la reinstauración del absolutismo español y, radicado en París, presentó un nuevo pedido de residencia para el Libertador.

San Martín intuía, pero quería confirmar, que la persecución de la que era objeto tenía que ver con su condición de rebelde sudamericano y era producto de la campaña difamatoria llevada en su contra por su histórico enemigo Carlos de Alvear. Para ello le pidió a su hermano Justo que se dirigiera al ministro del Interior en estos términos:

> El señor de San Martín, José, mi hermano, después de haberse retirado hace dos años de los negocios públicos de la América Meridional vino a Europa con la intención de visitarla como amigo de las letras y de las artes. Francia y París, sobre todo, llamando vivamente su atención en este respecto, era mi intención solicitar de Vuestra Excelencia el pasaporte necesario para que pudiera venir a esta capital, donde sería muy feliz gustando por algún tiempo del abrigo de nuestras leyes, los dulzores de una vida privada. Permitidme, Monseñor, consignando aquí mi petición, rogaros que la acojáis con bondad y me tramitéis la decisión de Vuestra Excelencia. [703]

No hubo ninguna tramitación de la «excelencia». El pedido fue ignorado y San Martín seguiría proscripto por algunos años más. El notable historiador español republicano, ex ministro de aquella república derrocada por Franco, exiliado en nuestro país, Augusto Barcia Trelles, encontró en los archivos franceses la causa de tanta alerta ante la llegada del revolucionario americano. Se trata de un informe del almirante Jurien-Lagravière, quien se nutre para realizarlo de los panfletos de los históricos enemigos de San Martín, José Miguel Carreras y Carlos María de Alvear, y los dichos del coronel francés Cramer (a quien Buenos Aires homenajea con una notable avenida), separado del Ejército de los Andes por San Martín a causa de reiteradas faltas disciplinarias graves.

Reencuentro en Londres

Los hermanos San Martín se encontraron entonces en Londres en agosto de 1824 y se estrecharon en un prolongado abrazo. José preguntó por María Helena y Justo quiso conocer a su sobrina Mercedes, de la que tanto le hablaba su hermano. Recorrieron el Hyde Park y los pubs de la ciudad hablando de sus vidas, de su visión del mundo: José quería saber de aquella España de la que ambos se habían marchado, uno a hacer la revolución y el otro escapando de las persecuciones del «deseado» Fernando VII. Justo quería saber de América, escuchar de primera mano el relato del cruce de los Andes, los pormenores de Guayaquil, de la situación política de entonces y, sobre todo, cuáles eran los planes de su hermano, al que sabía inquieto, nómade y comprometido.

Cuando Justo se disponía a regresar a Francia y concurrió al consulado español para que le visaran el pasaporte, le dijeron la célebre frase «Nos va a tener que acompañar», o una parecida. Fue llevado hacia la oficina de investigaciones, donde fue sometido a un minucioso interrogatorio por las autoridades policiales españolas, que querían saber qué había de cierto en lo que decían los diarios belgas e ingleses de un inminente viaje de su hermano José al Perú para concluir la guerra de Independencia. Justo les dijo que su hermano había desistido del viaje y que él personalmente lo había desalentado. Los espías españoles quisieron saber qué información tenía José de San Martín sobre el posible reconocimiento de la independencia de algunos países de América por parte de Inglaterra, a lo que el hermano se limitó a decirles que, por lo que le había contado José, Gran Bretaña aparecía como la principal interesada en la independencia de América del Sur. Finalmente le preguntaron por el paradero de su hermano, a lo que les contestó que andaba paseando por Escocia, huésped de un lord que José había conocido en Cádiz, cuyo nombre no recordaba.

Finalmente los sabuesos españoles le dijeron que tenían información precisa sobre el viaje que ambos hermanos harían a los Países Bajos, donde, dijeron, «hay también reunión de liberales que no está ociosa». [704]

Recorriendo Escocia

Tal como señalaba Justo Rufino, José andaba por la bella Escocia, visitando a lord James Duff, conde de Fife, un hombre que había sido clave a la hora de conseguirle los papeles necesarios para salir de España en 1811. El Libertador se alojó en su cinematográfico castillo de Banff y los gremios mercantiles de la localidad escocesa quisieron homenajear al ilustre visitante americano entregándole un diploma que lo acreditaba como ciudadano libre, o sea, burgués y miembro pleno de los *guilds* (gremios) del Real Burgo de Banff. La presencia del Libertador fue saludada en artículos elogiosos del *Aberdeen Journal* y el *Edinburgh Magazine*. [705] Como señala

Pérez Amuchástegui, la visita tenía mucho más que ver con conseguir el apoyo de los gremios de la zona para la causa del reconocimiento de la independencia que con sus ganas de alojarse en un castillo y disfrutar del lujo del que siempre fue tan esquivo. También recuerda el historiador que el agente argentino Carlos de Alvear le había informado a su jefe Rivadavia que corporaciones similares a las de Banff, de importantes ciudades como Liverpool, Birmingham y Londres, estaban dispuestas a peticionar al gobierno inglés el reconocimiento de los nuevos Estados americanos.

A su regreso de Escocia y decidido a dejar Inglaterra, San Martín finalmente viajó a Bruselas, donde se instaló en septiembre de 1824.

Por un tiempo, Merceditas quedó en Londres, como pupila en el Hampstead College, una escuela de elite. La encomendó al cuidado de su amigo el capitán Peter Heywood y su esposa Frances Simpson. Heywood era un marino que había participado en la segunda invasión inglesa y que luego había actuado en las guerras contra Napoleón en la península ibérica, donde conoció a San Martín. Llegaron a combatir juntos en la batalla de Albuera a las órdenes del único británico que podía jactarse de haber gobernado Buenos Aires, William Carr Beresford. [706]

San Martín en Bélgica

Por entonces, las actuales Bélgica y Holanda estaban integradas en el Reino Unido de los Países Bajos, bajo la dinastía holandesa de los Orange. Esto era resultado del mapa europeo que, en el Congreso de Viena, habían acordado las potencias vencedoras de Napoleón, como parte del «equilibrio continental» de la restauración monárquica. Los belgas no estaban muy felices con esa «solución», y el movimiento nacionalista y liberal finalmente llevaría a la revolución independentista de 1830, aunque para cuando San Martín llegó a Bruselas la situación no había llegado a ese extremo.

A poco de arribar a Bélgica el general exiliado descargaba su dolor y, ¿por qué no?, su bronca por las injusticias que se habían cometido con su persona, en una carta a su amigo José Vicente Chilavert:

> A mi regreso del Perú (y no a mi retirada, como dice el *Argos*), yo no trepidé en adoptar un plan que al mismo tiempo que lisonjeaba mi inclinación, ponía a cubierto de toda duda mis deseos de gozar una vida tranquila, que diez años de revolución y guerra me hacían desear con anhelo: consiguiente a él establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza, y para hacer más inexpugnable mi posición corté toda comunicación (excepto con mi familia); yo me proponía, en mi retrincheramiento, dedicarme a los encantos de una vida agricultora y a la educación de mi hija. ¡Pero vanas esperanzas! En medio de estos planes lisonjeros, he aquí que el espantoso *Centinela* principia a hostilizarme; sus carnívoras falanges se destacan y bloquean mi pacífico retiro: entonces fue cuando se me manifestó una verdad que no había previsto, a saber, que yo había figurado demasiado en la revolución para que me dejasen vivir en tranquilidad. Conocí que mi posición era falsa y que a la guerra de la pluma que se me hacía, yo no podía oponer otra que esta misma arma, para mí desconocida. En lucha desigual me decidí a abandonar mi fortificación y adoptar otro sistema

de operaciones. He aquí mi primer plan destruido.

He tenido el honor de atravesar en compañía de usted el borrascoso Atlántico: sin trepidar me entrego nuevamente a sus caprichos, creyendo que en sus insondables aguas se ahogarían las innobles pasiones de los enemigos de un viejo patriota, pero contra toda esperanza. El *Argos* de Buenos Aires se presenta sosteniendo los ataques de su conciliador hermano, el *Centinela*, y protegido de Eolo y Neptuno, atraviesa el océano y en el mes de las tempestades arriba a este hemisferio con la declaración de una nueva guerra.

Aquí me tiene Ud., paisano, sin saber qué partido tomar. En mi retiro de Mendoza yo proponía una federación militar de provincias; vengo a Europa y al mes de mi llegada un agente del gobierno de Buenos Aires en París, que sin duda alguna acude a los consejos privados del ministro francés, escribe que uno u otro americano residente en Londres trata de llevar (metido en un bolsillo) a un reyecito para con él formar un gobierno militar en América. He aquí indicado al general San Martín… Por lo expuesto no sé qué conducta seguir, pues hasta la de desesperarme de las grandes capitales y vivir oscurecido en esta no ponen a cubierto de los respectivos ataques a un general que, por lo menos, no ha hecho derramar lágrimas a su patria… [707]

Pero no todas eran ingratitudes. Los miembros de la logia masónica *Parfaite Amitié* (Perfecta Amistad) de Bélgica no solo recibieron al Libertador como a un «hermano», sino que en su honor ordenaron acuñar una medalla con su efigie. Es uno de los pocos retratos de San Martín hechos en vida, encomendado a un famoso grabador de entonces, Jean Henri Simon.

San Martín recibió en Bruselas a su amigo y antiguo subordinado, el general Guillermo Miller. Allí el militar inglés le comentó su plan de escribir las memorias de aquella epopeya única para que el mundo de habla inglesa conociera las hazañas del Ejército Libertador. San Martín le ofreció documentos y toda su colaboración. Cuando recibió los primeros borradores, siempre atento a su histórica modestia, le advirtió:

Permítame que le haga una observación, la que espero que no atribuya a un exceso de moderación sino a verdadera justicia. Usted carga demasiado la mano en elogios míos: esto dará a su obra un aire de parcialidad, que rebajará su verdadero mérito. Conozco demasiado bien la honradez e independencia de su carácter para atribuir sus elogios por deferencia hacia mí; pero por lo general, la amistad no es, a la verdad, un juez bien imparcial. [708])

También se hace un tiempo para recibir a un periodista de la *Revue de París*, *monsieur* Baron, quien escribe una nota titulada «Los exiliados de Bruselas», que contrastaba violentamente con lo que escribían de él sus compatriotas de la prensa porteña:

Me acuerdo de un día en que se encontraban reunidos el general Zaldívar, que había figurado en las Cortes de España, Guillermo Pepe, el napolitano, y el Libertador del Perú, San Martín. Era un baile, y estas tres figuras morenas, velludas, de aspecto dominante, sobre todo la de San Martín, tan gallarda que hace pensar en Dogommier y en Kléber, formaron violento contraste con el tinte lechoso, lustroso, lamido de los *fashionables* belgas e ingleses […]. San Martín nos contaba, entre otras cosas, el paso de los Andes, cuando fue a liberar Chile. Era un canto de la Araucana. San Martín es, sin duda alguna, uno de los hombres más completos que puedan encontrarse: militar excelente, espíritu elevado, carácter firme, buen padre a la manera burguesa, hombre de fácil acceso y de un atractivo personal irresistible. Resulta incomprensible el reposo a que se ha condenado en pleno vigor de su edad y de su genio. [709])

En 1825 redactó las famosas *Máximas para mi hija*. Además de expresar su

ideario, el texto evidencia su preocupación por la «formación» que Merceditas había recibido de su abuela, doña Tomasa de la Quintana de Escalada. Las máximas eran las siguientes:

> 1º Humanizar el carácter y hacerlo sensible, aun con los insectos, que no perjudican. Sterne [710] ha dicho a una mosca, abriéndole la ventana para que saliese: «Anda, pobre animal, el mundo es demasiado grande para nosotros dos».
> 2º Inspirarla amor a la verdad y odio a la mentira.
> 3º Inspirarla una gran confianza y amistad, pero uniendo el respeto.
> 4º Estimular en Mercedes la caridad con los pobres.
> 5º Respeto por la propiedad ajena.
> 6º Acostumbrarla a guardar un secreto.
> 7º Inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones.
> 8º Dulzura con los criados, pobres y viejos.
> 9º Que hable poco y lo preciso.
> 10º Acostumbrarla a estar formal en la mesa.
> 11º Amor al aseo y desprecio al lujo.
> 12º Inspirarla amor por la Patria y por la Libertad. [711]

La tardía visita de un enviado del Perú

El general estaba en su casa de la rue de Fianceé número 1422 cuando golpearon a la puerta. El hombre que miraba sorprendido y admirado a San Martín era el peruano Juan Manuel Iturregui. Había partido desde Lima con la orden de no volver hasta encontrar al general argentino y ofrecerle todas las garantías y comodidades para que regresara al Perú. Una vez sentados cómodamente, Eusebio acercó café para los dos, al peruano en una taza y al general, como siempre, en un mate con bombilla.

El enviado comenzó a relatar su novelesca peripecia, que comenzó en 1823. Llegó a Chile y de allí cruzó la cordillera hacia Mendoza, donde le informaron que el general había partido hacia Buenos Aires. Cuando se disponía a partir hacia la capital, contrajo una infección que lo dejó postrado por más de un mes, así que cuando llegó a Buenos Aires, San Martín ya se había marchado hacia Europa. Regresó a Perú pero no se dio por vencido. En 1825 partió hacia Londres y allí le informaron que don José estaba en Bruselas y allí estaba ahora, con aquel hombre que venía siguiendo desde hacía dos años.

El general agradeció el empeño pero le advirtió que sentía un profundo desprecio por el hombre que le había encargado la misión, el ya fallecido presidente del Perú, Riva Agüero, porque lo hacía claramente responsable del golpe contra su ministro Bernardo de Monteagudo, ocurrido mientras él conferenciaba con Bolívar en Guayaquil. Pero para no ser descortés con aquel hombre que sospechaba de buena voluntad, se confesó ante él como pocas veces lo había hecho. Se mostró muy dolido por lo que pasó en el Perú tras su partida y le dijo que

> Jamás había temido ni por un instante que hubiese podido fracasar la independencia del Perú, una vez proclamada y estando sostenida por la opinión pública y por un ejército, aparte de las innumerables partidas de guerrilla que el odio a los españoles había creado en todos los ángulos de su territorio; que no obstante, había creído justo y conveniente entrar en un acuerdo de unión y amistad con el general Bolívar, así por la identidad de la misión de ambos en Sud-América, como para que aquel general auxiliase al Perú con parte de su ejército y se pusiese un término más corto a la guerra con los españoles, del mismo modo que el Perú había auxiliado a Colombia en la batalla de Pichincha, con cuyo objeto había procurado la entrevista que tuvo lugar con dicho general Bolívar en Guayaquil; que desde luego había encontrado en este general las mejores disposiciones para unir sus fuerzas a las del Perú contra el enemigo común, pero que al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente un plan ya formado y decidido de pasar personalmente al Perú y de intervenir en carácter de Jefe, tanto en la dirección de la guerra como en la de su política; que no permitiéndole su honor asentir a la realización de este plan, era visto que de su permanencia en el Perú, debía haber resultado un choque con el general Bolívar, (cuya capacidad militar y recursos para terminar pronto la guerra eran incontestables) y además el fraccionamiento en partidos, del Perú, como sucede siempre en casos semejantes, y conociendo las inmensas ventajas que todo esto debería dar a los españoles, se había decidido a separarse del teatro de los acontecimientos, dejando que el general Bolívar, sin contradicción ninguna, reuniese sus fuerzas a las del Perú y concluyese la guerra; que al tomar esta determinación había conocido muy bien que su separación del Perú le haría perder la gloria de concluir la obra que había no solo planteado, sino conducido, venciendo inmensas dificultades, hasta muy cerca de su término, exponiéndose al mismo tiempo a las glosas detractoras de la emulación y la maledicencia; pero que se penetró de que era un deber suyo hacer este nuevo, aunque grande sacrificio, ante las aras de la causa de América, a que había consagrado su vida. [712]

El viajero le agradeció la confianza y el haberle aclarado ciertas cosas que no llegaba entonces a comprender. El general le tendió la mano, le agradeció la visita y declinó aquella tardía invitación que tanto esperó en Mendoza y que hubiera cambiado su vida y la suerte de América.

San Martín y Rivadavia, again

El Libertador viajaba frecuentemente de Bruselas a Londres a ver a su hija y a visitar a amigos. La noche del 22 de marzo de 1825, lo invitaron a una cena. Solo le dijeron que serían de la partida algunos americanos. Grande fue su sorpresa cuando a poco de entrar a la casa entrevió la figura de uno de sus principales enemigos, don Bernardino Rivadavia, que había llegado a Londres con el fin de buscar capitales para su proyecto minero en Famatina, La Rioja. Nuevamente, como cuando se conocieron, el futuro primer presidente argentino le buscó la lengua al general sobre la forma más adecuada de gobierno para los Estados americanos, aburriendo a sus contertulios con su reconocida pedantería, que en este caso pretendía hacer gala de sus, según él, probadas virtudes republicanas.

La discusión fue subiendo de tono hasta que casi llegaron a las manos. Como caballero que era, San Martín decidió retar a duelo a don Bernardino y para eso le pidió a su amigo, ex médico del Ejército Libertador y ahora diplomático argentino, Paroissien, que le comunicara el desafío al destinatario:

> Mientras estaba cenando me llegó una nota de San Martín solicitándome que fuera a verle de inmediato […]. Descubrí que era para solicitarme que fuera portador de una nota de desafío dirigida a Rivadavia, a quien San Martín pensaba que era apropiado castigar por su rudo comportamiento la noche anterior.

El médico, junto con García del Río, logró calmar a San Martín con el valioso argumento de que no convenía mostrar a los ojos europeos las disidencias de dos americanos reconocidos en los gabinetes del viejo continente.

El provocador Rivadavia le había escrito en septiembre de 1824 a su ministro e insigne traidor a la patria, Manuel José García, en estos términos:

> Con respecto a este señor [San Martín] guardaré el decoro que se deben todos los hombres públicos, y que me debo a mí mismo; pero por lo que he visto y sentido con tanto dolor en dos conversaciones que tuve con él, y en que me esforcé inútilmente por hacerlo entrar en razón, es mi deber decir a Uds. para su gobierno que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él. Él por acá pierde cada día su concepto, aun entre sus más afectos: a los cinco días de mi arribo salió precipitadamente para Bruselas por donde fue seguido por el señor Paroissien. [713]

San Martín no guardaría ningún decoro al referirse varios años más tarde a la vida pública de Rivadavia como ministro y como presidente:

> Si yo viese a su afortunada patria, dar oídos a visionarios, y precipitar las reformas, confieso a V. que me alarmaría por su futura suerte. Tenga V. presente la que se siguió en Buenos Aires —por el célebre Rivadavia— que empleó solo en madera para hacer los andamios para componer la fachada de la que llaman Catedral, 60 mil duros, que se gastaron ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia, y comprar útiles para la construcción de un canal de Mendoza a Buenos Aires, que estableció un banco en donde apenas había descuentos, que gastó 100 mil pesos para la construcción de un pozo artesiano al lado de un río y en medio de un cementerio público. Y todo esto se hacía cuando no había un muelle para embarcar y desembarcar los efectos, y por el contrario deshizo y destruyó el que existía de piedra, y que había costado 600 mil fuertes en tiempo de los españoles, que el ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente, en fin que estableció el papel moneda, que ha sido la ruina del crédito de aquella república y la de los particulares. Sería no acabar si se enumerasen las locuras de aquel visionario, y la administración de un gran número de mis compatriotas —creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea— con los decretos que diariamente llenaba lo que se llamaba Archivo Oficial. [714])

Soñando el regreso

Junto con la inquietud por la educación de su hija, San Martín afrontaba problemas financieros. El gobierno bonaerense le adeudaba sus sueldos atrasados como general y no mostraba ningún interés en ponerse al día. Por el contrario, se alegraba de sus males.

Tampoco era sencillo recibir el cobro de los alquileres de sus casas en Buenos Aires y la chacra de Barriales,[715] otras de sus fuentes de ingresos, y de los que se encargaba su cuñado y antiguo subordinado, Manuel de Escalada. Su renta más fluida

provenía de los fondos invertidos por Álvarez Jonte en Londres, la principal plaza especulativa de la época. Pero ya entonces sobre ese mundo revoloteaban los «buitres» y sus aguas estaban llenas de «tiburones» de las finanzas, y se produjo lo que los historiadores ingleses bautizaron el «Pánico de 1825». Era el inicio de las crisis cíclicas del capitalismo. Las exportaciones textiles inglesas, en constante aumento desde el comienzo de la Revolución Industrial, llegaron a su «techo» a comienzos de la década de 1820, con lo que los capitales empezaron a buscar inversiones más redituables que las hilanderías y tejedurías fabriles. La especulación con los empréstitos de las nacientes repúblicas latinoamericanas, entre ellos el tristemente célebre de la banca Baring Brothers, suscripto por el gobierno bonaerense, [716] creó una burbuja financiera que estalló en 1825, [717] arrastrando a la quiebra a 66 casas bancarias inglesas, con el consiguiente tendal de ahorristas y pequeños inversores perjudicados, entre ellos, el general San Martín.

A fines de 1826, posiblemente al no poder costear las 130 libras anuales que cobraba el Hampstead College, entonces una renta importante, el Libertador decidió llevar a Merceditas a Bruselas, donde ingresó en un colegio de monjas.

En medio de sus problemas, San Martín se mantenía informado de las noticias de América del Sur, en parte por los periódicos y, sobre todo, por su correspondencia con sus amigos y antiguos colaboradores: Tomás Guido, Bernardo O’Higgins y Gregorio «Goyo» Gómez, entre sus más asiduos corresponsales. Al enterarse del inicio de la guerra con el Brasil, el Libertador tomó la decisión de ofrecer sus servicios al país. Pero recién con la caída de Rivadavia, en 1827, y la asunción de Manuel Dorrego, [718] se embarcó rumbo a Buenos Aires. Así lo comentaba en carta a O’Higgins:

> Ya habrá usted sabido la renuncia de Rivadavia; su administración ha sido desastrosa y solo ha contribuido a dividir los ánimos. Él me ha hecho una guerra de zapa sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona. Con un hombre como este al frente de la administración, no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra el Brasil, por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados; con el cambio de administración he creído mi deber el hacerlo, en la clase que el gobierno de Buenos Aires tenga a bien emplearme: si son admitidos, me embarcaré sin pérdida de tiempo, lo que avisaré a usted.[719]

En su respuesta O’Higgins no se queda atrás en cuanto a sus apreciaciones sobre Rivadavia. Comienza quejándose de la permanente violación y secuestro de la correspondencia que le envía San Martín por parte de la administración rivadaviana:

> Hasta la evidencia se podría asegurar que las ocho o diez cartas que veo por su apreciable del 29 de septiembre del año pasado, se han escamoteado, como las que he escrito a usted paran en poder del hombre más criminal que ha producido el pueblo argentino. Un enemigo tan feroz de los patriotas como don Bernardino Rivadavia estaba deparado, por arcanos más oscuros que el carbón, para humillarlos y para la degradación en que su desastrosa administración ha dejado a un pueblo generoso que fue la admiración y la baliza de las repúblicas de la América del Sud. Este hombre despreciable no solo ha ejercido su envidia y su encono en contra de usted; no quedaba satisfecha su rabia; y acudiendo a su guerra de zapa, quiso minarme en el retiro de este desierto, donde por huir de ingratos, busco mi subsistencia y la de mi familia con el

> sudor de mi frente. [720])

Aunque no recibió respuesta a su ofrecimiento, decidió retornar y tenía planeado traer con él a Merceditas. Evidentemente, el general soñaba con un regreso definitivo. Antes de hacerlo, quiso conocer su admirada Francia, aunque sabía que iba a tener a la policía francesa siguiéndole las pisadas e informando al gobierno de cada movimiento del «antiguo jefe de los ejércitos insurgentes del Río de la Plata, Chile y Perú». El tremendo frío de diciembre en Bruselas hizo sentir más fuerte su artritis reumatoidea y decidió buscar algún alivio en las termas de Aquisgrán, [721] y luego recorrer un poco Francia. Se lo vio por París, Lyon, el histórico puerto de Marsella, Tolón, Nimes, Tolosa, Burdeos y Tours, la ciudad del otro San Martín, para regresar a París, pasando por el bello mediodía francés y partir hacia Bruselas, adonde llegó en los primeros días de abril de 1828. [722]

A comienzos de junio, ya repuesto, le escribía a Tomás Guido:

> Creo que tendré el gusto de ver a Ud. a fines del presente año, a menos que el cambio de esa plaza no suba en términos de poder permanecer en Europa [723] hasta la conclusión de la educación de mi niña, pues me es absolutamente imposible poder subsistir por más tiempo, no pudiendo percibir más que el tercio de lo que me produce mi finca. Esta circunstancia me altera todo mi plan, pues tendré que separarme de mi hija, siendo doloroso que no concluyese su educación, habiendo hecho el viaje con este objeto. [724]

El 12 de julio retiró a Mercedes de la pensión porque empezaban las vacaciones de verano y regresó en su compañía a los baños termales de Aquisgrán.

De regreso finalmente, decidió volver a la patria sin Mercedes, en compañía de su inseparable Eusebio Soto. Su amigo Miller se encargó de comprarle en Londres el pasaje, a nombre de «José Matorras» para eludir la vigilancia de los servicios de espionaje español y francés. El Gran Jefe emprendía el regreso a su querida patria.

Volver

Si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado.

José de San Martín, carta a su amigo Bernardo O'Higgins

El 21 de noviembre de 1828, San Martín y Eusebio Soto viajaron de Bruselas a Londres; de allí, seis horas en diligencia hasta la bellísima Canterbury, la ciudad de los célebres cuentos picarescos, para visitar al general Miller y su familia. Tras unos días de largas charlas que le vinieron muy bien a Miller para avanzar en la escritura de sus memorias, los viajeros siguieron rumbo al puerto de Falmouth, en el sudeste de Inglaterra, para embarcarse con destino al Río de la Plata en el barco *Countess of Chichester*, que había iniciado los viajes del «paquete» (correo regular) cuatro años antes.

Cuando el barco inglés hizo escala en Río de Janeiro, el 15 de enero de 1829, el Libertador pudo enterarse por la prensa local de una grave noticia que lo llenó de indignación y dolor y que lo haría meditar seriamente sobre la conveniencia de desembarcar en Buenos Aires: su antiguo oficial de Granaderos, Juan Lavalle, había derrocado, perseguido y hecho fusilar al coronel Manuel Dorrego, con lo cual la guerra civil recomenzaba en el país. La presencia de «José Matorras» en Río no pasó desapercibida. El encargado de negocios de Francia en el Brasil, *monsieur* Pontor, se apresuró a escribir a su jefe del Quai d'Orsay, el conde de La Ferronnay:

> Un hecho saliente en las circunstancias presentes es la llegada inesperada del famoso general San Martín, que vivía retirado en Inglaterra después de varios años. Llegó aquí en el último paquebote, bajo el nombre del señor San Martín. Guardó el incógnito y continuó inmediatamente su ruta para Buenos Aires. Algunas personas que lo conocen, aseguran que su regreso no tiene ningún fin político y que reveses múltiples que ha sufrido su inmensa fortuna adquirida en la invasión del Perú son la sola causa. El señor Tudor, encargado de negocios de los Estados Unidos, cree que podía tener propósitos sobre el Perú. Sea lo que fuere, lo cierto es que llega a Buenos Aires muy oportunamente y que en el estado de desorden y de anarquía en que se encuentra esta república es muy posible que sus pasados servicios y su reputación hagan pensar en él para ponerlo al frente de los negocios públicos.[725]

Monsieur Pontor no estaba muy informado sobre la vida de San Martín. Obviamente, no había viajado bajo su nombre verdadero, no vivía en Inglaterra sino en Bélgica y estaba muy lejos de perder una fortuna que nunca tuvo. Pero la carta es interesante porque refleja el revuelo que comenzaba a levantar la llegada del Libertador al Río de la Plata y las expectativas políticas que despertaba.

En la ciudad de la furia

San Martín divisó la silueta de la ciudad de Buenos Aires desde la cubierta del barco. Ya había decidido no desembarcar, una decisión dolorosa pero que él creía necesaria. No habría flores para Remedios, ni recorrida por aquellos lugares donde fueron fugazmente felices. Las prevenciones del general se vieron inmediatamente confirmadas por un artículo firmado por Florencio Varela, publicado por el diario rivadaviano *El Pampero* bajo el sugestivo título de «Ambigüedades», en el que se decía:

> En esta clase reputamos el arribo inesperado a estas playas del general San Martín, sobre lo que diremos, a más de lo expuesto por nuestro coescritor *El Tiempo*, que este general ha venido a su país a los cinco años, pero después que ha sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil. [726]

El general permaneció en el buque a la espera de la partida hacia Montevideo. Cuando sus queridos amigos y compañeros, el coronel Manuel de Olazábal y el sargento mayor Pedro N. Álvarez de Condarco, llegaron al barco a visitarlo con una caja de duraznos como obsequio, San Martín les dijo: «Yo supe en Río de Janeiro sobre la revolución encabezada por Lavalle y en Montevideo el fusilamiento de Dorrego. Entonces me decidí venir hasta balizas, permanecer en el paquete, y por nada desembarcar, atendiendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar, y regresar a Europa. Mi sable no se desenvainará jamás en guerras civiles». Así lo cuenta el propio Olazábal en sus memorias, quien también nos dice que había engordado y estaba canoso, pero que mantenía los ojos centelleantes de siempre. En la misma carta en que le solicitaba pasaportes para él y Eusebio, San Martín le decía al ministro de Gobierno de Lavalle, general José Miguel Díaz Vélez, [727] el 7 de febrero:

> A los cinco años justos de mi separación del país he regresado a él con el firme propósito de concluir mis días en el retiro de una vida privada, mas para esto contaba con la tranquilidad completa que suponía debía gozar nuestro país, pues sin este requisito sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en la revolución no podía prometérsela, por estricta que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de las opiniones. Así es que en vista del estado en que se encuentra nuestro país y por otra parte no perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia. [728]

Los pasaportes fueron concedidos y todo Buenos Aires se enteró de que el general no desembarcaría y marcharía a Montevideo. El diario unitario *El Tiempo*, continuando la tradición rivadaviana, comenzaba su campaña contra San Martín en estos términos:

> Llegar a Montevideo, no desembarcar allí, fondear en nuestros puertos y en el acto y sin saltar a tierra, pedir su pasaporte para regresar a aquella plaza, es una comportación que parecería inexplicable si no hubiera algunos datos por donde poderla juzgar, pero que *El Tiempo* no pretende indicar en manera alguna. Baste decir que es imposible que el general San Martín llegara a nuestras balizas sin estar perfectamente impuesto de lo ocurrido en Buenos Aires desde el día 1º de diciembre; en el Janeiro se impondría de los principales sucesos y en Montevideo de todos sus pormenores y consecuencias del estado actual del país. No nos parece por lo tanto que sean las circunstancias políticas de hoy consideradas en general las que

hayan decidido al señor San Martín a regresar a Montevideo desde nuestros puertos sin siquiera desembarcarse. Él ha recibido a bordo muchas visitas de sus amigos; se habrá impuesto por consiguiente de que en el día de hoy no se sostiene otra lucha en Buenos Aires que la del orden contra la anarquía y tampoco ignorará que en este país no hay hombres precisos. De lo que acaso en su larga ausencia no haya tenido proporción de juzgar con exactitud. Deseamos que el general tenga un buen viaje y que se desvanezcan cuanto antes todos sus escrúpulos. [729]

Argentinos, derechos y humanos

La campaña continuó y el 12 de febrero, aniversario de la batalla de Chacabuco, *El Tiempo* publicaba tramposamente en la sección correspondencia, una nota firmada por «unos argentinos». Creo de importancia transcribirla completa para que los lectores puedan apreciar la calaña de la prensa canalla de entonces. La rivadaviana nota decía:

> Sabéis General que nuestra patria triunfante, mientras ha durado vuestra larga ausencia en la gloriosa lucha contra el emperador de Brasil, celebró una paz honrosa [730] y que por consecuencia de aquel memorable acontecimiento pocos meses ha, las bocas del Río de la Plata quedaron abiertas a la comunicación del mundo. Ahora queremos hacer notar que es un capricho singular de nuestra fortuna, el que después de aquel período histórico seáis, vos General, tal vez el guerrero más ilustre de la República Argentina, uno de los primeros que hayan visitado las aguas de nuestro río. También es raro que cuando estábamos para alcanzar la dicha, de que permanecieseis entre nosotros hayáis encontrado el país indigno de habitarlo, y regreséis sin verlo. ¿Cómo podremos haceros arrepentir, General, de la idea de burlar nuestra esperanza? ¿Qué podremos ofrecer que os halague si no queréis ni ser compañero nuestro, ni nuestro guía, ni nuestro consejero? Viviendo con nosotros mil veces habréis podido tener ocasión de darnos ejemplos útiles y palpables de moderación y de paciencia; habríais intervenido alguna vez como árbitro en las contiendas domésticas o como consejero fiel en los conflictos comunes; en fin, habríais asistido como todos nosotros y cada uno con su propia ofrenda a los ministerios indispensables y sagrados de la patria, ya fuese que se quemara en sus altares el aroma y el incienso como en los días de júbilo, ya fuese que cerrados sus templos la discordia azotase las ciudades y los campos sacudiendo sus teas incendiarias como en los días de turbación.
>
> Nos abandonáis, sin embargo, General; pero sin inquietarnos por los motivos que os induzcan a dar este paso, podemos manifestaros que la gratitud nos obliga a dejaros dueño de vuestro destino y que el cuidado de nuestra propia suerte nos impone la necesidad de armarnos del coraje sublime de habitar la patria a la que pertenecemos viviendo en ella lo mismo en los días en que el orden es sólido, y la unión perfecta y sincera que en aquellos en que jefes y partidos intratables manifestasen insaciables pasiones y principios que no debiesen dejar triunfar.
>
> ¿Adónde iríamos huyendo de nuestra patria que la ignominia y el desdoro que publicásemos de ella no nos cortejasen también? ¿Cómo partir de las riberas del Río de la Plata gritando a todo el mundo que no hay en sus márgenes un solo punto habitable? Confesamos que esta resolución es imposible para nosotros. Los que dejáis en el país, de cuyo estado parecéis asustado y temeroso, olvidándose de su propia flaqueza por acordarse solo de la dignidad de la patria, creed, que antes de imitar vuestro ejemplo, preferirán con orgullo perecer en la tormenta por no defraudarla voluntariamente en uno solo de sus hijos de cualquiera capacidad, cualquier talento que pudiese echar mano en las necesidades de su situación. No olvidéis, cuando merezcamos el favor de un recuerdo, que a ningún hombre por grande que sea su mérito, le es permitido divorciarse con la patria y mucho menos si con pretensión orgullosa de lo que no os acusamos, general, pretende tener toda la razón de su parte, concediendo a su sola opinión todos los derechos de la verdad. [731]

Otros argentinos se sintieron dolidos por esta nota cobardemente anónima firmada por «unos argentinos» y lo hicieron público a través de la *Gaceta Mercantil:*

> El general San Martín tiene derechos especiales para que la historia le designe largas páginas y ellas sirvan de modelo para las generaciones venideras; mas entretanto corre ese largo período, nosotros los presentes, recordaremos con respeto los días gloriosos que su época nos dio; quisiéramos que su conducta ulterior aunque en nuestra opinión es arreglada, no hubiese servido de pretexto para que los titulados Argentinos, en consonancia con El Tiempo, olvidando todas las consideraciones y lo que es más, la celebridad del día en que tuvo su origen la república chilena por la batalla de Chacabuco, rompan los diques de la moderación y arrojen el viento de sus tenaces pasiones sobre la sombra de un hombre cuyo rango y opinión está suficientemente justificado ante el mundo todo.
>
> Para llenar este deber su barómetro serán los hechos y decididos servicios de este general para llevar la libertad en triunfo hasta el Pichincha, su política liberal y filosofía para guardar un silencio sepulcral en medio de los combates de sus enemigos, garantido de su conciencia justificada; principio poderoso para esperar su conservación en la vida privada que ha adoptado con mortificación de sus enemigos implacables, concluyendo con recordar a estos que si ellos, el día consagrado al aniversario de la batalla de Chacabuco, primero de la existencia de la república chilena, han empleado su pluma para denigrar el carácter del fundador de ella, eso mismo y la justificación de la injusticia de sus alevosos tiros derrama esta breve contestación de un jefe del Ejército Libertador, al mando del general San Martín. [732]

El general San Martín conocía perfectamente a esos «argentinos» que firmaban la nota de *El Tiempo,* a los que les había dedicado un párrafo notable en la carta dirigida a su amigo O’Higgins, que citamos más arriba.

Su gran amigo, Tomás Guido, le escribía:

> Mucha satisfacción me ha dado el saber que usted llegó felizmente a Montevideo y que está fuera de contacto de las pasioncillas que aquí se agitan. […] Hay otro negocio sobre el cual gustaría saber la resolución de usted prontamente, si no hay sistema en ocultarlo; tal es: si usted se resuelve pasar o no al Perú. Quizá considere usted impertinente esta pregunta; no lo es, si usted se persuade de que el interés de América y simpatías indelebles por usted me mueven a esta averiguación. Estoy informado de que usted ha sido llamado por el general La Mar y que se le han acordado a usted sus honores y sueldos; creo también que su presencia en Lima contribuiría decididamente a que se pagasen los haberes vencidos; pero no son esos intereses los que yo quiero saber si a usted lo llevarán a aquel país; es, en una palabra, y bajo la reserva de que usted sabe soy capaz, si usted se decidirá a tomar parte activa en la suerte del Perú, comprometido hoy en una guerra justa y con muy pocos hombres que lo presidan. […]
>
> Buenos Aires continúa marchando bajo el mismo sistema que en diciembre; se aceleran los preparativos para una fuerte expedición contra los gobernadores de las provincias interiores. Hoy sin embargo se asegura que el general Rivera ha ofrecido mediar entre las partes beligerantes para evitar la guerra civil.

San Martín en Montevideo

En Montevideo fue recibido por el jefe del naciente Estado, el general Rondeau, [733] quien le ofreció alojarse en su residencia oficial. San Martín agradeció la hospitalidad pero prefirió alquilar una habitación en la posada Fonda de Carreras. La fonda estaba ubicada en el centro de la ciudad, en la Plaza Matriz; tenía dos pisos. En la planta baja estaban el café y el salón comedor y en la alta, la posada con habitaciones a la

calle. Pero ante la insistencia de varios amigos, se mudó el 19 de febrero a la finca El Saladero, de Gabriel Pereira, en el actual parque Battle y Ordóñez.

En aquellos primeros días en Montevideo, el general recorrió la ciudad en compañía de su inseparable Eusebio y pudo visitar al coronel Eugenio Garzón, ministro de Guerra del Uruguay. Le contó de su recorrida y le aconsejó que demoliera las murallas de la ciudad-puerto porque iban a contener la expansión urbanística de la ciudad y porque como elemento de defensa habían quedado arcaicas e inútiles frente a la artillería de las nuevas naves de guerra europeas. [734] También se hizo tiempo para responder a la honorable invitación a asistir como espectador a las sesiones de la Asamblea Legislativa en las que se debatía la carta orgánica del Uruguay. En una cena se pudo reencontrar con su cuñado Manuel Escalada.

El general leía por las mañanas, antes de partir a su habitual recorrida por la ciudad, las noticias de Buenos Aires. Así pudo enterarse de que, acusados de encabezar un intento de golpe contra Lavalle, habían sido deportados algunos miembros del federalismo porteño como Juan José y Tomás de Anchorena y Tomás de Iriarte, entre otros. Al llegar a Montevideo todos ellos quisieron ver al Libertador y contarle su versión de los hechos, pero el general no olvidaba el desprecio de Anchorena por el plan del Inca y su desinterés absoluto por la ayuda requerida por su enviado Gutiérrez de la Fuente; ni la colaboración activa de Iriarte en las campañas difamatorias de Alvear. Uno de los recién llegados, el coronel Garzón, pensaba proponerle que se pusiera a la cabeza de una invasión a Buenos Aires para deponer a Lavalle y fusilarlo. [735]

En una carta a O'Higgins fechada 13 de abril de 1829, San Martín le contaba que Lavalle había enviado a dos delegados, el coronel Trolé y Juan Andrés Gelly, para ofrecerle el mando de la provincia y dejaba muy en claro por qué no había aceptado el ofrecimiento del asesino de Dorrego:

> El objeto de Lavalle era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantir, por mi parte y por la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1º de diciembre; pero usted conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Por otra parte, los autores del movimiento del 1º son Rivadavia y sus satélites, a usted le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no solo a este país, sino al resto de la América, con su infernal conducta; si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado.

A quienes les pueda parecer parcial la inculpación a Rivadavia que hace San Martín por el asesinato de Dorrego, les va a ayudar leer este oficio reservado, dirigido al Foreign Office por el representante británico en Buenos Aires, Mr. Woodbine Parish, insospechable de ser partidario de Dorrego, donde señalaba:

> He oído decir, sin embargo, que no hay duda de que el general Lavalle fue instigado a realizar ese acto por los partidos de Buenos Aires y me han asegurado que su muerte fue bien conocida en la ciudad por el señor Agüero, antiguo principal ministro de Rivadavia, la misma noche de su ejecución. Es difícil al

> presente hablar positivamente sobre este tema, pero está muy generalizada la creencia que muchos de los miembros del viejo gobierno de Rivadavia y sus íntimos partidarios tuvieron una reunión secreta no bien recibieron las primeras nuevas de que el gobernador había sido hecho prisionero y despacharon un mensajero a Lavalle con el resultado de sus opiniones para que supiese qué debía hacer. Muchas circunstancias prueban este hecho de un modo indudable y lo hace aún más creíble el que los hombres de ese partido eran conocidos como los primeros autores de la revolución. [736]

En diálogo franco con el capitán Manuel Pueyrredón, San Martín ratificó su decisión de rechazar la propuesta de Lavalle de descargar sobre sus espaldas el desastre armado por él mismo y sus «asesores» rivadavianos:

> Yo no podía aceptar sus ofertas porque José de San Martín poco importa, pero el general San Martín da mucho peso a la balanza y tú sabes que he sido el enemigo de las revoluciones, que no podía ir a ponerme el servicio de una de ellas. Cuando Bolívar fue al Perú, yo tenía ocho mil hombres, podía sostenerme, arrojarlo; pero era preciso dar el escándalo de una guerra civil entre dos hombres que trabajaban por la misma causa y preferí resignar el mando. [737]

Finalmente, dada la importancia de la oferta y del contexto en que se hacía, San Martín se dirige directamente a Lavalle, pasando por encima de los intermediarios, y aprovecha para darle un consejo que su ex subordinado lamentablemente no escuchará:

> Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame usted, General, le haga una sola reflexión, a saber: que aunque los hombres en general juzguen de lo pasado según su verdadera justicia, y de lo presente, según sus intereses, en la situación en que usted se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halle usted empeñado; porque esta situación no depende de los demás sino de uno mismo. [738]

El camino hacia el exilio definitivo

Habían pasado tres meses desde su llegada a Montevideo, días intensos de ofertas de poder, de ataques furibundos, de galantes recepciones y profundas meditaciones antes de emprender el regreso, que el general intuía definitivo, a Europa. El día de su partida del Río de la Plata, le escribía al oriental Fructuoso Rivera:

> Dos son las principales causas que me han decidido a privarme del consuelo de por ahora estar en mi patria: la primera, no mandar; la segunda, la convicción de no poder habitar mi país, como particular, en tiempos de convulsión, sin mezclarme en divisiones […]. Mi carácter no es propio para el desempeño de ningún mando político […] y habiendo figurado en nuestra revolución, siempre seré un foco en que los partidos creerán encontrar un apoyo […]. Firme e inalterable en mi resolución de no mandar jamás, mi presencia en el país es embarazosa. Si este cree, algún día, que como soldado le puedo ser útil en una guerra extranjera (nunca contra mis compatriotas), yo le serviré con la lealtad que siempre lo he hecho. [739]

Una carta para la historia

San Martín se tomó su tiempo para contestar a su «lancero amado» con esta carta memorable fechada en Montevideo el 3 de abril de 1829, cuya completa lectura es más que aconsejable:

> El estado de mis intereses, es decir la depresión del papel moneda en Buenos Aires no me permitían vivir por más tiempo en Europa; con los réditos de mi finca, los que alcanzaban a cerca de seis mil pesos, pero que puestos en el Continente quedaban reducidos a menos de mil quinientos, me resolví a regresar al país con el objeto de pasar en Mendoza los dos años que juzgaba necesarios para la conclusión de la educación de mi hija y a agitar por la mayor inmediación el cobro no del todo, pero sí de alguna parte de mi pensión del Perú, pues yo no contaba ni podía contar con sueldo alguno de mi país, y al mismo tiempo haciendo el ensayo de si con los cinco años de ausencia y una vida retirada podía desimpresionar a lo general de mis conciudadanos que toda mi ambición estaba reducida a vivir y morir tranquilamente en el seno de mi patria. Todos estos planes han sido frustrados por las ocurrencias del día. Pasemos ahora al punto capital, es decir, el de mi regreso a Europa. Las agitaciones de 19 años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido y más que todo, las difíciles circunstancias en que se halla en el día nuestro país, hacen clamar a lo general de los hombres que ven sus fortunas al borde del precipicio, y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que nos rigen y que en mi opinión es donde está el mal, sino por un gobierno vigoroso, en una palabra militar; porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra […]. Ahora bien, partiendo del principio que es absolutamente necesario el que desaparezca uno de los partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible, sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos, y cual otro Sila,[740] cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, jamás, mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan que ser yo instrumento de tamaños horrores; por otra parte, después del carácter sanguinario con que se han pronunciado los partidos, no me sería permitido por el que quedase victorioso, usar de una clemencia necesaria y me vería obligado a ser agente del furor de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza. Mi amigo, veamos claro, la situación de nuestro país es tal, que al hombre que lo manden no le queda otra alternativa que la de apoyarse sobre una fracción o renunciar al mando; esto último es lo que hago. Muchos años hace que usted me conoce con inmediación, y le consta que nunca he suscrito a ningún partido, y que mis operaciones y resultados de estas, han sido hijas de mi escasa razón y del consejo amistoso de mis amigos; no faltará quien diga que la patria tiene derecho a exigir de sus hijos todo género de sacrificios, esto tiene sus límites; a ella, se le debe sacrificar la vida e intereses, pero no el honor. […] Si sentimientos menos nobles que los que poseo a favor de nuestro suelo fuesen el Norte que me dirigiesen, yo aprovecharía de esta coyuntura para engañar a ese heroico, pero desgraciado pueblo, como lo han hecho unos cuantos demagogos que, con sus locas teorías, lo han precipitado en los males que lo afligen y dándole el pernicioso ejemplo de perseguir a los hombres de bien, sin reparar a los medios. Después de lo que llevo expuesto, ¿cuál será el partido que me resta? Es preciso convenir que mi presencia en el país en estas circunstancias, lejos de ser útil no haría otra cosa que ser embarazosa, para los unos y objeto de continua desconfianza para los otros, de esperanzas que deben ser frustradas; para mí, de disgustos continuados. [741]

Y cerraba reiterando la frase que ya había estampado en su renuncia como Protector del Perú: *«La presencia de un militar afortunado es temible a los Estados que de nuevo se constituyen».*

Agregaba el general una posdata significativa:

> Si no fuese a usted, Goyo Gómez u O'Higgins, con quienes tengo lo que se llama una sincera amistad y que conocen mi carácter, yo no me aventuraría a escribir a nadie con la franqueza que lo he hecho, pues se creería un exceso de orgullo. [742]

Cuenta Tomás de Iriarte en sus memorias que acompañó a San Martín hasta el barco que lo conduciría al exilio definitivo.

> El general San Martín se embarcó para Europa; lo acompañé al paquete hasta el momento de hacerse este a la vela. […] San Martín me aconsejó que en el momento que cayese Lavalle y su partido no debíamos perder tiempo en regresar a Buenos Aires a fin de tomar una parte activa en los negocios, y perseguir con tesón al círculo británico hasta anularlo. Balcarce, Martínez y yo habíamos, colectiva e individualmente, hecho los mayores esfuerzos para que el general San Martín esperase el término de la guerra, cuyo fin y resultado se veía ya próximo, para pasar a Buenos Aires a ponerse al frente de los negocios públicos. Pero San Martín nos opuso constantemente la más incontrastable resistencia: nos dijo que deseaba vivir y morir en el país, porque encontraba un gran vacío en Europa, que le repugnaban las costumbres de etiqueta, los hábitos que estaban en oposición con su carácter franco de soldado, pero que había resuelto expatriarse y no volver al país, mientras asomase la guerra civil y la anarquía. [743]

Una clase en Waterloo

El general y Eusebio llegaron al puerto inglés de Falmouth el 27 de junio de 1829. Cuando se dirigían en diligencia hacia Londres, el vehículo volcó. El criado resultó ileso pero el general sufrió una grave herida en el brazo provocada por los vidrios rotos de su ventanilla. La herida tardará más de tres meses en cicatrizar. Para noviembre estaba de regreso en su casa de Bruselas. Vivía una situación económica difícil, o como decía en una carta de entonces, «embarazosa». No recibía su pensión del gobierno peruano, ni mucho menos la argentina, ni tampoco los alquileres de sus propiedades.

Ya repuesto de su herida, San Martín recibió la visita de Miguel de la Barra, diplomático chileno acreditado ante la corte de Francia, hermano de un ex combatiente del Ejército Libertador. San Martín se ofreció para acompañarlo a Waterloo, en la provincia de Brabante, a unos 20 kilómetros de Bruselas. La excursión sería a caballo y… ¿quién en su sano juicio podía rechazar la invitación de conocer semejante campo de batalla en compañía de un gran estudioso de la vida de Napoleón y comprobado estratega? De la Barra cuenta:

> Cabalgaba el general San Martín con gallardía demostrando ser un consumado jinete. El cicerone no nos fue necesario, porque este general nos explicó el desarrollo de la batalla de un modo tan claro y preciso —al mismo tiempo que muy pintoresco— que parecía que había estudiado mucho de las batallas de Napoleón en el terreno mismo. Nos dimos cuenta perfecta del primer ataque y victoria de Bonaparte y enseguida el cambio completo del plan, cuando apareció en escena Blücher. Criticó el general San Martín los movimientos como solo él sabe hacerlo. Era hermoso y emocionante oír a este genio militar, explicando sobre el terreno a Napoleón. Regresamos al galope en una hermosa tarde de verano, con San Martín erguido y silencioso, a la cabeza. Parecía que el recuerdo de sus victorias embargaba por completo al gran expatriado. [744]

Pensando en París

Su vida austera y la ayuda de algunos amigos le permitieron sobrellevar las penurias. Caminaba todos los días hasta la Sociedad de Comercio, a la cual se había abonado para almorzar y cenar por un módico precio.

El 25 de agosto de 1830 se produjo la revolución liberal que proclamó la independencia de Bélgica. Algunos «hermanos» belgas, encabezados por el burgomaestre de Bruselas, barón de Wellens, le propusieron que prestase sus servicios a la causa y se pusiese al frente de las tropas revolucionarias. El general agradeció la deferencia pero prefirió salir del país, rumbo a Francia, donde estaba su hermano Justo y con quien para entonces ya tenía una excelente relación. Temía por su hija Mercedes, que con sus catorce años recién cumplidos y salida del colegio de monjas, lo acompañaría de ahora en más.

San Martín en París

El panorama de Francia tampoco era muy tranquilo, pero parecía ya mucho más encauzado. En las «jornadas revolucionarias» del 27 al 29 de julio de 1830, la población de París se había levantado contra el absolutismo, ejercido por el rey Carlos X, y tras luchar en las barricadas —inmortalizadas en la pintura de Eugène Delacroix, *La Libertad guiando al pueblo*— había terminado llevando al trono a Luis Felipe de Orleans e iniciaba una monarquía constitucional, de tipo liberal.

Antes de llegar a París pasó nuevamente por Aix-la-Chapelle para aliviarse de sus eternas dolencias. Una vez en la capital francesa alquiló un departamento en la rue de Provence, cerca de la Ópera de París.

El general y el banquero

A través de su hermano Justo, San Martín conoció entonces a un personaje sobre el que mucho se ha especulado, Alejandro Aguado. Aunque en más de una ocasión se les ha atribuido haberse encontrado en España, durante la guerra contra la ocupación francesa, e incluso haber pertenecido a la misma logia, la minuciosa investigación de Armando Rubén Puente permite concluir que fue recién con la radicación de San Martín en Francia que se hicieron amigos. [745]

Aguado es por cierto un personaje digno de protagonizar una novela sobre la

primera parte del siglo XIX español y europeo. Nacido en 1785 en Sevilla, miembro de una rica familia de terratenientes y negociantes vinculados al comercio con Cuba (donde estaban radicados parientes de su madre), ingresó a los catorce años en el ejército español. Hasta la caída de Sevilla en manos francesas, a comienzos de 1810, estuvo al servicio de los reyes Borbones y de la Junta Central. Pero luego juró fidelidad a José Bonaparte, al igual que muchos otros oficiales de ideas liberales, ante la debacle española y las reformas iniciadas por el monarca impuesto por Napoleón. Aguado, como coronel de lanceros, siguió hasta el final de la guerra en el bando de los «afrancesados» que, con la derrota de 1813, debieron exiliarse en Francia. Allí, gracias a los giros de su madre, que había seguido fiel a Fernando VII, comenzó a dedicarse a los negocios de importación de especias, naranjas y aceitunas andaluzas y productos cubanos, con los que empezó a acumular una pequeña fortuna que luego se convirtió en grande, como hábil especulador bursátil. El vuelco de la política española en 1823 lo proyectó más lejos: Fernando VII acordó hacerse cargo de los gastos de los cien mil franceses que ocuparon su reino para que pudiera gozar nuevamente de poderes absolutos, lo que significó para el tesoro un rojo más que considerable y que lo llevó a contratar empréstitos en el extranjero. Compitiendo nada menos que con la banca Rothschild de Londres, la más poderosa de entonces, Aguado se las ingenió para convertirse en agente de una serie de empréstitos españoles, que lo convirtieron en un gran banquero. Ávido de fondos, don Fernando no solo le perdonó su pasado al servicio de los Bonaparte, sino que en 1829 le concedió el título nobiliario de marqués de las Marismas del Guadalquivir, por un ambicioso proyecto de inversión para canalizar ese río andaluz y drenar sus pantanos, ganando tierras de cultivo para un plan de colonización agraria.

Aguado solía ayudar a los emigrados liberales españoles y era, además, un «hombre de mundo», mecenas de artistas, a los que gustaba reunir en su mansión del llamado *Petit Bourg*, sector de la comuna de Évry, entre las barrancas del Sena y el camino a Fontainebleau, a unos 25 kilómetros de París, de la que había sido nombrado Intendente en 1831 por el rey Luis XVIII, quien le había otorgado la nacionalidad francesa y la Legión de Honor. La propiedad era un *château* del siglo XVII, frecuentado por el «rey sol» Luis XIV, que Aguado había comprado en 1827 y al que refaccionó y amplió con una finca cercana. En las paredes del palacete podían admirarse antiguos gobelinos y cuadros de Tiziano, Leonardo da Vinci, el Tintoretto, Rembrandt, El Greco y Murillo, entre otras maravillas. La colección pictórica reunía 363 obras distribuidas entre el *château* de Évry y la enorme mansión de París de la *Grange-Batelière* inscriptas en un catálogo con ilustraciones de Charles Gavard.

Entre las figuras que gozaron de su mecenazgo y frecuentaban sus casas se encontraban Victor Hugo, Lamartine, Delacroix, Balzac y el célebre músico italiano Gioacchino Rossini, compositor de *El barbero de Sevilla*, *Otelo* y *Guillermo Tell,* entre otras célebres óperas, y quien compuso y estrenó una opereta para el bautismo del segundo hijo de Aguado, Olimpio Clemente, en una fastuosa celebración con

unos 3.000 invitados. [746] La afición de Aguado por la ópera lo llevó a convertirse también en un importante empresario del rubro.

Entre los españoles que integraban las amistades de Aguado en Francia se encontraba Justo Rufino de San Martín, y fue seguramente a través suyo que su hermano José conoció al banquero. El general pasaba apuros económicos y tuvo que tomar con él un préstamo, mediante una letra de cambio por 3.000 pesos, pagaderos en Buenos Aires sobre las rentas de sus propiedades. Pero para entonces Manuel de Escalada había ido a la quiebra, y la letra, impaga, fue protestada. Según le contaba San Martín al general peruano José Rivadeneira:

> Afortunadamente, el comerciante honrado a favor de quien había librado la letra, lejos de apremiarme, con una generosidad de que se dan pocos ejemplos en Europa, me ha ofrecido cuanto necesite. Lejos de abusar de la honradez de este hombre singular, estoy resuelto a permanecer en esta hasta haber hecho honor a mi compromiso. [747]

En los meses siguientes, y gracias a las gestiones de sus amigos en Lima, San Martín comenzó a recibir nuevamente su pensión peruana, con lo que pudo devolver el préstamo a Aguado. San Martín le estuvo siempre agradecido por la generosidad demostrada en ese momento difícil y entre ambos se estableció una gran confianza, al punto de que el banquero lo nombró su albacea testamentario.

La amistad crecía y eran frecuentes las visitas y hasta las estadías del Libertador en la casa de Aguado, donde disfrutaba de la enorme y selecta biblioteca, se extasiaba frente a los cuadros de pintores que tanto admiraba y participaba animadamente de las reuniones y las veladas con aquellas celebridades parisinas.

El amor en los tiempos del cólera

A fines de 1829, estando aún en Bruselas, el Libertador había recibido la visita de un joven diplomático porteño, Mariano Balcarce. El muchacho, de veintidós años entonces, era hijo de un antiguo «camarada de armas» del general, Antonio González Balcarce, recientemente fallecido, y le llevaba correspondencia de sus amigos de Buenos Aires. Pero lo que lo hacía más recomendable a San Martín era que Tomás Guido, entonces ministro de Relaciones Exteriores, lo había enviado como agregado a la representación diplomática argentina en Londres, para que pudiese completar sus estudios de medicina. No está claro si ya en ese momento hubo un «flechazo» con Mercedes, como el que San Martín había tenido con Remedios, o si fue ante todo el Libertador quien lo consideró un buen partido para su hija; lo cierto es que San Martín le escribió a Guido en estos términos:

> Este joven, hijo de nuestro honrado y bravo amigo el difunto general Balcarce, que puede ser de gran utilidad a la patria por su conducta y aplicación, se halla agregado a la legación en Londres, creo que con

> mil quinientos pesos. Ud. conoce lo que cuesta seguir los estudios en Inglaterra; se trata de que le conceda licencia de dos años para pasar a París, siempre agregado a la legación, a fin de que pueda terminar sus estudios en esta última ciudad. Escribo al amigo Viamonte [748] sobre este particular y ruego a Ud. encarecidamente [que] despache esta solicitud sin demora. [749]

Meses después, el Libertador insistía en su pedido, recomendándole a Guido que lo nombrase en el consulado en París, «por su alta honradez, su juiciosidad e instrucción». Ya en París se formalizó el noviazgo entre Mercedes y Mariano, y en diciembre de 1831 San Martín le escribió a Dominga Buchardo de Balcarce, su futura consuegra, pidiéndole su aprobación para el casamiento. Aunque ya los tiempos eran otros con respecto a la época colonial, el Libertador era algo «chapado a la antigua» o, en todo caso, muy escrupuloso en las relaciones formales: Mariano aún no había cumplido los veinticinco años, en que entonces se alcanzaba la mayoría de edad, y correspondía el pedido a su madre para autorizar la boda.

El noviazgo tuvo ciertas particularidades, ya que Mariano todavía estaba destinado en Londres. Pero en febrero de 1832 comenzó un brote de cólera en París, que terminaría cobrándose la vida de 20.000 personas para septiembre de ese año. San Martín, que recordaba lo que había visto en Cádiz en 1804, durante la epidemia de fiebre amarilla, no dudó en salir de la capital francesa a fines de marzo de ese año, para buscar aires más sanos en Montmorency, en las afueras de París. Pero la precaución no fue suficiente. Como le contaba en una carta a O'Higgins:

> El cólera nos invadió a fines del citado mes [marzo] y mi hija fue atacada [por la enfermedad] del modo más terrible; yo caí tres días después. Figúrese usted cuál sería nuestra situación no teniendo por compañía más que una criada; afortunadamente, el día antes de la enfermedad de Mercedes, el hijo mayor de nuestro amigo el difunto general Balcarce había llegado de Londres, se hallaba en nuestra compañía y paraba en nuestra casita de campo en que estábamos a dos leguas y media de la capital, [750] y este fue nuestro redentor, y sin sus esmerados cuidados hubiéramos sucumbido. Mercedes se repuso al mes, pero yo fui atacado al principio de la convalecencia de una enfermedad gástrica intestinal, que me ha tenido al borde del sepulcro y que me ha hecho sufrir inexplicables padecimientos por espacio de siete meses. [751]

En esas circunstancias, a las que se sumó la muerte de Justo Rufino ese mismo año, una vez más la ayuda de Aguado fue valiosa para que San Martín se pudiese reponer con la debida atención médica y pasase una nueva temporada en Aquisgrán, para aliviar su reumatismo. Como para mejorar el panorama, el 13 de diciembre de 1832, Mercedes y Mariano se casaron en París. Los testigos de la boda fueron el coronel peruano Juan Manuel Iturregui y José Joaquín Pérez, encargado de negocios de Chile ante la corte de Francia. Los recién casados partieron de luna de miel hacia Buenos Aires el 21 de diciembre desde el puerto de El Havre.

San Martín describía así a su flamante yerno: «Su juiciosidad no guarda proporción en su edad de 24 años; amable, instruido y aplicado, ha sabido hacerse amar y respetar de cuantos lo han tratado: él no posee más bienes de fortuna que una honradez a toda prueba, he aquí todo lo que yo he deseado para hacer la felicidad de Mercedes».

En su reflexiva soledad el general no se olvidaba de su querida patria y de los ingratos que lo seguían combatiendo. Decía en una carta a su amigo limeño Mariano Álvarez:

> Tanto los corifeos del partido enemigo de la actual administración como los del partido unitario me escriben que mi presencia es necesaria para salvar al país de la espantosa tiranía con que los oprime el gobierno. Ahora bien, usted debe calcular que habiendo resuelto morir antes que encargarme de ningún mando político y por otra parte conociendo a los hombres más influyentes en Buenos Aires y su larga carrera de revoluciones y picardías, como las injustas imputaciones que hacen a la actual administración, yo no me apresuraré a acceder a sus demandas para servir de pantalla a sus ambiciones; por otra parte, el bien que ellos suponen pueda hacer el general San Martín encargándose del mando no es otro que el de su interés particular, creyendo sacar de mí más ventaja que del actual gobierno. Pero admírese usted hasta el grado que ha llegado la imprudencia de ciertos hombres. Uno de los que me escriben con más empeño para decidirme a partir es el mismo que hallándome en Lima y habiendo corrido en Buenos Aires la noticia de mi fallecimiento hizo en el célebre papel El Centinela mi oración fúnebre siguiente: «El general San Martín fue la primera espada de Sudamérica, el primer tirano y el asesino de sus conciudadanos». Yo le he contestado simplemente que un tirano y asesino no era digno de mandar a hombres libres. Protesto a usted, mi buen amigo, que cada vez que pienso que a mi regreso de Buenos Aires puedo ser envuelto en una guerra civil, a pesar de mi propósito firme y mismo no solo de no mezclarme en sus dimensiones sino de no admitir mando político, mi bilis se exalta y me pongo de un humor insoportable. [752]

A comienzos de 1834 regresaban de Buenos Aires Mercedes y Mariano con un miembro más de la familia: María Mercedes Balcarce, la primera nietita del Libertador. Había nacido en Buenos Aires el 14 de octubre de 1833, en medio de la «Revolución de los Restauradores», que sacó del gobierno al tío de Mariano, Juan Ramón Balcarce, y abrió el camino para la vuelta al poder de Juan Manuel de Rosas, dieciocho meses después. Por «portación de apellido», Mariano perdió su puesto con la caída del gobernador Balcarce, aunque lo recuperaría años después, cuando el Restaurador dejase de lado su desconfianza. [753]

Grand Bourg

En su regreso a Europa, Mariano Balcarce llevó a París, junto con el histórico sable corvo que su suegro le había pedido especialmente que recuperara, las sumas que hacía años el gobierno le adeudaba a su San Martín y que su apoderado y cuñado Manuel Escalada venía reclamando desde 1822, pero el expediente, según le dijeron, se había «extraviado». Con esos fondos y probablemente con la ayuda adicional de Aguado, en abril de 1834 el Libertador compró su casa más famosa, en la comuna de Évry, población que entonces se dividía en dos sectores: Petit Bourg, donde se encontraba la mansión de Aguado, y Grand Bourg, donde estaba la vivienda de San Martín. Como señala Armando Rubén Puente:

> Hasta la fecha se ha venido dando a esta vivienda campestre, situada a 27 kilómetros de París, el nombre de Grand Bourg, cuando tal era el de la barriada del pueblo de Évry, donde estaba ubicada. El error se

originó por el hecho de que el general fechaba en ese lugar la mayor parte de las cartas que dirigía a sus amigos; cartas en las que a partir del año 1834 dejó de lamentarse de sus problemas económicos. [754]

La casa —cuya reproducción, construida en Buenos Aires en la década de 1940, es la sede del Instituto Nacional Sanmartiniano— era un edificio de tres plantas (la superior en buhardilla) y sótano, con sala, comedor, ocho dormitorios y otros tres para el personal doméstico. Estaba en un predio de una manzana, con un jardín donde el general practicaba su afición por la floricultura y horticultura, además de otras dependencias, entre ellas, una caballeriza.

Le decía a su amigo Pedro Molina:

> Hace más de tres años que vivo retirado en este desierto; pero como en él he encontrado el restablecimiento de mi salud y por otra parte la tranquilidad que en él gozo es más conforme con mi carácter y edad, lo prefiero a vivir en París, cuya residencia después de ser contraria a mi salud yo no la encuentro buena más que para los que desean una sociedad activa o se hallan precisados a residir por sus negocios: si, como espero, la tranquilidad de nuestra patria se consolida en términos que me aseguren poder pasar mi vejez en reposo regresaré a ella con el mayor placer, pues no deseo otra cosa que morir en su seno. [755]

En Grand Bourg, la familia —a la que el 14 de julio de 1836, día del aniversario de la Revolución Francesa, se sumó otra nieta del general, Josefa Dominga Balcarce — vivía entre cinco y seis meses al año, los de primavera y verano.

El resto del año lo hacía en una casa en París, en la calle Saint-Georges, [756] en su cruce con Saint-Lazare, en lo que hoy es el noveno distrito (*arrondisement*) parisino y entonces era una zona en crecimiento urbano al pie de la colina de Montmartre. A unas cinco cuadras, en 1837, se construyó la primera estación ferroviaria de Saint-Lazare, que sería inmortalizada años más tarde en uno de los cuadros más célebres de la escuela impresionista, por Claude Monet. San Martín, que alquilaba esa vivienda desde 1833, pudo comprarla dos años después, a un precio considerablemente mayor que lo que le había costado su residencia en las afueras.

Así le describía su vida en Grand Bourg a su amigo Guido:

> Paso, en la opinión de estas gentes, por un verdadero cuáquero; no veo ni trato a persona viviente; vivo en una casa a tres cuadras de la ciudad. Ocupo mis mañanas en la cultura de un pequeño jardín y en mi pequeño taller de carpintería; por la tarde salgo a paseo, y en las noches, en la lectura de algunos libros y papeles públicos; he aquí mi vida. Usted dirá que soy feliz; sí, mi amigo, verdaderamente lo soy. A pesar de esto, ¿creerá usted si le aseguro que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? Y, ¿sabe usted cuál es? El no estar en Mendoza. Prefiero la vida que hacía en mi chacra a todas las ventajas que presenta la culta Europa. [757]

Según contaba el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna, San Martín

> se levantaba al alba. Siendo argentino, el general no hacía uso del mate en Europa, mas por una ingeniosa transacción con sus viejos hábitos se servía el té o el café en aquel utensilio y lo bebía con la bombilla de caña. […] Guardaba también un choco [perro] de aguas que le habían regalado en Guayaquil al que pasaba horas enseñando pruebas de paciencia o agilidad. Consistía una en fusilarlo con su bastón después de haberle condenado como desertor, agudezas que el animal ejecutaba a maravillas siendo el favorito de su casa. […] la gran ocupación de San Martín era la lectura y sus libros favoritos pertenecían a

> la escuela filosófica del siglo XVIII, en cuyas ideas se había formado. [758]

La soberanía nacional

Aquella París de 1838 asistía al éxito de un músico polaco llamado Frédéric Chopin, que brindaba conciertos privados en la corte del rey Luis Felipe I de Francia y en la casa del duque de Orleans, mientras componía los 24 preludios que estrenó la temporada siguiente. La precaria salud del genial compositor, que padecía de tuberculosis, le impedía disfrutar del todo del éxito y del amor de George Sand. También podía escucharse la música de Berlioz, que estrenaba su ópera *Benvenuto Cellini* y la sinfonía *Romeo y Julieta*.

Un invento asombraba a todo París; un señor llamado Daguerre conseguía una imagen que no provenía de una pintura. Con un extraño aparato atrapó la imagen del *Boulevard du Temple,* que pasó a considerarse la primera fotografía de la historia.

Edgar Allan Poe publicaba *La narración de Arthur Gordon Pym,* y Stendhal, *La Cartuja de Parma.* Ya podía conseguirse *Oliver Twist* de Charles Dickens, un extraordinario testimonio sobre la infancia desamparada de aquella Inglaterra que vivía las perdurables consecuencias sociales de la Revolución Industrial. El general ya podía leerles a sus nietitas *El soldadito de plomo* de Hans Christian Andersen.

San Martín, gran lector de periódicos y publicaciones, estaba al tanto de todas estas novedades mientras seguía los acontecimientos de América, como lo atestigua su correspondencia, y siempre se mostraba dispuesto a defender los intereses de las nuevas naciones frente a cualquier agresión externa. En 1838, la escuadra francesa bloqueó el puerto de Buenos Aires, como modo de presionar al gobierno de Rosas para que le concediese a esa potencia privilegios similares a los que gozaban los británicos por el tratado celebrado en 1824. Al enterarse, el Libertador le escribía a su amigo Guido:

> Este injusto bloqueo (que no dudo será aprobado por este gobierno [el de Francia] sosteniendo la conducta de su almirante y cónsul) no me causaría tanto cuidado si entre nuestros compatriotas hubiese más unión y patriotismo que el que [en] realidad existe pero con los elementos tan discordantes de que [se] compone nuestro país, temo mucho que el gobierno pueda sostener con energía el honor nacional y se vea obligado a suscribir a proposiciones vergonzosas, última desgracia que puede caberle a un pueblo que tiene sentimientos de honor. [759]

En otra carta, a Juan Manuel de Rosas, el 5 de agosto de 1838 le ofrecía sus servicios militares, en caso de ser necesarios:

> He visto por los papeles públicos de esta, el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano; pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre

necesario, hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honradamente, en cualquier clase que me destine. [760]

Al año siguiente, mientras que en torno a los agresores franceses se constituía una alianza antirrosista, integrada por los emigrados en Montevideo, las provincias de la llamada Coalición del Norte y Corrientes, el Libertador le escribía a Rosas:

Lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer. [761]

Rosas supo reconocer el gesto y le contestó que las gestiones que pudiera realizar ante los gobiernos de Francia e Inglaterra serían tan útiles como sus servicios militares. Por otra parte, en un decreto del 17 de julio de 1839, lo nombró ministro plenipotenciario ante el Perú, cargo que San Martín no aceptó por una razón ética: como ex comandante del ejército peruano tenía asignados 9.000 pesos de pensión anual, y como le explicaba al ministro de Relaciones Exteriores de Rosas, Felipe Arana, no podía representar adecuadamente «los intereses de nuestra república ante un Estado a que soy deudor de favores tan generosos, y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria a desempeñarla con lealtad y honor».

Por la actitud de Rosas ante el bloqueo francés de 1838-1840, San Martín dispuso en la cláusula tercera de su testamento, escrito «de mi puño y letra» el 23 de enero de 1844:

El sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al general de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que tratan de humillarla. [762]

Los unitarios nunca le perdonarán estas palabras y su cláusula testamentaria. Así se quejaba Valentín Alsina en una carta a su amigo Félix Frías:

Como militar fue intachable, un héroe; pero en lo demás era muy mal mirado de los enemigos de Rosas. Ha hecho un gran daño a nuestra causa con sus prevenciones, casi agrestes y serviles, contra el extranjero. Era de los que en la causa da América no ven más que la independencia del extranjero, sin importársele nada de la libertad y sus consecuencias. Nos ha dañado mucho fortificando allá y aquí la causa de Rosas, con sus opiniones y con su nombre; y todavía lega a un Rosas, tan luego, su espada. [763]

En una carta a su amigo Gregorio Gómez, queda claro que el apoyo de San Martín a la defensa del «honor de la República» ante la agresión extranjera no convertía al general en un «rosista» ni que aprobase toda su gestión:

Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país; por otra parte el asesinato del doctor Maza me convence de que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto, yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una nación extranjera

> para humillar a su patria. [764]

La alusión del final era clara: se refería a «hijos del país» como Florencio Varela y Juan Lavalle que se sumaban a la agresión francesa, como forma de terminar con el gobierno de Rosas.

Esa actitud de patriota, más destacable si recordamos que San Martín vivía entonces en el país agresor, se reiteraría al enterarse del combate de la Vuelta de Obligado (20 de noviembre de 1845), cuando los criollos enfrentaron a la escuadra anglo-francesa. En una carta a Rosas le decía: «Ahora los gringos sabrán que los criollos no somos empanadas que se comen así nomás sin ningún trabajo».

El apoyo a ese aspecto de la política exterior de Rosas no quitaba que discrepara con su intento de restablecer relaciones con el Vaticano (rotas desde 1810). Ya en 1830, en una carta a Guido, por entonces ministro de Relaciones Exteriores, le había cuestionado:

> ¿Están en su sana razón los representantes de la provincia para mandar entablar relaciones con la corte de Roma en las actuales circunstancias? Yo creía que mi malhadado país no tenía que lidiar más que con los partidos, pero desgraciadamente veo que existe el del fanatismo, que no es un mal pequeño […]. ¿Negociar con Roma? Dejen de amortizar el papel moneda y remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran.

Y hasta se permitía ironizar, proponiéndose para el obispado de Buenos Aires:

> Usted sabe mi profundo saber en latín; por consiguiente, esta ocasión [765] me vendría de perilla para calzarme el Obispado de Buenos Aires, y por este medio no solo redimiría todas mis culpas, sino que, aunque viejo, despacharía las penitentes con la misma caridad cristiana como lo haría el casto y virtuoso canónigo Navarro, [766] de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo. Yo suministraré gratis a sus hijos el Santísimo Sacramento de la Confirmación sin contar mis oraciones por su alma, que no escasearán. Yo creo que la sola objeción que podrá oponerse para esa mamada es mi profesión; pero los santos más famosos del almanaque ¿no han sido militares? Un San Pablo, un San Martín, ¿no fueron soldados como yo y repartieron sendas cuchilladas sin que esto fuese un obstáculo para encasquetarse la Mitra? Admita usted la Santa bendición de su nuevo prelado, con la cual recibirá la gracia de que tanto necesita para libertarse de las pellejerías que le proporciona su empleo. [767]

Salvado por sus enemigos

En 1842 su amigo Aguado le propuso que lo acompañara en un viaje que debía emprender a España. La oferta era interesante, podría visitar a su hermana María Elena y recorrer algunos de los lugares en los que habían transcurridos sus años de adolescencia y su primera adultez. El general no era muy afecto a los trámites y dejó que su amigo se encargara del asunto. Cuando todo estaba a punto para emprender la travesía, Aguado le informó que el reino de España no le permitiría ingresar a su territorio como general de las repúblicas de Argentina, Chile y Perú sino como un

simple particular. Aguado hizo uso de sus influencias del más alto nivel en la corte de Madrid para solucionar la cuestión, pero no hubo caso, para España San Martín seguía siendo un subversivo. Cuando le contó las novedades a su amigo, este le dijo que lejos de ocultar o disimular su condición de general insurgente, deseaba exhibirla porque era uno de sus mayores blasones, el haber luchado por la libertad de sus hermanos americanos. Lo que no sabía el general es que además de dejar claramente a salvo su dignidad estaba salvando su vida.

Aguado lo comprendió, lamentó profundamente que su amigo no lo acompañara y partió hacia Asturias a inspeccionar sus industrias mineras. Mientras se dirigía en diligencia hacia Gijón, lo sorprendió una tremenda tormenta de nieve. Tanto el carruaje en el que viajaba como el que transportaba su voluminoso equipaje quedaron varados. Contra todos los consejos, el marqués insistió en seguir viaje a pie. Cuando llegó a Gijón estaba a punto de congelarse. Al llegar al hotel pidió urgentemente comida caliente y mientras trataba de compensar con la cena todo el frío sufrido, murió sentado a la mesa, aparentemente de un ataque de apoplejía el 12 de abril de 1842, a los cincuenta y seis años. Tras el funeral en el cementerio de Père Lachaise en París, el notario de Aguado le leyó el testamento a su amigo San Martín, donde se lo declaraba oficialmente tutor de Alejandro, Olimpio y Onésimo Aguado; se le asignaba un sueldo de 4.000 francos mensuales y un legado a compartir con los deudos de 30.000 francos y las joyas de uso personal.

Alberdi visita a San Martín

Ya en septiembre comenzaba a sentirse en París el fresquito húmedo del otoño. Allí estaba la mañana del 1º de septiembre de 1843 nuestro tucumano Juan Bautista Alberdi, pensador exiliado que por aquellos días ocupaba sus horas en traducir a Lamartine. Compartía un café y una animada charla en casa de su amigo Guerrico, cuando de pronto recibió con enorme sorpresa la visita de don José de San Martín. «Entró por fin —recuerda Alberdi— con su sombrero en la mano, con la modestia y el apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente lo hallé del tipo que yo me había formado oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América!»

A partir de entonces sus condiciones de escritor y periodista le ganan al testigo presencial y nos deja una de las más interesantes descripciones del aquel hombre, que era un poco de la de patria caminando. «Yo le esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura». Dando cuenta de todos los apodos que le adosaban al general —«Tape de Yapeyú», «indio de las misiones»— que usaban sus enemigos para descalificarlo en aquellos años de predominio absoluto del racismo, señala Alberdi: «Yo le creía un indio, como tantas veces me lo habían

pintado, y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos». Continúa la pintura de aquel hombre incomprendido, combatido y olvidado en su querida patria:

> Yo le suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. […] Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote, a pesar de que hoy lo llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada, un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña; la boca pequeña ricamente dentada, es graciosa cuando sonríe; la barba es aguda. [768]

Días después, Alberdi acepta la invitación y viaja por primera vez en su vida en tren. Nos dejó una hermosa pieza literaria sobre aquel invento que comenzaba a disfrutar:

> A las once del día señalado nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de carruajes de vapor de la línea de Orleans, detrás del Jardín de Plantas. El convoy, que debía partir pocos momentos después, se componía de 25 a 30 carruajes de tres categorías. Acomodadas las 800 a 1.000 personas que hacían el viaje, se oyó un silbido, que era la señal preventiva del momento de partir. Un silencio profundo le sucedió, y el formidable convoy se puso en movimiento apenas se hizo oír el eco de la campana que es la señal de partida. En los primeros instantes, la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios; pero la extraordinaria rapidez que ha dado a este sistema de locomoción la celebridad de que goza, no tarda en aparecer. El movimiento entonces es insensible, a tal punto, que uno puede conducirse en el coche como si se hallase en su propia habitación. Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino parecen pasar por delante de las ventanas del carruaje con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al de la bala.

La crónica continúa ya en Évry, en la casa de Grand Bourg donde el pensador argentino fue recibido muy cálidamente, lo que habla de la amplitud de criterios del general, que se carteaba muy frecuentemente con Rosas, el principal enemigo del joven tucumano.

Alberdi respondía preguntas que muchos nos hemos hecho y que no tenemos otra forma de corroborar que a partir de testigos presenciales, de gente que pudo conversar con el vencedor de Chacabuco. ¿Cómo hablaba? ¿Cómo era su voz? ¿Mantenía el acento español? «Me llamó la atención el metal de su voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común. No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos». De la radiografía física, nuestro privilegiado cronista, pasa a la psicológica, dándonos indicios que coinciden con la mayoría de las opiniones de quienes conocieron al Libertador:

> Al ver el modo de cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción, y se cura con solo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseído en los años de su tempestuosa juventud […].

> El general San Martín habla a menudo de la América, en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer: hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo sin embargo de que alguna vez se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero, por los peligrosos e inquietos goces de su borrascoso país.

Alberdi, que no podía creer la ingratitud de la clase dirigente para con el viejo general, se consolaba: «Por otra parte, ¿será posible que sus adioses de 1829 hayan de ser los últimos que deba dirigir a la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas?». Y finalmente intentaba consolarse con una frase que Fustel de Coulanges estampa en su libro *La ciudad antigua*: «Felizmente, el pasado no muere jamás completamente para el hombre. Bien puede el hombre olvidarlo, pero él lo guarda siempre en sí mismo. Porque tal cual es en cada época es el producto y resumen de todas las épocas anteriores».

Sarmiento y San Martín

Sarmiento, que lo visitó en 1846, dejó este testimonio:

> No lejos de la margen del Sena, vive olvidado don José de San Martín, el primero y el más noble de los emigrados […]. Me recibió el buen viejo sin aquella reserva que pone de ordinario para con los americanos, en sus palabras, cuando se trata de América. Hay en el corazón de este hombre una llaga profunda que oculta a las miradas extrañas […]. Ha esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad a quien apelaba en sus últimos momentos de vida política […]. He pasado con él momentos sublimes que quedarán grabados en el espíritu. Solos, un día entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas a la ventura, un retrato de Bolívar que veía por acaso; entonces, animándose la conversación, lo he visto transfigurarse. [769]

Su salud, que nunca había sido buena, comenzaba a deteriorarse. En 1845 comenzó a sufrir una de las enfermedades más terribles para un amante de los libros: las cataratas, que en los años siguientes prácticamente lo dejaron ciego, al punto de no poder leer ni caminar sin ayuda.

Era Mercedes quien desde entonces le leía las noticias. Así pudo enterarse de que las autoridades francesas le habían ordenado a un tal Karl Marx abandonar perentoriamente París por pertenecer a la redacción de un periódico dedicado a la colectividad alemana en el que se había incluido una nota que saludada calurosamente el fallido atentado contra la vida del rey Federico Guillermo IV de Prusia; y conocer las dramáticas noticias de la gran hambruna padecida por los sectores populares de Irlanda.

En noviembre de 1845, huyendo de los fríos franceses, hizo un viaje por el clima más benévolo de Italia. Se alojó en Roma el Hotel Minerva frente al Panteón. Dicho hotel hoy luce orgulloso en su fachada una placa que recuerda la estadía del ilustre viajero argentino. Desde la ciudad de los césares cruzó por mar hasta Liorna y, desde

allí, se dirigió a Génova y Florencia. De allí pasó a Nápoles, como lo registra el *Giornale del Regno delle Due Sicilie,* del sábado 27 de diciembre de 1845, anunciando la llegada de «Giuseppe de San Martin, americano, domiciliato a Parigi, propietario», procedente del puerto de Liorna, en Toscana. [770]

Pero el general no se olvidaba de su país, entonces agredido por la «intervención» anglo-francesa, y le escribía a Juan Manuel de Rosas:

> En principio de noviembre pasado me dirigí a Italia con el objeto de experimentar si con su benigno clima recuperaba mi arruinada salud; bien poca es hasta el presente la mejoría que he sentido, lo que me es tanto más sensible cuanto en las circunstancias en que se halla nuestra patria me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia, servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que [ante] la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, este tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia. Ya que el estado de mi salud me priva de esta satisfacción, por lo menos me complazco en manifestar a usted estos sentimientos, así como mi confianza no dudosa del triunfo de la justicia que nos asiste. [771]

Le contaba en una carta a su amigo Manuel Antonio Tocornal:

> El viaje a Italia en el pasado invierno me ha hecho muy bien. Por excepción, en Nápoles, tuve un ataque nervioso un poco serio. El resto de la mala estación lo he pasado tan bien como puede esperarse a mi edad avanzada. Aún ignoro qué partido tomaré el próximo invierno, pues para mí es un inmenso sacrificio separarme de mi familia y de sus cuidadosos esmeros. [772]

Pero a pesar de los achaques, le brindó un último y decisivo aporte a su país que vivía la asfixia del bloqueo impuesto por las dos potencias más poderosas de la época. Desde Nápoles, le escribió al cónsul argentino en Londres, George Frederick Dickson. Este, dada la trascendencia del documento, lo hizo publicar en el periódico londinense *The Morning Chronicle,* que publicó el artículo con esta introducción: «Creemos que es apenas necesario informar a nuestros lectores acerca de que el general San Martín es el libertador de la Argentina, Chile y Perú».

La nota de San Martín fue leída en el Parlamento británico. La carta del Gran Jefe fue determinante para disuadir a los bloqueadores ingleses de persistir en su agresión militar y entablar negociaciones con el de nuestro país:

> Bien sabida es la firmeza de carácter del jefe que preside a la República Argentina; nadie ignora el ascendiente que posee en la vasta campaña de Buenos Aires y el resto de las demás provincias, y aunque no dudo que en la capital tenga un número de enemigos personales, estoy convencido, que bien sea por orgullo nacional, temor, o bien por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero; ello es que la totalidad se le unirán […]. Por otra parte, es menester conocer (como la experiencia lo tiene ya mostrado) que el bloqueo que se ha declarado no tiene en las nuevas repúblicas de América la misma influencia que lo sería en Europa; este solo afectará a un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo que no conoce las necesidades de estos países le será bien diferente su continuación. Si las dos potencias en cuestión quieren llevar más adelante sus hostilidades, es decir, declarar la guerra, yo no dudo que con más o menos pérdidas de hombres y gastos se apoderen de Buenos Aires […] pero aun en ese caso estoy convencido, que no podrán sostenerse por largo tiempo en la capital; el primer alimento o por mejor decir el único del pueblo es la carne, y es sabido con qué facilidad pueden retirarse todos los ganados en muy pocos días a muchas leguas de distancia, igualmente que las caballadas y todo medio de transporte, en una palabra, formar un desierto dilatado, imposible de ser atravesado por una fuerza europea; estoy persuadido será muy

corto el número de argentinos que quiera enrolarse con el extranjero, en conclusión, con siete u ocho mil hombres de caballería del país y 25 o 30 piezas de artillería volante, fuerza que con una gran facilidad puede mantener el general Rosas, son suficientes para tener en un cerrado bloqueo terrestre a Buenos Aires. [773]

Boulogne-sur-Mer

En 1848, Europa conoció una nueva oleada revolucionaria. El estallido, nuevamente iniciado en Francia el 23 de febrero, llevó a que una vez más San Martín se preocupase por la seguridad de su familia. La revolución, que destronó al rey Luis Felipe y proclamó la Segunda República francesa, se prolongó en las movilizaciones de los «proletarios», la naciente clase obrera que, como meses antes, habían anunciado Marx y Engels en su célebre *Manifiesto comunista,* comenzaba a aparecer como un sujeto con sus propias demandas históricas. En marzo, el Libertador decidió abandonar París, y junto con su hija, su yerno y sus nietas, viajó a Boulogne-sur-Mer, en la costa del canal de la Mancha. Su intención era cruzar a Inglaterra si la agitación continuaba.

Mientras la oleada revolucionaria recorría Europa, las protestas obreras fueron aplastadas en junio en Francia, y en diciembre de ese año la elección de Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del gran emperador, inició una «vuelta al orden». Sin embargo, San Martín prefirió permanecer en la costa. En agosto de 1849, vendió su casa de Grand Bourg, y se instaló definitivamente en Boulogne-sur-Mer. [774] Alquiló un departamento en el piso alto de una casa en el número 105 de la Grande rue. El propietario era el abogado Alfred Gerard, director de la biblioteca púbica de la ciudad, que funcionaba en la planta baja del edificio. Tuve el honor de estar en el lugar cuando filmamos *Algo habrán hecho,* a comienzos de 2005. Es un edificio de departamentos austeros. Nos llenó de emoción estar allí, hay una energía muy especial.

El edificio fue comprado en 1926 por el Estado argentino. Dos años más tarde fue convertido en museo y sede del consulado argentino. Desde 1966 funciona solo como museo. En julio de 2010 la Justicia francesa dejó firme el fallo que prohibía el remate de la casa por tratarse de un monumento histórico. El embargo había sido pedido por la empresa estadounidense Sempra Energy, accionista de las distribuidoras gasíferas Camuzzi Gas Pampeana y Gas del Sur, para resarcirse de una deuda que tenía con ella el Estado argentino tras la devaluación de 2001. [775]

Desde Boulogne-sur-Mer, Mariano Balcarce le escribe a Alberdi:

Con el placer de siempre recibí la que usted tuvo la bondad de dirigirme con fecha 27 de octubre próximo pasado en la que me anuncia que de Buenos Aires escribían que allí esperaban a mi señor padre político, y me expresa su deseo de que si se verifica el viaje, sea por vía de Panamá, el Perú y Chile. Hasta ahora no tenemos plan fijo, ni podremos tampoco formarlo hasta después de que le hayan batido las

> cataratas, operación que se hará cuando pierda del todo la vista y han de pasar todavía muchos meses antes que llegue época para él tan triste, como afligente para nosotros. En el entretanto es muy probable que permanezcamos en este puerto, que agrada mucho a padre, y cuya proximidad de París por el camino de fierro, en que se emplean siete horas de viaje, me ofrece la ventaja de ir y venir con frecuencia para atender a mis negocios. Si llegase el caso de regresar a América yo daría indudablemente la preferencia al derrotero que usted me indica, el que nos proporcionaría muchos goces, conociendo nuevos países y visitando a nuestros amigos, aunque nuestro plan nos ofrecería un grave obstáculo en el carácter modesto de padre que trepidaría en presentarse en esas repúblicas porque no se creyese que iba en busca de demostraciones y de incienso por los pocos servicios que ha prestado durante la guerra de la independencia y por los que los gobiernos de esas repúblicas no cesan de manifestar su reconocimiento. [776]

En 1848, el Libertador le escribió una muy interesante carta a Rosas, en la que retrataba la situación política y social de aquella Europa convulsionada:

> En cuanto a la situación de este viejo continente, es menester no hacerse ilusiones, la verdadera contienda que divide su población es puramente social, en una palabra, la del que nada tiene trata de despojar al que posee; calcule usted lo que arroja de sí un tal principio infiltrado en la gran masa del bajo pueblo por las predicaciones diarias de los clubs, y la lectura de miles de panfletos; si a estas ideas se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, agravada en el día de la paralización de la industria, el retiro de los capitales en vista de un porvenir incierto, la probabilidad de una guerra civil por el choque de las ideas y partidos y, en conclusión, la de una bancarrota nacional visto el déficit de cerca de 400 millones en este año, y tantos otros en el entrante: este es el verdadero estado de la Francia y cuasi del resto de Europa, con la excepción de Inglaterra, Rusia y Suecia que hasta el día siguen manteniendo su orden interior.

Finalmente le anunciaba que había decidido operarse de las cataratas:

> Esta es la última carta que será escrita de mi mano; atacado, después de tres años, de cataratas, en el día apenas puedo ver lo que escribo, y lo hago con indecible trabajo; me resta la esperanza de recuperar mi vista en el próximo verano en que pienso hacerme hacer la operación a los ojos. Si los resultados no corresponden a mis esperanzas, aun me resta el cuerpo de Reserva: la Resignación y los cuidados y esmeros de mi familia. [777]

Dice el doctor Daniel López Rosetti en su más que interesante libro *Historia clínica*:

> Por entonces, aunque sorprenda, también se sometía al paciente a cirugía. El procedimiento imperfecto y peligroso extraía el cristalino y no dejaba nada en su lugar porque simplemente no existían lentes intraoculares artificiales. San Martín aceptó la operación. Decidió correr el riesgo como lo había hecho tantas veces en su vida. Fue operado en París por el Dr. Jules Sichal en 1848. La cirugía se realizaba en una cama con los pies hacia la cabecera. Así quedaba expuesta la cabeza hacia el cirujano que realizaba la intervención sin anestesia, solamente utilizaba opio como analgésico. El resultado quirúrgico fue malo. La progresiva pérdida de la visión que el paciente padecía desde los últimos cuatro años fue inexorable. San Martín no volvió a leer ni a escribir por mano propia. [778]

El 23 de diciembre de 1849, el general, casi ciego, le dictaba a Mercedes una carta dirigida al ministro de Obras Públicas de Francia, *monsieur* Bineau, en la que le manifestaba que otra agresión contra nuestro país sería ruinosa para Francia, como resultado de la resistencia que opondría la Confederación Argentina «y de los gastos inmensos si se empeña Francia en esta lucha, en la que la previsión humana no podrá calcular su duración». La voz del Gran Jefe fue escuchada y el 31 de agosto de 1850

se firmaría en Buenos Aires el tratado Arana-Lepredour, idéntico al suscripto antes con Inglaterra, otro gran triunfo diplomático argentino. [779]

En mayo de 1850, San Martín le dicta a Mercedes la que sería la última carta de su vida. Está dirigida a Juan Manuel de Rosas:

> No es mi ánimo quitar a usted con una larga carta el precioso tiempo que emplea en beneficio de nuestra patria. El objeto de esta es el de tributar a usted mis más sinceros agradecimientos al ver la constancia con que se empeña en honrar la memoria de este viejo amigo, como lo acaba de verificar en su importante mensaje del 27 de diciembre pasado, mensaje que por segunda vez me he hecho leer y que como argentino me llena de un verdadero orgullo al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria; y todos estos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles en que pocos Estados se habrán hallado. Por tantos bienes realizados, yo felicito a usted muy sinceramente como igualmente a toda la Confederación Argentina. [780]

La salud del general se iba apagando, pese a lo cual quiso aprovechar el verano 1850 para pasar una temporada en las termas de aguas sulfurosas de Enghien, cerca de París, a las que llegó a principios de julio, para aliviar su reumatismo.

Allí se encontró con su amigo Frías, quien nos ha dejado un valiosísimo testimonio de aquellos últimos días del general:

> En algunas conversaciones que tuve con él en Enghien […] pude notar un mes antes de su muerte que su inteligencia superior no había declinado. Vi en ella el buen sentido, que es para mí el signo inequívoco de una cabeza bien organizada […]. Su memoria conservaba frescos y animados recuerdos de los hombres y de los sucesos de su época brillante. Su lenguaje era de tono firme y militar, cual el de un hombre de convicciones meditadas. Pero hacía algún tiempo que el general consideraba próxima su muerte, y esta triste persuasión abatía su ánimo, ordinariamente melancólico y amigo del silencio y del aislamiento… Su razón, sin embargo, se ha mantenido entera hasta el último momento.

Vicuña Mackenna resalta la ternura y el cuidado que le dispensaban sus nietas:

> El viejo guerrero de los Andes había concentrado sus postreras alegrías en la frente de aquellas niñas. A parte alguna de la ciudad iba sin ellas. En sus paseos de la tarde a orillas del Liane, o en el jardín de las Tullerías, ellas le servían de guía y él, a su vez, de protección. El abuelo achacoso y las aladas nietas tenían celebrado un tácito contrato de mutuo amor y de tierno servicios retribuidos. Así ambas le habían bordado un gorro de casa que él usaba con orgullo, dejándose llamar «cosaco». [781]

Pero su gastritis y úlcera crónicas le seguían provocando vómitos de sangre, que lo dejaban postrado varios días y las dosis de láudano ya no lo lograban calmar.

El 6 de agosto insistió en que se sentía bien como para dar un paseo en carruaje, pero no fue una buena idea. Al regresar se sintió muy mal y debió descender del vehículo en los brazos de sus criados. En la noche del 13 se sintió atacado por fuertes y agudos dolores al estómago y tomó una dosis de opio mayor que la que solía tomar en tales trances: presintiendo seguramente su fin, dijo a su hija con una amable sonrisa: «*C'est l'orage qui mène au port*». [782]

«El clima de Boulogne, tan frío, húmedo y poco adecuado a sus años, ha precipitado su enfermedad; bajo otro cielo más benigno, estoy convencida que mi cariño y mis cuidados hubieran prolongado su existencia», escribiría luego su hija,

Mercedes San Martín de Balcarce.

La tempestad

A pesar del verano, el sábado 17 de agosto de 1850 era un día desapacible. El general almorzó frugalmente según su inveterada costumbre. Poco después, sintió fuertes dolores de estómago. Se sentó en su sillón preferido a la espera del médico. El doctor Jordan lo revisó, decidió quedarse ante la gravedad del cuadro y le sugirió a Mercedes que llamara a una hermana de la caridad para asistir al general. El Libertador le dijo a su hija, «esta es la fatiga de la muerte» y le pidió al yerno que lo llevara a su cama. Allí tuvo sus últimos recuerdos, los de una vida intensa; pasaban rápido detrás de la oscuridad amarillenta de su ciega mirada los hombres, por qué no, las mujeres, los lugares, las batallas, la gloria, las calumnias, el destierro y su querida y lejana Mendoza. En eso estaba cuando la muerte no lo esperó más y se lo llevó a las tres de la tarde.

Félix Frías llegó tarde a visitar a su amigo la mañana del 18 de agosto, pero a tiempo para presenciar su velatorio:

> Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter sereno y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho […] otro en una mesa entre dos velas que ardían. Dos hermanas de caridad rezaban por el alma que abrigó aquel cadáver. Bajé a una pieza interior […] un reloj de cuadro negro colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, y este reloj se paró aquella noche a las tres, hora en que había expirado el general San Martín. Singular coincidencia, el reloj de bolsillo del mismo general se detuvo también en aquella misma hora de su existencia.

En su testamento había prohibido que se le hiciera tipo alguno de funeral u homenaje, aunque sí pedía que su corazón descansara en Buenos Aires. [783]

Concluidas las tareas de embalsamamiento,[784] el cuerpo fue colocado en un sarcófago cuádruple compuesto por dos cajas de plomo, una de madera de pino y otra de encina. Sobre la tapa su familia hizo colocar una chapa con la siguiente inscripción:

> José de San Martín, guerrero de la Independencia argentina; Libertador de Chile y del Perú. Nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, provincia de Corrientes, de la República Argentina; falleció el 17 de agosto de 1850, en Boulogne-sur-Mer, Pas de Calais, Francia.

El sarcófago fue colocado en la carroza fúnebre y conducido el día 20 de agosto a la iglesia de San Nicolás, de Boulogne, donde rezaron algunos sacerdotes las oraciones por el alma del difunto. De allí fue trasladado hasta la catedral de Notre-Dame de Boulogne y en una de las bóvedas de la capilla fue depositado el féretro, donde debía permanecer hasta que fuese conducido a Buenos Aires.

Entre el mito y la historia

Al recibir la comunicación de la muerte del general San Martín, el ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación, Felipe Arana, le escribió a Mariano Balcarce, en nombre de Rosas:

> La patria ha perdido en el ilustre finado general un ciudadano militar y un político eminente, y el recuerdo más vivo de las grandes acciones que trajo consigo la guerra heroica de la independencia nacional. S. E. deplora tan inmensa pérdida, que será más vivamente sentida en todo el continente de la América del Sur, teatro de sus más esclarecidos hechos. S. E., el señor gobernador, previene a Ud. que, luego que sea posible, proceda a verificar la traslación de los restos mortales del finado general a esta ciudad, por cuenta del gobierno de la Confederación Argentina, para que a la par que reciba de este modo un testimonio elocuente del íntimo aprecio que su patriotismo le hacía merecedor de su gobierno y de su país, quede también cumplida su última voluntad en este punto. [785]

Sin embargo, los restos de San Martín permanecerían en Francia. El 21 de noviembre de 1861, con la presencia de los representantes de Argentina, Chile, Perú y otros Estados americanos, los restos del Libertador fueron llevados a la bóveda de la familia Balcarce-San Martín en Brunoy, localidad cercana a Évry ubicada a unos 35 kilómetros de París, donde hacía un año la familia había depositado con inmenso dolor los restos de María Mercedes Balcarce, una de las queridas nietas del general, a la que llamaba amorosamente «la viejita», que murió por mala praxis médica a los veintisiete años sin dejar descendencia. Poco después, Mariano Balcarce entregó al representante del Perú el estandarte de Pizarro cumpliendo con el testamento de su suegro.

El 18 de julio de 1864, el diputado nacional por Buenos Aires, Adolfo Alsina, y el representante de Entre Ríos, Martín Ruiz Moreno, presentaron un proyecto al Congreso Nacional solicitando al Poder Ejecutivo, ejercido en ese momento por el general Mitre, que cumpliera la última voluntad de San Martín de descansar en Buenos Aires. El Parlamento se tomó su tiempo y el Senado un mes después convirtió el proyecto en ley, pero el Poder Ejecutivo pareció no darse por enterado.

Fue entonces que ante la injustificada demora, Manuel Guerrico, a nombre de la familia, pidió a la Municipalidad de Buenos Aires una parcela en la Recoleta para depositar los restos del general cerca de Remedios.

La burocracia local nombró una comisión que se tomó su tiempo y dictaminó, a los seis años, que el gobierno nacional tenía prioridad para decidir el destino final de los restos del Libertador. Entonces el Poder Ejecutivo, ejercido en ese entonces por Nicolás Avellaneda, dispuso la creación de otra comisión, esta vez nacional, para poner en marcha el operativo que permitiera el retorno de los restos de San Martín. Los miembros de la comisión decidieron que, como ocurría con los héroes nacionales de muchos países, el Libertador debía descansar en la Catedral Metropolitana. En

esos países en los que se pensaba, los héroes nacionales o personajes notables están depositados en las naves centrales, pero en nuestro caso y a favor de nuestra inveterada originalidad, nunca exenta de sospecha y en este caso abonada por la condición de masón del héroe en cuestión, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros, propuso levantar el mausoleo al héroe nacional en una capilla dedicada a Nuestra Señora de la Paz que debería construirse en uno de los laterales de la Catedral. Así se hizo y el 25 de febrero de 1878, el día en que se cumplía el centenario del nacimiento de San Martín, se ponía la piedra fundamental del monumento funerario.

El 16 de septiembre de 1878 la Comisión Central de Homenaje al general San Martín aprobó la maqueta y el presupuesto de 100.000 francos, unos 10.000 pesos de entonces, presentados por el artista francés Carrier Belleuse para la construcción del mausoleo que debía erigirse en la Capilla de la Catedral en honor a San Martín. Se le puso como plazo máximo de entrega el 10 de marzo de 1880.

Finalmente y tras treinta años de espera, el 21 de abril de 1880, desde el puerto de El Havre, partían a bordo de la nave de la armada argentina *Villarino* los restos del Libertador. Habían sido exhumados del cementerio de Brunoy unos días antes y trasladados en un tren especialmente acondicionado por el gobierno francés, que dispuso además que una comitiva de autoridades civiles y militares y el regimiento número 119 de infantería tributara los honores correspondientes a un jefe de Estado.

Los restos llegaron a Buenos Aires el 28 de mayo de ese año. El gobierno decretó feriado nacional y organizó unas imponentes exequias públicas comandadas por el presidente Nicolás Avellaneda y el ex presidente Sarmiento. Fueron depositados en el Mausoleo de la entrada de la Catedral de Buenos Aires, inclinados y de pie, porque se había calculado mal el tamaño del féretro.

Los unitarios y sus herederos en la historiografía y la política argentinas nunca le perdonaron que hubiese defendido los intereses nacionales por sobre las banderías, que hubiese rechazado combatir contra los federales y que, «para colmo», le hubiera legado su sable a Rosas.

Aquel «mejor no hablar de ciertas cosas» que proponía Valentín Alsina se convertiría en la actitud por mucho tiempo con relación a José de San Martín. Se trató de convertirlo en una estatua de bronce, con un papel central en el «panteón de próceres» de la nacionalidad en formación. Ya en 1858, Bartolomé Mitre inició la construcción de la figura mítica, con la inclusión de una reseña biográfica en su *Galería de celebridades argentinas*. Al año siguiente, la Municipalidad de Buenos Aires aprobó su monumento, erigido en 1862 y que fue la primera estatua ecuestre en un paseo porteño. [786] Luego vendría el *Bosquejo biográfico del General San Martín*, de Juan María Gutiérrez, en 1868, y finalmente la obra clásica del propio Mitre, que tras una primera versión como folletín del diario *La Nación* en 1875, se convertiría, corregida y ampliada, en la *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, a partir de 1887. [787]

En esa construcción de una «figura señera» se buscó quitar todo lo que tuviera de polémico o de «incorrecto» para los detentadores del poder. Así, se lo proclamó el «Gran Capitán de los Andes», como el hábil estratega que sin dudas era, pero se citaron mucho menos sus frases contundentes sobre el papel que los militares debían cumplir en la sociedad, y al servicio de qué fines. Se lo tituló «Padre de la Patria» —una expresión que no le hubiera gustado, teniendo en cuenta que era como se hacían llamar los más despóticos emperadores romanos—, sin indicar que en defensa de esa Patria siempre estaba dispuesto a denunciar a quienes la traicionaban. En definitiva, se buscó negar lo que San Martín había sido en vida: un político decidido por una causa, que le hacía decir frases como esta: «En el último rincón de la tierra en que me halle estaré pronto a luchar por la libertad».

Agradecimientos

A toda la querida gente que me alentó en todos estos años para encarar la tarea de escribir este libro, un viejo sueño que hoy se concreta. A mi mujer y a mis hijos, por el apoyo de siempre, la buena vibra, el acompañamiento y la comprensión. A Alberto Díaz, prócer de los editores argentinos. A Paula Pérez Alonso por la edición y la paciencia. A «Nacho» Iraola por la confianza, la amistad, el apoyo. A Diego Arguindeguy por sus invalorables aportes históricos y por la amistad. A Carol Vitagliano y al coronel Diego López Blanco, del Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín. A Eduardo García Caffi, presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano. A Sofía Oguic, del Museo Histórico Nacional. Al Museo Mitre. A Roberto Baschetti, de la Biblioteca Nacional. A Mariana Pacheco, Mariel Vázquez, Mariano Fain, Alejandro Jasinski, Soledad Vázquez y Alejandro Franco, por su colaboración.

Apéndice

Calles nombradas en la Argentina en homenaje a personajes, lugares y batallas asociados a la vida de San Martín:

- ACHUPALLAS: Batalla que tuvo lugar el 4 de febrero de 1817, representa el primer triunfo ejército libertador al cruzar la cordillera de los Andes. La decisión de combatir en la llamada garganta de Achupalla («sombrero de paja») responde a una estrategia pergeñada por el propio San Martín, quien colocó a al frente de las tropas, unos 200 efectivos, al comandante de Ingenieros, sargento mayor Antonio Arcos.
- AGUADO, ALEJANDRO MARÍA DE (1784-1842): Amigo de San Martín, de origen sevillano; colaboró económicamente con el Libertador durante su exilio en Europa. En 1830, Aguado lo nombró su albacea testamentario.
- AGUIRRE, JOSÉ MARÍA (1783-1849): Militar argentino; participó junto a Belgrano en las batallas de Campichuelo y Tacuarí y, en el Ejército de los Andes, en Maipú y Cancha Rayada. En 1819, San Martín lo nombró jefe de Estado Mayor de una de las divisiones con las que inició su campaña en el Perú. Por los valiosos servicios prestados. San Martín lo designó benemérito de la Orden del Sol.
- ALBERDI, JUAN BAUTISTA(1810-1884): De origen tucumano, fue el autor de las *Bases* y mentor de nuestra Constitución Nacional. Repudió enérgicamente la llamada Guerra de la Triple Alianza. En septiembre de 1843 visitó a San Martín en París. Quedó muy impresionado por la sencillez y la vitalidad del viejo general, que lo abrumó con preguntas sobre la patria.
- ALVARADO, RUDECINDO (1792-1812): Militar salteño, formó parte del Ejército del Norte. Participó en los combates de Las Piedras, Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayohuma, Puesto del Marqués, Venta y Media, Sipe Sipe. En octubre de 1815 se trasladó a Mendoza para ponerse a las órdenes de San Martín, quien lo ascendió a teniente coronel, confiándole la jefatura del batallón Cazadores de los Andes. Participó en Chacabuco y Cancha Rayada. En 1820 San Martín lo nombró comandante del Regimiento de Granaderos a Caballo. Concluidas las luchas por la Independencia y de retorno a Buenos Aires, en 1825 se le nombró inspector general de armas.
- ÁLVAREZ, JULIÁN (1788-1843): Dirigió la Sociedad Patriótica e integró la Logia de Buenos Aires. Fue miembro de la Asamblea del año XIII.
- ÁLVAREZ JONTE, ANTONIO (1784-1820): De origen madrileño, se graduó en leyes, formó parte del Segundo Triunvirato en 1812, fue un gran colaborador de San Martín en la formación del Ejército Libertador. Murió en Perú en 1820, y San

Martín ordenó repatriar sus restos.

- ÁLVAREZ THOMAS, IGNACIO (1787-1857): De origen peruano, fue director supremo en reemplazo de Alvear desde el 15 de abril de 1815 hasta el 16 de abril de 1816. Durante este período mantuvo frecuente contacto epistolar con San Martín.
- ALVEAR, CARLOS MARÍA DE (1783-1852): Político y militar argentino, volvió al país junto con San Martín en 1812. Fue segundo jefe de Granaderos, presidió la Asamblea del Año XIII, fue director supremo en 1815; mantuvo constantes diferencias con San Martín, particularmente sobre el rumbo de la revolución en su primera etapa. Murió en Estados Unidos en 1852 donde oficiaba como embajador.
- ANCHORENA, TOMÁS MANUEL DE (1783-1843): Diputado por Buenos Aires en el Congreso de 1816 se opuso a la propuesta de Belgrano, apoyada por San Martín, de proclamar una monarquía constitucional encabezada por un Inca.
- ANCHORIS, RAMÓN DE (1775-1831): Nacido en Buenos Aires, cuando se desempeñaba como sacerdote en Lima fue acusado de traición y deportado a España, donde estuvo detenido en Cádiz. Formó parte de la logia de Caballeros Racionales nº 3 de Cádiz y a su regreso a Buenos Aires se unió a la Logia Lautaro. Fue diputado de la Asamblea del Año XIII. Colaborador de Alvear, años después se opuso a las reformas rivadavianas.
- ARCOS, ANTONIO (1790-1864): Militar español, con otros «afrancesados» se puso al servicio de José Bonaparte. Tras la derrota napoleónica, viajó a América, donde su puso a disposición de San Martín y O'Higgins. Fue el primer director de la Academia Militar de Chile. Fue el encargado de diseñar la bandera de Chile, oficializada el 18 de octubre de 1817.
- ARENALES, JUAN ANTONIO ÁLVAREZ DE (1770-1831): Militar nacido en España; al servicio de la causa americana, participó de la revolución de Chuquisaca de 1809 y, luego, en el Ejército de Norte. Tras la derrota de Belgrano en Ayohuma, dirigió una de las «republiquetas» del Alto Perú. Por sus destacadas actuaciones, la Asamblea General Constituyente le otorgó la ciudadanía argentina. Trasladándose a Chile, donde San Martín preparaba su expedición al Perú (1820), le ofreció sus servicios y le fue confiada la jefatura de una fuerte división de ejército, al frente de la cual derrotó los realistas en la batalla de Pasco (6 de diciembre de 1820), para dar comienzo casi enseguida a la Campaña de la Sierra. Regresó luego a Salta, donde fue gobernador y dirigió la última expedición al Alto Perú (1824).
- ARGERICH, COSME MARIANO (1759-1820): Médico argentino, padre de Francisco Cosme Argerich, quien se encargara de los cuidados al general San Martín luego del combate de San Lorenzo.

- ARGUIBEL, ANDRÉS (1773-1825): Nacido en Buenos Aires, en España formó parte de las logias de Cádiz.
- ARJONILLA: Victoria del ejército español frente a los franceses, el 23 de junio de 1808. En este combate, San Martín fue salvado por el soldado Juan de Dios, en una situación semejante a la que sucedería en San Lorenzo.
- ARTIGAS, JOSÉ GERVASIO (1774-1850): Caudillo oriental, iniciador del federalismo en el Río de la Plata, jefe político y militar de la Liga de los Pueblos Libres. Mantuvo correspondencia con San Martín, quien se negó a enviar tropas para combatirlo, como le ordenaba el Directorio.
- AVENIDA DEL LIBERTADOR: Mención para honrar a la figura de San Martín, en Centenario de su muerte (1950). La avenida, anteriormente, llevaba el nombre de Alvear.
- AYACUCHO: Última gran batalla por la Independencia de América del Sur, que tuvo lugar en el actual Perú el 9 de diciembre de 1824. Bolívar le sugiere al general Sucre, antes de la batalla, que no olvide a San Martín y todas sus enseñanzas en el arte de la guerra.
- AZCUÉNAGA, MIGUEL DE (1754-1833): Militar argentino. Brigadier general, fue miembro de la Primera Junta y gobernador intendente de Buenos Aires. Fue el responsable de confirmar en el cargo de comandante en jefe para las fuerzas de la Capital al coronel San Martín.
- BAIGORRIA JUAN BAUTISTA: Granadero, famoso por haber salvado a San Martín en la batalla de San Lorenzo, junto con Cabral.
- BALCARCE, ANTONIO GONZÁLEZ (1777-1819): Político y militar. Participó de la defensa de Montevideo, atacado por los ingleses en 1807; tomado prisionero fue enviado a Inglaterra, de donde pasó a España. Luchó contra la invasión napoleónica y, de regreso al país, participó en las batallas de Cotagaita y Suipacha. En 1814 fue designado gobernador intendente de Buenos Aires y en 1816 director supremo provisorio. Luego se incorporó al Ejército de los Andes, participando en la batalla de Maipú. Gran amigo de San Martín, comandó al ejército en la campaña del sur de Chile, donde murió. Su hijo Mariano se casó con Mercedes, la hija de San Martín.
- BAUNESS, CARLOS (1797-1855): Militar nacido en Inglaterra, residió desde 1810 en nuestro país. Se incorporó al Regimiento de Granaderos a Caballo. En 1817 marchó con San Martín a Chile. Estuvo en las batallas de Chacabuco y Maipú.
- BAUZA, JUAN ANTONIO: Franciscano chileno, sirvió a las órdenes de San Martín en calidad de capellán y secretario.
- BEAUCHEF, JORGE (1787-1840): Militar de origen francés. Sirvió en los ejércitos napoleónicos, participó de las batallas de Austerlitz, Jena, Mohringen, Friedland y Waterloo. En 1817 se incorporó al Ejército de los Andes con el grado de

teniente coronel. Resultó herido en la batalla de Talcahuano. En 1823 fue enviado como jefe de una expedición de ayuda a San Martín en el Perú, ya con el grado de coronel.

- BELGRANO, MANUEL (1770-1820): Abogado, economista, periodista, político y militar nacido en Buenos Aires. Participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas. Fue vocal de la Primera Junta y jefe de la Expedición Libertadora al Paraguay. En 1812 creó la bandera nacional; se desempeñó como general del Ejército del Norte y dirigió el éxodo jujeño. Entregó el mando de las tropas de aquel ejército a San Martín, con quien mantuvo una correspondencia recíprocamente elogiosa.
- BELTRÁN, FRAY LUIS (1784-1827): Sacerdote franciscano, fue conocido como «el Vulcano de la Revolución». Se incorporó al ejército que preparaba San Martín en Mendoza, en carácter de pirotécnico, físico, químico, carpintero, mecánico y con el grado de teniente coronel. Atravesó la cordillera junto a San Martín, participó en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.
- BENIELLI, CARLOS JAVIER (1878-1934): Docente y poeta argentino, autor de la letra de la «Marcha de San Lorenzo» y del «Himno a San Martín».
- BERMÚDEZ, FRANCISCO (1787-?): Voluntario durante las invasiones inglesas. En 1808 era capitán de Arribeños y en 1810 adhirió al movimiento revolucionario. En 1815 se incorporó al Ejército de los Andes y asistió a las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú con el grado de sargento mayor. Participó en la campaña libertadora del Perú como teniente coronel.
- BERMÚDEZ, JUSTO GERMÁN (1783-1813): Militar oriental. Actuó en la batalla de Las Piedras y en el sitio de Montevideo. Era capitán del Regimiento de Granaderos a Caballo cuando tuvo lugar el combate de San Lorenzo. Herido el coronel San Martín, Bermúdez se hizo cargo de las tropas; a consecuencia de las heridas recibidas debió amputársele una pierna. Murió algunos días después producto de una hemorragia.
- BERNALDES POLLEDO, JOSÉ (1772-1820): Nacido en Galicia, participó de la lucha contra las invasiones inglesas. Formó parte del Ejército del Norte, participando de las batallas de Las Piedras, Salta y Tucumán. Cayó prisionero en Vilcapugio. Fue informante de San Martín y posteriormente ascendido a coronel del Ejército de los Andes.
- BERUTI, ANTONIO LUIS (1772-1842): Nacido en Buenos Aires, completó sus estudios en España, de donde regresó en 1809. En 1810, con Domingo French, formó el grupo conocido como «chisperos». Fue miembro de la Asamblea del Año XIII. San Martín lo nombró segundo jefe de Estado Mayor del Ejército de los Andes, y luchó en la batalla de Chacabuco.
- BLANCO ENCALADA, MANUEL (1790-1876): Actuó como militar bajo las órdenes

de San Martín; luego, como marino, fue uno de los jefes de la escuadra patriota en la campaña libertador del Perú, de cuya armada fue fundador.

- BOGADO, JOSÉ FÉLIX (1777-1829): Nació en Paraguay. Formó parte del Regimiento de Granaderos a Caballo, combatió en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. Actuó en toda la campaña libertadora del Perú, incluida la batalla de Ayacucho.
- BOLÍVAR, SIMÓN (1783-1830): Libertador de Venezuela y creador de la Gran Colombia. Se reunió con San Martín en el famoso encuentro de Guayaquil y completó la independencia de Sudamérica.
- BOUCHARD, HIPÓLITO (1785-1843): Marino de origen francés, llegado a Buenos Aires en 1809. El 2 de marzo de 1811, el combate de San Nicolás de los Arroyos constituyó el bautismo de fuego de la nueva escuadra. Lamentablemente, fue una derrota. El 3 de febrero de 1813, otro bautismo de fuego, el del Regimiento de Granaderos a Caballo al mando de San Martín en San Lorenzo, encontrará nuevamente a Bouchard dispuesto a todo. Dice San Martín en el parte de guerra: «una bandera que pongo en manos de V. E. y que arrancó con la vida del abanderado el oficial don Hipólito Bouchard». San Martín tomará nota de la actuación del temerario francés y lo tendrá muy en cuenta a la hora de recomendárselo al almirante Guillermo Brown para hostigar a los españoles en el Pacífico y preparar de esa manera el asalto final sobre Lima.
- BOULOGNE-SUR-MER: Ciudad francesa en la cual residió San Martín desde junio de 1848 hasta su muerte.
- BRANDSEN, FEDERICO (1785-1827): Militar francés, formó parte de los ejércitos napoleónicos y fue ayudante de Napoleón desde abril de 1813 hasta marzo de 1814. Llegó a Buenos Aires en 1817 para seguir a Chile donde se incorporó al ejército de San Martín como capitán de caballería. Se destacó en Cancha Rayada y Maipú. Participó de la campaña del sur de Chile en 1818. Murió el 20 de febrero de 1827, en la batalla de Ituzaingó.
- BROWN, GUILLERMO (1777-1857): Marino nacido en Irlanda. Establecido en el Río de la Plata, en 1814 aceptó el mando de la escuadra patriota. El triunfo naval del 17 de mayo de 1814 frente a las costas de Montevideo trajo aparejada la toma de dicha ciudad, el 23 de junio de 1814. San Martín reconoció la importante tarea desarrollada por Brown en pos de la revolución americana.
- BRUIX, ALEJO: Militar francés, arribó a Buenos Aires en 1818. Se incorporó al Ejército de los Andes, participando en la campaña del Perú y en la ocupación de Lima.
- BUERAS, SANTIAGO (?-1818): Militar chileno, actuó como agente secreto de San Martín. Murió en la batalla de Maipú.
- BULNES, MANUEL (1799-1866): Militar y presidente de Chile. En su adolescencia

fue soldado del ejército español. Se incorporó al ejército de San Martín y participó de las batallas de Cancha Rayada y Maipú, siendo ascendido a coronel por méritos de guerra.

- CABOT, JUAN MANUEL (1784-1837): Militar tucumano, participó de la defensa de Buenos Aires en 1806-1807. En 1815 fue destinado al Ejército de los Andes. San Martín lo promovió a teniente coronel y lo nombró segundo jefe del regimiento 11 de infantería. En 1817 San Martín lo designó para proteger el ala derecha del ejército que operaba en el norte. Participó de Cancha Rayada y Maipú.
- CABRAL, JUAN BAUTISTA (?-1813): Militar correntino, reconocido por haberle salvado la vida a San Martín en la batalla de San Lorenzo. Fue sepultado al pie del pino del convento.
- CASTRO BARROS, PEDRO IGNACIO (1777-1849): Sacerdote riojano, participó de la Asamblea del Año XIII y del Congreso que declaró nuestra independencia en 1816. Actuó como representante de San Martín ante Güemes en la provincia de Salta.
- CAXARAVILLE, MIGUEL (1794-1852): Militar. Formó parte del Regimiento de Granaderos a Caballo, acompañó a San Martín al Alto Perú y realizó el cruce de los Andes en 1817. Participó de las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada, Maipú y el asalto de Talcahuano.
- CHACABUCO: Triunfo obtenido por San Martín en Chile, el 12 de febrero de 1817. La calle porteña tiene ese nombre desde 1822.
- CIUDADELA: Campo fortificado por San Martín en la provincia de Tucumán en 1814, como cuartel del Ejército del Norte.
- COCHRANE, ALEJANDRO TOMÁS (1775-1860): Marino escocés; comandó la escuadra de la expedición libertadora al Perú, y se enfrentó con San Martín.
- CONDARCO, JOSÉ ANTONIO ÁLVAREZ (1780-1855): Nacido en Tucumán, fue ingeniero y secretario privado de San Martín. Dirigió la fábrica de pólvora en Córdoba y fue uno de los encargados de realizar un reconocimiento de los posibles pasos de la cordillera de los Andes. Participó de las campañas libertadoras de Chile y Perú, y fue agente de San Martín en Londres.
- CORREA, CIRILO (1795-1827): Comenzó su carrera militar en el regimiento de Patricios y realizó la campaña al Alto Perú. Formó parte del Ejército de los Andes desde 1816. Murió en Lima.
- CRAMER, AMBROSIO (1792-1839): Militar francés, formó parte de los ejércitos napoleónicos. Luego de la batalla de Waterloo emigró a América, ofreciendo sus servicios a San Martín. Cruzó los Andes y combatió en Chacabuco.
- DÁVILA, NICOLÁS (1786-1876): Militar riojano, participó en la campaña libertadora de Chile, tomando la ciudad chilena de La Serena y la provincia de

Coquimbo.

- DEHEZA, ROMÁN ANTONIO (1791-1869): Militar y gobernador de Santiago del Estero. A las órdenes de San Martín participó en Chacabuco, formaba parte entonces del regimiento 11 de infantería de línea, también actuó en Talcahuano y Maipú. Participó de la campaña al Perú y de la guerra con el Brasil.
- DONADO, AGUSTÍN (1767-1831): Conocido como «el patriota olvidado». Fue miembro de la «Sociedad de los siete», participó del Cabildo Abierto del 22 de mayo y de la Sociedad Patriótica. También fue miembro de la Logia Lautaro, en la que se alineó con San Martín.
- DORREGO, MANUEL (1787-1829): Militar, Tuvo actuaciones destacadas en la batalla de Tucumán y Salta. Estuvo bajo las órdenes de Belgrano y San Martín. Con el primero tuvo una serie de conflictos que implicaron fuera separado del ejército y se lo procesara. Luego de Vilcapugio y Ayohuma fue reincorporado. Conflictos de obediencia similares a los anteriores volvieron a sucederse cuando estuvo bajo las órdenes de San Martín. Fue gobernador de la provincia de Buenos Aires; fue fusilado por orden de Lavalle en 1828.
- ESCALADA, CELEDONIO EMETERIO (1762-1819): Militar español, en 1812 se unió al ejército comandado por Belgrano, quien lo dejó a cargo de las baterías Libertad e Independencia. Desde estas baterías pudo observar el movimiento de la escuadra española y proporcionar información a San Martín para planificar el combate de San Lorenzo.
- ESCALADA, REMEDIOS (1797-1823): Esposa de San Martín durante once años, hasta su prematura muerte. El casamiento se produjo tres meses antes del combate de San Lorenzo.
- ESCRIBANO, BERNARDINO (1790-1834): Participó en la campaña al Alto Perú, en el sitio de Montevideo, en la lucha contra los artiguistas y en 1816 pasó a formar parte del Ejército de los Andes. Realizó todas las campañas de San Martín.
- ESPEJO, Jerónimo (1801-1889): Militar mendocino. Acompañó a San Martín en toda la campaña libertadora y luego actuó en la guerra con el Brasil. También se lo recuerda por su escrito *El cruce de los Andes*.
- FALUCHO: Mito o realidad, tiene calle y hasta monumento, su historia —cierta o construida a partir de otro u otros hombres— tiene puntos de contacto con San Martín. Su nombre sería Antonio Ruiz y habría nacido esclavo en la Buenos Aires colonial. Integrante del Ejército de los Andes, habría participado en las campañas de Chile y Perú, muriendo en la defensa de El Callao contra los realistas.
- FREIRE, RAMÓN (1787-1851): Militar chileno. Participó en la campaña de corso de Bouchard. Se incorporó al Ejército de los Andes y fue nombrado por San Martín para conducir una columna hacia el sur de Chile. Fue presidente de su

país en 1823.

- FRÍAS, EUSTAQUIO (1801-1891): Militar salteño. Actuó en la totalidad de las campañas sanmartinianas, luego participó en la guerra con Brasil, en la batalla de Caseros y en la guerra del Paraguay.
- GAMARRA, AGUSTÍN (1785-1841): Militar peruano, participó de las batallas de Salta, Tucumán y Vilcapugio en las filas del ejército español. Se pasó a las filas patriotas cuando San Martín invadió el Perú.
- GARCÍA DEL RÍO, JUAN (1794-1856): Político colombiano. Conoció a San Martín en España, combatiendo contra los franceses. Ocupó altos cargos en los gobiernos de Chile y Perú, fue secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de San Martín en Perú, con quien mantuvo una gran amistad.
- GARZÓN, EUGENIO (1796-1851): Militar oriental, sirvió a las órdenes de Gervasio Artigas. Fue ayudante de San Martín en el Ejército de los Andes. Participó de Chacabuco, Maipú, Zepita, Pichincha. Por sus servicios obtuvo la Orden del Sol.
- GODOY CRUZ, TOMÁS (1791-1852): Político mendocino. Cedió una para que Condarco instalara allí la fábrica de pólvora y armamentos. Representó a su provincia en el Congreso de 1816, en el que actuó bajo inspiración de San Martín a favor de la declaración inmediata de la independencia. Fue gobernador de su provincia en dos períodos.
- GRANADEROS (Regimiento de Granaderos a Caballo): Creado por San Martín en 1812, sus batallones intervinieron en todos los frentes de combate por la Independencia, llegando a actual suelo ecuatoriano.
- GRANVILLE, GUILLERMO ENRIQUE (1793-1836): Marino inglés. A bordo del bergantín *Intrépido* formó parte de la escuadra libertadora del Perú.
- GÜEMES, MARTÍN MIGUEL DE (1783-1821): Militar y político salteño. Luchó contra los ingleses en 1806 y 1807. San Martín lo nombró comandante de las avanzadas de Salta. Fue importantísima su guerra de guerrillas en el norte argentino a fin de acosar e impedir el avance realista.
- GUIDO, TOMÁS (1788-1866): Político porteño. Actuó en defensa de la ciudad durante las invasiones inglesas. A fines de 1813 conoció a San Martín, a quien acompañó a Córdoba, donde actuó como secretario de la gobernación. Colaboró en la organización del Ejército de los Andes. Después de la batalla de Chacabuco, a pedido de San Martín, pasó a Chile; luego actuó como ayudante de campo de aquel.
- HOLMBERG, EDUARDO VON KALLITZ, BARÓN DE (1778-1853): Militar austríaco. Llegó al país junto con San Martín. Peleó junto a Belgrano, de quien fue consejero.
- HUAURA: Cuartel general de San Martín instalado en octubre de 1820 al norte de Lima.

- LA CORDILLERA: Sucesión de montañas encadenadas, hace alusión a la de los Andes, la más extensa del planeta y protagonista de la gesta sanmartiniana.
- LAMADRID, GREGORIO ARÁOZ DE (1795-1857): Militar tucumano. Fue edecán de San Martín, quien le regaló su espada. Participó en la mayoría de los combates librados en su época, aun en la batalla de Caseros.
- LA MAR, JOSÉ DE (1778-1830): Militar ecuatoriano. Fue presidente del Perú en dos ocasiones. Luchó en el Perú, primero en el ejército realista, para pasarse a las filas patriotas cuando San Martín tomó la fortaleza de El Callao, contribuyendo decisivamente a la victoria final en Ayacucho.
- LANZA, JOSÉ MIGUEL (1779-1829): Caudillo boliviano. Fue uno de los más celebres guerreros de la Independencia. San Martín le encargó el operativo de la Sierra en la campaña del Alto Perú. Sus hazañas lo hicieron temible a los realistas.
- LARRAZÁBAL, MARIANO (1789-1822): Militar porteño, era capitán del regimiento de Dragones cuando comenzó la Revolución de Mayo; participó del Cabildo Abierto del 22 de mayo y formó parte del Ejército de los Andes.
- LAS HERAS, JUAN GREGORIO DE (1780-1861): Participó en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses en 1807. Estando en Córdoba se produjo la Revolución de Mayo, lo que lo motivó a retornar a la capital, donde fue elevado al rango de sargento mayor en 1813. Participó en numerosos combates y estuvo en Mendoza en la época en que San Martín organizaba el Ejército de los Andes. San Martín le encargó la formación de un cuerpo de infantería. Ascendido a brigadier, comandó la columna más importante, que cruzó por el paso de Uspallata. Siguió combatiendo en Chile, y luego fue gobernador bonaerense.
- LAVALLE, JUAN GALO (1797-1741): Fue granadero de San Martín. Se incorporó al Ejército de los Andes y participó en numerosas batallas, destacándose su actuación en el combate de Achupallas y en Riobamba.
- LEMOS, JUAN GREGORIO (1764-1822): Militar mendocino. En 1816 San Martín lo nombró comisario de guerra. En 1817, con el grado de teniente coronel, cruzó los Andes, peleó en Chile y Perú. Fue condecorado con la Orden del Sol, creada por San Martín.
- LISTA, RAMÓN (1798-1854): Comenzó su carrera militar como cadete de guardias de infantería. Peleó junto a San Martín en el regimiento de Cazadores. Escribió un diario histórico sobre el sitio de Montevideo.
- LUCERO, LUCIO (1791-1867): Militar, combatió junto a San Martín, es reconocido por ser uno de los pocos granaderos en retornar con vida luego de concluir la guerra de la Independencia.
- LUNA, JUAN PEDRO (1787-1859): Militar, participó de las batallas de Las Piedras, Tucumán y Salta. Integró el Ejército de los Andes después de Maipú y participó

en la campaña del Perú.

- LUZURIAGA, TORIBIO (1782-1842): Militar peruano. En 1806 y 1807 combatió contra las tropas británicas que habían invadido Buenos Aires. Fue gobernador intendente de Mendoza entre 1816 y 1818, cargo desde el que cooperó con San Martín para la formación del Ejército de los Andes.
- MAIPÚ: Batalla librada en Chile entre el ejército argentino-chileno del general José de San Martín y el realista de Osorio, que aseguró la independencia de Chile, el 5 de abril de 1818.
- MARTÍNEZ, ENRIQUE (1789-1870): Militar uruguayo. En 1806 y 1807 combatió contra las tropas británicas que habían invadido Buenos Aires. Fue considerado uno de los jefes más brillantes del Ejército de los Andes, ostentó una de las fojas más destacadas en el ámbito militar.
- MATORRAS, GERÓNIMO LUIS (1720-1775): Tío de San Martín. Fue nombrado coronel «honoris causa» y obtuvo el cargo de gobernador del Chaco en 1770.
- Matorras de SAN MARTÍN, GREGORIA (1738-1813): Madre de San Martín. Nació en Paredes de Nava el 12 de marzo de 1738. Residió en las Misiones de 1770 a 1785. El 10 de octubre de 1770 se casó con Juan de San Martín. El matrimonio tuvo cinco hijos: María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José.
- MAURE, JOSÉ (1796-1872): Militar mendocino. Formó parte del Ejército de los Andes, como sargento primero en el batallón 1 de Cazadores. Participó de la expedición al Perú.
- MILLER, GUILLERMO (1795-1861): Militar inglés, nacido en Wingham. Combatió contra las tropas napoleónicas y norteamericanas. Retirado del servicio, arribó a Buenos Aires en 1817 y se incorporó al Ejército de los Andes con el grado de capitán, a las órdenes de San Martín, con quien mantuvo una relación de amistad.
- MIRANDA, FRANCISCO (1756-1816): General venezolano, actuó en las revoluciones de Estados Unidos y Francia. Fundador de la Gran Reunión Americana, a la que estaba vinculada la logia de Caballeros Racionales a la que pertenecía San Martín, es considerado el «Precursor de la Independencia Americana». Fue mentor de O'Higgins, Bolívar, Nariño y, a través de ellos, de la mayor parte de los libertadores de nuestro continente.
- MIRÓ, CIPRIANO (1797-1890): Militar uruguayo. En la goleta *Congreso* realizó la campaña de corso en las costas del Perú. Se alistó en el Ejército de los Andes a las órdenes de San Martín y participó de la primera campaña de la Sierra.
- NAZARRE, ALEJO: Político porteño. Fue gobernador de Mendoza entre 1812 y 1813. El 21 de abril de 1815 asistió al Cabildo Abierto que eligió gobernador de Mendoza a San Martín.
- NECOCHEA, MARIANO (1792-1849): Militar argentino, formó parte del

Regimiento de Granaderos a Caballo. Combatió en San Lorenzo y pasó a Mendoza y, apenas cruzada la cordillera de los Andes, venció con su escuadrón en el combate de Las Coimas.

- O'HIGGINS, BERNARDO (1778-1842): Político y militar chileno. Formó parte de la Reunión Americana y, luego, de la Logia Lautaro. Colaboró con San Martín en la formación del Ejército de los Andes. Fue director supremo de Chile desde 1817 hasta 1823. A lo largo de su carrera mantuvo fluida correspondencia con San Martín.
- OLAVARRÍA, JOSÉ DE (1801-1845): Militar nacido en Buenos Aires, fue artillero a los diez años de edad. Se integró después al Ejército de los Andes. Intervino en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. Después de la renuncia de San Martín, se unió a Simón Bolívar para continuar en el Perú la lucha por la emancipación de Latinoamérica.
- OLAZÁBAL, FÉLIX (1797-1841): Militar nacido en Buenos Aires se alistó en el ejército libertador con el que atravesó los Andes. Combatió en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. Realizó la campaña del Perú bajo las órdenes directas de San Martín.
- OLAZÁBAL, MANUEL (1800-1872): Hermano de Félix, se sumó al Ejército de los Andes y actuó como asistente de San Martín, quien fue su padrino de bodas con la mendocina Laureana Ferrari. Participó en la campaña libertadora de Chile
- OLLEROS, JUAN JOSÉ (1794-1857): Político y militar argentino. Combatió junto a San Martín y Gregorio de Las Heras en la guerra de la independencia.
- PACHECO, ÁNGEL (1793-1869): Militar argentino. Comenzó su carrera en el Regimiento de Granaderos a Caballo, participó de los combates de San Lorenzo y Rincón de Zárate. En 1816 se integró al Ejército de los Andes, participando en la mayoría de los combates por la Independencia.
- PAROISSIEN, DIEGO (1783-1827): Médico inglés, arribó a nuestro país en 1809. Fue amigo de Francisco de Miranda y el primer extranjero en ser poseedor de una carta de ciudadanía argentina. En 1816 se incorporó al Ejército de los Andes con el cargo de cirujano mayor.
- PATRICIAS ARGENTINAS: Se denomina así a un grupo de damas que en marzo de 1812 realizaron donaciones a fin de comprar fusiles para la causa de la libertad. Cada uno de los fusiles adquiridos por las patricias llevaba el nombre de la donante, para que en el momento del triunfo pudiesen exclamar: «Yo armé el brazo de este valiente para asegurar su gloria y nuestra libertad». Una de las catorce damas era María de los Remedios de Escalada, esposa de San Martín.
- PEDERNERA, JUAN ESTEBAN (1796-1886): Militar puntano. Comenzó su carrera castrense en 1815, como cadete del Regimiento de Granaderos a Caballo y dos años después cruzó la cordillera con la expedición libertadora de San Martín.

- PÉREZ ROSALES, VICENTE (1807-1866): Escritor chileno, en su obra *Recuerdo del pasado* revive pasajes de la vida de San Martín. Fue el fundador de Puerto Montt.
- PICHINCHA: Batalla que tuvo lugar el 24 de mayo de 1822 en la ladera del volcán Pichincha, cerca de la ciudad de Quito. Allí se reunieron las fuerzas enviadas por San Martín y las de Sucre, y vencieron a las tropas realistas, asegurando la independencia del actual territorio ecuatoriano.
- PIERES, JOSÉ MARÍA (1796-1846): Junto con sus hermanos, actuó bajo las órdenes de San Martín. Participó del sitio de Montevideo.
- PLAZA, Pedro REGALADO DE LA (1776-1856), HILARIÓN (1800-1871) y JOSÉ MARÍA (1795-1820): Los tres fueron militares que actuaron bajo el mando de José de San Martín. José María fue condecorado con la Orden del Sol.
- PLUMERILLO: Lugar cercano a Mendoza donde San Martín instaló su cuartel general el 1º de agosto de 1816. Allí completó la formación del Ejército Libertador antes de emprender el cruce de los Andes.
- PRINGLES, JUAN PASCUAL (1795-1831): Militar puntano, se incorporó en 1819 al Regimiento de Granaderos a Caballo que se hallaba en Chile, donde luchó, y se unió a la expedición libertadora del Perú.
- PUEYRREDÓN, JUAN MARTÍN DE (1777-1850): Político y militar argentino. Cursó estudios en Europa, retornando a su tierra natal antes de las invasiones inglesas, durante las cuales combatió. Actuó como gobernador intendente de Córdoba, fue jefe del Ejército del Norte e integrante del Primer Triunvirato. Director supremo entre 1816 y 1819, durante su gestión contribuyó para que San Martín pudiese organizar el Ejército de los Andes.
- QUESADA, JUAN ISIDRO (1802-1876): Militar, formó parte del Regimiento de Patricios, actuó en el Alto Perú, fue herido y hecho prisionero en la batalla de Sipe Sipe. Fue mantenido como prisionero en las peores condiciones durante cinco años, recobrando su libertad gracias a un canje realizado por San Martín. Se incorporó inmediatamente al Ejército Libertador.
- QUESADA, JUAN JOSÉ (1790-1832): Militar correntino. Con muy corta edad ingresó al regimiento de Dragones. Peleó junto a Belgrano. Años después marchó al Alto Perú combatiendo a las órdenes de Rondeau y Güemes, hasta que en 1816 cayó prisionero. Recobró su libertad dos años después por mediación de San Martín. Participó de las campañas de Chile y Perú.
- QUINTANA, HILARIÓN DE LA (1774-1843): Militar nacido en la Banda Oriental. Participó de la defensa ante el ataque inglés de 1806 y recibió, en señal inconfundible de rendición, la espada de Beresford luego de parlamentar las condiciones de la paz. Participó de la campaña al Alto Perú y luego se trasladó a Mendoza para sumarse al ejército libertador sanmartiniano. Era tío materno de

Remedios de Escalada.

- RAULET, PEDRO: Militar francés, combatió a las órdenes de Napoleón y luego de Waterloo se trasladó a América del Sur, donde se incorporó al Ejército de los Andes, con el cual participó de las campañas libertadoras en Chile y Perú.
- RECUERO, CASIMIRO (1802-1850): Militar mendocino. Formó parte del escuadrón de Cazadores a Caballo, que servía de escolta a San Martín, y participó de la campaña libertadora del Perú.
- RONDEAU, JOSÉ (1773-1845): Político y militar, nacido en Buenos Aires y criado en Montevideo. En 1807, durante las invasiones inglesas, fue hecho prisionero cuando esta última ciudad cayó en poder de los ingleses. Dirigió los sitios a Montevideo (1811 y 1813-1814), relevó a San Martín al frente del Ejército del Norte, condujo la tercera expedición al Alto Perú y fue el último director supremo de las Provincias Unidas. Luego, participó en la guerra con el Brasil y fue el primer jefe del Poder Ejecutivo de la República Oriental del Uruguay.
- SALVADORES, ÁNGEL (1792-1841): Militar, participó de los sucesos de Mayo y del sitio de Montevideo. En 1815 luchó en el Alto Perú, donde fue hecho prisionero. Estuvo cinco años preso en El Callao. En 1820 fue canjeado por San Martín, quien lo destinó a la campaña de la Sierra. Fue edecán de Bolívar en la batalla de Junín.
- SAN LORENZO: Convento en Santa Fe, en sus cercanías el 3 de febrero de 1813 se produjo el primer combate de San Martín por la libertad en suelo americano.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO (1811-1888): Polifacético político argentino, fue periodista, maestro, militar, diplomático y presidente de los argentinos entre los años 1868 y 1874. Entrevistó en 1846 a San Martín en Grand Bourg.
- SUCRE, ANTONIO JOSÉ DE (1793-1828): Político, diplomático, estadista y militar venezolano. Junto con Simón Bolívar y José de San Martín forma parte del podio de los tres principales Libertadores de América. A San Martín le dice, desde Guayaquil, el 10 de mayo de 1821: «genio inmortal de América, cuya espada libertadora recibe las bendiciones del Nuevo Mundo, y la estimación del género humano». Dirigió las fuerzas patriotas en triunfos clave para la Independencia, como Pichincha y Ayacucho.
- UNANUE, JOSÉ HIPÓLITO (1758-1833): Escritor, naturalista y político peruano; ministro de Hacienda de San Martín; presidente del primer Congreso Constituyente y del Consejo de Ministros.
- URIBURU, EVARISTO DE (1796-1855): Militar salteño. Peleó a las órdenes de Manuel Belgrano. Luego, con el coronel Zelada, se dedicó al reclutamiento e instrucción de fuerzas militares para liberar Chile.
- VEGA, NICETO (1800-1841): Comenzó su carrera militar muy joven. En la gesta sanmartiniana, participó de las batallas Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

- VIDELA CASTILLO, JOSÉ (1792-1832): Militar mendocino, actuó en toda la campaña libertadora junto a San Martín, hasta ser destituido por Bolívar. Fue condecorado con el título de Legionario.
- VIEL, BENJAMÍN (1787-1868): Militar de origen francés, formó parte del ejército napoleónico hasta su derrota. Estuvo presente en Austerlitz, Jena, Montraywail, Salamanca y Waterloo. En 1815 emigró a América, primero a Estados Unidos y luego a la actual Argentina, donde se incorporó al Ejército de los Andes.
- VILLANUEVA, JOSÉ MARÍA (1796-1831): Militar mendocino. En 1815 se incorporó al Regimiento de Granaderos a Caballo. Realizó junto a San Martín el cruce de los Andes. Participó de la batalla de Chacabuco, donde fue herido de gravedad.
- YAPEYÚ: Localidad cabecera del departamento San Martín, Corrientes; es el pueblo natal del general José de San Martín.

Bibliografía

ESPECÍFICA

- ALONSO PIÑEIRO, Armando. *El supremo americano*, Depalma, Buenos Aires, 1975.
- ALTAMIRA, Luis Roberto. *San Martín. Sus relaciones con Don Bernardino Rivadavia*, s/e, Buenos Aires, 1950.
- ANSCHÜTZ, Camilo. *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo (1812-1826)*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, vol. 323, Buenos Aires, 1945.
- ASTESANO, Eduardo B. *San Martín y el origen del capitalismo argentino*, Coyoacán, Buenos Aires, 1961.
- AUTORES VARIOS. *San Martín y el mar*, Secretaría de Estado de Marina-Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1962.
- AUTORES VARIOS. *Vida española del general San Martín*, Instituto Español Sanmartiniano, Madrid, 1994.
- AZAROLA GIL, Luis Enrique. *Los San Martín en la Banda Oriental*, s/e, Buenos Aires, 1936.
- BARCIA TRELLES, Augusto. *José de San Martín*, Aniceto López, Buenos Aires, 1941-1943.
- BARCIA TRELLES, Augusto. *San Martín en Europa*, López & Etchegoyen, Buenos Aires, 1948.
- BISCHOFF, Efraín. *San Martín en Córdoba*, Ministerio de Bienestar Social, Secretaría de Cultura y Educación, Dirección de Historia, Letras y Ciencias de la Provincia, Córdoba, 1978.
- BUSANICHE, José Luis. *San Martín visto por sus contemporáneos*, Solar, Buenos Aires, 1942.
- BUSANICHE, José Luis. *San Martín vivo*, Nuevo Siglo, Buenos Aires, 1995.
- CAILLET-BOIS, Ricardo, *Un informe curioso sobre la actividad de San Martín en Europa*, Academia Sanmartiniana, Buenos Aires, 1966.
- CAMOGLI, Pablo. *Nueva historia del cruce de los Andes*, Aguilar, Buenos Aires, 2011.
- CAPDEVILA, Arturo. *El hombre de Guayaquil. Formación y plenitud del general San Martín*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1950.
- CAPDEVILA, Arturo. *El pensamiento vivo de San Martín*, Losada, Buenos Aires,

1945.

- Carbia, Rómulo. *San Martín y Bolívar. Frente al hallazgo de nuevos documentos*, Talleres Gráficos de Compañía General Fabril Financiera, Buenos Aires, 1941.
- Carranza, Adolfo P. *Correspondencia del General San Martín*, s/e, Buenos Aires, 1911.
- Chumbita, Hugo. *El secreto de Yapeyú. El origen mestizo de San Martín*, Emecé, Buenos Aires, 2001.
- Chumbita, Hugo y Herrera Vegas, Diego. *El manuscrito de Joaquina. San Martín y el secreto de la familia Alvear*, Catálogos, Buenos Aires, 2007.
- Comisión Nacional del Centenario, *Documentos del archivo del General San Martín*, Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires, 1910-1911.
- Comisión Nacional Ejecutiva del Homenaje al Bicentenario del Nacimiento del General José de San Martín. *San Martín y la cultura*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 5ª edición, 1978.
- De Gandía, Enrique. *San Martín: su pensamiento político*, Pleamar, Buenos Aires, 1964.
- De Marco, Miguel Ángel. *San Martín. General victorioso, padre de naciones*, Emecé, Buenos Aires, 2013.
- Descalzo, Bartolomé. *La acción de San Lorenzo*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1948.
- Dreyer, Mario S. *Las enfermedades del General don José de San Martín. La influencia de su espíritu en la recurrencia de sus afecciones y apoteosis*, Instituto de Investigaciones de Historia de las Ciencias-Academia Nacional de Ciencias, Buenos Aires, 1980.
- Espejo, Jerónimo. *El paso de los Andes*, Kraft, Buenos Aires, 1953.
- Espíndola, Adolfo S. *El Libertador y el libro*, edición del autor, Buenos Aires, 1950.
- Espíndola, Adolfo S. *San Martín en el ejército español en la península. Segunda etapa sanmartiniana*, Comisión Nacional Ejecutiva del 150 Aniversario de la Revolución de Mayo, Buenos Aires, 1962.
- Favaloro, René. *¿Conoce usted a San Martín?*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Feliú Cruz, G. *Un libelo sobre el General San Martín*, s/e, Santiago de Chile, 1929.
- Galasso, Norberto. *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Colihue, Buenos Aires, 2003.
- Galván Moreno, C. *San Martín. El Libertador*, Claridad, Buenos Aires, 1942.
- Gómez-Carrasco, Rafael Luis. *El general José de San Martín: biogenealogía*

hispana del caudillo argentino, Embajada Argentina en Madrid, Madrid-Buenos Aires, 1961.

- HALL, Basilio. *El general San Martín en el Perú. Extractos del diario escrito en las costas de Chile, Perú y Méjico en los años 1820, 1821 y 1822*, Vaccaro, Buenos Aires, 1920.
- HAMMERLEY DUPUY, Daniel. *San Martín y Artigas. ¿Adversarios o colaboradores?*, Noel, Buenos Aires, 1951.
- IBARGUREN, Carlos. *San Martín íntimo*, Peuser, Buenos Aires, 1950.
- INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO. *Epistolario entre los libertadores San Martín y Bolívar*, Buenos Aires, 1941.
- INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO. *José de San Martín. Libertador de América*, Manrique Zago, Buenos Aires, 1995.
- INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO. *La Gloria de Yapeyú*, Buenos Aires, 1978.
- LEVENE, Ricardo. *El genio político de San Martín*, Depalma, Buenos Aires, 1950.
- LYNCH, John. *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, Crítica, Madrid, 2009.
- MAYOCHI, Enrique Mario. *El Libertador José de San Martín*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1978.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN, INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO y MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, 1953.
- MITRE, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Eudeba, Buenos Aires, 1971.
- Monachesi, Claudio D. y Mendoza, Edgardo. *San Martín y el cruce de los Ande*s, Gobierno de la Provincia, San Juan, 2010.
- MUÑOZ AZPIRI, José Luis. *El Noble del Seminario de Nobles. Una interpretación nacional de San Martín*, Eudeba, Buenos Aires, 1972.
- MUSEO HISTÓRICO NACIONAL. *San Martín. Su correspondencia. 1823-1850*, s/e, Buenos Aires, 3ª edición, 1911.
- MUSEO MITRE, *Documentos del Archivo de San Martín*, Imprenta de Coni Hnos., Buenos Aires, 1913.
- NAVARRO GARCÍA, Luis. *José de San Martín y su tiempo*, Editorial Universidad de Sevilla-Fundación El Monte, Sevilla, 1999.
- NEUMANN DE BARTLETT, Martha. *José de San Martín, su propio destierro*, Moglia, Corrientes, 2012.
- NEUMANN DE BARTLETT, Martha. *José de San Martín, el yapeyuano más ilustre*, Moglia, Corrientes, 2014.

- NÚÑEZ, Urbano J. *San Luis y los Granaderos*, Ediciones del Conlara, San Luis, 1963.
- ONSARI, Fabián. *San Martín, la Logia Lautaro y la Francmasonería*, Supremo Consejo del Grado 33 y Gran Logia de la Masonería Argentina, Buenos Aires, 2ª edición, 1964.
- ORNSTEIN, Leopoldo. *Las campañas libertadoras del general San Martín*, Agepe, Buenos Aires, 1958.
- OTERO, José Pacífico. *Historia del Libertador don José de San Martín*, Compañía Argentina de Editores, Buenos Aires, 1932.
- PALCOS, Alberto. *Hechos y glorias del general San Martín*, El Ateneo, Buenos Aires, 1951.
- PASQUALI, Patricia. *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria. Biografía*, Planeta, Buenos Aires, 1999.
- PASQUALI, Patricia. *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*, Planeta, Buenos Aires, 2004.
- PÉREZ, Joaquín. *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile (1818-1820)*, Editorial y Librería Misión, Buenos Aires, 1979.
- PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J. *Ideología y acción de San Martín*, Eudeba, Buenos Aires, 1966.
- PETRIELLA, Dionisio. *José de San Martín. Su obra, su personalidad y su papel en la gesta emancipadora de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1974.
- PICCINALI, Héctor Juan. *Vida de San Martín en España*, Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1977.
- PICCIRILLI, Ricardo. *San Martín y la política de los pueblos*, Gure, Buenos Aires, 1957.
- PIGNA, Felipe (introducción y recopilación). *San Martín. El político I*, Universidad Nacional de San Martín, San Martín, provincia de Buenos Aires, 2008.
- PUENTE, Armando Rubén. *Historia de una amistad. Alejandro Aguado y José de San Martín*, Claridad, Buenos Aires, 2011.
- ROJAS, Ricardo. *El santo de la espada. Vida de San Martín*, Losada, Buenos Aires, 1950.
- SALAS, Carlos. *El general San Martín y sus operaciones militares*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1971.
- SALAS, Carlos I. *Bibliografía del General San Martín y de la emancipación sudamericana*, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910.

- SAN MARTÍN, José de. *Escritos humanísticos y estratégicos,* estudio preliminar de Felipe Pigna, Universidad Nacional de San Martín-Emecé, Buenos Aires, 2010.
- SIRI, Eros Nicola. *San Martín, Los Unitarios y Federales,* A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1965.
- SORIA, Diego Alejandro. *Las campañas militares del general San Martín,* Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, Rosario, 2004.
- TERRAGNO, Rodolfo. *San Martín y el Plan Maitland*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.
- TERRAGNO, Rodolfo. *Diario íntimo de San Martín. Londres, 1824. Una misión secreta*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- TERRAGNO, Rodolfo. *Maitland y San Martín*, Sudamericana, Buenos Aires, 2012.
- TORRE REVELLO, José. *Selección de documentos relativos al Libertador José de San Martín*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1974.
- VILARDI, Julián. *Lugares históricos de la epopeya sanmartiniana*, Círculo Militar, Biblioteca del Suboficial, nº 145, Buenos Aires, 1970.
- VILLEGAS, Alfredo. *Buenos Aires en la organización del Ejército de los Andes,* s/e, Buenos Aires, 1942.
- VILLEGAS, Alfredo. *San Martín y su tiempo*, Depalma, Buenos Aires, 1976.
- VILLEGAS, Alfredo G. *Un documento de San Martín con referencias históricas,* Imprenta Ferrari, Buenos Aires, 1945.
- VILLEGAS, Alfredo G. *San Martín en España*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1976.
- YABEN, Jacinto R. *Efemérides sanmartinianas,* Instituto Nacional Sanmartiniano, Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1968.
- YRARRAZÁVAL LARRAÍN, José Miguel. *San Martín y sus enigmas*, Nascimento, Santiago de Chile, 1950.
- ZAPATERO, Juan Manuel. *San Martín en Orán*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1982.
- ZURECCHI, Juan Carlos. *El General San Martín y la cultura,* Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1950.

GENERAL

- ALBERDI, Juan Bautista. *Grandes y pequeños hombres del Plata,* Plus Ultra,

Buenos Aires, 1991.

- ALBERDI, Juan Bautista. *Viajes*, Eudeba, Buenos Aires, 1973.
- ALONSO PIÑEIRO, Armando. *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*, Depalma, Buenos Aires, 1976.
- ARCHIVO NACIONAL, *Archivos de don Bernardo O'Higgins*, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1949-1951.
- ARJUZON, Antoine. *Wellington*, Colección ayer y hoy de la historia, Palabra, Madrid, 2003.
- AUTORES VARIOS. *Hipólito Bouchard. Marino al servicio de la independencia argentina y americana*, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1967.
- BALMACEDA, Daniel. *Romances turbulentos de la historia argentina*, Norma, Buenos Aires, 2007.
- BARREDA LAOS, Felipe. *General Tomás Guido. Revelaciones históricas*, Linari, Buenos Aires, 1943.
- BARROS ARANA, Diego. *Historia general de Chile: Parte novena: Organización de la república 1820 a 1833*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2000.
- BELGRANO, Manuel. *Autobiografía y escritos económicos*, estudio preliminar de Felipe Pigna, Emecé, Buenos Aires, 2009.
- BELGRANO, Manuel. *Epistolario belgraniano*, recopilación de María Teresa Piragino, prólogo de Ricardo Caillet-Bois y nota preliminar de Gregorio Weinberg, Taurus, Buenos Aires, 2001.
- BOMPADRE, Rolando. *Masonería. Unión del Plata. Historia de la Augusta y Respetable Logia Madre*, Dunken, Buenos Aires, 2013.
- BOSCH, Felipe. *Historia Naval Argentina*, Alborada, Buenos Aires, 1963.
- BUSTINZA, Juan Antonio. *Historia de las instituciones políticas y sociales de Argentina y América*, AZ, Buenos Aires, 1995.
- CAJAL, Alberto. *Guerra de la Independencia en el norte del Virreinato del Río de la Plata: Güemes y el Norte de la Epopeya*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1969.
- CALVO, Carlos. *Anales históricos de la revolución de la América Latina. Acompañados de los documentos en su apoyo. Desde el año 1808 hasta el reconocimiento de la independencia de este extenso continente*, Imprenta de J. Jacquin, Besanzón, 1865.
- CALVO, Juan Jacobo. *Las claves del ciclo revolucionario, 1770-1815*, Planeta, Barcelona, 1990.
- CAMOGLI, Pablo-Privitellio, Luciano de. *Batallas por la libertad. Todos los combates de la guerra de la independencia*, Aguilar, Buenos Aires, 2005.
- CAMOGLI, Pablo. *Asamblea del año XIII. Historia del primer congreso argentino*, Aguilar, Buenos Aires, 2013.

- CASTRO OURY, Elena. *La guerra de la Independencia española*, Akal, Madrid, 1995.
- CHIARAMONTE, José Carlos. *La crítica ilustrada de la realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982.
- CORBIÈRE, Emilio J. *La Masonería. Política y sociedades secretas en Argentina,* Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
- CUTOLO, Vicente Osvaldo. *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Elche, Buenos Aires, 1985.
- DE GANDÍA, Enrique. *Las ideas políticas del monarquismo y del republicanismo,* Depalma, Buenos Aires, 1945.
- DE GANDÍA, Enrique (ed.). *Memorias del general Iriarte*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1962.
- DE GANDÍA, Enrique. *Historia política argentina*, Claridad, Buenos Aires, 1994.
- DE VEDIA y MITRE, Mariano. *La vida de Monteagudo*, Kraft, Buenos Aires, 1950.
- DÍAZ ARAUJO, Edgardo A. *La vitivinicultura argentina - I. Su evolución histórica y régimen jurídico desde la conquista a 1852*, Universidad de Mendoza-Fundación Idearium, Mendoza, 1989.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher. *Vida de Fray Servando*, Ediciones Era-Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2005.
- ESCRIBANO, Ignacio Martín. *La plaga de los Borbones*, Visión Libros, Madrid, 2008.
- FORBES, John Murray. *Once años en Buenos Aires*, Emecé, Buenos Aires, 1956.
- FUENTES, J. F. *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Crítica, Barcelona, 1989.
- GALMARINI, Hugo Raúl. *El mundo íntimo de un hombre de Mayo. Amor y política en el epistolario de Tomás Guido y Pilar Spano (1818-1862),* Corregidor, Buenos Aires, 2010.
- GONZÁLEZ Arrili, Bernardo. *Historia Argentina*, Nobis, Buenos Aires, 1964.
- GUIDO y SPANO, Carlos. *Vindicación histórica. Papeles del brigadier general Guido, 1817-1820*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1882.
- HAIGH, Samuel. *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú,* traducción de Carlos A. Aldao, Talleres Gráficos Columbia, Buenos Aires, 1949.
- HAGEN, Rose-Marie y Rainer, *Los secretos de las obras de arte*, Taschen, Colonia, 2005.
- HALPERIN DONGHI, Tulio. *Argentina. De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

- HARVEY, Robert. *Los libertadores. La lucha por la Independencia de América Latina*, RBA, Barcelona, 2002.
- HERR, Richard. *España contemporánea*, Marcial Pons Ediciones de la Historia, Madrid, 2004.
- HOBSBAWM, Eric J. *La era de la revolución*, Crítica, Buenos Aires, 1997.
- HOBSBAWM, Eric J. *Las revoluciones burguesas*, Crítica, Barcelona, 1998.
- IRIARTE, Tomás de. *Memorias. Napoleón y la libertad hispanoamericana*, Ediciones Argentinas SIA, Buenos Aires, 1944.
- JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA. *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821). Reimpresión facsimilar*, Buenos Aires, 1910.
- LAZCANO, Martín. *Las sociedades secretas políticas y masónicas de Buenos Aires*, El Ateneo, Buenos Aires, 1927.
- LEVENE, Gustavo Gabriel. *Breve historia de la Independencia argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1966.
- LEWIN, Boleslao. *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*, Hachette, Buenos Aires, 1957.
- LÓPEZ, Vicente Fidel. *Historia de la República Argentina*, Sopena, Buenos Aires, 1944.
- LÓPEZ ROSETTI, Daniel. *Historia clínica*, Planeta, Buenos Aires, 2012.
- LUNA, Félix (dir.). *Carlos María de Alvear*, colección Grandes Protagonistas de la Historia Argentina, Planeta, Buenos Aires, 1999.
- LYNCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas, 1806-1826*, Ariel, Barcelona, 1998.
- MANNING, William R. *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*, s/e, Buenos Aires, 1930.
- MARCÓ DEL PONT, Raúl. *El mariscal Francisco Casimiro Marcó del Pont, último capitán general de Chile*, D'Accurzio Impresor, Mendoza, 1952.
- MAURÍN NAVARRO, Emilio. *Contribución al estudio de la vitivinicultura argentina*, Instituto Nacional de Vitivinicultura, Mendoza, 1967.
- MIER, Servando Teresa de. *Ideario político*, selección, prólogo, notas y cronología de Edmundo O'Gorman, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.
- MONTEAGUDO, Bernardo de. *Escritos políticos*, estudio preliminar de Felipe Pigna, Emecé, Buenos Aires, 2009.
- MUSEO HISTÓRICO NACIONAL. *Documentos relativos a la guerra de la Independencia y emancipación política*, s/e, Buenos Aires, 1917.
- NEUMANN DE BARTLETT, Martha. *Fruto maduro. Yapeyú, toda su existencia*, Moglia, Corrientes, 2007.
- O'HIGGINS, Bernardo. *Epistolario de D. Bernardo O'Higgins, 1798-1823*,

anotado por Ernesto de la Cruz, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1916.

- OLAZÁBAL, Manuel de. *Memorias del coronel Manuel de Olazábal. Refutación al ostracismo de los Carreras. Episodios de la guerra de la independencia*, Instituto Sanmartiniano, Buenos Aires, 1942.
- PARISH, Woodbine. *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, Hachette, Buenos Aires, 1958.
- PAZ, José María, *Memorias*, Schapire, Buenos Aires, 1968.
- PÉREZ, Joaquín. *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata*, Talleres Gráficos de A. Monteverde, Montevideo, 1960.
- Pérez AMUCHÁSTEGUI, A. J. *Crónica histórica argentina*, Codex, Buenos Aires, 1971.
- PIGNA, Felipe. *Los mitos de la historia argentina, 2. De San Martín a «El Granero del Mundo»*, Planeta, Buenos Aires, 2005.
- PIGNA, Felipe. *Los mitos de la historia argentina, 1. De los pueblos originarios y la conquista de América a la independencia*, Planeta, Buenos Aires, 2009.
- PIGNA, Felipe. *1810. La otra historia de nuestra Revolución fundadora*, Planeta, Buenos Aires, 2010.
- PIGNA, Felipe. *Libertadores de América. Vida y obra de nuestros revolucionarios*, Planeta, Buenos Aires, 2010.
- PIGNA, Felipe. *Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930*, Planeta, Buenos Aires, 2011.
- PUEYRREDÓN, Manuel. *Memorias del coronel Pueyrredón*, edición de Julio Suárez, Buenos Aires, 1929.
- RABINOVICH, Alejandro. *Ser soldado en las guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*, Sudamericana, Buenos Aires, 2013.
- RAVIGNANI, Emilio (selección y coordinación). *Asambleas constituyentes argentinas, 1813-1898*, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1939.
- ROBERTSON, J. P. y W. P. *La Argentina en los primeros años de la Revolución*, traducción de Carlos A. Aldao, Biblioteca de *La Nación*, Buenos Aires, 1916.
- ROBERTSON, J. P. y W. P. *Cartas de Sudamérica*, Emecé, Buenos Aires, 2000.
- RODRÍGUEZ, Horacio y Arguindeguy, Pablo E. *El corso rioplatense*, Instituto Browniano, Buenos Aires, 1996.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, E. *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia*, Estampa, Madrid, 1930.
- ROSA, José María. *Historia Argentina*, Oriente, Buenos Aires, 1965.
- ROSA, José María. *La misión García ante Lord Strangford*, A. Peña Lillo,

Buenos Aires, 1974.

- RUBIO, Julián María. *La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812)*, Biblioteca de Historia Hispano-americana, Madrid, 1920.
- SAMPAY, Arturo Enrique (recop.). *Las constituciones de la Argentina (1810-1972)*, Eudeba, Buenos Aires, 1975.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Viajes por América, Europa y África*, Eudeba, Buenos Aires, 1962.
- VILAR, Pierre. *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1978.

ARTÍCULOS, MONOGRAFÍAS, FOLLETOS Y NOTAS

- ALVEAR, Carlos María de. «Narraciones», en Honorable Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, tomo XVI, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1963.
- ANÓNIMO (ALVEAR, Carlos María de). «Primera parte de la vida del General San Martín. Año de 1825. Santiago de Chile. Imprenta de Valles, por Pérez», en Museo Mitre.
- BAIDAFF, León. «Dos apologistas franceses de la batalla de Maipú», *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de mayo de 1930.
- BARRIONUEVO IMPOSTI, Víctor. «La mujer en las campañas sanmartinianas», *Todo es Historia*, suplemento nº 29, agosto de 1970.
- BERUTI, Juan Manuel. «Memorias curiosas», en Honorable Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, tomo IV, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1960.
- CAILLET-BOIS, Ricardo. *San Martín y el Ejército del Norte. Conferencia pronunciada el 16 de agosto de 1956*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1956.
- CAÑÁS, Jaime E. «Los espías de San Martín», *Todo es Historia*, nº 16, agosto de 1968.
- CASTRO, Antonio P. «San Martín y Sarmiento. Conferencia pronunciada en el “Círculo Militar” por el director del Museo Histórico Sarmiento», Ministerio de Educación de la Nación-Museo Histórico Sarmiento, serie II, nº 19, 2ª edición corregida y aumentada, Buenos Aires, 1950.
- CHUMBITA, Hugo. «La interminable espera de Rosa Guarú», *Página/12*, suplemento especial, 17 de agosto de 2000.
- CHUMBITA, Hugo. «El origen de San Martín y su proyecto americano», ponencia

presentada en el II Congreso Internacional Sanmartiniano, Buenos Aires, agosto de 2000 (se puede consultar en http://hugochumbita.com.ar/investigacion.html).

- CHUMBITA, Hugo. «El viaje del Libertador hacia sus orígenes», *Veintitrés*, 15 de agosto de 2000.
- CORREAS, Edmundo. «Plan continental y campaña libertadora de San Martín en Chile», en Roberto Levillier (dir.), *Historia argentina*, tomo III, Plaza & Janés, Buenos Aires, 1968.
- CORVALÁN MENDILAHARSU, Dardo. «Los símbolos patrios», en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, vol. VI, El Ateneo, Buenos Aries, 1944.
- DE GANDÍA, Enrique. «La vida secreta de San Martín», *Todo es Historia*, nº 16, agosto de 1968.
- DE GANDÍA, Enrique. «Los planes políticos y militares de San Martín después de Guayaquil», *La Nación*, Buenos Aires, 16 de agosto de 1981.
- DEL CARRIL, Bonifacio. *Notas sobre la vida y la obra de San Martín. Conferencia pronunciada el 16 de agosto de 1960*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1960.
- DRAGHI LUCERO, Juan. «Oficios firmados por el general San Martín (1817)», *Revista de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo*, Mendoza, cuarto trimestre de 1946.
- ECHAGÜE, Juan Pablo. «San Martín en las campañas europeas», *San Martín, revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, año V, nº 14, 1947.
- GÁLVEZ VIGOUROUX, Luis. «San Martín y O'Higgins, la más grande amistad de la historia», *Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, año V, nº 17, Buenos Aires, septiembre de 1947.
- GARGARO, Alfredo. «San Martín en el Ejército del Norte», *Revista del Instituto Sanmartiniano*, nº 35, septiembre-diciembre de 1954.
- GERDING, Eduardo C. «1770 Thomas Eastman 02/01/1844», en http://cementeriobritanico.org/Prueba/thomaseastman.html.
- GIL NOVALES, A. «Reinado de Fernando VII», en Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España*, vol. VII, Labor, Barcelona, 1980.
- GROSSO, Florencia. «Remedios y José. Realidad y leyenda», *Todo es Historia*, nº 397, agosto de 2000.
- GUIDO, Tomás. «Conferencia de Punchauca», en Honorable Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, tomo V, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1960.
- IGLESIAS, Graciela. «San Martín enigmático viajero en Europa», *La Nación Revista*, 13 de agosto de 2000.
- IRIGOYEN, Bernardo de. «Recuerdos del General San Martín», *La Revista de*

Buenos Aires, nº 4, agosto de 1863.

- LÓPEZ LARA, Paloma y Ruiz Ortega, José Luis. «Ciudades, culturas y fronteras en un mundo en cambio», en *Guía para las excursiones del IX Coloquio y Jornadas de Campo de Geografía Urbana*, Grupo de Geografía Urbana (Age), Sevilla-Cádiz-Ceuta, 9-14 de junio de 2008.
- LUNA, Félix. «La misión Gutiérrez de la Fuente. El fracaso de un agente de San Martín», *Todo es Historia*, nº 159, octubre de 1980.
- NÚÑEZ ROLDÁN, Francisco. «La España de Godoy», *La Aventura de la Historia*, año 1, nº 4, Madrid, febrero de 1999.
- MARILUZ URQUIJO, José M. «La crisis del régimen (1790-1810)», en Roberto Levillier (dir.), *Historia argentina*, tomo III, Plaza & Janés, Buenos Aires-Barcelona.
- ORNSTEIN, Leopoldo. *Personalidad militar del general San Martín*, *Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 1965*, Ministerio de Educación y Justicia, Secretaría de Cultura, Buenos Aires, 1966.
- OTERO, José Pacífico. «Catálogo de la biblioteca que poseía San Martín y regalo a la ciudad de Lima, en Instituto Nacional Sanmartiniano», *San Martín y la cultura*, Comisión Nacional Ejecutiva de Homenaje al Bicentenario del Nacimiento del General José de San Martín, Buenos Aries, 5ª edición, 1978.
- PASQUALI, Patricia. «Se desmorona la tesis sobre la nueva filiación de San Martín», *Desmemoria. Revista de Historia*, nº 28, 2001 (se puede consultar en www.desmemoria.8m.com).
- RAFFO DE LA RETA, Julio C. *San Martín en Mendoza. Conferencia pronunciada el 14 de agosto de 1962*, Ministerio de Cultura y Justicia, Buenos Aires, 1962.
- RAMOS ALFONSO, Ramón. «La epidemia de fiebre amarilla de 1800. El caso de Marchena», en www.bibliotecaspublicas.es/marchena/imagenes/IV_5_Ramos_epidemia.pdf.
- RIVAROLA, Horacio. *San Martín en la educación argentina. Conferencia pronunciada el 14 de agosto de 1963*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1963.
- SÁNCHEZ HITA, Beatriz. «La prensa en Cádiz en el siglo XVIII», *El Argonauta Español*, año 4, enero de 2007, en http://argonauta.revues.org/1232.
- SAN MARTÍN, José de. «Decretos del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín», en Honorable Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, tomo XVII, segunda parte, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1963.
- SCENNA, Miguel Ángel. «Historia porteña del barrio de Constitución», *Todo es Historia*, nº 62, junio de 1972.
- UZAL, Hipólito. «Los enemigos de San Martín», *Todo es Historia*, nº 16, agosto

de 1968.

- Zapatero López, Juan Manuel. «San Martín, veintidós años en el ejército español», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, nº 32, 1961.



FELIPE PIGNA. (Mercedes, Buenos Aires, 29 de mayo de 1959). Es un historiador y escritor argentino especializado en la historia de Argentina. Realiza trabajos en diversos formatos, y es considerado por el programa Ver para leer como el historiador con más difusión en la Argentina después de Félix Luna.

Felipe Pigna es un profesor de historia egresado del Instituto Nacional «Dr. Joaquín V. González». Fue director del proyecto *Ver la Historia* de la Universidad de Buenos Aires, compuesto por trece capítulos. Es director del Centro de Difusión de la Historia Argentina de la Universidad Nacional de General San Martín y conductor del programa *Historias de nuestra historia* trasmitido por Radio Nacional. Además, fue profesor de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini.

Fue columnista de la radio Rock

Notas



[1] John Lynch, *San Martín, soldado argentino, héroe americano*, Crítica, Barcelona, 2009, pág. 21. <<

[2] Cuando en 1853 el gobernador de Corrientes, Juan Gregorio Pujol, visitó Yapeyú, encontró allí a Rosa Guarú, con sus noventa y tres años. Declaró haber sido «sirvienta» de la casa de los San Martín y le señaló al mandatario el lugar donde estaba aquella residencia. Rosa murió en Aguapé, a dos leguas de Yapeyú, probablemente en 1872, a los ciento doce años. <<

[3] Hugo Chumbita, *El secreto de Yapeyú. El origen mestizo de San Martín*, Emecé, Buenos Aires, 2001. Diego de Alvear y Ponce de León había nacido en Andalucía, en Montilla, en la provincia española de Córdoba, el 13 de noviembre de 1749. Ingresó a la Armada española y a los veinte años tenía el grado de guardiamarina. Integró la tripulación de la fragata *Venus* que hacía la ruta de las Filipinas. En 1773 fue ascendido a alférez de fragata y, dos años más tarde, a alférez de navío. Según la biografía de su hija Sabina, desde aquel año hasta 1777 «se halló en las guerras de Colonia del Sacramento, Río Grande de San Pedro y de Santa Catalina». Se casó en primeras nupcias con María Balbastro, integrante de una rica familia porteña, y en segundas nupcias con la inglesa Luisa Rebeca Ward. <<

[4] Hugo Chumbita y Diego Herrera Vegas, *El manuscrito de Joaquina. San Martín y el secreto de la familia Alvear*, Catálogos, Buenos Aires, 2007, págs. 144-146. Para la versión que da por válida la paternidad de Diego de Alvear, véanse también los artículos de Hugo Chumbita, «La interminable espera de Rosa Guarú», *Página/12*, Suplemento especial, 17 de agosto de 2000; «El origen de San Martín y su proyecto americano», ponencia presentada en el II Congreso Internacional Sanmartiniano, Buenos Aires, agosto de 2000; «El viaje del Libertador hacia sus orígenes», *Veintitrés*, 15 de agosto de 2000. En contra, véase el artículo de Patricia Pasquali, «Se desmorona la tesis sobre la nueva filiación de San Martín», *Des-memoria. Revista de Historia*, nº 28, 2001. <<

[5] Chumbita y Herrera Vegas, *op. cit.*, pág. 78. <<

[6] Ibídem, pág. 127. <<

[7] Aclaran Chumbita y Herrera Vegas que, «según el médico del famoso hospital Charenton de París, Esquirol, la erotomanía era una afección cerebral, crónica, caracterizada por un amor excesivo, tanto por un objeto conocido como por un objeto imaginario; solo la imaginación está lesionada y un error de entendimiento y las ideas amorosas son fijas y dominantes». <<

[8] Chumbita y Herrera Vegas, *op. cit.*, págs. 127 y 128. <<

[9] Ricardo Rojas, *El Santo de la Espada*, Eudeba, Buenos Aires, 1970, pág. 9. <<

[10] Ibídem, pág. 17. <<

[11] Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Biblioteca La Nación, Buenos Aires, 1918. Haigh había arribado a Valparaíso en agosto de 1817, con un cargamento que incluía armas que fueron compradas por el gobierno de Chile y se usaron en la batalla de Maipú. Haigh estuvo presente en ese combate decisivo. Realizó otros dos viajes a Chile (1820-1821 y 1825), y en 1831 publicó en Londres sus impresiones y recuerdos de América del Sur. <<

[12] La madre del mariscal Solano era Rafaela Ortiz de Rozas, nacida en Buenos Aires e hija de Domingo Ortiz de Rozas, conde de Poblaciones, gobernador del Río de la Plata (1742-1745) y de Chile (1746-1755). El padre del mariscal, José de Solano, primer marqués del Socorro, era gobernador y capitán general de Venezuela, además de uno de los principales jefes navales españoles. <<

[13] Augusto Barcia Trelles, *José de San Martín*, Aniceto López editor, Buenos Aires 1941, tomo II. Barcia Trelles (1881-1961), abogado y político republicano español, ministro en varias ocasiones del gobierno del Frente Popular durante la Guerra Civil, tras la caída de Cataluña en poder del franquismo se exilió en la Argentina, donde pasó sus últimos años de vida. La versión de la ascendencia sefaadí del Libertador, además de los rasgos físicos, tomaba en cuenta un hecho conocido: muchos judíos conversos, al bautizarse, tomaban como apellido el nombre de un santo. <<

[14] Ministerio de Educación de la Nación, Instituto Nacional Sanmartiniano y Museo Histórico Nacional, *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, 1950, tomo I, pág. 6. <<

[15] Esa reacción se manifestó en el año 2000, ante la publicación del libro *Don José. Vida de San Martín*, de José Ignacio García Hamilton, que adoptaba esa versión, y sobre todo ante la presentación ante la Comisión de Cultura del Senado de la Nación realizada por Hugo Chumbita, Ramón Santamaría (descendiente de Alvear) y Diego Herrera Vegas, para solicitar que se realizara un análisis de ADN de los restos de San Martín, para determinar su filiación. <<



[16] *1810. La otra historia de nuestra revolución fundadora*, Planeta, Buenos Aires, 2010, pág. 49. <<

[17] Locke fue un pionero del pensamiento antiabsolutista. En su *Segundo tratado del gobierno civil*, publicado en 1690, como justificación de la llamada «revolución gloriosa», que instaló la monarquía moderada con control parlamentario, dice que los hombres vivían en un estado de naturaleza en absoluta libertad e igualdad, sin nadie que los gobernase. Pero, lamentablemente, surgieron disputas insalvables y decidieron crear una sociedad, para lo cual renunciaron a sus derechos naturales, tales como hacer justicia por mano propia, y cada uno cedió su porción de poder a un gobernante, al que nunca pensaron absoluto. Les quedaba claro que, si el gobernante se convertía en déspota, los hombres tenían derecho a rebelarse y quitarle el poder que le habían conferido. <<

[18] Manifiesto de Juan Bélez de Córdova, citado en Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*, Hachette, Buenos Aires, 1957, pág. 118. <<

[19] Véanse *1810…*, cit., págs. 40-48, y *Mitos de la historia argentina 1. De los pueblos originarios y la conquista de América a la independencia*, Planeta, Buenos Aires, 2009, págs. 163-192. <<



[20] Citado por Martha Neumann de Bartlett, *Fruto maduro. Yapeyú, toda su existencia*, Moglia Ediciones, Corrientes, 2007, pág. 53. <<

[21] La madre de San Martín era prima de don Gerónimo Matorras (1720-1775), un rico comerciante español que se instaló en Buenos Aires en 1750. Fue cabildante y por donde pasó dejó su huella: el límite de su gran quinta, donde funcionaba un molino en el que trabajaban once blancos y veintiún esclavos, pasó a llamarse zanjón de Matorras; la calle de su casa, Santa Rosa, en la actual avenida Córdoba, era popularmente llamada «la cancha de Matorras», y también se conocía como Matorras la calle Piedad, actual Bartolomé Mitre, donde quedaba su residencia. En 1765 viajó a España para convencer a la corona de un plan de «conquista y pacificación» del Chaco, fundando reducciones en la región, para lo cual obtuvo su nombramiento como gobernador del Tucumán. En 1774 inició su expedición al Chaco, por el curso del río Bermejo, negociando con jefes moqoit («mocovíes») y qom («tobas»), pero murió enfermo al año siguiente, mientras inspeccionaba la primera de esas reducciones planeadas. <<

[22] Como señala Martha Neumann de Bartlett en su libro *José de San Martín, el yapeyuano más ilustre* (Moglia Ediciones, Corrientes, 2014, págs. 27 y 28), el *ibapoy* es una especie de higuerón. Este hermoso ejemplar bajo el cual jugaba Josecito con Rosa, que alcanzó los quince metros de altura y los dos de ancho, sobrevivió hasta el 14 de mayo de 1986 y hoy su retoño ocupa su lugar en la plaza principal de Yapeyú. <<

[23] Entre otros estudios sobre la *Yvy Mara 'ey*, puede consultarse el de Hélène Clastres, *Tierra sin mal. El profetismo tupí-guaraní*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1993. <<

[24] Los ataques portugueses continuaron en la región. En 1801, ocuparon las Misiones Orientales, incluida San Borja, y destruyeron el fuerte de Santa Tecla. Aunque en la guerra de la independencia la zona fue recuperada por Andrés Guacurarí —el célebre Andresito, lugarteniente guaraní e hijo adoptivo de Artigas—, con la invasión portuguesa a la Banda Oriental, iniciada en 1816, llegaría el fin: en enero de 1817, Yapeyú fue arrasada por los invasores. En 1830, la provincia de Corrientes incorporó esa parte de las antiguas Misiones a su territorio. <<

[25] Firmado el 1º de octubre de 1777, en el Palacio de La Granja de San Ildefonso, cercano a la ciudad castellana de Segovia, por este tratado las coronas española y portuguesa fijaban nuevos límites entre sus posesiones en la Banda Oriental y el sur del Brasil. A cambio de obtener la entrega definitiva de Colonia del Sacramento, España reconocía un avance de las posesiones portuguesas hasta el arroyo del Chuy, la cabecera del río Negro y el Pepirí Guazú. Como resultado de este tratado se nombraron las comisiones de demarcación, en una de las cuales participaría Diego de Alvear, para establecer los límites en las Misiones Orientales. <<

[26] La Merced fue la base de la actual ciudad de Monte Caseros y San Gregorio estaba cerca del río Mocoretá, ambas en el actual territorio correntino. Concepción del Mandisoví estaba cercana a la actual Federación y Jesús del Yeruá es la actual localidad de Estancia Grande o Colonia Yeruá (departamento de Concordia), ambas en lo que hoy es territorio entrerriano. <<



[27] Miguel Ángel De Marco, *San Martín. General victorioso, padre de naciones*, Emecé, Buenos Aires, 2013, pág. 19. <<

[28] Si bien no hay datos precisos de dónde y cómo se habría establecido Gregoria Matorras con sus cinco hijos antes de que Juan de San Martín se les reuniese en Buenos Aires, hay que señalar que su primo Gerónimo, para entonces ya fallecido, estaba casado con Manuela Larrazábal, perteneciente a una familia de la elite porteña. <<



[29] La población fue clasificada según su origen: el 64,94% como españoles, el 13% como mulatos, el 17% como negros y el 2,25% como mestizos. <<



[30] De «El mañana efímero», poema de Antonio Machado, publicado originalmente en *Campos de Castilla* (1912). <<

[31] Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802), ministro de Hacienda y fiscal del Consejo de Castilla, fue uno de los principales autores ilustrados españoles, promotor de la agricultura y de una reforma educativa centrada en la formación de artesanos. Baltasar Melchor Gaspar María de Jovellanos (1744-1811), vinculado a Campomanes, integró distintos consejos asesores del rey y de la comisión que creó el primer banco español, y fue miembro de la Real Academia; redactó un informe para liberalizar el régimen de propiedad agraria, entre otros trabajos sobre la modernización de la economía. Pedro Abarca, conde de Aranda (1719-1798), fue el principal promotor de la expulsión de los jesuitas y, con Campomanes, impulsó el establecimiento de colonias agrícolas en Andalucía, además de ordenar el primer censo de población realizado en España. José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca (1728-1808), secretario de Estado entre 1777 y 1792, promovió el apoyo de España a los revolucionarios norteamericanos. José de Gálvez (1720-1787), marqués de Sonora, fue ministro de Indias desde 1776 hasta su muerte, e impulsó las reformas borbónicas en América. <<

[32] El Banco de San Carlos, creado en 1782, como entidad de conversión y descuentos y encargada del pago de la deuda pública. En 1829, virtualmente quebrado, fue reemplazado por el Banco de San Fernando, antecesor del Banco de España, creado en 1856. <<

[33] Un mayorazgo es una institución de origen señorial, destinada a perpetuar un patrimonio en un miembro de la familia, generalmente el hijo mayor (de ahí su nombre). En el régimen agrario español significó la perpetuación de una clase rentista, poco y nada dispuesta a encarar mejoras, con la contrapartida de un campesinado empobrecido. Campomanes fue el principal impulsor de medidas para limitarlos, poniendo restricciones a la creación de nuevos mayorazgos, y para la desamortización o liberación de los existentes. <<

[34] Por ejemplo, para obtener su ingreso como capitán de los ejércitos reales, en 1772, Francisco de Miranda había tenido que pagar, legalmente, unos 85.000 reales de vellón (el equivalente al precio de 40 esclavos en Caracas), amén de los «invertidos», no tan legalmente, en intermediarios. Véase *Libertadores de América. Vida y obra de nuestros revolucionarios*, Planeta, Buenos Aires, 2010, págs. 18-19. <<

[35] En la primera biografía de San Martín, publicada en Londres en 1823 por el neogranadino Juan García del Río, con el seudónimo de «Ricardo Gual y Jaén», se mencionaba que había cursado estudios en un «Colegio de Nobles» —que no existió, al menos con ese nombre—, de donde se dedujo que se trataría del Seminario, fundado en 1724, como institución para formar a la elite. La versión, incluida por Mitre en su obra, terminó convirtiéndose en la más difundida. <<



[36] Héctor Juan Piccinali, *Vida de San Martín en España*, Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1977, págs. 3-4. <<

[37] Luis Enrique Azarola Gil, *Los San Martín en la Banda Oriental*, Buenos Aires, 1936, pág. 14. Azarola Gil, en ese folleto, fue además el primero en dar a conocer los datos de nacimiento de los hermanos de José de San Martín nacidos en la Calera de las Vacas. Véase también José Miguel Yrarrazával Larraín, *San Martín y sus enigmas*, Nascimento, Santiago de Chile, 1950, págs. 22-23. Pero, ¿fue San Martín alumno alguna vez de dicho Seminario? El director del Archivo Histórico Nacional español, en informe pasado en junio de 1934 al señor Luis Enrique Azarola Gil, autor del folleto, certifica de manera categórica no haber sido «José de San Martín seminarista de dicho colegio durante los años de 1770 a 1799». Y concluye el declarante: «Siento de veras que esta afirmación decisiva pueda contrariar en algo la biografía de San Martín, pero así es y a los hechos concretos debemos atenernos». <<

[38] Alfredo G. Villegas, *San Martín en España*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1976, pág. 15, y Piccinali, *op. cit.*, págs. 3-4. <<

[39] Villegas, *op. cit.*, pág. 16. <<

[40] Carta de San Martín a Guido, fechada en Bruselas el 6 de abril de 1830, en A. J. Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, pág. 89. <<

[41] *Memorias del coronel Manuel de Olazábal*, Biblioteca del Instituto Sanmartiniano, vol. 5, Buenos Aires, 1942, pág. 120. <<

[42] Por ello presentó declaración sobre la limpieza de su sangre en la que constaba que: «Dn. Justo Rufino de Sn. Martin, natural del pueblo de Yapeyú obispado de Buenos Ayres en la América ante V. como mejor proceda paresco y digo: qe. a mi derecho conviene se me reciba información de testigos como es cierto haver conocido en esta Villa a Da. Gregoria Matorras mi madre, natural de ella, igualmente a Dn. Domingo Matorras, su padre y mi abuelo, vecino qe. fue de esta misma Villa en la qe. se les tuvo y reputó por christianos viejos honrrados y de sangre limpia, sin haver sido procesados por ningún exceso ni vicio torpe, ni ser hereges, ni judíos nuevamente convertidos ni delatados a el Sto. Oficio de la Inquisición, ni castigados por este ni exercido oficios viles. En esta atención, a V. suplico se sirva estimarlo assi con citación al Procurador Sindico y mandar qe. evacuado con la aprobación judicial se me devuelva original para usar de mi derecho, qe. assi es de justicia, qe. pido, juro, Justo Rufino de San Martín». En *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, cit., tomo I, pág. 163. <<

[43] En una cláusula de su testamento, José de San Martín encomendaba a su hija Remedios el pago de una pensión de 1.000 francos a María Elena y, tras su fallecimiento, de 250 francos a su sobrina Petronila. <<

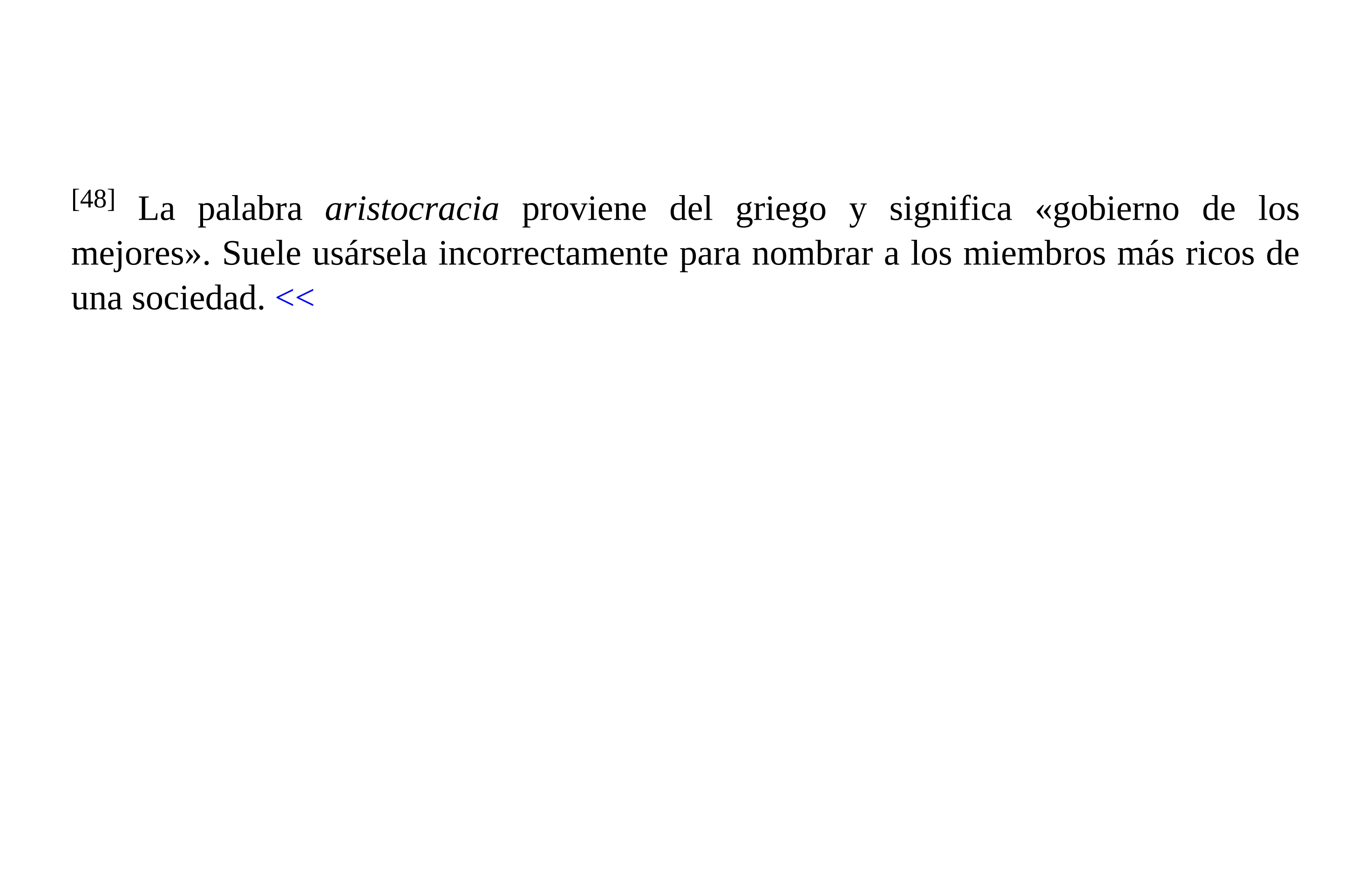
[44] Los regimientos de la infantería española surgieron a partir de unidades anteriores y muchos de ellos conservaron nombres vinculados a la región donde habían sido formados originariamente, aunque con las reformas borbónicas ya no correspondían a ella, ni en cuanto a la integración de la tropa y oficiales ni en cuanto a la guarnición que cubrían. También tenían un sobrenombre, considerado honorífico. El Regimiento de Soria, en el que revistaban los hermanos de José de San Martín, era apodado *El Sangriento*. <<

[45] Por cierto, no era un rasgo exclusivo de la «barbarie hispana»: ocurría en todos los ejércitos europeos y la «civilizada» marina británica de entonces incorporaba a chicos hasta de ocho o nueve años y los embarcaba como grumetes o asistentes de los capitanes, apodados *snotty* («mocosos»). Así lo registraba un oficial naval británico, A. B. Campbell, en su libro *Customs and Traditions of the Royal Navy* (Gale & Polden, Aldershot, 1956), señalando en pleno siglo XX, casi con orgullo, que la idea era «criar oficiales y caballeros como avezados marinos, entrenados para comandar un buque y afrontar un combate naval con criterio y coraje. Era necesario que estos caballeritos pudiesen hablarles a los marineros en su propio idioma». <<



[46] El segundo batallón del Murcia contaba con unos 30 oficiales, 115 suboficiales y 575 soldados. <<

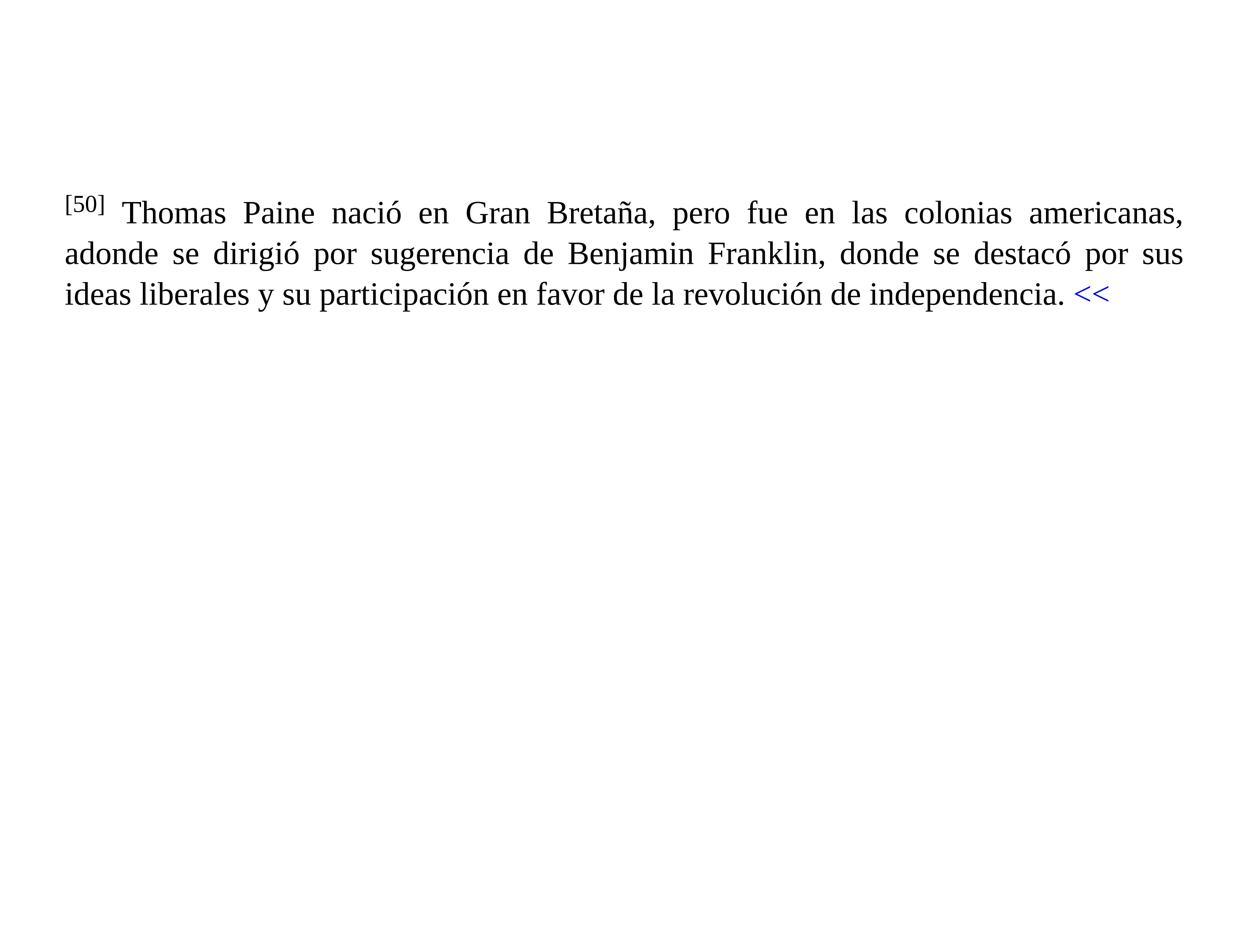
[47] Iniciadas a comienzos del siglo XV, en el contexto de la «Reconquista» española y la puja por la hegemonía peninsular entre las coronas de Castilla, Aragón y Portugal, las guerras coloniales en el norte de África se prolongarían hasta entrado el siglo XX. Aún hoy, España mantiene en la región los enclaves coloniales de Ceuta y Melilla, así como otras islas y peñones menores. <<



[48] La palabra *aristocracia* proviene del griego y significa «gobierno de los mejores». Suele usársela incorrectamente para nombrar a los miembros más ricos de una sociedad. <<



[49] Una síntesis de los principales procesos de la Revolución Francesa puede verse en *1810*…, cit., págs. 68-72. <<



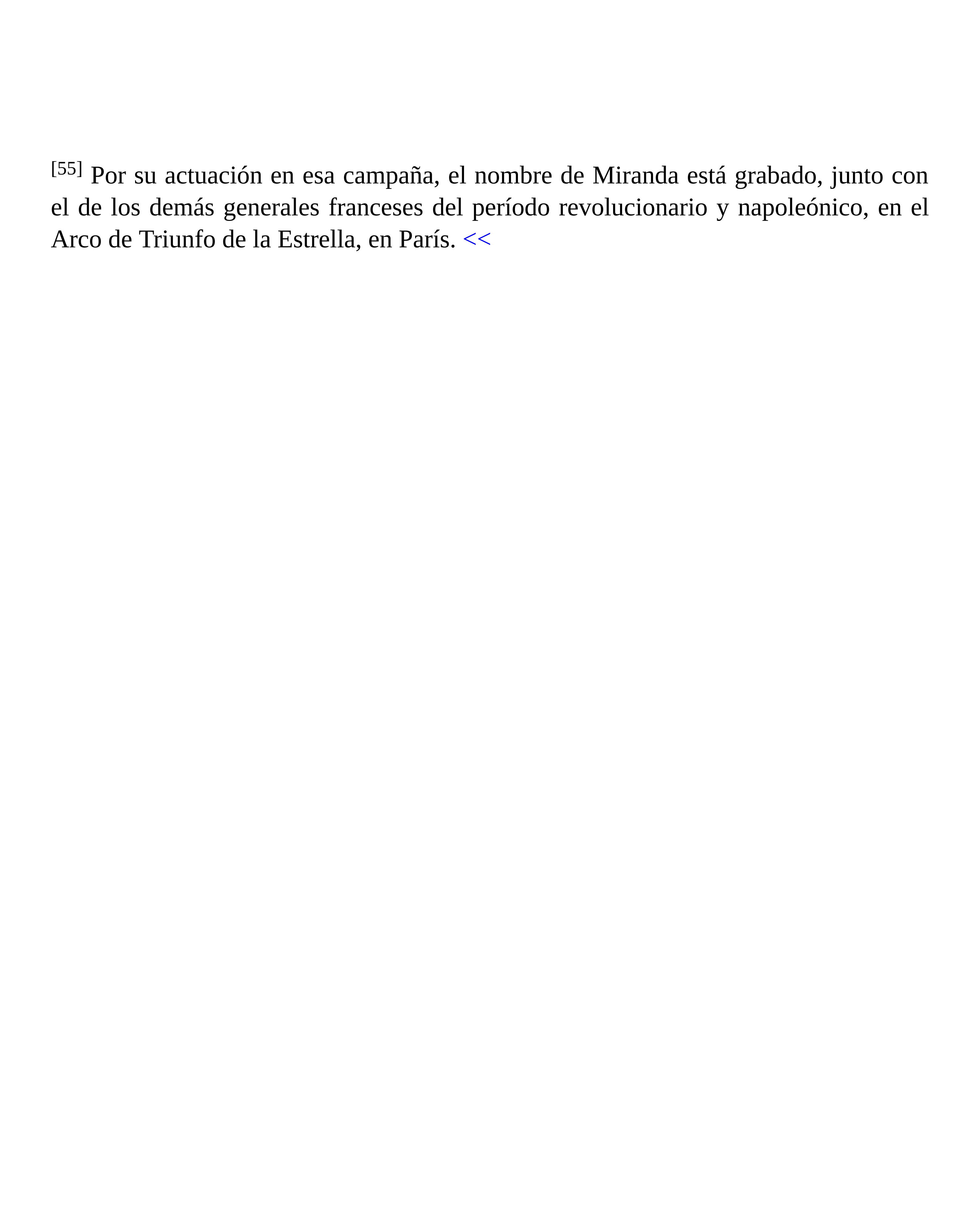
[50] Thomas Paine nació en Gran Bretaña, pero fue en las colonias americanas, adonde se dirigió por sugerencia de Benjamin Franklin, donde se destacó por sus ideas liberales y su participación en favor de la revolución de independencia. <<

[51] Benjamin Franklin fue enviado a Francia como representante del gobierno revolucionario en 1776 y continuó desempeñando funciones diplomáticas hasta 1785. Thomas Jefferson sería embajador en Francia entre 1784 y 1789. <<

[52] En www.asturiasrepublicana.com/tompayne.html. <<

[53] Véase *1810…*, cit., capítulo «La revolución silenciada», págs. 201-214. <<

[54] *La Marsellesa* fue compuesta en 1792 por Claude Joseph Rouget de Lisle; tres años después, el 14 de julio de 1795 se convirtió oficialmente en el Himno Nacional de Francia. Por su contenido altamente republicano y revolucionario, era entonado por el pueblo, pero no era bien visto en los actos oficiales del imperio napoleónico. Durante la época de la restauración que sucedió a la derrota de Napoleón, fue prohibido, al igual que en el período de la ocupación nazi (1940-1944), cuando fue considerado un himno de la resistencia. <<



[55] Por su actuación en esa campaña, el nombre de Miranda está grabado, junto con el de los demás generales franceses del período revolucionario y napoleónico, en el Arco de Triunfo de la Estrella, en París. <<

[56] Durante el régimen republicano se intentó suprimir el cristianismo y reemplazarlo por el culto de la razón. Con esa finalidad, se adoptó un calendario nuevo que databa a partir del nacimiento de la República, el 22 de septiembre de 1792, y dividía el año en doce meses iguales de treinta días, más cinco suplementarios dedicados al pueblo. Cada mes se dividía en tres décadas y el décimo día era feriado. Los nombres de los meses se basaban en la naturaleza. Los meses del otoño eran *vendimiario* (por la vendimia), *brumario* (por la niebla) y *frimario* (por el frío y el hielo). El invierno comprendía a *nivoso* (por la nieve), *pluvioso* (por la lluvia) y *ventoso* (por el viento). La primavera comenzaba con *germinal* (por las semillas), *floreal* (por las flores) y *pradial* (por los prados). El verano incluía *mesidor* (por la cosecha), *termidor* (por el calor) y *fructidor* (por los frutos). Se daba por terminado el santoral y cada día ya no estaba consagrado a un santo sino a una planta o a elementos de la naturaleza. <<

[57] Antonio Ricardós (1727-1794) pertenecía a una familia de la nobleza de Aragón y fue un destacado militar, iniciado en la caballería. Estudió la organización y las tácticas que Federico II había introducido en Prusia, y luego las aplicó en la reorganización de las fuerzas españolas en México y en la Escuela Militar de Ocaña, que fundó en la península. Hombre ilustrado, era partidario del conde de Aranda y estaba mal visto por la Inquisición. Inició la campaña del Rosellón en 1793 y murió en Madrid, en un viaje para reclamar que el gobierno le enviara refuerzos. A su viuda se le otorgó un título nobiliario (condesa de Truillás, nombre de la principal batalla ganada por su marido), que él nunca tuvo en vida. <<



[58] Eduardo Fuentes y Gómez Salazar, «La forja de un estratega», en *Vida española del general San Martín*, Instituto Español Sanmartiniano, Madrid, 1994, pág. 118. <<

[59] Piccinali, *op. cit.*, pág. 34; véase también Juan M. Zapatero, *San Martín en Orán*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1982, pág. 202, y Villegas, *op. cit.*, pág. 25. <<

[60] Carlos IV había iniciado su reinado contando como principal ministro al conde de Floridablanca, quien a partir de fines de 1789 endureció las medidas de censura y control sobre las actividades políticas, ante el temor del «contagio francés». En febrero de 1792, una crisis de gabinete llevó a que el conde de Aranda tomase las riendas del gobierno y suavizase en parte la política represiva —por ejemplo, permitió la entrada de algunos periódicos franceses—. A partir de Valmy, el reclamo de endurecer nuevamente el control sobre la difusión de «ideas subversivas» se combinó con las habituales disputas entre las camarillas cortesanas, lo que finalmente llevó a otro cambio de gobierno. <<

[61] Manuel Godoy (1767-1851) ingresó a los Guardias de Corps en 1784 y, sin otros antecedentes, fue puesto al frente del gobierno por Carlos IV, en el contexto de la crisis política que siguió a la victoria francesa en Valmy. Este veloz ascenso dio lugar al rumor generalizado de que era amante de la reina María Luisa, lo que Godoy negaría. Lo cierto es que era un hombre cuya única base de poder consistía en la confianza de los monarcas, a diferencia de políticos como Floridablanca o Aranda, que tenían sus propios apoyos en sectores de la nobleza, la Iglesia y la burocracia estatal, a veces combinados con intereses regionales (como el caso de Aranda y el llamado «partido aragonés»). Godoy fue el hacedor de la política española en los períodos 1792-1798 y 1801-1808. Después siguió al lado de los ex monarcas, tanto en su «prisión» en Francia como en su «exilio» en Italia, luego de la restauración de Fernando VII. Además de colmarlo de títulos (duque de Alcudia y de Sueca, «Príncipe de la Paz», Generalísimo de España, Gran Almirante, entre otros), Carlos IV lo casó con su prima, la princesa María Teresa de Borbón, en 1797. Desde 1800, Godoy tuvo por amante a Josefina «Pepita» Tudó, con quien tuvo dos hijos y a quien una versión muy difundida atribuye ser la modelo de las famosas *Maja desnuda* y *Maja vestida* de Francisco de Goya. <<

[62] Creado en abril de 1793, tuvo su máximo poder entre julio de 1793 y julio de 1794, cuando a su frente estuvieron los jacobinos. El Comité fue disuelto en noviembre de 1795, al establecerse el Directorio. <<

[63] Los levantamientos contra la República obedecieron a distintas causas, pero en mayor o menor medida terminaron confluyendo con la Coalición contrarrevolucionaria orquestada por Gran Bretaña. En la región de la Vendée, donde el movimiento perduró hasta 1796, los campesinos se levantaron contra los impuestos y el reclutamiento forzado de tropas. En el sur de Francia, en ciudades como Lyon, Marsella, Aviñón e inicialmente Tolón, fueron los girondinos (que hasta entonces habían impulsado el proceso revolucionario francés) quienes se alzaron contra los más radicalizados jacobinos, sector político que, encabezado por Maximilien Robespierre, Jean-Paul Marat y Louis de Saint-Just, entre otros, se impuso al frente del gobierno a mediados de 1793 e inició el período llamado «del Terror», que duraría hasta julio de 1794. <<



[64] El Rosellón había pertenecido a Cataluña hasta 1659, cuando en virtud del Tratado de los Pirineos pasó a Francia. <<

[65] Piccinali, *op. cit.*, págs. 35-36; Zapatero, *op. cit.*, pág. 79; Villegas, *op. cit.*, pág. 28. <<

[66] Piccinali, *op. cit.*, pág. 37. <<

[67] Ibídem, y Zapatero, *op. cit.*, pág. 202. <<

[68] Piccinali, *op. cit.*, págs. 39-40; Villegas, *op. cit.*, pág. 34; Zapatero, *op. cit.*, págs. 182-183 y 202. <<

[69] Los Países Bajos se convirtieron en la República Bátava, una de las «repúblicas hermanas» de Francia, hasta 1806, cuando Napoleón la reorganizó como Reino de Holanda, al coronar a su hermano Luis Bonaparte. <<

[70] Piccinali, *op. cit.*, págs. 41-42, y Villegas, *op. cit.*, pág. 35. <<

[71] Villegas, *op. cit.*, págs. 35-36. <<



[72] En José Luis Muñoz Azpiri, *El Noble del Seminario de Nobles*, Eudeba, Buenos Aires, 1972, pág. 15. <<



[73] Hesse-Kassel fue un antiguo Estado independiente ubicado en lo que actualmente es Alemania. <<



[74] Francia se retiraba del territorio español ocupado, mientras que España restituía a Francia la parte de Haití que había invadido en el curso de la lucha independentista de los haitianos. <<

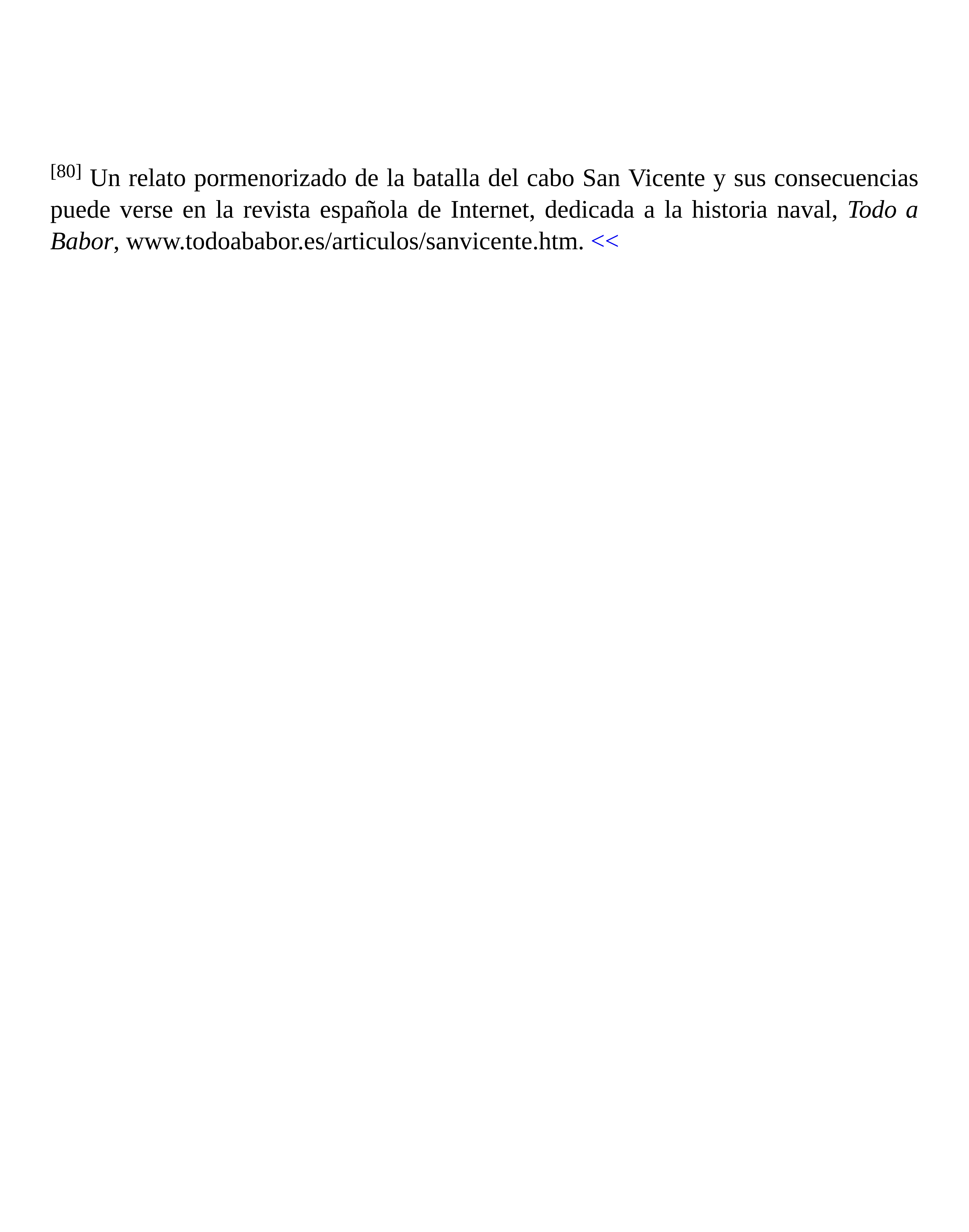
[75] En 1796, los republicanos españoles Juan Bautista Picornell, Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y José Andrés, detenidos por la conspiración de San Blas, fueron llevados a la prisión venezolana del puerto de La Guaira. Con el apoyo de un grupo de peninsulares y criollos, cuyos dirigentes eran Manuel Gual y José María España, varios de los detenidos lograron evadirse. <<

[76] Andrés Bello (1781-1865) fue un destacado intelectual y político nacido en Caracas, cuya labor tendría influencia en toda Sudamérica. Graduado como bachiller en Artes por la Universidad de Caracas en 1797, dio clases a Bolívar, acompañó en expediciones a Humboldt y Bonpland, y dirigió el primer periódico venezolano, la *Gaceta de Caracas*. Adhirió a la revolución de 1810, y fue enviado con Bolívar en misión diplomática a Londres, donde vivió casi veinte años. Integrante de la Gran Reunión Americana creada por Miranda, desde 1822 fue secretario de la legación chilena en Gran Bretaña. En 1829, viajó a Chile, donde residiría el resto de su vida y desarrollaría una importante labor educativa, como rector de la Universidad de Chile. <<

[77] Villegas (*op. cit.*, pág. 36) indica que el «20 de mayo de 1795 pasó la charretera al hombro derecho, al recibir el despacho de segundo teniente, con solo nueve meses de ejercicio en la escala anterior», indicando la fecha en que se notificó. En «Despachos, Diplomas y Documentos que acreditan mis servicios en América y España» (en el Museo Mitre) se indica «Aranjuez - Mayo 8, 1795 - Nombramiento de 2º Teniente en el Regimiento de Murcia» (véase Zapatero, *op. cit.*, págs. 196-197). <<

[78] Padre del oficial español José de Córdoba y Rojas, que sería ajusticiado junto con el mariscal Nieto, por Juan José Castelli, en Potosí en diciembre de 1810, tras ser encontrados culpables de ordenar la brutal represión sobre los pueblos de Chuquisaca y La Paz. En la Real Armada española de entonces, los grados superiores (de «oficiales generales») eran iguales a los del ejército; almirante era aún un título honorífico, de connotación nobiliaria. <<

[79] Horatio Nelson (1758-1805) se convertiría en el más legendario marino inglés del período, héroe nacional en vida. Su papel en la batalla de cabo San Vicente comenzó a cimentar su fama, que luego crecería por sus acciones en el Mediterráneo contra la fuerza naval francesa de la expedición a Egipto. Como se verá, murió mientras dirigía su batalla más famosa, Trafalgar. <<



[80] Un relato pormenorizado de la batalla del cabo San Vicente y sus consecuencias puede verse en la revista española de Internet, dedicada a la historia naval, *Todo a Babor*, www.todoababor.es/articulos/sanvicente.htm. <<

[81] Villegas, *op. cit.*, pág. 37. <<

[82] El capitán Félix O’Neylle, *vecino* de Cartagena y caballero de la Orden de Santiago, pertenecía a una de las muchas familias irlandesas que, ante la persecución de los ingleses, se habían puesto al servicio de monarquías católicas. Su padre, también llamado Félix, nacido en Irlanda, había ingresado en 1730 al ejército español, y a su muerte en 1792 era capitán general y presidente de la Audiencia de Aragón. Un hermano del marino, el general Juan O’Neylle, se destacó como oficial del ejército en las guerras contra la ocupación napoleónica y murió durante el segundo sitio de Zaragoza en 1809. <<

[83] El jabeque era una embarcación impulsada por velas triangulares y remos. Comenzó a usarse en el siglo XV como barco pesquero y luego fue adoptado por los corsarios tunecinos y argelinos que asolaban el Mediterráneo. <<

[84] Villegas, *op. cit.*, págs. 37-38. <<



[85] Jorge Juan Guillén Salvetti, «A bordo de la fragata *Santa Dorotea*», en *Vida española del general San Martín*, cit., págs. 150-151. <<



[86] Según señala Guillén Salvetti (*op. cit.*), la pólvora francesa «se reputaba como excelente, y […] luego resultó inferior» a la española. <<

[87] La anécdota, atribuida a una «tradición familiar» (¿su yerno, Mariano Balcarce?), figura en las historias de Mitre y Pacífico Otero y se reitera en las demás obras sobre el Libertador. Como era de práctica, San Martín seguía usando el uniforme de su unidad, de casaca blanca con vivos celestes en el caso del Regimiento de Murcia, muy distinto del azul oscuro de los oficiales navales. <<

[88] Véanse Piccinali, *op. cit.*, pág. 44 y ss.; Patricia Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria. Biografía*, Planeta, Buenos Aires, 1999, pág. 38, y Guillén Salvetti, *op. cit.*, entre otros. <<

[89] La nave de tercer rango HMS *Lion*, botada en 1777, era un buque de línea de 64 cañones y había operado en casi todos los océanos. Su capitán en 1798, Manley Dixon (1760-1837), tenía un largo historial de combate, desde la guerra de la independencia estadounidense. Participaría luego en el bloqueo al puerto de Cartagena, el sitio a Malta y otras campañas de las guerras contra Francia, alcanzando el grado de almirante y su inclusión como caballero comendador de la Orden del Baño, una de las más importantes distinciones británicas. <<

[90] Para tener una cabal idea de cómo eran los combates navales en aquel tiempo es muy recomendable ver la película *Master and Commander* (en español, *Capitán de mar y guerra*), basada en el libro homónimo de Patrick O'Brian. Aquí les dejo el link del tráiler: www.youtube.com/watch?v=576luHgBG64. <<

[91] Citado por Humberto F. Burzio, «Un episodio naval en la vida militar del general San Martín», en *San Martín y el mar*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1962, págs. 96-99. <<

[92] Ragusa (la actual Dubrovnik, en el sur de Croacia), desde el siglo XIV era una ciudad libre y un importante emporio comercial del Adriático. En 1808, Napoleón pondría fin a su independencia, incorporándola primero a Italia y luego a las Provincias Ilirias. El Congreso de Viena la sometería al Imperio Austro-húngaro. <<

[93] El libro, mencionado como «Arte de escribir por Torio», aparece incluido en el cajón número 7 del «Catálogo de libros donados por José de San Martín a la Biblioteca de Lima». Véase José de San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, Universidad Nacional de San Martín-Emecé, Buenos Aires, 2010, pág. 71. La primera edición de esa obra es de 1798, aunque no está claro si es la misma que figuraba entre los libros de la biblioteca del Libertador. <<

[94] Por el Tratado de Madrid (de enero de 1801), España se comprometió a presentar un ultimátum a Portugal, reclamando que rompiese su alianza con los ingleses y una serie de condiciones inaceptables, principalmente la entrega a los españoles de un cuarto del territorio portugués «en garantía» de la devolución por Gran Bretaña de las islas de Trinidad (en América) y Malta, tomadas en el curso de la guerra, además de Menorca (en manos inglesas desde 1715). Ante el más que esperado rechazo de semejante «pedido», se produjo la declaración de guerra. <<

[95] Piccinali, *op. cit.*, pág. 47. <<

[96] Ibídem, págs. 49-51. <<



[97] Una suma muy elevada, equivalente a nueve veces el máximo sueldo, que, estando embarcado, había cobrado San Martín hasta entonces. <<

[98] «Frente a las versiones que establecen una relación causal entre esta herida en el pecho y sus posteriores problemas respiratorios, el Profesor Christmann señaló que esta herida pectoral, grave si nos atenemos a los conocimientos de la época, fue seguramente parietal y no penetrante, es decir, que no se produjo un neumotórax ni tampoco supuró, pues al año siguiente el General San Martín se reintegró a la vida militar». Citado por Mario Dreyer, *Las enfermedades del General José de San Martín*, Instituto de Investigaciones de la Historia de las Ciencias, Academia Nacional de Ciencias, Buenos Aires, 1966. <<

[99] Alejandro Aguado y Ramírez había nacido en Sevilla el 29 de julio de 1784. Hijo de una acaudalada familia, durante la «guerra de independencia» española combatió primero contra y después a favor de José Bonaparte. Exiliado en Francia, con el tiempo se convirtió en consejero económico del rey Fernando VII, quien le encomendó una misión en París: obtener fondos para el tesoro español mediante un empréstito. <<

[100] Los dos tuvieron una destacada carrera durante la «guerra de independencia» española y, curiosamente, murieron ambos en 1811, aunque por causas distintas: Iriarte, de enfermedad, cuando era gobernador de Alicante; Menacho, ascendido a coronel por su actuación en la batalla de Bailén (1808), llegó al grado de general y murió por heridas de metralla cuando peleaba al frente de la defensa de Badajoz, sitiada por los franceses. <<

[101] Piccinali, *op. cit.*, págs. 54-55; Pasquali, *San Martín. La fuerza*…, cit., págs. 41-42. <<

[102] Paloma López Lara y José Luis Ruiz Ortega, «Ciudades, culturas y fronteras en un mundo en cambio», *Guía para las excursiones del IX Coloquio y Jornadas de Campo de Geografía Urbana*, Grupo de Geografía Urbana (Age), Sevilla-Cádiz-Ceuta, 9-14 de junio de 2008, págs. 9 y 12-14. <<

[103] La fealdad de los Borbones retratados por Goya se vuelve más notoria al contrastarla con sus *Majas*, tanto la vestida como la desnuda, que inmortalizaron a *Pepita* Tudó, amante de Godoy desde 1796. Se dice que el favorito le encargó en 1800 al genial pintor que la inmortalizara vestida y desnuda, tal como puede vérsela en el Museo del Prado de Madrid. Godoy era un hombre «moderno» y cuando se casó con la condesa de Chinchón (prima de Carlos IV) creyó descortés dejar a *Pepita* y la llevó a su nuevo palacio, según cuenta el ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos: «El príncipe nos llama a comer a su casa. A su lado derecho, la princesa, en el costado, la *Pepita* Tudó. Este espectáculo acabó mi desconcierto; mi alma no pudo sufrirlo; ni comí, ni hablé, ni pude sosegar mi espíritu, huí de allí» (citado por Francisco Núñez Roldán en *La Aventura de la Historia*, Madrid, año 1, nº 4, febrero de 1989). A la muerte de la condesa en 1828, Godoy, ya en el exilio, se casó con *Pepita*, pero la Maja lo abandonó en 1835, llevándose con ella todo lo que pudo. Otra versión indica que la modelo de las majas fue la duquesa de Alba, muy amiga del pintor. <<

[104] Ramón Ramos Alfonso, «La epidemia de fiebre amarilla de 1800. El caso de Marchena», en www.bibliotecaspublicas.es/marchena/imagenes/IV_5_Ramos_epidemia.pdf. Entre los muertos se encontraba Benito de Alvear y Balbastro, hijo mayor de Diego de Alvear y recientemente graduado de oficial en la Academia Naval de San Fernando. <<

[105] Villegas, *op. cit.*, págs. 43-44. <<

[106] Ibídem, y Piccinali, *op. cit.*, págs. 67-68. <<

[107] Félix Luna (dir.), *Carlos María de Alvear*, Colección Grandes Protagonistas de la Historia Argentina, Planeta, Buenos Aires, 1999, págs. 7-9 y 15-16. El comandante de la *Medea* se había enfermado durante el viaje, y el jefe del convoy instruyó a Diego de Alvear para que se hiciera cargo, pasando de barco. A pedido de María Josefa, Alvear se llevó a Carlos, que a punto de cumplir quince años ya escapaba al control de su madre. <<

[108] Ibídem, págs. 17-21. <<

[109] A esta victoria está dedicado el Arco del Triunfo de la Estrella, en París. <<

[110] Véanse al respecto *1810…*, cit., págs. 192-197 y 215-232, y *Los mitos de la historia argentina 1…*, cit., págs. 193-229. <<

[111] Piccinali, *op. cit.*, pág. 70. <<

[112] Juan de Braganza (1767-1826) era hijo de Pedro III y María I, reyes de Portugal desde 1777. A la muerte de Pedro en 1786, María continuó reinando por derecho propio, hasta que en 1792 fue declarada demente. Juan se convirtió entonces en príncipe regente. A la muerte de su madre, en 1816, fue coronado como Juan VI del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves. En 1785, en una de las tantas alianzas dinásticas europeas, había sido casado con Carlota Joaquina de Borbón, hija de Carlos IV de España, cuando esta tenía diez años. Carlota y el príncipe regente vivían separados y no se soportaban. Cuando Juan enfermó gravemente, su «amada» esposa intentó declararlo tan demente como su madre, para convertirse ella en la regente de Portugal. Pero Juan zafó de la enfermedad y nunca le perdonó a su esposa aquellos cuidados especiales. Desde entonces la mantuvo lo más apartada posible de los asuntos del reino. <<

[113] Antoine Arjuzon, *Wellington*, Colección Ayer y hoy de la Historia, Editorial Palabra, Madrid, 2003, pág. 122. <<



[114] Julián María Rubio, *La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812)*, Biblioteca de Historia Hispano-americana, Madrid, 1920. <<

[115] Dice el historiador João Manuel Pereira da Silva, en su *História da fundação do Império brasileiro* (s/e, Río de Janeiro, 1870): «Estaba consumada una de las mayores vergüenzas de la historia portuguesa. La larga serie de humillaciones a que el gobierno del Príncipe regente nos sometió cerrábase con esta fuga cobarde y este abandono de Portugal sin organización ni defensa». <<

[116] François, séptimo marqués de Beauharnais (1756-1846), había representado a la nobleza en los Estados Generales de 1789 y supo acomodarse con el ascenso de Napoleón al poder: su cuñada (viuda de Alexandre de Beauharnais, hermano menor de François, ejecutado por los jacobinos en 1793) era la célebre Josefina, casada en segundas nupcias con Napoleón y emperatriz de Francia hasta enero de 1810. <<



[117] Informe del embajador francés en Madrid, citado en Rose-Marie y Rainer Hagen, *Los secretos de las obras de arte*, Taschen, Colonia, 2005. <<

[118] La destitución de Rafael de Sobremonte y el nombramiento de Santiago de Liniers como virrey provisorio del Río de la Plata era un hecho revolucionario, que quebraba la institucionalidad colonial, ya que solamente el rey podía decidir sobre

el nombramiento y la remoción de un virrey, que era su representante personal y directo. Al respecto, véase *1810*…, cit., págs. 216-232. <<

[119] Pierre Vilar, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1978, págs. 117-118. <<



[120] Ignacio Martín Escribano, *La plaga de los Borbones*, Visión Libros, Madrid, 2008, pág. 193. <<

[121] Ibídem, pág. 194. <<



[122] Confesiones de Carlos IV a Napoleón, citadas por Rose-Marie y Rainer Hagen, *op. cit.*, pág. 537. <<

[123] Ibídem. <<

[124] Ibídem. <<



[125] Citado por Elena Castro Oury, *La guerra de la independencia española*, Akal, Madrid, 1995, pág. 537. <<

[126] Los monarcas españoles, desde Felipe II en adelante, continuaron utilizando en su nombre oficial la numeración que correspondía a la corona de Castilla, y no la que hubiera correspondido al reino unificado de España. Era así que Fernando resultaba séptimo. <<

[127] Citado en E. Rodríguez Solís, *Los guerrilleros de 1808: Historia popular de la Guerra de la Independencia*, Estampa, Madrid, 1930. <<

[128] Anne-Jean-Marie-René Savary (1774-1833) era un militar francés que se destacó en la batalla de Marengo (1800) y un hombre de plena confianza de Napoleón, que le dio el título de duque de Rovigo y lo nombró jefe de la Policía francesa en 1810. <<

[129] En Instituto Napoleónico México-Francia, http://inmfg.org/efranespagne.htm. <<

[130] Maricel Infante, «Los cuatro hermanos fueron militares», en *Vida española del general San Martín*, Instituto Español Sanmartiniano, Madrid, 1994, págs. 104-105. <<

[131] En enero de 1810, Napoleón se divorció de Josefina de Beauharnais —que no podía darle un heredero— y tres meses después, adoptando la tradicional política de «alianzas dinásticas» de las monarquías, se casó con la hija del emperador de Austria. <<

[132] Fue promulgada por José I el 8 de julio de 1808, en la ciudad de Bayona, con el nombre oficial de Acta Constitucional de España, antes de entrar en territorio peninsular. <<

[133] José M. Mariluz Urquijo, «La crisis del régimen (1790-1810)», en Roberto Levillier (dir.), *Historia argentina*, Plaza & Janés, Buenos Aires-Barcelona, 1968, tomo 3, pág. 1374. Las «provincias de Asia» que menciona la cita eran las islas Filipinas, entonces colonia española. <<

[134] Vilar, *op. cit.*, pág. 121. <<

[135] Benito Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, Madrid, 2ª edición, 1879, pág. 58. El título de la novela, novena entrega de la serie *Episodios nacionales*, se refiere a Juan Martín Díez, «el Empecinado», campesino que en 1808 organizó una partida de guerrilleros en Castilla y, hacia el final de la guerra contra los franceses, había obtenido el grado de mariscal de campo. Como otros dirigentes liberales, fue perseguido por Fernando VII luego de la restauración. Apresado en 1823, fue ejecutado en la horca en 1825. <<



[136] No debe confundirse esta junta con la Suprema Central, representante de toda España, que recién se estableció en Sevilla el 18 de diciembre de 1808. <<

[137] Bando del 28 de mayo de 1808 ordenado por la junta de guerra de Cádiz, citado por Armando Rubén Puente, *Historia de una amistad. Alejandro Aguado y José de San Martín*, Claridad, Buenos Aires, 2011, pág. 84. <<

[138] Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses: Dedicado al Excelentísimo señor Don Henrique Holland, Lord de la Gran Bretaña*, Martín Trullás, Madrid, 1808, págs. 10-24. <<

[139] En una carta dirigida a Mitre por Mariano Balcarce, yerno de San Martín, puede leerse: «También envío a Ud. el retrato del desgraciado general Solano, el mismo que mi padre político llevaba siempre en su cartera como recuerdo de aquel amigo a cuyas órdenes sirvió». En *Documentos del Archivo de San Martín*, cit., tomo II, pág. 492. <<

[140] Pierre-Antoine Dupont (1765-1840) se había incorporado al ejército revolucionario francés en 1791 y ganó sus ascensos en las campañas de Alemania, Italia y del Danubio. Partidario de Bonaparte desde el inicio, fue uno de los primeros miembros de la Legión de Honor y, poco antes de emprender la campaña de Andalucía, el emperador le había otorgado el título de conde de Dupont de l’Étang. <<



[141] Benito Pérez Galdós, *Bailén. Episodios nacionales*, Tor, Buenos Aires, s/f, págs. 63-64. <<

[142] Nacido como Antoine Malet (1776-1825) en la región francesa de Artois, había ingresado en 1776 en el ejército español. Actuó en la campaña del Rosellón a las órdenes del general Ricardós y tendría una destacada actuación, siempre del lado español, en la guerra contra la ocupación napoleónica. <<

[143] Piccinali, *op. cit.*, pág. 78. <<

[144] Villegas, *op. cit.*, pág. 54. <<

[145] Noticia del parte del combate de Arjonilla, publicada por la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, miércoles 29 de junio de 1808, en *Documentos para la historia del Libertador*…, cit., págs. 355-356. <<

[146] Theodor von Reding (1755-1809), nacido en Suiza, estaba al servicio de España desde su juventud. Al producirse la invasión napoleónica era gobernador de Málaga. Posteriormente, estuvo al frente del Ejército de Cataluña y murió a consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Valls. <<

[147] Si bien Piccinali describe una carga de caballería del Regimiento de Borbón que habría encabezado San Martín (Piccinali, op. cit, pág. 85), todo sugiere que su actuación durante la batalla de Bailén fue junto a Coupigny, tal como señala, entre otros, Villegas, *op. cit.*, pág. 60. <<

[148] Citado en Gómez-Carrasco, *op. cit.*, pág. 31. <<

[149] Por ejemplo, Piccinali y Gómez-Carrasco, en sus obras citadas. <<

[150] Se trataba de una certificación de servicios cumplidos a las órdenes de Coupigny. Por esos días, tanto Coupigny como San Martín estaban cambiando de destino militar. <<

[151] Carta de Coupigny a San Martín, Madrid, 29 de septiembre de 1808, en *Documentos para la historia del Libertador*…, cit., pág. 370. <<

[152] Arthur Wellesley (1769-1852), más conocido por su título (concedido en 1814) de duque de Wellington, había ingresado al ejército en 1787 y se destacó en las guerras coloniales que los británicos emprendieron en la India entre 1797 y 1805. Debía dirigir una tercera expedición de conquista al Río de la Plata, pero fue destinado a la península ibérica, donde actuó hasta 1813. En 1815, con la victoria sobre Napoleón en Waterloo, terminó convirtiéndose en el militar británico más famoso y en un político conservador. Fue primer ministro en cuatro oportunidades, entre 1828 y 1835. <<

[153] Baltasar Hidalgo de Cisneros (1756-1829) era un oficial naval español, con actuación destacada en la derrota de Trafalgar, donde una herida en la cabeza lo dejó sordo de un oído y le ganó el ascenso a teniente general de marina. En 1808 se sumó al levantamiento español en Cartagena, su ciudad natal, donde fue vicepresidente de la Junta local. Su nombramiento como virrey del Río de la Plata, decidido por la Junta Central en febrero de 1809, se debía a que se lo consideraba, además de un héroe de guerra, un hábil político, de lo que había dado muestras en el convulsionado puerto murciano, a lo largo de un año, conteniendo más de una agitación popular. <<

[154] También se atribuyó a una posible tuberculosis, que ya descartaba como improbable Bartolomé Mitre. Mario S. Dreyer (*Las enfermedades del General don José de San Martín. La influencia de su espíritu en la recurrencia de sus afecciones y apoteosis*, Instituto de Investigaciones de Historia de las Ciencias, Academia Nacional de Ciencias, Buenos Aires, 1980, págs. 37-38) considera que era asma de origen alérgico. <<

[155] Citado por Piccinali, *op. cit.*, págs. 88-89. <<

[156] Carta de Coupigny a San Martín, en *Documentos para la historia del Libertador*…, cit., pág. 384. <<

[157] Gómez-Carrasco, *op. cit.*, pág. 30. <<

[158] La Junta Central de Sevilla había concedido, el 22 de enero de 1809, a los virreinatos y capitanías generales de Nueva España, Perú, Nueva Granada, Río de la Plata, Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, Venezuela y Filipinas, el derecho a nombrar delegados. Tras largos debates sobre la cuestión del llamamiento a las Cortes, establecido por el decreto real dictado por Fernando en Bayona, se decidió el 22 de mayo de 1809 que la representación legal de la monarquía descansaba en sus antiguas Cortes y se nombró una comisión para arreglar las formas, convocando la reunión inaugural para el 1º de enero de 1810; pero la caída de Sevilla complicaría las cosas. <<

[159] Piccinali, *op. cit.*, pág. 91. <<

[160] André Massena (1758-1817) se había destacado en las sucesivas campañas en Italia, que le valieron el título imperial de duque de Rívoli, y en la del Danubio. Sus victorias sobre los austríacos en las batallas de Aspern-Essling y Wagram (1809), que pusieron término a la Quinta Coalición, llevaron a que Napoleón le encargase la campaña para recuperar Portugal en 1810. Su derrota en esta última hizo que cayera en desgracia. <<

[161] Manuel de Lardizábal y Uribe (1739-1820), aunque nacido en la «Nueva España», desde joven residía en la península, donde se había doctorado en leyes por la Universidad de Valladolid, y desde 1775 era miembro de la Real Academia Española, de la que fue secretario desde 1783. Como en tantos otros casos de «representantes» americanos en las Cortes, había sido elegido como tal por los criollos residentes en Cádiz. <<

[162] Véase *1810…*, cit., págs. 248-249. <<

[163] Citado en Piccinali, *op. cit.*, pág. 93. <<

[164] Así lo estima Piccinali, *op. cit.*, pág. 95. <<

[165] El Consejo de Regencia, en diciembre de 1810, había reorganizado las fuerzas españolas, que para entonces actuaban en conjunto con las británicas, en seis ejércitos, del primero al sexto, que respectivamente correspondían a sus zonas de operaciones: Cataluña; Aragón y Valencia; Murcia; isla de León y Cádiz; Extremadura y Castilla, y Galicia y Asturias. Coupigny, nombrado para el 2º Ejército, en definitiva quedó en el 4º (Piccinali, *op. cit.*, pág. 99, y Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit., pág. 55). <<

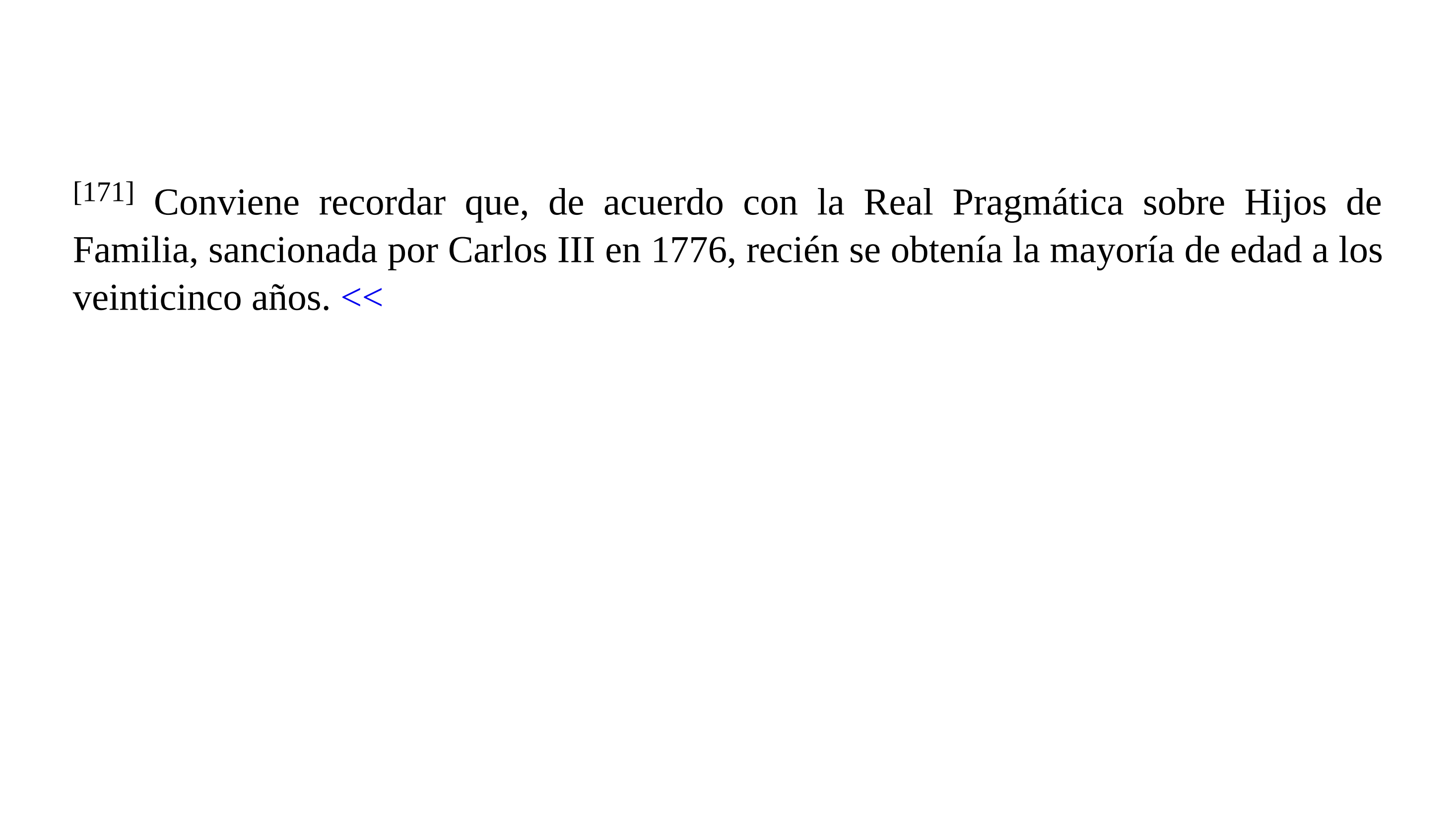
[166] En febrero de 1807, Saturnino Rodríguez Peña y Manuel Aniceto Padilla, con la complicidad de las autoridades locales, habían organizado la fuga del general William Beresford, encarcelado en Luján, con el propósito de obtener la protección inglesa para conseguir la independencia. <<

[167] Richard Herr, *España contemporánea*, Marcial Pons Ediciones de la Historia, Madrid, 2004, pág. 104. <<

[168] Emilio J. Corbière, *La Masonería. Política y sociedades secretas en Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pág. 191. En el mismo sentido, Patricia Pasquali señala: «Según la literatura de filiación masónica, San Martín habría sido iniciado en los misterios de la orden en la “Logia Integridad” de Cádiz en 1808, mientras la presidía el entonces capitán general de Andalucía y malogrado amigo personal, el marqués del Socorro. El futuro libertador se encontraba en Portugal cuando llegaron las primeras noticias del estallido revolucionario americano de 1810. De regreso de esa campaña, en febrero del siguiente año, pudo adquirir en la ciudad gaditana un conocimiento más acabado de lo ocurrido en su tierra de origen y tomar contacto con quienes se habían enrolado en el bando emancipador, formando parte de la Sociedad de Caballeros Racionales nº 3, con el tercer grado de maestro masón», indicando como fuente a Alcibíades Lappas, *La masonería argentina a través de sus hombres*, edición de R. Rego, Buenos Aires, 1958, pág. 227, addenda, y *San Martín y su ideario liberal*, Símbolo, Buenos Aires, 1982, pág. 22 (Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit., pág. 69). <<

[169] José Servando Teresa de Mier (1763-1827), ordenado fraile dominico en 1779, había sido excomulgado y llevado preso a España en 1795, después de dar un sermón considerado «subversivo», en el que reivindicó el carácter indígena de la Virgen de Guadalupe. En España, tras apelar la condena (se le levantó la excomunión, pero no la prisión), terminó fugándose de la cárcel y en 1801 se refugió en Francia, donde conoció y se asoció con Simón Rodríguez (el maestro de Simón Bolívar) y poco después dejó la orden dominica para pasar al clero secular. Regresó a España, donde nuevamente estuvo preso por tres años. En 1808, al producirse la invasión francesa a España, estaba en Lisboa, y decidió volver, sumándose a las milicias de Valencia, lo que le valió su rehabilitación por el Consejo de Regencia, que le otorgó una pensión. Colaboró con los representantes americanos en las Cortes de Cádiz, integró la Logia nº 3 de Cádiz y en 1811 viajó con Alvear a Londres, donde permaneció por un tiempo. En 1817 participó en una derrotada expedición independentista a México, y tras huir de sus captores y pasar por nuevos exilios, finalmente fue diputado en el Segundo Congreso Constituyente mexicano de 1823. <<

[170] Ramón Eduardo Anchoris (1775-1831) se había doctorado en Derecho en Chuquisaca y ordenado sacerdote en 1800. De ahí fue a Lima, donde en 1810 era secretario del arzobispado. Al saber de la Revolución de Mayo en Buenos Aires, el virrey peruano, José Fernando de Abascal, lo hizo enviar preso a Cádiz. Apeló la medida ante el Consejo de Regencia, que lo absolvió de cargo. Presidió la logia de Caballeros Racionales nº 3 después de la partida de Alvear, y en 1813 llegó de regreso a Buenos Aires. Fue diputado por Entre Ríos en la Asamblea del año XIII, donde apoyó a Alvear. En 1821 debió exiliarse en Chile, y regresó con la amnistía del año siguiente. Con su hermano Gabino, estableció en Buenos Aires la Imprenta de la Independencia y fundó el periódico *Causa Célebre de Buenos Aires*, que entre 1824 y 1829 apoyó las ideas federales y a Manuel Dorrego. <<



[171] Conviene recordar que, de acuerdo con la Real Pragmática sobre Hijos de Familia, sancionada por Carlos III en 1776, recién se obtenía la mayoría de edad a los veinticinco años. <<



[172] Carlos de Alvear, «Narraciones», en Honorable Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, tomo XIV, Buenos Aires, 1963. <<

[173] Su madre, María de la Encarnación de Lezica, era hermana de Juan José de Lezica, uno de los más ricos comerciantes porteños, alcalde de primer voto del Cabildo de Buenos Aires, que presidió el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810; en octubre de ese año fue confinado a Luján por orden de la Primera Junta, por ser uno de los que en secreto habían jurado lealtad al Consejo de Regencia. <<

[174] Los cabildos de las ciudades designaban electores que debían reunirse en las capitales de las intendencias y gobernaciones, donde a su vez se elegían representantes que, reunidos en la capital de cada virreinato y capitanía general, designarían al «agraciado» para viajar a España. <<

[175] Al respecto, véanse la «Segunda carta de un americano al *Español*» y el fragmento de la «Historia de la revolución de Nueva España», incluidos en Servando Teresa de Mier, *Ideario político*, selección, prólogo, notas y cronología de Edmundo O'Gorman, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, págs. 16-73 y 105-108. Al instalarse las Cortes en 1810, esa elección la realizaron 177 hombres residentes en Cádiz, de los cuales 14 eran peninsulares, aunque formalmente «avecindados» en tierras americanas. Como señalaba Mier, incluso los diputados americanos «suplentes» protestaron por la injusticia en la distribución de «cupo» y la forma de elección, proponiendo una nueva convocatoria, pero sin resultado alguno. Solo después comenzaron a llegar algunos diputados efectivamente nombrados en América, especialmente de los virreinatos de Nueva España (México) y Perú y de las capitanías generales de Guatemala (América Central) y Cuba. <<

[176] «Segunda carta de un americano al *Español*», en Mier, *op. cit.*, pág. 27. *El Español* era un periódico publicado en Londres por un refugiado liberal, José María Blanco y Crespo (que firmaba Joseph Blanco White), que aunque reconocía los derechos de los americanos, se oponía a que se declarasen independientes. Mier le envió dos cartas polémicas, publicadas en Londres en 1811 y 1812. <<

[177] Citado en René Favaloro, *¿Conoce usted a San Martín?*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, págs. 16-17. <<

[178] Carta de San Martín al director supremo José Rondeau, presentando su renuncia, Mendoza, 21 de junio de 1819, citada en Ricardo Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, Gure, Buenos Aires, 1957, pág. 118. <<

[179] Carta de San Martín al presidente del Perú, mariscal Ramón Castilla, Boulogne-sur-Mer, 11 de septiembre de 1848, en Museo Histórico Nacional, *San Martín. Su correspondencia, 1823-1850*, Buenos Aires, 3ª edición, 1911, pág. 296. <<

[180] José Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martín*, Compañía Argentina de Editores, Buenos Aires, 1932, tomo I, documento de fojas 134-136, y Comisión Nacional del Centenario, *Documentos del archivo del General San Martín*, Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires, 1910, tomo I, pág. 125. <<

[181] Juan Pablo Echagüe, «San Martín en las campañas europeas», *San Martín, revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, año V, nº 14, Buenos Aires, 1947, pág. 46. <<

[182] Cristopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando,* Ediciones Era-Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2005, pág. 398. Wenceslao Villaurrutia era hijo de un notable abogado nacido en Santo Domingo, Jacobo de Villaurrutia, que entre 1792 y 1804 había sido oidor de la Real Audiencia de Guatemala y, desde 1804, fue miembro de la Real Audiencia de México. Jacobo y Wenceslao estaban en contacto con Francisco de Miranda, por lo menos desde 1808. <<

[183] Francisco Fagoaga pertenecía a una de las familias criollas más ricas de México, emparentada con los Villaurrutia y, al igual que estos, vinculada a los planes de Miranda. <<

[184] William Miller (1795-1861) era un militar inglés que combatió en las campañas de Portugal y España contra la invasión napoleónica. En 1817, emigró al Río de la Plata y se sumó como artillero al Ejército de los Andes. Participó en las campañas libertadoras de Chile y Perú, donde permaneció tras el retiro de San Martín. Combatió en Junín y en Ayacucho, y alcanzó el grado de mariscal peruano, castellanizando su nombre de pila. Dado de baja por su apoyo al mariscal Andrés de Santa Cruz, actuó como cónsul británico en Hawái, hasta que fue «rehabilitado» y regresó al Perú, donde falleció. Para escribir sus *Memorias* (publicadas por su hermano John en Londres en 1829), el general Miller le formuló un extenso cuestionario a San Martín, entonces radicado en Bruselas. <<

[185] Contestación de San Martín «a la 2ª» pregunta del general Miller, documento de 1827, en Alfredo G. Villegas, *Un documento de San Martín con referencias históricas*, Imprenta Ferrari, Buenos Aires, 1945, pág. 43. <<

[186] Rafael Diego Mérida, venezolano, había conocido a Alvear en Cádiz. Fue enviado de regreso a Caracas, con una escala en Filadelfia (Estados Unidos), con la misión de establecer en Venezuela una logia afín a los Caballeros Racionales. Después fue un declarado opositor a Miranda, con quien tuvo un fuerte choque en enero de 1812, lo que le valió un arresto y ser enviado al ejército. <<

[187] Román de la Luz Sánchez Silveira era un hacendado cubano que, junto con Luis Francisco Bassave y José Joaquín Infante, todos criollos ligados a la masonería, a partir de 1809 planearon una conspiración independentista en La Habana. La revolución debía comenzar el 7 de octubre de 1810, pero dos días antes los tres líderes fueron arrestados y condenados a destierro. Infante logró huir a Venezuela, mientras que Sánchez Silveira y Bassave estuvieron presos en Cádiz. El indulto general dictado por las Cortes los sacó de prisión, pero quedaron confinados en la ciudad. <<

[188] Luis López Méndez (1758-1831), profesor universitario y ex alcalde ordinario del Cabildo de Caracas, acompañó a Simón Bolívar y Andrés Bello en la misión que la Junta venezolana envió a Londres en 1810. Mientras Bolívar regresaba a Caracas, junto con Miranda, Bello quedó al frente de la Gran Reunión Americana en Londres y López Méndez como agente diplomático venezolano, de carácter «informal» en la medida en que Gran Bretaña no reconocía oficialmente al gobierno patriota. Continuó como agente de Bolívar en Londres hasta 1821, y después fue representante diplomático de la Gran Colombia ante los gobiernos de Francia y Holanda. Regresó a América en 1826, cuando se opuso a Bolívar. Pasó un tiempo en prisión y murió en Chile. <<

[189] Se trata del capitán de milicias Francisco Chilavert, español, que había vivido en Buenos Aires y que, antes de la ocupación francesa, había regresado a España, donde se criaron sus hijos Martiniano y José Vicente, ambos porteños, y que lo acompañaron en su viaje a Londres y luego a Buenos Aires. Martiniano Chilavert (1798-1852) a poco de regresar ingresó al ejército y, en 1817, se incorporó a la artillería, donde llegaría al grado de coronel. Unitario y enemigo de Rosas, en 1847, ante la intervención anglo-francesa, decidió ofrecer sus servicios a la Confederación contra la agresión extranjera, por lo que Urquiza lo hizo fusilar luego de la batalla de Caseros. <<

[190] Domínguez Michael, *op. cit.*, págs. 398-399. <<

[191] Citado por Rodolfo Terragno, *Maitland y San Martín*, Sudamericana, Buenos Aires, 2012, pág. 140. <<

[192] Andrés Bello (1781-1865) fue un notable escritor nacido en Caracas. En 1808 fue redactor de la *Gaceta de Caracas* y en 1810 acompañó a Simón Bolívar en su viaje a Londres. Allí permaneció hasta 1829 estudiando en la biblioteca del Museo Británico, traduciendo a Lord Byron y a Molière y dirigiendo las notables revistas *Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano*. <<



[193] Rodolfo Terragno, *San Martín y el Plan Maitland*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998. <<



[194] Sir Thomas Maitland fue teniente general en Ceilán (el actual Sri Lanka) y desde 1807 era consejero privado de la corona británica. <<

[195] Rolando Bompadre, *Masonería. Unión del Plata. Historia de la Augusta y Respetable Logia Madre*, Dunken, Buenos Aires, 2013, págs. 52-53. <<

[196] Claude-Victor Perrin, apodado Víctor (1764-1841), había comandado el primer cuerpo del ejército francés que invadió España en 1808. Participó en 1810 en la invasión de Andalucía e inició el sitio de Cádiz. <<

[197] Enrique de Gandía, «La vida secreta de San Martín», *Todo es Historia*, nº 16, agosto de 1968. En su libro *San Martín: su pensamiento político*, Pleamar, Buenos Aires, 1964, De Gandía ya había dado a conocer los informes de Mariano Castilla, fechados cuando ya los miembros de la Logia habían arribado a Buenos Aires. Según señalaba De Gandía, el diplomático argentino Luis L. Domínguez obtuvo del Foreign Office copias de ellos, que sus descendientes donaron al Archivo General de la Nación (AGN I.4.4.3), y también hay una traducción en el Archivo General de Indias (AGI, Sección IX, Estado, América, General, Legajo 13), correspondiente a la copia enviada al embajador español por el gobierno británico. <<

[198] Ibídem. <<

[199] Francisco José de Vera (1770-?) era porteño y había ingresado en el ejército a los doce años. Luchó contra las invasiones inglesas en la Banda Oriental y, sospechoso de adherir a la Revolución de Mayo, fue enviado preso a Cádiz en 1811. Logró fugarse y llegar a Inglaterra, donde conoció a Alvear. Integró después las fuerzas enviadas a la Banda Oriental, donde estuvo hasta la toma de Montevideo en 1814. <<

[200] Eduard Ladislaus Kaunitz von Holmberg (1778-1853) había nacido en el Tirol, descendiente de una familia de Moravia (ambas regiones bajo la corona de Austria entonces). Su apellido aparece con variadas grafías: Kaunitz, Kainnitz, Kannitz, etc., pero en definitiva él y sus descendientes usarán el de Holmberg. Había estudiado en Prusia y formado parte de las tropas del ducado alemán de Berg, entonces al servicio de Napoleón, pero después se sumó a las Guardias Valonas, un cuerpo al servicio de España, formado por hombres reclutados principalmente en la actual Bélgica. En Cádiz conoció a Alvear, que lo convenció de sumarse al grupo que, tras la estadía en Londres, viajó al Río de la Plata. Holmberg se sumó al Ejército del Norte, bajo el mando de Belgrano, y organizó su artillería y maestranza. En 1813, de regreso en Buenos Aires, se casó con una prima de Carlos de Alvear, María Antonia de Balbastro. <<

[201] Thomas Eastman (1770-1844), londinense, al menos desde 1810 tenía una empresa que realizaba viajes a América del Sur y al Lejano Oriente, compañía armadora que era propietaria de varias embarcaciones, entre ellas la *George Canning*. Sus negocios en Brasil y el Río de la Plata venían en aumento, y en definitiva Eastman se radicaría en Buenos Aires. En 1821, fue uno de los primeros suscriptores para crear el «cementerio de los disidentes» (el actual Cementerio Británico), donde sería enterrado al fallecer en Buenos Aires. Su hijo John Eastman (1805-1874) se estableció en Buenos Aires en 1828, donde se casó con una sobrina de José Matías Zapiola, fundó una de las primeras droguerías porteñas en 1834 y fue padrino de bautismo de Carlos Pellegrini. Véase el artículo del Dr. Eduardo C. Gerding, «1770 Thomas Eastman 02/01/1844», en http://cementeriobritanico.org/Prueba/thomaseastman.html. <<

[202] J. P. y W. P. Robertson, *Cartas de Sudamérica*, Emecé, Buenos Aires, 2000, págs. 194-195. El Lloyd's Register, llamado así por haberse fundado en el café de Edward Lloyd en Londres en el siglo XVIII, es la sociedad de clasificación y análisis de riesgos más antigua del mundo, de donde derivó también el más antiguo mercado de seguros. Como armador y corredor de seguros, Eastman era uno de sus miembros, por lo menos en 1810. <<

[203] San Martín mantendría una amistosa correspondencia con él por largo tiempo. En una carta, fechada en Bruselas, el 1º de enero de 1825, lo llamaba «Primer Profesor de Economía Política», lo que parece una broma afectuosa, surgida de sus conversaciones, ya que José Vicente Chilavert nunca fue profesor. <<

[204] Gerding, *op. cit.* <<

[205] Citado en Armando Bartra, *El Hombre de Hierro: Los límites sociales y naturales del Capital*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, pág. 38.
<<



[206] Del árabe *mamluk*, literalmente, «propiedad» del sultán. Se trataba de la casta militar, originariamente formada por esclavos de los emperadores otomanos. <<

[207] Como señala Miguel Ángel De Marco (*op. cit.*, pág. 56), la rodela, pequeña pieza curva, en el extremo inferior de la vaina «indicaba que había sido fabricado en Gran Bretaña», ya que los oficiales «ingleses arrastraban el sable», lo que hacía necesario ese refuerzo. <<

[208] *Gazeta de Buenos Ayres*, 13 de marzo de 1812, en Junta de Historia y Numismática Americana, *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821). Reimpresión facsimilar*, Buenos Aires, 1910, tomo 3. Se ha modernizado la grafía. <<

[209] Cádiz no solo no estaba a punto de caer, sino que días después, el 19 de marzo, las Cortes se considerarían con la suficiente seguridad como para sancionar la Constitución liberal española de 1812. Por otra parte, si bien el 6º Ejército español (de Galicia y Asturias) no las tenía todas a favor, desde abril de 1811 se estaba reorganizando e iniciando una contraofensiva, bajo el mando de los generales Castaños y José María de Santocildes. Galicia estaba libre de ocupantes franceses, que también debieron retroceder de Asturias en enero de 1812. <<

[210] Citado por Alfredo Villegas, *San Martín y su tiempo*, Depalma, Buenos Aires, 1976, págs. 241-242. <<

[211] Carta de San Martín al presidente del Perú, mariscal Ramón Castilla, Boulogne-sur-Mer, 11 de septiembre de 1848, en Museo Histórico Nacional, *San Martín. Su correspondencia*…, cit., pág. 296. <<

[212] Juan Martín de Pueyrredón (1777-1850) era miembro de una familia de comerciantes de origen francés, con intereses en Cádiz. Se había formado allí y en Francia. Organizó la primera resistencia criolla a la invasión inglesa de 1806, formando una fuerza con peones de su chacra de Perdriel (actual Museo Histórico José Hernández - Chacra Pueyrredón, en el partido bonaerense de San Martín), origen del escuadrón de milicias luego conocido como «Húsares de Pueyrredón». Patriota vinculado al grupo de Castelli, Belgrano, Paso y Rodríguez Peña, el Cabildo de Buenos Aires lo nombró su representante y lo envió a España, donde estaba al producirse los acontecimientos de 1808. A su regreso al Río de la Plata, fue apresado en Montevideo, acusado de agente francés, pero llevado a Buenos Aires logró fugar con la ayuda de sus compañeros, el 26 de julio de 1809, y llegar a Río de Janeiro. Regresó en junio de 1810, fue nombrado gobernador intendente de Córdoba por la Primera Junta y luego destinado al Ejército del Norte, que acababa de sufrir la derrota de Huaqui (junio de 1811) y estaba en desbandada. Debió dirigir la retirada desde Potosí hasta Jujuy, y tras su relevo por Manuel Belgrano, dispuesto en febrero de 1812, volvió a Buenos Aires, donde integró el Primer Triunvirato poco después del arribo de San Martín. <<

[213] Feliciano Antonio Chiclana (1761-1826), recibido de abogado en Santiago de Chile, fue asesor del Cabildo de Buenos Aires y estaba estrechamente ligado a Cornelio Saavedra, quien en junio de 1810 lo hizo nombrar auditor del Ejército del Norte y, luego, gobernador intendente interino de Salta y después de Potosí. A pesar de esa vinculación, Chiclana participó en el movimiento porteño que en septiembre de 1811 creó el Primer Triunvirato que, entre otras medidas, dispuso la detención y procesamiento de Saavedra. <<

[214] Bernardino González de Rivadavia (1780-1845), pese a ser criollo, integró la milicia de Gallegos durante las invasiones inglesas. Eso y su matrimonio con Juana del Pino (hija del ex virrey), que lo convirtió en concuñado del jefe naval realista de Montevideo, Juan Ángel Michelena, lo hicieron sospechoso después de la Revolución de Mayo, y la Junta Grande lo confinó a la Guardia de Salto. Sin embargo, en septiembre de 1811, se convirtió en secretario de Guerra del Primer Triunvirato, ocupando también la cartera de Hacienda, a partir de noviembre (por renuncia de Vicente López y Planes a ese cargo) y finalmente triunviro provisorio, por la renuncia de Juan José Paso. Como se verá, fue quien dirigió la política centralista del Primer Triunvirato y, a lo largo de su vida, mantendría una cerrada hostilidad contra San Martín. <<



[215] Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos. Del gobierno en Sudamérica*, Buenos Aires, 1896, tomo IV, pág. 330. <<

[216] Fragmento del oficio enviado por Artigas a la Junta de Paraguay el 7 de diciembre de 1811, desde su cuartel general de Dayamán, en http://www.uruguayeduca.edu.uy. <<

[217] Véase *Los mitos de la historia argentina 1…*, cit., págs. 359-361. <<



[218] Alcibíades Lappas, *La masonería argentina a través de sus hombres*, edición del autor, 1966, págs. 71-72. <<

[219] Como señala Patricia Pasquali en el prólogo de su *San Martín confidencial. Su correspondencia con Tomás Guido (1816-1849)* (Planeta, Buenos Aires, 2004), las únicas cartas conservadas donde San Martín firma simplemente «Pepe» están dirigidas a «Goyo» Gómez. <<

[220] Literalmente, «hacha», nombre que recibían quienes reunían bajo su autoridad a varias comunidades para emprender conjuntamente acciones de guerra. Un *toki* (usualmente llamado «cacique» o «caudillo» por los españoles) tenía autoridad solamente mientras duraba la guerra, por elección y delegación de los loncos («cabezas») de las comunidades «confederadas» a ese fin. <<

[221] «Constitución de la Logia Lautaro en Chile», en A. J. Pérez Amuchástegui, *Crónica histórica argentina*, Codex, Buenos Aires, 1971. Al no disponerse de documentos sobre la Logia de Buenos Aires, las afirmaciones acerca de su posible organización se infieren de los documentos disponibles de su hermana chilena. <<

[222] Real Cédula Circular del 19 de enero de 1812, citada en Fabián Onsari, *San Martín, la Logia Lautaro y la Francmasonería*, Supremo Consejo del Grado 33 y Gran Logia de la Masonería Argentina, Buenos Aires, 1954, págs. 177-178. <<

[223] Adolfo P. Carranza, *Correspondencia del General San Martín*, Buenos Aires, 1911, págs. 70-71. <<

[224] Carta de San Martín al general Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827 (en respuesta a una de Miller del día 9), reproducida en el apéndice de Antonio P. Castro, «San Martín y Sarmiento. Conferencia pronunciada en el “Círculo Militar”, por el director del Museo Histórico Sarmiento», Ministerio de Educación de la Nación - Museo Histórico Sarmiento, serie II, nº 19, 2ª edición corregida y aumentada, Buenos Aires, 1950, pág. 54. Se ha modernizado la grafía. Con un texto levemente alterado, el párrafo es reproducido también por Corbière, *op. cit.*, pág. 188. <<

[225] Carta de Mariano Balcarce a Bartolomé Mitre, París, 30 de septiembre de 1860, citada en Corbière, *op. cit.*, pág. 188. Esos documentos no han aparecido, por lo que es posible que Mariano Balcarce los haya destruido. <<



[226] Carta de San Martín a Tomás Guido fechada en Bruselas, 18 de diciembre de 1827, en Pasquali, *San Martín confidencial*…, cit. <<

[227] En la batalla librada en la llanura de Maratón, el ejército persa de Darío I fue derrotado por los atenienses dirigidos por Milcíades. Esta victoria les permitió a los griegos regresar rápidamente a Atenas, preparar la defensa y así evitar el ataque marítimo a la ciudad. Además, los estimuló en su lucha contra los persas, hasta derrotarlos definitivamente diez años más tarde. <<

[228] Enrique Martínez, «Observaciones hechas sobre la obra póstuma de señor Ignacio Nuñez, titulada Noticias históricas de la República Argentina», *Revista Nacional*, tomo XXXV, pág. 125. <<

[229] Manuel de Sarratea (1774-1849) era un rico comerciante porteño, formado en España, integrante del Consulado de Buenos Aires. Elegido triunviro en septiembre de 1811, fue enviado «en comisión» a restablecer el sitio a Montevideo, al frente de las tropas comandadas por José Rondeau. <<

[230] Citado en Favaloro, *op. cit.*, pág. 34. <<

[231] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 132. No está de más recordar que San Martín no tenía otro ingreso que su sueldo, mientras que Alvear pertenecía a una de las familias más ricas y poderosas de Buenos Aires. <<

[232] El nombre de «Ranchería» le venía de los tiempos de la Compañía de Jesús, ya que ahí los jesuitas habían instalado los barracones quinchados donde dormían los 300 esclavos que tenían en la ciudad. Sobre el sitio, luego se construyó el primer teatro porteño, destruido por un incendio en 1792. A partir de las invasiones inglesas, en el lugar se establecieron cuarteles de milicias. <<

[233] De ellos, el teniente primero Bermúdez (oriental, voluntario contra las invasiones inglesas y que había actuado a las órdenes de Artigas en el primer sitio de Montevideo) moriría a consecuencia de las heridas recibidas en el combate de San Lorenzo y sería ascendido *post mortem* al grado de capitán. Necochea y O’Brien participarían en distintos frentes de las guerras independentistas, para después sumarse al Ejército de los Andes. Ambos continuarían luchando en el Perú después de la renuncia de San Martín. <<

[234] Hipólito Bouchard (1780-1837) era un marino francés llegado a Buenos Aires en 1809. Ofreció sus servicios a la Primera Junta e integró la primera escuadrilla patriota, vencida en San Nicolás en 1811. Ante la falta de buques ingresó a los Granaderos a Caballo. Luchó en el combate de San Lorenzo y después en el Ejército del Norte. Después regresó a la guerra naval, como corsario de las Provincias Unidas, y realizó la famosa campaña del Pacífico como capitán de *La Argentina*. Véase *Mitos de la historia argentina 2. De San Martín a «El Granero del Mundo»*, Planeta, Buenos Aires, 2004, págs. 73-98. <<

[235] Citado por Gandía, «La vida secreta de San Martín», cit. <<

[236] Enrique Mario Mayochi, *El Libertador José de San Martín*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1978. <<

[237] Trataba de los principios generales del arma de caballería, la instrucción de los reclutas, la formación de un escuadrón, los movimientos y el ataque. Véase Ulises Mario Muschietti, «Su Regimiento de Granaderos a Caballo», en Instituto Nacional Sanmartiniano, *José de San Martín. Libertador de América*, Manrique Zago, Buenos Aires, 1995, pág. 35. <<



[238] El texto original decía «exigir», que aparece tachado y reemplazado por «admitir». <<



[239] La expresión (que muestra el desprecio que las clases propietarias de entonces tenían por el trabajo manual) se refiere a las estafas. <<

[240] José de San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, estudio preliminar de Felipe Pigna, Emecé-Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 2010, págs. 107-110. <<

[241] Ibídem. <<

[242] Camilo Anschütz, *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo (1812-1826)*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, vol. 323, Buenos Aires, 1945, tomo I, págs. 120-124. Vergara, nacido en España en 1768 y establecido en América en 1790, ingresó en el ejército en Perú. Después se estableció en Cuyo y fue jefe del fuerte de San Carlos (actual Villa San Carlos, en Mendoza). Adhirió a la Revolución de Mayo y reclutó soldados, en Cuyo y Córdoba. La Junta Grande le encargó la vigilancia de las costas del Paraná entre San Pedro y Rosario, ocasión en la que impidió un desembarco realista en San Nicolás. <<

[243] Muschietti, *op. cit.*, pág. 34. <<



[244] Citado en Instituto Nacional Sanmartiniano, *La Gloria de Yapeyú*, Buenos Aires, 1978, pág. 344. <<

[245] Citado por Julián Vilardi, *Lugares históricos de la epopeya sanmartiniana*, Círculo Militar, Biblioteca del Suboficial, nº 145, Buenos Aires, 1970, págs. 16-17. <<



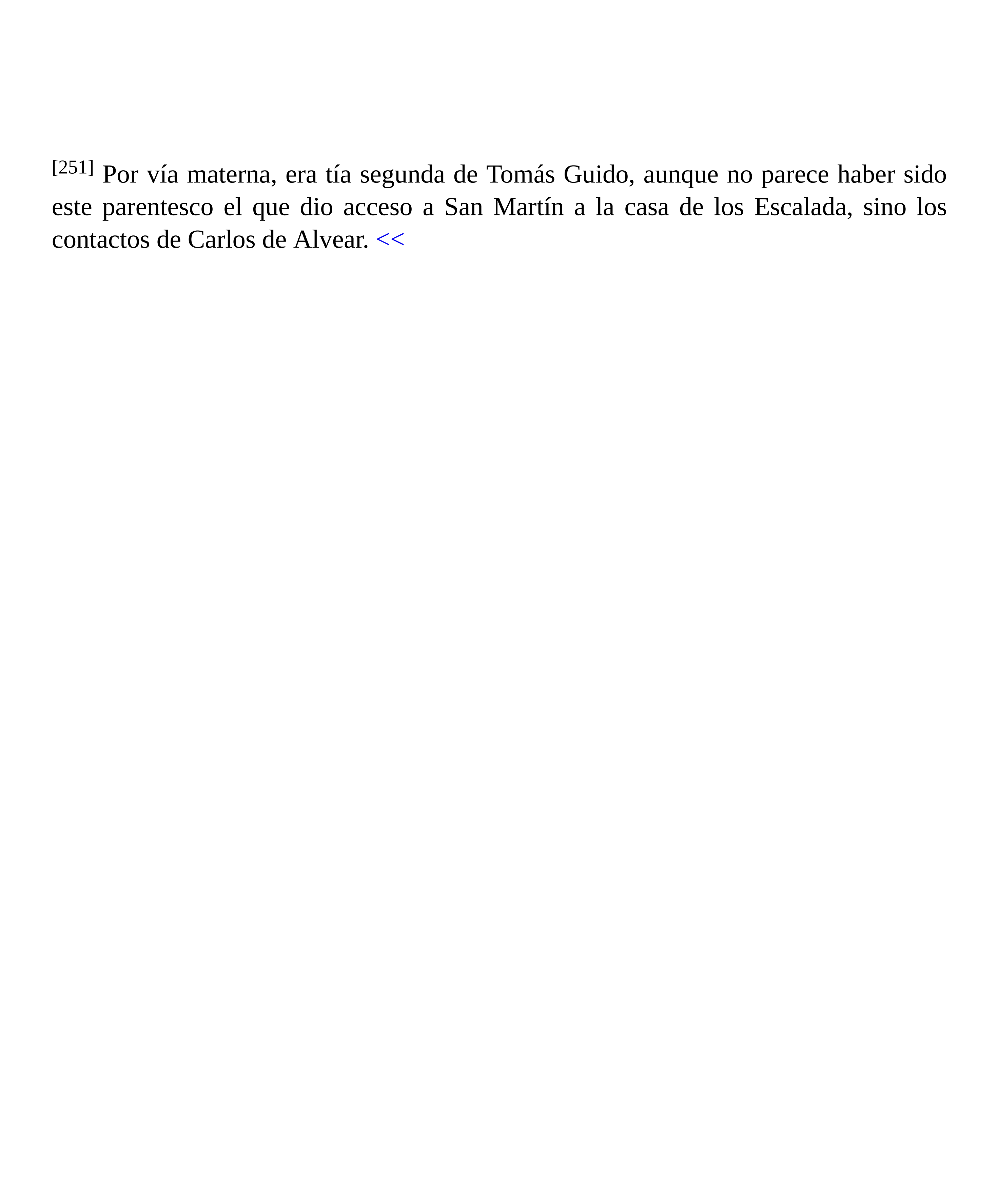
[246] *Pareja* en el sentido de compañera de baile. No existe en español una palabra que traduzca con exactitud *partner* o *partenaire*. <<

[247] J. P. y G. P. Robertson, *Cartas de Sud-América*, Emecé, Buenos Aires, 2000, tomo 3, págs. 56-58. <<

[248] Al decir de Samuel Haigh (*op. cit.*), «sus ojos grandes y negros tienen fuego», mientras que su subordinado, Guillermo Miller (*Memorias del General Miller, escritas por John Miller*, Emecé, Buenos Aires, 1998), los describía como «penetrantes». <<

[249] María de los Remedios de Escalada había nacido en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1797. Era hija de Antonio José de Escalada, uno de los más ricos comerciantes criollos de Buenos Aires, y Tomasa de la Quintana y Aoíz. Se trataba de una familia del bando patriota. Don Antonio, miembro del Consulado, había apoyado los intentos innovadores de Manuel Belgrano desde fines del siglo XVIII. Por su parte, doña Tomasa presidía el grupo de mujeres de la Sociedad Patriótica. <<

[250] Armando Alonso Piñeiro, «Secretas confidencias que la historia ha perdido», en Instituto Nacional Sanmartiniano, *José de San Martín. Libertador de América*, *cit.*, pág. 190. <<



[251] Por vía materna, era tía segunda de Tomás Guido, aunque no parece haber sido este parentesco el que dio acceso a San Martín a la casa de los Escalada, sino los contactos de Carlos de Alvear. <<

[252] Véase *Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930*, Planeta, Buenos Aires, 2011, págs. 195-196. <<

[253] Florencia Grosso, «Remedios y José. Realidad y leyenda», *Todo es Historia*, nº 397, agosto de 2000. Por su parte, una descendiente de los Escalada (Florencia Lanús, *Tradición de familia en lenguaje familiar*, Montevideo, 1949, a quien Grosso cita como fuente), decía: «Remedios de Escalada se enamoró de San Martín, y como no hubo modo de sacárselo de la cabeza ni del corazón, ni consiguieron romper el compromiso, sus padres concluyeron por consentir el casamiento». <<

[254] Véase *Mujeres tenían que ser*…, cit., págs. 222-223. <<

[255] Bernardo de Monteagudo, *Escritos*, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1989, pág. 103. <<

[256] Citado en Villegas, *San Martín y su época*, cit., pág. 136. <<

[257] Ibídem. <<

[258] *Gazeta Ministerial*, octubre de 1812, citado por Juan Antonio Bustinza, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Argentina y América*, AZ, Buenos Aires, 1995, pág. 26. <<

[259] Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires, 8 de octubre de 1812, en Emilio Ravignani (selección y coordinación), *Asambleas Constituyentes Argentinas, 1813-1898*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1939, tomo VI, primera parte, pág. 732. Se ha modernizado la grafía. <<



[260] «La larga marcha hacia las urnas», *Todo es Historia*, nº 71, marzo de 1973, pág. 8. <<



[261] En septiembre y octubre de 1813 fue gobernador intendente de Salta y, entre 1814 y 1816, se hizo cargo de la provisión de víveres del Ejército del Norte. <<

[262] Citado en Leopoldo Ornstein, *Personalidad militar del general San Martín, Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 1965*, Ministerio de Educación y Justicia, Secretaría de Cultura, Buenos Aires, 1966, pág. 17. <<

[263] Ibídem. <<

[264] Convocatoria del 24 de octubre de 1812, en Ravignani, *op. cit.*, tomo VI. Sobre la Asamblea, el contexto de su convocatoria y su acción, véase también Pablo Camogli, *Asamblea del año XIII. Historia del primer congreso argentino*, Aguilar, Buenos Aires, 2013. <<

[265] Ángel Monasterio (1777-1817) era español, escultor y profesor de dibujo. En 1808 ingresó en la marina y, en medio de la guerra, la Junta Central española lo envió a América. Detenido en Montevideo, al saberse su simpatía por la Revolución de Mayo, en 1811 logró llegar a Buenos Aires, donde se incorporó al ejército. Fue el constructor de las baterías de Rosario donde Belgrano izó la bandera celeste y blanca, y en mayo de 1812 montó la fábrica de cañones de Buenos Aires. Desde entonces contó con la ayuda de Esteban de Luca (1786-1824), uno de los primeros poetas porteños, que integró en 1807 el tercer batallón de Patricios. De Luca, con el tiempo, sería jefe de la fábrica de fusiles, donde además se forjarían la mayor parte de las herraduras pedidas por San Martín para el cruce de los Andes. Monasterio, partidario de Alvear, sería relevado del mando y sancionado en 1815. <<

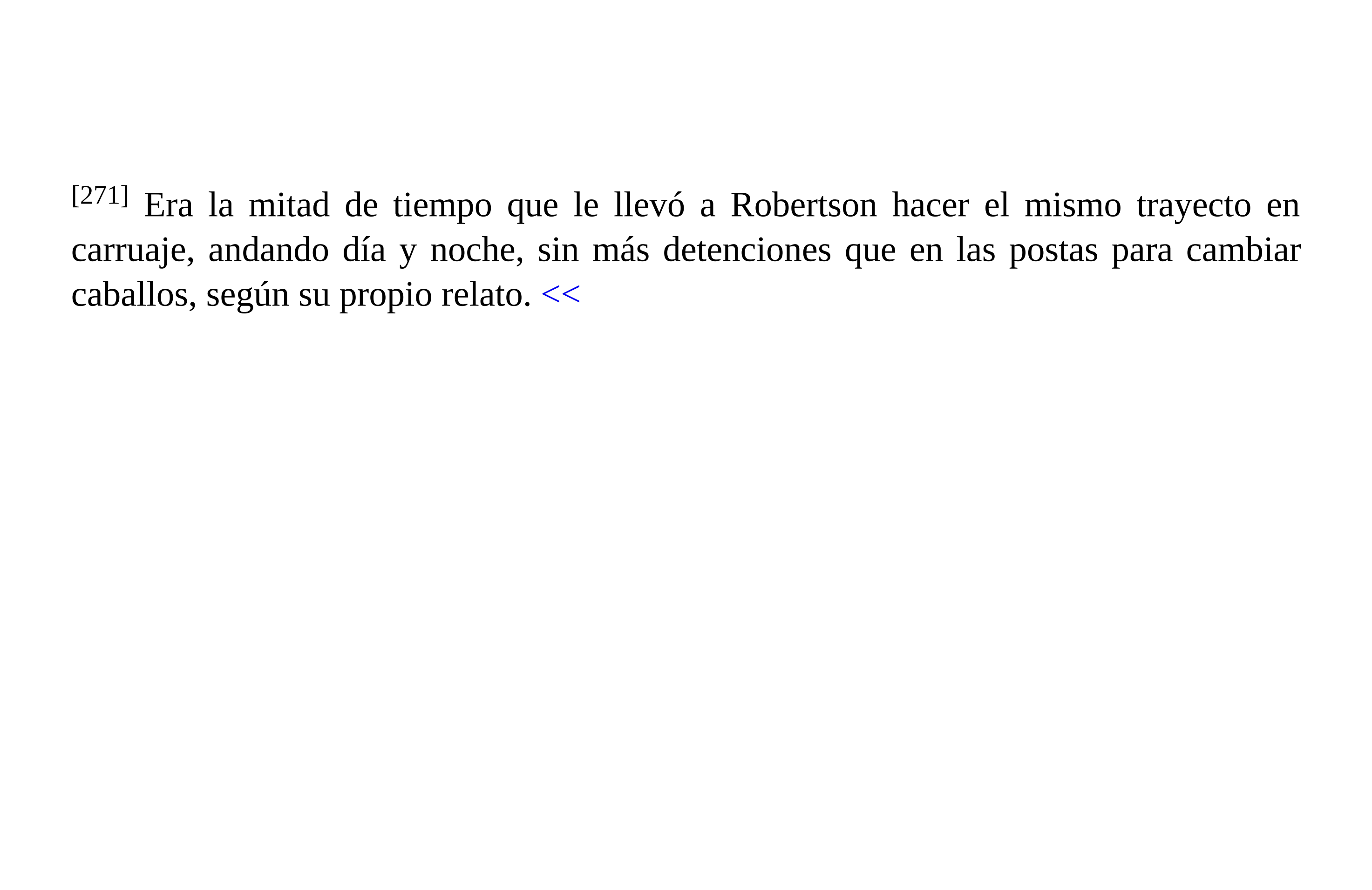
[266] En Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 209. <<

[267] La «Marcha de San Lorenzo» fue compuesta por el músico uruguayo Cayetano Silva y estrenada en Rosario, el 30 de octubre de 1902, durante la inauguración del Monumento al General San Martín. En 1908 el profesor Carlos Benielli le incorporó la letra que todos conocemos. Cayetano Silva murió en la pobreza en Rosario, el 12 de enero de 1920. Hay una versión difícil de confirmar, según la cual cuando las tropas alemanas de Hitler entraron a París en 1940, lo hicieron al ritmo de la música compuesta por Silva y que, como, acto de desagravio el general Dwight Eisenhower también la hizo ejecutar cuando los aliados entraron en «la ciudad luz» para liberarla. Lo cierto es que la marcha alcanzó fama mundial y es interpretada hoy por las principales bandas militares del mundo. <<

[268] *Gaceta de Buenos Aires*, 16 de julio de 1811. <<

[269] Citado por Mariano Moreno en su «Impugnación de un bando publicado por el Virrey de Lima, en que declaraba reunidas a su jurisdicción las provincias de Buenos Aires», *Gazeta Extraordinaria de Buenos Ayres, 22 de septiembre de 1810. Véase Colección de arengas en el foro y escritos del Doctor Dn. Mariano Moreno, abogado de Buenos Ayres y secretario del primer gobierno en la revolución de aquel estado,* impreso por Jaime Pickburn, Londres, 1836, tomo I, pág. 198. <<

[270] Ibídem, págs. 200-201. También es citado en Ricardo Levene, *El pensamiento vivo de Mariano Moreno*, Losada, Buenos Aires, 1942, pág. 84 y ss. <<



[271] Era la mitad de tiempo que le llevó a Robertson hacer el mismo trayecto en carruaje, andando día y noche, sin más detenciones que en las postas para cambiar caballos, según su propio relato. <<

[272] J. P. y W. P. Robertson, *La Argentina en los primeros años de la Revolución*, traducción de Carlos A. Aldao (de las *Letters on Paraguay*, de los hermanos Robertson), Biblioteca de *La Nación*, Buenos Aires, 1916, Carta XXIX, págs. 144-145. Hay edición posterior: *Cartas sobre el Paraguay*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988. <<

[273] Según W. P. Robertson (*La Argentina en los primeros años*…, cit.), los granaderos presentes en San Lorenzo eran 150; por su parte, en carta al general Miller, en 1827, San Martín diría 140. Es posible que la cifra del parte se refiera a los que efectivamente participaron de la carga. Según De Marco, *op. cit.*, pág. 77 (citando como fuente a Roberto A. Colimodio y Julio A. Romay, *Soldados de San Martín en San Lorenzo. Hechos y aspectos inéditos*, Alfar, Buenos Aires, 2013), una lista de revista del Regimiento de Granaderos a Caballo confirmaría los 150 hombres en el contingente enviado a San Lorenzo. <<

[274] Parte del combate de San Lorenzo, publicado en la *Gazeta Ministerial*, viernes 5 de febrero de 1813, reproducido en Bartolomé Descalzo, *La acción de San Lorenzo*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1948, págs. 19-23. El canje de José Manuel Díaz Vélez se efectuó; pero a raíz de las heridas recibidas en San Lorenzo, murió en Buenos Aires en mayo de ese mismo año, sin haberse recuperado. <<

[275] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 223. <<

[276] De una tonalidad similar al marrón claro o beige. <<

[277] Otero, *op. cit.*, tomo 1, pág. 208. <<



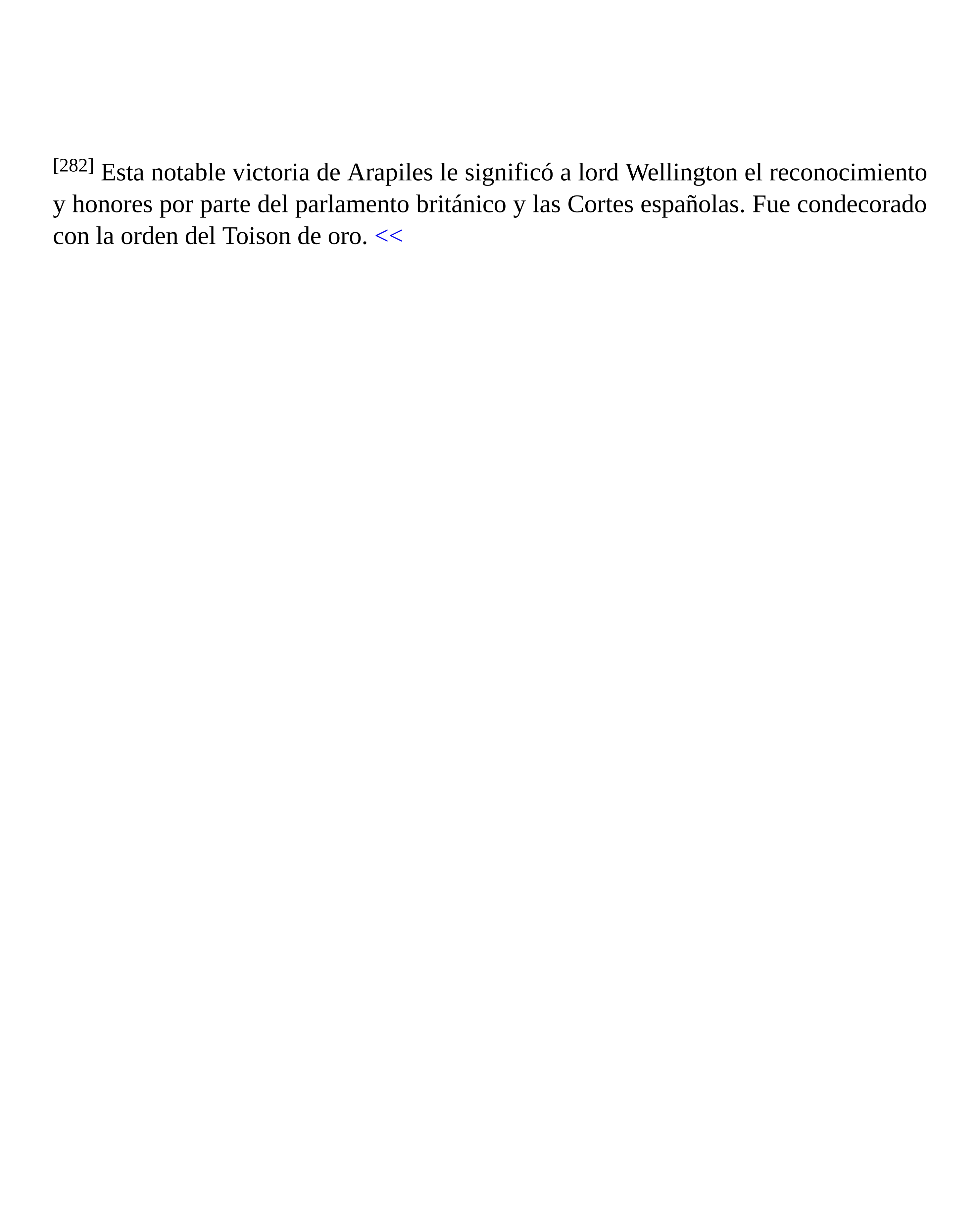
[278] *Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Ayres*, miércoles 10 de marzo de 1813, nº 48, pág. 118, cols. 1-2. <<

[279] «La Asamblea general ordena la prohibición del detestable uso de los tormentos, adoptados por una tirana legislación para el esclarecimiento de la verdad e investigación de los crímenes; en cuya virtud serán inutilizados en la Plaza Mayor por mano del verdugo, antes del feliz día 25 de mayo, los instrumentos destinados a este efecto». Firmado: Juan Larrea, presidente; Hipólito Vieytes, secretario. En *El Redactor de la Asamblea*, 29 de marzo de 1813. <<

[280] Las medidas adoptadas por la Asamblea y los proyectos constitucionales pueden consultarse en Arturo Enrique Sampay (recopilador), *Las constituciones de la Argentina (1810-1972)*, Eudeba, Buenos Aires, 1975, y el análisis de estas en Camogli, *op. cit.* <<



[281] Armando Alonso Piñeiro, *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*, Depalma, Buenos Aires, 1976, pág. 138. <<



[282] Esta notable victoria de Arapiles le significó a lord Wellington el reconocimiento y honores por parte del parlamento británico y las Cortes españolas. Fue condecorado con la orden del Toison de oro. <<



[283] Por el tratado de Valençay Napoleón garantiza la paz entre España y Francia, deja en libertad a Fernando VI, y acepta su retorno al trono español. <<

[284] Alvear, «Narraciones», cit. <<

[285] Informe de William Bowles, jefe de la escuadra británica en el Atlántico Sur, al secretario del Almirantazgo, J. W. Croker, el 26 de enero de 1814, en Cristina Rins y María Felisa Winter, *La Argentina*, Kapelusz, Buenos Aires, 2004, pág. 36. <<

[286] Así surge claramente de los sucesivos oficios enviados por Belgrano a San Martín, fechados entre el 8 de diciembre de 1813 y el 26 de enero de 1814, en los que no solo da esa interpretación, sino que lo nombra segundo al mando del Ejército del Norte y le da órdenes como su superior, y el del 29 de enero de 1814 al gobierno, en el que acusa recibo del oficio del Directorio, «de fecha 18 del corriente», en el que se le notificaba el nombramiento de San Martín como general en jefe, todos reproducidos en *Epistolario belgraniano*, Taurus, Buenos Aires, 2001, págs. 243-266. <<



[287] Por el general francés Jean Victor Moreau; véase el segundo capítulo de este libro. <<

[288] Carta de San Martín a Tomás Godoy Cruz, Mendoza, 12 de marzo de 1816, en *Documentos del archivo del General San Martín*, cit., tomo V, pág. 533. <<

[289] Citada por Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, tomo 2, págs. 49-50. <<

[290] En *Epistolario belgraniano*, cit., págs. 243-244. <<

[291] Ibídem, pág. 247 y ss. <<



[292] Aunque tradicionalmente se asevera que el lugar del encuentro habría sido la posta de Yatasto, esta versión ha sido puesta en duda en forma reiterada. <<

[293] Oficio de Belgrano al Supremo Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Tucumán, 29 de enero de 1814, en *Epistolario belgraniano*, cit., pág. 266.
<<

[294] En *Epistolario belgraniano*, cit. <<

[295] Ricardo Caillet-Bois, *San Martín y el Ejército del Norte. Conferencia pronunciada el 16 de agosto de 1956*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1956, pág. 18. <<



[296] Alfredo Gargaro, «San Martín en el Ejército del Norte», *Revista del Instituto Sanmartiniano*, nº 35, septiembre-diciembre de 1954, págs. 27-41. <<

[297] Ibídem. <<

[298] Citado en Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, tomo II, pág. 86. <<

[299] El sitio cubría unas cuatro manzanas, entre las actuales calles Jujuy, Alberdi, Bolívar y Roca de la capital tucumana. Era conocido como el campo de *Las carreras*, *La Tablada* y finalmente, tras el heroico triunfo de Belgrano como *El Campo de la Victoria*. <<

[300] Henri Paillardelle (a quien Mitre daba como nacido en Buenos Aires, hijo de un francés y de una criolla limeña), tras haber servido a la marina francesa entre 1796 y 1803, participó en un derrotado intento de promover un levantamiento patriota en Tacna (Perú) y luego se sumó al Ejército del Norte, a las órdenes de Belgrano. San Martín lo puso al frente de los cursos de matemática para artilleros, además de encargarle los planos de la Ciudadela. En abril de 1814 viajó a Buenos Aires, se incorporó al ejército sitiador de Montevideo y después fue comandante del Fuerte de Buenos Aires. Tras la caída de Alvear, del que era partidario, fue juzgado y fusilado, en mayo de 1815. <<

[301] Citado en Gargaro, *op. cit.* <<



[302] Paz usa aquí el término en función del puesto que ocupaba, no del grado jerárquico: San Martín seguía siendo entonces coronel. <<

[303] José María Paz, *Memorias*, Schapire, Buenos Aires, 1968, tomo I, págs. 186 y 190-191. <<



[304] En José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Ediciones Argentinas Solar, Buenos Aires, 1942, págs. 62-63. <<

[305] Citado por Juan A. Vilari, *Lugares históricos de la epopeya sanmartiniana*, Biblioteca del Oficial, vol. 145, Círculo Militar, Buenos Aires, 1970. <<

[306] Carta de San Martín a Posadas fechada el 23 de marzo de 1814. <<

[307] En Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, tomo II, pág. 84. <<



[308] Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, Academia Nacional de la Historia-Espasa Calpe, Buenos Aires, 1946. <<

[309] Efraín U. Bischoff, *San Martín en Córdoba*, Ministerio de Bienestar Social, Secretaría de Cultura y Educación, Dirección de Historia, Letras y Ciencias de la Provincia, Córdoba, 1978, pág. 27. <<

[310] Citado en Vilardi, *op. cit.*, pág. 40. <<

[311] Bischoff, *op. cit.*, pág. 28. <<



[312] Airón era una divinidad ibérica del inframundo, a la que se rendía culto arrojando ofrendas en pozos naturales. <<

[313] Supuesta carta de José de San Martín a Nicolás Rodríguez Peña, fechada el 22 de abril de 1814; Bonifacio del Carril, *Notas sobre la vida y la obra de San Martín. Conferencia pronunciada el 16 de agosto de 1960*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1960, págs. 25-26. <<

[314] Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, tomo II, págs. 90-91. <<

[315] Vilardi, *op. cit.*, págs. 43-44. <<

[316] Bischoff, *op. cit.*, pág. 29. <<

[317] Ibídem, págs. 29-30. <<

[318] José Rondeau, *Autobiografía*, en *Biblioteca de Mayo*, cit. <<

[319] La estanzuela de Saldán tiene una larga historia, ya que fue propiedad de Luis de Tejeda (1604-1680), considerado el primer poeta criollo. En ella también se había alojado Rafael de Sobremonte, cuando era gobernador intendente de Córdoba. <<

[320] Paz, *op. cit.*, tomo I, pág. 199. <<



[321] Norberto Galasso, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Colihue, Buenos Aires, 2000, pág. 125. <<

[322] El láudano es un calmante, preparado a base de alcohol y opio, con el agregado de algunas especias (generalmente, canela, clavo y azafrán); la fórmula más usual en la época era la creada por el médico inglés Thomas Sydenham (1624-1689), que llevaba vino de Málaga como alcohol. <<

[323] Daniel López Rosetti, *Historia clínica*, Planeta, Buenos Aires, 2012. <<

[324] Citado por Galasso, *op. cit.*, pág. 124. <<

[325] San Martín solía encabezar las cartas personales a Guido (que no era oficial de caballería) llamándolo «Mi Lancero». Cabe señalar que los lanceros formaban la primera línea de la carga contra una formación de infantería, y ese mismo empleo les dio San Martín en el combate de San Lorenzo. Es decir, eran los primeros en tomar contacto con el enemigo y los más expuestos a sus disparos. Diríamos hoy, «lo mandaba siempre al frente». <<

[326] Existía otro plan de expedición al Perú desde Chile, presentado en abril de 1813 por Bernardo Vera y Pintado, representante rioplatense ante el gobierno patriota chileno, aunque es posible que San Martín no lo conociese en ese momento. Lo cierto es que, tras la derrota patriota de Rancagua en 1814, Vera y Pintado logró refugiarse en Mendoza; San Martín lo tomó como asesor y, en 1815, lo nombró auditor del Ejército. Véase Pablo Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, Aguilar, Buenos Aires, 2011, págs. 27-34. <<

[327] Citado por Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo*, Peuser, Buenos Aires, 1950, págs. 247-248. <<

[328] Juan Florencio Terrada (1782-1824) era porteño e integró las milicias desde 1798. Se destacó en la lucha contra las invasiones inglesas y comandó el batallón de infantería Granaderos de Fernando VII (popularmente conocido como «Granaderos de Terrada»), encargado de la custodia de los últimos virreyes. En mayo de 1810 su papel fue clave para la caída de Cisneros. Después dirigió a sus hombres en los dos sitios de Montevideo. Opuesto a Alvear, se sumó a la Logia en 1815, fue secretario de Guerra del director Pueyrredón, cargo desde el cual contribuyó a la creación del Ejército de los Andes. <<

[329] Marcos González Balcarce (1777-1832), nacido en Buenos Aires, desde 1790 integró la milicia de Blandengues, luchó contra los portugueses en las Misiones y contra los invasores ingleses, que lo capturaron en Montevideo en 1807 y lo enviaron preso a Inglaterra. Con la invasión napoleónica de España, fue liberado y enviado a la península, donde combatió en 1809. Regresado a Buenos Aires, participó en la Revolución de Mayo, integró el tribunal que en 1811 absolvió a Belgrano en la causa por la campaña al Paraguay y después actuó en el segundo sitio de Montevideo. En 1813 fue enviado al frente de una división de 300 hombres para auxiliar al gobierno de Chile, que luego siguió al mando de Juan Gregorio de Las Heras hasta la derrota de Rancagua. En 1815, Marcos Balcarce regresó a Buenos Aires, donde ocuparía en distintos momentos el cargo de secretario de Guerra. Hermano de Antonio González Balcarce, era tío del futuro yerno de San Martín. <<

[330] Manuel de la Trinidad Corvalán (1774-1847) nació en Mendoza, pero se educó en Buenos Aires, donde participó en la milicia de Arribeños contra las invasiones inglesas. Tras la Revolución de Mayo fue comandante de la frontera de Mendoza y, en 1814, teniente gobernador de San Juan. San Martín lo designó jefe de órdenes y, en reemplazo de fray Luis Beltrán, director de parque y maestranza, quedando en Mendoza durante las campañas libertadoras a Chile y Perú. En 1824 se estableció en Buenos Aires, donde adhirió al partido federal. General y edecán de Rosas, tendría destacada participación en la guerra civil contra los unitarios. <<

[331] José Ignacio de la Roza (1788-1839), nacido en San Juan, se doctoró en leyes en Santiago de Chile. Al producirse la Revolución de Mayo estaba en Buenos Aires, donde conoció a San Martín en 1812. Regresó a San Juan en 1814, donde fue teniente de gobernador hasta 1820, cuando fue depuesto y desterrado. En 1821 se reunió en Perú con San Martín, que lo nombró auditor de guerra. <<

[332] Vicente Dupuy (1774-1843) era porteño; participó en la Defensa de Buenos Aires en 1807 e integró los «chisperos», que dirigían French y Beruti, durante la Revolución de Mayo. Actuó en el segundo sitio de Montevideo; fue teniente gobernador de San Luis desde 1814, hasta que fue depuesto en 1820. Desterrado, se sumó al Ejército Libertador en la campaña del Perú. <<

[333] Oficio de San Martín al Cabildo de Mendoza fechado el 11 de octubre de 1814.
<<

[334] Juan Gregorio de Las Heras (1780-1866), porteño, había peleado contra las invasiones inglesas. La Primera Junta lo puso al frente de las milicias bonaerenses y luego fue enviado a Córdoba. Allí organizó la división que cruzó la cordillera para reforzar a los patriotas chilenos. Al ser llamado Balcarce para hacerse cargo de la gobernación de Cuyo, Las Heras siguió al frente de esa división hasta la retirada después de Rancagua. De ahí en adelante fue un estrecho colaborador de San Martín, quien lo puso al frente de la primera división del Ejército de los Andes. Combatió en las campañas libertadoras de Chile y Perú, de donde regresó a Buenos Aires en 1822. Fue gobernador bonaerense en 1824, y en 1828 se radicó en Chile, donde falleció. <<



[335] Proclama de San Martín a los argentinos en vísperas de emprender la expedición al Perú, fechada el 22 de julio de 1820, citada por Ibarguren, *op. cit.*, pág. 13. <<



[336] Oficio de José de San Martín al Cabildo de Mendoza, 10 de octubre de 1814, en José de San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., pág. 19. <<

[337] Julio C. Raffo de la Reta, *San Martín en Mendoza. Conferencia pronunciada el 14 de agosto de 1962*, Ministerio de Cultura y Justicia, Buenos Aires, 1962, págs. 24-26. <<

[338] Véase *Libertadores de América…*, cit., págs. 93-124. <<

[339] San Martín había tenido oportunidad de conocer las diferencias existentes por los informes de Las Heras y de labios de varios emigrados chilenos, expulsados por Carrera a Mendoza; entre ellos, el brigadier Juan Mackenna, irlandés al servicio de España desde 1787, establecido en Chile en 1797, donde adhirió a la revolución, y Antonio José Irisarri, nacido en Guatemala pero establecido en Chile. Los dos, Mackenna e Irisarri, estaban ligados a la familia de los Larraín Salas, poderosos hacendados chilenos, conocidos como «los Ochocientos», partidarios de la independencia, a los que Carrera había apoyado en septiembre de 1811, pero a los que había desplazado del poder a fines de ese año. <<



[340] Oficio de San Martín al director supremo Posadas, 18 de octubre de 1814, en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., pág. 121. <<


[341] Oficios intercambiados entre Carrera y San Martín, Mendoza, 17 de octubre de 1814, en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 123-127. <<



[342] Véase el oficio de San Martín al director Posadas, 22 de octubre de 1814, en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 128-130. <<



[343] Citado por Hipólito Uzal, «Los enemigos de San Martín», *Todo es Histori*a, nº 16, agosto de 1968, pág. 62. <<



[344] Miguel Ángel Scenna, «Historia porteña del barrio de Constitución», *Todo es Historia*, nº 62, junio de 1972, pág. 73. <<

[345] Los dos escuadrones de Granaderos a Caballo que había llevado a Tucumán continuaban en el Ejército del Norte; los otros dos estaban empeñados en la desastrosa guerra civil contra los federales en la Banda Oriental y el Litoral. <<

[346] Edgardo A. Díaz Araujo, *La vitivinicultura argentina. I. Su evolución histórica y régimen jurídico desde la conquista a 1852*, Universidad de Mendoza-Fundación Idearium, Mendoza, 1989, pág. 95. El Cabildo mendocino, encargado de la venta de tierras, le otorgó otras 200 cuadras para su hija, María Mercedes, que había nacido meses antes. <<

[347] Emilio Maurín Navarro, *Contribución al estudio de la vitivinicultura argentina*, Instituto Nacional de Vitivinicultura, Mendoza, 1967, págs. 85 y 89-92. <<



[348] En Alberto Palcos, *Hechos y glorias del general San Martín*, El Ateneo, Buenos Aires, 1951, pág. 105. <<

[349] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 333. <<

[350] Gerónimo Espejo, «Retrato físico y moral del General José de San Martín. Sus costumbres», en Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., pág. 145. <<



[351] El hecho, según Olazábal, se produjo a comienzos de 1823, luego del regreso de ambos del Perú, en la chacra de San Martín en Barriales. <<

[352] Manuel de Olazábal (1800-1872) ingresó como cadete al Regimiento de Granaderos a Caballo en enero de 1813, por lo que no llegó a combatir en San Lorenzo. Hizo las campañas de la Banda Oriental hasta febrero de 1815 y luego fue a Mendoza, donde con el grado de teniente fue nombrado, en 1816, jefe de la escolta de San Martín, quien después sería su padrino de boda con la joven mendocina Laureana Ferrari, una de las bordadoras de la bandera del Ejército de los Andes. En sus *Memorias del coronel Manuel de Olazábal. Refutación al ostracismo de los Carreras. Episodios de la guerra de la independencia* (Biblioteca del Instituto Sanmartiniano, Buenos Aires, 1942), Olazábal dejó registradas esta y otras anécdotas sobre su participación en las campañas sanmartinianas. <<

[353] Joaquín Mosquera (1787-1877) era un político y militar de la Gran Colombia, enviado por Bolívar con la infructuosa misión (boicoteada por Rivadavia) de que el Río de la Plata se sumase a su proyecto de unidad continental. Antonio Arcos (1790-1864), nacido en España, era un «afrancesado» que, después de Bailén emigró a Estados Unidos. En 1814 llegó a Buenos Aires y, como ingeniero militar, se sumó al Ejército de los Andes y a la Logia Lautaro. Por cobardía en Cancha Rayada, San Martín lo degradó a soldado raso, y así combatió en Maipú, reivindicándose. O'Higgins lo nombró proveedor del ejército chileno. Luego regresaría a Europa, dedicado a los negocios, y moriría en París. <<



[354] Olazábal, *op. cit*; citado también por Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., págs. 258-259. <<

[355] Maurín Navarro, *op. cit.*, págs. 88-89. <<

[356] Ibídem. <<

[357] José Severo Feliciano Malabia (1787-1849) era diputado por Charcas (la actual Sucre, en Bolivia), lo que muestra que los intereses vinculados al puerto de Buenos Aires abarcaban una amplia red en todo el territorio del ex Virreinato. <<

[358] Maurín Navarro, *op. cit.*, pág. 89. <<

[359] En Horacio Juan Cuccorese, *Argentina. Manual de Historia Económica y Social*, tomo I: *Argentina criolla*, Macchi, Buenos Aires, 1971, pág. 197; citado por Díaz Araujo, *op. cit.*, pág. 165. <<

[360] En *Anales*, tomo II, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, Mendoza, 1944, págs. 547-548. <<

[361] Horacio Rivarola, *San Martín en la educación argentina. Conferencia pronunciada el 14 de agosto de 1963*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1963, págs. 18-21. <<

[362] Libros copiadores de oficios y denuncias de bienes girados por San Martín como gobernador intendente de Cuyo, en Museo Mitre, *Documentos del Archivo de San Martín*, Imprenta de Coni Hermanos, Buenos Aires, 1913, tomo II, pág. 279. <<

[363] Rivarola, *op. cit.*, pág. 14. <<

[364] Juan Draghi Lucero, «Oficios firmados por el general San Martín (1817), *Revista de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo*, Mendoza, cuarto trimestre de 1946, tomo II, pág. 66. <<

[365] En Lucio Funes, *El general San Martín, un aspecto desconocido de su carácter,* Buenos Aires, 12 de diciembre de 1937. <<

[366] Ibídem. <<



[367] Bando de San Martín, 17 de diciembre de 1814, citado en Pablo Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., págs. 43-44. <<

[368] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 338. <<

[369] En Carmen Cortés Salinas, *Historia del mundo contemporáneo. Restauración y primeras oleadas revolucionarias (1815-1830)*, AKAL, Madrid, 1987, pág. 25. <<

[370] Citado en José Luis Busaniche, *San Martín vivo*, Nuevo Siglo, Buenos Aires, 1995, pág. 51. <<

[371] En Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, tomo 2, pág. 123. <<

[372] En Palcos, *op. cit.* <<

[373] Citado en Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., pág. 60. <<

[374] En el original San Martín tachó la palabra «honor» que había escrito y la reemplazó por «reputación». El cambio es significativo, ya que el honor depende del comportamiento de la persona que lo posee y es inalienable; en cambio, la reputación equivale a la opinión pública. San Martín no le concede a García poder sobre su honor, en cambio puede atacar su reputación. <<



[375] Carta de San Martín a José María García, fechada en Mendoza en mayo de 1815, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 60. <<

[376] Ibídem, pág. 107. <<

[377] La carta fue redactada a pedido de Alvear por Nicolás Herrera, su ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. <<

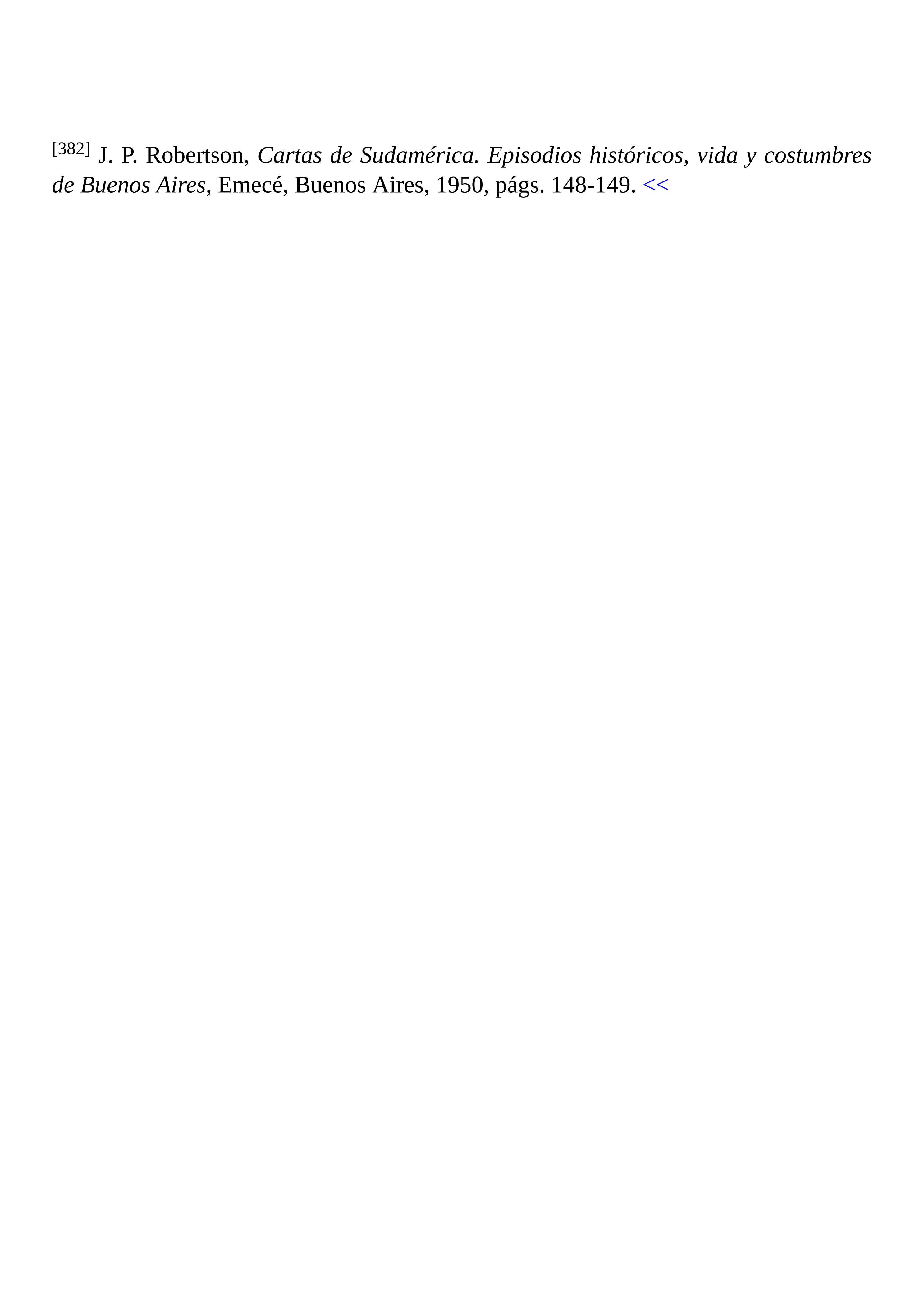


[378] En José María Rosa, *La misión García ante Lord Strangford*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1974, de donde están tomadas las demás citas de este documento. <<

[379] Ibídem. <<

[380] Citado por Salvador Ferla, «Los tres renuncios del general Alvear», en Félix Luna (dir.), *500 años de historia argentina*, *Siete Días*, Editorial Abril, Buenos Aires, 1988. <<

[381] En Julio B. Lafont, *Historia de la Constitución argentina*, El Ateneo, Buenos Aires, 1935. <<



[382] J. P. Robertson, *Cartas de Sudamérica. Episodios históricos, vida y costumbres de Buenos Aires*, Emecé, Buenos Aires, 1950, págs. 148-149. <<

[383] Se refiere al gabinete portugués. <<

[384] Citado por Daniel Hammerley Dupuy, *San Martín y Artigas. ¿Adversarios o colaboradores?*, Editorial Noel, Buenos Aires, pág. 120. <<

[385] Ibídem, pág. 121. <<

[386] Ibídem, pág. 122. <<



[387] No está de más recordar que hasta 1950, año del centenario de la muerte de San Martín, la actual Avenida del Libertador se llamaba Carlos de Alvear. <<

[388] Archivo Histórico Nacional de Madrid, Papeles de Estado, legajo 5843, nº 207, citado Hammerly Dupuy, *op. cit.*, págs. 119-128. <<

[389] En este caso, *paisano* tiene el sentido de coterráneo: Alvear había nacido en Santo Ángel Guardián de las Misiones, una reducción jesuítica a la que pertenecía también Yapeyú, el lugar de nacimiento de San Martín. <<



[390] Furor borboso: en alusión a la Casa de los Borbones, a la que pertenecía el rey Fernando VII. <<

[391] Carta de Carlos de Alvear a José de San Martín, Río de Janeiro, 2 de febrero de 1816, en *San Martín. El político I*, Universidad Nacional de General Sam Martín, San Martín (Provincia de Buenos Aires), 2008, págs. 63-65, de donde están tomadas las demás citas de este documento. <<

[392] Citado por Francisco Hipólito Uzal, «Los enemigos de San Martín», en Félix Luna (dir.), *San Martín (I): Vida privada y pública*, Abril, Buenos Aires, 1988, págs. 55-94. <<

[393] Se refiere a las tropas portuguesas, a punto de invadir la Banda Oriental. <<

[394] En *San Martín. El Político I*, cit., págs. 82-83. <<

[395] Ibídem. <<

[396] Public Record Office, Adm. 1. 23., Confidencial n° 108, citado en Otero, *op. cit.*, tomo 1, pág. 389. <<

[397] Véase Acta de Cabildo de Mendoza, 21 de abril de 1815, en *San Martín. El Político I*, cit., págs. 53-55. <<

[398] En Otero, *op. cit.* <<



[399] Así, por ejemplo, los llamaba en su carta a Godoy Cruz, fechada en Mendoza el 24 de abril de 1816; véase *San Martín. El político I*, cit., pág. 70. <<

[400] Nombre que Mitre les dio a los focos de resistencia que, tras la derrota de Belgrano en Ayohuma, mantuvieron los patriotas altoperuanos, con líderes como Asencio Padilla, Juana Azurduy, Ignacio Warnes, José Miguel Lanza, Ildefonso Muñecas, Juan Antonio Álvarez de Arenales, José Vicente Camargo y Miguel Betanzos, entre otros. Constituyeron verdaderos «territorios liberados» que enfrentaron con técnicas de guerrillas, como las de los gauchos de Güemes, a las fuerzas realistas y su brutal represión. <<

[401] Los otros tres miembros de la Junta de Observación mostraban la misma variedad. Pedro Medrano era un antiguo saavedrista (además de sobrino de Saavedra); Esteban Gascón era miembro de la Cámara de Apelaciones, por nombramiento de Posadas; Tomás Manuel de Anchorena, que empezaba a tallar como rico comerciante, tras colaborar con Belgrano en la segunda campaña al Alto Perú, a su regreso a Buenos Aires había estado apartado de la política. Los cinco miembros de la Junta de Observación serían luego diputados en el Congreso de Tucumán. <<

[402] Hasta entonces conocida con el nombre tradicional de Arroyo de la China; los documentos del Congreso de los Pueblos Libres —también llamado «de Oriente»— la llaman «villa de Concepción del Uruguay», nombre de la parroquia. <<

[403] En José María Paz, *op. cit.*, tomo 4. <<

[404] El 24 de marzo de 1815, el pueblo de Santa Fe, con el apoyo de Artigas, se sublevó contra el gobernador designado por Buenos Aires, Eustoquio Díaz Vélez, quien huyó hacia la Capital. El Cabildo santafesino designó entonces el 2 de abril como gobernador interino a «el príncipe de los gauchos», Francisco Candioti, un importante ganadero dedicado a la cría de mulas y vinculado al artiguismo. Fue elegido el 2 de abril y ratificado el 26 de abril de 1815. <<

[405] Manuel Ignacio Molina (1758-1828) fue diputado por Mendoza en la Junta Grande, donde fue partidario de Saavedra. Regresó a Mendoza en diciembre de 1811 y fue luego un estrecho colaborador de San Martín, que lo envió en representación a Buenos Aires para proponer el plan de expedición a Chile. <<



[406] Acta del Cabildo de Mendoza, 21 de abril de 1815, en *San Martín. El político I,* cit., págs. 53-55. <<

[407] Se refiere a la guerra que entre 1812 y 1815 enfrentó a Estados Unidos con su ex metrópoli por varios territorios que, como resultado del conflicto, quedaron incorporados a la colonia británica del Canadá. Las fuerzas norteamericanas aún estaban organizadas como milicias estaduales, lo que dificultó una defensa adecuada ante los ingleses, que llegaron a saquear e incendiar la nueva capital, Washington D. C. <<



[408] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de febrero de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 66. <<



[409] Por las heridas recibidas en este combate, José María Paz perdió la movilidad de su brazo derecho, por lo que sería luego apodado «el Manco». <<

[410] Tomás Godoy Cruz (1791-1852) ya había sido uno de los más firmes partidarios de San Martín cuando se lo intentó reemplazar por Perdriel. Dirigía la Logia Lautaro en Mendoza; se mantendría como el más firme apoyo de San Martín, tanto en el Congreso de Tucumán como luego en el cargo de gobernador de su provincia. Juan Agustín Maza (1784-1830), miembro del Cabildo mendocino, fue uno de sus principales colaboradores para establecer la contribución de guerra. Francisco Narciso de Laprida (1786-1829), quien presidiría la sesión del Congreso que declaró la Independencia, era uno de los más firmes apoyos del teniente gobernador sanjuanino, De la Roza, y contribuyó a reunir recursos (incluidos los suyos) para el Ejército de los Andes. Fray Justo Santa María de Oro (1772-1836) fue prior del convento de Santo Domingo en la capital chilena y era uno de los desterrados después de la derrota de Rancagua; en San Juan respaldó la acción del teniente gobernador De la Roza, y antes de partir a Tucumán como diputado se reunió con San Martín en Mendoza para acordar la política a seguir. <<

[411] Se refiere a Bernabé Aráoz, que había sido gobernador intendente de Salta del Tucumán entre marzo y noviembre de 1814, y gobernador de Tucumán desde esa última fecha, cuando el Directorio separó ambas jurisdicciones. <<



[412] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 19 de enero de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 61. <<



[413] Se refiere a la derrota de Venta y Media, que Godoy Cruz le hacía conocer en una carta del 10 de enero de 1815. <<



[414] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de enero de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 62. <<

[415] Ibídem. <<



[416] Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, Anaconda, Buenos Aires, 1950, pág. 244. <<

[417] Oficio de Antonio González Balcarce, entonces secretario de Guerra, del 9 de octubre de 1815, citado por Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., págs. 50-51. <<



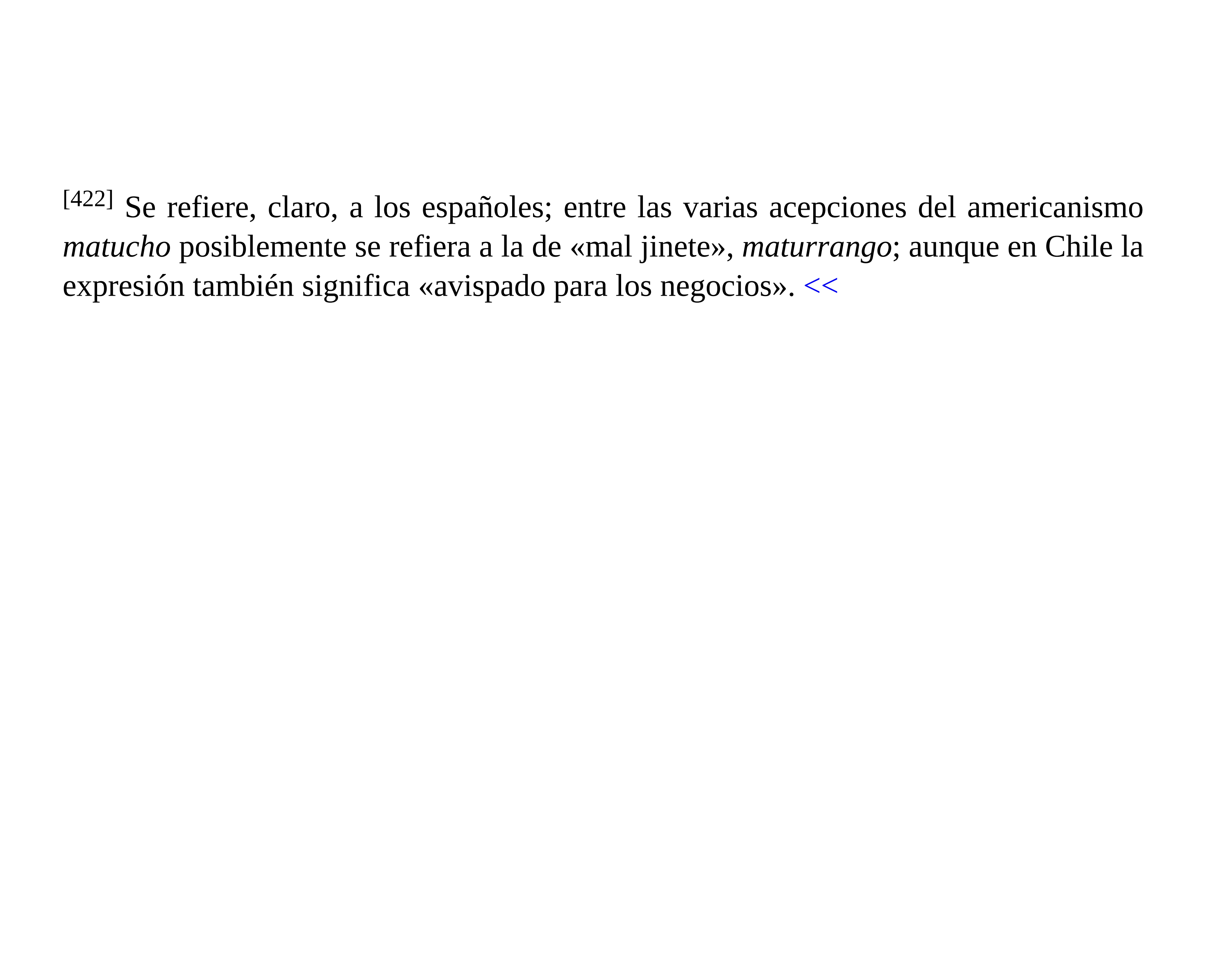
[418] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de enero de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 62. <<

[419] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 29 de enero de 1816 (el original, incorrectamente, dice 1815), en Patricia Pasquali, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1848)*, Planeta, Buenos Aires, 2000. <<



[420] Como veremos, el famoso donativo de joyas de las damas mendocinas no tuvo por finalidad el Ejército de los Andes, sino las arcas del gobierno central. <<

[421] Se refiere a «caldos» de la vinicultura, es decir, vinos y aguardientes. <<



[422] Se refiere, claro, a los españoles; entre las varias acepciones del americanismo *matucho* posiblemente se refiera a la de «mal jinete», *maturrango*; aunque en Chile la expresión también significa «avispado para los negocios». <<



[423] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 14 de febrero de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[424] De Marco, *op. cit.*, pág. 130. <<



[425] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de febrero de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 66. <<

[426] «Si hablan mal de ti, y es cierto, corrígete; si son mentiras, ríete». <<

[427] En *San Martín. El político I*, cit. <<

[428] Se usaba entonces la palabra *curso* para referirse a la diarrea. <<



[429] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 28 de enero de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[430] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 12 de abril de 1816, cit. <<

[431] En *Documentos del Archivo de San Martín*, cit., tomo V, pág. 542. <<

[432] Carta de San Martín a Godoy Cruz, en Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo 3: *San Martín en América*, pág. 413. <<

[433] Carta de San Martín a Artigas, 13 de marzo de 1816, en Arturo Capdevila, *El pensamiento vivo de San Martín*, Losada, Buenos Aires, 1945, pág. 60. <<



[434] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 6 de abril de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[435] Ibídem. <<

[436] «Memoria» elevada por Tomás Guido al Director Supremo, citada por Edmundo Correas, «Plan continental y campaña libertadora de San Martín en Chile», en Roberto Levillier (dir.), *Historia argentina*, Plaza & Janés, Buenos Aires, 1968, tomo III, págs. 2177-2246. <<

[437] Ibídem. <<



[438] Carta de San Martín a Guido, 14 de mayo de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit., de donde están tomadas las demás citas de este documento. <<

[439] Se refiere a Oliver Cromwell (1599-1658), líder de la revolución inglesa de 1642-1648, que depuso y ejecutó al rey Carlos I. Cromwell fue el principal organizador y general del ejército del Parlamento, y luego estableció una dictadura republicana que duró hasta 1660. <<

[440] «Mis ensoñaciones», en francés. <<



[441] Oficio de Pueyrredón a Balcarce, 24 de junio de 1816, citado en Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., pág. 51. <<

[442] Carta de San Martín a Godoy Cruz, 22 de julio de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 81. <<

[443] José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América*, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1940, Apéndice, pág. CXC. <<



[444] Citado por Juan Carlos Zurecchi, *El General San Martín y la cultura*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1950, pág. 12. <<

[445] Ibídem. <<



[446] Carta de Belgrano a Manuel de Ulloa, Tucumán, 18 de octubre de 1816, en *Epistolario belgraniano*, cit., págs. 299-301. <<



[447] Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Espasa, Madrid, 2002. <<

[448] Francisco Narciso Laprida había nacido en San Juan en 1786. Cuando concluyó su labor en el Congreso regresó a su provincia y llegó a ser gobernador. Luchó desde el bando unitario contra Quiroga y fue derrotado y muerto en 1829, en el combate del Pilar. <<



[449] En Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Lajouane, Buenos Aires, 1887. <<

[450] Así surge de dos cartas de Belgrano a San Martín, del 26 de septiembre de 1817 (en *Epistolario belgraniano*, cit., págs. 334-340), y de otra del 24 de octubre de ese año (ibídem, págs. 340-342), en que le pide que cuide su salud y le recomienda que le administren «el galvanismo» (es decir, el paso de corriente eléctrica) para curar el temblor. <<

[451] Remedios de Escalada, tras más de diez meses de no ver a su marido (enviado al Norte y luego enfermo en Córdoba), había partido de Buenos Aires a comienzos de octubre de 1814 para instalarse con él en Mendoza. Véase *Mujeres tenían que ser…*, cit., pág. 211. <<

[452] Tiempo después, Remedios perdería un embarazo. <<

[453] En marzo y abril de 1817, San Martín pasó por Mendoza, en los viajes de ida y vuelta a Buenos Aires, luego de Chacabuco, situación que se repitió —con algunos días más de permanencia— en abril de 1818 y en enero-febrero de 1819. <<

[454]. Así surge de los estados de revista incluidos en la serie *Documentos relativos a la guerra de la Independencia y emancipación política*, publicada por el Archivo de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1917; véase el cuadro incluido en Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., pág. 107.<<



[455] Robert Harvey, *Los libertadores. La lucha por la Independencia de América Latina*, RBA, Barcelona, 2002, págs. 348-352. <<

[456] Así se lo decía expresamente a Godoy Cruz en una carta fechada en Mendoza el 12 de mayo de 1816; véase San Martín, *Escritos humanísticos y estratégico*, cit., págs. 153-158. <<



[457] En Graciela Meroni, *La historia en mis documentos*, Huemul, Buenos Aires, 1984, tomo 2, pág. 91. <<

[458] Capdevila, *El pensamiento vivo de San Martín*, cit., pág. 128. <<



[459] Referencia a la emancipación de los esclavos haitianos de fines del siglo XVIII, comandada por François Dominique Toussaint-Louverture. <<

[460] Oficio del 14 de octubre de 1816, de San Martín al coronel Juan Florencio Terrada, en *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, cit., tomo IV, pág. 289. <<

[461] El fuerte, construido en 1772 como parte de la línea de «frontera con el indio», fue el origen de la ciudad de San Carlos, cabecera del departamento del mismo nombre, en la provincia de Mendoza. <<



[462] Carta de San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 10 de septiembre de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 85. <<



[463] En Villegas, *Un documento de San Martín con referencias históricas*, cit., págs. 43-58. <<

[464] Olazábal, *op. cit.* <<



[465] En Villegas, *Un documento de San Martín con referencias históricas*, cit., págs. 43-50. <<

[466] Ibídem, pág. 52. <<

[467] La idea de establecer un campamento para organizar el Ejército de los Andes se había puesto en marcha a fines de 1815, pero adecuar el terreno ubicado a unos cinco kilómetros de la ciudad de Mendoza exigió varios meses de trabajos, porque el suelo estaba cubierto de salitre y la napa de agua estaba muy cerca de la superficie. Recién a partir de septiembre de 1816 comenzó su ocupación efectiva. El lugar ha sido muy bien reconstruido y constituye un motivo de interés turístico-histórico altamente recomendable. Véase Ana Castro y Carlos Campana, *El campo de instrucción del Ejército de los Andes*, edición de la Municipalidad, Las Heras, provincia de Mendoza, 2010. <<

[468] Jerónimo Espejo, *El paso de los Andes*, Kraft, Buenos Aires, 1953. Nacido en 1801 en Mendoza, Espejo ingresó a sus quince años como soldado de infantería en el Ejército de los Andes, con el que participó en las campañas de Chile y Perú. Ascendido a oficial por San Martín, estuvo en la comitiva que lo acompañó a la entrevista con Guayaquil. Luego Espejo tuvo una larga trayectoria militar en nuestro país y llegó al grado de general; falleció en 1889. En 1882 apareció la primera edición de su obra. <<

[469] Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*, Sudamericana, Buenos Aires, 2013, págs. 49-50. <<

[470] Ibídem, págs. 51-52. <<



[471] Carta de San Martín a Guido, Campo de Instrucción (El Plumerillo), 20 de octubre de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<



[472] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 15 de diciembre de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[473] Breve del papa Pío VII, dada en Roma el 30 de enero de 1816. <<

[474] Mitre, *Historia de San Martín…*, cit. <<

[475] La estimación del aporte del Directorio se encuentra en Alfredo Villegas, *Buenos Aires en la organización del Ejército de los Andes*, s/e, Buenos Aires, 1942, y es organizada en cuadro por Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, cit., pág. 82. <<

[476] Carta de Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1816, en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 177-181. <<

[477] Espejo, *op. cit.* <<

[478] Citado en Víctor Barrionuevo Imposti, «La mujer en las campañas sanmartinianas», *Todo es Historia*, suplemento, nº 29, agosto de 1970, págs. 1-32. <<

[479] Al respecto, véanse Horacio Rodríguez y Pablo E. Arguindeguy, *El corso rioplatense*, Instituto Browniano, Buenos Aires, 1996, págs. 97-106, y Barrionuevo Imposti, *op. cit.* <<

[480] Citado en Barrionuevo Imposti, *op. cit.* <<

[481] «Oficio de San Martín fechado 1º de abril de 1816 dirigido al Cabildo de Mendoza», *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomo III, docs. 403, 481 y 501. <<

[482] Julio Raffo de la Reta, *San Martín en Mendoza. Conferencia pronunciada el 14 de agosto de 1962*, Ministerio de Cultura y Justicia, Buenos Aires, 1962, págs. 27-44.
<<

[483] Ibídem. <<

[484] Carlos O. Campana y Jorge Campana, «¿Quién hizo la bandera de los Andes?», diario *Los Andes*, Mendoza, 30 de agosto de 2004. <<

[485] La historia de la gloriosa bandera de los Andes fue bastante agitada. Tras la campaña de los Andes, la bandera permaneció varios años en Chile hasta que el gobierno de Mendoza la solicitó y la depositó en la iglesia de San Francisco, que fue destruida por el violento terremoto que sacudió la capital mendocina en 1861. Pudo ser rescatada y se la guardó en la Casa de Gobierno provincial, pero, al estallar la «revolución de los Colorados» en noviembre de 1866, alguien se la llevó como *souvenir* y terminó nuevamente en Chile, hasta que seis años después Elías Godoy Palma la compró por 300 pesos y la regresó a la Casa de Gobierno, donde hoy se encuentra. <<



[486] Carta de San Martín a Tomás Guido, del 6 de mayo de 1816; en Otero, *op. cit.*, tomo I, pág. 449. <<

[487] En *San Martín. El político I*, cit., pág. 88. <<

[488] Citado por Jaime E. Cañás, «Los espías de San Martín», *Todo es Historia*, nº 16, agosto de 1968, págs. 20-26. <<

[489] Ibídem. <<

[490] Proclama de las Provincias Unidas del Río de la Plata, firmada por Pueyrredón como director, 10 de septiembre de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 86-87. <<

[491] «Instrucciones reservadas que deberá observar el capitán general del Ejército de los Andes don José de San Martín en las operaciones de la campaña destinada a la reconquista de Chile», «Ramo Político», puntos 2º y 3º, en Carlos Calvo, *Anales históricos de la revolución de la América Latina. Acompañados de los documentos en su apoyo. Desde el año 1808 hasta el reconocimiento de la independencia de ese extenso continente*, Imprenta de J. Joaquín, Besanzón, 1865, tomo Cuarto, págs. 106-107. <<



[492] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 14 de junio de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[493] Carta de San Martín a Guido, Mendoza, 8 de octubre de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<



[494] Carta de Pueyrredón a San Martín, 16 de noviembre de 1816, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 91-92. <<



[495] Carta de Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires, 2 de enero de 1817, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 104-106. <<

[496] Ibídem. <<

[497] En Raúl Marcó del Pont, *El mariscal Francisco Casimiro Marcó del Pont, último capitán general de Chile*, D'Accurzio Impresor, Mendoza, 1952, pág. 89, citado por Claudio D. Monachesi y Edgardo Mendoza, *San Martín y el cruce de los Andes*, Gobierno de la Provincia, San Juan, 2010, pág. 67. <<



[498] Declaración de guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata, firmada por Pueyrredón como director, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 88. <<

[499] Monachesi y Mendoza, *op. cit.*, pág. 18. <<

[500] Testimonio de Pedro Lozano, citado en «El paso de los Andes», *Todo es Historia*, nº 16, agosto de 1968. <<

[501] Bertolt Brecht, «Preguntas de un obrero que lee». <<

[502] Rabinovich, *op. cit.*, págs. 177-178. <<



[503] Código de Honor del Ejército de los Andes, Cuartel General de Mendoza, 4 de septiembre de 1816. <<

[504] En Otero, *op. cit.*, Sopena, Buenos Aires, 1949, págs. 17-18. <<

[505] En Palcos, *op. cit.*, pág. 123. <<

[506] Vilardi, *op. cit.*, págs. 99-105. <<

[507] En San Martín, *Su correspondencia…*, cit., pág. 101. <<

[508] Leopoldo Ornstein, *Personalidad militar del general San Martín. Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 1965*, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1966, y Círculo Militar Argentino, *La historia Patria y la acción de sus armas*, Buenos Aires, 1960, págs. 127-128. <<

[509] En Otero, *op. cit.*, tomo II, pág. 39. <<

[510] «Plan de campaña para la reconquista de Chile», Archivo de la Nación Argentina, pág. 260, y *Documentos del Archivo de San Martín*, cit., tomo III, pág. 218. <<

[511] Tachado: «de donde ha zarpado juzgo que para Lima». Esta frase se reemplaza por la noticia de que Marcó no ha encontrado buque y huye para el sur, que aparece agregada en el margen. En la carta que San Martín escribe a Luzuriaga el mismo día, no hay rastros de una posible huida en buque. <<



[512] Oficio de San Martín a Belgrano, Santiago de Chile, 14 de febrero de 1817, en *San Martín. El político I*, cit., pág. 109. <<

[513] En *Epistolario belgraniano*, cit., págs. 323-324. <<

[514] José Félix Aldao (1785-1845), mendocino, era fraile dominico y había vivido en Chile. Ingresó como capellán en el Ejército de los Andes, pero combatió ya en los encuentros con las avanzadas realistas en el cruce de la cordillera. Incorporado como oficial al Regimiento de Granaderos a Caballo, hizo las campañas de Chile y Perú, donde alcanzó el grado de coronel y «colgó los hábitos», al enamorarse de una limeña, con la que regresó a Mendoza en 1824. Luego sería lugarteniente de Facundo Quiroga en las guerras civiles argentinas. <<

[515] Carta de San Martín a Lord Fife, del 9 de septiembre de 1817. <<

[516] Carta de San Martín al vizconde de Castlereagh, del 11 de abril de 1818. <<

[517] Proclama de O’Higgins, Santiago de Chile, 17 de febrero de 1817, en Mitre, *Historia de San Martín…*, cit. <<

[518] Carta de San Martín a Guido, Santiago, febrero de 1817, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<



[519] En Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, Sopena, Buenos Aires, 1944, tomo III, pág. 639. <<

[520] *Archivo de San Martín*, tomo XI, pág. 115. <<

[521] Ibídem, tomo IX, pág. 93. <<

[522] En Mitre, *Historia de San Martín…*, cit., tomo II, pág. 240. <<

[523] Carta de José de San Martín a Tomás Godoy Cruz, Santiago de Chile, 29 de febrero de 1817, en *San Martín. Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., pág. 218. <<



[524] Carlos Guido y Spano, *Vindicación histórica. Papeles del general brigadier Guido (1817-1820)*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1882, pág. 25. <<



[525] Carta de Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires, 2 de enero de 1817, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 104-106. <<



[526] Así lo anotaba Juan Manuel Beruti en sus «Memorias curiosas», *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo IV, 1960. <<



[527] Martín Lazcano, *Las sociedades secretas políticas y masónicas de Buenos Aires*, El Ateneo, Buenos Aires, 1927, tomo II, pág. 27. <<

[528] Harvey, *op. cit.*, pág. 363. <<

[529] En Palcos, *op. cit.*, págs. 145-146. <<

[530] Ricardo Rojas, *El santo de la espada*, Losada, Buenos Aires, 1950, pág. 182. <<

[531] La tarea le fue encomendada, por decreto de Pueyrredón, a Manuel Hermenegildo de Aguirre, enviado a obtener el reconocimiento de la independencia por Estados Unidos. <<

[532] En Ibarguren, *San Martín íntimo*, *op. cit.*, pág. 62. <<

[533] *Archivo de San Martín*, cit., tomo III, pág. 654, y Otero, *op. cit.*, tomo II, págs. 312-314. <<

[534] O’Higgins a San Martín, Concepción, 30 de julio de 1817, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins 1798-1823*, anotado por Ernesto de la Cruz, Imprenta Universitaria, Santiago (de Chile), 1916, págs. 109-110. El río Itata corre al norte del Biobío; de las localidades mencionadas, Chillán era y sigue siendo la más poblada, <<

[535] O’Higgins a San Martín, Concepción, 11 de agosto de 1817, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…*, cit., págs. 112-113. <<

[536] En el *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…* (cit., págs. 88-144), las cartas del director chileno entre junio y noviembre de 1817 dan reiterada cuenta del recibo de sables, vestuarios y caballadas y la formación de nuevos batallones emprendida por San Martín en esos meses, pese a su frágil salud. <<

[537] *Archivo de San Martín*, cit., tomo XI, pág. 197. <<

[538] O'Higgins a San Martín, Campamento al frente de Talcahuano, 28 de diciembre de 1817, en *Epistolario de D. Bernardo O'Higgins…*, cit., págs. 157-158. <<

[539] En Calvo, *op. cit.*, tomo Cuarto, pág. 26. <<

[540] Ibídem, págs. 26-27. <<

[541] En Favaloro, *op. cit.*, págs. 100-101. <<

[542] Citado en Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., pág. 124. <<

[543] En Otero, *op. cit.*, tomo II, pág. 241. <<



[544] Carta de San Martín al virrey Pezuela, fechada el 11 de abril de 1818, en Otero, *op. cit.*, tomo II, págs. 324-325. <<

[545] Oficio de Pezuela a San Martín, en Otero, *op. cit.*, tomo II, pág. 329. <<



[546] El Virreinato de Nueva Granada incluía las actuales repúblicas de Colombia y Ecuador. <<

[547] Busaniche, *San Martín vivo*, cit., pág. 111. <<

[548] *Archivo de San Martín*, cit., tomo IV, pág. 114. <<

[549] En Otero, *op. cit.*, tomo II, pág. 268. <<



[550] En León Baidaff, «Dos apologistas franceses de la batalla de Maipú», *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de mayo de 1930. <<

[551] En *Sainete provincial titulado «El detall de la acción de Maipú (1818)»*, Estudio preliminar, edición crítica y notas de José Luis Moure, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012, págs. 15-16. <<

[552] Mitre, *Historia de San Martín…*, cit., narra que incluso las tropas realistas peruanas, después de Maipú, temían ser enviadas en una nueva expedición a Chile, y que Pezuela tuvo que dirigirles una proclama desmintiendo que ese fuese su plan. <<

[553] Ibarguren, *op. cit.*, pág. 187. <<

[554] Monteagudo, desterrado a Europa en 1815 por «alvearista», había regresado en 1817, y a fines de ese año pasó a Chile, donde San Martín lo nombró auditor del Ejército; en julio de 1818, sin que esté claro el motivo, fue desafiado a duelo por el edecán de O'Higgins, quien finalmente lo desterró a San Luis. Finalmente, regresaría a Chile, para incorporarse como secretario de guerra al Ejército Libertador, y acompañaría a San Martín a la campaña en Perú. <<

[555] O’Higgins, en cartas del 15 y el 22 de julio y el 17 de agosto de 1818, le comunicaba a San Martín su disputa con Guido, acusándolo de complotar contra él, en el contexto de la compra de buques para la escuadra. Finalmente, en cartas del 27 y 29 de agosto de ese año, le informaba haber «transado con Guido nuestras diferencias». Véase *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…*, cit., págs. 173-182. <<



[556] Carta de Pueyrredón a Guido, fechada el 16 de julio de 1818, en Guido y Spano, *op. cit.* <<



[557] San Martín a Guido, Mendoza, 7 de septiembre de 1818, en Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit. <<

[558] Joaquín Pérez, *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile (1818-1820)*, Editorial y Librería Misión, Buenos Aires, 1979, pág. 33. <<

[559] Ibídem. <<

[560] Ibídem, págs. 34-35, nota al pie. <<

[561] Busaniche, *San Martín vivo*, cit., págs. 125-127. <<

[562] En *Documentos del Archivo de San Martín*, cit., tomo IV, pág. 606. <<

[563] O’Higgins a San Martín, Santiago de Chile, 20 de septiembre de 1818, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…*, cit., pág. 183. <<



[564] Carta del 2 de septiembre de 1818, en *Archivo de San Martín*, cit., tomo IV, pág. 595. <<

[565] En San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 226-227. <<



[566] O’Higgins a San Martín, Santiago de Chile, 15 de marzo de 1819, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…*, cit., págs. 202-203. <<



[567] O’Higgins a San Martín, Santiago de Chile, 3 de abril de 1819, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins…*, cit., págs. 209-217. <<

[568] Pueyrredón escribía esta nota en 1829. En Lazcano, *op. cit.*, tomo 1, págs. 105-106. <<

[569] Ibídem, pág. 119. <<

[570] Ibídem, págs. 119-120. <<

[571] Ibídem, pág. 120. <<

[572] En Ibarguren, *op. cit.*, pág. 188. <<

[573] Ibídem. <<

[574] En Pasquali, *San Martín confidencial…*, cit., pág. 140. <<

[575] Ibídem, pág. 142. <<

[576] En San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., pág. 228. <<

[577] Nota de Rondeau a San Martín, del 10 de noviembre de 1819, en Comisión Nacional del Centenario, *Documentos del archivo del General San Martín*, Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires, 1910-1911, tomo IV, págs. 370-371. <<

[578] Otero, *op. cit.*, pág. 458. <<

[579] Ibídem, pág. 457. <<



[580] «Proclama a los habitantes de las Provincias del Río de la Plata», Valparaíso, 22 de julio de 1820, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 117-119. <<

[581] Carta de San Martín a O’Higgins, en Joaquín Pérez, *op. cit.*, pág. 176. <<

[582] Proclama a los habitantes del Perú, Cuartel general en Santiago de Chile, 13 de noviembre de 1818, en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 51-56. <<

[583] Ibídem, pág. 56. <<

[584] Ver Felipe Pigna, *Los mitos de la historia argentina*, *op. cit.*, tomo II. <<

[585] Mitre, *Historia de San Martín*, cit., tomo III. <<

[586] Felipe Bosch, *Historia naval argentina*, Alborada, Buenos Aires, 1963. <<

[587] Autores varios, *Hipólito Bouchard. Marino al servicio de la Independencia Argentina y Americana*, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1967. <<



[588] Se refiere al batallón nº 1 de Cazadores de los Andes, que se había sublevado en San Juan en enero de 1820, en el contexto del final del Directorio. <<

[589] Martín Guise (1780-1829), marino británico, se había puesto al servicio de la escuadra chilena. Al igual que muchos otros oficiales, tuvo diferencias con Cochrane. Participó en la expedición libertadora al Perú y en las operaciones navales sobre El Callao hasta 1826. <<



[590] Contestación de San Martín «a la 17ª» pregunta del general Miller, documento de 1827, en Villegas, *Un documento de San Martín…*, cit., pág. 58. <<

[591] Otero, *op. cit.*, tomo II, pág. 192. <<

[592] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, pág. 5. <<

[593] Ibídem, pág. 9. <<

[594] En Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, *1819-1827*, Lima, 1868. <<

[595] En Palcos, *op. cit.*, pág. 162. <<

[596] Ibídem. <<



[597] Informe al Conde de Casaflores, ministro de Fernando VII en Río de Janeiro, *Archivo de San Martín*, cit., tomo V, págs. 212-221. <<



[598] Apéndice de la *Memoria histórica* de Arenales, en Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, pág. 29. <<

[599] Proclama de San Martín al Ejército Libertador, Pisco, 8 de septiembre de 1820, en *Gaceta Ministerial de Santiago de Chile*, 22 de noviembre de 1820, tomo II, nº 19.
<<

[600] Diego Barros Arana, *Historia general de Chile: Parte novena: Organización de la república 1820 a 1833*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2000, pág. 65. <<

[601] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, pág. 65. <<

[602] En Capdevila, *El pensamiento vivo de San Martín*, cit., pág. 21. <<

[603] En Lazcano, *op. cit.*, pág. 121. <<

[604] Ibídem. <<



[605] En Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, págs. 52-56, de donde están tomadas las demás citas de este documento. <<

[606] Oficio de Joaquín de la Pezuela al ministro plenipotenciario español en la corte del Brasil, conde de Casas Flores, Lima, 30 de noviembre de 1820, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 122-123. <<

[607] Tomás Guido, «Conferencia de Punchauca», *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo V. <<

[608] «A las limeñas», en *Archivo de San Martín*, cit., tomo IX, pág. 383. <<

[609] Basil Hall nació en Edimburgo en 1783. Emprendió numerosos viajes y expediciones al servicio de la marina inglesa. En 1820-1822 fue enviado en misión a América del Sur. De este viaje surgieron sus notas y observaciones. <<

[610] Basilio Hall, *El general San Martín en el Perú. Extractos del diario escrito en las costas de Chile, Perú y Méjico, en los años 1820, 1821 y 1822,* Vaccaro, Buenos Aires, 1920, pág. 105. <<

[611] Ibídem, pág. 102. <<

[612] Ibídem. <<

[613] Ibídem, pág. 60. <<

[614] «Decreto del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, sobre embargo de propiedades a españoles y a los americanos que hubieran abandonado los intereses de su patria, Lima, 6 de noviembre de 1821», en *Biblioteca de Mayo*, tomo XVII, segunda parte, Buenos Aires, 1963. <<

[615] Referencia a la Logia Lautaro. <<

[616] En Hall, *op. cit.*, pág. 121. <<

[617] *El Argos de Buenos Aires*, nº 23, 11 de setiembre de 1821. <<

[618] «Decreto del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, declarando libres a todos los hijos de esclavos que hayan nacido y nacieran en el territorio del Perú desde el 28 de julio del presente año, en que se declaró su independencia, Lima, 12 de agosto de 1821», en *Biblioteca de Mayo*, cit. tomo XVII, nota 258. <<



[619] «Decreto de José de San Martín, Lima, 24 de noviembre de 1821», en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo XVII. <<

[620] «Decreto del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, estableciendo la Biblioteca Nacional de Lima, Lima, 26 de agosto de 1821», en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo XVII. <<

[621] «Decreto del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, designando a los funcionarios de la Biblioteca Nacional», en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo XVII. <<

[622] Ibídem. <<

[623] En Otero, *op. cit.*, tomo III, pág. 435. <<

[624] «Decreto del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, fijando la fecha de los actos de inauguración de la Biblioteca Nacional de Lima, Lima, 14 de septiembre de 1822», en *Biblioteca de Mayo*, tomo citado en las notas anteriores. <<

[625] José Pacífico Otero, «Catálogo de la biblioteca que poseía San Martín y regalo a la ciudad de Lima», en Instituto Nacional Sanmartiniano, *San Martín y la cultura*, 5ª edición, Comisión Nacional Ejecutiva de Homenaje al Bicentenario del Nacimiento del General José de San Martín, Buenos Aires, 1978, pág. 16 y ss. <<

[626] El texto completo del inventario o «catálogo» está en Otero, «Catálogo…», cit., págs. 17-27, y en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., págs. 61-79. <<

[627] Adolfo S. Espíndola, *El Libertador y el libro*, s/e, Buenos Aires, 1950, pág. 34.
<<

[628] *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo XVII. <<

[629] En Otero, *op. cit.*, tomo III, pág. 422. <<

[630] Ibídem, págs. 418-419. <<

[631] «Decreto del Protector del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, estableciendo la libertad de Imprenta, Lima, 13 de octubre de 1821», en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo XVII. <<

[632] Ibídem. <<

[633] Capdevila, *op. cit.* <<

[634] «Decreto del Protector del Protector de la Libertad del Perú, José de San Martín, mandando quitar de los lugares y edificios públicos y privados las armas de España y reglamentando el uso de las armas nacionales», en *Biblioteca de Mayo*, tomo citado en notas anteriores. <<

[635] Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, Imprenta del Universo, Lima, 1883, séptima serie, págs. 162-164, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, www.cervantes virtual.com. <<

[636] Ibídem. <<

[637] *La Gaceta de Buenos Aires*, 19 de julio de 1821. <<

[638] El título completo del periódico rivadaviano era *El Centinela. ¿Quién vive? La patria*. Sus directores fueron sucesivamente, Florencio Varela, Juan Cruz Varela e Ignacio Núñez. Apareció entre el 28 de julio de 1822 y el 7 de diciembre de 1823. <<

[639] Bartolomé Mitre, *Arengas*, 1860. Personalmente, no escondo sus virtudes, señaladas claramente en mi libro *Los mitos de la historia argentina 2*, donde destaco su labor educativa y cultural, su pelea con la Iglesia por un Estado con un mayor grado de laicidad y hasta su pretendida reforma electoral que dio lugar al extraordinario debate de los rivadavianos con Manuel Dorrego, y critico, como aquí, su sumisión a los intereses británicos, su absoluta responsabilidad en la toma del empréstito Baring y su visceral enemistad con José de San Martín devenida en cruel persecución. <<

[640] *El Centinela*, nº 1, 28 de julio de 1822. <<



[641] Enrique de Gandía, «Los planes políticos y militares de San Martín después de Guayaquil», *La Nación*, Buenos Aires, 16 de agosto de 1981. <<

[642] Ibídem. <<



[643] Félix Luna, «La misión Gutiérrez de la Fuente. El fracaso de un agente de San Martín», *Todo es Historia*, n° 159, octubre de 1980. <<

[644] Jacinto R. Yaben, *Efemérides sanmartinianas*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1968, págs. 255-256. <<

[645] En Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneo*s, cit., pág. 262. <<

[646] *El Argos* de Buenos Aires, nº 58, 7 de agosto de 1822. <<



[647] Lo hizo recién en junio de 1864, durante el reinado de Isabel II y la presidencia de Mitre. <<

[648] Cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires entre 1820 y 1831. Remitió sus informes a los correlativos secretarios de Estado, John Quincy Adams y Henri Cais. Sus memorias han sido publicadas con el título *Once años en Buenos Aires*, por la editorial Emecé, en 1956. <<

[649] William R. Manning, *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la Independencia de las Naciones Latinoamericanas,* Buenos Aires, 1930, tomo I, parte II, págs. 728-730. <<

[650] Ibídem. <<

[651] «Si quieres la paz, prepara la guerra». <<



[652] *Diario de sesiones de la Honorable Cámara de Representantes de la Provincia de Buenos Aires*, 1822, sesión del 2 de agosto, pág. 108. <<

[653] Woodbine Parish fue cónsul general y encargado de Negocios de Gran Bretaña en Buenos Aires, entre 1824 y 1832. Envió extensos informes a sus jefes del Foreign Office sobre flora, fauna, economía, historia y cartografía. Sus memorias fueron publicadas como *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, por la editorial Hachette, en 1958. <<



[654] Citado por Bernardo de Irigoyen, «Recuerdos del General San Martín», *La Revista de Buenos Aires*, nº 4, agosto de 1863, págs. 449-450. <<

[655] En Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., pág. 263. <<

[656] En *Archivo de San Martín*, cit., tomo VIII, pág. 101. <<

[657] *El Centinela*, nº 23, 29 de diciembre de 1822, en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo *Periodismo* 9, I, págs. 82-84. <<

[658] Ibídem. Destacado en el original. <<

[659] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, pág. 392. <<

[660] Ibídem, pág. 396. <<

[661] Carta de Bolívar a San Martín, del 17 de junio de 1822, en Instituto Sanmartiniano, *Epistolario entre los libertadores San Martín y Bolívar*, Buenos Aires, 1941, págs. 27-28. <<

[662] Barcia Trelles, *op. cit.*, tomo V, pág. 409. <<

[663] Ibídem, pág. 410. <<

[664] Ibídem, págs. 412-413. <<

[665] Capdevila, *op. cit.* <<

[666] Mitre, *Historia de San Martín…*, cit. <<

[667] Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, cit., pág. 55. <<

[668] Carta de San Martín a Bolívar, 29 de agosto de 1822. <<



[669] Carta de Bolívar a Santander, Guayaquil, 29 de julio de 1822, en *San Martín. El político I*, cit., págs. 133-134. <<



[670] En http://diariocorreo.pe/ultimas/noticias/5532532/edicion+lima/guayaquil-revelan-documento-historico-sobre. <<

[671] En Pérez Amuchástegui, *Crónica histórica argentina*, cit., tomo II, pág. 276. <<

[672] Carta de Bolívar a Sucre fechada el 7 de noviembre de 1824, en Luis Gálvez Vigouroux, «San Martín y O’Higgins, la más grande amistad de la historia», *Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, año V, nº 17, Buenos Aires, septiembre de 1947, pág. 105. <<

[673] En *Documentos del archivo del General San Martín,* cit., tomo X, pág. 356. <<

[674] En Yaben, *op. cit.*, pág. 36. <<



[675] En *San Martín su correspondencia*, Madrid, Biblioteca de Ayacucho, 1919, pág. 11. <<

[676] San Martín, siendo Protector del Perú, le había otorgado a O'Higgins las haciendas de Montalván y Cuiba (en el valle de Cañete, unos 150 kilómetros al sur de Lima), confiscadas a los realistas. O'Higgins pudo hacerse cargo de ellas en 1824. <<

[677] Carta de O’Higgins a San Martín, Valparaíso, 5 de marzo de 1823, en *Epistolario de D. Bernardo O’Higgins*…, cit., págs. 373-374. <<

[678] Recién en 1841 sería «rehabilitado» por las autoridades chilenas, reconociéndole el grado de general y el derecho a regresar; pero O’Higgins, ya muy enfermo, falleció en octubre de 1842 en Lima. <<

[679] En Palcos, *op. cit.*, pág. 224. <<

[680] Yaben, *op. cit.*, pág. 41. <<

[681] En *San Martín. Su correspondencia*, cit., págs. 7-11. <<

[682] Ibídem, págs. 295-300. <<

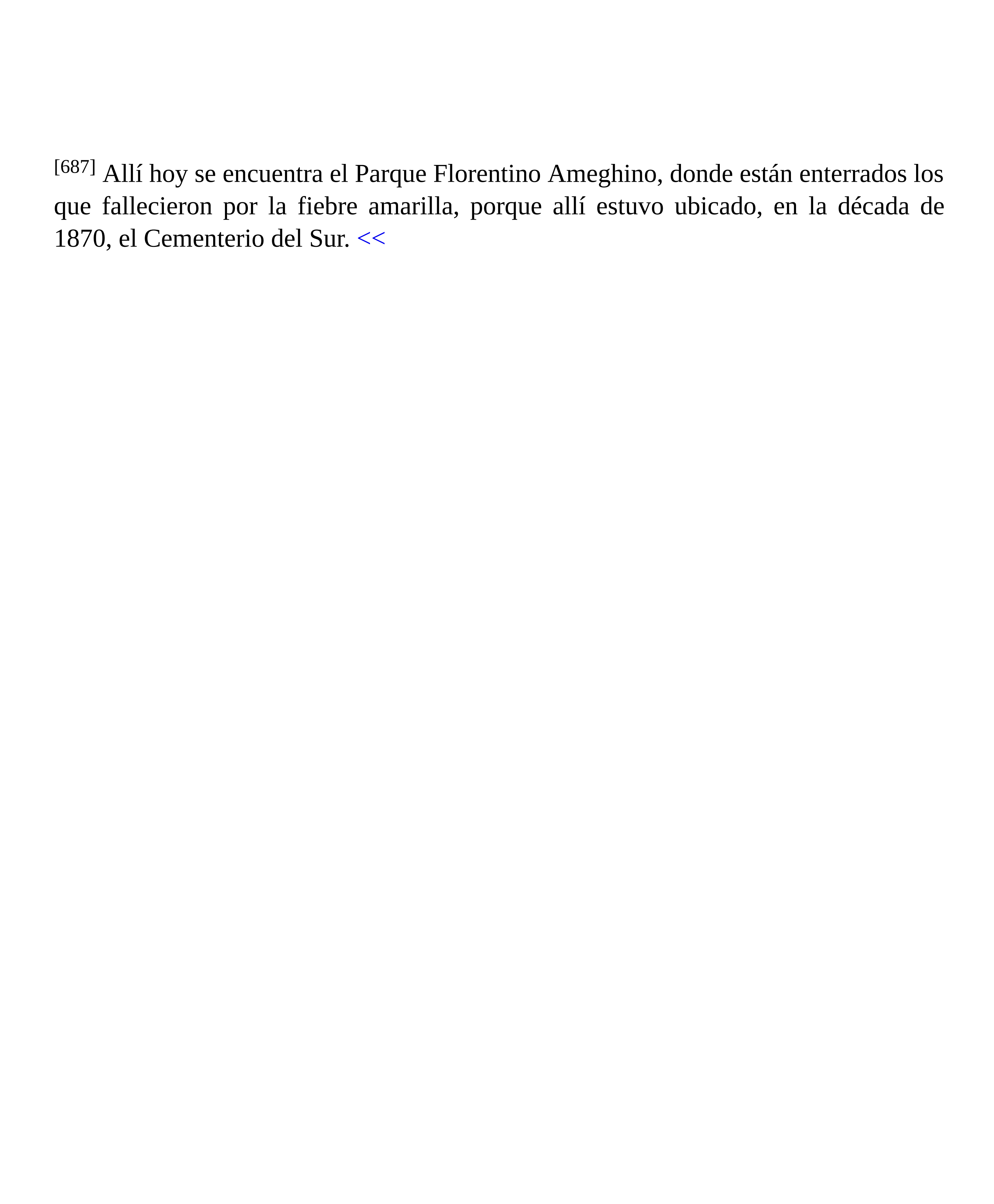
[683] Carta de Zañartú a O’Higgins, Buenos Aires, 5 de febrero de 1820, en Archivo Nacional, *Archivo de don Bernardo O’Higgins,* Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1949-1951, tomo VI, pág. 193. <<

[684] Capdevila, *op. cit.* <<

[685] En Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., págs. 264-265. <<



[686] Carta de San Martín a Tomás Guido, fechada el 27 de abril de 1829, en *San Martín. Su correspondencia*, cit., págs. 172-174. <<



[687] Allí hoy se encuentra el Parque Florentino Ameghino, donde están enterrados los que fallecieron por la fiebre amarilla, porque allí estuvo ubicado, en la década de 1870, el Cementerio del Sur. <<

[688] Carta del deán Gregorio Funes a Simón Bolívar, fechada el 1º de febrero de 1824, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, 1942, tomo VI, págs. 352-356. <<

[689] Tomás de Iriarte (1794-1876), nacido en Buenos Aires, había sido enviado por sus padres a España en 1804, en el mismo barco donde viajaron Diego de Alvear y su hijo Carlos. Iriarte integró el ejército español durante toda la guerra contra la ocupación napoleónica y, en 1816, regresó a América, integrando las tropas realistas. En una de las incursiones realistas a Jujuy, cambió de bando, y el Directorio lo nombró jefe de la escuela de artillería. Fue enviado junto con Alvear en sus viajes diplomáticos a Londres y a Estados Unidos. <<

[690] Citado por Luis Roberto Altamira, *San Martín. Sus relaciones con Don Bernardino Rivadavia*, Buenos Aires, 1950, págs. 33-36. <<

[691] En Manning, *op. cit.*, tomo I, parte II, págs. 742-744. Citado también por Altamira, *op. cit.*, pág. 39. <<



[692] Carta de San Martín a Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827, en *San Martín. Su correspondencia*, cit., pág. 88. <<

[693] Citado por Augusto Barcia Trelles, *San Martín en Europa*, López & Etchegoyen, Buenos Aires, 1948. <<

[694] Ibídem. <<



[695] Rodolfo Terragno, *Diario íntimo de San Martín. Londres, 1824. Una misión secreta*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009. <<

[696] James Paroissien (1784-1827) era un médico inglés radicado en el Río de la Plata. Tras la rendición británica, se dirigió a Río de Janeiro, donde estableció contacto con Saturnino Rodríguez Peña y, en 1809, actuó como correo para los «carlotistas» porteños. Apresado y juzgado por las autoridades españolas, su defensor fue Juan José Castelli. Permaneció en el Río de la Plata, donde castellanizó su nombre como Diego, y se alistó como cirujano militar en la primera expedición al Alto Perú. Fue el primer extranjero que obtuvo carta de ciudadanía rioplatense, otorgada por el Segundo Triunvirato. Dirigió la fábrica de pólvora de Córdoba y, después, fue cirujano mayor del Ejército de los Andes y miembro del Estado Mayor del Ejército Unido en la campaña libertadora del Perú. En 1822, San Martín lo envió en misión diplomática y financiera a Londres, como colaborador de García del Río. <<

[697] Agustín de Iturbide (1783-1824), como la mayor parte de la elite criolla mexicana, había participado en el bando realista durante las revoluciones independentistas de su país, hasta que en 1821, en el contexto del trienio liberal en España, decidió romper con la metrópoli y proclamó la independencia de México. En mayo de 1822, Iturbide se proclamó emperador, pero fue derrocado diez meses después. Exiliado en Europa, regresó a México, donde fue fusilado en julio de 1824. <<

[698] G. Feliú Cruz, *Un libelo sobre el General San Martín*, Santiago de Chile, 1929.
<<

[699] Enrique de Gandía (ed.), *Memorias del general Iriarte*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1962, págs. 299-300. <<

[700] Ibídem, pág. 127. <<

[701] «Primera parte de la vida del General San Martín. Año de 1825. Santiago de Chile. Imprenta de Valles, por Pérez», Museo Mitre, de donde están tomadas las demás citas de esta sección. Se ha modernizado la grafía para facilitar la lectura. <<



[702] En el impreso dice «mis», pero arriba de la palabra y en manuscrito dice «sus», sin poderse saber por quién y cuándo fue corregido. Nota del transcriptor. <<

[703] Barcia Trelles, *San Martín en Europa*, cit. <<

[704] Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, cit., págs. 78-79. <<



[705] Graciela Iglesias, «San Martín enigmático viajero en Europa», *La Nación Revista*, 13 de agosto de 2000. <<

[706] Para conocer en detalle la increíble vida del capitán Heywood puede consultarse el libro ya citado y recomendado de Rodolfo Terragno, *Diario íntimo de San Martín*, págs. 283-297. <<

[707] Carta de San Martín a Chilavert, fechada el 1º de enero de 1825. <<

[708] En *San Martín. Su correspondencia*, cit., pág. 97. <<

[709] Busaniche, *San Martín vivo*, cit., pág. 229. <<

[710] Laurence Sterne (1713-1768), escritor inglés nacido en Irlanda, era sacerdote de la Iglesia anglicana y autor, entre otras obras, de la novela satírica *La vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, publicada originalmente por entregas entre 1760 y 1767, de gran éxito editorial. La escena referida por San Martín está tomada del Libro II, capítulo XII, de esta novela, donde ejemplifica el carácter de Toby Shandy, tío del narrador, presentado como un «hombre de coraje» pero «paciente ante las ofensas», incapaz de «vengarse de una mosca» (*The Works of Laurence Sterne - I. The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*, Grant Richards, Londres, 1903, págs. 102-103). <<

[711] «Máximas para mi hija. 1825», en San Martín, *Escritos humanísticos y estratégicos*, cit., pág. 103. <<

[712] En Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit., págs. 267-271. <<



[713] Carta de Rivadavia a Manuel José García, Londres, 20 de septiembre de 1824, en Busaniche, *San Martín vivo*, cit., pág. 216. <<

[714] Carta de San Martín al chileno Pedro Palazuelos, fechada en Grand Bourg el 27 de agosto de 1847, en Alberto Palomeque, *Crítica jurídica, histórica, política y literaria*, año II, nº 17, 10 de septiembre de 1925, tomo VI, pág. 241. <<

[715] Una de esas propiedades era la casona familiar de Antonio José de Escalada, en las actuales calles Perón y San Martín, heredada a su muerte en forma conjunta por sus hijos Mariano y Remedios. Al fallecimiento de esta, su parte fue heredada por San Martín y su hija Mercedes. La otra casa le había sido otorgada al Libertador por el Congreso de las Provincias Unidas, en 1819, como premio por la campaña libertadora de Chile; estaba ubicada sobre la Plaza de la Victoria, sobre la misma vereda del Cabildo; ante la necesidad de fondos, en 1825 San Martín la hizo vender, y fue comprada por el rico comerciante Miguel Riglos. <<

[716] Al respecto, véase *Los mitos de la historia argentina 2…*, cit., págs. 135-148. Entre 1822 y 1826 se negociaron unos diez empréstitos sudamericanos con banqueros ingleses, más otros préstamos para obras públicas y explotaciones mineras, que en total sumaban una deuda nominal de unos 36 millones de libras, de los cuales solo unos 10 millones llegaron a destino: el «resto», más de las dos terceras partes de la deuda contraída, quedó en Londres en concepto de descuentos al momento de la suscripción, pago de comisiones y gastos y el anticipo de dos años de intereses. Fue un negocio redondo para los banqueros y especuladores londinenses, ávidos de «aumentar la rentabilidad» de sus capitales, que ya no obtenían tasas de ganancia elevadas en la industria textil. <<

[717] Llegaron a ofrecerse bonos de un empréstito para un «Principado de Poyais», inventado por el aventurero escocés Gregor MacGregor, quien tras servir como soldado británico en Portugal y España, en 1812 había viajado a América, donde sirvió en los ejércitos de Nariño y, luego, de Bolívar. A su regreso a Inglaterra, en 1820, se presentó como «cacique» de Poyais, sitio imaginario que ubicaba en la Costa de los Mosquitos (costa caribe de Nicaragua y sur de Honduras); con un plan de llevar inmigrantes británicos a la región, comenzó a recaudar fondos. En 1823, un primer contingente de colonos llegó a Honduras, donde recién comprobaron el fiasco, lo que produjo un escándalo en Londres. <<

[718] Manuel Dorrego (1787-1828), porteño, estaba estudiando en Santiago de Chile cuando comenzó la Revolución de 1810 y se sumó a la causa patriota y, pese a su juventud, alcanzó el grado de capitán de Granaderos chilenos. Regresó a Buenos Aires en 1811 y estuvo a las órdenes de Belgrano (quien lo consideraba «imprescindible» y lo ascendió a teniente coronel, cuando tenía veinticinco años, por su desempeño en la batalla de Salta) y de San Martín en el Ejército del Norte. Como vimos, por faltarle el respeto a Belgrano (de quien se burló en formación, por su voz aflautada), San Martín lo separó de la fuerza. Participó en la toma de Montevideo y después en la guerra civil contra los artiguistas, hasta que en 1816, por oponerse a Pueyrredón, fue detenido y desterrado a Estados Unidos. Regresó en 1820, y en la «anarquía» bonaerense de ese año fue gobernador de la provincia por dos meses. Enfrentado a los rivadavianos, fue el principal referente de los federales en el Congreso Constituyente de 1824-1827, y fue elegido gobernador y encargado de las relaciones exteriores a la caída de Rivadavia. <<

[719] Carta de San Martín a O’Higgins, 27 de octubre de 1827, en *San Martín, su correspondencia*, Biblioteca Ayacucho, Sociedad Española de Librería, Madrid, 1919, pág. 31. <<

[720] Carta de O’Higgins a San Martín, fechada el 16 de agosto de 1828, en la hacienda de Moltalván, Valle de Cañete, Perú; en *San Martín. Su correspondencia*, Biblioteca Ayacucho, cit., pág. 25. <<

[721] Llamada Aix-la-Chapelle en francés y Aachen en alemán, ciudad de la Renania y antigua residencia del emperador Carlomagno, es famosa por sus baños termales desde tiempos del Imperio Romano. <<

[722] Puente, *op. cit.*, págs. 246-249. <<

[723] Se refiere a las diferencias en el tipo de cambio del peso fuerte bonaerense con respecto a las monedas europeas. En esos tiempos, las diferencias en la cotización de una divisa entre distintas plazas financieras eran muy grandes, lo que podía generar cuantiosas pérdidas de valor. <<

[724] Carta de San Martín a Guido, 1º de junio de 1828, en Puente, *op. cit.*, pág. 250.
<<

[725] En Barcia Trelles, *San Martín en Europa*, cit., pág. 134. <<

[726] *El Pampero*, Buenos Aires, 12 de febrero de 1829. <<

[727] Era hermano mayor del general Eustoquio Díaz Vélez, y se había desempeñado como militar y político en las guerras de la independencia y civiles. En varias ocasiones los gobiernos porteños le habían encomendado negociaciones de paz con los federales artiguistas del Litoral. Fue secretario de Alvear en su misión diplomática en Londres en 1825 y apoyó el golpe de Lavalle de diciembre de 1828. <<

[728] Nota de San Martín a José Miguel Díaz Vélez, rada de Buenos Aires, 6 de febrero de 1829, en *Documentos del archivo del General San Martín*, cit., tomo X, pág. 69. <<

[729] *El Tiempo*, Buenos Aires, 9 de febrero de 1829. <<

[730] La paz con el Brasil, firmada por el conocido traidor a la patria Manuel José García, distaba mucho de ser honrosa. Perdíamos en los papeles lo que habíamos ganado en el campo de batalla en combates como los de Ituzaingó y se aceptaba la independencia de la Banda Oriental, tal como lo exigía Gran Bretaña que quería una nación en cada rivera del Plata. <<

[731] *El Tiempo*, Buenos Aires, 12 de febrero de 1829. <<

[732] *La Gaceta Mercantil*, Buenos Aires, 14 de febrero de 1829. <<

[733] El general José Rondeau era jefe del Poder Ejecutivo, elegido por la primera Asamblea Constituyente del Uruguay, celebrada en la villa de San José el 1º de diciembre de 1828. <<

[734] Eros Nicola Siri, *San Martín, los unitarios y federales,* A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1965, pág. 45. <<

[735] Ibídem, pág. 49. <<

[736] Enrique de Gandía, *Historia política argentina. Época de Rosas. Primera parte IX*, Claridad, 1994, pág. 134. Meses más tarde Parish volvía a ocuparse de Lavalle en otro informe a Londres: «El general Lavalle ha estado un tiempo en la Banda Oriental. Me han dicho que estaba próximo a una completa enajenación mental producida por el remordimiento y el disgusto, enteramente abandonado por sus amigos y sus hermanos oficiales. Su postrada existencia en estas circunstancias es, tal vez para él, el más amargo de todos los castigos» (ibídem, pág. 143). <<

[737] *Memorias del coronel Pueyrredón* —capitán cuando San Martín estuvo en Montevideo—, edición de Julio Suárez, Buenos Aires, 1929, pág. 238. Manuel Pueyrredón, nacido en 1802, era sobrino de Juan Martín, el ex director supremo, y entre 1818 y 1821 había servido bajo las órdenes de Balcarce y Freyre, en las campañas del sur de Chile. <<

[738] Yaben, *op. cit.*, pág. 93. <<

[739] Capdevila, *op. cit.*, pág. 107. <<

[740] Lucio Cornelio Sila, general y dictador romano del siglo I antes de Cristo, uno de los jefes del oligárquico partido de los *optimates.* En el año 88 a. C. entró en Roma con sus legiones, declaró «enemigos de la República» a los integrantes del partido de los «populares», iniciando una guerra civil que se prolongó por siete años y culminó en la dictadura de Sila, que persiguió y proscribió a todos sus opositores. <<



[741] Carta de San Martín a Tomás Guido, en Felipe Barreda Laos, *General Tomás Guido. Revelaciones históricas*, Linari, Buenos Aires, 1943, págs. 360-365. <<

[742] Yaben, *op. cit.*, págs. 87-88. <<



[743] Luis Cánepa, «El General San Martín en las Memorias de Iriarte», en revista *San Martín*, Año XII, nº 36, Buenos Aires, septiembre de 1955, pág. 48. <<

[744] Carlos Alberto Guzmán, *San Martín 1824-1850*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1993, pág. 72, citado por Martha Neumann de Bartlett, *José de San Martín, su propio destierro*, Moglia Ediciones, Corrientes, 2012. <<

[745] Puente, *op. cit.*, págs. 31-163, reconstruye con gran detalle documental los destinos de Aguado desde su ingreso en el Regimiento de Jaén, en 1800, hasta su exilio en Francia, con las tropas del mariscal Soult, en 1813, que no coinciden en unidades militares —y en muy pocas ocasiones en lugares— con los de San Martín. Pueden haber sido presentados por Justo en París, durante el viaje del general a Francia de 1827-1828, pero la amistad no parece haberse iniciado sino a partir de 1830. <<

[746] Puente, *op. cit.*, págs. 255-262. La opereta se llamaba *Carmen*, en homenaje a la esposa de Aguado; su argumento no tenía relación alguna con la novela de Merimée, que recién aparecería en 1845, ni obviamente con la ópera posterior de Bizet. <<

[747] Ibídem, pág. 341. <<

[748] Juan José Viamonte había asumido como gobernador provisorio de Buenos Aires el 14 de octubre de 1829, como resultado del pacto de Barracas entre Juan Manuel de Rosas y Juan Lavalle, que había puesto fin a la primera guerra entre federales y unitarios en la provincia. Viamonte designó a Guido ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores, y de Guerra y Marina a Manuel de Escalada, lo que explica sobradamente que San Martín lo llamase «amigo». Guido siguió ejerciendo esa cartera hasta marzo de 1830, ya con Rosas como gobernador, mientras que en Guerra y Marina, el Restaurador de las Leyes nombró al tío de Mariano, Juan Ramón Balcarce. <<



[749] Carta de San Martín a Guido, Bruselas, diciembre de 1829, citada en Puente, *op. cit.*, pág. 344. <<



[750] Unos 18 kilómetros, efectivamente la distancia entre Montmorency y el centro de París. <<

[751] Carta de San Martín a O’Higgins, citada por Puente, *op. cit.*, pág. 346. <<



[752] Carta de San Martín a Mariano Álvarez, fechada en París el 22 de julio de 1832, en Yaben, *op. cit.*, pág. 68. <<

[753] En 1838, con ayuda financiera de Aguado, Mariano Balcarce regresó a Buenos Aires con la intención de dedicarse al comercio; pero el bloqueo francés frustró sus planes. Superado el bloqueo y vencida en 1841 la coalición antirrosista de la que participaban los emigrados de Montevideo y las provincias del Norte, Rosas relajó su política represiva y, en ese contexto, Mariano recuperaría su puesto diplomático. Es posible que la actitud de San Martín ante el bloqueo, como veremos, y la influencia de Guido, nombrado por Rosas ministro plenipotenciario de la Confederación ante el Brasil en 1840, hayan contribuido a ello. <<

[754] Puente, *op. cit.*, pág. 372. <<

[755] Yaben, *op. cit.*, págs. 36-37. <<

[756] La casa de San Martín estaba en lo que todavía era considerado la «prolongación» de esa calle, llamada Neuve Saint-Georges (Nueva San Jorge); hoy toda la calle se llama Saint-Georges. <<

[757] Carta a Tomás Guido, en Bernardo González Arrili, *Historia argentina*, Nobis, Buenos Aires, 1964. <<

[758] Testimonio de Vicuña Mackenna en Busaniche, *San Martín vivo*, cit. <<



[759] Carta de San Martín a Guido, Grand Bourg, 16 de octubre de 1838, en Patricia Pasquali, *San Martín confidencial*, cit. <<

[760] Carta de San Martín a Rosas, Grand Bourg, 5 de agosto de 1838, en Enrique Mario Mayocchi, «Vigía y custodio de la libertad de América», en Instituto Nacional Sanmartiniano, *San Martín. Libertador de América*, cit., pág. 140. <<



[761] Carta de San Martín a Rosas, Grand Bourg, 10 de julio de 1839, en Mayocchi, *op. cit.*, pág. 140. <<



[762] Testamento ológrafo del Libertador, en Instituto Nacional Sanmartiniano, *José de San Martín. Libertador de América*, cit., pág. 152. <<



[763] Carta de Valentín Alsina a Félix Frías, fechada en Montevideo el 9 de noviembre de 1850, en Capdevila, *op. cit.* <<

[764] Carta de San Martín a Gregorio Gómez, fechada el 21 de septiembre de 1839. <<

[765] Se refiere al restablecimiento de relaciones con la Santa Sede. <<



[766] Se refiere a Julián Navarro (1777-1854), vicario castrense del Ejército de los Andes. <<

[767] Carta de San Martín a Guido, Bruselas, 6 de abril de 1830, en Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, cit. <<



[768] Juan Bautista Alberdi, *Viajes*, Eudeba, Buenos Aires, 1973, de donde están tomadas las demás citas de esta sección. <<

[769] Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por América, Europa y África*, Eudeba, Buenos Aires, 1962. <<

[770] En Muñoz Azpiri, *op. cit.*, pág. 103. <<

[771] Carta de San Martín a Rosas, fechada el 11 de noviembre de 1846, en Yaben, *op. cit.*, pág. 19. <<

[772] En Muñoz Azpiri, *op. cit.*, pág. 107. <<

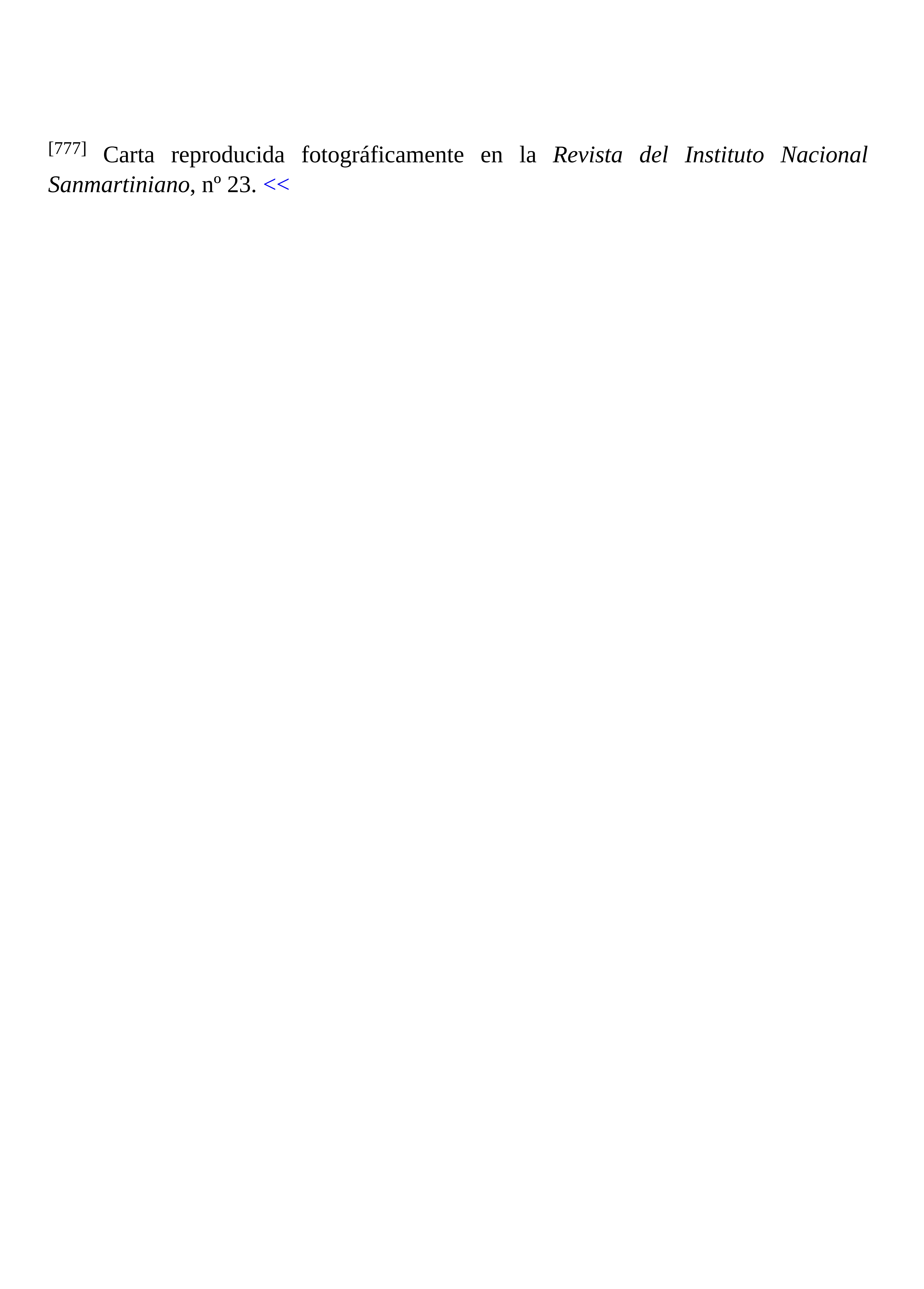
[773] Carta del general San Martín a J. F. Dickson, fechada en Nápoles, el 28 de diciembre de 1845, en *Documentos del archivo del General San Martín,* cit., tomo X. <<

[774] El general vendió la casa de Grand Bourg a E. Blavier, el 14 de agosto de 1849, es decir, diecisiete meses después de su traslado a Boulogne. Después de pertenecer algún tiempo a J. Dumas, la casa fue comprada el 4 de mayo de 1862 por la Congregación de Nuestra Señora de Sion. La residencia es conocida actualmente en Grand Bourg como *La Solitude* («La Soledad») y está ubicada sobre la rue du General San Martín, que desemboca en el frente de la casa y bordea uno de los costados del inmenso parque. En *La Solitude* funciona un convento en el que viven unas 30 hermanas de clausura, pero la prohibición se levanta el 25 de mayo de cada año para permitir la celebración de la misa organizada por la Casa Argentina de París. <<

[775] En *Clarín*, Buenos Aires, 17 de junio de 2010. <<



[776] Carta de Mariano Balcarce a Juan Bautista Alberdi, fechada en Gran Bourg el 15 de febrero de 1849, en Yaben, *op. cit.*, págs. 50-51. <<



[777] Carta reproducida fotográficamente en la *Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, nº 23. <<

[778] López Rosetti, *op. cit.* <<

[779] Ibarguren, *op. cit.*, pág. 241. <<

[780] Carta de San Martín a Rosas, en Yaben, *op. cit.*, pág. 179. <<

[781] En Busaniche, *San Martín vivo*, cit., pág. 251. <<

[782] «Es la tempestad que lleva al puerto». <<



[783] Cláusula cuarta de su testamento ológrafo de enero de 1844, en Instituto Nacional Sanmartiniano, *San Martín. Libertador de América*, cit., pág. 152. <<



[784] Así lo exigía la reglamentación vigente en Francia para los cadáveres que fueran trasladados en barco en viajes transatlánticos. <<

[785] Carta de Felipe Arana a Mariano Balcarce, en Eugenio Francisco Limongi, «Repatriación de los restos del Gran Capitán», en Instituto Nacional Sanmartiniano, *San Martín. Libertador de América*, cit., pág. 153. <<



[786] Era el segundo monumento en homenaje a San Martín. El primero, también con una estatua ecuestre, había sido emplazado en Santiago de Chile en 1860. <<

[787] Para escribirla, Mitre obtuvo de Mariano Balcarce —y a su muerte, ocurrida en 1885, de su hija Josefa— el rico acervo documental que se encuentra en el Museo Mitre. <<